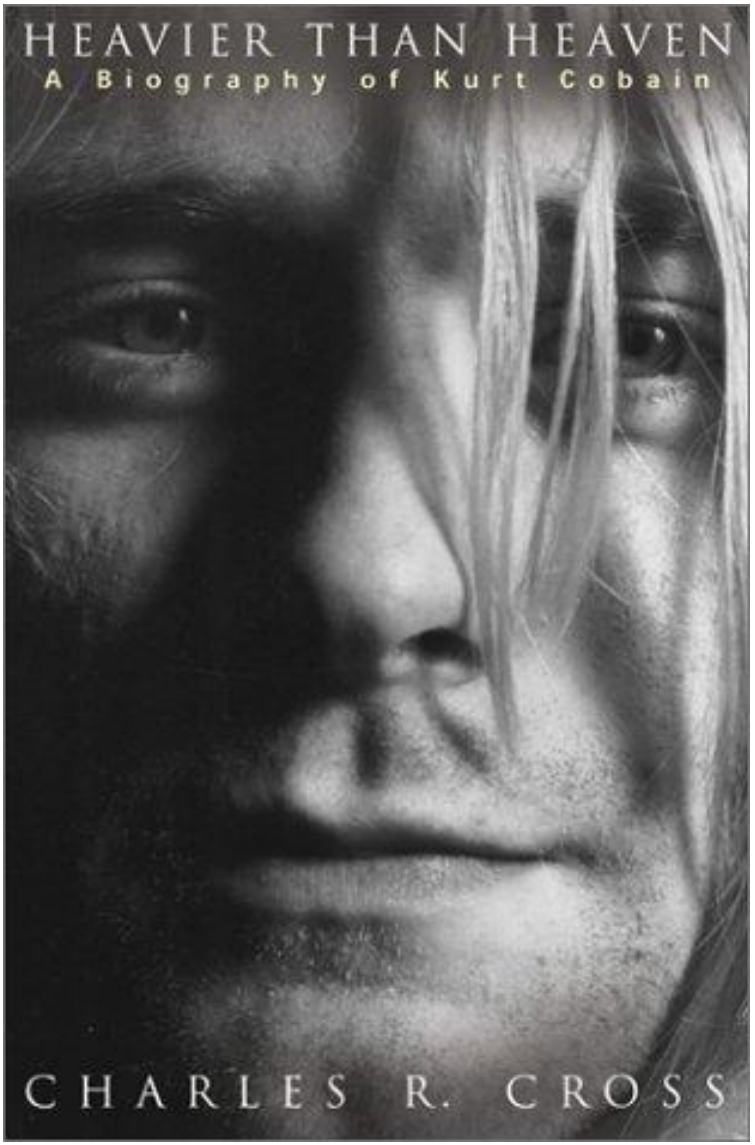
HEAVIER THAN HEAVEN

A Biography of Kurt Cobain

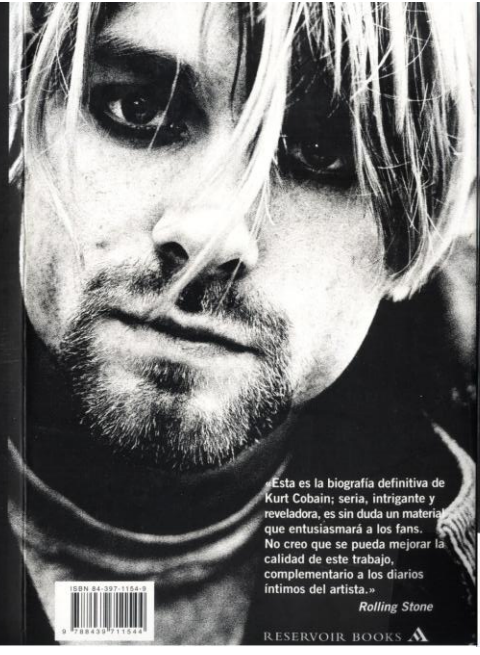


CHARLES R. CROSS

El suicidio fue el último acto que definió la personalidad de Kurt Cobain; la rabia, el dolor y la inspiración de una vida atormentada se fundieron para siempre el cinco de abril de 1994. Aunque las trágicas circunstancias de su muerte son bien conocidas, su vida –y la influencia de su arte– todavía está por examinar. En esta biografía el periodista Charles Cross mezcla su extenso conocimiento de la escena musical de Seattle, cuyo mayor exponente fue Nirvana, con la narración de la vida de un músico por el que se siente fascinado.

Basándose en más de cuatrocientas entrevistas, cinco años de trabajo y documentos íntimos como los diarios personales del músico (publicados en esta misma colección), canciones inéditas, fotos familiares y documentos policiales, Charles Cross hace un recorrido por la vida del artista desde su adolescencia, cuando vivía en una caravana en las afueras de Aberdeen, Washington, hasta el momento en que alcanzó la fama. Cross revela la terrible historia familiar de Kurt, la historia generacional que dio forma a su personalidad y su trágica historia de amor con Courtney Love. Para ello se basa en informes médicos, en los que se apuntan, entre otras cosas, una grave enfermedad de estómago y una profunda depresión.

ISBN 84-397-1154-9



«Esta es la biografía definitiva de Kurt Cobain; seria, intrigante y reveladora, es sin duda un material que entusiasmará a los fans. No creo que se pueda mejorar la calidad de este trabajo, complementario a los diarios íntimos del artista.»

Rolling Stone

RESERVOIR BOOKS

CHARLES R. CROSS

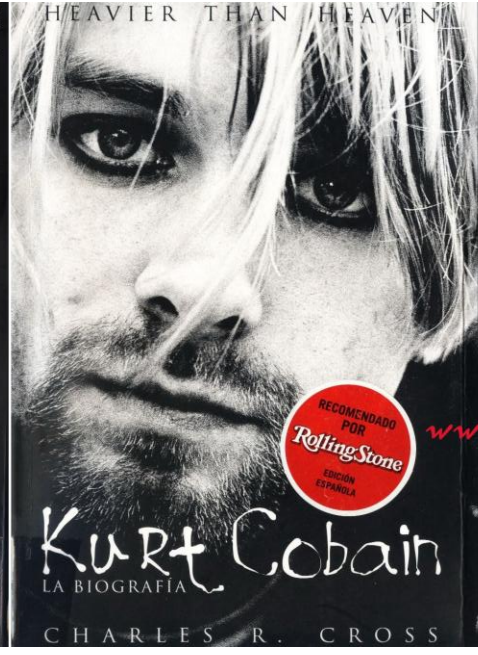
HEAVIER THAN HEAVEN

Kurt Cobain

LA BIOGRAFÍA

929
COB
cro

HEAVIER THAN HEAVEN



RECOMENDADO POR Rolling Stone EDICIÓN ESPAÑOLA

www.portalnet.cl

Kurt Cobain

LA BIOGRAFÍA

CHARLES R. CROSS

Charles R. Cross ha sido editor de *The Rocket*, la mejor publicación musical del noroeste de Estados Unidos y también la primera revista que habló de Nirvana en sus comienzos. Es autor de tres libros: *Led Zeppelin: Heaven and Hell*, *Backstreets: Springsteen, The Man and His Music* y *Nevermind: The Classic Album*. Es colaborador de *Rolling Stone*, *Esquire* y *Spy*, entre otras revistas. Vive en Seattle.

Cubierta: Departamento de diseño de Random House Mondadori
Fotografía: © Martyn Goodacre

Kurt Cobain

LA BIOGRAFÍA

Kurt Cobain

LA BIOGRAFÍA

HEAVIER THAN HEAVEN

LA BIOGRAFÍA DE KURT COBAIN

CHARLES R. CROSS

Traducción de Ángeles Leiva

RESERVOIR BOOKS
MONDADORI

Título original: ***Heavier Tban Heaven***

Primera edición: enero de 2005

Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L.Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

Ángeles Leiva Morales, por la traducción

Letras de las canciones de Nirvana por cortesía de EMI Virgin Songs y de herederos de Kurt Cobain.

Todos los textos de Kurt Cobain han sido citados con la autorización de los herederos de Kurt Cobain. Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. (JAJAJA!!!)

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-397-1154-9 Depósito legal: B. 47.819 - 2CC4

Compuesto en Fotocomposición 2000, S.A.

Impreso en A & M Grafic, S. L. Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona)

GM 1 1 5 4 9

PARA MI FAMILIA, PARA CHRISTINA Y PARA ASHLAND

ÍNDICE

Nota del autor 11

Prólogo: Más duro que el cielo 15
Nueva York, Nueva York, 12 de enero de 1992
1. **Al principio grita alto** 20
Aberdeen, Washington, febrero de 1967 - diciembre de 1913
***2*. Odio a mamá, odio a papá** 33
Aberdeen, Washington, enero de 1974 - junio de 1979
3. **El albóndiga del mes** 49
Montesano, Washington, julio de 1979 - marzo de 1982
4. **El chico embutido de Prairie Belt** 62
Aberdeen, Washington, marzo de 1982 - marzo de 1983
5. La voluntad del instinto 84
Aberdeen, Washington, abril de 1984 - septiembre de 1986
6. No la quería lo suficiente 107
Aberdeen, Washington, septiembre de 1986 - marzo de 1987
7. Soupy Sales en mi mosca 117
Raymond, Washington, marzo de 1987
8. **De vuelta en el instituto** 125
Olympia, Washington, abril de 1987 - mayo de 1988
9. Demasiados humanos 145
Olympia, Washington, mayo de 1988 - febrero de 1989
10. Hacer rock and roll es ilegal 170
Olympia, Washington, febrero de 1989 - septiembre de 1989

11. Golosinas, cachorros, amor 191
- Londres, Inglaterra, octubre de 1989 - mayo de 1990
12. Te quiero tanto 208
Olympia, Washington, mayo de 1990 - diciembre de 1990
13. La biblioteca Richard Nixon 227
Olympia, Washington, noviembre de 1990-mayo de 1991
14. Quemar banderas americanas 243
Olympia, Washington, mayo de 1991 - septiembre de 1991
15. Cada vez que tragaba 260
Seattle, Washington, septiembre de 1991 - octubre de 1991
16. Cepillarte los dientes..... 279
Seattle, Washington, octubre de 1991 - enero de 1992
17. Un pequeño monstruo dentro..... 298
Los Angeles, California, enero de 1992 - agosto de 1992
18. Agua de rosas, olor a pañales 319
Los Angeles, California, agosto de 1992 - septiembre de 1992
19. Ese legendario divorcio..... 339
Seattle, Washington, septiembre de 1992 - enero de 1993
20. Ataúd en forma de corazón 358
Seattle, Washington, enero de 1993 - agosto de 1993
21. Una razón para sonreír..... 377
Seattle, Washington, agosto de 1993 - noviembre de 1993
***22*. La enfermedad de Cobain** 397
Seattle, Washington, noviembre de 1993 - marzo de 1994
23. Como Hamiet..... 417
Seattle, Washington, marzo de 1994
24. Cabello de ángel 437
Los Ángeles, California - Seattle, Washington, 30 de marzo de 1994- 6 de abril de 1994
Epílogo: Un más allá a lo Leonard Cohen 456
Seattle, Washington, abril de 1994 - mayo de 1999

Notas documentales 469
Agradecimientos 483
Índice onomástico 487

NOTA DEL AUTOR

A poco más de un kilómetro de mi casa se halla un edificio que hace que un fúnebre escalofrío me recorra la espalda con la misma facilidad que una película de Alfred Hitchcock. La construcción gris de una sola planta se ve rodeada por una valla de tela metálica, una medida de seguridad poco corriente en un vecindario de clase media plagado de viviendas y sandwicherías. Tras la alambrada hay tres negocios: una peluquería, una oficina de seguros de State Farm Insurance y la armería Stan Baker, Shoot-ing Sports. Fue en este último comercio donde el 30 de marzo de 1994 Kurt Cobain y un amigo suyo adquirieron una escopeta Remington. El propietario del negocio declararía posteriormente a un periódico que le extrañó que alguien comprara un arma como aquella cuando no estaban en «temporada de caza».

Cada vez que paso por delante de la tienda de Stan Baker siento como si hubiera presenciado un accidente de tráfico especialmente

horrible, y en cierto modo así ha sido. Los hechos que siguieron a la adquisición de aquella escopeta por parte de Kurt me inspiran un profundo desasosiego, así como el deseo de hacer unas averiguaciones que por su naturaleza me consta que no pueden llegar a conocerse. Se trata de cuestiones relacionadas con la espiritualidad, con el papel de la locura en la genialidad artística, con los estragos de las drogas en el alma y con el deseo de entender el abismo que separa al ser interior del ser exterior. Todas estas cuestiones son más que reales en el seno de una familia que sufre los efectos de una adicción, una depresión o un suicidio. Para las familias sumidas en semejante pozo de oscuridad -incluida la mía-, dicha necesidad de plantearse preguntas que no tienen respuesta constituye su propia obsesión.

Dichos misterios han acabado alimentando este libro, pero en cierto modo su génesis se gestó años antes, durante mi juventud en una pequeña población del estado de Washington, donde los envíos mensuales de Columbia Record y Tape Club me brindaban una forma de evadirme por medio del rock and roll. Inspirado en parte por aquellos álbumes que compraba por correo, abandoné el entorno rural para convertirme en escritor y director de una revista en Seattle. Al otro lado del estado, unos años más tarde, Kurt Cobain halló una trascendencia similar a través del mismo club de discos y convirtió aquella inquietud en una carrera musical. Nuestros caminos se cruzarían en 1989, cuando mi revista presentó por primera vez a Nirvana en portada.

Era fácil sentir fascinación por Nirvana, pues por mucha fama y éxito que alcanzaran siempre tenían aspecto de desvalidos, y lo mismo podía decirse del propio Kurt. El líder de aquel grupo inició su trayectoria artística en una caravana copiando ilustraciones de Norman Rockwell y acabó desarrollando un talento para la narrativa que conferiría una belleza especial a su música. Como estrella del rock nunca pareció encajar del todo en su papel, pero me encantaba el modo en que conjugaba un humor adolescente con la bilis de un anciano. Cuando lo veías por Seattle -imposible que pasara desapercibido llevando aquel ridículo gorro con orejeras-, te parecía

todo un personaje en una industria donde escaseaban los personajes de verdad.

Durante la redacción de este libro hubo muchas ocasiones en las que dicho humor parecía el único rayo de luz en una labor propia de Sísifo. *Heavier Than Heaven* comprende cuatro años de investigación, cuatrocientas entrevistas, pilas inmensas de documentos, centenares de grabaciones musicales, muchas noches sin dormir y kilómetros y kilómetros de carretera entre Seattle y Aberdeen. La búsqueda de información me llevó a lugares, tanto físicos como emocionales, que nunca imaginé que conocería. Hubo momentos de gran euforia, como cuando oí por primera vez «You Know You're Right», un tema inédito que en mi opinión se encuentra entre los mejores de Kurt. Sin embargo, por cada feliz descubrimiento había momentos de un dolor casi insoportable, como cuando sostuve en mi mano la nota de suicidio de Kurt, la cual estaba guardada en una caja en forma de corazón junto a un mechón rubio de su cabello.

Con *Heavier Than Heaven* me propuse honrar la memoria de Kurt Cobain contando la historia de su vida -de aquel mechón y de aquella nota- sin emitir juicio alguno. Dicho enfoque solo fue viable gracias a la generosa colaboración de los amigos más íntimos, la familia y los compañeros de grupo de Kurt. Casi todas las personas a las que deseaba entrevistar accedieron finalmente a compartir sus recuerdos, con la única excepción de aquellos pocos que albergaban la intención de escribir sus propias historias, a quienes les deseo todo lo mejor en sus proyectos. La vida de Kurt constituía un complejo rompecabezas, tanto más complejo por las numerosas partes que él se afanaba en ocultar, y dicha compartimentación supuso tanto una consecuencia final de la adicción que sufría como su caldo de cultivo. A veces me imaginaba investigando a un espía, a un hábil doble agente que había llegado a dominar el arte de asegurarse de que nadie conocía todos los entresijos de su vida.

Una amiga mía, toxicómana en fase de rehabilitación, me habló un día de lo que ella llamaba la norma del «no hablar» imperante en las familias como la suya. «Nos criamos en una casa -me explicaba ella- donde se pasaban el día diciéndonos: "No Peguntes, no hables, no

cuentes nada". Era un código de secretismo, y con tantos secretos y mentiras acabó invadiéndome una enorme vergüenza.» Este libro va dirigido a todos aquellos que tienen el valor de contar la verdad, de hacer preguntas dolorosas y de liberarse de las sombras del pasado.

CHARLES R. CROSS *Seattle, Washington, abril de 2001*

Prólogo

MÁS DURO QUE EL CIELO

NUEVA YORK, NUEVA YORK

12 DE ENERO DE 1992

Heavier Than Heaven (Más duro que el cíelo) -Un eslogan empleado por promotores de conciertos británicos para anunciar la gira por Inglaterra que realizó Nirvana en 1989 junto con el grupo Tad. La doble acepción de *heavy* («duro» y «pesado» en inglés) servía para aludir con un solo término tanto al sonido «duro» de Nirvana como a los 135 kilos de peso de Tad Doyle.

La primera vez que vio el cielo fue exactamente seis horas y cincuenta y siete minutos después del instante en que una generación entera se enamoró de él. Se trató sin duda de su muerte inicial, la primera de una larga sucesión de pequeñas muertes. Para la generación que lo adoraba supuso un poderoso y apasionado acto de devoción que la unía a él, como la clase de amor que ya desde el principio uno intuye que está predestinado a romperle el corazón y a acabar como una tragedia griega.

Era el 12 de enero de 1992, una despejada aunque fría mañana de domingo. La temperatura en la ciudad de Nueva York acabaría alcanzando casi los siete grados, pero a las siete de la mañana, en una pequeña suite del hotel Omni, faltaba poco para estar bajo cero. Habían dejado una ventana abierta para ventilar el hedor a tabaco, y la mañana de Manhattan se había llevado todo el calor. Parecía como si una tempestad se hubiera tragado la habitación: había montones de vestidos, camisas y zapatos esparcidos por el suelo, con el desorden que sembraría un ciego en un mercadillo callejero. De camino a las puertas dobles de la suite yacía media docena de bandejas del servicio de habitaciones cubiertas con restos de comida de varios días, con

panecillos a medio comer y rodajas rancias de queso desparramados por encima y un puñado de moscas de la fruta cerniéndose sobre unas hojas de lechuga mustia. Aquel no era el aspecto habitual de la habitación de un hotel de cuatro estrellas, sino la consecuencia de haber negado la entrada al servicio de limpieza, modificando el cartel de «No molesten» para que se leyera «¡No molesten EN NINGÚN MOMENTO! ¡Estamos follando!».

Aquella mañana no hubo relaciones sexuales. Dormida en la enorme cama de matrimonio se hallaba Courtney Love. La joven de veintiséis años llevaba una combinación victoriana de época y su larga melena rubia se veía extendida sobre las sábanas como los cabellos de la protagonista de un cuento. Junto a ella la ropa de cama presentaba una profunda huella donde hasta hacía poco había reposado una persona. En medio de la estancia, como en la primera escena de una película de cine negro, yacía un cuerpo sin vida.

«Me desperté a las siete de la mañana y no estaba en la cama -recordaría posteriormente Love-. Nunca me he asustado tanto.»[1]

Fuera de la cama estaba Kurt Cobain. Hacía menos de siete horas el músico de veinticuatro años y su grupo Nirvana habían actuado en *Saturday Night Live*. Su aparición en dicho programa marcaría un hito en la historia del rock and roll, pues fue la primera vez que una banda grunge tocó en directo en una emisión televisiva a nivel nacional. La actuación coincidió con el fin de semana en que el debut discográfico de Nirvana con una multinacional, *Nevermind*, desbancó del número uno de la lista de éxitos *Billboard* a Michael Jackson, convirtiéndose así en el álbum más vendido de todo el país. Aunque no se trataba exactamente de un éxito repentino -el grupo se había formado hacía cuatro años-, el modo en que Nirvana había cogido desprevenida a la industria de la música no tenía precedentes. Prácticamente desconocidos un año antes. Nirvana irrumpió en las listas de éxitos con su canción «Srnells Like Teen Spirit», la cual acabó convirtiéndose en el tema más reconocible de 1991, con un riff de guitarra inicial que marcaría el verdadero comienzo del rock de los años noventa.

Y nunca antes había habido una estrella del rock como Kurt Cobain, quien se comportaba corno una antiestrella más que como una celebridad, negándose a acudir a la cadena NBC en limusina y confiriendo a todo lo que hacía una sensibilidad concienciada siempre con las causas más desfavorecidas. Para la actuación de *Saturday Night Live* se vistió con la misma ropa que los dos días anteriores: un par de zapatillas Converse, unos vaqueros con enormes agujeros en las rodillas, una camiseta de un grupo siniestro y un jersey de punto al estilo de Míster Rogers. Llevaba una semana sin lavarse el pelo, pero se lo había teñido con polvos Kool Aid de fresa, por lo que parecía tener los mechones rubios enmarañados con sangre seca. Nunca antes en la historia de la televisión en directo había puesto un artista tan poco cuidado en su apariencia o aseo personal, o eso parecía.

Kurt era un misántropo complejo y contradictorio, y lo que a veces parecía ser una revolución accidental mostraba indicios de una esmerada orquestación. En muchas entrevistas manifestaba su aversión por la publicidad que había conseguido en la MTV, sin embargo llamaba con insistencia a sus managers para quejarse de que la cadena no emitía sus vídeos lo suficiente. Planeaba de forma obsesiva y compulsiva todos y cada uno de sus movimientos a nivel musical o profesional, anotando las ideas en sus diarios años antes de ejecutarlos; sin embargo, cuando le otorgaban los honores que ansiaba, actuaba como si le molestara salir de la cama. Era un hombre dotado de una voluntad impresionante; no obstante, se veía igualmente movido por un exaltado odio hacia sí mismo. Incluso los que mejor lo conocían tenían la sensación de no conocerlo apenas, como evidenciarían los sucesos de aquella mañana de domingo.

Tras acabar la actuación en *Saturday Night Live* y eludir la fiesta organizada para los invitados, aduciendo que «no iba con su estilo», Kurt concedió una entrevista de dos horas a un periodista de radio que finalizó a las cuatro de la madrugada. Por fin había terminado su jornada laboral, la cual había resultado excepcionalmente fructífera se mirara por donde se mirara: había encabezado la programación de *Saturday Night Live*, había visto ascender su álbum al primer puesto de las listas de éxitos y «Weird Al» Yankovic le había pedido permiso

para parodiar el tema «Smells Like Teen Spirit». Dichos acontecimientos, tomados en su conjunto, marcaron sin duda el apogeo de su corta carrera, la clase de reconocimiento con la que sueñan la mayoría de los artistas, y con la que el propio Kurt había fantaseado siendo un quinceañero.

Durante sus años de infancia y adolescencia en un pequeño pueblo del sudoeste del estado de Washington, Kurt nunca se había perdido una entrega de *Saturday Night Live,* y ante sus amigos del colegio alardeaba de que algún día sería una estrella. Una década después había pasado a convertirse en la figura más célebre del panorama musical. Tras el lanzamiento de su segundo álbum lo aclamaban como el mejor compositor de su generación; tan solo dos años antes había rechazado una oferta de empleo para limpiar una residencia canina.

Pero en las horas previas al amanecer de aquel día Kurt no sentía la necesidad de reivindicar ni de celebrar nada: a lo sumo, veía aumentado su malestar habitual ante la atención recibida. Se sentía físicamente enfermo, aquejado de lo que describía como unos «ardores de estómago recurrentes que dan náuseas», los cuales se agravaban con el estrés. La fama y el éxito solo parecían servir para hacerle sentir peor. Kurt y su novia, Courtney Love, eran la pareja de la que más se hablaba en el mundo del rock and roll, aunque parte de lo que se hablaba giraba en torno a su afición a las drogas. Kurt siempre había creído que el recococimiento de su talento pondría remedio a muchos de los males emocionales que marcaron los primeros años de su vida; el éxito cosechado no había servido sino para poner de manifiesto la insensatez de dicho supuesto y aumentar la vergüenza que Kurt sentía al ver que su popularidad en auge coincidía con una drogadicción creciente.

En la habitación del hotel donde estaba alojado, ya de madrugada. Kurt cogió una bolsita llena de heroína blanca como la porcelana, la preparó para introducirla en una jeringuilla y se la inyectó en el brazo. Aquel no era un hecho aislado, pues Kurt llevaba varios meses pinchándose con regularidad, y Love lo acompañaba desde que se habían emparejado hacía dos meses. Pero aquella noche en particular, mientras Courtney dormía. Kurt -en un acto temerario o tal vez

intencionado- se inyectó mucha más heroína de la cuenta. A causa de la sobredosis su piel se volvió de un color verde aguamarina, se le cortó la respiración y se le agarrotaron los músculos hasta quedar más rígidos que un cable coaxial. Se deslizó de la cama y cayó de bruces sobre un montón de ropa, donde se quedó tumbado como un cadáver arrojado de cualquier manera por un asesino en serie.

«No es que **se** hubiera metido una SOBREDOSIS -recordaría posteriormente Love-. Es que estaba MUERTO. Si no me hubiera despertado a las siete... No sé, quizá tuve un presentinuento. Fue tan jodido... Un rollo chungo y superraro.»[2] Love inició entonces un desesperado intento por resucitarlo, lo que acabaría convirtiéndose en algo habitual para ella: le tiró agua fría por encima y le golpeó el plexo solar para que empezara a entrarle aire en los pulmones. Ante la falta de respuesta a sus primeros auxilios. Courtney repitió de nuevo el ciclo como un sanitario resuelto en socorro de una víctima de infarto. Finalmente, tras varios minutos de esfuerzo, Courtney oyó un jadeo, lo que significaba que Kurt había recobrado la respiración. Su novia perseveró en su empeño de reanimarlo arrojándole agua en la cara y moviéndole las extremidades. Al cabo de unos minutos, Kurt estaba incorporado, hablando y, aunque muy colocado aún, luciendo una sonrisa serena, casi como si se sintiera orgulloso de su hazaña. Fue su primera sobredosis casi mortal, y se produjo el mismo día que Kurt se había convertido en una estrella.

En el transcurso de un solo día, Kurt había nacido a ojos del público, muerto en la intimidad de su propia oscuridad, y resucitado gracias a la fuerza del amor. Se trató de una proeza extraordinaria, inverosímil y casi imposible, pero lo mismo podía decirse con respecto a la mayor parte de su magnificada vida, empezando por sus orígenes.

1

AL PRINCIPIO GRITA ALTO

ABERDEEN, WASHINGTON
FEBRERO DE 1967 - DICIEMBRE DE 1973

Para hacerse entender cuando lo necesita, al principio grita alto, y luego se echa a llorar si la primera táctica no le funciona.
- Fragmento de un escrito de su tía sobre Kurt Cobain en su decimoctavo mes de vida.

Kurt Cobain nació el 20 de febrero de 1967 en un hospital enclavado en lo alto de una colina con vistas a Aberdeen, Washington. Sus padres vivían en la vecina población de Hoquiam, pero fue apropiado que Aberdeen rezara como lugar de nacimiento de Kurt, pues tres cuartas partes de su vida transcurrirían a menos de veinte kilómetros a la redonda del hospital y su figura quedaría ligada para siempre a dicho entorno.

Cualquiera que se hubiera asomado a alguna de las ventanas del hospital comunitario de Grays Harbor aquel lluvioso lunes de febrero habría visto un bello paisaje de bruscos contrastes, donde bosques, montañas, ríos y un amplio mar se entrelazaban en una vista espléndida, las colinas pobladas de árboles rodeaban la confluencia de tres ríos, los cuales desembocaban en el cercano océano Pacífico. En medio de dicho paraje se hallaba Aberdeen, la ciudad más grande del condado de Grays Harbor, con una población de diecinueve mil personas. Justo al oeste se encontraba la localidad más pequeña de Hoquiam, donde los padres de Kurt, Don y Wendy, residían en una casa diminuta de una sola planta. Y al otro lado del río Chehalis, al sur, se hallaba Cosmopolis, de donde era oriunda la familia de su madre, los Fradenburg. El día que no llovía, lo cual no se daba con frecuencia en una región que superaba los dos metros de precipitaciones al año, se alcanzaba a ver los quince kilómetros de

paisaje que se extendían hasta Montesano, donde se había criado el abuelo de Kurt, Leland Cobain. Se trataba de un mundo bastante reducido, en el que Kurt acabaría convirtiéndose en el producto más famoso de Aberdeen.

La vista desde el hospital de tres plantas se veía dominada por el sexto puerto industrial de la costa oeste. Había tanta madera flotando en el Chehalis que uno podía imaginarse cruzando la desembocadura de tres kilómetros del río sin tocar el agua. Al este se hallaba el centro de Aberdeen, donde los comerciantes se quejaban de que el estruendo incesante de los camiones madereros ahuyentaba a los compradores. Era una ciudad en movimiento, un movimiento que dependía prácticamente por completo del proceso de transformación de los abetos Douglas de las montañas circundantes en productos aptos para su comercio. Aberdeen albergaba hasta treinta y siete aserraderos e industrias distintas de madera, pasta y tablillas, cuyas chimeneas empequeñecían el edificio más elevado de la ciudad, de solo siete pisos de altura. A los pies de la colina del hospital se hallaba la gigantesca chimenea de Rayonier Mili, la mayor de todas, que se alzaba cuarenta y cinco metros hacia el cielo y arrojaba una interminable nube celestial del efluente que genera la pasta celulosa.

Sin embargo, pese a la actividad febril de Aberdeen, en el momento en que nació Kurt la economía de la ciudad sufría un lento retroceso. Aquel era uno de los pocos condados del estado con una población cada vez más mermada por la marcha de los desempleados en busca de nuevos horizontes donde probar suerte. La industria maderera había empezado a acusar las consecuencias de la competencia foránea y la sobreexplotación forestal. El paisaje mostraba ya signos notables de dicho abuso, con grandes extensiones de bosques enteros talados a las afueras de la ciudad, convertidos ya entonces en un mero recuerdo de los primeros colonizadores que habían «tratado de talarlo todo», según el título de un libro de historia local. El desempleo se cobró un precio social más funesto aún en la comunidad, con el aumento del alcoholismo, la violencia doméstica y los casos de suicidio. En 1967 había veintisiete tabernas en Aberdeen, y en el centro se veían numerosos edificios abandonados, algunos de

los cuales habían sido prostíbulos antes de que los cerraran a finales de los cincuenta. La ciudad tenía tan mala fama por la presencia de dichos locales que en 1952 la revista *Look* la calificó como «uno de los puntos calientes de la batalla contra el pecado que libra Estados Unidos».

Sin embargo, la desertización urbana del centro de Aberdeen se veía igualada por un tejido social muy unido donde los vecinos se ayudaban mutuamente, los padres se implicaban en los colegios, y los lazos familiares se mantenían fuertes entre una variada población inmigrante. El número de iglesias superaba el de tabernas, y Aberdeen era un lugar donde, al igual que ocurría en la mayoría de las poblaciones pequeñas del país a mediados de los sesenta, los niños podían campar a sus anchas por el vecindario en bicicleta. La ciudad entera se convertiría en el patio de recreo de Kurt durante su infancia.

Como ocurre en la mayoría de los casos con el nacimiento del hijo primogénito, la llegada de Kurt fue un acontecimiento señalado, tanto para sus padres como para el resto de la familia. Kurt tenía seis tías y tíos por parte de madre y dos tíos por parte de padre, y era el primer nieto de la familia por ambas partes. Dado que en ambos casos se trataba de familias numerosas, cuando su madre fue a imprimir las tarjetas de natalicio, necesitó más de cincuenta solo para los parientes directos. Una escueta frase en la columna de nacimientos del *Aberdeen Daily World* del 23 de febrero anunciaba la llegada de Kurt al resto del mundo: «Para el señor Donald Cobain y señora, avenida Aberdeen, 2.830 1/2, Hoquiam, 20 de febrero, en hospital comunitario, un varón».

Kurt nació con tres kilos y cuatrocientos gramos de peso y cabello y tez oscuros. A los cinco meses el pelo de bebé se le volvería rubio y su color de piel se tornaría blanco. De su familia paterna, la cual tenía raíces francesas e irlandesas -habían emigrado de Skey Townland, en el condado irlandés de Tyrone, en 1875-, Kurt heredó el mentón anguloso. De la materna, los Fradenburg -de ascendencia alemana, irlandesa e inglesa-, Kurt sacó las mejillas sonrosadas y el cabello rubio. Pero su rasgo más llamativo con mucho eran sus

extraordinarios ojos azules; hasta las enfermeras del hospital comentaban lo bonitos que los tenía.

Corrían los años sesenta, en plena guerra de Vietnam, pero aparte de los esporádicos partes informativos desde el frente, Aberdeen se correspondía más con una estampa de Estados Unidos propia de los cincuenta. El día que nació Kurt el *Aberdeen Daily World* contrastaba la noticia de portada de una victoria norteamericana en la ciudad de Quang Ngai con crónicas locales sobre el volumen de la recolección de madera y anuncios de ICPenney, donde con motivo de la festividad por el nacimiento de Washington se ofrecían camisas de franela rebajadas a 2,48 dólares. *¿Quién teme a Virginia Woolf?* había obtenido trece candidaturas para los Oscar en Los Ángeles aquella noche, pero en el autocine de Aberdeen ponían *Girls on the Beach.*

El padre de Kurt, Don, de veintiún años, trabajaba en la gasolinera Chevron de Hoquiam como mecánico. Don era un joven apuesto y atlético, pero con el corte a cepillo y aquellas gafas a lo Buddy Holly que llevaba tenía algo de bicho raro. La madre de Kurt, Wendy, de diecinueve años, tenía en cambio una belleza clásica, tanto en la apariencia como en el vestir, que guardaba cierto parecido con Marcia Brady. Los padres de Kurt se habían conocido en el instituto, donde Wendy recibía el apodo de «la Fácil». En junio del año anterior, solo unas semanas después de la graduación, Wendy se había quedado embarazada. Don le pidió prestado el coche a su padre e inventó una excusa para poder viajar con Wendy a Idaho y casarse sin el consentimiento de sus padres.

En el momento del nacimiento de Kurt la joven pareja vivía en una casa diminuta situada en el patio de otra casa de Hoquiam. Don trabajaba más horas que un reloj en la gasolinera mientras Wendy cuidaba del bebé. Kurt dormía en una cunita de mimbre blanca con una cubierta de color amarillo vivo. Aunque iban escasos de dinero, unas semanas después del nacimiento consiguieron reunir lo suficiente para mudarse a otra casa de alquiler más grande en el número 2.830 de

la avenida Aberdeen. «Solo valía cinco dólares más al mes -recordaba Don-, pero en aquella época cinco dólares era mucho dinero.»

Si se presagiaba la aparición de problemas en el seno familiar, la cuestión económica estaba llamada a ser el detonante. Aunque a Don le habían nombrado «jefe» de la gasolinera a principios de 1968, su salario no superaba los seis mil dólares al año. La mayoría de sus vecinos y amigos trabajaban en la industria maderera, donde el trabajo exigía un gran esfuerzo físico -en un estudio se calificó aquella profesión de «causante de más muertes que la guerra»- pero a cambio reportaba sueldos más elevados. Los Cobain procuraban por todos los medios no salirse del presupuesto que se marcaban, pero cuando se trataba de Kurt se aseguraban de que fuera bien vestido, e incluso se permitían el lujo de hacerle fotos profesionales. En una serie de instantáneas de aquella época se ve a Kurt posando con una camisa de etiqueta blanca, una corbata negra y un traje gris, como si fuera el pequeño lord Fauntleroy, aunque todavía tenía las mejillas rellenas y mofletudas de bebé. En otra fotografía lleva un chaleco y una chaqueta azul a juego y un sombrero más propio de Phillip Marlowe que de un niño de un año y medio.

En mayo de 1968, cuando Kurt tenía quince meses, la hermana de catorce años de Wendy, Mari, escribió una redacción sobre su sobrino para la clase de economía doméstica. «Su madre cuida de él la mayor parte del tiempo -escribió Mari-. Le muestra su cariño cogiéndolo en brazos, premiándole con un elogio cuando lo merece y participando en muchas de sus actividades. Ante su padre reacciona con una sonrisa al verlo, y le gusta que lo coja en brazos. Para hacerse entender cuando lo necesita, al principio grita alto, y luego se echa a llorar si la primera táctica no le funciona.» Mari recordaba que el juego favorito de Kurt era el de esconderse, que el primer diente le empezó a salir a los ocho meses y que sus primeras palabras fueron «coco, mamá, papá, pelota, tostada, adiós, hola, bebé, me, amor, hot dog y gatito».

Mari enumeró entre sus juguetes preferidos una armónica, un tambor, un balón de baloncesto, coches, camiones, cubos, una base para martillear, una tele de juguete y un teléfono. Sobre la rutina diaria de Kurt escribió que «a la hora de dormir se echa a llorar cuando lo

tumban en la cuna. Está tan unido a su familia que no quiere separarse de ellos». Para concluir su redacción. Mari añadía: «Es un bebé feliz y risueño y la personalidad que está desarrollando es como es por el cuidado y el amor que recibe».

Wendy era una madre comprometida con su condición como tal, que leía libros sobre el aprendizaje en los niños, compraba tarjetas didácticas y, con ayuda de sus hermanos y hermanas, se aseguraba de que Kurt recibiera la atención debida. La familia entera se sumó a la celebración por la llegada de aquel bebé, y Kurt creció rodeado de cuidados. «No puedo decir con palabras la alegría y la vida que trajo Kurt a nuestra familia -recordaba Mari-. Era una personita rebosante de vida. Tenía carisma ya de bebé. Era divertido, y muy listo.» Kurt era tan espabilado que cuando su tía no veía la forma de bajar los barrotes de protección de la cuna, iba el niño y lo hacía, con solo un año y medio. Wendy estaba tan entusiasmada con las gracias de su hijo que alquiló una cámara de Súper 8 y rodó unas cuantas películas de él, un gasto que la familia a duras penas podía permitirse. En una de las filmaciones se ve a un niño pequeño feliz y sonriente que corta su pastel de segundo cumpleaños y que parece ser el centro del universo de sus padres.

En las navidades del segundo año de vida de Kurt afloraría ya su interés por la música. Los Fradenburg eran una familia de tradición musical: el hermano mayor de Wendy, Chuck, estaba en un grupo llamado los Beachcombers, Mari tocaba la guitarra y el tío abuelo Delbert había hecho carrera como tenor en su Irlanda natal, llegando a aparecer incluso en la película *El rey del jazz.* Cuando los Cobain visitaban Cosmopolis, Kurt se quedaba fascinado con las actuaciones improvisadas de la familia. Sus tías y tíos lo grabaron cantando «Hey Jude» de los Beatles, «Motorcycle Song» de Arlo Guthrie y el tema del programa de televisión *The Monkees.* A Kurt le encantaba inventarse sus propias letras, ya desde muy pequeño. Cuando tenía cuatro años, a su regreso de una salida al parque con Mari, se sentó al piano y compuso una sencilla canción sobre su aventura. «Hemos ido al parque, hemos comprado caramelos», decía la letra. «Me quedé

atónita -recordaría posteriormente Mari-. Tendría que haberlo grabado: seguramente fue su primera canción.»

Poco después de cumplir los dos años, Kurt creó un amigo imaginario al que llamó Buda. Sus padres acabaron preocupándose por el apego que tenía a aquel ser inventado, así que cuando enviaron a un tío suyo a Vietnam, le dijeron que habían reclutado también a Buda. Pero Kurt no se tragó del todo aquel cuento. Un día, ya con tres años, Kurt se puso a jugar con la grabadora de su tía y, estando esta colocada en la posición de «eco», oyó el eco y preguntó: «¿Esa voz me habla a mí? ¿Buda? ¿Buda?».

En septiembre de 1969, cuando Kurt tenía dos años y medio, Don y Wendy compraron su primera casa en el número 1.210 de la calle Primera Este, en Aberdeen. Era una vivienda de dos plantas y noventa metros cuadrados, con jardín y garaje. Pagaron 7.950 dólares por ella. La construcción, de 1923, se hallaba en un vecindario al que algunos se referían con el nombre despectivo de «las Casas del Crimen». Al norte del domicilio de los Cobain se encontraba el río Wishkah, que se desbordaba con frecuencia, y al sudeste se hallaba un peñasco boscoso conocido entre los lugareños como «la colina de Piensa en Mí», sobre el cual a principios de siglo había habido un anuncio de puros Think of Me (Piensa en mí).

Se trataba de una casa de clase media situada en un vecindario de clase media, que Kurt describiría más tarde como «chusma blanca que van de burgueses». En la primera planta se hallaba el salón, el comedor, la cocina y el dormitorio de Wendy y Don. En el piso de arriba había tres estancias: una pequeña sala de juegos y dos dormitorios, uno de los cuales lo ocuparía Kurt. El otro se reservó para el hermano o hermana de Kurt; aquel mes Wendy se enteró de que se había quedado embarazada de nuevo.

Kurt tenía tres años cuando nació su hermana Kimberly, que ya de pequeña guardaba un asombroso parecido con su hermano, con los mismos ojos azules hipnotizadores y el cabello rubio claro. Cuando llevaron a Kimberly del hospital a casa, Kurt insistió en entrar con ella en brazos. «La quería muchísimo -recordaba su padre-. Y al principio eran inseparables.» La diferencia de tres años de edad entre ellos

resultó ideal, pues la atención que profesaba Kurt hacia su hermana pasó a convertirse en uno de sus principales temas de conversación. Dicha circunstancia serviría para forjar un rasgo de carácter que marcaría ya la personalidad de Kurt para el resto de su vida y que se definiría por una sensibilidad, en ocasiones desmesurada, ante las necesidades y el dolor de los demás.

El hecho de tener dos niños cambió la dinámica del hogar de los Cobain, y el poco tiempo libre que tenían lo ocupaban en visitar a la familia o en secundar el interés de Don por los deportes que se organizaban en el seno de la comunidad. Don jugaba en una liga de baloncesto en invierno y en un equipo de béisbol en verano, y gran parte de su vida social giraba en torno a los partidos y los actos que se celebraban después. A través del deporte los Cobain conocieron y entablaron amistad con Rod y Dres Herling. «Formaban una buena familia, y siempre estaban haciendo cosas con los crios», recordaba Rod Herling. En comparación con muchos de sus conciudadanos en el Estados Unidos de los años sesenta, los Cobain eran además de un convencional que llamaba la atención, pues nadie en su círculo social fumaba maría. y Don y Wendy rara vez bebían.

Una noche de verano los Herling estaban en casa de los Cobain jugando a las cartas, cuando Don entró en el salón y anuncio: «Tengo una rata». Las ratas se veían con frecuencia en Aberdeen debido a la baja elevación del terreno y la abundancia de agua. Don ideó una especie de lanza rudimentaria sujetando un cuchillo de carnicero al palo de una escoba. Aquel invento casero llamó la atención del pequeño Kurt de cinco años, que siguió a su padre hasta el garaje, donde el roedor se hallaba metido en un cubo de basura. Don ordenó a Kurt que se quedara atrás, orden imposible de cumplir para un niño tan curioso, quien siguió avanzando poco a poco hasta agarrarse a la pernera de su Padre. El plan consistía en que Rod Herling levantara la tapa del cubo para que Don, acto seguido, matara la rata con la lanza, Herling levantó la tapa y Don lanzó el palo de escoba, pero no logró dar a la rata y la lanza se clavó en el suelo. Mientras Don trataba en vano de desclavar la lanza, la rata trepó a duras penas y, medio aturdida por el palo de la escoba, se escabulló por el hombro de Don

para bajar luego al suelo y pasó por encima de los pies de Kurt al tiempo que este salía del garaje. Todo sucedió en una fracción de segundo, pero la expresión del rostro de Don sumada a los ojos desorbitados de Kurt provocó las carcajadas de todos los presentes. Estuvieron riéndose horas de aquel incidente, el cual se convertiría en un episodio del anecdotario de la familia: «Eh, ¿recordáis aquella vez que papá intentó atravesar la rata con la lanza?». Nadie reía con más ganas que Kurt, pero con cinco años todo le causaba risa. Tenía una risa hermosa, como el sonido de un bebé al que le hacen cosquillas, que se escuchaba a todas horas.

En septiembre de 1972, Kurt empezó a ir a la guardería en la escuela primaria Robert Gray, situada a tres manzanas al norte de su casa. Wendy lo llevó a la escuela el primer día, pero después se acostumbró a ir solo; la calle Primera y sus inmediaciones se habían convertido en su territorio. Los maestros lo conocían bien y lo tenían por un alumno precoz y curioso que siempre llevaba una fiambrera de Snoopy. En la cartilla de notas de aquel año su maestro anotó que se trataba de un «estudiante muy bueno». No era nada tímido. Cuando organizaron un espectáculo infantil en la escuela para el que trajeron un osezno, Kurt fue uno de los pocos niños que accedió a posar con él para que le hicieran fotos.

La asignatura en la que más destacaba era plástica. A los cinco años se veía ya a todas luces que tenía unas dotes artísticas excepcionales, pues pintaba unos cuadros de gran realismo. Tony Hirschman conoció a Kurt en la guardería y se quedó impresionado con el talento de su compañero de clase: «Dibujaba de todo. Un día estuvimos viendo imágenes de hombres lobo, y dibujó uno que parecía una foto». En la serie de dibujos que Kurt realizó aquel año representó a Aquaman, el Monstruo de la Laguna Negra, Mickey Mouse y Pluto. Por vacaciones o para su cumpleaños su familia aprovechaba para regalarle material de dibujo, con lo que su cuarto empezó a tener la apariencia de un estudio de pintura.

La vena artística de Kurt se vio alentada por su abuela paterna. Iris Cobain, quien coleccionaba objetos de recuerdo de Norman Rockwell en forma de platos de Franklin Mint decorados con ilustraciones de la revista *Saturday Evening Post.* La propia Iris se dedicaba a reproducir muchas de las imágenes de Rockwell en cañamazo, y el cuadro más famoso del pintor -*Freedom From Want,* una estampa que resumía la quintaesencia de la cena de Acción de Gracias en Estados Unidos- colgaba de la pared de la caravana doble donde vivía en Montesano. Su abuela llegó incluso a convencerle para que se aficionara a una de sus manualidades preferidas: tallar con ayuda de un palillo toscas reproducciones de cuadros de Rockwell en la parte superior de setas recién cogidas. Al secarse los enormes hongos, las marcas hechas a palillo perduraban, como los huesos de ballena que solían tallar y decorar antiguamente los navegantes allende los mares.

El marido de Iris y abuelo de Kurt, Leland Cobain, carecía de sensibilidad artística -su trabajo como conductor de una asfaltadora se había cobrado gran parte de su capacidad auditiva-, pero enseñó a Kurt a trabajar la madera en labores de carpintería. Leland tenía un carácter rudo y malhumorado, y cuando su nieto le mostró con orgullo un dibujo que había hecho de Mickey Mouse (a Kurt le encantaban los personajes de Disney), Leland lo acusó de haberlo calcado. «No lo he calcado», respondió Kurt. «Ya lo creo que sí», repuso su abuelo. Leland le dio entonces a su nieto una hoja de papel en blanco y un lápiz y le retó a que dibujara lo mismo para que él pudiera ver cómo lo hacía. El pequeño de seis años tomó asiento y, sin un modelo del que copiar, dibujó una imagen casi perfecta del Pato Donald y otra de Goofy. Luego alzó la vista del papel con una enorme sonrisa, tan satisfecho por dejar en ridículo a su abuelo como por crear a su querido pato.

Su creatividad fue extendiéndose cada vez más hacia la música. Aunque nunca había recibido clases formales de piano, era capaz de tocar una melodía sencilla de oído. «Ya incluso de muy pequeño -recordaba su hermana Kim- se sentaba al piano y tocaba algo que había oído por la radio. Tenía la capacidad artística de pasar al papel o convertir en música cualquier cosa que tuviera en la cabeza.» Para

animarlo. Don y Wendy le compraron una batería de Mickey Mouse que Kurt se dedicaba a aporrear con energía cada día al volver de la escuela. Aunque le encantaban los tambores de plástico, aún le atraían más los tambores de verdad que había en casa de su tío Chuck, pues con ellos podía hacer más ruido. También le gustaba colgarse en bandolera la guitarra de su tía, aunque le pesaba tanto que se le doblaban las rodillas. Solía rasgarla mientras inventaba canciones. Aquel año Kurt se compró su primer disco, un empalagoso single de Terry Jacks llamado «Seasons in the Sun».

También le fascinaba mirar los discos de sus tíos y tías. En una ocasión, cuando tenía seis años, fue a visitar a su tía Mari y, estando inmerso en pleno repaso de su colección de discos en busca de un álbum de los Beatles -uno de sus grupos favoritos-, de repente soltó un grito y fue corriendo hacia su tía, presa del pánico. Llevaba en la mano una copia de *Yesterday and Today* de los Beatles, con aquella famosa «portada del carnicero», en la que salía el grupo retratado con trozos de carne encima. «Aquello me hizo darme cuenta de lo impresionable que era Kurt a aquella edad», afirmó Mari.

Al pequeño también le afectaba el creciente clima de tensión que veía entre sus padres. Durante los primeros años de su vida Kurt no había presenciado muchas peleas en casa, pero tampoco había habido grandes muestras de amor. Al igual que muchos matrimonios jóvenes, Don y Wendy eran dos personas abrumadas por las circunstancias. Sus hijos se habían convertido en el centro de sus vidas, y el poco romanticismo que pudiera haber existido en su corta relación de pareja antes de ser padres resultaba difícil de reavivar. Los apuros económicos tenían desmoralizado a Don; Wendy se veía consumida por el cuidado que exigían sus dos hijos. Empezaron a discutir cada vez más y a gritarse el uno al otro delante de los niños. «No tienes ni idea de lo duro que trabajo», le espetaba a gritos Don a Wendy, quien se hacía eco a su vez de las quejas de su marido.

Sin embargo, para Kurt sus primeros años de infancia estuvieron llenos de alegría. En verano pasaban las vacaciones en una cabaña que tenía la familia Fradenburg en Washaway Beach, en la costa de Washington. En invierno iban a montar en trineo. En Aberdeen rara

vez nevaba, así que se trasladaban al este, a las pequeñas colinas situadas más allá del pueblo maderero de Porter, así como al monte conocido como Fuzzy Top Mountain o «la montaña de la cumbre rizada». En dichas excursiones la familia siempre seguía el mismo ritual: después de aparcar sacaban un trineo para Don y Wendy, un platillo plateado para Kim y el deslizador Flexible Flyer de Kurt y se preparaban para lanzarse por la colina. Kurt agarraba su trineo, tomaba carrerilla y se tiraba cuesta abajo de la misma forma que un atleta daría los primeros pasos previos a un salto de longitud. Cuando llegaba abajo saludaba a sus padres con la mano, en señal de que había sobrevivido al viaje. El resto de la familia le seguía y después subían de nuevo la colina todos juntos. Repetían el ciclo entero una y otra vez durante horas, hasta que oscurecía o Kurt caía agotado. De vuelta al coche, Kurt les hacía prometer que regresarían el fin de semana siguiente. Kurt rememoraría posteriormente aquellos momentos como los recuerdos más entrañables de su niñez.

Cuando Kurt tenía seis años la familia acudió a un estudio de fotografía del centro y posó para un retrato formal de Navidad. En la instantánea se ve a Wendy en el centro de la composición, con un foco de luz creando un halo detrás de su cabeza, sentada en una enorme silla de madera de respaldo alto y ataviada con un largo vestido Victoriano de rayas blancas y rosas con volantes en los puños. Alrededor del cuello luce una gargantilla negra y la melena rubia rojiza hasta los hombros se ve dividida en dos, sin un solo pelo fuera de su sitio. Con esa postura perfecta y el modo en que sus muñecas reposan sobre los brazos de la silla tiene la apariencia de una reina.

La pequeña Kim de tres años aparece sentada sobre el regazo de su madre. Engalanada con un largo vestido blanco y unos zapatos de charol, parece una réplica en miniatura de su madre. Está mirando directamente a la cámara, con la expresión de una niña que podría romper a llorar en cualquier momento.

Don posa de pie detrás de la silla, lo bastante cerca como para no salirse del plano pero distraído. Tiene los hombros un tanto encorvados y muestra una expresión de desconcierto más que una sonrisa natural. Lleva una camisa de manga larga de color morado

claro con un cuello de medio palmo y un chaleco gris, un modelo de los que se pondrían Steve Martin o Dan Aykroyd para hacer de «chicos alocados» en sus parodias de *Saturday Night Live.* Tiene una mirada distante, como si estuviera preguntándose por qué lo habrían arrastrado hasta aquel estudio de fotografía cuando podría estar jugando al béisbol.

Kurt se halla de pie a la izquierda de la escena, delante de su padre, a uno o dos palmos de la silla. Lleva unos pantalones azules a rayas de dos tonos con un chaleco a juego y una camisa de manga larga de color rojo vivo que le viene un poco grande, con las mangas cubriéndole parte de las manos. Como el verdadero animador de la familia, no solo esboza una sonrisa, sino que sale riendo. Se le ve radiante de felicidad, como un niño pequeño que estuviera divirtiéndose un sábado con su familia.

La imagen presenta una familia que destaca por su atractivo y cuya apariencia externa deja entrever un linaje típicamente norteamericano: cabello claro, dientes blancos y una indumentaria tan bien planchada y estilizada que podrían parecer sacados de un catálogo de Sears de principios de los años setenta. Sin embargo, si se observa con más detenimiento, revela una dinámica que incluso al fotógrafo debió de resultarle más que evidente, pues se trata de un retrato de familia, pero no de un retrato de matrimonio. Don y Wendy ni siquiera se rozan, y no hay muestra alguna de cariño entre ellos; de hecho, es como si no salieran en la misma imagen. Con Kurt delante de Don y Kim en el regazo de Wendy, se podrían coger unas tijeras y cortar la fotografía -y la familia- por la mitad. Así se obtendrían dos familias separadas, cada una formada por un adulto y un niño, divididas por sexos: las ataviadas con un vestido Victoriano a un lado y los varones con camisas de cuello ancho al otro.

2

ODIO A MAMÁ, ODIO A PAPÁ

ABERDEEN, WASHINGTON

ENERO DE 1974 - JUNIO DE 1979

Odio a mamá, odio a papá.
-De un poema escrito en la pared del dormitorio de Kurt.

La tensión en el seno familiar aumentó en 1974, cuando Don Cobain decidió cambiar de trabajo y entrar en la industria maderera. Don no era un hombre de gran corpulencia, y no le atraía mucho la idea de talar árboles de sesenta metros de altura, así pues aceptó un puesto de oficina en Mayr Brothers. Le constaba que a la larga podría ganar más dinero en el sector de la madera que en la gasolinera; por desgracia, entró a trabajar como empleado en prácticas, cobrando 4,10 dólares la hora, menos aún de lo que ganaba como mecánico. Los fines de semana se sacaba un sobresueldo haciendo inventario en la fabrica, y muchas veces se llevaba a Kurt con él. «Se paseaba con su pequeña bicicleta por el jardín», recordaba Don. Kurt se burlaría posteriormente del empleo de su padre, y afirmaría que era un suplicio acompañarlo a trabajar, pero en aquel momento le complacía que contaran con él. Aunque pasó toda su vida de adulto tratando de dar a entender lo contrario, el reconocimiento y la atención de su padre tenían una importancia crucial para Kurt, y nunca eran suficientes: siempre quería más. Posteriormente confesaría que sus recuerdos más felices correspondían a sus primeros años en el seno familiar. «Lo cierto es que tuve una infancia genial» declaró a la revista *Spin* en 1992, aunque no sin añadir a renglón seguido «hasta los nueve años.»[1]

Don y Wendy se veían obligados a menudo a pedir dinero prestado para pagar las facturas, una de sus principales fuentes de discusión. Leland e Iris guardaban un billete de veinte dólares en la cocina, al

que en tono jocoso se referían como «los veinte que van y vienen», pues cada mes se lo prestaban a su hijo para que comprara comida y, tan pronto lo devolvía, lo pedía prestado de nuevo. «Iba a todas partes, pagaba las facturas y luego venía a casa -recordaba Leland-. Nos pagaba los veinte dólares y nos decía: "Vaya, esta semana lo he hecho bastante bien. Me quedan treinta y cinco o cuarenta céntimos".» Leland, al que nunca le gustó Wendy porque veía que «se las daba de superior a los Cobain», recordaba que la joven familia salía entonces directa al restaurante Blue Beacon Drive-In de la calle Boone para gastar la calderilla en unas hamburguesas. Aunque Don se llevaba bien con su suegro, Charles Fradenburg -que trabajaba para el condado llevando una niveladora-, Leland y Wendy nunca congeniaron.

La tensión entre ambos llegó a un punto crítico cuando Leland ayudó a Don y Wendy a reformar la casa de la calle Primera. Leland se ofreció a construirles una chimenea falsa en el salón y a colocar una encimera nueva, pero durante el proceso las peleas entre Wendy y su suegro fueron en aumento. Leland acabó advirtiendo a su hijo que si no hacía que Wendy dejara de incordiarle se marcharía dejando el trabajo a medio terminar. «Fue la primera vez que oí a Donnie replicar a su mujer -recordaba Leland-. Ella no paraba de quejarse de esto y lo otro, hasta que al final él le dijo: "Cállate de una puñetera vez o cogerá las herramientas y se largará". Y por una vez su mujer cerró la boca.»

Al igual que su padre antes que él, Don se mostraba muy severo con sus hijos. Una de las quejas de Wendy era que su marido esperaba de los niños que supieran comportarse en todo momento -algo imposible de conseguir- y exigía a Kurt que actuara como un «pequeño adulto». Kurt era a veces un diablo, como todos los niños, si bien la mayoría de sus travesuras no revestían gravedad, pues como mucho se limitaban a escribir en la pared, cerrar la puerta de un portazo o hacer rabiar a su hermana. Dichas acciones le valían a menudo una paliza, pero el castigo físico más habitual -y casi diario- de Don consistía en golpearle la sien o el pecho con dos dedos. Aquel gesto apenas dolía, pero causaba un daño psicológico profundo, pues hacía que el hijo temiera un castigo físico mayor y servía al mismo

tiempo para reforzar el dominio de Don. Kurt empezó a buscar refugio en el armario de su cuarto. La clase de espacios cerrados y reducidos que a otros les provocaba un ataque de pánico eran los lugares que Kurt tenía como santuario.

Y había cosas de las que merecía la pena esconderse, pues tanto su padre como su madre podían tratarlo con mofa y sarcasmo. Cuando Kurt se mostraba lo bastante inmaduro como para creerlos, Don y Wendy le advertían que Papá Noel le traería un trozo de carbón si no se portaba bien, sobre todo si se peleaba con su hermana. Para hacer la gracia, le dejaban unos cuantos trozos de carbón en el calcetín. «Solo era una broma -recordaba Don-. Lo hacíamos cada año. Le caían regalos y todo eso; nunca se los dábamos en mano.» Sin embargo, Kurt no le veía la gracia, al menos por lo que contaría más tarde a lo largo de su vida. Según relataba, un día le prometieron que le traerían un arma de juguete de Starsky y Hutch, pero aquel regalo no llegó jamás. En lugar de ello, aseguraba que solo le cayó un trozo de carbón cuidadosamente envuelto. El relato de Kurt tenía algo de exagerado, pero en su imaginación interna había empezado a hacerse una idea propia de su familia.

De vez en cuando, Kim y Kurt hacían las paces y jugaban juntos. Aunque Kim nunca tuvo el talento artístico de Kurt, y jamás sintió la rivalidad de tener al resto de la familia pendiente de su hermano, desarrolló la capacidad de imitar voces. Las que mejor le salían eran las de Mickey Mouse y el Pato Donald, con las que hacía reír a Kurt a más no poder. Las dotes vocales de Kim dieron pie a que Wendy se montara una nueva fantasía. "Era el gran sueño de mamá -declararía posteriormente Kim-, que Kurt y yo acabáramos en Disneylandia, trabajando allí los dos, él dibujando y yo haciendo voces.»

Marzo de 1975 fue un mes lleno de alegría para el pequeño Kurt de ocho años, ya que por fin visitaría Disneylandia, y volaría en avión por primera vez. Leland se había jubilado en 1974 y aquel año Iris y él fueron a pasar el invierno a Arizona. Don y Wendy llevaron en coche a Kurt a Seattle, lo metieron en un avión y Leland recogió al muchacho en Yuma, antes de dirigirse a California del Sur. En una

frenética ruta de dos días visitaron Disneylandia, el parque de Knotts Berry Farm y las instalaciones de Universal Studios. En Disneylandia Kurt se quedó fascinado con la atracción de «Piratas del Caribe», e insistió en que se montaran todos tres veces. En Knotts Berry Farm se atrevió a subir a la gigantesca montaña rusa, pero al salir de la atracción estaba pálido como un fantasma. Cuando Leland le preguntó si ya tenía suficiente, el rostro de Kurt recobró de golpe el color y volvió a montarse una vez más. En la visita guiada por Universal Studios Kurt asomó medio cuerpo fuera del tren al pasar por delante de la criatura de *Tiburón,* lo que provocó que un guardia advirtiera a gritos a sus abuelos: «Será mejor que cojan al rubito ese o le arrancará la cabeza de un mordisco». Kurt desafió la orden y sacó una foto de las fauces del animal teniéndolo tan solo a unos centímetros de la cámara. Más tarde, ya en la autopista, Kurt se quedó dormido en el asiento trasero, que les sirvió a sus abuelos como excusa para poder pasar de largo el parque temático de la Montaña Mágica sin que el pequeño se empeñara en visitarlo también.

De todos sus familiares, el más unido a Kurt era su abuela Iris; ambos compartían una afición por el arte y, en ocasiones, cierta tristeza. «Se adoraban mutuamente -recordaba Kim-. Creo que él intuía el calvario por el que ella había pasado.» Tanto Iris como Leland habían crecido rodeados de penurias, marcados ambos por la pobreza y la muerte prematura de sus padres en el ejercicio de su trabajo. El padre de Iris había fallecido por culpa de los gases tóxicos de la fábrica de pasta de papel Rayonier; el padre de Leland, sheriff del condado, murió al descargársele el arma de manera fortuita. Leland tenía quince años cuando perdió a su padre. Se alistó en los marines y fue enviado a Guadalcanal, pero tras propinarle una paliza a un oficial lo hospitalizaron para someterlo a un examen psiquiátrico. Tras recibir la baja del ejército se casó con Iris, pero tuvo que enfrentarse a la bebida y la ira, en especial después de que el tercer hijo de la pareja, Michael, naciera con una deficiencia mental y muriera en un manicomio a los seis años. «Los viernes por la noche le pagaban la semanada y volvía a casa borracho -recordaba Don-. Pegaba a mi madre. Me pegaba a mí. Pegaba a mi abuela, y al novio

de mi abuela. Pero así eran aquellos tiempos.» En la época de la infancia de Kurt ya se había ablandado y su arma más hiriente era el lenguaje grosero que empleaba.

Cuando Leland e Iris estaban ocupados, alguno de los muchos hijos de los Fradenburg se hacía cargo de Kurt; tres de sus tías vivían a solo cuatro manzanas. Al hermano menor de Don, Gary, también le tocó cuidar de él unas cuantas veces, y en una ocasión fue el responsable de que Kurt tuviera que volver al hospital por primera vez después de su nacimiento. «Le rompí el brazo derecho -recordaría Gary posteriormente-. Yo estaba tumbado de espaldas y él sobre mis pies, y yo lo lanzaba al aire con los pies.» Kurt era un niño muy activo y, con todo lo que se movía, lo que les sorprendía a sus familiares es que no se hubiera roto más partes del cuerpo.

El brazo roto se le curó y la lesión no pareció servir para impedirle practicar deportes varios. Don animó a su hijo a que jugara al béisbol casi desde que Kurt aprendió a andar, y le proporcionaba todas las pelotas, bates y guantes que pudiera necesitar un niño. De pequeño, Kurt les daba más utilidad a los bates como instrumentos de percusión, pero con el tiempo empezó a interesarse por el deporte, al principio en el vecindario y luego en juegos organizados. A los siete años formaba parte ya del primer equipo de la liga de béisbol infantil. Su padre era el entrenador. «No era el mejor jugador del equipo, pero no se le daba mal -recordaba Gary Cobain-. A mí me parecía que no le gustaba jugar. Creo que lo hacía por su padre.»

El béisbol era un ejemplo del afán de Kurt por ganarse la aprobación de Don. «Cuando Kurt era niño, él y mi padre se llevaban bien -afirmaba Kim-, pero Kurt no era nada de lo que mi padre esperaba de él.»

Tanto Don como Wendy se veían frente al conflicto entre el niño idealizado y el niño real. A ambos les quedaban necesidades no cubiertas de sus años de infancia, y al nacer Kurt ambos volcaron sobre él todas sus expectativas personales. Don deseaba la relación paternofilial que nunca había tenido con su padre, y pensaba que el deporte brindaría un nexo de unión entre ambos. Y aunque a Kurt le gustaba el deporte, sobre todo cuando su padre no andaba cerca,

instintivamente relacionaba el amor de su padre con aquella actividad, una asociación que le marcaría de por vida. Su reacción era participar, pero no sin protestar.

Estando Kurt en segundo curso de primaria, sus padres y su profesor llegaron a la conclusión de que la inagotable energía del pequeño podía tener causas médicas de mayor calado. Tras consultar al pediatra de Kurt procedieron a eliminar el colorante rojo número 2 de su dieta. Al ver que no se producía mejora alguna, sus padres le limitaron el consumo de azúcar. Al final el médico le recetó Ritalin, un medicamento que Kurt estuvo tomando durante tres meses. «Era un niño hiperactivo -recordaba Kim-. Rebotaba contra las paredes, sobre todo si le dabas azúcar.»

Otros parientes suyos sugieren que Kurt tal vez sufriera el trastorno por déficit de atención con hiperactividad o ADHD. Mari recordaba haber visitado la casa de los Cobain y encontrar a Kurt corriendo por todo el vecindario, aporreando un tambor y gritando a pleno pulmón. Mari entró en la casa y le preguntó a su hermana: «Pero ¿qué demonios está haciendo?». «No sé -fue la respuesta de Wendy-. No sé qué hacer para que pare. Lo he intentado todo.» En aquel momento, Wendy supuso que sería la forma en que Kurt quemaba el exceso de energía propio de su edad.

La decisión de administrar Ritalin a Kurt resultaba, ya en 1974, controvertida, pues algunos científicos sostenían que podía generar un reflejo pavloviano en los niños y aumentar las probabilidades de provocar un comportamiento adictivo en una etapa posterior de la vida; otros piensan que si la hiperactividad no se trata durante la infancia, el individuo puede acabar auto-medicándose de adulto con drogas ilegales. Cada uno de los miembros de la familia tenía un parecer distinto sobre el diagnóstico de Kurt y sobre los posibles beneficios o perjuicios del corto tratamiento, pero en opinión de Kurt, como él mismo contaría años más tarde a Courtney Love, los efectos del fármaco se hicieron notar. Según la propia Love, a quien también le recetaron Ritalin de niña, ambos hablaban del tema con frecuencia. «Cuando uno es pequeño y le dan ese medicamento que le hace sentir eso, ¿en qué va a convertirse sino de adulto? -se preguntaba Love-. De

pequeño te sentías eufórico, ¿cómo borrar ese recuerdo de tu memoria?»

En febrero de 1976, justo una semana después del noveno cumpleaños de Kurt, Wendy comunicó a Don su deseo de divorciarse. Tras realizar dicho anuncio una noche entre semana, Wendy cogió su Camaro y se marchó airada de casa, dejando a Don con la responsabilidad de dar explicaciones a los niños, algo que no solía ser su fuerte. Aunque los conflictos conyugales de Don y Wendy habían aumentado durante la última mitad de 1974, la decisión de Wendy cogió a Don desprevenido, como le ocurrió al resto de la familia. Don cayó en un estado de negación y se encerró en sí mismo, un comportamiento que se vería reflejado años más tarde en la conducta de su hijo en épocas de crisis. Wendy siempre había tenido un carácter fuerte y tendencia a sufrir arranques ocasionales de furia, sin embargo a Don le sorprendió que quisiera romper la unidad familiar. La principal queja de su esposa se fundamentaba en la incesante actividad de Don en torno al deporte, pues, además de su cometido como arbitro y entrenador, jugaba en un par de equipos. "En ningún momento se me pasó por la cabeza que pudiera ocurrir aquello -afirmó Don-. El divorcio no estaba tan extendido por aquel entonces. Ni yo tampoco lo buscaba. Wendy quería irse, así sin más.»

El primero de marzo fue Don quien se marchó de casa y buscó una habitación en Hoquiam. Confiaba en que a Wendy se le pasaría el enfado y su matrimonio sobreviviría, así que la alquiló por semanas. Para Don la familia representaba una parte fundamental de su identidad, y su papel como padre le brindó una de las primeras ocasiones de su vida en que sintió que lo necesitaban. «Se quedó hundido con la idea del divorcio», recordaría posteriormente Stan Targus, el mejor amigo de Don. La separación fue complicada, pues la familia de Wendy adoraba a Don, en especial su hermana Janis y su marido Clark, que vivían cerca de los Cobain. Algunos de los hermanos de Wendy se preguntaban en silencio cómo se las ingeniaría ella para sobrevivir económicamente sin Don.

El 29 de marzo Don recibió una citación y una «petición de disolución de matrimonio», a la que le seguiría un montón de documentos legales; Don optó la mayoría de las veces por hacer caso omiso de dichos avisos, con la esperanza de que Wendy cambiara de idea. El 9 de julio fue detenido por no responder a las peticiones de Wendy. Aquel mismo día se llegó a un acuerdo final que adjudicaba la casa a Wendy, estableciendo no obstante un derecho de retención de seis mil quinientos dólares para Don en caso de venta de la propiedad, nuevo casamiento de Wendy o cumplimiento de la mayoría de edad por parte de Kim. Don se quedó con la furgoneta de reparto de media tonelada del 65, y Wendy con el vehículo familiar, el Camaro del 68.

La custodia de los niños fue concedida a Wendy, pero a Don le impusieron una pensión de manutención para cada uno de sus hijos de ciento cincuenta dólares al mes, gastos médicos y dentales aparte, y le concedieron un régimen de visitas «razonable». Tratándose de un tribunal de pueblo en mitad de los años setenta, los detalles sobre dicho régimen de visitas no llegaron a concretarse más allá de un acuerdo informal. Don se mudó a la caravana de sus padres en Montesano y siguió albergando la esperanza de que Wendy cambiaría de opinión, incluso tras la firma de los documentos finales.

Nada más lejos de la intención de Wendy. Cuando acababa con algo, no había marcha atrás, y con Don no podía haber acabado de forma más definitiva. Wendy no tardó en enredarse con Frank Franich, un apuesto estibador que ganaba el doble de dinero que Don. Franich también era propenso a la ira y la violencia, y nada le atraía más a Wendy que ver aquel veneno proyectado hacia Don. Cuando enviaron por equivocación a casa de Wendy un nuevo permiso de conducir a nombre de Don alguien abrió el sobre, restregó la fotografía de Don con excrementos, volvió a cerrar el sobre y lo remitió a Don. Aquello no era un divorcio, era una guerra, llena de odio, rencor y venganza fruto de una cruenta enemistad.

Para Kurt fue una hecatombe emocional. Ningún otro suceso aislado de su vida tendría un efecto mayor sobre su personalidad incipiente. Kurt interiorizó el divorcio, como les ocurre a muchos niños. La trascendencia de los conflictos existentes entre sus padres se

había mantenido al margen de su conocimiento, por lo que no llegaba a entender la razón de la separación. «Creía que era culpa suya, y cargó con gran parte de la culpa -observaría Mari posteriormente-. Fue un momento traumático para Kurt, pues veía que todo aquello en lo que confiaba, su seguridad, la familia y su propia fuente de sustento, se desmoronaba ante sus ojos.» En lugar de exteriorizar su angustia y su dolor, Kurt se encerró en sí mismo. El mes de junio de aquel año Kurt escribió en la pared de su cuarto: «Odio a mamá, odio a papá. Papá odia a mamá, mamá odia a papá. Solo dan ganas de estar triste». Kurt era un niño tan unido a su familia que hacía lo que fuera para no irse a dormir, como había escrito Mari en su redacción para la clase de economía doméstica hacía siete años, porque «no quiere separarse de ellos». Y ahora lo separaban de ellos a la fuerza, aunque él no tuviera la culpa. Iris Cobain describió en una ocasión 1976 como «el año de Kurt en el purgatorio».

El trance también le afectó a nivel físico. Mari recordaba a Kurt en el hospital durante aquella época; por lo que había oído decir a su madre, lo habían ingresado porque no comía lo suficiente. «Recuerdo a Kurt en el hospital con diez años por los problemas de desnutrición que sufría», recordaba Mari. Kurt le contó a sus amigos que tenía que ingerir bario y hacerse radiografías del estómago. Es posible que lo que se calificaba de desnutrición fuera en realidad el primer síntoma de un trastorno gástrico que lo acosaría después de adulto. Su madre había tenido problemas con el estómago recién cumplidos los veinte, poco después de nacer él, y cuando a Kurt comenzó a dolerle el estómago se dio por sentado que sufría la misma enfermedad que Wendy. Además, coincidiendo con la época del divorcio, empezó a sufrir un tic nervioso en los ojos. La familia supuso que tendría relación con las tensiones, y probablemente así fuera.

Durante el proceso de divorcio de sus padres, su vida como preadolescente proseguía, con todos los retos que ello comportaba. Al inicio del cuarto curso de primaria, Kurt empezó a fijarse en las chicas como seres sexuales y a darle importancia a su estatus social. El mes de julio de aquel año salió fotografiado en el *Aberdeen Daily World* cuando su equipo de béisbol ganó el primer puesto en la liga local tras

cosechar catorce victorias y una sola derrota. El otro suceso destacado de aquel verano fue la adopción por su parte de un gatito negro que andaba vagando por el vecindario. Fue su primera mascota, y lo llamó Puff.

Tres meses después de consumarse el divorcio, Kurt manifestó su interés por ir a vivir con su padre. Se mudó a la caravana donde residían Don, Leland e Iris, pero a principios de otoño padre e hijo alquilaron una más pequeña situada al otro lado de la calle. Kurt visitaba a Wendy, Kim y Puff los fines de semana.

Vivir con su padre sirvió para cubrir alguna de las necesidades emocionales de Kurt, pues otra vez volvía a ser el centro atención, un hijo solo. A Don le pesaba tanto lo del divorcio que compensaba en exceso el daño causado con regalos materiales, y llegó a comprar a Kurt una minimotocicleta Yamaha Enduro-80 que pasó a ser la atracción del barrio. Lisa Rock que vivía a unas manzanas de Kurt, lo conoció aquel otoño «Era un chico callado y muy agradable. Siempre iba con una sonrisa en la cara. Era un poco tímido. Había un campo por donde paseaba con su motocicleta, y yo iba a su lado con la bicicleta».

La observación de Rock respecto al carácter «callado» de Kurt se hacía eco de un calificativo empleado reiteradamente para describirlo en su etapa adulta. Kurt podía permanecer sentado en silencio durante horas enteras sin necesidad de cruzar dos palabras con nadie. Kurt y Lisa habían nacido el mismo día y cuando ambos cumplieron los diez lo celebraron con una fiesta en casa de Lisa. A Kurt le alegró que contaran con él. aunque le incomodaba tanta atención, ante la cual no sabía cómo actuar. A los cuatro años no tenía miedo a nada; a los diez, sin embargo, se mostraba sorprendentemente miedoso. A raíz del divorcio se retrajo y pasó a obrar con reserva, esperando siempre que fuera la otra persona quien diera el primer paso.

Tras el divorcio, y con la llegada de Kurt a la pubertad, su padre adoptó un papel de mayor importancia. Después del colegio, Kurt se quedaba con sus abuelos, pero en cuanto Don volvía del trabajo pasaban juntos el resto del día y Kurt accedía con gusto a hacer lo que Don quisiera, aunque eso significara practicar algún deporte. Después

de jugar un partido de béisbol, padre e hijo cenaban juntos de vez en cuando en alguna cafetería de la zona. Se trataba de una vinculación afectiva que complacía a ambos, pero ninguno de los dos podía dejar de sentir la pérdida de la familia. Era como si les hubieran amputado una pierna, y aunque pasaban el día sin ella, siempre la tenían presente en su mente. El amor mutuo que se profesaron aquel año fue más fuerte de lo que había sido ni sería jamás, pero tanto a uno como a otro les embargaba una profunda soledad. Ante el temor de perder a su padre, Kurt le pidió a Don que le prometiera que no volvería a casarse. Don le dio su palabra y le aseguró que permanecerían juntos para siempre.

Durante el invierno de 1976 Kurt cambió de escuela para asistir a la escuela primaria Beacon de Montesano. Los colegios de dicha localidad eran más pequeños que los de Aberdeen y a las pocas semanas de su traslado Kurt alcanzó una popularidad que nunca había tenido antes y pareció recobrar la audacia que había perdido. Pese a la aparente seguridad en sí mismo que mostraba, aún conservaba un sentimiento amargo sobre sus circunstancias. «Se diría que estaba atormentado por el divorcio de sus padres», recordaría posteriormente su compañero de clase Darrin Neathery.

Cuando empezó quinto en otoño de 1977 Kurt estaba ya más que integrado en «Monte» -como llamaban los lugareños a la Población-, pues no había estudiante que no lo conociera, y a casi todos les caía bien. «Era un chico guapo -según John Fields-. Era listo, y lo tenía todo a su favor.» Con el pelo rubio y los ojos azules, Kurt se convirtió en uno de los favoritos de las chicas. «Era uno de los chicos más populares del colegio, sin exagerar -según Roni Toyra-. Había un grupo de unos quince chavales que siempre iban juntos, y él era uno de los que más destacaban entre ellos. Era monísimo, la verdad, con ese pelo rubio, esos ojazos azules y esas pecas en la nariz.»

Su atractivo exterior ocultaba una lucha interna por conseguir su propia identidad, que volvió a estancarse cuando en octubre de 1977 Don empezó a salir con mujeres. La primera que conoció a Kurt no le cayó bien, así que su padre acabó dejándola. Con el narcisismo propio de sus diez años, Kurt no entendía el deseo de su padre por buscar compañía adulta ni la razón por la que no era feliz estando los dos

solos. A finales de otoño, Don conoció a una mujer llamada Jenny Westby, también divorciada y con dos hijos: Mindy, un año menor que Kurt, y James, cinco años menor. El noviazgo se desarrolló desde el principio en un entorno familiar; la primera cita, sin ir más lejos, consistió en un paseo en bicicleta con todos los niños por el lago Sylvia. Kurt se llevaba bien con Jenny y sus hijos, y Don pensó que ya había encontrado pareja. Así pues, él y Jenny se casaron.

Al principio Kurt veía con buenos ojos a Jenny, pues como mujer le daba la atención que a él le faltaba, pero los sentimientos positivos que tenía hacia su nueva madrastra se vieron anulados por un conflicto interno: si acababa queriéndola, traicionaría su amor por su madre y por su «verdadera» familia. Al igual que su padre, Kurt no había dejado de albergar la esperanza de que el divorcio era un revés pasajero, un sueño que tarde o temprano se acabaría. El nuevo casamiento de su padre, y la nueva realidad en la entonces abarrotada caravana, dieron al traste con aquella ilusión. Don no era un hombre de muchas palabras, y por la educación que había recibido le costaba mucho expresar sus sentimientos. «Me dijiste que no volverías a casarte nunca más», le echó en cara Kurt a su padre. «Bueno, Kurt, las cosas cambian», repuso Don.

Jenny trató en vano de ganarse su afecto. «Al principio se mostraba muy cariñoso con todo el mundo», recordaba Jenny. Luego sacó a relucir la promesa de Don de no volver a casarse y comenzó a retraerse cada vez más. Don y Jenny intentaron compensarle convirtiéndole en el centro de atención de la casa -le dejaban abrir los regalos el primero y le daban manga ancha con las tareas domésticas-, pero dichos sacrificios solo sirvieron para acrecentar su retraimiento emocional. Kurt se lo pasaba bien con sus hermanastros como compañeros de juegos ocasionales, pero también les hacía rabiar y se mostraba despiadado con Mindy por sus dientes salidos, cayendo en la crueldad de imitar su voz delante de ella.

Las cosas mejoraron durante un tiempo cuando la familia se mudó a una casa de propiedad situada en el número 413 de la calle Fleet Sur, en Montesano. Kurt tenía su propio cuarto, del que destacaban las ventanas redondas semejantes a las de un barco. Poco después del

traslado, Jenny dio a luz a otro hijo, Chad Cobain, en enero de 1979. Con su llegada pasarían a ser dos niños más, una madrastra y un bebé los que competirían por la atención que en su día solo acaparaba Kurt.

Kurt campaba a sus anchas por los parques, callejones y campos de Monte. Se trataba de una población tan pequeña que rara vez se necesitaba un medio de transporte: Kurt tenía el campo de béisbol a cuatro manzanas, el colegio en la misma calle más arriba y a todos sus amigos a corta distancia a pie. A diferencia de Aberdeen, Monte parecía salida de una obra de Thornton Wilder: un pedazo de una Norteamérica más sencilla y agradable. Los miércoles se instauraron como la noche en familia en casa de los Cobain, incluyendo entre otras actividades juegos de mesa como el parchís y el Monopoly. A Kurt le entusiasmaban aquellas veladas como al que más.

La familia andaba justa de dinero, así que para las vacaciones casi siempre iban de camping, pero Kurt era el primero en subir al coche cuando se disponían a salir de casa. Su hermana Kim solía viajar con ellos hasta que Don y Wendy se pelearon por el hecho de que las vacaciones pudieran comportar una manutención menor para la niña; tras aquel enfrentamiento Kim dejó de ver con la misma asiduidad a su padre y a su hermano. Kurt siguió visitando a su madre los fines de semana, pero en lugar de gratas reuniones solían tratarse de encuentros que irritaban la vieja herida del divorcio; Wendy y Don rara vez guardaban las formas, de modo que para Kurt los viajes a Aberdeen significaban tener que ver a sus progenitores discutiendo acaloradamente por el horario de visitas. Uno de aquellos fines de semana le sobrevendría otro pesar: Puff, su gato querido, se escapó y ya no se supo nada más de él.

Como todos los niños, Kurt era un ser hecho a la rutina y le gustaba la estructura de las cosas, como la noche en familia. Pero hasta aquel pequeño consuelo llegó a suponerle un foco de conflicto interno, pues aunque ansiaba la proximidad de los que tenía a su alrededor, temía que con tanto apego lo abandonaran después en la cuneta. Kurt había alcanzado la etapa de la pubertad, en la que la mayoría de los adolescentes varones empiezan a diferenciarse de sus padres, a buscar su propia identidad. Sin embargo, Kurt seguía

añorando su nido familiar original, de modo que el desapego entrañaba tanto una necesidad como una fuente de terror. Kurt trataba de hacer frente a todos esos sentimientos contradictorios desvinculándose emocionalmente de Don y Wendy. Se decía a sí mismo y a sus amigos que los odiaba, y en medio de aquel discurso cargado de rencor era capaz de justificar su distanciamiento. Pero después de pasarse una tarde con los amigos despotricando por los padres tan horribles que tenía, acababa participando una vez más en las veladas familiares y siendo el único de la casa que no quería que llegaran a su fin.

Las vacaciones siempre eran un problema. Los días de Acción de Gracias y Navidad de 1978 Kurt se vio obligado a pasearse por media docena de casas distintas. Si sus sentimientos por Jenny eran una mezcla de afecto, celos y traición, sus sentimientos por el novio de Wendy, Frank Franich, se condensaban en pura ira. Wendy empezó además a beber en exceso, y el alcohol acentuaba su mordacidad. Una noche Franich le rompió el brazo a Wendy -Kim se encontraba en casa y presenció el incidente- y hubo de ser hospitalizada. Cuando se recuperó de la lesión, se negó a presentar cargos. Su hermano Chuck amenazó a Franich, pero poco podía hacer nadie para cambiar la entrega que le profesaba Wendy. En aquel momento muchos pensaban que Wendy estaba con Franich por el apoyo económico que él le proporcionaba. Wendy se había puesto a trabajar tras el divorcio como dependienta de Pearson's, unos almacenes de Aberdeen, pero era el salario de estibador de Franich lo que les permitía costearse lujos como la televisión por cable. Antes de que Franich apareciera en su vida, Wendy había llegado a retrasarse tanto en el pago de las facturas que estuvieron a punto de cortarle la luz.

Aquel año Kurt tenía once, y aunque pequeño y escuálido, nunca se sentía tan impotente o débil como cuando Franich andaba cerca. Se veía incapaz de proteger a su madre, y la tensión de presenciar las peleas entre ellos le hacían temer por la vida de Wendy e incluso por la suya propia. Compadecía a su madre y al mismo tiempo la odiaba por tener que compadecerla. Sus padres habían sido sus dioses durante

sus primeros años de vida, pero ahora habían pasado a ser unos ídolos caídos, unos falsos dioses en los que no se podía confiar.

Dichos conflictos internos comenzaron a ponerse de manifiesto en la conducta de Kurt. Replicaba a los adultos, se negaba a colaborar en las tareas del hogar y, pese a su escasa envergadura, empezó a intimidar a otro muchacho con tal fuerza que la víctima se negó a asistir a clase. Profesores y padres acabaron involucrándose en el asunto, y todo el mundo se preguntaba qué razón habría para que un chico tan encantador se hubiera vuelto tan desagradable. Al borde de la desesperación, Don y Jenny optaron finalmente por llevar a Kurt al psicólogo. Hubo un intento de iniciar una terapia familiar, pero Don y Wendy nunca lograron hacer coincidir sus horarios. No obstante, el terapeuta consiguió hablar con Kurt durante un par de sesiones y concluyó que Kurt necesitaba una sola familia. «Nos dijeron que si nos lo quedábamos nosotros debíamos conseguir su custodia legal para que él tuviera constancia de que lo aceptábamos como parte de nuestra familia -recordaba Jenny-. Por desgracia, todo este asunto acabaría causando problemas entre Don y Wendy por la discusión en la que se vieron enzarzados.»

Don y Wendy llevaban varios años divorciados, pero seguían enfadados el uno con el otro, y de hecho su ira se veía intensificada por el tema de los niños. Wendy había tenido una primavera difícil, pues su padre, Charles Fradenburg, había muerto de un repentino ataque al corazón diez días después de que cumpliera los sesenta y un años. La madre de Wendy, Peggy, siempre había vivido recluida y Wendy temía que con la pérdida de su padre aumentara el aislamiento de su madre. El extraño comportamiento de Peggy podía deberse a un truculento suceso ocurrido en su infancia: cuando Peggy tenía diez años, su padre se atravesó el vientre con un cuchillo delante de su familia. James Irving sobrevivió al intento de suicidio, y fue internado en el mismo hospital psiquiátrico de Washington donde posteriormente administrarían electrochoques a la actriz Frances Farmer. El padre de Peggy murió dos meses después a causa de la lesión sufrida; en un momento de distracción del personal del hospital,

se desgarró las heridas. Como muchas tragedias familiares, de la enfermedad mental del bisabuelo de Kurt solo se hablaba en susurros.

Pero ni siquiera las penalidades de la familia Fradenburg sirvieron para unir a Don y Wendy en el dolor compartido. Las discusiones sobre el destino de Kurt acabaron en pelea, como todas sus conversaciones. Wendy firmó finalmente un documento que rezaba así: «Donald Leland Cobain será el único responsable del cuidado y la manutención del citado menor». El 18 de junio de 1979, a tres semanas de cumplirse el tercer año del divorcio de Don y Wendy, a Don le fue concedida la custodia legal de Kurt.

3

EL ALBÓNDIGA DEL MES

MONTESANO, WASHINGTON

JULIO DE 1979 - MARZO DE 1982

Su comida y bebida favoritas son la pizza y la Coca-Cola. Su expresión preferida, "perdónate".
- De una reseña de *Puppy Press.*

En septiembre de 1979 Kurt comenzó séptimo curso en el centro de enseñanza secundaria Junior High School de Montesano. Aquel cambio supuso un hito importante para Kurt, y el colegio pasó a adquirir un protagonismo mayor en su vida. En quinto había empezado a asistir a clases de música, y al llegar a séptimo ya tocaba la batería con la banda del colegio, un logro cuya importancia trataba de minimizar ante sus amigos al tiempo que lo saboreaba. Casi todo lo que estudiaba o ensayaba era música de desfile o pensada para tocar en pequeños conjuntos de percusión, con el aprendizaje de temas como «Louie, Louie» y «Tequila» para bombo y tambor. La banda de Monte rara vez desfilaba -la mayoría de las veces tocaba en asambleas escolares y partidos de béisbol- pero Kurt no faltaba a ninguno de los actos en los que participaba.

El director de la banda, Tim Nelson, lo recordaba como un «estudiante de música normal y corriente. No era extraordinario, pero tampoco podía tacharse de pésimo». Kurt salió fotografiado aquel año en el anuario *Sylvan* de Montesano tocando el tambor en una asamblea. Lucía un corte de pelo a lo paje y tenía un cierto aire a Brad Pitt de joven. Llevaba una vestimenta tirando a pija, con los típicos tejanos acampanados, una camiseta de rugby Izod a rayas y unas zapatillas de deporte Nike.

Vestía como cualquier otro muchacho de doce años, aunque se veía un poco bajo y menudo para su edad.

Al tratarse de uno de los chicos más populares del colegio fue seleccionado para que se escribiera sobre él una reseña biográfica en la edición mimeografiada del periódico estudiantil *Puppy Press* el 26 de octubre de 1979. El artículo llevaba por título «El albóndiga del mes» y decía así:

Kurt está en séptimo de nuestro colegio. Es rubio y tiene los ojos azules. El cole le parece bien. La clase preferida de Kurt es la de música y su profesor preferido, el señor Hepp. Su comida y bebida favoritas son la pizza y la Coca-Cola. Su expresión preferida, «perdónate». Su canción favorita es «Don't Bring Me Down», de E.L.O., y su grupo de rock favorito, Meatloaf. Su programa de televisión preferido es *Taxi* y su actor favorito, Burt Reynolds.

Lo de la expresión «perdónate» era fruto de una alteración inventada por Kurt del dicho de Steve Martin «perdóneme». Aquel juego de palabras reflejaba muy bien su sentido del humor irónico y mordaz, dado a la trasposición de locuciones conocidas y a la formulación de preguntas retóricas absurdas, un humor propio de un Andy Rooney adolescente. Típico de aquellas bromas suyas era cuando gritaba ante una hoguera: «Pero ¿cómo podéis arruinar un buen fuego como este haciendo humo?». Dada su constitución enclenque, su método de supervivencia dentro de la cultura masculina adolescente consistía en trivializar los conflictos mediante la broma y rebajar a cualquier posible torturador con la superioridad de su intelecto.

Kurt se pasaba horas viendo la televisión, motivo por el cual Don y Jenny mantenían una batalla constante con él, pues mientras ellos deseaban que estuviera menos tiempo delante del televisor, Kurt insistía con súplicas y gritos en seguir viéndola.

Cuando no le daban permiso, se limitaba a ir a casa de su mejor amigo, Rod Marsh, quien vivía a solo una manzana, y veía tele allí. Aunque *Saturday Night Live* empezaba un rato después de que lo hubieran mandado a la cama, casi nunca se lo perdía, y al lunes

siguiente reproducía en el colegio los mejores sketches. Asimismo, imitaba a la perfección a Latka, el personaje de Andy Kaufman en *Taxi*.

El verano anterior Kurt había dejado atrás la liga de béisbol infantil, pero al llegar el invierno se incorporó al equipo de lucha libre juvenil, lo cual complació a su padre. Don no se perdía un solo combate de su hijo y lo bombardeaba a preguntas sobre sus progresos. El entrenador era un profesor de arte de Monte llamado Kinichi Kanno, y Kurt entró en el equipo con más intención de pasar tiempo con Kanno que de luchar. En Kanno, Kurt halló un modelo de conducta masculino que fomentaba su creatividad, y se convirtió en el estudiante predilecto del profesor. Uno de los dibujos de Kurt se publicó en la portada de *Puppy Press* con motivo de la celebración de Halloween; en él se veía un bulldog, la mascota de Montesano, vaciando una bolsa llena de golosinas en una caseta de perro. Entre los caramelos ocultaba una lata de cerveza, un toque típico de los Cobain. Aquel mismo año Kurt ilustró una postal navideña con el retrato a plumilla de un niño que estaba intentando pescar pero que se había lanzado el anzuelo a la espalda; la postal no tenía nada que envidiar a una tarjeta de Hallmark. Según su compañera de clase Nikki Clark, los dibujos de Kurt «siempre eran muy buenos. Parecía un estudiante tan aventajado que Kanno nunca tuvo que ayudarle».[2] Aunque no estuviera en clase de arte, recordaba Clark, Kurt siempre andaba con un lápiz en la mano: "Se pasaba el día garabateando, fuera la clase que fuera».

La mayoría de las veces garabateaba coches, camiones y guitarras, aunque también empezó a experimentar con la temática Pornográfica. «Un día me enseñó un esbozo que había dibujado –Relataría años más tarde su compañero de clase Bill Burghardt–. Y era la representación totalmente realista de una vagina, “¿qué es eso?", le pregunté yo, y él se echó a reír.» En esa época Kurt no había visto nunca una vagina de cerca salvo en libros o en las revistas para adultos que se intercambiaban los chicos. Otra especialidad suya era Satán, una figura que se cansaba de bosquejar en su cuaderno, estuviera en la clase que estuviera.

Roni Toyra era la novia de Kurt en séptimo, pero nunca pasó de ser un primer amor inocente. Kurt le regaló un dibujo suyo para sellar su unión. «Había chicos en el colegio que se veía claramente que tenían problemas o eran marginados, pero Kurt no era uno de ellos -dijo Roni-. En lo único que se diferenciaba del resto era en que no hablaba tanto como la mayoría de los críos. No era insociable, solo callado.»

En casa era de todo menos callado, pues no dejaba de quejarse a gritos por lo que le parecía un trato injusto por parte de Don y Jenny. Pocos matrimonios en segundas nupcias con hijos acaban cuajando a la perfección, pero este en concreto siempre se movía en un terreno delicado, y las cuestiones en torno al favoritismo y la justicia estaban a la orden del día en el seno familiar. Las quejas de Kurt solían derivar en peleas entre Don y Jenny, que incrementaban el rencor entre sus padres, el cual seguía bullendo por el tema de las visitas y la manutención de Kim. Don se quejaba de que Wendy hiciera llamar a su hija si el cheque de la pensión se retrasaba un solo día.

Poco antes de que Kurt acabara séptimo, la enfermera del colegio llamó a los Cobain para comunicarles que, a juzgar por sus dimensiones, Kurt se hallaba en lo que consideraban el límite de padecer escoliosis, es decir, una desviación de la columna vertebral. Don y Jenny llevaron a Kurt al médico, quien después de un reconocimiento exhaustivo determinó que Kurt no sufría dicha anomalía; simplemente tenía los brazos más largos de lo normal para sus proporciones, por lo que su torso parecía torcido. Pero el dictamen del facultativo no acabó de tranquilizar a Wendy. A través del sistema de comunicación familiar -el cual se asemejaba a una versión pésima del juego infantil del teléfono-, Wendy se había enterado de que Kurt tenía escoliosis, y se indignó ante la falta de preocupación de Don y al no ver a su hijo escayolado de pies a cabeza. Kurt optó por creer en el diagnóstico de su madre, y ya de adulto explicaría que había sufrido una «escoliosis menor en secundaria». Aunque existen pocas probabilidades de que su afirmación se correspondiera con la realidad, Kurt la empleaba como un ejemplo más de hasta qué punto le había fallado su padre.

Como muchos hijos de divorciados, Kurt tenía una habilidad magistral para enfrentar a sus padres en beneficio propio, en 1980 Wendy trabajaba en la Oficina del Comisionado del Condado situada en Monte, y Kurt solía ir a visitarla a la salida del colegio, aunque solo fuera para ponerla al corriente de las nuevas torturas que sufría a manos de Don o Jenny. En vista de que la situación empeoraba para él estando en Monte, Kurt confiaba en que Wendy volviera a acogerlo en su casa. Pero en aquel momento su madre tenía sus propios problemas con Frank Franich. Según le contó a Kim, Wendy temía que si Kurt presenciaba la disfunción que reinaba en su casa se volvería homosexual. Años más tarde, cuando Kurt sacó a colación el tema delante de Wendy y Kim, su madre le dijo: «Kurt, no puedes hacerte una idea de lo que era aquello. Habrías acabado en un reformatorio o en la cárcel».

Uno de los lamentos más reiterados de Kurt ante su madre se debía al favoritismo que recibían los hijos de Jenny en casa. Cuando el ex marido de Jenny traía regalos para Mindy y James, a Kurt le daba envidia. Kurt daba por sentado que toda disciplina que le impusieran respondía al hecho de no ser hijo biológico de Jenny. Ante sus amigos decía que odiaba a Jenny, se quejaba de su comida y afirmaba que le racionaba la cantidad de refresco que podía beber. Según aseguraba Kurt, Jenny llegaba a oír «cuando abrían una lata de Pepsi a tres habitaciones de distancia» y a la hora de comer solo le dejaba tomar «dos lonchas de jamón de Cari Budelig por sandwich, y dos galletas de Grandma's».

Leland Cobain sermoneaba a Don por lo que él veía como otro prejuicio contra Kurt: «Si, habiendo fruta en la mesa, Mindy o James se levantaban a coger una manzana y se la comían, no pasaba nada. En cambio, si a Kurt se le ocurría hacer algo así, Donnie ponía el grito en el cielo». Leland aventuraba que Don tenía tanto miedo ele que Jenny lo dejara, como había hecho Wendy, que se ponía de parte de Jenny y sus hijos. Don admitía que resultaba más difícil disciplinar a Kurt que a los niños de Jenny, pero alegaba que eso se debía al *carácter* de Kurt, no a una cuestión de favoritismos. No obstante, a Don le preocupaba, y mucho, que Jenny lo dejara si Kurt se volvía demasiado

problemático: «Temía que la cosa llegara al punto de tener que decidir "si se iba él o ella", y yo no quería perderla».

La relación de Kurt con sus hermanos y hermanastros se equilibró cada vez más a medida que se hacía mayor. A su medio hermano Chad lo adoraba, dada la pasión que sentía por los bebés. A Mindy le pegaba, pero a veces, cuando no había colegio, se pasaba el día jugando con ella. Sin embargo, cuando los compañeros de clase de Kurt se referían a su familia -Mindy les parecía guapa a algunos de sus amigos-, él se apresuraba a corregirles si aludían a ella como a su «hermana». Kurt solía describir a Mindy como «mi hermana no, la hija de la nueva mujer de mi padre», dando un tono a sus palabras como si la existencia de ella fuera una tortura que él hubiera de soportar.

Con James se llevaba mejor, tal vez porque nunca se veía eclipsado por su presencia. Cuando otro niño le daba un tortazo a James, quien jugaba como bateador en uno de los equipos de béisbol de Kurt, este salía en su defensa y amenazaba al agresor. Ambos compartían además su afición por el cine. En verano la familia acostumbraba a ir a un autocine con dos pantallas. Don y Jenny cogían cada uno un coche y dejaban uno aparcado con todos los niños delante de una película para menores acompañados, mientras ellos veían una cinta más apta para adultos en la otra pantalla. Kurt le enseñó a James que en lugar de tener que aguantar otro tostón de comedia de Don Knotts, podían acercarse al baño y ver una película para adultos -como *Heavy Metal*, que a Kurt le encantaba- quedándose justo en la salida del aparcamiento. A Kurt le entusiasmaba narrar a su hermanastro pequeño films que ya había visto, como *Encuentros en la tercera fase*, una película que había visto el año anterior y de la que se sabía de memoria todos los diálogos. «Durante la cena jugaba con el puré de patatas para darle la forma de la montaña que salía en aquella película», recordaba James.

En 1981, con catorce años, Kurt empezó a rodar sus propios cortometrajes con la cámara de Súper 8 de sus padres. Una de sus primeras producciones fue un elaborado plagio de *La guerra de los mundos* de Orson Welles protagonizado por unos alienígenas -

representados por medio de unas figuras que el propio Kurt había esculpido en arcilla- que aterrizaban en el jardín de los Cobain. Kurt mostró la película de extraterrestres a James, tratando con éxito de convencer al pequeño de que habían invadido la casa. Otra filmación que realizó en 1982 ilustra el lado más oscuro de su psique: la tituló *Kurt y su sangriento suicidio,* y en ella se ve a Kurt frente a una cámara que maneja James, fingiendo cortarse las venas con el filo de una lata rajada por la mitad. La película concluye con efectos especiales, sangre de mentira y una escena final en la que Kurt representa su propia muerte con un dramatismo que parece inspirarse en el cine mudo.

Tan truculenta película solo sirvió para acrecentar la preocupación que ya albergaban sus padres ante la vena oscura que veían en su interior. «Había algo que fallaba -sostuvo siempre Jenny-. algo que fallaba en su proceso mental ya desde el principio, un desequilibrio.» Kurt hablaba con calma de la clase de acciones que causaban pesadillas a la mayoría de los muchachos de su edad, como el asesinato, la violación y el suicidio. No era el único adolescente de la historia que sacaba a relucir el tema de la autoinmolación, pero la brusquedad con la que bromeaba sobre la cuestión chocaba a sus amigos. Un día él y John Fields volvían juntos a casa del colegio cuando Fields le comentó a Kurt que lo veía convertido en artista, pero Kurt anunció como si tal cosa que tenía otros planes: «Voy a ser una gran estrella de la música, me suicidaré y me veré rodeado de un halo de gloria». «Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida. No hables así», le contestó Fields. Pero Kurt se mantuvo en sus trece: «No, quiero ser rico y famoso y suicidarme como Jimi Hendrix». Ninguno de los dos sabía entonces que la muerte de Hendrix no se debió a un acto de suicidio. Fields no era el único de los amigos de Kurt de Monte que relataba aquella historia; media docena de conocidos suyos cuentan versiones similares de aquella conversación, siempre con el mismo funesto final.[1]

El hecho de que Kurt hablara con indiferencia sobre el suicidio a los catorce años no sorprendía a nadie de la familia. Dos años antes el tío

abuelo de Kurt, Burle Cobain, el hermano mayor de Leland de sesenta y seis años de edad, se había disparado en el estómago y en la cabeza con una pistola corta del calibre 38. Leland descubrió el cadáver. Se decía que Burle estaba a punto de ser acusado de abusos sexuales. Burle no tenía tanta relación con la familia como los otros tíos de Kurt, pero este no dejaba de hablar de él con sus amigos. Solía bromear con la idea de que su tío se había «suicidado por la muerte de Jim Morrison», aunque Morrison hubiera fallecido hacía ya una década.

Lo que para Kurt era una mera broma para Leland fue un golpe tremendo. En 1978, el año anterior al suicidio de Burle, otro hermano de Leland, Ernest, había muerto de una hemorragia cerebral a los cincuenta y siete años de edad. Si bien el fallecimiento de Ernest no se consideró oficialmente un suicidio, este se produjo después de que le advirtieran que moriría si seguía bebiendo. El hombre persistió en su pernicioso hábito y acabó cayendo por las escaleras, lo que causó el aneurisma que lo mató.

Aquellas no fueron las únicas muertes que afectaron a Kurt. Estando Kurt en octavo, un muchacho de Montesano se ahorcó a la salida de una escuela de primaria. Kurt lo conocía; era el hermano de Bill Burghardt. Kurt, Burghardt y Rod Marsh descubrieron el cadáver colgado de un árbol de camino al colegio y se quedaron media hora contemplándolo antes de que unos empleados de la escuela los alejaran finalmente de allí. «Era la imagen más grotesca que había visto en mi vida», recordaba Marsh. A raíz de la historia familiar de Kurt, y de aquel incidente, el suicidio se convirtió en un concepto y un término que dejó de ser tabú para pasar a formar parte de su entorno, como el alcoholismo, la pobreza o las drogas. Kurt le dijo a Marsh que tenía «genes suicidas».

Kurt empezó a experimentar con las drogas en octavo, con el consumo de marihuana y LSD. Al principio comenzó fumando porros en fiestas, después con sus amigos y, al final, fumaba él solo y a diario. Llegó a noveno siendo un porrero redomado. La marihuana salía barata, abundaba en Monte -la mayoría provenía del cultivo doméstico- y a Kurt le ayudaba a evadirse de su vida familiar. Lo que

empezó siendo un ritual social se convertiría en su anestésico preferido.

Con su iniciación al consumo de drogas también empezó a faltar a clase con asiduidad. Cuando hacía novillos con sus amigos solían comprar hierba o robar alcohol del mueble bar de los padres de alguno de ellos. Pero Kurt comenzó a faltar a clase él solo, o bien iba al colegio pero se marchaba al término de la primera hora. Cada vez veía menos a sus amigos y parecía alejado de todo salvo de su propia ira. Trevor Briggs se encontró a Kurt la Nochevieja de 1980 sentado en un parque solo, columpiándose y silbando. Trevor le invitó a casa de sus padres, y al final se colocaron juntos viendo a Dick Clark en la tele. Acabaron el año vomitando los dos por la cantidad de maría casera que llegaron a fumar.

Lo que hacía tan solo un par de años le había parecido un lugar idílico para ir al colegio no tardaría en convertirse en una especie de cárcel para Kurt. En las conversaciones que mantenía con sus amigos despotricaba no solo ya contra sus padres sino también contra Monte. Tras haber leído la novela de Harper Lee *Matar a un ruiseñor*, Kurt manifestó que se trataba de una descripción perfecta de la ciudad. A principios de 1981 comenzó a surgir un Kurt distinto, o mejor dicho a «no» surgir, como era el caso la mayoría de las veces, pues cada vez pasaba más tiempo solo. Dentro de su casa de la calle Fleet se había mudado a un dormitorio que había habilitado en el sótano. Kurt comentó a sus amigos que se tomaba el traslado como un destierro. Kurt se pasaba las horas metido en el cuarto del sótano con una máquina del millón de Montgomery Ward que le habían regalado por Navidad, un estéreo que Don y Jenny le habían cedido y una colección de discos, entre los que contaba con Elton John, Grand Funk Railroad y Boston. El álbum favorito de Kurt de aquel año era *Evolution* de Journey.

Sus disputas con Don y Jenny habían llegado al límite. Todos los intentos de ambos adultos por conseguir que el muchacho se relacionara con la familia fracasaron. Kurt había empezado a boicotear la noche en familia y decidió llevar el abandono interno al que se había entregado al ámbito externo de su familia.

«Le encomendábamos tareas domésticas, lo típico, pero nunca las hacía -recordaba Don-. Entonces intentamos sobornarle con una semanada, a condición de que si no hacía ciertas tareas, se lo descontaríamos de la paga. Pero aun así siguió sin hacer nada. Al final acabó debiéndonos dinero. Se ponía violento, empezaba a dar portazos y bajaba al sótano hecho una furia.» Además parecía tener cada vez menos amigos. «Me di cuenta de que había dejado de ver a algunos amigos -recordaba Jenny-. Se pasaba más tiempo en casa, pero ni siquiera así estaba con nosotros. Parecía haberse vuelto más introvertido. Se le veía callado y huraño.» Rod Marsh recordaba que aquel año Kurt mató el gato de un vecino. En aquel suceso de sadismo adolescente, el cual contrastaría sorprendentemente con el proceder que le definiría en su vida adulta, Kurt cazó al animal en la chimenea de sus padres y lo dejó morir allí para reírse a carcajada limpia cuando el hedor del cuerpo sin vida se propagó por toda la casa.

En septiembre de 1981 Kurt empezó el instituto en Montesano. Aquel otoño, en un intento de integración, Kurt se apuntó al equipo de fútbol americano. Pasó la primera criba, pese a su baja estatura, lo cual constituía más que nada un indicio de lo diminuta que era Montesano a nivel escolar. Kurt estuvo entrenando dos semanas, pero luego lo dejó, alegando que le suponía demasiado esfuerzo. Aquel año también se sumó al equipo de atletismo en las modalidades de lanzamiento de disco -una hazaña increíble teniendo en cuenta su constitución- y de doscientos metros lisos. Aunque no se trataba ni con mucho del mejor atleta del grupo, dado que faltaba a muchos entrenamientos, era uno de los corredores más veloces. En la foto de equipo para el anuario del instituto salía mirando al sol con los ojos entornados.

En febrero de aquel año, su tío Chuck tuvo el don de la oportunidad sin saberlo al sugerir a Kurt que para su decimocuarto cumpleaños podría elegir entre una bicicleta o una guitarra eléctrica. Para un chico que se pasaba el día dibujando estrellas de rock en su cuaderno, no había color. Kurt había destrozado ya una guitarra hawaiana de Don; la había desmontado para ver cómo funcionaba por dentro. La guitarra

que le regaló Chuck no era mucho mejor. Se trataba de un modelo japonés de segunda mano tirado de precio, que se estropeaba con frecuencia pero que para Kurt era el aire que respiraba. Kurt no sabía ni colocar las cuerdas en su sitio, así que fue a ver a su tía Mari y le pidió que se las pusiera por orden alfabético. Una vez ya con la guitarra en condiciones, se dedicó a tocarla a todas horas y se la llevaba al instituto para presumir. «Todo el mundo le hacía preguntas al respecto -recordaba Trevor Briggs-. Cuando me lo cruzaba por la calle con la guitarra me decía: "No me pidas que toque algo; es que está rota".» Pero eso no importaba, pues más que un instrumento constituía una identidad.

El atletismo también formaba parte de su identidad; Kurt había seguido con la lucha libre, pasando al equipo juvenil al entrar en el instituto. Los Bulldogs de Montesano ganaron aquel año el campeonato de liga, con un récord de doce victorias y tres derrotas, si bien Kurt no contribuyó de forma significativa a dicha proeza. Cada vez faltaba a más entrenamientos y combates, y en el equipo juvenil su tamaño suponía una gran desventaja. Cuando entró en el equipo cadete dos años atrás, la lucha libre le parecía una forma divertida de armar jaleo; en cambio, en el nivel juvenil se lo tomaban muy en serio, y en los entrenamientos tenía que luchar con chicos que a la primera de cambio lo ponían entre las cuerdas. Al final de la temporada Kurt posó para la foto de equipo con unos calcetines largos a rayas y, visto entre los monstruos del equipo, parecía más bien el entrenador que uno de sus compañeros.

Fue en el terreno de la lucha libre juvenil donde Kurt libró una de las grandes batallas con su padre. Según el relato del propio Kurt, un día que se celebraba un combate del campeonato Juvenil Kurt salió al cuadrilátero con la intención de hacer llegar un mensaje a Don, quien lo observaba desde las gradas. Kurt escribiría posteriormente la escena a Michael Azerrad de la siguiente manera: «Esperé a oír el silbato, con la mirada clavada en su cara [de Don], y entonces me encerré como una almeja, junté los brazos y dejé que mi contrincante me inmovilizara».[4] Según Kurt, hizo aquello cuatro veces seguidas, permitiendo en cada una de las ocasiones que su adversario lo pusiera entre las cuerdas al instante, hasta que Don acabó marchándose presa

de la indignación. Cuando Don Cobain fue preguntado al respecto aseguró que se trataba de una historia falsa; los compañeros de clase de Kurt no la recordaban y sugirieron que cualquiera que hubiera perdido a propósito se habría ganado el rechazo sus compañeros de equipo, cuando no una paliza. Pero Leland Cobain recordaba que Don le contó lo sucedido después del combate, diciendo: «Ese canijo de mierda se ha quedado ahí tirado. No ha hecho nada por defenderse».

A Kurt se le daba tan bien exagerar una historia como con una verdad emocional más que una real. Lo que ocurrió probablemente fue que Kurt se vio ante un contrincante mejor que él y decidió no defenderse, postura que bastó para irritar a su perfeccionista padre. Pero la versión de Kurt, y su descripción de la centelleante mirada que cruzaron él y su padre, pone de manifiesto el grado de deterioro al que había llegado la relación paternofilial en los seis años transcurridos desde el divorcio. Había habido un tiempo en que pasaban juntos cada rato que tenían libre, y el día que Don le regaló la motocicleta Kurt jamás había querido tanto a nadie como a su padre en aquel momento. Al final de la calle donde estaba el instituto Montesano había un restaurante al que solían ir -los dos solos, una entidad única, una familia- a comer juntos en silencio, unidos en su soledad; un niño que no quería nada más que pasar el resto de su vida con su padre, y un padre que solo quería encontrar a alguien que sintiera por él un amor duradero. Pero seis años después padre e hijo se veían enzarzados en un combate de voluntades, y como en toda gran tragedia, ninguno de los contendientes concebía perder. Kurt necesitaba urgentemente un padre, y Don necesitaba el amor de su hijo, pero ni uno ni otro se dignaban admitirlo.

Se trataba de una tragedia de dimensiones shakesperianas; por mucho que Kurt se alejara de aquel cuadrilátero, de reojo siempre tendría la mirada clavada en su padre o, para ser más precisos, en el espectro de su padre, pues, llegado a aquel punto la relación con su padre estaba prácticamente muerta para él. Casi una década después de su derrota en aquel combate de lucha libre, Kurt lanzaría una amarga invectiva en una canción titulada «Serve the Servants» (Servir a los sirvientes), una letra que supondría un paso más en el

interminable combate que libraba con su mayor contrincante: «Me esforcé en tener un padre, pero en su lugar tuve un papá».

4

EL CHICO EMBUTIDO DE PRAIRIE BELT

ABERDEEN, WASHINGTON

MARZO DE 1982 - MARZO DE 1983

No tengas miedo de cortar con ganas, dale con más fuerza.
Del cómic *Jimmy, el chico embutido de Prairie Belt.*

En marzo de 1982, después de mucho insistir Kurt logró su propósito de abandonar el 413 de la calle Fleet y la tutela de su padre y su madrastra. Kurt se pasaría desde entonces varios años peregrinando por el páramo metafórico de Grays Harbor. Aunque realizó dos paradas que se prolongaron durante un año, los cuatro siguientes viviría en diez casas distintas, con diez familias distintas. Ninguna de ellas le parecería un hogar.

Su primera parada fue el jardín de la caravana de sus abuelos paternos a la salida de Montesano. Desde allí podía coger autobús que iba a Monte cada mañana, lo que le permitió quedarse en el mismo instituto y la misma clase, pero hasta sus compañeros se percataron de lo dura que le resultó la transición. En casa de sus abuelos Kurt contaba con la atención comprensiva de su querida Iris, y había momentos de estrecha relación entre él y Leland, pero en general se pasaba la mayor parte del tiempo solo, situación que le acercaba un paso más a una profunda soledad, mayor de la que ya le embargaba.

Un día Kurt ayudó a su abuelo a construir una casa de muñecas para el cumpleaños de Iris. Su contribución consistió en grapar metódicamente tejas de cedro en miniatura en el tejado de la construcción. Con la madera que sobró, Kurt creó un rudimentario juego de ajedrez. Primero dibujó las formas de las piezas en la madera

para proceder después a tallarlas laboriosamente con un cuchillo. A mitad del proceso, su abuelo le enseñó a manejar la sierra de vaivén y luego dejó que el chico de quince años se las arreglara solo, mientras lo observaba desde la puerta. El muchacho alzaba la vista de vez en cuando en busca de la aprobación de su abuelo, y Leland le decía: «Vas bien, Kurt, vas bien».

Pero Leland no siempre se mostraba tan amable con sus palabras, y Kurt se vio atrapado de nuevo en la misma dinámica paternofilial que había vivido con Don. Leland enseguida enjuiciaba la conducta de Kurt acribillándolo a críticas. En defensa de Leland cabría decir que Kurt podía llegar a ser insoportable. Como adolescente que acababa de entrar en la pubertad, se pasaba el día poniendo a prueba sus propios límites, y con tantas figuras parentales distintas -de las cuales ninguna ejercía una verdadera autoridad sobre él- acabó agotando a los mayores que tenía a su alrededor. Su familia lo pintaba como un chico terco y obstinado que no mostraba interés alguno por escuchar a los adultos ni por trabajar. El mal genio se reveló como una parte esencial de su naturaleza, así como la pereza, a diferencia del resto de su familia, pues incluso su hermana pequeña Kim había ayudado a pagar las facturas trabajando como repartidora de periódicos. «Kurt era vago -recordaba su tío Jim Cobain-. Que lo fuera debido a una actitud propia de su edad o a que estaba deprimido, eso nadie lo sabía.»

Al llegar el verano de 1982, Kurt abandonó Montesano para irse a vivir con su tío Jim al sur de Aberdeen, A su tío le sorprendió que pusieran en sus manos aquella responsabilidad. «Me chocó que le dejaran vivir conmigo -recordaba Jim Cobain-. Yo por entonces fumaba maría. No tenía ni idea de sus necesidades, y menos aún de lo que aquello suponía para mí.»

Al menos su tío, dada su inexperiencia, no intentaba imponer una disciplina a ciegas. Jim era solo dos años menor que su hermano Don, pero mucho más moderno, con una gran colección de discos en su haber: «Tenía un equipo muy bueno y un montón de discos de los Grateful Dead, Led Zeppelin y los Beatles. Y a aquel crío le metí una

caña tremenda». La mayor alegría di Kurt en los meses que convivió con Jim fue reconstruir un amplificador.

Jim y su esposa tenían una hija de corta edad y, por razón de espacio, no tardaron en pedir a Kurt que se marchara. Aquella nueva partida marcaría el inicio del largo peregrinar de Kurt por casa de los hermanos y hermanas de Wendy. «Kurt fue pasando de familiar en familiar», recordaba Jim. Era el vivo ejemplo del niño que se cría solo en casa porque sus padres trabajan, se llevaba mucho mejor con sus tíos y tías que con sus padres, pero arrastraba carencias de autoridad. Sus tíos y tías no se mostraban tan estrictos con él, pero en las casas donde reinaba un ambiente más relajado no hacía ningún intento por alcanzar la unión de una familia estructurada. Sus parientes tenían sus propios problemas y conflictos; no había nadie capaz de hacerle un hueco, ni a nivel físico ni a nivel afectivo, y Kurt lo sabía.

Kurt vivió varios meses en casa de su tío Chuck, donde empezaron a liarle clases de guitarra. Chuck estaba en un grupo con un amigo llamado Warren Mason, uno de los guitarrista más reputados de la zona. Cuando quedaban para ensayar en casa de Chuck -ensayos en los que nunca faltaban porros y una botella de Jack Daniels- Kurt se quedaba en una esquina mirando, observando atentamente a Warren como un hombre hambriento delante de un plato de albóndigas. Un día Chuck le preguntó a Warren si podía enseñar al chico, y así dio comienzo la educación formal de Kurt en la música.

Según la versión del propio Kurt, no le dieron más de una o dos clases, y en aquel breve período aprendió todo lo que necesitaba saber. Pero Warren recordaba que las clases se prolongaron durante meses, y que Kurt era un estudiante aplicado que se pasaba horas practicando. La primera cuestión de la que tuvo que ocuparse Warren fue de la guitarra de Kurt, la cual servía más para presumir en el instituto que para tocar. Warren le consiguió una Ibáñez por ciento veinticinco dólares. Las clases costaban cinco dólares por media hora. Warren le preguntó a Kurt lo mismo que le preguntaba a todos sus alumnos jóvenes: «¿Qué canciones te gustaría aprender?». «"Stairway to Heaven"», respondió Kurt. Kurt ya sabía los cuatro acordes básicos para tocar una versión sencilla de «Louie, Louie». Primero empezaron

por «Stairwav» y luego siguieron con «Back in Black» de AC/DC. Las clases llegaron a su fin cuando su tío se vio obligado a reconsiderar la conveniencia de aquella actividad extraescolar ante el bajo rendimiento de Kurt en el colegio.

Kurt siguió yendo al instituto de Monte durante el segundo mes del segundo curso, pero luego se cambió al Weatherwax High School de Aberdeen. Se trataba del mismo centro donde se habían graduado su madre y su padre, pero a pesar de las raíces familiares y de la proximidad a la casa de su madre -situada a solo diez manzanas- Kurt se sentía un extraño allí. Construido en 1906. Weatherwax constituía un complejo de cinco edificios independientes que ocupaban tres manzanas de la ciudad, y en la clase de Kurt había trescientos alumnos, el triple que en Monte. En Aberdeen Kurt se encontró en un colegio dividido en cuatro facciones: los drogatas, los deportistas, los pijos y los raros, y al principio no encajó en ninguna de ellas. «Aberdeen estaba lleno de pandillas -observó Rick Gates, otro chico de Monte que se pasó a Weatherwax-. Ninguno de nosotros conocía a nadie. Aunque Aberdeen no dejaba de ser un pueblo comparado con Seattle, suponía una diferencia enorme con respecto a Monte. No había manera de saber dónde encajábamos.» Si cambiar de instituto en segundo habría supuesto ya un trastorno para cualquier adolescente sin desequilibrios, para Kurt fue una auténtica tortura.

Mientras que en Monte gozaba de gran popularidad -un pijo con sus camisetas Izod, un deportista de pies a cabeza-, en Aberdeen era un intruso. Kurt siguió manteniendo el contacto con sus amigos de Monte pero, pese a verlos casi cada fin de semana, su sensación de soledad fue en aumento. Sus aptitudes para el atletismo no bastaban para adquirir fama en un colegio grande, así que decidió abandonar los deportes. La nueva situación sumada a las propias inseguridades de Kurt fruto de su familia desestructurada y de su estilo de vida nómada, solo sirvió para alentar su retiro del mundo. Posteriormente Kurt contaría en repetidas ocasiones historias sobre las palizas que recibió en Aberdeen, y sobre el constante maltrato que sufría a manos los paletos del instituto. Sin embargo, sus compañeros de Weatherwax no recuerdan ninguno de dichos incidentes. Kurt exageraba el aislamiento

emocional que sentía convirtiéndolo en relatos ficticios de violencia física.

El cambio de instituto tuvo al menos una consecuencia positiva para sus estudios, ya que Weatherwax contaba con un excelente programa en relación con el arte, única asignatura en que Kurt seguía distinguiéndose. Su profesor, Bob Hunter, lo consideraba un estudiante extraordinario: «A su capacidad para el dibujo se sumaba una gran imaginación». Hunter permitía a sus alumnos escuchar la radio mientras trabajaban -él mismo combinaba su faceta de artista con la de músico- y fomentaba su creatividad. Para Kurt fue el maestro ideal y, al igual que Kanno antes que él, Hunter resultó ser uno de los pocos modelos de conducta adultos que logró granjearse la admiración del muchacho.

En aquel primer año en Weatherwax Kurt tuvo arte comercial y arte básico, en quinta y sexta hora. Aquellas dos clases de cincuenta minutos cada una, programadas justo después de comer, eran las únicas a las que Kurt no faltaba ni un solo día. Su habilidad tenía impresionado a Hunter, y en ocasiones dejaba estupefactos a sus compañeros de clase. Para un trabajo de caricaturas Kurt dibujó a Michael Jackson con una mano enguantada en el aire y la otra sujetándose la entrepierna. En otra ocasión Hunter pidió a sus alumnos que presentaran un objeto en sus distintas fases de desarrollo: Kurt representó la transformación de un espermatozoide en embrión. Sus cualidades para el dibujo resultaban ejemplares, pero era su mente retorcida lo que llamaba la atención de sus compañeros de clase. «Con aquel dibujo del espermatozoide nos dejó a todos pasmados -afirmó su compañera Theresa Van Camp-. Tenía una actitud mental que rompía con todo. La gente empezó a hablar de él, a preguntarse qué pasaba por su cabeza.» Cuando Hunter le comentó que la ilustración de Michael Jackson podría no considerarse apropiada para ser expuesta en los pasillos del colegio, Kurt retrató en su lugar a un Ronald Reagan nada favorecido con cara de pasa.

Kurt siempre había dibujado de forma obsesiva, pero con el aliento de Hunter empezó a verse como un artista. Sus garabatos pasaron a

formar parte de su educación. Kurt era todo un experto en cómics, y de este modo se inició en el aprendizaje del arte de la narración. Un cómic suyo típico de aquella época era las aventuras de *Jimmy, el chico embutido de Prairie Belt,* nombre tomado de una empresa de productos cárnicos enlatados. Aquellas historias relataban la dolorosa infancia de Jimmy -un Kurt apenas disimulado- bajo el yugo de sus severos padres. Una edición a todo color con múltiples paneles ilustraba sin tanta sutileza la historia de los conflictos de Kurt con su padre. En el primer panel se ve al personaje del padre reprendiendo a Jimmy: «Este aceite está sucio. Huelo a gasolina de lejos. Anda, mierda seca, pásame una llave inglesa de 9 mm. Mientras vivas aquí, vivirás bajo mis reglas, y estas son más serias que mi bigote: honradez, lealtad, dedicación, honor, valor, disciplina férrea. Dios y nación, eso es lo que hace de Estados Unidos el número uno». En otro panel sale una madre gritando: «Voy a dar a luz a tu hijo y a tu hija. Reunión del APA a las siete, clase de cerámica a las 2.30**,** ternera a la Strogonotf, perro al veterinario a las 3.30**,** colada, sí, sí, mmm... cariño, me gusta en el culo, mmm... te quiero».

No queda claro si la madre del cómic representa a Jenny o a Wendy, pero la decisión de cambiarse a Weatherwax había supuesto asimismo el regreso de Kurt a casa de su madre, en el 1.210 de la calle Primera Este. Para Kurt aquel lugar era lo más próximo a un hogar permanente, pues su habitación seguía intacta, como un santuario dedicado a los años de infancia transcurridos en el seno de la familia nuclear. En los fines de semana esporádicos que había pasado allí tras el divorcio, Kurt siguió decorando las paredes con pósters de grupos, muchos de ellos dibujados ya entonces a mano. Naturalmente, el mejor lugar de su cuarto, y de su vida, lo ocupaba su guitarra. La casa de Wendy se hallaba más vacía que las anteriores paradas donde había recalado durante aquellos años, lo que le permitía practicar sin distracciones. Pero el frente doméstico apenas había mejorado; su madre se había librado por fin de Frank Franich, pero Kurt y Wendy seguían peleándose.

Wendy era una madre muy distinta de la que Kurt había dejado seis años atrás. Por entonces tenía ya treinta y cinco años pero salía

con hombres más jóvenes y estaba atravesando una etapa de su vida que solo podía describirse como la típica crisis de los cuarenta característica de las recién divorciadas. Bebía en exceso y se había convertido en una asidua de muchas tabernas de Aberdeen, una de las principales razones por las que Kurt no regresó de inmediato a su cuidado después de abandonar a Don. Aquel año Wendy inició una relación informal con un joven de veintidós años llamado Mike Medak. Durante los primeros meses que salieron juntos Wendy ni siquiera le comentó que tenía hijos; casi siempre se quedaba en casa de él, y Mike no llegó a ver a sus hijos hasta al cabo de varios meses de relación «Parecía que fuera soltera -recordaba Mike-. No es que esperáramos a que llegara el viernes por la noche para contar con una canguro; es que daba la sensación de que no había críos.» No había mucha diferencia entre salir con Wendy y salir con una chica de veintidós años. «Nos íbamos de fiesta a la taberna o la discoteca más cercana.» Wendy se quejaba de que Franich le había roto el brazo, de los apuros económicos que atravesaba y del distanciamiento de Don. Una de las pocas anécdotas que le contó sobre Kurt fue que a los cinco años este se presentó todo empalmado en el salón delante de Don y un puñado de amigos suyos. Don se quedó avergonzado y sacó a su hijo de la estancia. El incidente se convirtió en una leyenda familiar; a Wendy le provocaba aún una risita sofocada cuando lo contaba.

Medak, como el joven de veintidós años que era saliendo con una señora de treinta y cinco, se había metido en aquella relación más que nada por razones físicas; para él, Wendy eral una mujer mayor atractiva, un ligue ideal si uno no quería comprometerse. De eso se percató hasta Kurt a sus quince años, y le faltó tiempo para expresar su opinión al respecto. Kurt hablaba de los ligues de su madre con sus amigos, y en sus comentarios siempre se mostraba cruel, aunque evitaba tocar el tema del conflicto psicológico que le debía de plantear el hecho de ver que su madre tenía un amante solo siete años mayor que él. «Decía que odiaba a su madre, que le parecía una fulana -afirmaba John Fields-. No aprobaba su estilo de vida. No le gustaba para nada, y a menudo hablaba de escaparse. Kurt se iba de casa

cuando estaba su madre, porque esta no hacía más que echarle la bronca.»

Los hermanos de Wendy recuerdan que les preocupaba su adicción a la bebida, pero, como el sistema de comunicación entre la familia se basaba en huir siempre del enfrentamiento, rara vez hablaban del tema.

El atractivo de su madre también acabó siendo motivo de vergüenza para Kurt. Todos sus amigos estaban chiflados por ella, y sabedores de la afición de Wendy de tomar el sol en biquini en el jardín, se mataban por echar un vistazo a través de la valla. Cuando se quedaban a dormir en casa de Kurt bromeaban con la idea de que si faltaba espacio accederían con mucho gusto a compartir cama con Wendy. Kurt siempre respondía a aquella broma con los puños, y tuvo ocasión de emplearse a fondo con ellos. Wendy también les parecía atractiva a aquellos muchachos porque de vez en cuando compraba alcohol para ellos. «La madre de Kurt nos compró bebida un par de veces -recordaba Mike Bartlett-. Bebíamos en su casa con su consentimiento.» En una ocasión Wendy les pagó una remesa de cerveza y les dejó ver el vídeo de Pink Floyd *El muro*. «Un día nos quedamos unos cuantos a dormir en su casa -según Trevor Briggs-. y convencimos a su madre para que nos comprara una botella de tequila. Nos emborrachamos y salimos a dar una vuelta. Cuando regresamos, su madre estaba en el sofá dándose el lote con un tipo.» La reacción de Kurt en aquel momento fue gritarle al amante de su madre: «¡Déjalo, tío! Aquí no tienes nada que hacer. ¡Lárgate!» Pese a lo jocoso de la escena, no había nada de cómico en el deseo de Kurt de tener una familia más tradicional.

Aquellas navidades la principal petición de Kurt fue el álbum de Oingo Boingo *Nothing to Fear*. Durante la celebración navideña en casa de los Fradenburg su tía lo fotografió con el disco entre las manos. Con el pelo corto y la cara de niño, parece que tiene mucho menos de quince años. Su tía Mari le regaló el disco *Tadpoles* de la Bonzo Dog Band, que incluía el tema nuevo «Hunting Tigers Out in Indiah», la canción favorita de Kurt en aquel invierno, que aprendió a tocar con la guitarra. Justo antes de Navidad Kurt fue a visitar a Mari,

que se había mudado a Seattle, para recorrerse las tiendas de discos de la ciudad. En la lista de los álbumes que andaba buscando se hallaba la banda sonora de un programa televisivo infantil llamado *H. R. Pufnstuf* que le encantaba. Otro de los discos que quería, a su tía no le sonaba en absoluto: *Hi Infidelity* de REO Speedwagon.

En febrero de aquel año Kurt cumplió los dieciséis y aprobó el examen de conducir. Pero aquella primavera se produciría un acontecimiento mucho más relevante para él que la obtención del permiso de conducir, un hito del que no se cansaría de hablar durante toda la adolescencia, pero al que nunca aludiría ya de adulto. El 29 de marzo de 1983 Kurt acudió al Seattle Center Coliseum para ver a Sammy Hagar y Quarterflash en el que sería su primer concierto. Por su condición de fan incondicional de la emisora de radio de Seattle KISW, cuya señal se recibía con claridad por la noche, a Kurt le encantaba el rock básico de Hagar y también le atraía el éxito de Quarterflash «Harden My Heart». Kurt fue a Seattle con Darrin Neathery, cuya hermana mayor les llevó en coche. «Para nosotros fue todo un acontecimiento porque era la primera vez que íbamos a un concierto -según Neathery-. Nos hicimos con un pack de seis Schmidt. En el trayecto de ida Kurt y yo nos montamos una buena juerga en el asiento trasero. Ya en el estadio, recuerdo que después del concierto de Quarterflash nos metimos abajo del todo en la parte de atrás, donde estaba el equipo de iluminación, y nos; quedamos flipando con todo aquel montaje de luces y producción. Entonces, desde las tribunas de arriba del todo salió volando una botella de whisky que se estrelló justo a nuestro lado. Casi nos cagamos encima. Así que salimos de allí por patas, encontramos un sitio en las gradas superiores para ver a Sammy. Me compré una camiseta y Kurt también.» Kurt reescribiría posteriormente la historia asegurando que su primer concierto fue el del grupo de punk Black Flag. Sin embargo, lo que todos sus compañeros de clase de Weatherwax recordaban es que el joven Kurt de dieciséis años apareció al día siguiente en el instituto con una camiseta de Sammy Hagar extra grande y hablando como un peregrino que acabara de regresar de Tierra Santa.

Al término del año escolar de 1983, Kurt descubrió el punk rock, y la camiseta de Sammy Hagar quedó olvidada para siempre en el fondo de un cajón. Aquel verano Kurt vio a los Melvins, un acontecimiento que cambiaría su vida. No en vano Kurt escribió en su diario:

> En el verano de 1983 [...] recuerdo que un día estaba en el Thriftway de Montesano. Washington, cuando un empleado del supermercado que estaba descargando cajas, un chico de pelo corto con un aire al tipo de los Air Supply, me pasó un flyer que decía: «El Them Festival. Mañana por la noche en el aparcamiento situado detrás del Thriftway. Música rock en vivo gratis». Monte era un lugar nada habituado a acoger música en vivo en su pequeña localidad, una población de un puñado de miles de madereros y sus serviles esposas. Aparecí con unos amigos fumetas en una furgoneta. Y allí estaba el chico de almacén tipo Air Supply con una Les Paul en la mano, decorada con una foto de revista plastificada de un anuncio de cigarrillos Kool. Tocaban más rápido de lo que jamás hubiera podido imaginar y con más energía de la que pudieran ofrecer mis discos de Iron Maiden. *Eso era lo que yo andaba buscando.* Ah, el punk rock. Los otros fumetas estaban aburridos y no dejaban de gritar «Tocad algo de Def Leppard». Dios, odié a aquellos capullos más que nunca. Había acudido a la tierra prometida del aparcamiento de un supermercado y allí había encontrado mi auténtica vocación.

Kurt subrayó dos veces la frase «Eso era lo que yo andaba buscando».

Aquel suceso supuso su epifanía, el momento en que su pequeño mundo de repente se volvió más grande. El «chico del almacén tipo Air Supply» era Roger «Buzz» Osborne, a quien Kurt conocía de vista como estudiante de un curso superior en el instituto de Montesano. Cuando Kurt felicitó a Buzz después del concierto, su gesto tocó la vanidad de Osborne, quien no tardaría en convertirse en su mentor. Buzz le pasó discos de punk rock, un libro de los Sex Pistols y varios números de revista *Creem* con páginas marcadas con las esquinas dobladas. A pesar de lo escrito en su diario, Kurt no vivió una

transformación total, pues aquel verano aún vio la actuación de Judas Priest en el Tacoma Dome. Como la gran mayoría de los chavales de Aberdeen, Kurt combinaba su afición al punk con grandes dosis de heavy metal, aunque se cuidaba mucho de jactarse de ello delante de Buzz, y comenzó a llevar camisetas punk.

Los Melvins habían iniciado su andadura musical hacía un año, tomando su nombre en tono de sorna de otro empleado del Thriftway. Buzz aseguraba haber aprendido solo a tocar la guitarra escuchando los dos primeros discos de los Clash. En 1983 los Melvins no contaban con un verdadero grupo de fans; más bien tenían que soportar las interrupciones y burlas de la mayoría de los heavies de Grays Harbor. Sin embargo, un puñado de chicos impresionables solían reunirse en el lugar de ensayo de la banda, detrás de la casa del batería Dale Crover en el 609 de la Segunda Oeste de Aberdeen. Aquel variopinto grupo de fans pasó a conocerse como los «klingon»*, un nombre acuñado por Buzz para describir tanto la estética excéntrica a lo *Star Trek* que los caracterizaba como la costumbre que tenían de tomar como dogma cada palabra que él pronunciaba. Con su peinado afro de hombre blanco, Buzz se asemejaba más a Richard Simmons que al tipo de Air Supply.

Buzz ofrecía consejo a los «klingon», les grababa cintas y actuaba como el Sócrates de Montesano, un estadista ya mayor que iba predicando su visión del mundo a su séquito de admiradores. Buzz decidió quién podía asistir a los ensayos y quién no, se inventó apodos para todos los admitidos. Greg Hokanson pasó a ser «Cokenson», Jesse Reed, con quien Kurt coincidió en clase en Weatherwax y enseguida trabó amistad, pasó a llamarse «Black Reed» por el grupo Black Flag, aunque como el resto de la pandilla era blanco. Kurt nunca tuvo un sobrenombre que le pegara. Sus amigos de entonces siempre le llamaban «Cobain». La falta de apodo no significaba que gozara de ningún estatus especial, sino más bien lo contrario, pues lo veían como un alfeñique que no merecía reconocimiento alguno.

*** Los klingon, raza de la mítica serie *Star Trek*: que constituye el enemigo tradicional en muchos episodios. Asimismo, *Cling-on*, expresión de la que deriva el término, significa algo así como «incondicional» en inglés.** *N. del T.)*

Al igual que Kurt, los Melvins se extendían geográficamente desde Monte (donde Buzz vivía con sus padres) hasta Aberdeen (donde se hallaba el lugar de ensayo de Crover). El bajista de los Melvins era Matt Lukin, también de Monte, a quien Kurt conocía de la lucha libre y la liga juvenil, y del que no tardó en hacerse amigo. Cuando Kurt iba a Monte, era más probable que fuera a ver a Buzz o a Lukin que a su padre.

Una visita en concreto que Kurt realizó aquel verano a Monte no se vio motivada por su reciente pasión por el punk rock, sino por una chica. Andrea Vance era la hermana menor de un amigo suyo, Darrin Neathery, y estaba haciendo de canguro en Monte una tarde cuando Kurt se presentó allí de improviso. «Era una monada -recordaba Andrea-. Tenía unos ojos azules enormes, una melena preciosa y sedosa y una sonrisa matadora. Era de estatura mediana. No hablaba mucho, y cuando lo hacía, tenía una voz suave.» Vieron un capítulo de la telecomedia *La tribu de los Brady* y después Kurt estuvo jugando un rato con los niños. Al día siguiente Kurt se presentó allí de nuevo a la misma hora como un reloj, y Vance le premió con un beso. Kurt regresó todos los días durante una semana entera, pero el idilio no pasó nunca del besuqueo de marras. «Era encantador y muy respetuoso -según Vance-. No me parecía que fuera una hormona andante.»

Pero bajo la superficie Kurt tenía las hormonas en plena ebullición. Aquel mismo verano Kurt experimentó lo que más tarde describiría como su «primera relación sexual» con una chica con una discapacidad mental. Según contó Kurt en su diario, lo único que le arrastró a ir tras ella fue que se sentía tan abatido por el estado de su vida que planeó suicidarse. «Aquel mes supuso el colmo del maltrato psicológico que sufría por parte de mi madre -escribió Kurt-. Al final la maría ya no me ayudaba tanto como al principio a escapar de mis problemas, y 1o cierto es que disfrutaba cometiendo actos de rebeldía como robar priva y romper escaparates. [...] Me propuse que en menos de un mes dejaría de sentarme en el tejado a pensar en saltar, directamente me suicidaría. Y no iba a irme de este mundo sin saber lo que era acostarse con alguien.»

Su única posibilidad parecía ser aquella «chica medio retrasada». Un día Trevor Briggs, John Fields y Kurt la siguieron a casa y saquearon el mueble bar de su padre. Aquello lo habían hecho ya en numerosas ocasiones, pero aquella vez Kurt se quedó después de que sus amigos se marcharan. Kurt se sentó en el regazo de la chica y le tocó los pechos. Ella se dirigió a su cuarto y s desnudó delante de él, pero Kurt se sintió asqueado consigo mismo y con ella. «Intenté tirármela, pero no sabía cómo -escribió-. Me empezó a dar asco el olor tan fuerte de su vagina y el hedor de su sudor, así que me largué.» Pese a la retirada Kurt, la vergüenza por lo sucedido le acompañaría el resto de vida. Se odiaba a sí mismo por aprovecharse de ella, y por otro lado se odiaba también por no consumar el acto sexual, un motivo de vergüenza casi mayor para un muchacho virgen de dieciséis años. El padre de la joven se presentó en el instituto para quejarse de que habían abusado sexualmente de su hija, y se mencionó a Kurt como sospechoso. Kurt escribió en su diario que solo la casualidad le salvó de la acusación: «Salieron con un anuario para que ella me reconociera, pero no pudo porque aquel año no había acudido a hacerme las fotos». Según su relato, lo llevaron a la comisaría de Montesano para someterlo a un interrogatorio, pero se libró de la condena porque la chica ya había cumplido los dieciocho años y, de acuerdo con la ley, no era «retrasada mental».

Ya en Aberdeen. Kurt empezó el tercer año de instituto en Weatherwax iniciando una relación amorosa con una joven de quince años llamada Jackie Hagara. Jackie vivía a dos manzanas de su casa, y Kurt calculó el tiempo para coincidir con ella de camino al colegio. Kurt iba tan retrasado en matemáticas que se vio obligado a asistir a clases de primero, donde se conocieron. Aunque muchos de los críos de la clase lo tenían por un bicho raro por el hecho de que lo hubieran retrasado dos cursos, a Jackie le atraía su sonrisa. Un día, al acabar las clases Kurt le mostró un dibujo que había hecho de una estrella de rock en una isla desierta. El hombre sujetaba entre las manos una guitarra Les Paul con un equipo de música Marshall enchufado a una palmera. Para Kurt, a sus dieciséis años, aquella imagen correspondía a su visión del paraíso.

Jackie dijo que le gustaba el dibujo. Dos días después Kurt se acercó a ella con un regalo; había dibujado la misma imagen pero en tamaño póster, pintando el fondo con aerógrafo. «Es para ti», dijo mirando al suelo. «¿Para mí?», preguntó Jackie. «Me gustaría salir contigo alguna vez», le confesó Kurt, quien se llevó solo una ligera desilusión cuando Jackie le comentó que ya tenia novio. Siguieron yendo juntos al instituto, cogiéndose de la mano de vez en cuando, hasta que una tarde delante de la casa de ella él la atrajo hacia sí y la besó. «Me parecía guapísimo», afirmó Jackie.

Durante su tercer año de instituto incluso su aspecto pasó de definirse con el calificativo de «guapo», empleado por todo el mundo, a adoptar una apariencia «terrorífica», en palabras de algunos de sus compañeros del Weatherwax. Kurt se dejó el pelo largo y rara vez se lo lavaba. Las camisetas Izod y los jerséis de rugby pasaron a mejor vida y comenzó a vestir camisetas hechas por él mismo, con nombres de grupos de punk. En una que llevaba a menudo ponía «Organized Confusion» (Caos organizado) un lema con el que fantaseaba bautizar su primera banda. Encima siempre se ponía una gabardina que llevaba durante todo el año, lloviera o hiciera un sol de justicia. Aquel otoño Andrea Vance, la chica de Monte que había conocido aquel verano lo encontró en una fiesta y ni siquiera lo reconoció.

«Iba con su gabardina negra, sus zapatillas de deporte altas y el pelo teñido de rojo oscuro -recordaba Andrea-. No parecía el mismo chico.»

Su círculo de amistades se trasladó poco a poco de sus amigos de Monte a sus colegas de Aberdeen, pero en ambos casos la principal actividad de la pandilla consistía en emborracharse de una manera u otra. Cuando no tenían la oportunidad de asaltar el mueble bar de algún padre, recurrían a uno de los numerosos individuos que vagaban por las calles de Aberdeen para que les ayudara a comprar cerveza. Kurt, Jesse Reed, Greg Hokanson y Eric y Steve Shillinger establecieron una relación comercial habitual con un personaje pintoresco al que apodaban el Gordo, un alcohólico empedernido que vivía con su hijo retrasado, Bobby, en un hotel en decadencia llamado Morck. El Gordo accedía a comprarles alcohol siempre y cuando le

pagaran y le ayudaran a llegar a la tienda. Aquello suponía un laborioso proceso que en la práctica guardaba cierto parecido con un sketch de Buster Keaton y que podía durar todo el día: «Primero teníamos que ir hasta el Morck con un carrito de la compra -recordaba Jesse Reed-. Luego subíamos a su habitación y lo despertábamos. Siempre nos lo encontrábamos en paños menores, todo mugriento, con un pestazo que echaba para atrás y rodeado de moscas. Era horrible. Teníamos que ayudarle a ponerse aquellos pantalones enormes y luego a bajar las escaleras, y eso que pesaba más de doscientos veinte kilos. Como estaba demasiado gordo para ir por su propio pie a la tienda, lo poníamos en el carrito y lo empujábamos. Si solo queríamos cerveza, lo llevábamos hasta el supermercado, que por suerte se hallaba más cerca. Y lo único que teníamos que hacer por él era comprarle una botellita del whisky de malta del más barato que tuvieran».

El Gordo y Bobby, una extraña pareja donde las hubiera, se convirtieron sin saberlo en los primeros personajes de algunas de las narraciones de Kurt, quien escribió relatos cortos sobre ellos, concibió canciones imaginarias sobre sus aventuras y los dibujó en su diario. La imagen bosquejada a lápiz del Gordo se asemejaba a Ignatius J. Reilly, el antihéroe de *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole. Lo que más le gustaba a Kurt era imitar la voz de pito de Bobby, parodia con la que provocaba ataques de risa socarrona entre sus amigos. Su relación con el Gordo y Bobby no se veía exenta por completo de afecto, dado el grado de empatía que Kurt sentía por la situación en aparencia sin esperanzas en la que se hallaban. Aquel año por Navidad Kurt le regaló al Gordo una tostadora y un disco de John Denver en Goodwill. Al coger aquellos regalos con sus enormes manos enguantadas, el Gordo preguntó, incrédulo: «¿Todo esto es para mí?» Y rompió a llorar. El Gordo se pasó varios años contando a todo el que se cruzaba con él en Aberdeen lo fenomenal que era Kurt Cobain. Se trataba de un pequeño ejemplo de la dulzura que afloraba a veces incluso en el mundo de tinieblas de Kurt.

Contando con la provisión habitual de alcohol que le proporcionaba el Gordo, Kurt siguió abusando de la bebida aquella

primavera y, en consecuencia, el conflicto con su madre se agravó. Las peleas empeoraban cuando Kurt iba fumado o colocado de ácido, lo que empezó a darse con frecuencia. Greg Hokanson recordaba haber ido a casa de Kurt con Jesse Reed y oír a Wendy vociferando contra Kurt una hora entera, mientras su hijo, en pleno viaje de LSD, permanecía del todo indiferente a sus gritos. «Wendy era lo peor para él -declaró Hokanson-. Kurt la odiaba.» En cuanto pudieron escapar, el trío salió de la casa y fueron a subirse al depósito de agua situado en lo alto de «la colina de Piensa en Mí». Jesse y Hokanson llegaron arriba del todo, pero Kurt se quedó paralizado en mitad de las escaleras. «Le daba mucho miedo», recordaba Hokanson. Kurt nunca consiguió subir al depósito.

Trevor Briggs recordaba una noche en casa de los Cobain cuando el enfrentamiento entre Kurt y Wendy estaba ya a la orden del día: «Creo que ella iba un poco bebida, y subió al cuarto de Kurt. Tenía ganas de fiesta y quería desmelenarse con nosotros. Kurt se cabreó con ella, y Wendy le dijo: "Kurt, ve con cuidado si no quieres que cuente delante de tus amigos lo que dijiste un día". "¿De qué hablas?", repuso Kurt en voz alta. Al final su madre se fue, y entonces le pregunté a Kurt qué es lo que iba a contar. "Bueno -contestó Kurt-. Un día le comenté que por el hecho de que un tío tenga pelo en los huevos, no significa que sea un hombre hecho y derecho ni maduro". Aquella cuestión en concreto, la de tener vello en los testículos, era un motivo de vergüenza descomunal para Kurt. El vello púbico le salió más tarde que a la mayoría de los chicos, y llegó a obsesionarse con el hecho de inspeccionarse cada día los testículos, viendo una y otra vez cómo sus amigos traspasaban aquel umbral. «El pubis», según sus propias palabras, se convirtió en un tema frecuente en su diario. «Aún **no** tengo el pubis lo bastante peludo -escribía-. Años perdidos. Ideales ganados. Aún sin desarrollar. Mucho tiempo ha pasado sin que nos crezca el vello púbico.» En clase de gimnasia solía vestirse en un retrete aparte en lugar de exponerse a las miradas escrutadoras de los demás chavales en el vestuario. A los dieciséis años le salió por fin el vello púbico, aunque, dado el tono claro de sus cabellos, ni siquiera entonces saltaba a la vista tanto como en el caso de otros chicos.

Coincidiendo más o menos con el decimoséptimo cumpleaños de Kurt, Wendy entabló relación con Pat O'Connor, un hombre de su misma edad que ganaba cincuenta y dos mil dólares al año trabajando como estibador. Su salario pasó a ser una cuestión de dominio público, ya que, poco después de iniciar su romance con Wendy, Pat fue objeto de uno de los primeros pleitos celebrados en el estado de Washington a raíz de la disolución de una relación de concubinato. La demanda compensatoria correspondiente fue presentada por su ex compañera, quien lo acusó de haberla convencido para que abandonara su empleo en una central nuclear de la zona y luego la dejó plantada por Wendy. Se trató de un caso muy desagradable que se prolongó durante dos años. En el expediente judicial Pat hizo constar todos sus bienes: una pequeña casa, unos cuantos miles de dólares en ahorros y una colección de tres armas, las cuales tendrían curiosamente su papel en la carrera de Kurt. Al final la ex de Pat ganó el juicio, lo que le valió el cobro de dos mil quinientos dólares en efectivo, un coche y los gastos pagados de los honorarios del abogado.

Pat se mudó a casa de Wendy aquel invierno. La presencia de O'Connor no suscitó la simpatía de ninguno de los dos hijos de Wendy, y Kurt acabó por detestarlo. Al igual que había hecho antes con su padre biológico y con Franich, Kurt lo convirtió en objeto de escarnio en muchas de sus canciones y tiras cómicas. Y las constantes peleas que se instauraron entre Pat y Wendy casi desde el primer día hacían que las riñas entre Don y Wendy parecieran insignificantes en comparación.

Hubo un enfrentamiento en particular que serviría para cimentar uno de los pilares de la mitología musical de Kurt. Tras una pelea de las gordas, Wendy salió a buscar a Pat y lo encontró, según Kim, «con otra. Estaba borracho, como de costumbre». Wendy se presentó en casa hecha una furia, mascullando entre dientes que iba a matarlo. Presa del pánico, la misma Wendy ordenó a Kim que metiera las armas de Pat en una bolsa de plástico grande. Cuando Pat regresó a casa, Wendy dijo que iba a matarlo. Según la versión del propio Kurt Wendy trató de disparar contra Pat pero no consiguió dar con la manera de cargar el arma; la hermana de Kurt no recuerda dicho

pasaje de la historia. Tras la marcha de Pat, Wendy y Kim arrastraron la bolsa con las armas hasta la orilla del río Wishkah, a dos manzanas de su casa. Mientras tiraba de la bolsa, Wendy no dejaba de decirse a sí misma: «O me deshago de ellas o acabaré cargándomelo». Una vez en la orilla del río, las lanzó al agua.

Mientras Pat y Wendy se reconciliaban a la mañana siguiente, Kurt interrogó a Kim para sonsacarle el paradero de las armas. Después de que su hermana de trece años le sirviera de guía, Kurt y dos amigos suyos consiguieron recuperar los rifles. Cuando Kurt contaba dicha historia ya de adulto, decía que con el dinero que le dieron por las armas se compró su primera guitarra, aunque en realidad poseía una guitarra desde los catorce. Kurt nunca fue de los que dejaba que la verdad arruinara una buena historia: el relato de haber empeñado las armas de su palastro para comprar su primera guitarra era demasiado bueno para que el narrador que llevaba dentro pudiera resistirse. Dicha historia contenía todos los elementos que él buscaba para que le vieran como un artista, es decir, alguien que convertía las espadas de los paletos en el arado del punk rock. En realidad, Kurt empeñó las armas, pero empleó el dinero para comprar un amplificador Fender Deluxe.

El incidente de «las armas arrojadas al río» fue tan solo una más de las numerosas reyertas entre Wendy y Pat. La técnica de Kurt para evitar dichas peleas -o evitar convertirse en el objeto de las mismas, pues no había nada que le gustara más a Pat que sermonear a Wendy sobre lo que debía hacer con su hijo descarriado- consistía en recorrer a paso firme y rápido la distancia que separaba la puerta principal de casa y la de su habitación, un recurso típico de los adolescentes, aunque en su caso sus entradas y salidas se veían marcadas por un paso frenético. Cuando necesitaba salir a la superficie por alguna cuestión doméstica, como utilizar el teléfono o saquear la cocina, intentaba calcular el momento de sus incursiones para evitar la presencia de Pat. Su habitación se convirtió en su santuario, y la descripción que años más tarde haría en su diario sobre una visita de vuelta a casa aludía tanto a una experiencia física como emocional:

> Cada vez que vuelvo tengo la misma sensación de *déjà vu* que hace que un escalofrío me recorra la espalda, un sentimiento de abatimiento total, odio absoluto y rencor que me dura meses cada vez, viejas libretas de bolsillo llenas de dibujos de rockeros tocando la guitarra, monstruos y frases escritas en la cubierta del tipo «Esta Bud es para ti» o «Colócate», intrincados bosquejos de *bongs* [pipas de agua para fumar], juegos de palabras sexuales sobre la alegre tenista. Miro alrededor y veo los pósters de Iron Maiden con las esquinas rotas y agujereadas, clavos en la pared donde todavía hoy se ven expuestas varias gorras. Abolladuras en la mesa de pasarnos cinco años jugando con cerveza al juego de la pulga. La alfombra manchada de escupitajos, miro alrededor y veo toda esa puta mierda y lo que más me hace recordar mi inútil adolescencia es cada vez que entro en mi cuarto, paso el dedo por el techo y lo noto pegajoso por la capa acumulada de humo de tabaco y maría.

Durante la primavera de 1984, su conflicto con los adultos de la casa llegó a un punto crítico. Kurt detestaba a Wendy por su debilidad con respecto a los hombres, tal como había visto también con su padre y su deseo de volver a casarse. A Pat lo odiaba aún más, ya que por el hecho de ser mayor se creía capacitado para dar consejos con los que siempre buscaba la forma de poner en evidencia la ineptitud de Kurt. Los dos varones de la casa diferían asimismo en su opinión sobre el trato que había que dar a las mujeres. «Pat era un mujeriego -afirmaba Kim-, y Kurt no. Kurt era muy respetuoso con las mujeres, aunque no tuviera muchas amigas. Buscaba a una persona de quien enamorarse.» Los sermones de Pat en torno a la idea de que «un hombre necesita ser un hombre y actuar como tal» no tenían fin. Cuando Kurt demostraba una y otra vez con su conducta no vivir con arreglo a los principios de Pat, este solía llamarle «maricón». Un domingo de abril de 1984, Pat imprimió especial vehemencia a los apelativos que empleaba contra Kurt, llegando a preguntarle: «¿Por qué no traes chicas a casa? Yo a tu edad tenía chicas entrando y saliendo de mi cama sin parar».

Con aquel valioso consejo masculino. Kurt acudió a una fiesta donde se encontró con Jackie Hagara. Cuando esta y una amiga suya

se dispusieron a marcharse, Kurt les propuso ir a su casa, viendo tal vez una oportunidad de hacerse valer delante de Pat. Sin embargo, al llegar a su casa, las metió a hurtadillas en su habitación sin molestar a los adultos. Shannon estaba bastante borracha y cayó redonda en la cama pequeña que había en el cuarto de juegos situado junto al dormitorio de Kurt. Al ver a su amiga impedida e incapaz de dar un paso, Kurt le dijo a Jackie que también podía quedarse a dormir.

De repente, llegó el momento que tanto había esperado Kurt. Llevaba tiempo anhelando dejar atrás sus fantasías sexuales de adolescente y anunciar con toda sinceridad a sus compañeros de instituto que ya no era virgen (de hecho, como la mayoría de los chicos de su edad, llevaba varios años mintiendo sobre el asunto). Crecer en un mundo donde los hombres rara vez se tocaban salvo para dar o recibir una palmada en la espalda hacía que ansiara el contacto de una piel ajena contra la suya. En Jackie había encontrado una compatriota más que complaciente. Pese a tener solo quince años, Jackie ya era una chica con experiencia y dio la casualidad de que la noche en que se vio en el cuarto de Kurt, su novio estaba en la cárcel. Jackie sabía lo que iba a pasar cuando entrara en la habitación de Kurt. Hubo un momento, según recuerda Jackie en que sus miradas se cruzaron y el deseo invadió la estancia con toda la potencia de un motor de combustión interna en plena aceleración.

Kurt apagó las luces y la pareja se apresuró a quitarse la ropa para después meterse en la cama de un salto presa de la excitación y fundirse en un abrazo. Aquel sería el primer abrazo que recibiría Kurt de una mujer totalmente desnuda, un momento con el que llevaba largo tiempo soñando, un momento que, en numerosas noches de masturbación adolescente en aquella misma cama, había imaginado. Jackie empezó a besarle. En el instante en que sus lenguas se rozaron, la puerta se abrió de golpe y apareció la madre de Kurt.

A Wendy no le hizo ninguna gracia ver a su hijo en la cama con una chica desnuda. Tampoco le gustó en absoluto ver desde el pasillo a otra chica desplomada. «¡Largo de aquí!», gritó. Wendy había subido al cuarto de Kurt para enseñarle los relámpagos que había fuera –los jóvenes amantes no se habían percatado de la fuerte

tormenta que bramaba en el exterior-, y encontró a su hijo en la cama con una chica. Ya escaleras abajo, Wendy volvió a gritar: «¡Fuera de mi casa de una puta vez!». Pat, por su parte, no dijo una sola palabra al respecto, consciente de que cualquier comentario suyo solo serviría para enfurecer aún más a Wendy. Al oír el alboroto, Kim salió corriendo de la habitación contigua y vio a su hermano y a Jackie calzando a una chica que había perdido el conocimiento. «Pero ¿qué pasa?», inquirió Kim «Nos vamos», dijo Kurt a su hermana. Acto seguido, Kurt y Jackie arrastraron a la otra chica escaleras abajo y salieron a una de las mayores tormentas del año.

En el momento justo en que Kurt y sus dos acompañantes se echaron a andar calle abajo por la calle Primera -el aire fresco había reanimado a la amiga ebria- rompió a llover, y aunque dicha circunstancia pareciera una señal de mal augurio, antes del amanecer Kurt habría perdido su virginidad. Presa ya de un temblor manifiesto. Kurt tenía las hormonas revolucionadas en un torbellino de ira, vergüenza y miedo. Vestirse delante de Jackie luciendo aún una erección había resultado humillante. Al igual que en su encuentro con la chica retrasada, el deseo y la vergüenza se revelaron como dos instintos igualmente potentes en su interior, condenados a entrecruzarse y confundirse.

El trío se encaminó a casa de la amiga de Jackie. Pero justo cuando entraron por la puerta principal apareció el novio de Jackie, recién salido de la cárcel. Jackie había prevenido a Kurt sobre el carácter violento de su novio, y para evitar un enfrentamiento Kurt se hizo pasar por el ligue de la otra chica. Cuando Hagara y su novio se marcharon, Kurt y la chica acabaron pasando la noche juntos. La experiencia no fue para tirar cohetes, o eso le contaría posteriormente a Jackie, pero al menos hubo sexo, que era lo único que le importaba a Kurt. Por fin había traspasado aquel umbral, la gran línea divisoria vaginal, y ya no tendría que llevar una vida basada en una mentira sexual.

Kurt se marchó al despuntar el alba y se dedicó a pasear por Aberdeen a la pálida luz del amanecer. La tormenta había cesado, los pájaros cantaban y todo a su alrededor parecía haber cobrado más

vida. Kurt deambuló durante horas por la ciudad pensando en todo ello, esperando el inicio de las clases, contemplando la salida del sol y planteándose el rumbo que tomaría su vida.

5

LA VOLUNTAD DEL INSTINTO

ABERDEEN, WASHINGTON
ABRIL DE 1984 - SEPTIEMBRE DE 1986

Me sorprende la voluntad del instinto.
- Letra de “Polly”, 1990.

Aquella mañana de lunes, temprano, Kurt recorrió las calles de Aberdeen oliendo el sexo de la chica en sus dedos. Para una persona obsesionada como él con los olores, se trataba de una experiencia embriagadora. Para revivir el acto tan solo tenía que pasarse los dedos por la entrepierna, y al olerlos comprobaba que el aroma a fémina seguía allí. Su mente comenzaba ya a olvidar el hecho de que su iniciación sexual había rozado la catástrofe y en su recuerdo estaba pasando a convertirlo en un triunfo. Las circunstancias reales no importaban; mal sexo o no, había dejado de ser virgen. Siendo un romántico en el fondo, Kurt daba por sentado además que aquel encuentro sexual inicial no sería más que el primero de muchos revolcones placenteros con aquella chica, que marcaría el comienzo de su experiencia sexual adulta, un bálsamo más, como la cerveza o la maría, con el que podría contar para ayudarle a eludir su suerte. De camino a Weatherwax, robó una flor de un jardín. Jackie lo vio dirigirse con timidez al refugio de fumetas que había a la salida del instituto con aquella rosa roja en la mano; Jackie pensó que sería para ella, pero Kurt se la dio a la chica con la que se había acostado, quien se quedó indiferente ante aquel gesto. Lo que Kurt no logró entender fue que era Jackie quien se había enamorado de él. La otra chica, en cambio, se sintió incómoda por su indiscreción y más aún por la flor. Se trató de una dolorosa lección, y para alguien tan sensible como Kurt, confundió más si cabía su necesidad de amor con las complicaciones de la sexualidad adulta.

Después de clase se le presentaron preocupaciones más inmediatas, siendo la primera de ellas la necesidad de encontrar un lugar donde vivir. Buzz lo acompañó en coche a recoger sus cosas. Como Kurt había supuesto bien, aquella pelea con su madre no había sido como las demás; cuando llegaron encontraron a su madre hecha aún una furia. «Su madre se pasó todo el rato incordiando, diciéndole que era un desgraciado integral», recordaba Osborne. «Mientras tanto, él se limitaba a decir "Vale, mamá. Vale". Su madre le dejó bien claro que no quería ni verlo en casa.» Cuando ya hubo rescatado su preciada guitarra y el amplificador y guardado su ropa en varias bolsas de basura, Kurt se dispuso a emprender la huida física y emocional definitiva de su familia. Había habido otras huidas, además de la costumbre de recluirse que adoptó poco después del divorcio, pero en la mayoría de los casos dichas decisiones se habían debido a su propia voluntad. Aquella vez, sin embargo, se veía impotente e invadido por el miedo real ante la perspectiva de tener que cuidar de sí mismo. Tenía diecisiete años y estaba en tercero de bachillerato, aunque se saltaba la mayoría de las clases. Nunca había trabajado, no tenía dinero y todas sus pertenencias cabían en cuatro bolsas de basura. Tenía claro que se iba, pero no sabía adonde.

Si el divorcio había supuesto la primera traición que había sufrido, y el matrimonio de su padre con Jenny la segunda, aquel tercer abandono resultaría igualmente significativo. Su madre había acabado con él. Wendy se quejó a sus hermanas de que «ya no sabía qué hacer con Kurt». Las rencillas con su hijo estaban empeorando sus problemas con Pat, con quien pensaba casarse, y no podía permitirse el lujo de perder aquella relación, aunque sólo fuera por razones económicas. Kurt tenía la sensación, y tal vez no se equivocara, de que de nuevo uno de sus progenitores elegía a un nuevo compañero en lugar de él. Aquella sensación de marginalización lo acompañaría para siempre; sumado a las heridas emocionales que había sufrido antes, el hecho de que lo echaran de casa sería una vivencia a la que volvería en reiteradas ocasiones, sin lograr jamás librarse por completo de aquel trauma. Aquel dolor permanecería latente bajo la superficie, envolviendo el resto de su vida en un velo de miedo a la escasez.

Nunca tendría el suficiente dinero, la suficiente atención ni lo más importante, el suficiente amor, porque sabía lo rápido que podía desaparecer todo ello.

Siete años después escribiría una canción sobre aquella época que titularía «Something in the Way» (Algo en el camino). El significado de ese «algo» no queda explicado en la evasiva letra, pero podría decirse sin temor a equivocarse que lo que hay en el camino es él mismo. La letra da a entender que el cantante vive bajo un puente. Cuando le pedían que aclarara su significado, Kurt siempre contaba una historia en la que a uno lo echaban de casa, dejaba los estudios y vivía bajo el puente de la calle Young. Al final aquel hecho se convirtiría en una de las piedras angulares de su biografía cultural, uno de los factores más influyentes en su proceso de automitificación, el pasaje de su historia que no faltaría nunca en una descripción de su vida, por breve que fuera: era un crío tan poco deseado que acabó viviendo bajo un puente. Se trataba de una imagen oscura y potente, que adquirió aún mayor resonancia cuando los Nirvana se hicieron famosos y en las revistas empezaron a aparecer imágenes de la parte inferior del puente de la calle Young, cuya naturaleza fétida y maloliente se ponía de manifiesto incluso en las fotografías. Aquel rincón parecía la morada más bien de un gnomo, no de un muchacho. El puente se hallaba a solo dos manzanas de la casa de su madre, una distancia insalvable aun con todo el amor del mundo, en palabras del propio Kurt.

La historia de «vivir bajo un puente», no obstante, al igual que la de «vender las armas para comprar su primera guitarra», se vio profusamente adornada por la creatividad narrativa de Kurt. «Nunca vivió bajo aquel puente -afirmó Krist Novoselic. quien conoció a Kurt en el instituto aquel año-. Iba por allí, pero en aquellas orillas embarradas no se podía vivir, con la marea subiendo y bajando todo el tiempo. Aquella idea era fruto su propio revisionismo.» Su hermana se hacía eco de la misma creencia: «Kurt jamás vivió bajo aquel puente. Aquel era un lugar frecuentado por todos los crios del barrio que iban allí a fumar maría, pero nada más». Y de haber llegado a pasar una sola noche bajo un puente de Aberdeen, según los lugareños se habría

tratado del puente de la calle Sexta, una construcción mucho mayor, de un kilómetro casi de longitud, que se extendía sobre un pequeño cañón y solía servir de refugio a los indigentes de Aberdeen. Incluso en dicho rincón resulta difícil de imaginar a un quejica de primer orden como Kurt; pocos quejicas podían sobrevivir a la intemperie en Aberdeen, donde los efectos del tiempo no se diferencian mucho de los estragos de un monzón diario. Si embargo, el relato del puente tiene trascendencia aunque solo sea por las veces que Kurt no dudó en contarlo. Debió de llegar un punto en que él mismo empezó a creérselo.

La verdadera historia sobre el paradero en el que Kurt pasó sus días y sus noches durante aquella época resulta más conmovedor incluso que su versión de los hechos. Su periplo dio comienzo en el porche de Dale Crover, donde Kurt durmió en la caja de cartón de un frigorífico, acurrucado como un gatito. Cuando se agotó la hospitalidad en su primer lugar de acogida, no le faltó ingenio y astucia: en Aberdeen había muchos edificios de pisos antiguos con calefacción central en los vestíbulos, y allí es donde pasó a recluirse casi todas las noches. Esperaba a que se hiciera tarde para entrar a hurtadillas, buscar un espacio amplio, desenroscar la luz cenital, desplegar el saco de dormir, acostarse y levantarse antes de que los residentes del inmueble iniciaran un nuevo día. Era una vida que se resumía a la perfección en una frase de la letra de una canción que escribiría años mas tarde: «Me sorprende la voluntad del instinto». Su instinto de supervivencia le sirvió de mucho, y su voluntad era fuerte.

Cuando no había otra solución, Kurt y otro muchacho llamado Paul White subían al monte en lo alto del cual se encontraba el hospital comunitario de Grays Harbor, donde se quedaban a domir en la sala de espera. Kurt, el más osado de los dos, o quizá el más desesperado, pasaba con descaro por la cola de la cafetería del hospital y encargaba comida para números de habitación inventados. «En la sala de espera había una televisión que podíamos ver todo el día -recordaba White-. La gente pensaba que estábamos allí por un paciente enfermo o moribundo, y nunca nos preguntaron nada al respecto.» Aquella era la historia real que se ocultaba tras la verdad emocional plasmada en

«Something in the Way», y quizá la mayor ironía de su vida, ya que Kurt había acabado donde empezó, en el hospital con vistas panorámicas del puerto donde había nacido hacía diecisiete años. Allí estaba, durmiendo en la sala de espera como un fugitivo, hurtando panecillos de la cafetería y haciéndose pasar por un afligido pariente de alguien que estaba enfermo, cuando la única enfermedad de verdad era la soledad que sentía en su corazón.

Después de pasar unos cuatro meses en la calle, Kurt volvió finalmente a vivir con su padre. No fue fácil para él, y el hecho de que llegara a plantearse regresar a casa de uno de sus progenitores ilustra su grado de desesperación. Don y Jenny se enteraron de que Kurt se hallaba sin techo y lo encontraron durmiendo en un viejo sofá dentro de un garaje situado enfrente del callejón que iba a dar a la casa de Wendy. «En aquella época estaba enfadadísimo con todo el mundo, y quería que todos pensaran que nadie le daba cobijo, lo que en gran medida era cierto», recordaba Jenny.

De vuelta en Montesano, Kurt ocupó de nuevo su habitación del sótano en la casa de la calle Fleet. El conflicto de autoridad con su padre se intensificó; parecía como si el tiempo que había pasado lejos de Don solo hubiera servido para afianzar su determinación. Ambas partes sabían que la presencia de Kurt no sería una medida permanente, habían superado ya la necesidad o falta mutua que pudieran tenerse. A Kurt la guitarra le hacía la vida tolerable, y se pasaba horas ensayando. Sus amigos y familiares empezaron a darse cuenta de que estaba adquiriendo destreza en su manejo. «Podía tocar cualquier canción con solo escucharla una vez, fuera lo que fuera, desde Air Supply hasta John Cougar Mellencamp», afirmó su hermanastro James.

La familia alquiló *This Is Spinal Tap* y después de verla con James cinco veces de una sentada, Kurt no tardaría en comenzar a recitar de memoria los diálogos de la película y a tocar las canciones de la banda sonora.

Durante la época en la que Kurt volvió a vivir con Don y Jenny, se produjo otro suicidio más en la familia. Kenneth Cobain, el único hermano que le quedaba a Leland, cayó en el abatimiento a raíz de la muerte de su esposa y se pegó un tiro en la frente con un revólver del calibre 22. Su pérdida resultó casi insoportable para Leland: el efecto acumulativo de las trágicas muertes de su padre, su hijo Michael y sus tres hermanos atenuó su bravuconería y le produjo una profunda melancolía. Si la muerte de Ernest se considera un suicidio por alcoholismo, podría decirse que los tres hermanos de Leland se quitaron la vida, dos de ellos pegándose un tiro.

Kurt no estaba muy unido a dichos tíos, pero todos en la casa se quedaron abrumados ante la noticia; parecía como si pesara una maldición sobre la familia en todos los frentes. La madrastra de Kurt hizo todo lo posible para conseguirle trabajo como cortador de césped, el único empleo al que se podía aspirar en Monte al margen del sector maderero. Kurt cortó el césped de varias propiedades, pero enseguida se aburrió. Miró un par de veces la sección de anuncios clasificados, pero en Montesano no había mucha oferta de trabajo. La mayor empresa económica del condado, la central nuclear de Satsop había quebrado antes de que acabaran de construirla, lo que dejó la tasa de desempleo en el quince por cierto, el doble que en el resto del estado. La situación llegó a un punto crítico cuando Don anuncio que si Kurt no tenía intención de estudiar ni de trabajar, tendría que alistarse en el ejército. Al día siguiente, por la noche, Don invitó a un agente de reclutamiento de la Armada a hablar con su hijo.

En lugar de un hombre fuerte y testarudo, que más adelante pudiera coger por el pescuezo al agente de la Armada y lanzarlo por la puerta de cabeza, el oficial se encontró ante un muchacho deshecho y apesadumbrado. Para sorpresa de todos, Kurt escuchó su discurso. Al final del encuentro, y para alivio de su padre, Kurt dijo que lo pensaría. A Kurt el ejercito le sonaba a infierno, pero era un infierno con un código postal distinto, como Kurt comentó a Jesse Reed: «Al menos en la Armada te dan tres comidas y un catre». Para un chaval que había llegado a vivir en la calle y a dormir en la sala de espera de un hospital, la perspectiva de tener cobijo y comida asegurados sin

necesidad de pagar el precio impuesto por los padres resultaba tentadora. Pero cuando Don trató de convencerle de que se reuniera de nuevo con el agente de reclutamiento al día siguiente, Kurt dijo que lo olvidara.

Desesperado por dar con algo que orientara su vida, Kurt halló la religión. En 1984, Kurt y Jesse se habían vuelto inseparables, hasta el punto de ir a misa juntos. Los padres de Jesse, Ethel y Dave Reed, eran cristianos convertidos, y la familia acudía al completo a la iglesia baptista de Central Park, a medio camino entre Monte y Aberdeen. Kurt comenzó a asistir con asiduidad al oficio dominical, e incluso se presentaba de vez en cuando a la reunión de los miércoles por la noche del Grupo de Jóvenes Cristianos. En octubre de aquel año fue bautizado en la iglesia, si bien ningún miembro de su familia asistió a la ceremonia. Jesse recordaba que Kurt protagonizó incluso un acto de conversión: «Una noche estábamos cruzando el puente del río Chehalis y, de repente, Kurt se detuvo y dijo que aceptaba a Jesucristo en su vida. Rogó a Dios que "entrara en su vida". Lo recuerdo perfectamente hablando de las revelaciones y de la calma a la que todo el mundo se refiere cuando acepta a Cristo». Durante las dos semanas siguientes Kurt adoptaría el tono propio de un cristiano evangélico convertido. Comenzó a reprender a Jesse por fumar maría, despreciar la Biblia y ser mal cristiano. La conversión religiosa de Kurt coincidió con uno de sus numerosos períodos de sobriedad; su relación con las drogas y el alcohol se basaría siempre en una fase de desenfreno, seguida de una de abstinencia. Aquel mes escribió una carta a su tía Mari defendiendo su punto de vista sobre la marihuana:

> Acabo de ver *Reefer Madness* en la MTV [...] Una película hecha en los años treinta en la que si la gente fumaba una sola calada de esa diabólica droga llamada marihuana se pasaban colocados una barbaridad de tiempo y se dedicaban a matarse, a acostarse los unos con los otros y a atropellar a víctimas inocentes. Entonces le endilgan las culpas de un asesinato a ese chaval, que parece salido de la típica comedia sobre la familia ideal americana. ¡Uau!, eso sí que es fuerte. Menuda exageración. Pero reconozco la validez del mensaje. La maría es una mierda. Lo sé por

experiencia propia, porque durante un tiempo me volví casi tan apático como un trozo de queso mohoso. Creo que eso empeoró las cosas entre mi madre y yo.

Sin embargo, casi al mismo tiempo que remitía dicha carta y **se** veía integrado en el estilo de vida marcado por la iglesia, Kurt se deshizo de su fe como si de un par de pantalones que se le hubieran quedado pequeños se tratara. «Se entregó a ello con avidez -recordaba Jesse-, pero fue un momento transitorio, fruto del miedo.» Cuando el miedo pasó, Kurt volvió a fumar maría. Siguió asistiendo a la iglesia baptista de Central Park durante tres meses más, pero su discurso, según recordaba Jesse, «pasó a ser cada vez más crítico con Dios. Después de aquello continuó con su rollo contra Dios».

Los padres de Jesse le habían cogido afecto, y en vista de que Kurt frecuentaba tanto su casa, le sugirieron que se mudara a vivir con ellos. Los Reed residían en North River, una zona rural situada a unos veinte kilómetros de Aberdeen. En aquella época los dos muchachos parecían aportarse mutuamente algo que les faltaba en su vida individual. Los Reed plantearon la posibilidad de que Kurt se trasladara a North River, y Wendy, Don y Jenny convinieron en que valía la pena intentarlo. Wendy les confesó que estaba «desesperada», un sentimiento del que se hicieron eco Don y Jenny. «Dave Reed vino a vernos -recordaba Jenny- y nos dijo que pensaba que podía hacer algo por él. Se trataba de una familia religiosa, y Dave se veía capaz de disciplinarlo cuando nadie más podía lograrlo.» «Lo queríamos mucho -declaró Ethel Reed-. Kurt era un chico encantador: simplemente parecía perdido.» En septiembre Kurt recogió una vez más sus pertenencias -esta vez en una bolsa de lona- y se trasladó a North River.

Los Reed vivían en una casa de casi cuatrocientos metros cuadrados y los chicos tenían a su disposición un espacio enorme en el piso de arriba. Lo mejor de aquel lugar tal vez fuera que se encontraba tan apartado que podían poner el volumen de las guitarras eléctricas tan alto como quisieran. Se pasaban el día tocando. Aunque Dave Reed era consejero del Grupo de Jóvenes Cristianos -se parecía a Ned

Flanders de *Los Simpson*, con aquel pelo corto y aquel bigote-, no se comportaba como un carca. Reed llevaba veinte años tocando rock and roll, y había estado en los Beachcombers con Chuck, el tío de Kurt, así que la familia lo conocía. Tenía la casa repleta de amplificadores, guitarras y discos. Los Reed se mostraban además menos estrictos que Don; a Kurt le dejaron ir a Seattle con Buzz y Luke para ver a la banda de punk seminal Black Plag. *The Rocket* calificó el concierto como el segundo mejor de 1984, pero para Kurt solo lo mejoró la actuación de los Melvins en el aparcamiento del Thriftway. En todas las entrevistas que realizaría después a lo largo de su vida se referiría a aquel como al primer concierto que había visto.

Fue en casa de los Reed donde Kurt tocó por primera vez con Krist Novoselic. Novoselic era dos años mayor que Kurt, pero resultaba imposible que pasara desapercibido en Grays Harbor, pues con su metro ochenta de estatura se asemejaba a un joven Abraham Lincoln. Krist era de origen croata y provenía de una familia marcada por el divorcio que no tenía nada que envidiar a Kurt en términos de disfunción (Krist era conocido como «Chris» en Aberdeen; en 1992 se cambió la ortografía del nombre por la de su nombre de nacimiento croata original).

Kurt había conocido a Krist en el instituto y en el lugar de ensayo de los Melvins, pero sus vidas también se habían cruzado en un sitio al que ninguno de los dos volvería a referirse nunca más: la iglesia baptista de Central Park. Krist tenía costumbre de ir a misa, pero incluso la gente mayor como el señor Reed sabía que lo hacía «solo por las chicas». Jesse invitó a Krist a su casa una tarde y se reunieron los tres para improvisar. Por aquel entonces Krist tocaba la guitarra, al igual que Jesse y Kurt, así que la sesión parecía una escena de *Wayne's World. ¡Qué desparrame!* cuando les dio por hacer las típicas imitaciones de Jimmy Page. Krist y Jesse se intercambiaron las guitarras un rato; Kurt se quedó con la suya, que era para zurdos. Acto seguido se dispusieron a tocar unos cuantos temas originales de Kurt con el asalto de las tres guitarras.

Tras mudarse a casa de los Reed, Kurt emprendió varias tentativas breves de regresar a Weatherwax. Iba tan atrasado ya con los estudios

que no tendría posibilidad alguna de graduarse con su clase. Kurt le dijo a sus amigos que podría hacerse pasar por retrasado para que lo metieran en clases de educación especial. Jesse le tomaba el pelo llamándole «cerebro lento» por sus pésimas notas. Su única implicación real en los estudios se centraba en la asignatura de arte, la única clase donde no se sentía un incompetente. Uno de sus proyectos de clase fue aceptado en la Muestra de Arte de Institutos de la Región de 1985, y su obra pasó a integrar la colección permanente del superintendente de Instrucción Pública. El profesor Hunter le comentó a Kurt que si se aplicaba podría conseguir una beca para estudiar en una escuela de bellas artes. Pero para obtener una beca y acceder a la universidad tendría que graduarse primero en Weatherwax, algo que Kurt no veía posible a menos que repitiera curso (años más tarde mentiría al afirmar que le habían ofrecido varias becas). Al final Kurt abandonó los estudios por completo, no sin antes matricularse en el instituto de enseñanza secundaria alternativa de Aberdeen. El programa de estudios era similar al de Weatherwax, pero no había clases formales, sino que los estudiantes trabajaban con los profesores a nivel individual. Mike Poitras dio clases particulares a Kurt durante una semana, pero el muchacho no aguantó lo suficiente para acabar la orientación. Al cabo de dos semanas, Kurt abandonó los estudios.

Cuando Kurt dejó de ir al instituto definitivamente, Dave Reed le consiguió un empleo en el restaurante Lamplighter de Grayland. Le pagaban 4,25 dólares la hora, y trabajaba como friegaplatos, pinche y ayudante de camarero. Como era temporada de invierno, el restaurante solía estar desierto, lo cual a Kurt ya le iba bien.

A raíz de la influencia de Dave Reed, además de la ejercida ya por su tío Chuck y su tía Mari, Kurt empezó a imaginar que un día podría tener futuro en el negocio de la música. Dave y Chuck habían grabado un single con los Beachcombers en lo comienzos del grupo -«Purple Peanuts», con «The Wheelie» en la cara B- y en casa de los Reed lo tenían como una preciada posesión. Kurt y Jesse ponían el disco a todas horas, haciendo mímica con las guitarras. Kurt, por su parte, seguía fiel a su pasión de escribir canciones; de hecho, tenía varias carpetas pequeñas llenas de hojas con letras, con títulos como

«Wattage in the Cottage», «Samurai Sabotage» y un tema acerca del señor Reed llamado «Diamond Dave». Kurt llegó a componer incluso una canción mofándose de un compañero suyo de clase de Aberdeen que se había suicidado. El muchacho se llamaba Beau; la canción se titulaba «Ode to Beau» y tenía una tonada al estilo country y western.

Un antiguo miembro de los Beachcombers había acabado convirtiéndose en un promotor de Capitol Records en Seattle. En cuanto Kurt se enteró de ello, se empeñó en conocerlo como si le fuera la vida en ello. Persiguió a Dave para que se lo presentara, ignorando por aquel entonces que un promotor no era un cazatalentos. «Siempre quiso conocerlo porque creía que catapultaría su carrera», recordaba Jesse. Así fueron los comienzos de Kurt Cobain, el músico profesional, y su insistencia en conocer a aquel promotor -encuentro que nunca llegó a producirse- demuestra que ya a los diecisiete años se imaginaba dedicándose a la música. Si Kurt hubiera confesado sus ambiciones de fichar por una multinacional en la choza donde ensayaban los Melvins, lo habrían tomado por hereje. Kurt, en cambio, se lo guardó para sus adentros, pero nunca cejó en su empeño de buscar la manera de superar sus circunstancias.

La convivencia con los Reed casi recreaba la vida en familia que había perdido a raíz del divorcio. Los Reed cenaban juntos, iban a misa en grupo y alentaban el talento musical de los chicos. Resultaba visible y tangible el cariño y amor verdadero exisyente entre todos los miembros de la familia, incluido Kurt. Cuando Kurt cumplió dieciocho años en febrero de 1985, los Reed celebraron una fiesta de cumpleaños en su honor. Su tía Mari le envió dos libros: *El Martillo de los dioses*, una biografía de *Led Zeppelin*, y una colección de ilustraciones de Norman Rockwell. En una nota de agradecimiento que Kurt remitió a su tía le describió la fiesta de cumpleaños en los siguientes términos: «Todos los chicos del grupo de la iglesia vinieron a casa, nos trajeron un pastel para Jesse y para mí y luego nos pusimos a jugar a chorradas y el pastor Lloyd cantó algunas canciones (es clavado a Míster Rogers). Pero fue agradable ver que a la gente le importas».

Sin embargo, a pesar del grupo de jóvenes cristianos, del pastor Lloyd y de su familia adoptiva, Kurt no podía escapar psicológicamente del desamparo que sentía por parte de su fracturada familia de origen. «Era muy duro consigo mismo», afirmó Dave Reed. Aunque Kurt apenas tenía contacto con su madre, Dave Reed la mantenía informada todos los meses. En agosto de 1984 Wendy se casó con Pat O'Connor, y antes de que llegara la primavera siguiente se quedó embarazada. Durante su embarazo Kurt fue a visitarla en una ocasión, y cuando Wendy vio lo perdido que parecía, rompió a llorar. Kurt se hincó de rodillas, abrazó a su madre y le dijo que estaba bien.

Y así era, al menos en aquel momento, pero luego volvió a caer en una crisis. En marzo de 1985 Kurt se cortó el dedo lavando platos en el restaurante y en un ataque de pánico dejó el trabajo. «Le tuvieron que poner puntos -recordaba Jesse-, y me dijo que si perdía el dedo y no podía seguir tocando la guitarra, se suicidaría.» Sin empleo y con una herida que le impedía tocar la guitarra, Kurt se dedicó a hibernar en casa. Convencía a Jesse para que faltara a clase, y se pasaban el día bebiendo y tomando drogas. «Cada vez se recluyó más en sí mismo -recordaba Ethel Reed-. Tratamos de sacarle de su hermetismo, pero nos fue imposible. A medida que pasaba el tiempo, vimos que no le servíamos de ayuda, y que lo único que estábamos haciendo era ofrecerle un lugar donde apartarse cada vez más de la gente.»

La disociación de Kurt llegó a un punto crítico en abril cuando una tarde olvidó las llaves y rompió una ventana de un puntapié para entrar. Aquella fue la gota que colmó el vaso para los Reed, quienes después de lo sucedido le comunicaron que tendría que buscarse otro sitio para vivir. El de abril fue un mes lluvioso aquel año en Grays Harbor, y mientras que las máximas preocupaciones de los jóvenes de su edad se centraban en el baile de fin de curso o en prepararse para la graduación, Kurt se veía una vez más buscando cobijo.

De vuelta en la calle, Kurt reanudó el interminable circuito por garajes de amigos y vestíbulos para pasar la noche. Presa de la desesperación, al final optó por apelar a la misericordia del gobierno, y comenzó a recibir una prestación mensual de cuarenta dólares en cupones de comida. A través de la oficina de desempleo local encontró trabajo en

la Asociación de Jóvenes Cristianos, un trabajo temporal al que debía incorporarse el primero de mayo. Se trataba de un empleo de media jornada administrado por una subvención local de «ocupación juvenil», pero Kurt lo describiría como su empleo favorito de día. Su cometido primordial se limitaba a prestar un mero servicio de limpieza y mantenimiento, pero si alguno de los empleados caía enfermo, él ejercía como socorrista o monitor suplente. A Kurt le encantaba aquel trabajo, sobre todo por el contacto con los críos. Aunque la natación no se le daba demasiado bien, le gustaba hacer de socorrista. Kevin Shillinger, que vivía a una manzana del centro de la asociación, observaba a Kurt enseñando a pequeños de cinco y seis años a jugar a T-ball (béisbol infantil), y veía cómo lucía una enorme sonrisa durante toda la clase. Trabajar con niños le permitía hallar la autoestima que le faltaba en otros ámbitos de su vida: los trataba bien y no se sentía juzgado por ellos.

Kurt aceptó además un segundo empleo de media jornada -aunque de éste rara vez hablaba. Se trataba de un puesto como limpiador en el instituto de Weatherwax. Cada noche se plantaba un mono marrón y pasaba una fregona por los pasillos del centro al que había dejado de ir. Si bien el año académico estaba a punto de llegar a su fin cuando Kurt comenzó a trabajar allí, el contraste entre los estudiantes de su edad que se preparaban para acceder a la universidad y sus propias circunstancias le hizo sentirse más poca cosa que nunca. Tardó dos meses en dejar el trabajo.

Tras la marcha de Kurt de casa de los Reed le siguió Jesse. Ambos pasaron una temporada con los abuelos de Jesse en Aberdeen. Luego, el primero de junio de 1985 se trasladaron a un apartamento situado en el 404 de la calle Michigan Norte. Para cualquiera que viera aquel diminuto estudio por el que pagaban cien dólares al mes, y cuyas paredes pintadas de rosa le valieron el sobrenombre de «el piso rosa», se trataba de un cuchitril, pero al menos era su cuchitril. La vivienda se alquilaba con un modesto mobiliario, que Kurt y Jesse acabaron de completar con adornos de jardín, triciclos Big Wheel y tumbonas robadas del vecindario. Había un ventanal que daba a la calle y que Kurt adoptó como lienzo público, escribiendo con jabón en el cristal

«666» y «Satán mola». De una soga colgaron una muñeca hinchable cubierta con gel de afeitar. Había gel de afeitar Edge por todo el piso; habían repartido muestras gratuitas por el barrio y Kurt y Jesse descubrieron que aspirando los gases de los botes podían colocarse. Una noche que se habían metido un par de ácidos, un sheriff del condado de Grays Harbor llamó a su puerta y les ordenó que retiraran la muñeca. Por suerte, el agente no entró en el domicilio, pues se habría encontrado con una pila de platos de tres semanas amontonados en el fregadero, numerosas piezas de mobiliario de jardín robado, las paredes embadurnadas con gel de afeitar Edge seco y el botín fruto de la última gamberrada de la pareja: cruces robadas de las lápidas el cementerio y pintadas con lunares.

Aquel no sería el único altercado que tendría Kurt con la ley durante el verano de 1985. Kurt, Jesse y sus amigos solían esperar, cual hombres lobo, la llegada de la noche para dedicarse a aterrorizar al vecindario robando muebles de jardín o pintando graffitis en los edificios. Aunque Kurt aseguraría posteriormente que las pintadas tenían un mensaje político («Dios es gay» y «Abortar a Cristo» destacaban entre sus eslóganes predilectos), de hecho, la mayoría de lo que escribía carecía de sentido. A un vecino que poseía un barco le hizo rabiar escribiendo «Boat Ack» (inscripción vandálica, «Ataca el barco») en letras rojas en un lado del casco de la embarcación, y en el otro «Volved a casa gente del barco». Una noche pintó un graffiti en la pared del centro de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Con no poca dosis de justicia poética, al día siguiente le encomendaron la tarea de borrarlo.

La noche del 23 de julio de 1985 el detective Michael Bens se hallaba patrullando la calle Marked, a solo una manzana de la comisaría de Aberdeen, cuando advirtió la presencia de tres hombres y un chico rubio en un callejón. Los hombres salieron huyendo en cuanto el coche de Bens se acercó a ellos, pero el chico rubio se quedó clavado en el sitio, mirando a los faros con cara de ciervo, y Bens lo vio tirar un rotulador especial para pintar graffitis. En la pared que tenía a su espalda se leía la afirmación profética «No tengo como-se-llame». Tipográficamente, se trataba de una verdadera obra de arte,

pues combinaba mayúsculas y minúsculas al azar, y cada «E» era cuatro veces mayor que el resto de las letras.

De repente, el chico echó a correr y logró alejarse dos manzanas antes de que el coche patrulla lo alcanzara, momento en el que se detuvo y fue esposado. Acto seguido, se identificó como «Kurt Donald Cobain» y se comportó con total cortesía. Una vez en la comisaría, escribió y firmó la siguiente declaración:

> Esta noche me hallaba detrás del banco SeaFirst en el callejón cercano a la biblioteca charlando con otras tres personas cuando procedí a escribir en la pared del edificio de la entidad bancaria. No sé qué me impulsó a hacerlo, pero lo hice. Lo que puse en la pared fue lo siguiente: «No tengo como-se-llame». Ahora me doy cuenta de lo absurdo de mi acción, y me arrepiento de ello. Cuando el coche de la policía entró en el callejón lo vi acercarse y tiré el rotulador rojo que había utilizado.

Le tomaron las huellas dactilares, lo fotografiaron para tenerlo fichado y luego lo soltaron, no sin antes exigirle que se personara en el juzgado para someterse a una vista judicial varias semanas más tarde. Al final le impusieron una multa de ciento ochenta dólares, una condena de treinta días en libertad condicional y le advirtieron que no volviera a meterse en líos.

Para el joven Kurt, de dieciocho años, eso era más fácil de decir que de hacer. Una noche que Jesse trabajaba, Kurt se reunió en casa con los «klingon» de siempre y se pusieron a improvisar todos con las guitarras. Uno de los vecinos, un hombre corpulento con bigote, aporreó la pared y les dijo que dejaran de armar ruido. En su versión de los hechos, Kurt aseguraría posteriormente que el vecino le golpeó sin piedad durante horas. Se trataba de uno de los numerosos relatos que Kurt contaba acerca del constante maltrato que sufría a manos de los paletos de Aberdeen. «No fue así -recordaba Steve Shillinger-. El tipo se presentó en casa, le dijo que dejara de armar ruido y cuando Kurt se rebotó, el otro le dio un par de puñetazos y le dijo que "se callara de una puta vez".» Jesse no estaba presente aquella noche, pero desde que conocía a Kurt recordaba que solo se había peleado en una

ocasión: «Estaba demasiado entretenido haciendo reír a la gente. Yo siempre andaba cerca para protegerle». Jesse era un tapón como Kurt, pero había hecho halterofilia y estaba fornido.

Durante la época en la que convivieron en el piso rosa, Jesse habría llegado a matar probablemente por Kurt, un hecho del que este sacaba el máximo provecho. Un día Kurt propuso que ambos se dejaran una cresta mohawk. Se encaminaron hacia casa de los Shillinger, les sacaron una maquinilla para cortar el pelo y Jesse no tardó en lucir una cresta. Cuando le llegó el turno de afeitarse la cabeza, Kurt manifestó que se trataba de una idea absurda. «Una vez Kurt me dijo que si le dejaba escribir algo en su frente, yo podría escribir algo en la suya -recordaba Jesse-. Así que cogió tinta indeleble, me escribió "666" en la frente y luego salió corriendo. Yo era siempre el imbécil con el que experimentaba la gente. Si había una sustancia química o una bebida nueva, siempre querían que la probara yo primero.» En las torturas infligidas por Kurt a su mejor amigo había un lado oscuro. Por más bobalicón que fuera, Jesse había conseguido graduarse aquella primavera. Una noche, cuando Jesse estaba trabajando en el Burger King. Kurt arrancó las fotografías del anuario de Jesse, las pegó en la pared y les pintó una cruz roja encima. Se trató más de una muestra del odio que se tenía a sí mismo que de un reflejo de sus sentimientos hacia Jesse. Quizá en un ataque de vergüenza ante su ira, Kurt decidió echar del piso a Jesse. Tanto daba que Jesse hubiera sido quien había desembolsado el dinero para la fianza. Al poco tiempo Jesse estaba viviendo con su abuela, y Kurt se quedó solo. Jesse tenía pensado alistarse en la Armada igualmente, y Kurt se sintió amenazado ante aquella idea. Era un patrón de conducta que repetiría a lo largo de toda su vida: en lugar de perder a alguien que le importaba antes prefería apartarse de la persona, generando normalmente un conflicto simulado para minimizar los efectos del abandono que a su modo de ver era inevitable.

Kurt siguió escribiendo canciones durante su estancia en el piso rosa y, si bien en su mayoría no dejaban de ser historias apenas veladas de los personajes y sucesos que le rodeaban, muchas de ellas tenían su gracia. Aquel verano compuso una canción llamada «Spam»

sobre el fiambre enlatado de carne de cerdo que recibe dicho nombre, y otra titulada «The Class of 85» que constituía toda una invectiva contra Jesse y la clase con la que no había logrado graduarse. La letra decía así: «Todos somos iguales, moscas alrededor de un zurullo». Si bien sus canciones versaban en torno a un universo cerrado, ya en aquella época Kurt pensaba a gran escala. «Voy a hacer un disco que va a superar incluso a U2 y a R.E.M», alardeaba delante de Steve Shillinger. A Kurt le encantaban ambos grupos, y hablaba sin cesar de lo geniales que eran los Smithereens, aunque se cuidaba mucho de mencionar dichas influencias en presencia de Buzz por temor a quebrantar el código punk que desacreditaba toda expresión de música popular. Kurt leía todo fanzine o revista de música a su alcance, que en Aberdeen no eran muchos; incluso escribía largas entrevistas imaginarias consigo mismo para publicaciones inexistentes. Kurt y Steve se plantearon crear su propio fanzine, llegando incluso a sacar a la luz un número de muestra; Steve se descolgó del proyecto cuando se dio cuenta que Kurt escribía críticas positivas de discos que nunca había escuchado. Kurt habló también de crear su propio sello discográfico, y una noche él y Steve grabaron a un amigo llamado Scotty Karate recitando un monólogo en directo. Como tantas de sus ideas propias de aquella época, ninguna llegó nunca a cuajar.

No había dinero para fanzines ni sellos discográficos, y a duras penas alcanzaba para pagar el alquiler. Dos meses después de la marcha de Jesse, Kurt fue desahuciado. Su casero se presentó en el piso cuando Kurt no estaba en casa, metió las pocas pertenencias que tenía en cajas, incluyendo las cruces robadas y los triciclos, y lo dejó todo en la calle.

Por tercera vez en dos años, Kurt se veía sin hogar. Una vez más consideró la posibilidad de la Armada. Trevor Briggs se disponía a alistarse en el ejército, e instó a Kurt a aprovechar el concepto de camaradería imperante en la Armada, donde podrían destinarlos al mismo campamento militar. La tasa de desempleo había aumentado aún más en Grays Harbor, y no quedaban muchas opciones para un

joven de dieciocho años que hubiera abandonado los estudios. Kurt acudió a la oficina de reclutamiento de la Armada situada en la calle State y se pasó tres horas para realizar el examen de ingreso en las Fuerzas Armadas conocido como ASVAB. Kurt aprobó el examen y la Armada mostró su disposición a aceptarle en sus filas; Kurt aseguraría posteriormente que sacó la puntuación más alta jamás registrada en dicha prueba, una afirmación que poca credibilidad podía merecer al incluir el examen un ejercicio de matemáticas. En el último instante, como ya le había ocurrido antes, Kurt se echó atrás cuando llegó la hora de alistarse.

Kurt dormía casi todas las noches en el asiento trasero del destartalado Volvo de la madre de Greg Hokanson, al que se referían con el apelativo jocoso de «la vulva». A medida que avanzaba el mes de octubre, y con la llegada del mal tiempo, las noches se volvieron deprimentes en el interior del coche. Kurt no tardó en encontrar unos nuevos benefactores, los Shillinger, quienes, tras mucha insistencia por parte de Kurt, accedieron a acogerlo.

Lamont Shillinger era profesor de inglés en Weatherwax y, al igual que Dave Reed, provenía de una familia religiosa. Pese a haber abandonado la iglesia mormona hacía años, Lamont trataba de ser, según sus propias palabras, «un ser humano bueno por cuenta propia». Se observaban otras similitudes con la vida en casa de los Reed: los Shillinger cenaban juntos, pasaban tiempo en familia y animaban a sus hijos a practicar música. Kurt fue aceptado como uno más de la familia e incluido en la rotación de las tareas domésticas, que él acometía sin rechistar, agradecido de verse integrado. En casa de los Shillinger no había mucho espacio, pues el matrimonio tenía ya seis hijos, de modo que Kurt dormía en un sofá del salón y durante el día guardaba el saco detrás de aquel. Pasó el día de Acción de Gracias y la mañana de Navidad de 1985 con los Shillinger. Lamont le compró un par de Levi's nuevos, que buena falta le hacían. El mismo día de Navidad, después de la entrega de los regalos, Kurt fue a casa de Wendy, quien acababa de dar a luz a su media hermana Brianne. La recién nacida trajo algo de alegría al hogar de los O'Connor, aunque en ningún momento se planteó la posibilidad del regreso de Kurt.

En diciembre de 1985 Kurt empezó a ensayar algunos de los temas que había compuesto con Dale Crover al bajo y Greg Hokanson a la batería. A aquella formación la llamó Fecal Matter, y se trató de su primera banda de verdad. Kurt convenció a Crover para que le acompañara a visitar a su tía Mari con el fin de grabar algunas de las canciones. «Llegó con una libreta enorme llena de letras -recordaba Mari-. Le enseñé a resolver unas cuantas cosas, a grabar de bobina a bobina y se puso manos a la obra.» Kurt grabó primero su voz, y luego Crover y él grabaron por pistas la guitarra, el bajo y la batería sobre las voces. Mari se quedó preocupada con la letra de «Suicide Samurai», pero la atribuyó a un comportamiento propio de la adolescencia. Los chicos también grabaron «Bambi Slaughter» (la historia de un chaval que empeñaba las alianzas de boda de sus padres), «Buffy's Pregnant» (Buffy, personaje de la serie televisiva *Mis adorables sobrinos),* «Downer», «Laminated Etfect», «Spank Thru» y «Sound of Dentage». De vuelta en Aberdeen, Kurt utilizó la pletina de los Shillinger para hacer copias en cinta de la grabación original. El hecho de ver una cinta de verdad en su mano le servía como prueba tangible de su talento; en realidad, se trató de la primera manifestación física de la autoestima que había encontrado a través de la música. Sin embargo, Fecal Matter se disolvió sin llegar a dar siquiera un solo concierto.

A pesar de sus circunstancias externas, la vida artística interior de Kurt estaba creciendo a pasos agigantados. Kurt siguió rodando películas con la cámara de Súper 8. En una breve filmación muda de la época se ve a Kurt caminando por un edificio abandonado con una camiseta de K1SW en la que se lee «Seattle's Best Rock» (El mejor rock de Seattle) y tratando de adoptar el aspecto de Jean-Paul Belmondo en *Al final de la escapada,* con aquellas gatas de sol envolventes. En otra filmación se pone una máscara de Míster T y tinge esnifar una cuantiosa dosis de lo que parece cocaína, un efecto especial que creó con harina y una aspiradora. Todas estas películas, sin excepción, resultaban ingeniosas y -como todo lo que creaba Kurt- perturbadoras. Aquella primavera intentó montar un negocio de decoración de monopatines con graffitis. Llegó incluso a repartir

folletos publicitarios por la ciudad, pero solo un muchacho contrató sus servicios, para pedirle que pintara una cabeza explotando. Kurt realizó de buen grado el encargo -aquella temática era su especialidad- pero el cliente nunca pagó y el negocio se fue a pique.

El 18 de mayo de 1986 Kurt cayó de nuevo bajo la tutela y supervisión del Departamento de Policía de Aberdeen. A las doce y media de la mañana se requirió la presencia de la policía en un edificio abandonado del 618 de West Market, donde el agente John Green encontró a Kurt trepando por un tejado, en aparente estado de embriaguez. Green recordaba a Kurt como un “chico majo, aunque un poco asustado". Kurt fue acusado de intrusión ilegal y de tenencia de alcohol para consumo siendo un menor. Cuando los policías vieron que tenía una orden Pendiente por una travesura maliciosa (no había pagado la multa por el arresto de las pintadas), además de un arresto anterior por consumo de alcohol en Seattle, y que Kurt no podía hacer frente a la fianza, lo metieron en la cárcel. La celda que ocupó parecía sacada de una vieja película de gángsteres, con barrotes de hierro, suelo de cemento y sin ventilación. En su declaración Kurt hizo constar una «dolencia de espalda» bajo «tratamiento médico», y se describió a sí mismo como «un joven de diecinueve años, sesenta y un kilos, un metro ochenta de altura, cabello castaño y ojos azules», una descripción en la que exageró tanto el peso como la estatura.

Kurt utilizó la llamada a la que tenía derecho para telefonear a Lamont Shillinger y rogarle que le pagara la fianza. Lamont decidió que su implicación en el cuidado de Kurt Cobain había llegado demasiado lejos y que Kurt tendría que salir de aquel apuro por sus propios medios. Lamont fue a visitarle al día siguiente y, en contra de lo que le dictaba su credo, le llevó un cartón de tabaco. A falta de recursos para pagar la fianza, Kurt tuvo que quedarse en prisión ocho días.

Varios años más tarde, Kurt se valdría de dicha vivencia para crear una imagen propia que pusiera de relieve su inteligencia y capacidad de adaptación. Kurt afirmaba que durante su estancia en la cárcel se dedicó a dibujar pornografía para que los otros prisioneros se masturbaran. Aquellos dibujos pornográficos de creación propia

alcanzaron tal demanda, según Kurt, que le sirvieron para cambiarlos por cigarrillos, de modo que no tardó en reunir todo el tabaco existente en la cárcel. Llegado aquel punto Kurt se convirtió, según su relato, en «el hombre» que «controlaba la prisión». Kurt solo se atrevía a contar aquella historia ficticia a gente que no lo conocía; sus amigos de Aberdeen recuerdan que tenía tanto miedo por todas las películas carcelarias que había visto que durante toda su estancia en prisión no dirigió una sola palabra al resto de los presos.

La vida en casa de los Shillinger no tardaría en llegar a su fin para Kurt. Llevaba allí un año y una vez cumplidos los diecinueve -pasada ya de sobra la edad de emancipación- no se le consideraba pariente de sangre ni menor de acogida oficial. Además, había empezado a reñir con Eric Shillinger, quien pensaba que Kurt había abusado de su hospitalidad. Un fin de semana la familia Shillinger se marchó de vacaciones sin Kurt, y a su regreso descubrieron que había obligado a los dos perros a defecar la cama de Eric. Pero ni siquiera aquel desaire supuso la gota final; aquel momento se daría una noche de agosto de 1986, cuando Eric y Kurt se enzarzaron en una pelea por una mini-pizza de Totino. Según todas las fuentes consultadas, se trató de la pelea más seria en la que jamás se había visto implicado Kurt, pues este trató de golpear a Eric con un tablón de madera. «Al día siguiente vi a Eric -recordaba Kevin Shillinger- y tenía un ojo morado. A Kurt también lo vi, y tenía los dos ojos morados.» Aún con la cara hinchada, Kurt se marchó aquella noche y se recluyó en el lugar de ensayo de los Melvins. Al día siguiente le dio diez dólares a Steve para que le llevara el resto de sus cosas. Su vida había quedado reducida a un modelo repetitivo de intimidad, conflicto y destierro que desembocaba en su aislamiento.

Uno de los pocos rayos de luz que vio entonces se produjo cuando Krist Novoselic se mostró interesado en formar un grupo. Krist fue una de las primeras personas a las que Kurt había pasado una cinta de Fecal Matter. «Tenía aquella pequeña maqueta grabada en cinta que incluía el tema "Spank Thru" -recordaba Krist-. Aquella canción me parecía buenísima.» Shelli Dilly, la novia de Krist, era amiga de Kurt desde secundaria, y decidieron dejarle dormir detrás de su casa, en la

furgoneta Volkswagen de Krist. «Siempre me aseguraba de que tuviera suficientes mantas para que no se helara de frío», recordaba Shelli. La joven también le procuraba comida gratis cuando Kurt acudía al McDonald's donde ella trabajaba.

A principios de septiembre de 1986 Hilary Richrod, una bibliotecaria empleada en la Biblioteca Timberland de Aberdeen, oyó que llamaban a la puerta de su casa una noche ya tarde. Richrod miró por el ojo de la cerradura y vio a un chico alto con los ojos rojos y a Kurt, al que reconoció de haberlo visto con frecuencia en la biblioteca por las tardes leyendo o durmiendo. Al ver a aquellos dos personajes variopintos en el umbral de su puerta, en una ciudad donde los robos estaban a la orden del día, Richrod sintió una punzada de miedo al abrir la puerta, miedo que se vio acrecentado cuando Kurt metió la mano bajo el abrigo. Pero lo que sacó fue una paloma diminuta con la pata rota. «Le duele y no puede volar -dijo Kurt. Richrod se quedó desconcertada por un momento-. Usted es la señora de los pájaros, ¿verdad?», inquirió Kurt, en un tono casi molesto. Richrod era, en efecto, ornitóloga y dirigía la organización de rescate de aves de Aberdeen, pero la gente solía llamarla por teléfono cuando encontraba un pájaro herido. Nadie se había presentado nunca en su puerta, y menos dos muchachos con pintas de drogados.

Kurt le explicó que había encontrado la paloma bajo el puente de la calle Young, y en cuanto la vieron emprendieron el trayecto a pie de quince minutos que les separaba de su casa. Lo que nunca explicaron fue cómo se habían enterado de que ella era ornitóloga. Pero cuando esta procedió a hacerse cargo del animal, ninguno de los dos perdió detalle de sus movimientos. Deambulando por la casa vieron una guitarra que pertenecía al marido de Richrod y Kurt enseguida calculó su valor: «Es una vieja Les Paul. Una copia, pero de las primeras». Kurt ofreció comprarla, pero Richrod le dijo que no estaba en venta, y por un momento temió que se la robaran.

Sin embargo, la única preocupación de los chicos se centraba en el cuidado y bienestar de la pequeña paloma. Ya en la cocina, los dos jóvenes observaron cómo Richrod movía lentamente el ala del pájaro para tratar de determinar la gravedad de la lesión. «Le duele,

¿verdad?», preguntó Kurt. Richrod tenía dos chotacabras en la cocina, dos de los pocos ejemplares de dicha especie existentes en cautividad, y les explicó que aquellas aves habían salido en un artículo publicado en la portada del *Aberdeen Daily World.*

«Yo estoy en un grupo -repuso Kurt, anunciando aquel hecho como si hubiera tenido que ser de dominio público-. Pero nunca saldré en la portada del *Daily World.* Esos pájaros me llevan mucha delantera.»

6

NO LA QUERÍA LO SUFICIENTE

ABERDEEN, WASHINGTON
SEPTIEMBRE DE 1986 - MARZO DE 1987

Estaba claro que no la quería lolo suficiente, como la quiero ahora.
-De un pasaje del diario de 1987.

El primero de septiembre de 1986 Wendy prestó doscientos dólares a Kurt, lo suficiente para pagar una fianza y el primer mes de una vivienda de alquiler, y Kurt se mudó a su primera «casa». Dicha descripción legal de la construcción situada en el 1.000 1/2 de la calle Segunda Este de Aberdeen se excedía en generosidad: en realidad, se trataba de un cuchitril que en muchos otros municipios se habría declarado inhabitable en virtud de todo reglamento de construcción razonable. El tejado estaba medio podrido, los tablones del porche delantero se habían caído al suelo, y no había ni frigorífico, ni cocina. El interior presentaba una extraña distribución compuesta por cinco estancias diminutas: dos salones, dos dormitorios y un baño individual. La vivienda se hallaba detrás de otra propiedad, razón que explicaba la atípica dirección.

Sin embargo, su ubicación -a solo dos manzanas de casa de su madre- resultaba ideal para un joven de diecinueve años que no se veía del todo liberado del control psíquico de Wendy. La relación entre madre e hijo había mejorado en el último año. La ausencia de Kurt en casa de Wendy había propiciado un acercamiento emocional entre ambos; Kurt seguía necesitando la aprobación y atención de Wendy, aunque se empeñara en ocultar dicha muestra de vulnerabilidad. Wendy solía llevarle comida de vez en cuando, y Kurt podía ir a su casa a hacer la colada, utilizar el teléfono o saquear la nevera, todo ello siempre y cuando su padrastro no andará cerca. El

tugurio de Kurt se hallaba cerca del Ejército de Salvación y detrás de un supermercado. Dado que en la casa no había frigorífico, Kurt guardaba la cerveza en una nevera que había en el porche trasero hasta que los hijos de los vecinos lo descubrieron.

Kurt decidió compartir casa con Matt Lukin de los Melvins. Kurt siempre había querido formar parte de los Melvins; vivir con Lukin lo unió al grupo más que nunca. La principal aportación de Kurt a la casa consistió en instalar una bañera llena de tortugas en medio del salón y hacer un agujero en el suelo para que los residuos generados por las tortugas se escurrieran bajo las tablas. Lukin, al menos, se sirvió de sus conocimientos de albañilería para tratar de redistribuir las paredes. Como valor añadido, Lukin tenía veintiún años, por lo que podía comprar cerveza. El Gordo no tardaría en convertirse en un recuerdo lejano.

La casa empezó siendo un centro de reunión social y celebración de fiestas y a la larga serviría además como local de ensayo. Al compartirla con Lukin, Buzz Osborne y Dale Crover la visitaban con frecuencia, y en vista de que el salón estaba repleto de bártulos del grupo, se montaban sesiones improvisadas. Un variopinto grupo de «klingon» de los Melvins acabó ocupando el cuchitril. Si bien el vínculo que les unía giraba en gran medida en torno al objetivo de emborracharse, aquella época de felicidad en el 1.000 1/2 de la calle Segunda Este representó el apogeo social de la vida de Kurt. El joven emancipado llegó a trabar amistad incluso con los vecinos, o al menos con sus hijos adolescentes, que sufrían el síndrome de alcoholismo letal, lo cual no impidió que Kurt les ofreciera cerveza. Otro vecino, un jubilado senil apodado el «hippie de Lynyrd Skynyrd», solía pasarse cada día por casa de Kurt para escuchar el álbum que tenía de *Greatest Hits* de Lynyrd Skynyrd mientras tocaba la batería.

Para pagar el alquiler. Kurt encontró trabajo como empleado de mantenimiento del Polynesian Condominium Resort, un complejo turístico situado en la cercana localidad costera de Ocean Shores, adonde llegaba tras un trayecto de cuarenta kilómetros en autobús. Se trataba de un trabajo fácil, dado que su cometido primordial consistía en reparar cosas, y el hotel, de sesenta y seis habitaciones, no

precisaba reparación alguna. Cuando surgió una vacante de camarera, Kurt recomendó a la novia de Krist, Shelli. «Kurt aprovechaba para dormir en el autobús -recordaba Shelli-. Era curioso porque no trabajaba de mantenimiento para nada. Soba dedicarse a dormir en las habitaciones del hotel o a saquear la nevera de las habitaciones cuando la gente se marchaba.» Una ventaja de aquella ocupación, aparte de la paga inicial de cuatro dólares la hora, era que solo tenía que llevar una camisa de trabajo marrón, y no un uniforme horrendo.

Delante de sus amigos se jactaba de lo fácil que era su empleo, definiendo su puesto como el de «apalancado de mantenimiento», y de la suerte que tenía porque se pasaba la mayor parte del tiempo colándose en las habitaciones y viendo la televisión, pero lo que no contaba a nadie era que de vez en cuando también tenía que limpiar las habitaciones. Kurt Cobain, a quien se le daban tan mal las tareas domésticas que podría haber creado escuela, tenía que trabajar limpiando habitaciones. En el autobús que le llevaba, normalmente con resaca, al complejo hotelero cada mañana, Kurt soñaba con un futuro que no supusiera fregar sanitarios ni hacer camas.

En lo que nunca dejaba de pensar era en formar un grupo. Aquella idea estaba presente en todo momento en su mente, y se pasaba horas y horas tratando de dar con la manera de hacerla realidad. Buzz lo había conseguido, y si Buzz había dado con la manera, seguro que él también podría. En varias ocasiones a lo largo de 1987 Kurt acompañó a los Melvins como roadie en sus conciertos por Olympia, una ciudad universitaria situada a una hora de camino al este, donde según había observado el punk rock tenía un público entregado, aunque reducido. En una ocasión viajó con la banda hasta Seattle, y aunque aquel bolo le supuso tener que cargar con material pesado e ir a trabajar a la mañana siguiente sin haber dormido, le brindó la oportunidad de ampliar sus horizontes. Trabajar como roadie de los Melvins no tenía nada de glamour, pues no había dinero de por medio, ni grupis con las que hablar, y Buzz se caracterizaba por tratar a todo el mundo como si fuera criado suyo. Pero se trataba de un abuso que Kurt accedía con agrado a soportar, pues había poco que escapara a su observación. Kurt estaba desarrollando su orgullo, en especial cuando se trataba de

tocar la guitarra; cuando llevaba el amplificador de Buzz se imaginaba los papeles invertidos. Practicaba siempre que podía, y el hecho de mejorar día a día era lo único que le daba confianza en si mismo. Sus esperanzas se vieron recompensadas cuando Buzz y Dale le pidieron que tocara con ellos en Olympia, en la noche de clausura de un club llamado Gessco. Aunque solo una veintena de personas presenció la actuación -en el cartel los anunciaban como Brown Towel, aunque en teoría se llamaban Brown Cow-, aquella noche marcaría su debut frente a un público que había pagado para verlo en el escenario. Sin embargo, más que a tocar la guitarra, Kurt se dedicó a recitar poesía mientras Buzz y Dale aporreaban sus instrumentos.

Por aquel entonces Kurt seguía conservando muchas de las costumbres autodestructívas a las que se había entregado durante su estancia en el piso rosa. Según Tracy Marander, quien lo conoció en aquella época, la cantidad de LSD que ingería resultaba considerable. «Kurt se metía mucho ácido, a veces hasta cinco días a la semana», recordaba Tracy. Al menos parte de la razón que explicaba aquel aumento del consumo de drogas se debía, por extraño que parezca, a la lealtad sindical; debido a una huelga del comercio organizada por aquel entonces en Aberdeen, no quedaba más remedio que ir a comprar cerveza a Olympia o enfrentarse a los piquetes, y Kurt optó por pasarse al ácido. Cuando compraba cerveza, solía ser «Animal Beer», llamada así porque en las latas de Schmidt salían imágenes de animales salvajes. Cuando tenía más dinero lo derrochaba en Rolling Rock, pues, según decía a sus amigos, era «casi como "rock and roll" escrito al revés».

El año que Kurt vivió en la calle Segunda Este fue una de sus épocas más prolongadas e intensas de consumo de drogas. En el pasado acostumbraba a alternar un período de exceso con otro de abstinencia, pero con su traslado a aquel cuchitril el desorden estuvo servido más que cualquier otra cosa. «Siempre andaba pasando droga -recordaba Steve Shillinger-, drogándose un poco más que los demás, y metiéndose más en cuanto dejaba de estar colocado.» Cuando no tenía dinero para maría, ácido o cerveza, volvía a aspirar botes de aerosol.

«Se había propuesto joderse; drogas, ácido, lo que fuera -observaba Novoselic-. Te lo encontrabas machacado en pleno día. Era un desastre.»

Kurt seguía hablando de suicidio y muerte prematura. Ryan Aigner vivía a una manzana de su casa y, desde el momento en que conoció a Kurt, no recordaba un día en que no conversaran sobre la muerte. En una ocasión Ryan le preguntó: «¿Qué harás cuando tengas treinta?». «No me importa lo que ocurra cuando tenga treinta -repuso Kurt con el mismo tono que habría empleado para hablar de una bujía rota-, porque nunca llegaré a cumplirlos. Ya se sabe cómo es la vida a partir de los treinta, y yo no quiero eso.» La idea le resultó tan ajena a Ryan, quien veía el mundo con las inmensas perspectivas propias de la juventud, que por un instante se quedó sin habla. Ryan reconoció el tormento interior de Kurt: «Era el suicidio personificado. Tenía aspecto de suicida, caminaba como un suicida y hablaba como un suicida».

A finales de la primavera. Kurt dejó su empleó en el hotel. Desesperado por ganar dinero, trabajaba de vez en cuando como instalador de moquetas junto con Ryan. A los supervisores de la empresa les caía bien Kurt, y Ryan le hizo saber que había un puesto de jornada completa vacante. Pero Kurt se resistía a aquella posibilidad, pues la idea de un trabajo serio le resultaba odiosa, y temía lesionarse la mano con la que tocaba la guitarra con los cuchillos de doble hoja que empleaban para cortar las moquetas. «Estas manos son demasiado importantes para mí -argumentó Kurt-. No podría arruinar mi carrera como guitarrista.» Kurt aseguró que si una lesión le impedía seguir tocando, acabaría con su vida.

El hecho de que Kurt empleara el término «carrera» para referirse a su música pone de manifiesto la única faceta de su vida donde tenía cabida el optimismo. Todas aquellas horas que pasaba ensayando sin cesar comenzaban a dar sus frutos. Componía canciones a un ritmo prodigioso, garabateando de cualquier manera las letras en las páginas de su libreta. Aprendía tan rápido y asimilaba tanta información a partir de las actuaciones que veía y los discos que escuchaba que casi se le podía ver montando un plan en su cabeza. Su energía no se

centraba tanto en grupo», pues en aquel momento no existía banda alguna, como en tener tres o cuatro conjuntos a la vez, dadas sus ansias por hacer música. Una de las primeras formaciones que ensayó en el cuchitril de la calle Segunda Este estaba integrada por Kurt a la guitarra, Krist al bajo y un batería de la zona llamado Bob McFadden. En otra, Kurt tocaba la batería, Krist la guitarra y Steve «Instant» Newman el bajo. Poner nombre a aquellos grupos, según declararía Kurt posteriormente, habría resultado un tanto exagerado, pues de hecho solo existían en la mente de Kurt, y él los agrupaba a su antojo como un amante del béisbol montaría el equipo ideal. Al ver que a los Melvins les habían pagado una noche sesenta dólares por un concierto, Kurt y Krist formaron una banda llamada The Sellouts (Los Vendidos), con la que solo ensayaban temas de Creedence Clearwater Revival, sabiendo que estos tendrían buena acogida en las tabernas de Aberdeen. Kurt hablaba de dichos grupos como si tuvieran una larga carrera a sus espaldas, cuando en la mayoría de los casos solo se juntaban para ensayar. Únicamente un conjunto al que llamaban Stiff Woodies llegó a debutar en público con motivo de una fiesta privada de estudiantes de instituto que no les hicieron el menor caso.

Aunque los ensayos y las fiestas le mantenían ocupado, ya a principios de 1987 Kurt comenzó a cansarse de Aberdeen. Sus amigos observaron que mientras ellos se contentaban con tener la música como una vía de diversión para pasar la noche del viernes, Kurt se ponía a practicar un riff de guitarra o a escribir una canción un sábado por la mañana. Lo único que le faltaba era un medio de expresar su visión creativa, pero las circunstancias estaban a punto de cambiar. Kurt y Krist comenzaron a tocar con un batería del barrio llamado Aaron Burckhard en un grupo sin nombre, con Krist al bajo, Burckhard a la batería y Kurt a la guitarra y las voces. Aquella formación serviría como proyecto de incubación de Nirvana, y brindaría a Kurt la oportunidad de explorar sus aptitudes como líder musical. Durante los primeros meses de 1986 solían ensayar casi todas las noches, hasta que Kurt pensaba que ya era suficiente. Después de ensayar acudían a Kentucky Fried Chicken. «A Kurt le encantaban las delicias de pollo de KFC -recordaba Burckhard-. Una vez Kurt se trajo

un rollo de cinta adhesiva que utilizó para pegar una cruz invertida en el altavoz de la ventanilla de pedidos. Nosotros vimos la escena desde la furgoneta, partiéndonos el culo mientras los empleados tuvieron que salir a despegar la cinta.»

A principios de primavera, Buzz anunció que se marchaba a California y que los Melvins se separaban. Aquella noticia supuso un hecho importante en la historia de los grupos musicales de Aberdeen, y ante aquella situación Kurt debió de pensar que tenía delante a un Judas. «Lo que ocurrió -recordaba Lukin- es que me dejaron atrás. En teoría el grupo se disolvió, lo cual fue una manera de echarme. "No voy a estar en ningún grupo ni nada de eso", me aseguró Buzz. "Simplemente me voy a vivir a California." Pero al mes de marcharse todos ellos, ya volvían a tocar como los Melvins. Fue duro, ya que fue exactamente de la misma forma que Buzz me obligó a echar al batería que teníamos antes.»

La ruptura de su compañero de piso con los Melvins marcaría un hito crucial en el desarrollo personal de Kurt, pues todo el mundo tomó partido en dicha disputa, y Kurt se atrevió por primera vez a desafiar a Buzz. «Aquel día Kurt se apartó tanto artística como emocionalniente de los Melvins», afirmó Ryan. Kurt veía ya que su música influida por el pop nunca satisfaría las expectativas de Buzz. Aunque seguía manifestando en público su pasión por los Melvins, había empezado a dejar de tener a Buzz como modelo a imitar. Se trataba de un paso que debía dar si deseaba desarrollar su propio estilo, y aunque resultó doloroso, sirvió para liberarle desde el punto de vista creativo y brindarle un espacio artístico.

La tensión entre Kurt y Lukin también había ido en aumento, dada la antipatía que sentía Kurt por alguno de los amigos de Lukin. Como en una escena sacada de la serie *I Love Lucy*, Kurt cogió cinta adhesiva para marcar una línea divisoria que atravesaba la casa por la mitad y ordenó a Lukin y sus amigos que se quedaran en su lado. Cuando uno de los amigos de Lukin protestó ante la medida aduciendo que necesitaba traspasar la cinta para ir al baño, Kurt repuso lo siguiente: «Ve al baño de ahí fuera, porque el de aquí dentro

está en mi lado». Lukin se marchó de casa. Kurt estuvo un tiempo sin compartirla con nadie, hasta que un amigo de Olympia, Dylan Carlson, se trasladó a vivir con él. Con su pelo castaño largo y su barba desaliñada. Dylan recordaba un poco al Brian Wilson de los Beach Boys en sus años perdidos, pero de su boca no salían más que barbaridades sobre religión, raza y política. Dylan era todo un personaje, pero destacaba por su ingenio, talento y simpatía, cualidades todas ellas que Kurt admiraba. Se habían conocido en el concierto de Brown Cow y no tardaron en entablar amistad.

Dylan se trasladó a Aberdeen, aparentemente para trabajar con Kurt instalando moquetas. El trabajo dejaba bastante que desear: «Nuestro jefe era un borracho empedernido -recordaba Dylan-, cuando acudíamos al trabajo por la mañana, lo encontrábamos desplomado en el suelo del despacho. Una vez cayó redondo delante de la puerta, y no pudimos abrirla para ponerlo en pie». Aquel trabajo se fue a pique pero la amistad entre Dylan y Kurt perduró. Con un grupo, un nuevo amigo y varios temazos en su haber, Kurt recibió 1987 y su vigésimo cumpleaños con una actitud más positiva. Y lo más sorprendente es que incluso su vida sexual alcanzaría en breve su plenitud, cuando Tracy Marander se convirtió en su novia.

Les unieron los roedores, pues tanto Kurt como Tracy tenían una rata como mascota. Se habían conocido dos años antes a la salida de un club punk de Seattle, uno de los lugares donde arrestaron a Kurt por consumo de alcohol. El y Buzz estaban bebiendo en un coche cuando Tracy se acercó a saludarles, y Kurt se quedó tan embelesado que no advirtió la presencia de un coche de policía. A lo largo del año siguiente coincidieron en varias ocasiones y a principios de 1987 cimentaron su relación. «Llevaba tiempo flirteando con él -recordaba Tracy-. Creo que lo pasó mal al ver que él le gustaba de verdad a una chica.» Tracy era la novia ideal para el joven Kurt de veinte años, y ella representaría un hito fundamental en su camino hacia la madurez. Tracy le llevaba un año, había presenciado cientos de actuaciones de punk rock y sabía mucho de música, por lo que despertó una enorme atracción sexual en Kurt. Con su pelo oscuro, un cuerpo lleno de curvas y unos ojos grandes y de un marrón tan llamativo como el azul

de los ojos de él, Tracy poseía una belleza llana que completaba con una actitud práctica ante la vida. Todo aquel que la conocía acababa siendo amigo suyo; en ese sentido, y en muchos otros, no podría haber sido más distinta a él. Kurt se quedó prendado al instante de Tracy, aunque nunca se sintió merecedor de ella. Sus heridas internas y su tendencia al ostracismo se revelaron ya al principio de la relación. Una de las primeras veces que se acostaron juntos, cuando yacían en la cama relajados tras haber practicado el sexo, Tracy le comentó al verle desnudo: «Vaya, qué flaco estás». Aunque entonces no lo sabía, Tracy no podría haber dicho nada más hiriente. Kurt reaccionó vistiéndose a toda prisa y saliendo de allí como un huracán. Sin embargo, volvió.

Tracy se propuso darle todo el amor necesario para disipar su temor; lo amaría tanto que tal vez fuera posible que llegara a amarse a sí mismo. Pero para Kurt aquel era un terreno peligroso, y a cada paso surgía la inseguridad en sí mismo y el miedo.

Lo único que quería más que a Tracy aquella primavera era su mascota Kitty. Kurt había cuidado de aquel roedor macho desde su nacimiento, alimentándolo con un cuentagotas durante sus primeras semanas de vida. La rata solía estar encerrada en su jaula, pero en ocasiones especiales Kurt la soltaba para que corriera por la casa, pues unas cuantas cagarrutas de rata no iban a echar a perder la mugrienta moqueta. Un día, mientras Kitty estaba correteando por la casa, Kurt vio una araña en el techo y animó a Kitty a atraparla. «"¿Ves a esa cabrona, Kitty?", le dije. Ve Por ella, mátala, cógela, cárgatela"», anotó Kurt en su diario- Pero Kitty no atacó a la araña, y cuando Kurt regresó con un bote de desodorante Brut en espray para matar la araña, oyó un sonido desgarrador y miró hacia abajo:

> Mi pie izquierdo [...] encima de la cabeza de la rata. La pobre empezó a dar saltos chillando y sangrando. Yo le pedí perdón a gritos treinta veces. La envolví en un par de calzoncillos sucios y la metí en una bolsa de papel. Encontré una tabla de madera, saqué afuera la rata y la aporreé con la tabla; la puse de costado y pisé la bolsa. Noté cómo se le rompían los huesos y se le reventaban las tripas. Tardé dos minutos en poner fin a su agonía y luego me pasé la noche hundido en la miseria. Estaba claro que no la quería lo suficiente, no como la quiero ahora. Entré de nuevo en la

habitación y me quedé mirando las manchas de sangre y la araña. «Vete a la mierda», le grité, y pensé en matarla, pero la dejé allí para que acabara paseándose por mi cara mientras me quedaba allí tumbado y despierto toda la noche.

7

SOUPY SALES EN MI MOSCA

RAYMOND, WASHINGTON

MARZO DE 1987

*Hay un Soupy Sales en mi mosca.**
- Frase de Kurt dirigida a un grupo de quince personas en el primer concierto de Nirvana.

La carrera de Kurt Cobain como líder musical se vio truncada casi antes de empezar. Una noche lluviosa de principios de marzo de 1987 la banda por fin se vio saliendo de Aberdeen en una furgoneta repleta de trastos, rumbo a su primer concierto. El grupo seguía sin nombre, aunque Kurt se había pasado infinidad de horas barajando distintas opciones, entre ellas Poo Poo Box, Designer Drugs, Whisker Biscuit, Spina Biffida, Gut Bomb, Egg Flog, Pukeaharrea, Puking Worms, Fish Food, Bat Guana y los Imcompotent Fools (intencionadamente mal escrito), entre muchos otros. Pero en marzo de 1987 aun no se había decidido por ninguno.

El grupo se dirigía a Raymond, a media hora al sur de Aberdeen**,** pero parecía más Aberdeen que la propia Aberdeen; se trataba realmente de una población de madereros y paletos, ya que la práctica totalidad de la ocupación laboral estaba relacionada con la industria de la madera. Elegir Raymond para celebrar su concierto de debut era como estrenar una producción de Broadway en la apartada región montañosa de Catskills, es decir, les brindaba la oportunidad de ponerse a prueba ante un público considerado poco entendido o sofisticado.

*** Soupy Sales, popular cómico estadounidense.** ***(N. de la T.)***

Ryan Aigner, quien por su carácter sociable se convertiría en manager del grupo durante un breve período, les buscó el concierto. Ryan no dejaba de incordiar a Kurt para que actuara en público y, ante la reticencia de su amigo a comprometerse, decidió programar un concierto en una fiesta sin el permiso previo de Kurt. Ryan pidió prestada en su trabajo una furgoneta destinada al transporte de moquetas, la cargó con los bártulos del grupo y reunió a Kurt, Krist, Burckhard, Shelli y Tracy, que tuvieron que sentarse entre rollos de moqueta. Kurt se pasó el trayecto quejándose de que el grupo, que aún no había tocado en otro sitio que no fuera el diminuto tugurio donde vivía, merecía algo mejor que aquel bolo por el cual no cobrarían nada. «Vamos a tocar en Raymond -dijo, pronunciando el nombre de la población como si se tratara de una calumnia-. En casa de alguien, además. Si ni siquiera saben lo que es la radio. Nos van a odiar.» «La teoría de Kurt -afirmó Ryan- era que la gente los odiaría, actitud que aceptarían, o bien que al público le encantaría, cosa que también les iría bien. Kurt estaba preparado para cualquiera de ambas opciones.» Aquella situación constituía un ejemplo típico de una estratagema de la que Kurt se valdría durante el resto de su carrera; Kurt pensaba que minimizando la importancia del éxito, e imaginando de hecho el peor panorama posible, podría protegerse del verdadero fracaso. Si la actuación real que tanto pavor le daba rozaba siquiera el desastre total, Kurt podría manifestar cierto grado de triunfo por haberse anticipado una vez más al destino. Esta vez, sin embargo, sus presagios resultarían certeros.

La casa se encontraba en el 17 de la calle Nussbaum, al final de una carretera de gravilla a unos doce kilómetros casi de Raymond, en medio de un campo. Cuando llegaron al lugar, a las nueve y media de la noche, a Kurt le invadió el miedo de inmediato al ver a un público de jóvenes que no conocía. «Cuando vi las pintas del grupo -recordaba Vail Stephens, presente en la fiesta-, me dije "Uy, uy, uy". Parecían muy distintos de la gente con la que salíamos.» Eso es exactamente lo que pensó Kurt al mirar con detenimiento a la docena de adolescentes con camisetas de Led Zeppehn y peinado mullet que tenía enfrente. Por el contrario, Krist iba descalzo y Kurt llevaba una camiseta de los

Munsters y un brazalete de tachones de metal con puntas incrustadas que podría haber salido perfectamente de la calle Kinig's de Londres de 1978.

Los recién llegados entraron en una casa decorada con un poster de «Ernest», una carátula de Metallica y un póster del último disco de Def Leppard. Clavadas a una viga había varias señales de tráfico robadas, entre ellas un indicador de autopista que rezaba «Mile 69». En un rincón del pequeño salón había una batería Tama montada de forma permanente, así como un equipo Marshall apilado, y a la salida de la cocina se veía un barril de cerveza.

Al grupo le costó un rato disponerlo todo en su sitio, y en aquel intervalo de tiempo los recién llegados no se granjearon precisamente la simpatía de sus anfitriones. «No dijo una sola palabra -comentaría posteriormente Kim Maden de Kurt-. Llevaba el pelo suelto, se le veía como grasiento, y le tapaba la cara.» Al menos, pese a su falta de amabilidad, Kurt no se mostró como Krist, que entró resuelto en el baño y se puso a orinar, sin tener en cuenta que ya estaba ocupado por una chica. Krist abrió el botiquín, descubrió un frasquito de sangre falsa para Halloween, que empleó para cubrirse el pecho desnudo, encontró cinta plateada para ponérsela en las tetillas y comenzó a rebuscar entre los medicamentos. Al salir del baño hizo caso omiso del barril de cerveza, se fue directo a la nevera y al ver que había Michelob Light exclamó: «¡Vaya, si hay cerveza de la buena!». Llegado aquel punto, Kurt ya había empezado a tocar y Krist tuvo que ir corriendo a coger el bajo porque el primer concierto de Nirvana había dado comienzo.

Abrieron con «Downer», una de las primeras canciones que Kurt había compuesto. Se trataba de la típica elegía con el sello Cobain que versaba sobre el lamentable estado de la existencia humana. «Hand out lobotomies / To save little families» (Suministra lobotomías / Para salvar a las pequeñas familias), cantaba Kurt. La oscura letra se perdió por completo entre los lugareños de Raymond, que no oían más que el guitarreo contundente y los riffs del bajo. Kurt la cantó con precipitación, pero aun así tanto el tema como los que le acompañaban sonaron sorprendentemente profesionales. Ya en su primera actuación

en público se dio todo, hasta el mínimo detalle de los Nirvana que conquistarían el mundo en los años que habían de venir: el tono, la actitud, el frenesí, los ritmos un tanto desacompasados, los acordes de guitarra increíblemente melódicos, las demoledoras líneas de bajo ante las que no se podía sino mover el cuerpo y, lo más importante, la hipnotizante imagen de Kurt. Aún no se comportaba como un artista en toda regla -de hecho, los que se encontraban en la fiesta no recuerdan que levantara siquiera la cabeza o que se apartara el pelo de la cara-, pero se veía que contaba con los cimientos esenciales para ello. Solo por la intensidad que transmitía merecía la pena verlo.

No es que los presentes repararan en ello, pues estaban entretenidos en hacer lo que hace todo grupo de adolescentes en una fiesta, beber y alternar con los demás. Lo más sorprendente, con mucho, del concierto fue que el público no aplaudió al acabar la primera canción. La única persona que parecía entusiasmada era Krist, quien anunció «Esto suena muy bien aquí», tal vez para evitar que el crispado ego de Kurt se fracturara. Ryan, borracho como estaba, repuso: «Suena mucho mejor de lo normal». «Tíos, creo que os podríais comprar unos altavoces decentes», se limitó a decir Kurt después de interpretar su primera canción original frente a un público. «Ya tenemos unos altavoces decentes -replicó Tony Poukkula, inquilino de la casa-, lo que pasa es que no deja de cascarse.» Shelli gritó a Krist que no se quitara los pantalones -era la única prenda de vestir que llevaba todavía puesta-, mientras que Kurt bromeaba diciendo: «Hay un Soupy Sales en mi mosca». «Beastie Boys», gritó una mujer. «Bestiality Boys», contestó Kurt.

Mientras atinaban entre canción y canción, Kurt vio a Poukkula, quien tenía fama en la zona de buen guitarrista, encendiendo su Fender para acercarse acto seguido al grupo. Lo que Ryan no le había contado a Kurt era que a Poukkula le había planteado la noche como una actuación abierta a la improvisación. El rostro de Kurt adoptó una expresión de horror, pues ni siquiera en aquella fase inicial de su carrera estaba dispuesto a compartir el protagonismo en el escenario. «Estaría genial hacer un jam session –mintió con mucho tacto Kurt a Tony-, pero ¿te impotaría que acabáramos de tocar nuestro repertorio?

La verdad e que no conozco ninguna canción poppy e improvisar está de puta madre, pero solo me mola improvisar cuando voy pedo, así no me importa.» Poukkula se mostró comprensivo con su razonamiento y tomó asiento. Ahora le tocaba a Kurt entretener al público y ni Burckhard ni Krist parecían estar listos, tumbados como estaban encima de la consola del televisor. «Vamos a meterle caña a esta -ordenó Kurt impaciente-. A ver cómo nos sale.» Y dicho esto comenzó a tocar «Aero Zeppelin» con un solo de guitarra, dando por sentado que sus compañeros de grupo le seguirían, y así lo hicieron. Una vez encarrilado, el tema sonó tan nítido como lo haría un año después cuando procedieron a grabarlo.

Al término de «Aero Zeppelin» los lugareños empezaron a impacientarse. Esta vez tampoco hubo aplausos, y Kurt se vio interrumpido, aunque a decir verdad gran parte de las interrupciones procedían de Krist y Ryan, afectados ambos por tal estado de embriaguez que apenas se tenían en pie. El grupo había logrado, como lograrían en tantos de sus primeros conciertos, calmar los ánimos del público con el volumen de sus canciones; sin embargo, durante las pausas entre canción y canción no tendrían tanta suerte.

- ¡En! ¿Quién tiene la maría? -preguntó Krist a voces.

- Acido. ¡Quiero ácido! -gritó Shelli.

- Deberíais beber alcohol y punto -dijo una mujer de Raymond.

- Lo único que quiero es un poco de maría de la buena - repuso Krist.

- Verás la maría que te voy a dar como sigas así -le amenazó Ryan-, Tocad alguna versión. Lo que sea, pero tocad algo. Estoy harto de veros hacer el memo, hatajo de subnormales. Tontos del culo, eso es lo que sois.

- Vamos a tocar «Heartbreaker» - anunció a gritos Krist al tiempo que interpretaba las primeras notas del riff del bajo. - ¿Es que estáis borrachos o qué? - inquirió un hombre.

- Tocadla como Zeppelin - gritó otro hombre.

- Tocadla como Tony lommi - sugirió a voces otro.

- Tocad algo de Black Sabbath - gritó alguien desde la cocina

Y con aquel jaleo casi se fue todo al garete; Kurt estaba a punto de interrumpir la actuación. Krist no dejaba de gritarle que tocara «Heartbreaker», a lo que Kurt repuso casi con voz de niño que no se la sabía. Pero aun así se lanzaron a tocar el terna de Zeppelin, y Kurt quedó airoso con la guitarra. La interpretación se vino abajo a mitad de canción cuando a Kurt se le olvidó la letra, pero en cuanto se detuvo, el público reaccionó rodeándole y gritando «Solo». Kurt hizo su mejor imitación de Jimmy Page en «Heartbreaker» e incluyó trozos de «How Many More Times», pero tampoco aquella vez hubo aplausos al acabar la canción. Kurt ordenó sabiamente a gritos «"Mexican Seafood", todos» y comenzó a sonar aquel tema original suyo.

Al término de este tocaron «Pen Cap Chew», seguido de «Hairspray Queen». Krist acabó el concierto subido encima del televisor, imitando el típico gesto de Kiss con la lengua. Mientras Kurt y Aaron seguían tocando. Krist saltó por una ventana de la casa. Con cara de un niño de tres años correteando por encima de un aspersor en un día de verano. Krist volvió adentro y repitió la acción. «Era una locura -recordaba Krist-. Y en vez de tocar, pensamos: "¿Por qué no montamos un espectáculo?". Y eso fue lo que hicimos.»

Lo que ocurrió a continuación serviría para hacer de aquella una fiesta para recordar. Shelli y Tracy decidieron sumarse al excéntrico espectáculo acariciando el pecho de Krist y besándose entre sí. Kurt se apresuró a presentar la siguiente canción: «Esta se llama "Breaking the Law"». Acto seguido, procedieron a tocar la que posteriormente pasaría a titularse «Spank Thru» una canción acerca de la masturbación. Puede que el público de Raymond no fuera el más sofisticado, pero empezaron a tener la sensación de que eran el blanco de algún tipo de broma.

En un intento de hacerse con una preciada Michelob. Shelli tuvo la desgracia de pillarse el collar con la puerta de la nevera. Cuando Vail Stephens la cerró y le rompió el collar, el accidente acabó en pelea. «Eres una foca de mierda», le gritó Shelli.

Mientras ella y Vail se zurraban a la salida de la casa. «Hicimos el gamberro a posta -recordaba Shelli-. Para nosotros aquella gente eran unos paletos, y nosotros no queríamos ser como ellos.»
Al ver que su primer concierto se sumía en el caos, Kurt dejó la guitarra en el suelo y salió de la casa con una mezcla de partes iguales de diversión e indignación. Fuera de la casa se le acercó una joven atractiva y en aquel momento Kurt debió de pensar que sus sueños adolescentes de convertirse en una estrella de rock y atraer a las grupis finalmente se hacían realidad, pero en lugar de mostrarle su admiración, lo que quería aquella rubia de abundante melena era saber qué decía la letra de «Hairspray Queen». Por lo visto, pensaba que la canción iba por ella, v que tal vez la hubieran improvisado en el acto. Aquel sería el primer caso de los muchos en los que las letras de Kurt se verían malinterpretadas. Ni siquiera en su primer concierto aceptó Kurt de buen grado que el público interpretara mal su verdadera intención. «Ahora mismo te repito la letra -le dijo con tono de ofendido-. Dice así: "Que te jodan, hija de puta, cabrona, gilipollas, capulla, comemierda...".» La chica se alejó de él hecha una furia.
Kurt fue a buscar a Krist y lo encontró en lo alto de la furgoneta, orinando encima de los coches de los demás invitados. Al ver aquella exhibición, y teniendo siempre muy presente con buen criterio su propia integridad. Kurt anunció a todo el mundo que ya era hora de irse. Cargaron todo el equipo en la furgoneta y se marcharon, temiendo que su retirada se viera frustrada por un aluvión de puñetazos y puntapiés por parte de sus anfitriones. Pero el público de Raymond, pese a todo el desvarío y los insultos que hubieron de soportar, se mostraron de hecho más tolerantes que muchos de los que pagarían por ver a Nirvana a lo largo de los años que quedaban por venir. Algunos de ellos llegaron incluso a dedicarles comentarios del tipo «no estáis todo mal, tíos». Aquellas palabras supusieron un elixir para Kurt. Ver su reflejo en un público, aunque este no se mostrara todo entusiasta, le resultaba más atractivo que su propia autocrítica, siempre tan cruel. Ya el hecho de que el público no hubiera acabado colgándolo del poste más cercano le habría parecido todo un triunfo. El público, distraído como estaba con peleas de chicas, reyertas

cerveceras y un hombre medio desnudo lanzándose por las ventanas, le había dado a probar algo que ansiaba mas que nada en su vida: la droga de la atención.

Mientras entraban todos renqueantes en la furgoneta, se produjo una discusión sobre quién estaba menos borracho del grupo, y aunque Kurt iba más sobrio que el resto, nadie confiaba en sus dotes de conducción. Así pues, se sentó en la parte trasera mientras que Burckhard se hizo cargo del volante, «todo el mundo salió afuera para ver cómo se iban -recordaba Jeff Franks, habitante de la casa-. Iban todos sentados atrás, con la puerta trasera aún abierta, encima de los rollos de moqueta. Vimos cómo bajaban la puerta corredera mientras se alejaban a toda velocidad arrojando gravilla con los neumáticos.»

Dentro de la furgoneta no había ventanillas, y con la puerta corredera bajada, se veía todo oscuro. Pasarían varios meses antes de que volvieran a tocar en público, pero ya miraban hacia el futuro, con una pequeña parte de su leyenda ya forjada.

8

DE VUELTA EN EL INSTITUTO

OLYMPIA, WASHINGTON
ABRIL DE 1987 - MAYO DE 1988

Joder, ¡ni que estuviera de vuelta en el instituto! Quiero volver a Aberdeen.
-Fragmento de una carta dirigida a Dale Crover.

Dos meses después de la actuación de Raymond, Kurt realizó otro viaje importante, que le llevaría a abandonar Aberdeen para siempre. Había pasado los primeros veinte años de su vida en aquella ciudad, pero tras su marcha rara vez volvería a pisarla. Empaquetó sus cosas, que en aquel momento se reducían a poco más que una bolsa de basura llena de ropa, una caja de discos y la jaula de la rata vacía, y lo cargó todo en el coche de Tracy para emprender el trayecto de 105 kilómetros hasta Olympia. Pese a ser tan solo un poco más grande que Aberdeen, Olympia era una ciudad universitaria**,** la capital del estado, y uno de los pocos lugares que se salía de lo normal al oeste de East Village, con una excéntrica colección de rockeros punk, artistas, aspirantes a revolucionarios, feministas y gente rara sin más. Los universitarios de Evergreen State College -llamados normalmente «greeners»- diseñaban su propio plan de estudios. Kurt no pensaba entrar en la universidad, pero al menos tenía la edad indicada para encajar en el ambiente. Por su condición, habría de tener una relación conflictiva con el mundillo seudoartístico de la ciudad, pues si bien por un lado ansiaba su aceptación, por otro se sentía incompetente, conflicto que se revelaría como un tema constante en su vida.

Kurt se trasladó a Olympia para vivir con Tracy en un estudio dentro de un antiguo inmueble convertido en un triplex en el 114 1/2 de la calle Pear. Se trataba de un espacio reducido, pero el alquiler solo costaba 137,50 dólares al mes, servicios incluidos. Y por ubicación, a

solo unas manzanas del centro, resultaba ideal para Kurt, que rara vez tenía acceso a un vehículo en condiciones. El primer mes Kurt se dedicó, sin mucha fortuna, a buscar trabajo mientras Tracy lo mantenía con su empleo en la cafetería de las oficinas de la compañía aérea Boeing en Seattle. Dado que estaba en el turno de noche y tenía un largo trayecto de ida y vuelta a casa, salía a trabajar a la diez de la noche y no regresaba hasta las nueve de la mañana. Su empleo les proporcionaba unos ingresos fijos al mes -algo que sabían que no cabía esperar por parte de Kurt-, y Tracy tenía además la oportunidad de robar comida para acabar de complementar su salario. Debido a sus atípicos horarios. Tracy se acostumbró a dejar notas de «asuntos pendientes» a Kurt, una forma de comunicación que se convertiría en un ritual de su relación. En una de aquellas listas que Tracy escribió en 1987 ponía: «Kurt: barrer cocina, detrás cajón arena gato, cubo basura, bajo comida gato. Sacudir esterillas, poner platos sucios en fregadero, limpiar esquina, barrer suelo, sacudir esterillas, pasar aspiradora y limpiar salón. Por favor, por favor, por favor». La nota estaba firmada con un corazón y el símbolo de un rostro sonriente. Kurt le dejó a su vez otra nota: «Pon despertador a 11. Por favor. Ya lavaré los platos entonces, ¿vale?».

Al principio Kurt colaboraba en las tareas del hogar, lavando los platos e incluso fregando el suelo de vez en cuando. Pese a las reducidas dimensiones del estudio, este requería una limpieza constante debido a la colección de mascotas que tenían en casa. Si bien el inventario real variaría en los dos años siguientes en función de la duración de vida de cada animal, tuvieron gatos, cuatro ratas, una cacatúa de cresta amarilla, dos conejos y las tortugas de Kurt. En la vivienda había un olor que los visitantes solían comparar en un sentido desfavorable con una tienda de animales, pero a su modo era un hogar. Kurt llamó a su conejo Stew, «estofado» en inglés.

Kurt también pintó el baño en color rojo sangre, y escribió «REDRUM» en la pared, una referencia a *El resplandor* de Stephen King. Dada la tendencia de Kurt a escribir en las paredes, vieron la vista de cubrir la mayor parte de ellas con pósters de rock, muchos de ellos colocados al revés, a fin de que Kurt dispusiera de más espacio para dar rienda

suelta a su creatividad. Los pocos pósters que pusieron derechos se vieron retocados de un modo u otro. En un póster enorme de los Beatles, a Paul McCartney le dibujó gafas y un pelo a lo afro. En la cabecera de la cama había un póster de Led Zeppelin en el que Kurt añadió el siguiente texto: «Fracasado, alcohólico, escoria, canalla, degenerado, piojos en la cabeza, roña, infecciones, neumonía, diarrea, sangre de vómito, orina, disfunción del músculo intestinal, artritis, gangrena, trastorno mental psicótico, incapacidad para construir frases, se espera de él que se las arregle solo en una caja en mitad de la nieve». Junto a dicha parrafada se veía el dibujo de una botella de vino fortificado Thunder-bird y una caricatura de Iggy Pop. En la nevera había un collage que Kurt había hecho con fotos de carne mezcladas con antiguas ilustraciones médicas de enfermedades vaginales. «Le fascinaban las cosas de mal gusto», recordaba Tracy. Y aunque el propio Kurt rara vez hablara de religión («Me parece que creía en Dios, pero más en el diablo que en Dios en sí», afirmó Tracy) había cruces y otros objetos religiosos colgados en las paredes. A Kurt le gustaba robar esculturas de la Virgen María del cementerio para pintarles lágrimas de sangre bajo los ojos. Tracy fue criada en la fe luterana, y la mayoría de las discusiones religiosas giraban en torno a si Dios podía existir en un mundo plagado de tanto horror, discusiones en las que Kurt defendía el poder superior de Satán.

Después de pasarse dos meses ejerciendo de amo de casa, Kurt encontró un efímero empleo de 4,75 dólares la hora en Lemon’s Janitorial Service, un pequeño negocio familiar dedicado a la limpieza. Kurt le comentaba a sus amigos que limpiaba consultas de médicos y dentistas y aprovechaba la ocasión para robar fármacos. Pero, según el propietario del negocio, el itinerario que Kurt tenía designado incluía en su mayoría edificios industríales, donde apenas había posibilidades de robar nada. Kurt destinó parte de sus ingresos a comprar un viejo Datsun cochambroso. Si había algo seguro sobre aquel empleo de limpiador que tuvo Kurt era que tanto a nivel físico como emocional lo dejaba casi sin energías para dedicarse a limpiar su propia casa, lo que originó la primera tensión entre Kurt y Tracy.

Incluso después de dejar el trabajo, Kurt pareció decidir que no limpiaría más de lo que ya había limpiado en toda su vida.

En Olympia su vida interior artística se desarrollaría más que nunca. Al estar desempleado, Kurt inició una rutina que seguiría ya el resto de su vida. Se levantaba hacia el mediodía y almorzaba cualquier cosa. Los macarrones Kraft con queso eran su plato favorito. Tras haber probado otras marcas, su refinado paladar había decidido que, en cuestión de pastas y quesos procesados, Kraft se había ganado su puesto como líder del mercado. Después de comer se pasaba el resto del día haciendo una de estas tres cosas: ver la televisión (algo que hacía sin parar), tocar la guitarra (podía tirarse horas practicando, normalmente mientras veía la tele) o crear algún tipo de proyecto artístico, ya fuera un cuadro, un collage o una instalación en tres dimensiones. Esta última actividad no adoptaba nunca un carácter formal -Kurt rara vez se identificaba como artista-, pero aun así le dedicaba horas y horas.

Kurt también empleaba su tiempo en escribir en sus diarios, si bien el diálogo interior que mantenía consigo mismo no constituía tanto una relación periódica de su vida cotidiana como un mecanismo obsesivo y compulsivo con fines terapéuticos por medio del cual dejaba brotar sus pensamientos más íntimos. Sus escritos eran imaginativos y en muchas ocasiones perturbadores. A veces mezclaba letras de canciones con anotaciones propias del diario, pero en ambos casos reflejaba su obsesión por las funciones fisiológicas del ser humano, como el nacimiento, la micción, la defecación y la sexualidad, cuestiones todas ellas en las que se mostraba versado. El pequeño fragmento expuesto a continuación ilustra los temas habituales que trataba una y otra vez:

> Chef Boyardee es más malo más fuerte menos propenso a enfermarse y más dominante que un gorila macho. Se me aparece de noche. Se empeña en abrir las cerraduras y doblar los barrotes de mi ventana. Me cuesta un dineral en dispositivos antirrobo para la casa. Se presenta en mi cuarto. Desnudo, afeitado y lubricado. Un vello negro y poblado de carne de gallina le asoma por la piel de los brazos. Se planta de pie en un charco de grasa de pizza.

Arroja harina. Me entra en los pulmones. Toso. Se ríe. Me monta. Me gustaría darle una patada en ese puto culo de macho apestoso que tiene.

Estos pensamientos íntimos, en muchos casos cargados de violencia, contrastaban a todas luces con el mundo externo de Kurt. Por primera vez en su vida tenía una novia estable que lo adoraba y suplía todas sus necesidades. La atención que Tracy le prestaba rayaba en ocasiones en los cuidados maternales, cuidados que en cierto modo Kurt necesitaba. Kurt le comentaba a sus amigos que Tracy era «la mejor novia del mundo».

Como pareja mostraban signos de tranquilidad doméstica. Iban a la lavandería juntos y, cuando se lo podían permitir, compraban una pizza para llevar de la Fourth Avenue Tavern (vivían al lado de una pizzería de otra cadena, pero Kurt insistía en que no valía nada). A Kurt le gustaba cocinar, y a menudo le preparaba a Tracy sus especialidades, «pollo a la vainilla» o fettucini Alfredo. «Comía ese tipo de cosas que haría engordar a cualquiera, pero él nunca engordaba», dijo Tracy. El peso era una cuestión que siempre lo tenía preocupado, hasta el punto de impulsarle a responder a los reclamos publicitarios aparecidos en las contraportadas de las revistas anunciando polvos para engordar que luego apenas surtían efecto. «Se le marcaba el hueso de la cadera y tenía las rodillas nudosas -recordaba Tracy-. Nunca se ponía pantalones cortos a menos que hiciera mucho calor, porque era consciente de lo flacas que tenía las piernas.» Para ir a la playa un día Kurt se vistió con unos calzones largos, un par de Levi's, un segundo par de Levis encima del primero, una camisa de manga larga, una camiseta y dos sudaderas. «Quería parecer más grande», afirmó Tracy.

Lo único en su vida que conseguía hacerle sentir más grande era la música, y para mediados de 1987 el grupo ya iba consolidándose. Aún no habían dado con un nombre definitivo, y se había llamado de todo, desde Throat Oyster hasta Ted, Ed, Fred, en alusión al novio de la madre de Greg Hokanson. A principios de 1987 tocaron en un par de

fiestas y en abril llegaron a actuar incluso en la emisora de radio universitaria KAOS de Olympia. Tracy le pasó una grabación en cinta del concierto radiofónico a Jim May del Community World Theater (CWT) de Tacoma instándole a que los contratara. La contribución de Tracy y Shelli a la difusión del grupo en aquella primera época no debe ser menospreciada, pues en la práctica ejercían las funciones de agentes de prensa, managers y encargadas de la promoción y contratación del grupo, además del trabajo que suponía asegurarse de que sus hombres comieran, se vistieran y ensayaran.

El mes de mayo les brindó la oportunidad de conseguir un bolo fuera del contexto de una fiesta, ocasión para la que tocaron con el nombre de Skid Row (en aquel momento Kurt no sabía que había una banda de lite metal de Nueva York que se llamaba del mismo modo). Pero no importaba, pues cambiaban de nombre para cada concierto, como un famosillo cambia de sombrero. Pese a tener lugar poco después de la fiesta de Raymond, aquella actuación puso de manifiesto los progresos a pasos agigantados del grupo. Incluso Tracy, quien los veía con parcialidad por estar enamorada del cantante, se quedó impresionada por lo mucho que habían mejorado: «Cuando empezaron a tocar, me quedé boquiabierta. "Estos tipos son buenos", me dije».

Puede que sonaran bien, pero desde luego llevaban unas pintas de lo más extrañas. Para aquel bolo Kurt intentó lucir una estética glam, vistiendo, como haría aquel año en muchos otros conciertos, unos pantalones de campana, una camisa hawaiana de seda y unos zapatos de plataforma de diez centímetros para parecer más alto. El músico John Purkey se encontraba en el CWT aquella noche y, a pesar del estrafalario atuendo del grupo, recordaba que se quedó «alucinado. Flipé por completo cuando oí la voz de aquel tipo cantando. Nunca había oído una voz igual. Era tan peculiar... Hubo una canción, la de "Love Buzz", que me pareció increíble».

«Love Buzz» era una de esas canciones que faltaban en el repertorio del grupo. Krist la había descubierto en un álbum de una banda holandesa llamada Shocking Blue y Kurt la hizo suya de inmediato. El tema empezaba con un ritmo de batería de medio tempo, pero pasaba

rápidamente a un frenético riff de guitarra. En la interpretación que hacía el grupo de dicha canción se mezclaba a partes iguales el trance psicodélico con la sorda gravedad retardada del bajo de Krist. Kurt tocaba el solo de guitarra tumbado de espaldas en el suelo.

Empezaron a actuar con asiduidad en el CWT, aunque sería exagerado insinuar que se granjearon un público. El teatro en sí había sido antes un cine porno, y la única fuente de calor consistía en un ventilador de propano que hacía ruido incluso durante las actuaciones del grupo. Kurt comentaba que en el lugar imperaba un «olor permanente a orines». La mayoría de los asistentes a sus primeros conciertos habían acudido a ver a otros grupos; la noche antes de que tocara Kurt, actuaban Bleeder, Panic y Lethal Dose. «Jim May contrataba a aquella gente cuando nadie más se dignaba acercarse a ellos -explicaba Buzz Osborne-. Era donde hacían sus primeros pinitos.» Kurt, atento siempre a las enseñanzas de Buzz, vio que incluso un bolo para los amigos les brindaba la oportunidad de crecer. «Podía contar con ellos para que tocaran en cualquier momento -recordaba May-. Kurt nunca aceptaba dinero, lo cual ya me venía bien, porque por entonces solo montaba alrededor de doce conciertos al mes, y solo dos me daban dinero.» Kurt había sabido evaluar la situación y vio que tocando gratis conseguirían más bolos, además de adquirir más experiencia. A fin de cuentas, ¿para qué necesitaban el dinero? Ya tenían a Tracy y Shelli.

Shelli había conseguido trabajo junto a Tracy en la cafetería de Boeing. Ella y Krist se habían mudado a un piso en Tacoma, a cincuenta kilómetros al norte de Olympia. Con su marcha, el grupo se vio disgregado durante un breve período. Antes, Krist y Aaron vivían en la zona de Aberdeen y Kurt cogía el autobus para ir a ensayar con ellos. Pero con el traslado de Krist a Tacoma, y sus dos empleos (uno en Sears y otro como pintor industrial), el único que parecía tener tiempo para la banda era Kurt. Este escribió una carta a Krist para persuadirlo de que volviera al grupo. «Tenía gracia; era como un anuncio -recordaba Krist-. Decía: "Ven, únete al grupo. Sin compromisos. Sin obligaciones (bueno, algunas)". Así que lo llamé y le dije: "Vale, juntémonos de nuevo". Lo que hicimos fue construir un

espacio de ensayo en el sótano de nuestra casa. Nos agenciamos material sobrante de varias obras que recorrimos y construimos el espacio con tablones de madera y una moqueta vieja.» Kurt y Krist eran amigos desde hacía tiempo, pero aquella segunda formación del grupo sirvió para cimentar su relación de forma más profunda. Aunque a ninguno de los dos se le diera demasiado bien hablar de sus sentimientos, forjaron un vínculo fraternal que parecía más fuerte que cualquier otra relación que pudieran tener en sus vidas.

Pero aun contando con un lugar de ensayo, cuando 1987 tocaba ya a su fin tuvieron que enfrentarse al problema del batería, una cuestión que los acosaría durante los cuatro años siguientes. Burckhard seguía viviendo en Grays Harbor y su nueva ocupación como subdirector del Burger King de Aberdeen le impedía tocar con ellos. Ante aquella situación Kurt puso el siguiente anuncio de reclamo en el número de octubre de 1987 de *The Rocket:* **«SE BUSCA BATERÍA SERIO.** Actitud underground. Black Flag, Melvins. Zeppelin, Scratch Acid, Ethel Merman. Versátil de cojones. Kurdt **352-0992»** [1] En vista de que no encontraron a ningún candidato serio, hacia diciembre Kurt y Krist empezaron a ensayar con Dale Crover, que había regresado de California, y a plantearse la idea de realizar una maqueta. Durante 1987 Kurt había compuesto un montón de canciones y ansiaba grabarlas. Vio un anuncio de Reciprocal, un estudio que solo cobraba veinte dólares por hora de grabación, y reservó una sesión para enero con Jack Endino, un productor con futuro. Endino no conocía de nada a Kurt y al apuntar su nombre en la agenda escribió «Kurt Covain».

El 23 de enero de 1988 un amigo de Novoselic llevó al grupo con todo el equipo hasta Seattle en una autocaravana cubierta con tablillas y provista de una estufa de leña. Aquella casa rodante se asemejaba a una choza plantada encima de una furgoneta, que es precisamente lo que era. Al entrar en la gran ciudad parecían los Beverly ricos echando humo de leña por detrás la caravana; el vehículo llevaba tal exceso de peso que rozaba las elevaciones del pavimento.

Chris Hanszek dirigía Reciprocal junto con Endino. Por allí habían pasado grupos como Mudhoney, Soundgarden y Mother Love Bone y en 1988 se consideraba ya un estudio legendario. El espacio en sí no

medía más de ochenta metros cuadrados, y la sala de control era tan diminuta que a duras penas cabían tres personas de pie. «La moqueta estaba raída, los marcos de las puertas se habían salido todos y se habían vuelto a clavar varias veces, y en general se notaba el paso del tiempo -recordaba Hanszek-. Se veía que el lugar acusaba las huellas de las idas y venidas de diez mil músicos.» Sin embargo, para Kurt y Krist era exactamente lo que andaban buscando, ya que el deseo de verse en el mismo paquete que dichos grupos les movía tanto como el de grabar una maqueta. A su llegada al estudio prescindieron rápidamente de las presentaciones de rigor y procedieron a grabar casi de inmediato. En menos de seis horas grabaron y mezclaron nueve temas y medio. La última canción, «Pen Cap Chew», se quedó sin terminar porque la bobina de la cinta se acabó durante la grabación y el grupo no quiso asumir el gasto de treinta dólares que suponía el repuesto de bobina. El grupo causó buena impresión a Endino, pero nada fuera de lo normal. Al final del día Kurt pagó la factura de 152,44 dólares en efectivo, con dinero que según dijo había ahorrado trabajando de limpiador.

El grupo cargó de nuevo todos los bártulos en la caravana y emprendió el viaje de vuelta al sur; aquel día también tenían un bolo programado en el Community World Theatre de Tacoma. durante la hora de trayecto escucharon la maqueta dos veces. Los diez temas grabados eran, por orden: «If You Must», «Downer», «Floyd the Barber», «Paper Cuts», «Spank Thru». «Hairspray Queen», «Aero Zeppelin», «Beeswax», «Mexican Seafood» y la mitad de «Pen Cap Chew». Cuando subieron al escenario aquella noche tocaron aquellas diez canciones siguiendo el misino orden. Aquel fue un día de júbilo para Kurt, su primer día como músico «de verdad». Había estado en un estudio de Seattle y había tocado otra vez ante un público entregado de veinte personas. Dave Foster formaba parte de otro grupo incluido también en el cartel de aquella noche, y recuerda que se trató de una actuación especialmente brillante: «Estuvieron geniales. Crover tocó como nunca, aunque costaba oírlo por culpa del ventilador de propano, que estaba a tope porque aquella noche hacía mucho frío.»

Entre bastidores tuvo lugar un incidente que marcaría el devenir de la noche de una forma que Kurt no se esperaba. En comparación con Krist y Kurt, Crover era un veterano, y él y los Melvins habían tocado varias veces en el CWT. Cuando Crover le preguntó a Kurt cuánto iban a ganar por aquel bolo y Kurt le contestó que nada, Crover protestó. May explicó que había tratado de pagar al grupo en los últimos conciertos -al final el club empezaba a levantar cabeza- pero que Kurt seguía negándose a aceptar dinero. Crover puso el grito en el cielo hasta que Kurt anunció tajante: «No vamos a aceptar dinero». Crover sostuvo que aunque solo les pagaran veinte miserables dólares, lo que estaba en juego era un principio básico: «No deberías hacer eso nunca, Kurt. Esos tipos te están timando. Y siempre te timarán. Tienes que cobrar algo, por poco que sea». Pero Kurt y Krist veían la realidad de la situación de May. Al final May propuso una solución intermedia que permitiría a Kurt mantener su integridad y contentaría a Crover: convenció al grupo para que cobraran diez dólares para gasolina. Kurt se metió el billete de diez dólares en el bolsillo y le dio las gracias. Aquella noche salió del club como un músico profesional por primera vez en su vida, sin dejar de toquetear el billete de camino a casa.

Un mes más tarde Kurt celebró su vigésimo primer cumpleaños, experimentando por fin el ritual de iniciación estadounidense que suponía cumplir la mayoría de edad legal para poder comprar alcohol. Kurt y Tracy se emborracharon -esta vez comprando él la bebida- y compartieron una pizza. La relación de Kurt con el alcohol se basaba en el eterno flirteo del «ahora caigo, ahora lo dejo». En su etapa con Tracy bebía menos y consumía menos drogas que la temporada que vivió solo en Aberdeen. Ninguno de sus amigos lo recuerda como el más bebedor del grupo -condición que solía recaer sobre Krist o Dylan Carlson, quien por aquel entonces vivía al lado de Kurt en la calle Pear- y en ocasiones parecía realmente abstemio. Su otro vecino, Matthew «Slim» Moon, había dejado de beber hacía dos años, así que tenía ejemplos de sobriedad a su alrededor. Por la situación de pobreza en la que se hallaba en 1988, a Kurt apenas le alcanzaba el dinero para

comprar comida, de modo que un lujo como el alcohol quedaba reservado para celebraciones señaladas o para cuando tenía la oportunidad de saquear una nevera ajena.

Cuando cumplió los veintiuno, Kurt había dejado de fumar durante un tiempo y se mostraba inflexible con la gente que encendía un cigarrillo en su presencia (aquel año firmó una nota dirigida a un amigo suyo como «la estrella de rock engreída que se queja de los gases de escape»). Consideraba que el tabaco resultaba perjudicial tanto para su voz como para su salud. Kurt siempre manifestó una extraña mezcla de instinto de conservación y de autodestrucción, y quien lo conocía una noche poco podía imaginarse que fuera la misma persona que encontraría dos semanas después. «Una vez fuimos a una fiesta a Tacoma -recordaba Tracy-, y a la mañana siguiente me preguntó qué había hecho, porque estaba muy borracho. Cuando le conté que se había fumado un cigarrillo no se lo podía creer.»

Su hermana Kim fue a visitarlo más o menos coincidiendo con su cumpleaños, y llegaron a sentirse tan unidos como no lo habían estado en años al revivir juntos sus traumas infantiles. "Me emborrachó en su casa a base de té helado Long Island -recordaba Kim-. Me puse mala, pero me lo pasé bien.» En 1988 Kurt dejó de beber antes de los conciertos; su máxima preocupación se centraba en el grupo, con exclusión de todo lo demás. A los veintiún años se tomaba tan en serio la música como se la tornaría el resto de su vida. Vivía, dormía y respiraba para y por el grupo.

Antes incluso de que el grupo tuviera un nombre definitivo, Kurt estaba convencido de que un vídeo suyo en la MTV les reportaría un pasaje a la fama. Con tal fin persuadió a la banda para que tocaran en la Aberdeen RadioShack mientras un amigo filmaba la actuación con una cámara de vídeo de bajo alquiler, empleando para ello múltiples efectos especiales. Cuando Kurt vio la cinta ya editada, incluso él se dio cuenta de que parecía más bien el trabajo de unos aficionados que iban de estrellas de rock que el de unos músicos profesionales.

Poco después de la actuación en RadioShack, Crover abandonó el grupo para regresar a California con los Melvins. Siempre supieron que Crover no era sino una solución provisional al problema que

tenían con los baterías. El éxodo de los Melvins era indicio de lo que pensaban muchas bandas del noroeste del país en aquella época, pensamiento que se resumía en que hacía tanto tiempo que un grupo del noroeste no triunfaba -el último había sido Heart- que se imponía la necesidad de trasladarse a una ciudad más poblada como única vía posible a la fama. La pérdida de Crover vino a sumarse a la frustración de Kurt, pero también le sirvió para buscar su propia identidad y para que su grupo llegara a considerarse como algo más que un simple vástago de los Melvins. Aún a mediados de 1988, en Olympia había más gente que conocía a Kurt como roadie de los Melvins que como líder de su propio grupo.

Pero dicha situación no tardaría en cambiar. Crover les recomendó a Dave Foster, un batería de Aberdeen, un aporreador y vividor infatigable. Aunque tener de nuevo a un batería en Grays Harbor no dejaba de suponer un problema logístico, por entonces Kurt podía contar con su Datsun. Cuando funcionaba, hecho poco frecuente, Kurt iba en coche hasta Aberdeen, recogía a Foster para llevarlo a ensayar a Tacoma y repetía después toda la ruta a la inversa por la noche ya tarde o por la mañana, invirtiendo para ello horas y horas de conducción.

El primer concierto del grupo con Foster tuvo lugar en una celebrada en una casa de Olympia conocida con el sobrenombre de Caddyshack. Una de las excentricidades de Olympia en los años ochenta consistía en que cada residencia de estudiantes se apodaba de algún modo; la Caddyshack (la cabaña del cadi) se hallaba cerca de un campo de golf. Aparte del conciertp radiofónico en KAOS y la actuación como Brown Cow en Gessco, aquella era la primera aparición pública de Kurt en Olympia, y marcaría un doloroso punto de inflexión en su crecimiento personal, tocar en un salón lleno de universitarios supuso un auténtico choque cultural. Kurt trató de vestirse para la ocasión, luciendo una chaqueta tejana rota con un tapiz de *La última cena* cosido en la espalda y un mono de plástico, Chim Chim, del cómic *Speed Racer,* pegado a la hombrera. Foster llevaba una camiseta, unos téjanos lavados a la piedra y bigote. Antes incluso de que el grupo tuviera tiempo de empezar su actuación, un crío con

una cresta agarró el micrófono y gritó: «¡Vaya pinta más rara que gastan los baterías de Aberdeen!». Aunque aquella crítica iba dirigida a Foster, el comentario también le llegó a Kurt, pues nada deseaba más que ser considerado un tipo sofisticado de Olympia y no un paleto de Aberdeen. El clasismo le supondría una lucha que libraría durante toda su vida, pues por mucho que se alejara de Grays Harbor, siempre se sentía tildado de palurdo. La mayoría de los greeners de Olympia provenían de grandes ciudades, y al igual que muchos universitarios privilegiados, sus prejuicios hacia los habitantes de las zonas rurales contrastaban notablemente con el liberalismo que profesaban hacia las distintas razas. Entre el concierto de Caddyshack y la fiesta de Raymond había transcurrido casi un año, y Kurt se vio en una situación que no esperaba: su grupo era demasiado moderno para Raymond, pero no lo suficiente para Olympia.

Kurt comentó aquello con sus compañeros, con la esperanza de que si su apariencia se volvía más sofisticada, los tomarían más en serio. Kurt ordenó a Foster que redujera el número de Piezas de su batería de doce a seis, y luego se centró en su aspecto: «¡Tienes que entenderlo, Dave!». Por su parte, Foster respondió airado: «No es justo que se rían de mí por llevar el pelo corto. Tengo un trabajo. Aunque lleváramos el pelo verde seguiríamos pareciendo unos paletos». Pese al hecho de que en las entrevistas siempre decía exactamente lo contrario, a Kurt le importaba mucho lo que la gente pensara de él. Si eso significaba que tenía que deshacerse de su chaqueta tejana lavada a la piedra con el cuello de borreguillo, por entonces olvidada ya en el armario de su casa, así sería. La indumentaria de Foster, al margen del bigote, no distaba mucho de la que lucía Kurt dos años atrás, razón tal vez por la que Kurt se tomó tan mal aquella crítica. Kurt había descubierto que el punk rock, pese a presentarse como un género de música liberador, conllevaba sus propias formas y conductas sociales, y que estas en muchos casos resultaban más constrictivas que las convenciones contra las que en teoría se rebelaban. Existía, de hecho, un código del vestir.

Puede que en un pequeño intento de dejar atrás su pasado y los vínculos que tenía el grupo con Aberdeen, Kurt diera con un nombre

definitivo para el grupo. Foster oyó por primera vez el nombre del grupo al ver un flyer en casa de Kurt en el que ponía «Nirvana». «¿Quiénes son esos?», preguntó. «Nosotros -respondió Kurt-. Significa logro de la perfección.» En el budismo, el nirvana es el estado que se alcanza una vez superado el ciclo interminable del renacimiento y el padecimiento humano. Mediante la renuncia a los deseos, seguida del Noble Camino Óctuple y a través de la meditación y el ejercicio espiritual, los fieles logran alcanzar el nirvana y así liberarse del sufrimiento de la vida. Kurt se consideraba budista en aquella época, si bien la única práctica de su fe se limitaba a haber visto un programa televisivo nocturno de los conocidos como *late shows*.

Sería con el nombre de Nirvana como el grupo llamaría por primera vez la atención en Seattle, una ciudad con una población de medio millón de personas, donde Kurt estaba convencido de que su chaqueta de la Ultima Cena encajaría a la perfección. Jack Endino había remezclado la sesión del 23 de enero en una cinta de casete que pasó a algunos de sus amigos. Una de las copias fue a parar a Dawn Anderson, que escribía para *The Rocket* y dirigía el fanzine *Backlash;* otra acabó en manos de Shirley Carlson, quien trabajaba sin cobrar como DJ en la KCMU, la emisora de radio de la Universidad de Washington -Endino pasó una tercera cinta a Jonathan Poneman, copropietario de Sub Pop, un sello discográfico independiente del noroeste del país. Las tres copias tendrían su impacto en el futuro de Nirvana. A Anderson le gustó la cinta lo suficiente como para plantearse escribir un artículo al respecto, Carlson pinchó «Floyd the Barber» en la KCMU, por lo que este se convirtió en el primer tema del grupo que se emitía por radio, y Poneman le pidió a Endino el número de teléfono de Kurt. Cuando recibió su llamada, Kurt se hallaba en casa con Dale Crover de visita.

Se trataba de una conversación que Kurt llevaba esperando toda su vida. Posteriormente refundiría los hechos para dar a entender que la fama le llegó sin el menor esfuerzo por su parte, afirmación que no

podía estar más lejos de la verdad. En cuanto recibió la maqueta procedió a hacer copias para enviarlas a sellos discográficos de todo el país, con la intención de negociar un acuerdo. Remitió largas cartas manuscritas a todos los sellos que se le ocurrieron; el hecho de que no pensara en Sub Pop solo da una idea del humilde estado del sello. A Kurt le atraía más estar en SST o en Touch and Go. Greg Ginn, uno de los propietarios de SST y miembro del grupo Black Flag, recordaba haber recibido por correo aquella primera maqueta en cinta: «A mi modo de ver, no eran tan originales, tan solo una mas de las numerosas bandas alternativas del momento. No eran malos, pero tampoco eran geniales». Aunque Kurt envió un montón de maquetas a Touch and Go en 1988, llegando incluso a referirse en su diario a aquellos temas bajo el nombre de «Las maquetas de Touch and Go», la cinta causó tan poca impresión que nadie en el sello recordaba haberlas recibido.

La cinta caló más hondo en Poneman, quien llevó la casete a su socio Bruce Pavitt al lugar donde trabajaba de día, la Muzak Corporation, la empresa de música de ascensor. Se daba la extraña circunstancia de que en la sala de duplicado de cintas de Muzak estaban empleados muchos de los miembros de la élite del rock de Seattle, y Poneman puso la cinta para los presentes en la sala, entre los que se hallaba Mark Arm de Mudhoney. Todos ellos la desaprobaron, y Arm la descartó tachándola de «parecida a Skin Yard pero no tan buena». Aun así, Poneman consiguió incluir a Nirvana al final del cartel programado para un pequeño club de Seattle llamado Vogue con motivo de una de las sesiones de «Sub Pop Sunday» que organizaba el sello una vez al mes. En dichas sesiones a dos dólares la entrada actuaban tres grupos, y las ofertas especiales de cerveza eran un reclamo tan importante como la música. Poneman le preguntó a Kurt si Nirvana podría tocar en el Vogue el último domingo de abril, a lo que Kurt, tratando de no parecer demasiado entusiasmado, se apresuró a responder que sí.

El Vogue era una sala diminuta situada en la Primera Avenida de Seattle, más conocida por su camarero travestí. Anteriormente había funcionado durante un corto período como club new wave y antes

como bar de moteros gays. En 1988 su principal atractivo radicaba en la noche disco y en el reclamo de las ofertas especiales de cerveza del tipo tres botellas de «Cerveza Cerveza» por tres dólares. A este respecto, el Vogue reflejaba el mal estado en líneas generales de los clubes en aquel momento en Seattle, donde los nuevos grupos tenían muy pocos lugares donde tocar. Como escribió Pavitt en *The Rocket* en diciembre de 1987: «Pese a la desesperada falta de un buen club, Seattle rara vez ha presenciado la existencia de tantos grupos». El Vogue no olía tanto a orines como el Community World, pero estaba impregnado de un tenue aroma a vainilla, vestigio de los poppers de nitrito de amilo que se hacían añicos en el suelo durante la noche disco.

Sin embargo, Kurt Cobain no veía la hora de subirse a aquel escenario. Como un jubilado que tuviera cita con el dentista, el grupo se aseguró de llegar temprano a tan importante evento, así que se presentó cuatro horas antes del concierto. Sin nada que hacer y al no conocer a casi nadie en la ciudad, se dedicaron a conducir sin rumbo fijo. Antes de la prueba de sonido, Kurt vomitó en el aparcamiento situado junto al club. «Fue solo por nervios -recordaba Foster-. No había bebido.» Tuvieron que aguardar en la furgoneta a que les tocara su turno, pues Poster no tenía la mayoría de edad.

Cuando al fin les llegó la hora de tocar, Kurt se había puesto, según la descripción de Foster: «muy nervioso». Cuando subieron al escenario se quedaron extrañados de ver a un público tan reducido como en sus bolos habituales en el CWT. «No había casi nadie -recordaba el DJ Shirley Carlson-. Los pocos que estaban allí conocían a Tracy o a Kurt de fiestas o habían oído la cinta. Nosotros ni siquiera sabíamos quién cantaba.»

En el mejor de los casos, se trató de una actuación mediocre. «No es que la cagáramos -recordaba Foster-, en el sentido de que no tuvimos que parar en mitad de una canción ni nada de eso. Pero fue muy intimidante, porque sabíamos que estaba en juego un contrato discográfico.» Tocaron catorce temas sin bises, empezando con «Love Buzz", una canción poco habitual en aquel momento. Kurt pensaba

que lo más acertado era tocar el mejor material en primer lugar, por si la gente se marchaba.

Así lo hicieron varios de los asistentes, y Carlson fue uno de los pocos que tuvo algo bueno que decir acerca del grupo, al que comparó con Cheap Trick: «Recuerdo que pensé no solo que Kurt estaba dotado para cantar y tocar la guitarra, aunque las dos cosas a la vez no se le daban muy bien, sino también que su voz tenía un gran parecido con la de Robin Zander». La mayoría de los miembros del mundillo del rock en Seattle consideraba que el grupo no valía nada. Al fotógrafo Charles Peterson le convencieron tan poco que no quiso malgastar un solo carrete en ellos y puso en duda que la decisión de Poneman de ficharlos fuera acertada.

La crítica más dura sobre la actuación del grupo provino quizá, como de costumbre, del propio Kurt. Cuando el fotógrafo Rich Hansen fotografió a la banda después del concierto, Kurt, provisto ya de una copa, gritó: «¡Vaya mierda de concierto!». «Fueron muy autocríticos con su actuación –recordaba Hansen-, Al parecer discutieron porque se habían equivocado en algunos acordes. Me chocó lo verdes que estaban. Se les veía con una ingenuidad absoluta.»

Las fotos de Hansen de aquella noche sirven para tener una visión más clara de la estrafalaria apariencia del grupo. Krist con sus dos metros de altura, se asemeja a un gigante al lado de Kurt y Foster; lleva unos pantalones largos y una medio melena rizada. Foster, con solo un metro sesenta y cinco, le llega a Krist al pecho y lleva la clase de atuendo por el que uno se imagina a Kurt echándole la bronca: téjanos lavados a la piedra, camiseta blanca con la silueta de una montaña serigrafiada y una gorra de béisbol hacia atrás con el logo de la cerveza Corona. Se le ve con la mirada perdida, recordando tal vez que a la mañana siguiente tenía que estar trabajando a las siete. Kurt, a quien Hansen convenció para que se sentara en la rodilla de Krist para algunas tomas, sale con unos téjanos, una sudadera gris vuelta del revés y un jersey oscuro. La melena rubia le llega seis dedos por debajo del hombro. Con la barba de cinco días, tiene un asombroso parecido a algunos de los retratos de Jesucristo. De hecho, en una de

las fotos Kurt muestra una expresión de dolor y preocupación -como si estuviera grabando dicho momento en su memoria- semejante a la imagen de Cristo en *La última cena* de Leonardo da Vinci.

En el trayecto de vuelta a casa Kurt calificó la actuación como el primer descalabro de verdad del grupo y juró que nunca más volverían a pasar tanta vergüenza. No llegaron a sus respectivas casas hasta las cuatro de la madrugada y, en el transcurso del largo viaje, Kurt prometió a sus compañeros, y a sí misino, que practicaría más, que compondría nuevas canciones y que el grupo dejaría de ser una mierda. Pero cuando Poneman le llamó al cabo de un par de días para proponerle que grabaran un disco juntos, de repente los recuerdos de Kurt sobre el concierto cambiaron. Dos semanas más tarde Kurt escribió una carta a Dale Crover, que tituló «Ah, y nuestro nombre definitivo es Nirvana», con la que pretendía presumir y al mismo tiempo buscar consejo. Fue una de las muchas cartas que Kurt escribió pero que nunca envió, y su contenido expone en detalle las partes de la noche que eligió recordar y aquellas que optó por olvidar o reconstruir a su gusto. El texto íntegro decía así:

> Pues en estos últimos dos meses han pirateado, grabado y comentado nuestra maqueta todos los lumbreras de la ESCENA de Seattle, y el notas aquel de Jonathan Poneman (¿te acuerdas del tipo que me llamó la última vez que viniste?). Míster Herencia Pasta Gansa, brazo derecho de Bruce Pavitt e inversor financiero de Sub Pop Records, nos consiguió un concierto en el club Vogue para una sesión de domingo dedicada a Sub Pop. Ya ves. Pero supongo que tanto bombo y el hecho de que nos pongan con regularidad en la KCMU contribuyó a aumentar el número de personas que vinieron a JUZGARNOS. No a reunirse en un bar, emborracharse, ser unos cuantos grupos y pasárselo bien, sino simplemente a ver el espectáculo. 1 hora. Había un representante de todas y cada una de las bandas de Seattle que había venido expresamente a vernos; teníamos la sensación de que jugarían con las cartas marcadas. Y después de la actuación va Bruce y nos da la mano todo entusiasmado diciéndonos «¡Uau, buen trabajo, vamos a grabar un disco!», y entonces empiezan a dispararse

flashes de cámaras por todas partes y esa chica de *Blacklash* nos dice «eh, ¿podemos hacer una entrevista?», sí, claro, por qué no. Y entonces la gente nos dice «buen trabajo, sois geniales» y ahora se supone que tenemos que ser más sociables que nunca, conocer a gente nueva, presentarnos, etc. ¡JODER, NI QUE ESTUVIERA DE VUELTA EN EL INSTITUTO!

Quiero volver a Aberdeen. Bah, Olympia es igual de aburrida y puedo decir con orgullo que este año solo he estado unas 5 veces en el club Smithfield. Gracias a este zoo al menos hemos conseguido un contrato para grabar un single de 3 canciones que se publicará hacia finales de agosto y un maxisingle que saldrá en septiembre u octubre. Vamos a intentar proponerles que saquemos un elepé. Jonathan es ahora nuestro manager, nos consigue bolos en lugares remotos de Oregón y Vancouver. Se encarga de pagar todos los costes de grabación y distribución, de modo que no tenemos que preocuparnos por las exorbitantes facturas de teléfono. Con Dave nos va bien. Sub Pop tiene previsto montar una gira para el año que viene con una caravana de 2 o 3 grupos de Seattle. Bueno, ya veremos. Por tus experiencias pasadas, ¿crees que sería aconsejable exigir recibo de los gastos de grabación e impresión? Basta de discos. Ah, salvo esto: el mes pasado una noche Chris y yo tomamos ácido y resulta que estábamos viendo el *late show* de turno (un plagio del de Johnny Carson) cuando salieron Paul Revere and the Raiders. ¡haciendo gilipolleces! bailando con bigotes y actuando como memos para tratar de parecer graciosos. Joder, pillamos un cabreo de la hostia y le pregunté a Chris si tenía algún álbum de Paul Revere y los Raiders.

Ya incluso en esta primera etapa de su carrera, Kurt había iniciado el proceso de reconstruir su historia ofreciendo su propia versión de los hechos. Así fraguaría la creación del más importante de sus personajes, el mítico «Kurdt Kobain». como él mismo había empezado a escribir su nombre. Kurt solía echar mano de aquel fantasma cuidadosamente refinado siempre que necesitaba distanciarse de sus propias acciones o circunstancias. Exageraba todo aspecto de un concierto que él mismo reconocía como nefasto: el

público era demasiado reducido para que en el club donde tocaron hubiera «1111 representante de todas las bandas de Seattle»; lo de los flashes de cámaras constituía más bien una alusión metafórica, pues Hansen solo realizó dos instantáneas. Al relatar el momento en que los jefes de Sub Pop se le acercaron, Kurt trata incluso de retratarse como un participante reticente en su propio éxito. Pero en aquel momento era un actor novato, y confiesa que pensaba «proponerles |a Sub Pop|» que sacaran un elepé. Cabe señalar que prácticamente todas las expectativas de negocio que Kurt tenía con respecto **.1** Sub Pop, cuando menos a corto plazo, se vieron incumplidas.

9

DEMASIADOS HUMANOS

OLYMPIA, WASHINGTON
MAYO DE 1988 - FEBRERO DE 1989

Too Many Humans (Demasiados humanos)
- Título original de ***Bleach.***

Sub Pop Records había iniciado su andadura en el otoño de 1987 distribuyendo discos de Green River y Soundgarden entre sus primeros lanzamientos discográficos. Uno de sus copropietarios, Jonathan Poneman, de veintiocho años, era como una réplica más joven y de párpados más pesados de Reuben Kincaid, el manager de la serie televisiva *Mamá y sus increíbles hijos,* y sus proyectos promocionales parecían sacados del plan de negocio de Kincaid, en especial su idea de mandar a los grupos en una furgoneta de Sub Pop. A la mayoría de las bandas que estaban en el sello no se les escapaba su carácter taimado, y casi todos desconfiaban de él. Poneman se había valido de una pequeña herencia para crear el sello, haciéndose la ilusión de que sería el equivalente de Stax o Motown en el noroeste del país. Como promotor no le faltaban dotes, aunque pensar a pequeña escala y ceñirse a un presupuesto no se contaban entre sus fuertes.

El socio de Poneman, Bruce Pavitt, era un habitual desde hacía tiempo de la escena musical del noroeste del país, que había estudiado en Evergreen. En Olympia había entablado amistad con muchos grupos, lo que le llevó a crear un fanzine llagado *Subterranean Pop* (posteriormente abreviado como *Sub Pop)* y a empezar a sacar a la venta recopilatorios en casete. Pese a interrumpir la publicación del fanzine, entre 1983 y l988 siguió escribiendo una columna de gran aceptación entre los lectores de *The Rocket,* revista que Kurt

analizaba con la atención que la mayoría de los chicos dedicaban únicamente a los resultados de los partidos de béisbol. Pavitt era el visionario artístico de Sub Pop, y su apariencia iba en consonancia con la figura que representaba, pues con su mirada de enajenado, su expresión asustadiza y su predilección por las barbas fuera de lo normal tenía más que un parecido superficial al monje loco ruso Grigori Rasputín.

En 1988 Sub Pop se había propuesto sacar un puñado de singles y maxisingles cada trimestre, principalmente de grupos del noroeste del país. Se trataba de un proyecto con poco fundamento empresarial, pues los costes de producción de un single eran casi tan elevados como los de un disco entero, aunque lo vendieran por mucho menos. Sub Pop no tenía muchas más posibilidades con la mayoría de los grupos en su haber, pues en gran parte se hallaban aún tan verdes que no contaban con material suficiente para llenar un álbum entero. Desde sus comienzos el sello estaba consumiendo su capital al ritmo de una empresa puesta en marcha en Internet, aunque habían encontrado un pequeño hueco en el mercado, ya que los singles indies apelaban al sentido elitista de los coleccionistas de discos, y en el punk rock dichos entendidos eran los marcadores de tendencias. Con la imposición de un cachet para el sello, y la consolidación de una identidad de diseño coherente para todos sus lanzamientos discográticos, había grupos que pedían a voces fichar por Sub Pop, aunque solo fuera para impresionar a sus amigos. Al igual que otros cientos de músicos jóvenes nada duchos en matemáticas, Kurt tenía un concepto sumamente romántico de lo que significaba trabajar para el sello.

Las ilusiones juveniles de Kurt no tardaron en verse frustradas. La primera reunión de negocios del grupo con Poneman cara a cara -en el Café Roma de Seattle- resultó poco menos que desastrosa. Krist se presentó echando tragos de una botella de vino que ocultó bajo la mesa; Kurt se mostró tímido al principio, pero se puso furioso cuando vio que Poneman les ofrecía mucho menos de lo que quería el grupo. No se trataba tanto de una cuestión monetaria -todo el mundo sabía que no había mucho dinero en juego- como de la esperanza que

albergaba Kurt de dar a conocer al grupo con el lanzamiento de un montón de elepés, maxisingles y singles. Poneman sugirió que empezaran un single de «Love Buzz» y esperaran a ver cómo iba la cosa. Kurt reconoció que «Love Buzz» era el tema más contundente en directo, pero como compositor le parecía un gesto poco sincero que una versión fuera su primer lanzamiento discográfico. Sin embargo, al final del encuentro ambas partes acordaron que Nirvana grabaría un single con Endino como productor y que Sub Pop asumiría los gastos de grabación. Para Kurt la idea de ver en el mercado su propio single suponía la realización de un sueño.

Mientras tanto, en Grays Harbor sucedieron ciertos acontecimientos que amenazaron con hacer descarrilar aquel sueño. Poco después del concierto en el Vogue, Dave Foster tuvo la mala suerte de darle una paliza al hijo del alcalde de Cosmopolis. Se pasó dos semanas en prisión, le retiraron el carnet de conducir y tuvo que pagar miles de dólares en concepto de gastos médicos. Aquellos incidentes no podrían haber ocurrido en peor momento para los Nirvana, que estaban ensayando para la sesión de grabación que realizarían en breve, de modo que Kurt decidió echar del grupo a Foster. El modo en que Kurt manejó dicha expulsión dice mucho de cómo se enfrentaba a los conflictos, es decir, de cómo los evadía. Kurt siempre había tenido un poco de miedo de Foster, quien aun siendo más bajo que Kurt se veía tan musculoso como Popeye. Al principio el grupo volvió a aceptar a Aaron Burckhard, pero cuando este acabó cometiendo una infracción por conducir borracho el coche de Kurt, recurrieron de nuevo a los anuncios para buscar un batería. Cuando encontraron a uno, Kurt escribió una carta a Foster: «Un grupo necesita ensayar, en nuestra opinión, al menos cinco veces por semana si espera conseguir algo. [...] En lugar de mentirte diciéndote que vamos a disolvernos o dejar que esto vaya a más, debemos confesar que hemos pillado a otro batería. Se llama Chad [...] y se lo puede montar para ensayar todas las noches. Y lo más importante, conectamos con él. Admitámoslo, tú perteneces a una cultura totalmente distinta. Y nos sentimos como una mierda por no tener las agallas de decírtelo en persona. Pero no sabemos lo mal que te lo tomarías». Por lo visto, Kurt no tuvo las

agallas de enviar la carta, la cual nunca llegó a su destinatario. Foster no pertenecía desde luego a una «cultura totalmente distinta» de la de Kurt, sino a la misma, aunque se trataba de un pasado que Kurt deseaba dejar atrás. Foster se enteró de que lo habían echado cuando vio un anuncio en *The Rocket* de un inminente concierto de Nirvana.

Kurt y Krist dieron con Chad Channing en una actuación celebrada en el Community World Theater. «Kurt llevaba esos zapatones de plataforma y unos pantalones de pata de elefante anchos y brillantes de color azul», recordaba Chad. Lo que a Kurt y Krist les llamó la atención de Chad fue su gigantesca batería North, la más grande que habían visto jamás, que empequeñecía a Chad, quien con su metro sesenta y siete de estatura y su melena larga se asemejaba ya a un elfo. La franqueza no era uno de los fuertes de Kurt, y en lugar de pedirle a Chad que se uniera al grupo, se limitó a invitarle a los ensayos hasta que resultó obvio que formaba parte de la banda.

Tras uno de aquellos ensayos, que volvían a tener lugar en Aberdeen -encima de la peluquería de la madre de Krist, donde podían tocar toda la noche-, los miembros veteranos de Nirvana decidieron mostrarle la ciudad al nuevo batería. Chad era de Bainbridge Island y, antes de entrar en Nirvana, no había estado nunca en Aberdeen. La ruta le dejó conmocionado, sobre todo el vecindario donde se había criado Kurt. «Fue como entrar en el sur del Bronx -recordaba Chad-. Pensé para mis adentros "¡Vaya mierda!". Aquel barrio estaba fatal. Seguramente es la zona más pobre de todo el estado de Washington. De repente te encuentras con ese suburbio allí en medio.»

Chad se quedó más impresionado aún cuando pasaron por delante del complejo de aspecto gótico del Weatherwax High School. También le mostraron el edificio Finch de cinco pisos abandonado donde, según Kurt, solía tomar ácido de adolescente, aunque eso mismo podría haberse dicho de muchos lugares de Aberdeen. Le enseñaron la tienda de segunda mano Dil’s donde había un arcón lleno de discos a veinticinco centavos junto a una sierra mecánica de seis metros. Fueron a tomar una cerveza a la Poorhouse Tavern, donde

Krist parecía conocer a todos los parroquianos. «Era una ciudad de paletos -recordaba Chad-. Había un montón de tipos con Skoal [tabaco en polvo] entre los labios y con gorras de Skoal y camisetas de color rosa fosforito, furgonetas con cortinas y bigotudos.»

Cuando salieron del bar, los dos cicerones se propusieron llevar a Chad a una casa encantada en mitad de los montes que dominaban la ciudad. Krist puso rumbo al norte al volante de la furgoneta y se dirigió a lo que se conocía como el barrio residencial de lujo de Aberdeen, una ladera de majestuosas mansiones victorianas construidas por los primeros magnates de la industria maderera. Pero en lo alto del monte, Krist se adentró en el bosque y Kurt comenzó a contar la historia de la casa encantada de Aberdeen, un lugar que los habitantes de la zona llamaban «el Castillo». Según su relato, la gente que había osado entrar en ella nunca había salido de allí, y en una sala había cuadros de payasos pintados en las paredes con sangre. A medida que avanzaba su narración, la vegetación se iba volviendo cada vez más tupida, con árboles que sobresalían por encima de la angosta carretera.

Cuando llegaron al Castillo, Krist se detuvo en la entrada y apagó las luces, pero dejó el motor encendido. Ante ellos se alzaba una construcción en ruinas de lo que había sido una mansión de tres plantas antes de que se desmoronara presa del deterioro. El tejado se veía cubierto de musgo, el porche se había derrumbado y todas las estancias parecían haber desaparecido, la mayoría probablemente como pasto de pequeños incendios. En plena oscuridad, y envuelta entre las ramas de los árboles, parecía realmente las ruinas de un castillo derrumbado en un lejano paraje de Transilvania.

Con la furgoneta parada, Chad se preguntó por qué ni Krist ni Kurt hacían ademán alguno de salir. Se limitaron a quedarse allí sentados, mirando fijamente la casa como si tuvieran delante una aparición. Al final Kurt se volvió hacia Krist y le preguntó «¿De verdad quieres entrar?», a lo que Krist respondió: «para nada, que le den. No pienso entrar ahí».

Según recordaría Chad posteriormente, él mismo les instó a que se aventuraran a entrar, en vista de la curiosidad que le habían suscitado

los relatos de Kurt: «Me moría de ganas por ver lo que daba tanto miedo. Pero cuando llegamos allí, se quedaron sentados en la entrada, mirando la casa, sin poder moverse. Chad se lo tomó como un reto, pensando que sería parte de un rebuscado rito de iniciación para poner a prueba su valor. Se había dicho a sí mismo que por muy aterradora que resultara la casa -y lo cierto es que daba mucho miedo- no se asustaría tanto como para no entrar. Pero cuando miró a Kurt, vio una expresión de verdadero pavor en su rostro. «Bueno, ahí dentro ha muerto gente», explicó Kurt. En los quince minutos que tardaron en ir de la taberna a aquella mansión, Kurt había contado unas historias de terror tan convincentes que había empezado a creer en su propia hipérbole. Una vez allí, dieron media vuelta y regresaron a la ciudad, y así pusieron fin a la visita de Chad por Aberdeen. Krist se dejaba llevar por la dualidad de Kurt, pero para Chad la expresión de miedo que había visto en el rostro de Kurt suponía uno de los primeros indicios de que el líder del grupo era más complejo de lo que parecía.

Con la nueva sesión de grabación programada para la segunda semana de junio. Kurt se veía lleno de ilusión y entusiasmo. Se pasó todo el mes de mayo sin poder hablar apenas de nada más, anunciando la inminente cita a todo aquel que conocía, y a otros que no conocía -como un padre henchido de orgullo por el nacimiento de su primogénito-, entre ellos el cartero y el dependiente del supermercado. Aquel mes tocaron en un par de conciertos para ir cogiendo soltura con Chad, incluyendo otra visita al Vogue y una fiesta en «La Casa de la Bruja» celebrada en honor al músico de Olympia Gilly Hanner. Hanner cumplía veintiún años el 14 de mayo de 1988 y una amiga suya los invitó para que amenizaran la velada. «No tenían nada que ver con los grupos que había en Evergreen -recordaba-. El sonido que hacían te llegaba de verdad. Al oírlo pensabas "esto me suena", pero no era así. Sonaba más rockero que la mayoría de las historias que se hacían en la época, pero sin florituras ni hostias. Durante la fiesta, Kurt se juntó con Gilly para cantar una versión de «The Greatest Gift» de Scratch Acid, y Kurt tocó una versión de «Love Buzz» tumbado de

espaldas en el suelo. Por aquel entonces «Love Buzz» era el mejor tema de sus actuaciones, aunque Kurt seguía empeñado en dar con un sonido original lo bastante puro como para que satisficiera su sensibilidad punk pero que aun así pusiera de relieve sus letras cada vez más complejas. La mayoría de las veces, los conciertos del grupo se convertían en sesiones donde el sonido se retroalimentaba hasta tal punto que resultaba imposible oír las letras de Kurt por encima del estruendo.

A medida que crecían las expectativas de Kurt con respecto al single, los problemas económicos que sufría Sub Pop casi malograron el proyecto. Una tarde de mayo Kurt descolgó el teléfono y oyó cómo al otro lado de la línea Pavitt le pedía un préstamo de doscientos dólares. La situación le pareció tan ridícula que ni se enfadó, aunque a Krist, Chad y Tracy les indignó. «Nos quedamos alucinados -recordaba Chad-. En aquel momento empezamos a recelar de aquellos tipos.» Kurt se habría molestado más si hubiera sabido que Sub Pop tenía sus dudas sobre el potencial creativo del grupo. El sello quería verlos en directo una vez más, así que Poneman se apresuró a organizar un concierto en la Central Tavern el 5 de junio, un domingo por la noche. Jan Gregor, el encargado de contratación del local, incluyó a Nirvana en medio del cartel de los tres grupos programados para aquel día. La noche anterior a la fecha acordada Poneman llamó a Gregor para ver si Nirvana podía descender en el cartel y tocar así los primeros, esgrimiendo el siguiente argumento: «No queremos estar por ahí hasta las tantas un domingo por la noche». Cuando el grupo salió a tocar había seis personas de público, entre las cuales se hallaba Chris Knab de KCMU: «Bruce y Jon estaban delante del escenario, meneando la cabeza arriba y abajo. Debían de verles algo que nadie más sabía captar, porque a mí me parecieron una mierda». Aquel concierto en particular, y muchos que vendrían después, se vio plagado de problemas de sonido, los cuales malhumoraron a Kurt y pusieron en peligro su interpretación. A pesar del pésimo sonido y de lo deslucido que quedó el directo, Poneman y Pavitt decidieron tirar adelante con el single.

El 11 de junio Nirvana visitó de nuevo el estudio de Reciprocal para la sesión programada. Esta vez el productor Endino supo escribir correctamente el nombre de Kurt, pero la rapidez y facilidad con la que habían grabado la primera maqueta no se daría en aquella ocasión. En cinco horas solo terminaron una canción. Parte del problema se debió a que Kurt había llevado una cinta con un collage sonoro que quería introducir en el single. La única forma de hacer posible aquello, con el rudimentario equipo del estudio, consistía en pulsar el botón de reproducción de la pletina en el instante indicado durante el proceso de mezcla.

El grupo regresó el 30 de junio para trabajar cinco horas más, y el 16 de julio realizó una última sesión que consistió en tres horas de mezcla. Al final, después de trece horas de trabajo, produjeron cuatro temas: «Love Buzz», una nueva versión de «Spank Thru» y dos canciones originales de Cobain: «Big Cheese» -pensada para la cara B- y «Blandest».

Sub Pop contrató a Alice Wheeler para que se encargara de fotografiar al grupo para la portada, y durante la última semana de agosto fueron a recogerla a Seattle con la furgoneta de Krist. La primera sesión oficial de fotos les pilló tan desprevenidos que todos ellos tuvieron que cogerse un día libre en el trabajo. Krist llevó de vuelta a todo el mundo a Tacoma, donde se fotografiaron en varios lugares, entre ellos en la atracción de «El País de Nunca Jamás» en Point Defiance Park y al pie del puente de Narrows Bridge de Tacoma. Krist llevaba una camisa de etiqueta de manga corta y descollaba sobre sus dos compañeros diminutos en todas las instantáneas. Chad vestía una camiseta de Germs, una boina y unas gafas de sol redondas, las cuales le inferían la apariencia de líder del grupo. Kurt estaba alegre y salió sonriendo en casi todas las fotos. Con su larga melena de chica y una camiseta de Harley-Davidson en la que ponía «Live to Ride», se le ve demasiado joven para conducir, y mucho más aun para estar en un grupo de rock. La semana anterior había tenido un brote de acné, un problema contra el que llevaba tallando desde el instituto y que le provocaba ataques de inseguridad,

Wheeler le comentó que estaba empleando un carrete infrarrojo, por lo que no se le verían los granos. Cuando al fin el grupo regresó a Seattle habían invertido tanto tiempo en la sesión de fotos como en el estudio.

A finales de agosto Kurt recibió otra llamada insólita de Poneman, y al igual que en las conversaciones anteriores que había mantenido con él, no pudo evitar sentirse estafado. Poneman le informó de que Sub Pop iba a poner en marcha un nuevo servicio para la suscripción únicamente de singles, y habían pensado en utilizar «Love Buzz» como tema de presentación del «Club de Singles». Kurt apenas daba crédito a sus oídos; al hablarlo después con sus compañeros montó en cólera. No solo habían tardado más meses de lo previsto en sacar el single, sino que ahora ni siquiera iba a estar a la venta en las tiendas. No parecía que el esfuerzo mereciera la pena. Como coleccionista, Kurt valoraba la idea del club, pero no le interesaba ver a su grupo como cobaya del experimento. Sin embargo, en vista de que no tenía ningún contrato y de que Sub Pop había asumido los costes de grabación, tampoco le quedaba mucha más elección.

Poco después del bolo de abril en el Vogue, Kurt había recibido una llamada de Dawn Anderson, quien le comunicó su interés por entrevistar al grupo para su fanzine *Backlash*. En lugar de realizar la entrevista por teléfono, Kurt se ofreció a trasladarse a Seattle, fingiendo que tenía otros asuntos que resolver allí, lo cual no era cierto. Aunque Kurt llevaba años esperando aquel momento, y se había preparado con las entrevistas simuladas que se había escrito de joven, en su primer encuentro con un medio de comunicación le pudieron los nervios y la timidez. Al final, se pasó casi toda la hora que duró la entrevista hablando de los Melvins, un tema con el que Kurt parecía más cómodo que con su propio grupo. Si uno lee una transcripción de la entrevista podría pensar incluso que pertenecía a los Melvins, no a Nirvana. «Idolatraba a los Melvins», recordaría Anderson, una observación que saltaba a la vista en Grays Harbor desde bacía años. Pero al igual que el single de Sub Pop, que sufriría un nuevo retraso a finales de agosto, el artículo se quedó en espera unos meses. Con tantos retrasos que escapaban a su control, Kurt tenía la sensación de ser el único en el mundo que estaba preparado para su

carrera musical. El artículo de *Backlash* se publicó finalmente en septiembre, y hasta a Kurt le sorprendió ver que el nombre de los Melvins salía citado el doble de veces que el de Nirvana en el reportaje de quinientas palabras de Anderson. «He visto cientos de ensayos de los Melvins -declaraba Kurt-. He conducido la furgoneta que los llevaba de gira. Todo el inundo los odiaba, por cierto.»[1] El texto estaba escrito en un tono halagador y sirvió para insistir en el inminente lanzamiento del single «Love Buzz», aunque las palabras de Kurt cuando dijo que «Al principio nuestro mayor temor radicaba en que la gente pensara que éramos un plagio de los Melvins». podrían haber suscitado una preocupación similar en un lector accidental. Kurt describió en los siguientes términos el debut del grupo en el Vogue: «Estábamos nerviosos. [...] Teníamos la sensación de que nos estaban juzgando; era como si todo el mundo tuviera las cartas marcadas».

La alusión a «las cartas marcadas» aparecida en dicha entrevista de prensa retomaba la imaginería desplegada por Kurt en su carta dirigida a Crover, imaginería que emplearía asimismo en posteriores entrevistas. Aquella idea provenía de su yo dividido, el mismo yo que alteraba la ortografía de su nombre escribiendo «Kurdt Kobain». Lo que sus entrevistadores, y los fans que leían dichas entrevistas, no sabían era que casi cada palabra que salía de su boca la había ensayado antes, ya fuera mentalmente en sus idas y venidas con el grupo en la furgoneta o, en muchas ocasiones, anotándolas incluso en sus diarios. Dicho ejercicio no respondía simplemente a una astuta estrategia por su parte ni a un deseo de ofrecer la imagen más atractiva y vendible posible de sí mismo -algo de lo que a pesar de todos los ideales punk que propugnaba, pecaba como todo ser humano-, sino más bien a un sentido de la previsión que afloraba en él de forma distintiva. Kurt había imaginado aquellos momentos desde que empezara a recluirse del mundo exterior a raíz del divorcio de sus padres, cuando se pasaba el día entero encerrado en su cuarto escribiendo en sus libretas de bolsillo. Cuando llegó el momento en que el mundo le dio un golpecito en el hombro para anunciarle «Señor Cobain, estamos preparados para un primer plano suyo», Kurt ya

había pensado en la forma en que se encaminaría hacia las cámaras, incluso había ensayado el modo en que se encogería de hombros, como dando la impresión de haber accedido solo a regañadientes.

El sentido de la previsión de Kurt se puso de manifiesto en su máxima expresión en un texto promocional del grupo que escribió aquel verano para enviarlo junto con la cinta de la maqueta grabada por Endino. Dicha cinta había recibido muchos títulos por su parte, pero el que solía emplear más era «Más seguro que el cielo», cuyo significado solo él sabría explicar. Kurt escribió numerosos borradores de dicho texto, y en cada revisión exageraba más su contenido. Uno de los muchos ejemplos dice lo siguiente:

> Nirvana es de Olympia, Washington, a noventa kilómetros de Seattle. El guitarrista/vocalista Kurdt Kobain y el bajista Chris Novoselic vivían en Aberdeen, a 240 kilómetros de Seattle.
>
> La población de Aberdeen está compuesta mayoritariamente por madereros ignorantes y fanáticos, mascadores de tabaco, cazadores de venados y homofóbicos que «no ven con muy buenos ojos a los new wavers con pintas raras». Chad Channing [batería] es de una isla de niños ricos adictos al LSD. Nirvana es un trío que toca rock duro con toques de punk. Normalmente no tienen trabajo. Así que pueden ir de gira en cualquier momento. Nirvana no ha tocado nunca versiones de clásicos como «Gloria» o «Louie, Louie», ni tampoco ha tenido que reescribir estos temas y decir que son suyos.

En otra versión ligeramente distinta que remitió a Touch and Go, añadió la siguiente súplica en tono abatido: «Estamos dispuestos a pagar la mayor parte de los costes de impresión de las copias de nuestro elepé y todos los costes de grabación. La cuestión es que queremos estar en vuestro sello. ¿Creéis que podríais enviarnos, POR FAVOR, una respuesta diciéndonos "idos a la mierda" o "no nos interesa" para que no tengamos que malgastar más dinero mandando más cintas?». En la cara B de la cinta grabó un popurrí con fragmentos de temas de Cher, la familia Partridge, Led Zeppelin, Frank Zappa, Dean Martin y otros tantos artistas dispares.

El ofrecimiento de Kurt de pagar a un sello para sacar su disco muestra su grado de desesperación cada vez mayor. Kurt escribió el borrador de una carta dirigida a Mark Lanegan, miembro de los Screaming Trees, en la que le pedía ayuda (Lanegan se contaba entre los ídolos de Kurt a los que escribía con regularidad en su diario, aunque rara vez llegaba a remitirles dicha correspondencia). Kurt escribió lo siguiente: «Tenemos la sensación de que no estamos logrando nada. [...] Resulta que nuestro single saldrá en octubre, pero no hay muchas esperanzas de que podamos sacar un maxisingle a corto plazo, ya que en estos momentos Sub Pop tiene problemas económicos y la promesa de un maxisingle o un elepé en menos de un año era una excusa de mierda por parte de Poneman para impedir que probáramos suerte con otros sellos». Kurt también escribió a su amigo Jesse Reed, comentándole entre otras cosas que el grupo había decidido producir su propio elepé porque ya estaban hartos de Sub Pop.

A pesar de las frustraciones de Kurt, los asuntos del grupo marchaban mejor que en otras épocas, aunque para Kurt nunca fueran lo bastante rápido. Shelli había roto con Krist, con lo cual Krist tenía más tiempo para ensayar. Kurt estaba contento por contar finalmente con dos compañeros tan metidos en el grupo como él. El 28 de octubre tocaron en el concierto más prestigioso que habían conseguido hasta la fecha, teloneando los Butthole Surfers en la Union Station de Seattle. Kurt idolatraba a Gibby Haynes, vocalista y líder de los Surfers, de modo que aquella actuación revestía una gran importancia para él. Los problemas de sonido les impidieron una vez más dar lo mejor de sí, pero el mero hecho de que Kurt pudiera anunciar a partir de entonces a sus amigos «Mi grupo ha teloneado a Gibby Haynes» le servía como un nuevo estímulo para su autoestima.

Dos días después tocarían en una de sus actuaciones más sonadas, una actuación que cambiaría el sentir de Olympia. Se trataba de una fiesta celebrada la víspera de Halloween en K-Dorm de Evergreen, y Kurt y Krist se maquillaron para la ocasión derramándose sangre falsa en el cuello. Antes de Nirvana tocaban tres grupos: los Cyclods (la banda de Ryan Aigner), Helltrout (el último grupo de Dave Foster) y

una nueva formación con el vecino de Kurt, Slim Moon, al frente de la llamada Nisqually Delta Podunk Nightmare. En mitad del concierto de estos últimos el batería le dio un puñetazo en la cara a Slim y se inició una pelea. Se armó tal alboroto que Kurt se preguntó qué podría hacer Nirvana para eclipsar semejante espectáculo. Casi no tuvo ocasión de verse en dicha situación, pues de repente apareció la policía del campus para poner fin a la fiesta. Ryan Aigner salió afuera y convenció a los agentes para que dejaran tocar a Nirvana, bajo la condición de que acabaran pronto.

Cuando Nirvana subió por fin al escenario, o mejor dicho se desplazó al rincón de la estancia que servía de escenario, tocaron solamente veinticinco minutos, pero con aquella actuación pasarían de ser los paletos de Aberdeen a convertirse en el grupo más querido de Olympia. La intensidad de Kurt, una cualidad que le había faltado en otros conciertos, alcanzó una nueva dimensión, y ninguno de los presentes en la sala pudo apartar la mirada de él. «Con todo lo tímido que era fuera del escenario -recordaba Slim Moon-, cuando quería hacerse valer encima de él, se salía del todo. Y aquella noche tocó con una intensidad que yo nunca había visto.» Se trataba de las mismas canciones y los mismos riffs que el grupo llevaba tocando desde hacía tiempo, pero con la atracción añadida de un cantante poseído resultaban fascinantes. Por sorprendente que pareciera. Kurt irradiaba una seguridad en sí mismo ante el micrófono de la que carecía en cualquier otro ámbito de su vida. La energía aumentada de Kurt pareció servir de acicate a Krist, que se movía tanto de un lado a otro dando saltos que golpeó a varios miembros del público con el bajo.

Pero aún quedaba por llegar el golpe de gracia. Al final del breve concierto, justo después de tocar «Love Buzz». Kurt alzó en el aire su guitarra Fender Mustang relativamente nueva y la estampó contra el suelo con tal violencia que salieron disparados trozos de guitarra por toda la sala cual proyectiles de un cañón. Kurt hizo una pausa de cinco segundos, sosteniendo en alto los restos del instrumento mientras miraba detenidamente al público. El rostro de Kurt se veía sereno y espectral, como si hubieran cogido una máscara de Halloween del simpático fantasma Casper y la hubieran plantado en el cuerpo de un

joven de veintiún años. La guitarra se levantó en el aire y fue a estrellarse una vez más en el suelo, Kurt la dejó allí y salió de la estancia.

Kurt nunca había destrozado una guitarra antes, probablemente nunca se habría planteado siquiera semejante acto, dado el elevado coste de una guitarra. «Nunca explicó por qué se le cruzaron los cables -recordaba John Purkey-, pero se le veía sonriente. Aquel gesto tenía una finalidad; era como una especie de celebración privada consigo mismo. Nadie resultó herido, pero cuando Kurt rompió la guitarra, parecía traerle sin cuidado que pudiera hacerle daño o no a alguien. Fue algo totalmente repentino. Estuve hablando con él después del concierto mientras la guitarra seguía allí tirada en el suelo y la gente cogía trozos de ella.» Ya nada satisfacía las ansias de Nirvana que tenían los seguidores.

Tres semanas después Kurt recibió una llamada de Sub Pop para comunicarle que el single «Love Buzz» por fin estaba listo. Kurt y Krist fueron a Seattle a recogerlo, y Daniel House de Sub Pop recordaba que Kurt insistió en escucharlo en el equipo de la oficina: «Lo pusimos para ellos y no creo haber visto nunca a Kurt más feliz que en aquel instante». Tanto Kurt como Krist parecían muy satisfechos, en especial con las bromas que habían incluido dentro del álbum; por un lado, el nombre de Kurt figuraba como «Kurdt», lo que confundió siempre a críticos y fans, y por otro aparecía un pequeño mensaje garabateado en la galleta del vinilo que rezaba: «¿Por qué no cambiáis esas guitarras por unas palas?», una frase que solía gritarles el padre de Krist, en su inglés chapurreado con acento croata, cuando ensayaban en Aberdeen.

Guitarras por palas, armas por guitarras, de Aberdeen a Sub pop parecía todo un recuerdo borroso, ahora que Kurt sostenía entre sus manos su primer disco. Ahí tenía la prueba tangible definitiva de que era un músico de verdad. Como la guitarra con la que solía ir al colegio de Montesano aunque estuviera rota, poco importaba las ventas o el éxito que pudiera llegar a cosechar el single; era su mera existencia física lo que llevaba ansiando desde hacía años.

El grupo se quedó casi con cien copias de las mil que se editaron del single de «Love Buzz», y estando aún en Seattle. Kurt dejó una en la emisora de radio universitaria KCMU. Kurt albergaba grandes esperanzas con aquel single, y ante los responsables de la emisora lo describió como «una dulce y melosa nana canturreada en voz baja. Increíblemente comercial». Kurt esperaba que KCMU procediera de inmediato a ponerla en circulación, por lo que se pasó el día escuchando dicha emisora. Tracy se había presentado en Seattle para llevar a Olympia a Kurt, y mientras se disponían a regresar a casa, la canción seguía sin sonar por la radio. Ya en el trayecto de vuelta en dirección sur, durante el cual captaban la señal de largo alcance de la KCMU, Kurt simplemente ya no podía esperar más, así que ordenó a Tracy parar en una gasolinera, donde llamó a la emisora desde un teléfono público para pedir su propio single. No se sabe si aquello de recibir primero un single de un grupo y luego la petición aparentemente fortuita de un oyente dos horas más tarde, le resultaría extraño o no al DJ de la KCMU. Kurt aguardó más de una hora en el coche, y finalmente pusieron «Love Buzz». «Se quedó allí sentado escuchándose a sí mismo mientras salía por la radio -recordaba Tracy-, con una enorme sonrisa en la cara.»

Kurt empezó diciembre de 1988 con la moral alta como pocas veces en su vida. El single le había levantado el ánimo y la gente seguía hablando aún del concierto de K-Dorm. Cuando Kurt iba al Smithfield Café o a la cafetería Spar, los universitarios cuchicheaban entre ellos cuando lo veían aparecer. La gente empezó a pedirle que tocara en sus fiestas, y aunque aún no le ofrecían dinero, al menos mostraban su interés por él. Y *The Rocket* había concedido al grupo su primera entrevista, calificando el single de «un primer intento de la hostia». El artículo de *The Rocket* era laudatorio pero advertía de que con toda la atención que estaban recibiendo los otros grupos de Sub Pop, Nirvana corría el peligro de verse eclipsado, tanto en la escena del momento como en el seno del sello. «Rezuman serios indicios de maestría musical -escribió Grant Alden-. Nirvana se halla, por así decirlo, al

borde del sonido actual del noroeste del país, pues son demasiado limpios para el thrash, demasiado puros para el metal y demasiado buenos para no hacerles caso.»[7] Se trataba de la primera prueba de algo que Kurt intuía pero que no podía confirmar sin la constatación de terceros, y es que el grupo era cada vez mejor.

Dentro de Sub Pop, donde Soundgarden y Mudhoney recibían claramente un trato de favor, los buenos resultados de Nirvana iban en aumento. El «Club de los Singles» había resultado ser después de todo una hábil maniobra de marketing, pues la primera edición de «Love Buzz» acabó agotándose, y aunque el grupo no ganó un solo centavo con ello, no dejaba de sonar impresionante. Las buenas noticias se acumulaban, pues Poneman y Pavitt habían anunciado la inclusión de una sesión remezclada de «Spank Thru» en la colección de tres maxisingles *Sub Pop 200,* la novedad discográfica más atractiva del sello hasta la fecha. Además, Sub Pop había pasado a mostrar su interés en hablar con Kurt sobre un álbum de larga duración, bajo la advertencia, no obstante, de que el grupo tendría que pagar por adelantado los costes de grabación dada la situación de bancarrota del sello. Dicho proceder era contrario al funcionamiento de la mayoría de los sellos discográficos, así como al modo en el que Sub Pop trabajaba con el resto de sus grupos. Si bien Kurt nunca llegó a remitir a Sub Pop ninguna de sus cartas en las que decía que «estamos dispuestos a pagaros para que saquéis nuestro disco», su mezcla de avidez e ignorancia no escapaba a la mente perspicaz de Poneman. Talonario en mano, el grupo hizo planes con gran excitación para regresar de nuevo al estudio con Endino a finales de diciembre.

Una vez que Kurt tuvo la perspectiva de un álbum en la que centrarse, enseguida pasó a distanciarse del single de «Love Buzz», el cual hacía tan solo dos semanas había constituido su bien más preciado en el mundo. Kurt habló de él con Slim Moon, a quien le dio la impresión de que «a Kurt no le gustaba nada, salvo por el hecho de que ahora tenían algo suyo en la calle». Kurt envió una copia del single a John Purkey, e incluyó la siguiente nota: «Aquí tienes nuestro supercomercializado single de edición limitada, con una portada de estrella de rock / estúpida y confusa de Sub Pop donde sale Kurdt

Kobain por delante y por detrás. Menos mal que solo se imprimieron mil copias. El elepé será distinto. Muy distinto. Una producción con un sonido más puro y temas más cachondos». Incluso dirigiéndose por escrito a un amigo hablaba de sí mismo en tercera persona. Dicha relación de amor-odio con el single reflejaba la visión que tenía de todo su trabajo. Nada de lo que hiciera el grupo, ya fuera en el estudio o sobre el escenario, se correspondía con la forma en que sonaba la música en su cabeza. Le encantaba la idea de un disco hasta que salía al mercado, momento a partir del cual tenía que encontrarle algún fallo, como parte de una insatisfacción mayor.

Aquella actitud resultaba más evidente en su relación con Tracy. Ella lo amaba por completo, mientras que él rechazaba su sentimentalismo y le decía que no debería quererle tanto. El intercambio de notas seguía siendo el método más habitual que empleaban para comunicarse, y Tracy le dejaba unas listas de asuntos pendientes cada vez más largas, dado que Kurt rara vez hacía lo que ella le pedía. En diciembre de 1988 Tracy le escribió la siguiente nota: «¡Hola Kurt! Volveré entre 2.30 y 3. Antes de encender la tele, ¿podrías ordenar la habitación? Podrías doblarme la ropa y meterla en el cajón o aunque sea en el armario a la izquierda. 1) Poner periódicos limpios. 2) Sacudir alfombrillas de baño y cocina, 3) Limpiar bañera, lavabo y váter. Lo siento, lo siento, lo siento, últimamente soy una gruñona y una bruja. Te quiero, a ver si esta noche nos (medio) emborrachamos y follamos, besos».

Kurt y Tracy tuvieron problemas a raíz de la turbulenta ruptura de Krist y Shelli. Desde el punto de vista de Kurt, a Krist le permitía tener más tiempo para el grupo, pero para Tracy con dicha separación había perdido a su mejor pareja de amigos; era como si Lucy y Ricky, de la famosa serie televisiva *I Love Lucy*, tuvieran que presenciar el divorcio de Ethel Fred. A Tracy comenzó a asaltarle con frecuencia el temor de si ella y Kurt serían los siguientes, aunque solo fuera porque sabía que una ruptura le valdría de excusa a Kurt para dedicarse en cuerpo y alma al grupo. Tracy decidió poner a prueba el grado de compromiso de Kurt amenazándole con cortar. En realidad no quería separarse: tan solo buscaba una declaración de compromiso por parte

de él. Pero someter a Kurt a una prueba de voluntad siempre suponía un error. Sin ceder en su obstinación, Kurt reaccionó con sentido práctico cuando Tracy le anunció que tendría que irse de casa. «Si quieres que me marche de casa, me iré a vivir al coche», le dijo. Kurt ya había vivido en coches, y volvería a hacerlo. Naturalmente. Tracy repuso que aquello era una tontería. Pero había cometido la equivocación de iniciar el juego de «¿Quién pestañeará primero?» con el campeón vigente de Grays Harbor.

Incluso cuando el grupo despegó por fin, la vida de Kurt no varió mucho: se levantaba tarde y se pasaba el día componiendo canciones o tocando la guitarra mientras veía la televisión. Una tarde Tracy se quejó de que Kurt había escrito canciones de casi todos los temas habidos y por haber en este mundo -desde la masturbación hasta los personajes de la serie televisiva *Mayberry R.E.D.* («Floyd the liarber»)- salvo de ella. Kurt se echó a reír ante semejante sugerencia, pero reflexionó sobre ello en su diario: «Me encantaría dedicarle una bonita canción, aunque no tenga derecho a hablar en su nombre». En la misma página se mostraba menos romántico cuando se retrataba como un «personaje sin brazos»: «Hago gestos y gruño por tu cariño, moviendo las aletas en frenéticos círculos; tengo el babero sucio los intentos frustrados de comunicarme contigo a través de la saliva, con tonterías medio secas en la pechera». Una de sus muchas obsesiones eran los «bebés aleta», niños nacidos sin brazos, un tema recurrente en sus escritos que acompañaba con excéntricos dibujos de cómo se los imaginaba.

Una semana más tarde escribió una canción acerca de su novia. El estribillo decía «No puedo verte todas las noches sin pagar un precio», una referencia directa a la discusión que habían tenido. Por extraño que parezca, aunque ensayó la canción y la tocó delante de Tracy nunca reconoció que hablaba de ella. En lugar de ello le dijo: «Escribo lo que se me ocurre, no sobre ti ni sobre nadie en especial». Naturalmente mentía, pero el hecho de que creara aquel regalo para ella y luego no estuviera dispuesto a correr el riesgo de la intimidad que suponía entregárselo, dice mucho de la relación que tenían y de su compromiso con ella. Se comportaba como el típico escolar de

secundaria que envía una tarjeta del día de San Valentín a una chica pero no se atreve a firmarla con su nombre. Cuando Kurt tocó la canción delante de Chad y Krist, a estos les gustó de inmediato y preguntaron cómo se llamaba. «No tengo ni idea», respondió Kurt. «¿De qué va?», inquirió Chad. «De una chica», contestó Kurt, y decidieron llamarla así. En cualquier caso, la mayoría de los títulos de Kurt apenas guardaban relación con las letras que acompañaban.

«About a Girl» (De una chica) fue un tema importante en la evolución de Kurt como compositor, pues se trataba de su primera canción de amor de principio a fin, y aunque la letra fuera retorcida, tenía un tono melódico tan descarado que en las primeras actuaciones en vivo de Nirvana el público la confunda con una versión de los Beatles. Kurt le contó a Steve Shillinger que el día que compuso «About a Girl» escuchó primero *Meet the Beatles* tres horas seguidas para ponerse en situación, lo que apenas le hacía falta, pues llevaba estudiando el trabajo del legendario cuarteto ya desde niño, aunque en los círculos del punk se consideraran pasados de moda.

Las influencias musicales de Kurt a finales de 1988 constituían un extraño popurrí del punk que había aprendido de la mano de Buzz Osborne, el heavy metal que había escuchado de adolescente y el pop que había descubierto en su infancia, sin demasiada conexión ni sentido entre sí. Le faltaba una ingente cantidad de información a nivel de historia musical por el mero hecho de no haberse visto nunca expuesto a ella (aún no había escuchado a Patti Smith ni a los New York Dolls), si bien en otros pequeños ámbitos, como en lo concerniente a Scratch Acid, Kurt era la clase de experto que conocía hasta el último tema que habían publicado. Kurt tenía tendencia a enamorarse de un grupo y abrazar su música por encima de todas las demás dedicándose a hacer proselitismo entre sus amigos cual predicador de puerta en puerta. Krist poseía unos conocimientos mucho más amplios de la historia del rock, una de las razones por las que Krist seguía siendo imprescindible para el grupo; Krist sabía identificar lo kitsch, mientras que Kurt erraba a veces en este sentido. A finales de 1988 Kurt hizo que su amigo Damon Romero fuera a su casa diciéndole: «He descubierto un disco genial que tienes que

escuchar». Cuando Romero llegó, Kurt sacó el álbum de Knack *Get the Knack* y se acercó al tocadiscos con él en la mano. Romero, quien conocía bien aquel disco de 1979, el cual no podría haberse considerado más comercial, pensó qué Kurt iba de sarcástico y le preguntó si hablaba en serio. «De veras, tienes que escuchar esto. Es un álbum de pop alucinante», contestó Kurt inexpresivo. Kurt puso el elepé y Romero escuchó inquieto las dos caras, preguntándose todo el rato si se estaba perdiendo algo clave u oculto en el disco. Pero Kurt cerró los ojos y permaneció en silencio mientras sonaba la música, imitando la batería en el aire con las manos en un gesto de callado homenaje.

Poco después del lanzamiento de «Love Buzz» Kurt grabó una cinta para su amiga Tam Orhmund con la música que más le gustaba del momento. La cara A incluía temas de Redd Kross, Ozzy Osbourne, Queen, los Bay City Rollers, Sweet, Saccharine Trust, los Velvet Underground, Venom, los Beatles y los Knack; el tema «My Sharona» de Knack lo rebautizó con el título de «My Scrotum» (Mi escroto). En la cara B había canciones de grupos tan dispares como Soundgarden, Blondie, Psychedelic Furs, Metallica, Jefferson Airplane, los Melvins y «AC-putos-DC» como anotó el nombre. Tardó horas en grabar esa cinta, pero Kurt no tenía más que tiempo.
Con aquel regalo, Kurt albergaba la esperanza de que Orhmund se interesara por llevar al grupo. Al ver que Sub Pop no velaba por sus intereses, pensó que Orhmund, quien no tenía experiencia previa, pero era emprendedora, podría representarles mejor. En un momento dado, Kurt y Tracy se plantearon la posibilidad de mudarse a Tacoma con Tam. Tras visitar varias casas, Kurt desestimó la idea al ver un orificio de bala en una pared.

Orhmund, en cambio, se había trasladado a Seattle, circunstancia que para Kurt parecía ser el único requisito necesario para convertirse en manager del grupo. El día que fueron a recoger el single de «Love Buzz», se pasaron por casa de Orhmund y Kurt le anunció que era la nueva manager de Nirvana. Le pasó un montón de discos y le pidió que los enviara a Touch and Go y a cualquier otro contacto que en su opinión pudiera estar interesado. Orhmund reunió un básico lote de

prensa, el cual incluía fotos del concierto de K-Dorm y los escasos recortes de prensa que hablaban del grupo. Incluso el día que el single salió al mercado, recordaba Orhmund, «Kurt se comportó como si odiara a Sub Pop».

Aquel otoño Kurt había pedido en la biblioteca el libro de Donald Passman *All You Have to Know Ahout the Music Business* (Todo lo que hay que saber sobre el negocio de la música). Tras leerlo y compartir la información con Krist, comenzó a desconfiar más del sello y se convenció de que necesitaban un contrato. A la semana siguiente Krist se presentó en Seattle y comenzó a aporrear la puerta de Bruce Pavitt como un borracho, gritando: «¡Eh, hijos de puta, queremos un contrato!». Sub Pop redactó un breve contrato que debía entrar en vigor el primero de enero de 1989 y que contemplaba la publicación de tres álbumes en un plazo de tres años -un calendario demasiado dilatado a ojos de Kurt- y según el cual el sello se comprometía a pagar al grupo seis mil dólares el primer año, doce mil el segundo y veinticuatro mil el tercero.

El grupo se dedicó casi todo el mes de diciembre a ensayar para la inminente sesión de grabación. Al tener el local de ensayo en Aberdeen, se pasaban la mayor parte del día viajando. Chad solo podía contar con coche de vez en cuando, y el vehículo de Kurt raras veces estaba disponible. La mayoría de los días Krist se desplazaba de Aberdeen a Olympia en su furgoneta para recoger a Kurt, se dirigía después hacia el norte para ir por Chad a Seattle, adonde Chad llegaba en ferry desde Bain-bridge, y luego regresaban todos juntos a Aberdeen. Al final de la jornada realizaban la ruta inversa. Algunos días llegaban a recorrer casi 650 kilómetros para realizar un ensayo de tres horas. Sin embargo, aquellos trayectos tan largos tenían sus beneficios, pues propiciaron que se forjara un sentimiento de unidad entre ellos, además de brindarles la oportunidad de escuchar música durante largos ratos sin interrupciones. «Escuchábamos a Mudhoney, Tad, Coffin Break, los Pixies y los Sugarcubes», recordaba Chad. La lista de grupos que escuchaban por aquel entonces constituye una descripción tan buena como cualquier otra del sonido de Nirvana en 1988. En aquella época tenían la destreza de sonar plagistas y

originales a la vez, a veces dentro del mismo tema. Pero Kurt estaba aprendiendo, y aprendía rápido.

El 21 de diciembre de 1988 el grupo regresó a su ciudad natal en Grays Harbor para ofrecer su primer concierto como Nirvana. Aunque habían empezado ya a granjearse un público en Olympia y Seattle, en aquella ocasión tocaron para una veintena de personas, en su mayoría «klingon». La actuación tenía lugar en la sala Hoquiam Eagles, un local situado a dos manzanas de la gasolinera Chevron, donde había trabajado en su día el padre de Kurt. Krist se quedó en ropa interior y una vez más se vertió sangre por encima. Tocaron «Immigrant Song» de Led Zeppelin por primera y única vez en directo, y la versión tuvo una mayor acogida por parte del público que cualquiera de los temas originales de Kurt. Aquella fue la primera vez que la hermana de Kurt, quien aún iba al instituto, vio a su hermano en concierto «Me pasé todo el concierto sentada al borde del escenario coreando las canciones -recordaba Kim-. Me quedé sin voz. En teoría tenía que levantarme al día siguiente para ir a clase y entregar un trabajo sobre un libro, pero no pude.»[1] Aquella semana Kurt envió a sus abuelos Leland e Iris una tarjeta navideña de Hallmark. En su interior incluyó una nota en la que les ponía al corriente de sus progresos a nivel profesional:

> Queridos abuelos: hace tiempo que no nos vemos y os echo mucho de menos, lo cual no es excusa para que no os visite. Estoy muy ocupado con mi vida en Olympia, cuando no estoy de gira con el grupo. Hemos sacado un single hace poco y ya está agotado. Este lunes vamos a grabar para nuestro elepé de presentación, que saldrá en marzo. En febrero volveremos a irnos de gira por California, regresaremos en abril para tomar un respiro y luego en marcha otra vez. Nunca he estado tan feliz como ahora. Me gustaría saber de vosotros. Feliz Navidad, besos,
>
> KURT

Kurt exageró el calendario de gira del grupo, pues aún no les salían bolos con frecuencia, si bien en número iban aumentando cada vez

más. En lo que no exageraba era en que «nunca he estado tan feliz». La expectativa ante un hito inminente en su carrera musical siempre le provocaba más felicidad que el hecho en sí, y la idea de tener su propio álbum de larga duración -algo que suponía mucho más importante que un single- le inspiraba la frivolidad suficiente como para hablar de sus sentimientos más íntimos, un gesto impropio de él. Resultaba extraño que confesara cómo se sentía, y más aún que se describiera como feliz.

Dos días después del concierto de Hoquiam, el grupo se trasladó a Seattle para grabar el álbum. Era el día de Nochebuena. «No teníamos nada que hacer», afirmaría Krist. Pasaron la noche anterior en casa de Jason Everman, un amigo de Chad y Dylan. Kurt había compuesto las melodías pero faltaban la mayoría de las letras, algo típico en su forma de trabajar, por lo que se dedicó casi toda la noche a acabar las letras. De todos modos tampoco podía dormir, según les contó a sus compañeros.

Al día siguiente llegaron al estudio por la tarde y trabajaron hasta bien entrada la noche. Durante aquella sesión grabaron las pistas básicas de diez canciones, pero a Kurt no le convencían las tomas de voz. El único tema que le gustaba era «Blew» (Soplado), el cual acabó siendo en cierto modo fruto de la casualidad: Krist había olvidado la clave en la que estaba, y por equivocación afinó una muesca por debajo de la cuarta en re, afinación indicada para la melodía en cuestión. Como resultado obtuvieron un sonido más duro y grave que cualquiera de los que habían hecho hasta entonces, un error ideal. Como muchas de las canciones que componía Kurt en aquella época, la letra de «Blew» carecía de sentido -según explicaría Kurt posteriormente, simplemente «molaba cantarlas»- pero tanto la melodía como la letra lograban transmitir un sentimiento de abatimiento y desesperación, temas predominantes en la mayoría de las canciones de Kurt.

Alrededor de medianoche el grupo dio por finalizada la sesión y regresó a Aberdeen. Durante el largo trayecto de vuelta a casa escucharon la sesión seis veces seguidas. Krist dejó a Kurt en Aberdeen, en casa de Wendy, a la una y media de la madrugada del

día de Navidad de 1988. Kurt había pensado pasar aquella fecha señalada con su familia antes de volver con Tracy. A primera vista, la relación entre Kurt y Wendy parecía haber mejorado. Aquel otoño Kurt escribió lo siguiente en su diario: «Desde que me fui de casa nos llevamos genial. He hecho lo que mi madre quiere. Cree que tengo un trabajo respetable, una novia, un coche, una casa. Necesito recuperar algunas cosas viejas que dejé en casa, en mi antigua casa, en mi casa de verdad, la que ahora es simplemente la casa de mi madre».

Por Navidad Kurt solía regalar a su familia manualidades hechas por él mismo, debido tanto a una preferencia artística como a una necesidad económica; en 1987 diseñó llaveros personalizados. Pero en 1988 no se devanó los sesos: regaló a todo el mundo, tíos y tías incluidos, una copia del single. La creación de aquel disco le brindaba en cierto modo una excusa para regresar al hogarya que por fin tenía una prueba con que demostrar a sus parientes que estaba haciendo algo de provecho. Wendy puso el single en el equipo de casa, pero estaba claro que no le causó buena impresión. Le dijo a su hijo que debía «recurrir a otra cosa». Kurt no le prestó atención.

Más emocionante que el de Navidad fue otro concierto sonado que ofreció el grupo el 28 de diciembre en el Underground de Seattle con motivo del lanzamiento del recopilatorio de *Sub Pop 200*. Al tiempo que libraba una dura batalla para poder pagar a sus grupos, Sub Pop se dedicaba a organizar fiestas por todo lo alto, y aquella ocasión no fue una excepción. Se trató de un evento de dos días que contó con la actuación de ocho grupos en el club U-District. Nirvana tocó la primera noche tras ser presentado por Steven Jesse Bernstein como «el grupo de las voces liofilizadas». Aquel concierto fue uno de los primeros en los que Nirvana figuró al mismo nivel que el resto de la lista de grupos de Sub Pop, pues hasta entonces los habían considerado una banda embrionaria. El grupo se quedó en Seattle tres días más y se pasaron otras quince horas en el estudio con Endino, trabajando hasta última hora de la tarde del día de Nochevieja, cuando Kurt regresó finalmente a Olympia para empezar el año 1989 junto a Tracy.

La segunda semana de enero el grupo volvió al estudio para dos sesiones más de mezcla, con las que casi pudieron dar por finalizado el trabajo. Tras cerca de treinta horas de estudio, tenían nueve temas. Al final optaron por utilizar tres de las maquetas de Crover en el álbum y remezclarlas. Kurt había pensado en titular el disco *Too Many Humans (Demasiados humanos),* que pese a no corresponder al nombre de ninguna canción en concreto resumía la oscura tesis de su trabajo. Sin embargo, a principios de febrero el grupo fue de gira a California y al atravesar San Francisco, Kurt vio un cartel de prevención del sida que le resultó gracioso; la leyenda rezaba «Bleach Your Works» (Blanquea tus actos). *«Bleach* -anunció Kurt a sus dos compañeros mientras la furgoneta seguía circulando calle abajo-. Así es como se va a llamar nuestro nuevo disco.»

10

HACER ROCK AND ROLL ES ILEGAL

OLYMPIA, WASHINGTON
FEBRERO DE 1989 -SEPTIEMBRE DE 1989

Si hacer rock and roll es ilegal, que me metan en la cárcel.
- Frase escrita por Kurt en una guitarra, 15 de Julio de 1989.

El día antes de su vigésimo segundo cumpleaños, Kurt escribió una carta a su madre que decía así: «Es domingo por la tarde, llueve y, para variar, no hay mucho que hacer, así que me he propuesto escribir unas líneas. De hecho, como se pasa el día lloviendo y las horas se hacen interminables, últimamente escribo un montón. Mejor eso que nada, supongo. O escribo una canción o escribo una carta, y la verdad es que estoy harto de escribir canciones, por ahora. Bueno, mañana cumplo veintidós años (y aún no sé escribir bien)». Kurt no terminó la carta ni envió lo que escribió.

Pese a la sensación de tedio que transmitía en dicho párrafo, Kurt se hallaba en un momento vital de apogeo artístico. El año que cumplió veintidós lo dedicaría casi por completo a la creación, tanto en el plano musical como artístico. Hacía tiempo que había renunciado a sus aspiraciones de convertirse en un artista comercial, pero en cierto modo dicha liberación le permitió desarrollar su arte sin trabas. Se pasó gran parte de 1989 sin trabajar, a menos que llevar Nirvana se considere un trabajo. Tracy se había convertido en su benefactora, un papel que ella asumiría durante gran parte de la relación.

Si uno se hubiera presentado en su casa una tarde cualquiera de 1989, probablemente lo habría encontrado con un pincel en la mano, cual guitarra. Pero en el fondo no era tanto un pintor como un creador. Kurt empleaba cualquier instrumento que tuviera delante como pincel y cualquier objeto plano que hallara como lienzo. Como no tenía

dinero para comprar lienzos de verdad o siquiera papel de calidad, muchas de sus obras las realizaba el dorso de viejos juegos de tablero que encontraba en tiendas de beneficencia. En lugar de pintura, material que rara vez tenía a su alcance, empleaba lápiz, bolígrafo, carboncillo, rotulador, pintura en espray e incluso sangre de vez en cuando. Un día una vecina, Amy Moon, fue a verle a su casa y Kurt la recibió sonriendo de oreja a oreja como un científico loco que acabara de dar vida a su primera criatura. Según le contó, acababa de terminar un cuadro, esta vez hecho con pintura acrílica, pero añadiendo un elemento especial, «mi ingrediente secreto». Kurt le explicó a su vecina que siempre agregaba aquella sustancia a todos sus cuadros a modo de toque final, el hecho consumado, una vez que la obra era de su agrado. La salsa secreta, según sus palabras, era su semen. «En este cuadro está mi semilla -le dijo a Amy-. ¡Mira cómo brilla!», exclamó señalando el cuadro. Amy no osó preguntarle sobre el método que había empleado para aplicar su «semilla», pero no vio pincel ni paleta alguna en el lugar.

Aquel insólito ritual no frenó a Amy en su empeño de que Kurt creara un cuadro para ella: fue el único encargo que Kurt recibiría en toda su vida. Amy le describió un sueño y le pidió que lo representara. Kurt aceptó el trabajo y Amy le dio diez dólares en concepto de material. El cuadro resultante se veía toscamente pintado, pero plasmaba el sueño con tal poder de evocación que Amy apenas podía creer que Kurt lo hubiera creado a partir de su descripción. «Es de noche -describía Amy-, y en el aire flota una fuerza sobrecogedora. Al fondo se adivinan las formas indefinidas de unos árboles, apenas unas sombras. En primer plano se ven los faros encendidos de un coche, y un ciervo recien atropellado. Se percibe el aliento que exhala el animal y el calor que desprende su cuerpo. Delante de él hay una silueta femenina muy delgada, mordiendo la carne del animal que aún conserva seguramente un hálito de vida. Su cuadro es exactamente igual que lo que vi en mi sueño.»

La mayoría de las creaciones de Kurt resultaban perturbadoras, a veces hasta límites insospechados. Muchas reflejaban la misma temática que Kurt había explorado en clase de arte ya en el instituto,

pero ahora se veían marcadas por una veta más oscura. Kurt seguía pintando alienígenas y guitarras explotando pero en su bloc de dibujos también había paisajes dalinianos con relojes blandos, partes del cuerpo pornográficas en criaturas sin cabeza e ilustraciones de extremidades cercenadas. En el transcurso de 1989 su arte fue adquiriendo cualidades tridimensionales. Kurt frecuentaba muchas tiendas de beneficencia de Olympia todas las semanas, y todo aquello barato y extraño que encontraba era susceptible de acabar formando parte de una de sus creaciones. En el dorso de un álbum de Iron Butterfly pintó una imagen de Batman, pegó una muñeca Barbie desnuda con una soga al cuello y le regaló la composición a Tracy por su cumpleaños. Kurt comenzó a coleccionar muñecas, coches en miniatura, fiambreras, juegos de tablero viejos (algunos los conservaba intactos, como su querido juego de Evel Knievel) y muñecos de acción entre otros objetos diversos que hallaba de saldo. Pero dichas piezas coleccionables no se veían guardadas como un tesoro ni expuestas encima de una estantería, sino que podían acabar derretidas en una barbacoa celebrada en el jardín o pegadas al dorso de un juego de tablero. Tracy se quejaba de que no podía volverse sin ver los ojos de una muñeca clavados en ella. La casa entera empezaba a tener el aspecto de un museo de carretera del kitsch, pero un museo sujeto a un estado permanente de construcción y destrucción. «Le podía ese afán acumulativo -recordaba Krist-. Tenía la casa entera atestada, con cosas por todas partes. Sin embargo, se tomaba en serio el arte, pues le servía como medio de expresión, a través del cual exponía su visión del mundo. Una visión que surgía de formas muy distintas, y en ocasiones resultaba morbosa y retorcida. De hecho, todo el arte es decadente y retorcido. Kurt era bastante coherente en su temática. Todo estaba un poco jodido y oscuro.»

Una de las extravagancias favoritas de Kurt consistía en cambiar los órganos sexuales de las figuras que dibujaba. Los cuerpos masculinos tenían vaginas por cabezas y las féminas poseían a veces pene y pechos al mismo tiempo. En una obra de aquella época se ve a cuatro mujeres desnudas sentadas en torno a un Satán descomunal, quien luce un gigantesco pene erecto. Aunque se trataba de un dibujo

a lápiz, las cabezas de las mujeres están hechas con recortes pegados de anuncios de la revista *Good Housekeeping*. Las figuras se rozan formando una inmensa cadena humana: una de ellas está defecando, otra tiene la mano en su vagina, una tercera tiene la mano metida en el ano de la siguiente, y a la última le está saliendo un bebé del útero. Todas ellas exhiben cuernos de diablo, y están dibujadas con tal realismo que parecen obra de la cooperativa de artistas de San Francisco de los años noventa.

La mayor parte de los trabajos de Kurt no tenía título, pero había una pieza en concreto de aquella época que sí llevaba un nombre escrito con sumo cuidado. Se trata de un dibujo a carboncillo sobre papel blanco en el que se ve un monigote con una enorme cara sonriente como cabeza cortándose la pierna izquierda con un hacha. El título reza: «Míster Sunshine se suicida».

Aunque Kurt se quejaba de aburrimiento, 1989 supuso uno de los períodos más movidos para el grupo. A finales de 1988 Nirvana solo contaba en su haber con poco más de una veintena de conciertos en sus dos años de historia, una historia desarrollada bajo vanos nombres y con cuatro baterías distintos (Burckhard, Foster, Crover y Channing). Pero ya solo en 1989 tendrían un centenar de actuaciones. La vida de Kurt pasó a adquirir la rutina de un músico profesional en activo.

La primera gira que realizaron en 1989 consistió en una ruta por la Costa Oeste que les llevó a San Francisco, donde vieron el cartel de «Bleach Your Works». En aquel momento su gira se basaba en un solo single publicado, una proposición inaudita considerando las probabilidades que tenían de hacerse con un grupo de fans: con menos de mil copias vendidas en el mundo entero, pensar que podrían contar con público en San José, por poner un ejemplo, un público que los hubiera escuchado y al que le gustaran lo suficiente para ir a verlos, superaba lo absurdo. Alguno de aquellos primeros bolos atraían literalmente a media docena de personas, por lo general músicos interesados en Sub Pop, dado que el sello era un reclamo mucho

mayor que la banda, Dylan Carlson los acompañó en aquella gira y recordaba la frustración de Kurt. «Era como un fiasco -diría Carlson- Hubo un montón de conciertos que se cancelaron.» Siempre eran los propietarios de las salas quienes desistían de que actuaran, pues el grupo estaba dispuesto a tocar para el camarero y el portero. El público más nutrido lo tuvieron cuando Nirvana teloneó a Living Color, un grupo de rock más comercial con un tema en el Top 40, ante cuatrocientas personas. El público abominó de ellos.

El concierto más nefasto de todos los de aquella primera gira tuvo lugar en San Francisco. En aquella ocasión Nirvana teloneaba a los Melvins en el Covered Wagon, un encuentro que Kurt llevaba tiempo esperando. Pero cuando descubrió que los Melvins no tenían tanto tirón en California como en Grays Harbor, su fe se derrumbó. Como en cualquier otro bolo de la gira, trataron por todos los medios de conseguir dinero para la gasolina, un techo bajo el que dormir y comida. Tracy había acompañado al grupo hasta California en su coche con un par de amigos, Amy Moon y Joe Preston. El grupo arrastraba a un séquito de siete personas, y entre todas ellas no podían pagar ni un burrito. Alguien en la calle les habló de un comedor de beneficencia gratuito. «Tanto daba que lo llevaran los Hare Krishna: a Kurt aquello le dio muy mal rollo», recordaba Amy. Mientras todos los demás se lanzaron con voracidad sobre la sopa que les habían servido gratis. Kurt se quedó mirando su plato con desánimo. «No probó una cucharada -continuó Amy-. Al final se levantó y se marchó de allí. Aquella situación le deprimió.» Comida de Hare Krishna, diez personas de público, mendigar dinero para pagar la gasolina, los Melvins convertidos en un fracaso comercial, tener que pedir el single de uno mismo... todo aquello representaba un nivel de degradación que Kurt nunca había imaginado ni para el cual estaba preparado. Aquella noche los siete durmieron en el suelo del estudio de un amigo. Regresaron a Seattle para tocar el 25 de febrero en la Universidad de Washington en un evento en el que cosecharían un mayor éxito. Anunciado bajo el lema «Cuatro grupos por cuatro dólares», se trató del concierto más concurrido de Nirvana hasta la fecha, con un público de unas seiscientas personas. Tocaban con los Fluid, Skin

Yard y Girl Trouble, todas ellas bandas más conocidas, pero fue durante la actuación de Nirvana cuando el público se volvió loco. A finales de los años ochenta el público de Seattle empezó a aficionarse al llamado slam dance, un baile violento y descontrolado ejecutado normalmente frente al escenario por una masa arremolinada de adolescentes. Cuando se daba cita una concurrencia lo bastante nutrida, se veía a una marea de gente golpeándose entre sí, como si se hubiera originado un huracán en el seno del público. El frenético sonido de Nirvana se reveló como la banda sonora ideal para el slam, pues nunca reducían el ritmo y la mayoría de las veces ni siquiera hacían pausa entre canción y canción. Cuando algún que otro fan subía al escenario para luego tirarse encima del público -una práctica que dio en llamarse stage diving-, acababa de completarse aquel baile tribal. Kurt se dedicaba a cantar sin alterarse mientras un montón de jóvenes subían de un salto al escenario con la única intención de arrojarse contra el público. En ocasiones había tantos chicos lanzándose desde el escenario que Kurt parecía estar en medio de una especie de práctica de entrenamiento para aspirantes a paracaidistas. Se trataba de un desorden organizado, pero con eso era exactamente con lo que había soñado Kurt, con valerse de su música para crear el caos. Había muchos otros grupos que atraían a un público similar, aficionado al slam, pero pocos músicos tenían la capacidad de la que hacía gala Kurt de seguir actuando como si nada en medio de aquellas invasiones de su espacio. Daba la impresión de estar acostumbrado a tocar mientras el público tomaba el escenario a su alrededor; y en Seattle se había convertido en algo tan frecuente que de hecho lo estaba.

Aquel día Kurt realizó una breve entrevista con el *Daily*, el periódico estudiantil de la Universidad de Washington, entrevista en la cual se refirió a la escena del noroeste del país calificandola como «la última ola de la música rock»[1] y «el refrito total» Kurt comentó al escritor Phil West que la música del grupo poseía un «elemento lúgubre y vengativo basado en el odio». Aquel artículo supuso el primer ejemplo de lo que se convertiría en uno de los deportes favoritos de Kurt, el de alimentar el mito ante periodistas crédulos.

«En Aberdeen odiaba a mis mejores amigos a más no poder porque eran imbéciles -declaró Kurt-Mucho de ese odio sigue saliendo.» Kurt le reconocía a Tracy el mérito de mantenerle, pero juró que algún día «viviría del grupo». De no ser así, prometió Kurt, «me retiraré a México o a Yugoslavia con unos cuantos cientos de dólares a cultivar patatas y aprender la historia del rock con números atrasados de *Creem*». Aquella primavera el grupo incorporó a Jason Everman como segundo guitarrista, convirtiéndose por primera vez en una formación de cuatro componentes. Kurt quería que Jason cubriera las partes de guitarra que a su modo de ver no estaban a la altura debida a medida que sus canciones se volvían más complicadas. Jason había coincidido antes en otros grupos con Chad, y tenía fama de guitarrista experimentado. Además se había congraciado con la banda al prestarle a Kurt seiscientos dólares para pagar los costes de grabación de *Bleach.* Aquel gesto no supuso compromiso alguno -de hecho, la deuda nunca fue liquidada-, pero Kurt incluyó a Jason en los créditos de portada de *Bleach*, aunque Everman no participara en las sesiones de grabación de dicho álbum.

Con Jason integrado ya en la nueva formación, Nirvana tocó en el festival Lamefest de Sub Pop celebrado el 9 de junio en el Moore Theater de Seattle. Aquel concierto, en el que se vieron teloneando a Mudhoney y Tad, las dos bandas más importantes del sello, supuso además la presentación oficial de *Bleach.* Nirvana tocó el primero, y su actuación transcurrió sin incidentes salvo por el hecho de que Kurt se enganchó las cuerdas de la guitarra en el cabello. Lo más destacado de la noche se produjo cuando Kurt vio a dos jóvenes haciendo cola para comprar su disco.

A mediados de 1989 la escena musical del noroeste del país comenzó a cobrar atención a nivel internacional, impulsada por las jugadas hábiles por parte de Pavitt y Poneman, quienes estaban demostrando que su verdadera virtud no residía tanto en elevar un sello como en promocionarlo. El mero hecho de llamar a aquel encuentro anual que organizaban «Lamefest» (algo así como el «festival de los peleles») constituía una ocurrencia genial, pues automáticamente invalidaba cualquier posible crítica al tiempo que

atraía a los fans de la música desafectos que llevaban camisetas en las que ponía «Loser» (literalmente «fracasado», de las que el sello vendía tantas existencias como discos). Pese al pésimo estado financiero de Sub Pop, a principios de 1988 el sello se apresuró a pagar el pasaje de avión de varios críticos de rock británicos para que estos pasaran unos días en Seattle. Se trató de un dinero bien empleado, pues al cabo de unas semanas los grupos de Sub Pop aparecieron en los semanarios musicales ingleses, y bandas como Mudhoney se erigieron en estrellas, al menos en Gran Bretaña, del movimiento grunge. Dicho término se adoptó en un principio para definir un punk ruidoso y distorsionado, pero no tardaría en servir para calificar a la práctica totalidad de los grupos del noroeste de Estados Unidos, incluso a aquellos como Nirvana, que en realidad tiraban más hacia el pop. Kurt odiaba aquel término, pero la maquinaria publicitaria había comenzado a funcionar en serio, y la escena musical en el noroeste del país estaba en plena expansión. Pese a la escasez de locales para tocar en Seattle, todo concierto se convertía en un auténtico acontecimiento, y el público fue aumentando de forma exponencial.

Reflexionando años después sobre la razón por la que el auge de la escena de Seattle se dio cuando se dio, Kurt conjeturaba en su diario: «Un montón de publicidad halagadora por parte de múltiples periodistas ingleses catapultaron al régimen de Sub Pop a la fama en un instante (con un poco de agua, o de publicidad, basta)». Nirvana solía citarse en la prensa de la primera oleada de 1989, pero en la mayoría de los artículos -como uno publicado en *Melody Maker* en marzo de 1989 titulado «Seattle: la ciudad del rock»- quedaban relegados a un diminuto apartado como un cero más a la izquierda. Cuando Kurt leyó el primer artículo en el que hablaban de ellos en un medio inglés, debió de chocarle mucho ver las suposiciones de Everett True sobre lo que estaría haciendo el grupo si no se dedicaran a la música: «Estamos hablando de cuatro tipos [...] que, si no estuvieran haciendo esto, estarían trabajando en un supermercado, en un almacén de madera o en un taller mecánico». Dos de los tres empleos

mencionados eran oficios que había desempeñado el padre de Kurt; el tercero había sido en otro tiempo el trabajo de Buzz.

Bleach tenía mucho que ver con el desmarque de Nirvana de los otros grupos del momento que le hacían sombra. Se trataba de un álbum desigual, en el que canciones que Kurt había escrito cuatro años atrás aparecían junto a la reciente «About a Girl», pero aun así tenía ráfagas de inspiración. Otros temas básicos melódicamente como «Sifting» se definían por una progresión de acordes elemental que contrastaban con una letra inteligente e ingeniosa, si esta llegaba a oírse. Cuando *The Rocket* reseñó el álbum, Gillian Gaar señaló las distintas direcciones en las que el grupo apuntaba: «Nirvana recorre el espectro del thrash de un extremo al otro, acercándose al garage grunge, al noise alternativo y al metal más duro sin jurar lealtad a ninguno de ellos».[7] Kurt expresó sentimientos similares en su diario coincidiendo con el lanzamiento de su primer álbum: «Mis letras son un gran montón de contradicciones. Se dividen a partes iguales entre opiniones y sentimientos sumamente sinceros y refutaciones sarcásticas y humorísticas, espero, hacia los estereotipados ideales bohemios agotados ya desde hace años. En fin, que a mí me gusta ser apasionado y sincero, pero también me gusta divertirme y hacer el imbécil».

Kurt describió con acierto *Bleach* como fruto de una mezcla de sentimientos sinceros y estereotipados, pero tenía lo bastante de cada cosa para que lo pusieran en emisoras de radio universitarias de tendencias muy divergentes. El grupo había utilizado una foto de Tracy impresa en negativo para ponerla en la portada, una imagen muy apropiada para reflejar el contraste radical entre los temas oscuros y las melodías pop. La dualidad de Kurt fue clave para el éxito de Nirvana, pues les proveyó de suficientes canciones de sonido muy distinto para que las emisoras pudieran emitir varios cortes sin llegar a quemar al grupo. El álbum fue tomando cuerpo poco a poco, pero con el tiempo canciones como «Blew», «School», «Floyd the Barber» y «Love guzz» se convirtieron en temas habituales en las emisoras universitarias de todo el país.

Al grupo le quedaba aún un largo trecho por recorrer. El día después del Lamefest, los Nirvana se ofrecieron a tocar como sustitutos de última hora de Cat Butt en un concierto celebrado en Portland. Al viaje se sumó Rob Kader, un fan de dieciocho años que no se perdía ni un solo concierto del grupo, quien les hizo entrar en la furgoneta mientras cantaba alegremente el tema musical de *La tribu de los Brady*. Pero cuando llegaron a la sala donde tenían que tocar, solo doce personas habían comprado entradas, todas ellas fans de Cat Butt. Kurt decidió en el último instante no ceñirse a ningún repertorio y anunció a Kader: «Lo que vamos a hacer es preguntarte después de cada canción la que quieres escuchar, y esa será la que toquemos». A medida que cada melodía tocaba a su fin. Kurt se acercaba al borde del escenario y señalaba a Kader, que gritaba a voz en cuello el número de la siguiente canción. Al margen de Kader, quien estaba disfrutando como nunca, el resto del público dispensó una fría acogida al grupo, salvo cuando tocaron un tema de Kiss. «Do You Love Me?», que Nirvana había grabado hacía poco para un álbum de versiones, y que Kader tuvo el acierto de pedir.

A finales de junio de 1989 el grupo cargó la furgoneta Dodge de Krist para embarcarse en su primera gira importante, una ruta programada de dos meses que les llevaría a recorrer Estados Unidos de punta a punta. Kader y un grupo de amigos fueron a despedirles. Kader les llevó como regalo de despedida un lote de veinticuatro latas de Mountain Dew, la bebida favorita del grupo por el chute de cafeína que suponía. La furgoneta iba llena de las nuevas camisetas del grupo, en las que ponía «Nirvana: Fudge Packin' Crack Smokin' Satan Worshipin' Motherfuckers» (Nirvana: maricones, fumadores de crack, culto a Satán, hijoputas). Krist y Shelli habían vuelto a salir hacía poco, y protagonizaron una lacrimógena despedida. Incluso Kurt se veía tanto afectado ante la idea de dejar atrás a Tracy, pues sería el período más largo que pasarían separados desde el inicio de su relación.

Ante la falta de manager, Krist había empezado a encargarse cada vez más de las cuestiones logísticas, y la furgoneta era una propiedad de su dominio exclusivo donde imperaban una serie de normas estrictas. En el interior del vehículo había clavado un cartel con la siguiente instrucción: «No utilizar ninguna estación de servicio que no sea de Exxon... sin excepciones». Para ahorrar dinero no se podía encender nunca el aire acondicionado y quien fuera al volante no podía sobrepasar los 110 kilómetros por hora. En aquella primera gira se repartieron entre todos las tareas de conducción, aunque a Kurt rara vez lo incluían en la rotación, pues según sus compañeros iba demasiado lento. «Conducía como una ancianita», recordaba Tracy. Aquella era una de las muchas contradicciones de la personalidad de Kurt: no tenía ningún reparo en aspirar los gases que contenía un bote de gel de afeitar Edge, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo de sufrir un accidente de coche.

El primer concierto del grupo tuvo lugar en San Francisco, donde se vieron tocando ante un público reducido aunque no tanto para tener que acabar en un comedor de beneficencia. A pesar de que entonces ya iban de gira con un álbum en su haber, la distribución de Sub Pop era tan pésima que rara vez encontraban su disco a la venta. Cuando dos días más tarde tocaron en Los Angeles dentro de Rhino Records, la tienda solo tenía cinco copias del álbum entre sus existencias. Estando en Los Ángeles les entrevistaron para el fanzine *Flipside*, y aunque en el texto publicado se equivocaron al escribir el nombre de Kurt como «Kirk», al grupo le pareció que el artículo les daba credibilidad como banda de punk. En la entrevista el periodista preguntó a Kurt sobre el tema de las drogas: «Considero que he llegado a donde tenía que llegar, con respecto al ácido, la maría y el chocolate -contestó Kurt en un tono extremadamente moderado-. En ese sentido he tocado techo. Una vez que superas la experiencia del aprendizaje, entras en la fase de declive. Nunca he tomado drogas para evadirme de la realidad, siempre las he tomado para aprender».[4]

A medida que se dirigían al este a través del mediooeste y Texas tocaban para públicos cada vez más reducidos -que a veces no alcanzaban ni la docena de personas-, formados en su mayoría por

músicos que iban a ver a cualquier grupo. «Valoráramos los conciertos no tanto por el número de personas que asistían a ellos -recordaba Chad-, sino más bien por la opinión de la gente. Y mucha gente decía que le gustábamos.» Cada vez demostraban más tablas en directo a medida que tenían que vérselas con públicos que no los conocían. Como ya les ocurriera en su día a los Velvet Underground, no tardaron en descubrir que un público de mil músicos tiene más fuerza que diez mil fans. Cuando se les presentaba la ocasión se enganchaban a otros grupos de punk a los que conocían para poder dormir en sus casas, y dichos contactos personales les servían tanto para levantarles el ánimo como los conciertos en sí. En Denver los acogió John Robinson de los Fluid, quien ya entonces se percató de la timidez de Kurt. «Estaba todo el mundo en la cocina, contentos de poder disfrutar de una comida casera -contaría Robinson-. Entonces le pregunté a Krist dónde estaba Kurt, y me respondió "Ah, no te preocupes por él; siempre anda por ahí perdido". Mi casa no era tan grande, así que fui a buscarle y lo encontré en la habitación de mi hija, con la mirada perdida y las luces apagadas.»

En el trayecto de camino a Chicago Kurt compró un crucifijo enorme en un puesto de venta de objetos usados: seguramente sería el primer objeto religioso que no robó. Kurt lo sacaba por la ventanilla de la furgoneta, lo blandía ante los peatones y les hacía una foto para captar la expresión de sus rostros antes de pasar de largo. Cuando le tocaba ir en el asiento del pasajero, empuñaba el crucifijo en una mano como si se tratara de un arma que pudiera hacerle falta en cualquier momento.

A menudo el grupo dormía en la furgoneta o acampaba junto a la carretera, de modo que no había muchos momentos para la soledad. Su máxima prioridad consistía en conseguir dinero suficiente para gasolina y comida, por lo que la posibilidad de alojarse en un motel ni se contemplaba. Lo único que les permitió pagar la gasolina fue la venta de camisetas; las de «maricones» les salvaron la gira. Una noche en la ciudad de Washington llegaron ya tarde y aparcaron detrás de una gasolinera con la idea de quedarse a dormir allí. En vista de que hacía demasiado calor para dormir en el interior de la furgoneta,

decidieron instalarse en lo que pensaron que era una parcela de hierba de un vecindario residencial. A la mañana siguiente vieron que habían acampado en una mediana.
«Normalmente nos encontrábamos en el dilema de comprar comida o gasolina, y teníamos que decantarnos por la gasolina -recordaba Jason-. La mayoría de nosotros lo llevábamos bastante bien, pero Kurt lo odiaba. Parecía un tipo de constitución frágil, porque enseguida se ponía enfermo. Y cuando se enfermaba, todo el mundo lo pasaba fatal.» La dolencia estomacal de Kurt se recrudecía en la carretera, quizá por culpa de los desarreglos en la alimentación, a lo que se sumaban los resfriados que parecía contraer de forma sistemática, incluso en verano. Sus problemas de salud no se debían a una falta de atención por su parte; durante 1989 era el miembro del grupo que más cuidaba su salud, bebía en contadas ocasiones y llegó incluso a prohibir a sus compañeros que fumaran cerca de él por temor a perder sus aptitudes vocales.

Cuando Nirvana llegó a Jamaica Plain, Massachusetts, se hospedaron en casa de la fotógrafa J. J. Gonson y de su novio Sluggo, del grupo Hullabaloo. El concierto que dieron aquella noche en Green Street Station fue una de las pocas veces en las que Kurt actuó sin guitarra: la noche anterior se había cargado su instrumento. Kurt estaba enfadado por lo de la guitarra y le dolía tanto el estómago que decidió beber Strawberry Quik para aliviar la inflamación. En aquel estado le entró nostalgia de casa y tras el concierto llamó a Tracy para decirle que quería volver. A la mañana siguiente Gonson fotografió al grupo durmiendo en el suelo de su casa; tenían un colchón para todos, y durante la noche Kurt y Krist se habían arrimado el uno al otro como dos cachorros.
Sluggo tenía una guitarra rota colgada en la pared y Kurt le preguntó si podía quedársela. «El mástil no está ni partido, así que a lo mejor puedo arreglarla», observó Kurt. A cambio le dio una vieja Mustang, en la que escribió su primer autógrafo: «Eh, Sluggo, gracias por el cambio. Si hacer rock and roll es ilegal que me metan en la cárcel».

Firmó con el nombre de Nirvana, pensando que su propio autógrafo no tenía ningún valor.

Aquel mismo día Kurt creó una nueva guitarra. La remendó a base de juntar piezas como a Frankenstein, justo a tiempo para el siguiente bolo, el cual también pareció salido de un cuento de terror. El grupo accedió a tocar en una fiesta de un club de estudiantes en el Massachusetts Institute of Technology porque pagaban mejor que en los clubs. Antes del concierto Kurt se tumbó en una mesa de jardín y empezó a dar puntapiés como un crío de dos años en plena rabieta, gritando: «¡No pienso tocar! Esto es una estupidez. Somos mejor que todo esto. Estamos perdiendo el tiempo». El berrinche no se le fue hasta que Krist no le dijo que sin aquel concierto no tendrían dinero suficiente para pagar la gasolina de vuelta a casa. Como por despecho contra los asistentes, el grupo ofreció una actuación llena de energía, aunque Krist desmontó el letrero donde figuraba el nombre del club de estudiantes y fue repartiendo las letras entre el público. Los responsables del club insistieron en que Krist pidiera disculpas y recompusiera el letrero. Novoselic no era de los que se rajaban ante una posible pelea, por mucho que tuviera todas las de perder, pero en aquella ocasión agarró el micrófono avergonzado para pedir al público que devolviera las letras y decir que lo lamentaba. Los asistentes a la fiesta acabaron encantados con el espectáculo.

Fue también en Massachusetts donde se dio el primer conflicto abierto entre Kurt y Jason. Este último había cometido el error de invitar a una chica a casa después del concierto, algo considerado de mal gusto por el resto del grupo. Tanto Kurt como Krist mostraban una actitud sorprendentemente anticuada con respecto a la fidelidad y las grupis. Un músico que estuviera en un grupo por las chicas -una nutrida categoría en la que, sin embargo, no se incluía Jason- les parecía arriesgado.

En realidad, Kurt y Jason nunca se habían llevado de maravlla, pues, en muchos aspectos, eran demasiado parecidos, ambos tenían tendencia a ponerse melancólicos y recluirse en su soledad, la cual se percibía como una amenaza por parte del otro. Jason tenía una melena larga y rizada que no dejaba de mover con violencia cuando tocaba,

una costumbre que Kurt encontraba molesta, cuando él pecaba de dar las mismas sacudidas de cabeza. Como ya ocurriera en su día con Foster, Jason representaba una parte de Kurt que el cantante no quería ver reflejada en nadie. Aunque Kurt componía todas las canciones, se quejaba de tener que soportar dicha presión, pero nunca dio pie a que los demás componentes aportaran sus ideas. «No quería ceder un ápice del control que tenía del grupo. Todo el mundo sabía que era "el show de Kurt"», afirmaría Chad. Kurt le pidió a Jason que propusiera nuevos solos de guitarra, pero cuando Jason lo hizo, Kurt se comportó como si se hubiera excedido en el ejercicio de su papel. En lugar de hablarlo, o incluso de discutirlo a gritos, ambos adoptaron una actitud huraña e insensible. Como en muchos conflictos que tendría a lo largo de su vida, Kurt trasladaba lo profesional al plano personal, lo que originaba en cierto modo una disputa de sangre.

En Nueva York el grupo dio un concierto en el Pyramid Club como parte de un seminario de nuevas músicas. Se trató de la actuación de Nirvana más destacada hasta la fecha, ante un público formado por gente del sector entre los que se encontraban los ídolos de Kurt, Sonic Youth. Sin embargo, el concierto peligró cuando un borracho subió al escenario y comenzó a chillar por el micrófono y a volcar el equipo de la banda. Jason arrojó al tipo del escenario y se lanzó en medio del público para ir tras él.

Al día siguiente Kurt decidió despedir a Jason. El grupo estaba hospedado en el piso de Alphabet City de Janet Billig, conocido como el Motel 6 del punk rock de Nueva York. Jason y Chad se habían ido a hacer turismo por la ciudad, pero Kurt y Krist se gastaron el dinero que les quedaba en cocaína, interrumpiendo así el largo período de abstinencia de Kurt. Este decidió que Jason ya no formaba parte del grupo, aunque como era propio de su estilo del no enfrentamiento, no se dignó anunciar su decisión a nadie más que a Krist. Al resto de los componentes del grupo se limitó a decirles que la gira había terminado y que regresaban a casa, y como de costumbre nadie le llevó la contraria. La banda canceló dos semanas de conciertos: aquella fue la primera vez que rechazaban un bolo. El trayecto de vuelta en la furgoneta fue un infierno. «Nadie abrió la boca en todo el viaje -

recordaba Jason-. Volvimos de un tirón, parando solo para repostar.» Cubrieron el trayecto de Nueva York a Seattle, de casi cinco mil kilómetros, en menos de tres días. Kurt no llegó a decirle nunca a Jason que estaba despedido; se limitó a no llamarle nunca más.

Kurt tuvo un caluroso reencuentro con Tracy. Le confesó que la echaba de menos más de lo que era consciente, y aunque no era dado a hablar de sus sentimientos, Tracy fue una de las pocas personas a las que Kurt se abrió. Aquel agosto Kurt escribió una carta a Jesse Reed en la que se jactaba de lo formidable que era su novia: «Mi novia tiene un flamante Toyota Tercel del 88, un microondas, un robot de cocina, una licuadora y una cafetera exprés. Soy un vago integral, mimado y consentido hasta la médula». A su modo de ver, un Tercel era un coche de lujo.

Con el regreso de Kurt afloró de nuevo el amor en su relación, aunque después de vivir sola durante casi dos meses, Tracy no se mostraba tan dispuesta a soportar los cambios de humor de Kurt. Tracy tenía la sensación de que el diminuto estudio se les había quedado pequeño, sobre todo con el afán coleccionista de Kurt. A principios de agosto Tracy escribió a Kurt una nota en la que decía: «No pienso quedarme en este CUCHITRIL DE MOHO después del día quince. Esto da un asco que te mueres». Aunque estaban en pleno verano en el noroeste del país, la vivienda sufría una plaga de moho.

Resultaba sorprendente que alguien pudiera percatarse de la presencia de moho allí, pues con todos los animales que habitaban aquella casa, esta había adquirido un olor a «laboratorio de vivisección», según Damon Romero. Entre las mascotas que vivían en ella había tortugas, ratas y gatos, pero el hedor más penetrante procedía del conejo. Stew era un conejito hembra y Kurt y Tracy lo tenían como su bebé y lo malcriaban como a un hijo único. Stew conseguía a menudo escaparse de su jaula, lo que obligaba siempre a Kurt o a Tracy a dar la voz de alarma para advertir a los visitantes que podían acabar pisando heces de conejo. Un día, a principios de agosto. Kurt se encontraba al teléfono con Michelle Vlasimsky, una

programador a la que habían contratado para que les ayudara a cambiar las fechas de los conciertos cancelados, cuando la línea se cortó, Kurt la llamó al cabo de un minuto y le explicó que el conejo había desconectado el aparato. Kurt comentó a modo de broma que su casa se apodaba «la Granja». Unas semanas más tarde Slim Moon presenció cómo un Kurt desesperado sacaba a toda prisa de su casa las jaulas de los animales. «He hecho un agujero en el congelador mientras estaba descongelándolo con un cuchillo y no quería que el freón se cargara a los animales», fue su explicación.

Cuando hubo disponible una vivienda con un dormitorio en la misma propiedad, el museo itinerante Cobain se mudó a ella. Aquella casa valía cincuenta dólares más, pero era más grande y se hallaba justo enfrente del garaje de la finca, del que Kurt se apoderó al instante. En el garaje había un banco de trabajo del que Kurt se servía para arreglar las guitarras que tenía ya rotas y cortar más mástiles de madera para las guitarras que le quedaban por romper. Al cabo de una semana tenía el garaje lleno de amplificadores averiados, bafles hechos pedazos y otros restos de la gira por carretera de Nirvana.

A mediados de agosto Kurt hizo su primer intento de buscar ayuda médica para tratar su afección estomacal y engordar un poco. Su extrema delgadez se había convertido en una obsesión para él, hasta tal punto que había llegado a comprar multitud de remedios anunciados en programas nocturnos de televisión sin que ninguno de ellos le diera resultado. Kurt visitó a un especialista del centro médico St. Joseph de Tacoma, institución integrada en una clínica especializada en trastornos alimentarios, pero a pesar de que lo sometieron a análisis exhaustivos no pudieron determinar una causa física para su dolencia estomacal. Aquel mismo verano Kurt fue a ver a otro médico, pero Tracy lo encontró en casa diez minutos después de la hora concertada. «Querían una muestra de sangre y odio las agujas, así que me he ido», fue la explicación de Kurt. Tracy recordaba que Kurt le tenía «un pánico atroz a las agujas». Los dolores de estómago que sufría iban y venían, y en muchas ocasiones se pasaba la noche vomitando. Tracy estaba convencida de que se debía a su alimentación, la cual, pese a las recomendaciones del médico, se

basaba en comidas grasientas y fritos. Su opinión la compartían Krist y Chad, que siempre instaban a Kurt a que comiera verdura, una categoría que evitaba consumir por completo. «Me niego a comer nada verde», manifestaba.

La primera semana de agosto el grupo se metió en el Music Source Studio con el productor Steve Fisk para grabar un maxisingle destinado a promocionar una gira inminente por Europa. Las sesiones se prolongaron durante dos días y en ellas la banda se vio recuperada ya de la pérdida de Jason, aunque entonces tuvieran un equipo un poco más aparatoso para ir de gira. «Llevaban aquella gigantesca batería North -recordaba Fisk-, y el bombo pegado con dos rollos de cinta plateada porque no hacía más que cascarse. Bromeaban diciendo que era el "bombo de Liberty Bell"».

Grabaron cinco composiciones nuevas de Cobain: «Been a Son», «Stain», «Even in His Youth», «Polly» y «Token Eastern Song». La calidad de dichos temas supuso un salto cualitativo enorme en la evolución de Kurt como compositor. Mientras que las canciones de su primera época constituían verdaderas diatribas de una sola dimensión -discursos, por lo general, sobre el lamentable estado de la sociedad-, un tema como «Polly» se veía inspirado en un recorte de periódico a partir del cual Kurt elaboró un emotivo relato que se correspondiera con el titular. La canción, titulada en un principio «Hitchhiker» (Autoestopista), estaba basada en un hecho real ocurrido en 1987, cuando una joven fue secuestrada, brutalmente violada y torturada con un soplete. La historia está narrada, sorprendentemente, desde la visión y en la voz del autor del crimen. Kurt logró plasmar el horror de la violación -«let me clip your dirty wings» (déjame cortar tus sucias alas)-, poniendo de relieve al mismo tiempo de manera sutil la condición humana del agresor -«she's just as bored as me» (está tan aburrida como yo)-. Su fuerza literaria se revelaba en la medida en que establecía un diálogo interno, del mismo modo en que Truman Capote planteaba cierto grado de empatía con los asesinos en su novela *A sangre fría.* El tema de la canción contrasta notablemente

con la melodía, que al igual que en «About a Girl» es dulce, lenta y melódica, como si estuviera pensada para coger al público desprevenido y conseguir que el oyente acabara cantando sin darse cuenta una agradable melodía sobre un crimen horrible. Kurt concluye la letra con una frase que podría servir de epitafio para el violador, la víctima o él mismo: «Me sorprende la voluntad del instinto». Años más tarde, después de ver por primera vez a Nirvana en concierto. Bob Dylan eligió «Polly» entre todo el repertorio del grupo como la canción más valiente, y la que le llevó a comentar lo siguiente acerca de Kurt: «El chico tiene corazón».[5]

Las demás canciones de aquellas sesiones de grabación resultaban igualmente impresionantes. «Been a Son» (Haber sido un hijo) habla de que Don Cobain habría preferido que la hermana de Kurt fuera un niño. Tanto «Even in His Youth» (Incluso en su juventud) como «Stain» (Mácula) son también temas autobiográficos sobre Don, objeto del sentimiento de rechazo de Kurt. En «Even in His Youth» Kurt dice que «Daddy was asbamed he was nothing» (Papá se sentía avergonzado de ser un don nadie), mientras que en «Stain» Kurt tiene «bad blood» (mala sangre) y «a stain» (una mácula) en la familia. «Token Eastern Song» (Canción oriental simbólica) es el único tema desechable, pues versa sobre el bloqueo del escritor; se trata básicamente de una versión hecha canción de la carta de cumpleaños que Kurt escribió en su día y que nunca llegó a enviar a su madre.

Dichas canciones constituían asimismo las composiciones musicales más complejas de Kurt hasta la fecha, con riffs que evolucionaban y cambiaban. «Queremos un gran sonido de rock», le dijo Kurt a Fisk y lo consiguieron. Cuando escucharon la cinta, Kurt anunció entusiasmado: «Estamos en un gran estudio y tenemos un gran sonido de batería de Top 40». Para celebrarlo, el grupo pidió permiso para saltar encima de las mesas. «Parecía algo señalado, de cierta importancia y digno de celebración», recordaba Fisk, que también se subió a las mesas junto con Kurt, Krist y Chad para dar saltos de alegría.

Aquel mismo mes de agosto Kurt formó un grupo aparte con Mark Lanegan, de los Screaming Trees, Krist al bajo y Mark Pickerel, el

batería de los Trees. Kurt y Lanegan llevaban meses componiendo canciones al alimón, aunque se pasaban la mayor parte del tiempo hablando de su pasión por Leadbelly. El grupo ensayó varias veces en un local de ensayo que Nirvana había alquilado en Seattle encima de la estación de autobuses de la Continental Trailways. «El primer ensayo lo dedicamos exclusivamente a Leadbelly -recordaba Pickerel-. Tanto Mark como Kurt trajeron cintas de Leadbelly, y las escuchamos de principio a fin en aquel pequeño radiocasete.» Kurt y Krist querían llamar a la nueva banda «Lithium», mientras que Pickerel propuso «The Jury», el nombre por el que se decantaron finalmente. Pero cuando el grupo se metió en el estudio el 20 de agosto bajo la producción de Endino, el proyecto se malogró. «Era como si Mark y Kurt se tuvieran demasiado respeto como para definir el cometido del otro, o para sugerir siquiera lo que se suponía que debían hacer -observaría Pickerel-. Ninguno de los dos quería asumir el papel de ser el que tomara las decisiones.» Ambos cantantes se veían incapaces de decidir siquiera las canciones que debía cantar cada uno. Al final grabaron «Ain't It a Shame», «Gray Goose» y «Where Did You Sleep Last Night?», todos ellos temas de Leadbelly, pero nunca llegaron a completar un disco. Kurt desvió su atención hacia otro proyecto ajeno a Nirvana, el cual le llevaría un breve espacio de tiempo a Portland para grabar con la banda de Dylan Carlson, Earth, en una sesión de estudio.

Nirvana tuvo que volver entonces a la carretera para concluir las dos semanas de bolos que tenía pendientes por el medio oeste. En aquella ocasión, y para sorpresa de todos, contaron con una afluencia de público un tanto mayor y más entusiasta. *Bleach* había empezado a calar en las emisoras de radio universitarias y en algunos conciertos llegaron a reunir hasta a doscientos fans que parecían conocer las canciones. Vendieron un gran número de camisetas y por primera vez en su historia hicieron dinero de verdad. Cuando regresaron a Seattle hicieron el recuento final de ingresos y gastos y volvieron a casa con varios centenares de dólares. Kurt estaba estupefacto y se jactó ante Tracy del dinero que había ganado, como si trescientos dólares

compensaran los años de sustento económico que ella le había prestado a él.

Sub Pop programó la primera gira de Nirvana por Europa para aquel verano. *Bleach* se había publicado en el Reino Unido con críticas entusiastas por parte de los medios. Kurt nunca había salido al extranjero y estaba convencido de que el grupo alcanzaría una mayor difusión en Europa. Kurt prometió a Tracy que regresaría a casa con miles de dólares, y que le enviaría postales desde cada país que visitara.

11

GOLOSINAS, CACHORROS, AMOR

LONDRES, INGLATERRA

OCTUBRE DE 1989 - MAYO DE 1990

En tu tienda más cercana: Nirvana, Flores, Perfumes, Golosinas, Cachorros, Amor.
- De un anuncio imaginario para el segundo álbum de Nirvana.

El 20 de octubre de 1989 Kurt llegó a Londres. Tenía tres días libres antes del primer concierto y le habría gustado visitar el Museo Británico, pero estaba tan pobre que tuvo que conformarse con sacarse una foto delante de la entrada. Sus compañeros de grupo exploraron los pubs ingleses, pero Kurt (que por aquel entonces no bebía ni fumaba porros debido a sus problemas de estómago) se quedó en el hotel con bronquitis, una afección que padecía de forma recurrente. Para curarse a sí mismo, Kurt solía golpearse en el pecho con el puño, creyendo que con aquel acto violento soltaría la flema.

El grupo estaba de gira por Europa con Tad, otra banda de Sub Pop liderada por Tad Doyle, un ex carnicero de ciento treinta y cinco kilos oriundo de ldaho. En vista de que ambos grupos se caracterizaban por un sonido duro y grave, y dado lo casi monstruoso de la obesidad de Tad, un ingenioso promotor británico anunció uno de los conciertos con el eslogan «Heavier Than Heaven» (Más duro que el cielo), un juego de palabras con la doble acepción de «heavy» («duro» y «pesado» en inglés) que se convertiría en el título oficial de la gira, empleado en carteles y anuncios publicitarios en la prensa. Aquella frase resumía perfectamente la agresión sónica que producían ambas bandas: si el volumen por sí solo no bastaba para someter a uno, la oscura temática de canciones como «Downer» de Nirvana y «Cyanide Bath» de Tad seguro que lo lograría. Tenían pensado compartir la

cabecera del cartel, turnándose como teloneros, en una muestra de fraternidad.

Kurt esperaba alcanzar fama y fortuna en Europa, en cambio lo que encontró fue una gira de bajo presupuesto con treinta y siete actuaciones programadas para un período de cuarenta y dos días en nueve países distintos, un itinerario factible únicamente si se pasaban la noche en la carretera. El vehículo en el que viajaban, una reducida furgoneta Fiat de diez asientos, debía dar cabida a todo el equipo de sonido, los artículos de mercadotecnia de la gira, a los tres componentes de Nirvana, a los cuatro de Tad y a dos miembros de la organización. Teniendo en cuenta el volumen de Tad, la altura de Krist y el hecho de que el batería de Tad se empeñaba en ponerse de pie en el interior de la furgoneta, la operación diaria de cargar el vehículo se prolongaba durante una hora y parecía propia de un número de los hermanos Marx. Y, antes de partir, Tad Doyle debía pasar por el ritual casi diario de vomitar, debido a sus problemas gastrointestinales. Aquella última contrariedad le sobrevenía con tanta frecuencia que llegó a incluirse en la agenda del día de la gira: «10.00 h, cargar la furgoneta; 10.10 vómitos de Tad».

A Kurt le fascinaba el funcionamiento interno de Tad. El también sufría del estómago, pero solo vomitaba bilis o sangre. Los vómitos de Tad, en opinión del propio Kurt, parecían una obra de arte. «Antes de que Tad se metiera en la furgoneta, Kurt cogía la palangana aquella de plástico -recordaba Kurt Danielson-, y se quedaba allí de pie pacientemente, sujetando el recipiente de plástico, con un brillo de placer en los ojos. Miraba a Tad con expectación y este al final vomitaba, expulsando por la boca un magnífico chorro lleno de color que Kurt recogía sin dejar escapar una sola pizca. Nadie más podía sostener la palangana; aquel era el cometido de Kurt y disfrutaba con ello.» Tad sufría también con frecuencia urgencias intestinales que le obligaban a bajar a toda prisa al arcén de la carretera, para sorpresa en gran medida de los conductores ingleses que al pasar por delante veían a un hombre de ciento treinta y cinco kilos evacuando en la mediana. En cierto modo, el sistema gastrointestinal de Tad serviría de musa a

Kurt aquel otoño, cuando compuso la canción «lmodium» sobre la medicación de Doyle contra la diarrea.

La eliminación siguió siendo una fuente de inspiración cuando la banda recorrió el barrio chino de Hamburgo y sus supermercados porno. Kurt tenía algo de aficionado a la pornografía; obsesionado con las nalgas femeninas, se había dedicado a fotografiar el trasero de Tracy en varias ocasiones. El porno normal y corriente le parecía sexista, pero la pornografía desviada le cautivaba de la misma forma que un antropólogo se sentiría atraido por tribus desconocidas. Se quedaba embelesado en particular con las revistas que representaban lo que él llamaba «amor de mierda», la obsesión sexual conocida formalmente como escatofilia. «A Kurt le fascinaba todo aquello que se saliera de lo normal: todo lo que resultara anómalo, psicológicamente extraño o insólito, o física o socialmente raro -recordaba Danielson-. Y si tenía que ver con trastornos fisiológicos, mejor aún. En lugar de beber y fumar porros, se colocaba observando las peculiares idiosincrasias de la humanidad que se desplegaban a su alrededor.» A Kurt no le daba el bolsillo para consumir porno, pero Tad le compró una revista en la que salía Cicciolina, una estrella de la industria del sexo que cobró atención internacional tras ser elegida para el Parlamento italiano. En una revista ilustrada se veía a Cicciolina saliendo de una limusina al tiempo que se disponía a orinar en la boca de un hombre. Cada mañana, en la furgoneta Fiat, Tad sacaba la revista y anunciaba: «Se abre la biblioteca», dicho lo cual la codiciada publicación pasaba de mano en mano.

Dichas payasadas de adolescente eran la única diversión en medio de un calendario que resultaba atosigante y desmoralizador. «Fuimos a París, pero no nos dio tiempo a ver la torre Eiffel», recordaba Chad. El calendario, según afirmaba el propio Kurt, parecía concebido para acabar física y psicológicamente con ellos. El frenético ritmo de conciertos empezó a hacer mella en las actuaciones del grupo: había veces que tocaban excepcionalmente bien (como en Norwich, donde llegaron a hacer varios bises a petición de un rabioso público) y otras en las que todo salía fatal (como en Berlín, donde Kurt hizo añicos la guitarra cuando llevaban seis canciones). «Pasaban de ser

espectaculares a ser pésimos -recordaba el road manager Alex MacLeod-. Pero incluso cuando eran pésimos, siempre irradiaban una energía especial.» En la mayoría de los casos se encontraban ante un público entusiasta y familiarizado con sus canciones, y en muchos conciertos llegaron a agotarse las entradas, toda una novedad para Nirvana. Pero dado el pequeño aforo de las salas, ninguna de las bandas sacó mucho dinero.

Lo que sí consiguieron fue un gran interés por parte de la prensa, lo cual, junto con la extensa difusión que les dio el influyente locutor y DJ radiofónico de la BBC John Peel, propició la entrada de *Bleach* en el Top Ten británico, la renombrada lista de éxitos independiente del Reino Unido. Estando en Berlín, Nirvana salió por primera vez en la portada de una revista, concretamente en la publicación de Seattle *The Rocket*. Kurt le comentó al periodista Nils Bernstein que sus influencias en aquel momento eran «grupos molones» como Shonen Knife, los Pixies y los Vaselines, su último gran descubrimiento. Asimismo, aludió a lo que describió como el prejuicio que en su opinión sentían los modernos de Seattle en contra de Nirvana: «Tengo la sensación de que nos han tachado de unos putos críos paletos y analfabetos que no tienen ni idea de qué va el rollo. Y eso es totalmente falso».[1]

Aunque Kurt acabaría aparentando que adoraba al público, una terrible melancolía se apoderó de él. En ocasiones, cuando podían permitirse el lujo de pagar un hotel, solía compartir habitación con Kurt Danielson, y ambos permanecían despiertos toda la noche en plena oscuridad, mirando al techo y hablando de lo que les había llevado al infierno de una furgoneta Fiat. Kurt contaba historias fantásticas sobre los primeros años de su vida, historias sobre el Gordo, la cárcel de Aberdeen y la extraña religión que Dylan Carlson había creado, una mezcla de cienciología y satanismo. Pero las historias más extravagantes que contaba versaban sobre su propia familia: relatos sobre Don y Wendy, sobre armas en el río y sobre compañeros de instituto que pegaban a su madre. Durante una de

aquellas noches en vela, Kurt confesó que deseaba ir a casa. «He querido volver a casa desde la primera semana de esta gira -reconoció tumbado en la cama del hotel-. Y podría hacerlo, tío. Podría presentarme en casa de mi madre ahora mismo, si quisiera; ella me dejaría. Me mandaría el dinero. -Su voz se quebró como si estuviera contando una elaborada mentira-. Me tendría, tío.»

Días más tarde, en Roma, Kurt perdió el control encima del escenario. Tad había tocado antes y había caldeado el ambiente con gritos de «A la mierda el Papa», tan populares siempre en el ambiente punk rockero de Italia. Así que cuando Nirvana subió al escenario, el público que llenaba la sala estaba sulfurado. Pero los problemas derivados del sistema de sonido enfurecieron a Kurt y, tras cuarenta minutos de concierto, se subió a una pila de bafles que medía nueve metros y gritó al público: «¡Voy a suicidarme!». Nadie en la sala, ni siquiera Krist, Chad o Poneman ni Pavitt (que habían volado hasta allí para verlos tocar), sabía cómo tomarse aquello. Kurt tampoco, quien de repente se vio delante de un público que le gritaba «salta» en un inglés chapurreado. Kurt seguía rasgueando la guitarra -el resto del grupo había dejado de tocar para observar la escena- y no parecía tener claro qué paso dar a continuación. «Se habría roto la crisma si hubiera saltado, y hasta cierto punto era consciente de ello», afirmó Danielson. Kurt optó finalmente por bajarse de los bafles pero el mal rollo no se le fue. Ya entre bastidores, el promotor se quejó de que se había roto un micrófono. El road manager MacLeod puso en duda sus palabras y le aseguró que el micrófono funcionaba bien... pues difícilmente podían permitirse el lujo de reponerlo. Kurt agarró el micrófono, le dio vueltas a lo Roger Daltry y lo estrelló contra el suelo. «Ahora está roto», exclamó, y se marchó.

Kurt se repuso lo suficiente como para tocar en cinco conciertos más por Europa, y la gira finalizó en Londres con motivo de una nueva edición del Lamefest. Kurt desplegó todos sus recursos en aquella última actuación, saltando arriba y abajo en el escenario hasta que le sangraron las rodillas. Pero, psicológicamente, para Kurt la gira terminó después de Roma. A falta de otro guitarrista al que poder despedir, aquella vez de lo que deshizo fue de su sello. Pavitt y

Poneman habían ido a Roma en avión; Kurt no podía evitar comparar las condiciones de transporte en la furgoneta con el nivel de los viajes en avión al que estaban acostumbrados aquellos dos. Si bien Nirvana todavía seguiría con Sub Pop un año más, en una asociación cada vez más deteriorada, Kurt ya se había distanciado emocionalmente de su sello.

Antes de que Nirvana regresara a Estados Unidos a principios de diciembre, Krist y Shelli habían anunciado ya su compromiso, fijando la fecha de la boda para la Nochevieja de aquel año en su casa de Tacoma. Kurt y Tracy asistieron al enlace, aunque el trayecto de Olympia a Tacoma supuso los peores treinta minutos de su relación. Tracy no podía presenciar el casamiento de Shelli sin sacar a colación el tema del compromiso con Kurt, pese a saber que tocar aquel tema le causaría dolor. Durante la gira europea Krist había telefoneado a Shelli con frecuencia: lo único que recibió Tracy de Kurt fue alguna que otra postal, si bien en una de ellas ponía «te quiero» veinte veces. Pero en el trayecto a Tacoma Kurt solo hizo referencia al matrimonio para bromear sobre la idea de ver a Tracy casada con otro. «Seguiría queriendo acostarme contigo, porque me gusta de verdad», le dijo, pensando que con aquel comentario la halagaría. Ya en la boda, Kurt se pasó casi toda la noche solo en el tejado, recibiendo el nuevo año en un estado de ebriedad inusitado en él.

Aquellas Navidades Kurt y Tracy habían celebrado que llevaban casi tres años juntos. A pesar de ir agobiado de dinero, Kurt le regaló *The Art of Rock* (El arte del rock), un libro de gran formato de cien dólares. Desde fuera parecía una pareja muy unida, pero algo había cambiado en el interior de Kurt, y ambos lo sabían. Cada vez que regresaba de una gira, Kurt tardaba más en mostrarse cercano a Tracy, y la diferencia entre el tiempo que pasaban juntos y el que pasaban separados estaba poniendo a prueba la paciencia de ella. Tracy sentía que lo estaba perdiendo en favor del resto del mundo.

Y en cierto modo, así era. A medida que las cosas iban mejorando para Nirvana, el grupo le reportaba un grado cada vez mayor de

autoestima y apoyo económico que antes había recibido de Tracy. A principios de 1990 Kurt tenía todos los días asuntos que atender relacionados con el grupo, y Tracy sabía que no le convenía someter a prueba el lugar que ocupaba dentro de las prioridades de él. Pero la verdad era que ella también se estaba distanciando de él. Tracy era una chica equilibrada, y Kurt no dejaba de volverse cada vez más raro. Tracy se preguntaba en qué acabaría todo aquello. Aquel mes de febrero Kurt escribió un apunte en su diario, medio ficticio medio real, que habría preocupado a cualquiera que lo amara: «Soy varón, tengo veintitrés años y produzco leche. Nunca me habían dolido tanto los pechos, ni siquiera cuando los matones del instituto me retorcían las tetas. Llevo meses sin masturbarme porque he perdido la imaginación. Cierro los ojos y veo a mi padre, niñas pequeñas, pastores alemanes y comentaristas de telediarios, pero no a gatitas desnudas y voluptuosas poniendo morritos y estremeciéndose de placer. Veo lagartijas y bebés aleta». Esta, y otras anotaciones por el estilo, pusieron alerta a Tracy sobre el estado mental de Kurt.

Kurt nunca había dormido bien, pues por las noches le rechinaban los dientes y se quejaba de tener pesadillas recurrentes. «Por lo que recordaba, soñaba con gente que intentaba matarle -contaría Tracy-. En sus sueños, él trataba de repeler a sus atacantes con un bate de béisbol, o había gente que le perseguía cuchillo en mano, o vampiros.» Cuando despertaba, a veces con lágrimas en los ojos, Tracy lo consolaba como una madre calmaría a un niño pequeño, estrechándolo entre sus brazos y acariciándole el pelo. Le decía que siempre estaría a su lado, que nunca lo abandonaría. Sin embargo, él se quedaba allí tumbado mirando al techo, empapado en sudor. «Tenía aquellos sueños todo el tiempo.» Tracy se preguntaba preocupada cómo se calmaría Kurt estando de gira.

Desde fuera, durante el día se le veía bien, pues como nunca hablaba de sus pesadillas daba la apariencia de ser alguien que solo soñaba con el grupo. Nirvana empezó el año con una breve sesión de estudio en la que grabaron el tema «Sappy». Ya durante la gira por Europa comenzaron a hablar de un nuevo álbum para el verano. Por primera vez en su carrera Kurt no era la única fuerza en solitario que

impulsaba un nuevo lanzamiento discográfico; ahora Sub Pop, la prensa, las emisoras universitarias e incluso un grupo de fans cada vez mayor le instaban a hacer nueva música. Kurt seguía componiendo a un ritmo prodigioso, y la calidad de los temas mejoraba a cada paso. Nikki McClure se había mudado a la casa de al lado, y solía escucharlo a través de las paredes, tocando la guitarra sin cesar. Una tarde de aquel invierno llegó hasta sus oídos una hermosa melodía a través de la salida de calefacción; Nikki oía que Kurt empezaba a tocar la canción y luego se paraba todo el rato, como si estuviera creándola en ese momento. Aquella misma tarde Nikki puso la emisora KAOS en la radio y oyó a Kurt tocando el tema que llevaba todo el día ensayando, sonando en directo por antena.

El 19 de enero de 1990 Nirvana ofreció otra actuación en Olympia que pasaría a los anales de la historia, aunque en este caso por razones distintas al resto. El concierto, celebrado en una casa de campo situada a las afueras de la ciudad, reuniría a Nirvana con los Melvins y Beat Happening. Como de costumbre, Kurt empleó sangre falsa para dibujarse marcas de pinchazos en los brazos. Como no estaba seguro del aspecto que tenía un yonqui, se pintó unas señales demasiado exageradas, lo que le confería una apariencia macabra, asemejándose más a un zombi de una película de Ed Wood que a un drogadicto. «Iba con manga corta, y llevaba los brazos desde las muñecas hasta las mangas llenas de cardenales -recordaba Garth Reeves-. Parecía que tuviera una enfermedad.» No obstante, las intenciones jocosas de Kurt tendrían involuntariamente sus consecuencias, pues muchos de los asistentes no llegaron a captar su parodia y empezó a correr el rumor de que Kurt era realmente un yonqui. Sin embargo, el concierto representó en cierto modo un hito para el grupo, pues aunque los Melvins encabezaban el cartel, ya por entonces los Nirvana eran más populares que sus mentores. Los Melvins pusieron fin a su actuación con una dinámica versión de «Rockin' in the Free World» de Neil Young. Kurt se hallaba en primera fila, alzando el puño con el resto de la concurrencia, aunque no podía evitar percatarse del hecho de que un tercio del público se había marchado tras la actuación de Nirvana.

Algo más chocante aún sucedió la noche siguiente, cuando los Melvins y Nirvana tocaron en Tacoma en una sala llamada Legends. Para aquel concierto se agotaron las entradas, lo que reportó al grupo unos beneficios de quinientos dólares, uno de los importes más cuantiosos hasta la fecha. Hasta un centenar de personas llegaron a tirarse desde el escenario, sembrando el caos. Uno de los más desaforados fue Matt Lukin de Mudhoney, que se valió de su pase de backstage para acceder al escenario y de ahí arrojarse de cabeza encima del público. El concierto de Nirvana tuvo que ser interrumpido en tres ocasiones para intervenir en las peleas entre Lukin y los gorilas. «Es amigo nuestro», repetía Kurt a los gorilas con una mezcla de preocupación y vergüenza en la voz. Al término de la actuación de Nirvana, que incluyó parte de «Sweet Home Alabama» de Lynyrd Skynyrd, había cinco guardias de seguridad delante del grupo. Aquel hecho no parecía extrañar a Kurt; lo que le sorprendió de veras fue ver a Mark Arm de Mudhoney en el escenario mismo, meneando la cabeza hacia delante y hacia atrás durante todo el concierto de Nirvana.

Mark Arm, cuyo verdadero nombre era Mark McLaughlin, era el marcador de tendencias oficial dentro del punk rock de Seattle. Mientras que Pavitt y Poneman habían sabido sacar provecho del grunge, Arm, con su grupo Mudhoney y su anterior banda Green River, había inventado prácticamente el estilo musical, y concebido incluso el término «grunge»[2] escribiendo en un fanzine de Seattle a principios de los años ochenta. Arm era inteligente, sarcástico, talentoso y conocido por las juergas que se corría, además de irradiar la clase de confianza en si mismo que hacía creer a los demás que estaba destinado al estrellato. En definitiva, era todo lo que un crío inseguro de Aberdeen imaginaba que él nunca llegaría a ser. El hecho de que Arm apareciera en el concierto de uno, y de que se le viera pasándoselo bien, era como si Jaqueline Kennedy Onassis acudiera a la boda de uno y se pasara la noche bailando. A nadie se le escapaba la adoración que sentía Kurt por Arm, y menos aún a Buzz Osborne, que veía cómo su antiguo discípulo se alejaba de él.

Kurt había tratado de entablar amistad con Arm con escaso éxito. Cuando iba a Seattle, pasaba con frecuencia por su casa donde se veía intimidado ante la colección de singles de punk rock que poseía Arm, el mayor símbolo del estatus en el círculo en el que se movían. «Era evidente que idolatraba a Mark -recordaba Carrie Montgomery, novia de Arm-. Eso a Mark no le impresionaba en absoluto, como es lógico.» Por aquel entonces Mudhoney seguía siendo la máxima prioridad para Sub Pop y los reyes de la escena del noroeste del país. Varias multinacionales les rondaban, pero ellos se mantenían fieles a su promesa de no moverse de Sub Pop, debido a la amistad de Arm con Pavitt.

Pero incluso para Mudhoney dicha amistad se vio puesta a prueba en 1990, cuando los problemas económicos de Sub Pop amenazaban con hundir el sello y todas las bandas que llevaban. Aunque los discos de Tad, Nirvana y Mudhoney se habían vendido bien, las ventas no habían alcanzado ni de lejos el nivel necesario para financiar la ambiciosa operación que Pavitt y Poneman habían emprendido. «De hecho. Sub Pop llegó a pedirnos prestado la mitad del anticipo por nuestra primera gira europea», recordaba Steve Turner de Mudhoney. El sello estaba tan apurado que a los grupos les ofrecía acciones en lugar de los derechos debidos. «"¿Y de qué nos sirve eso?", decíamos nosotros -recordaba Matt Lukin-. Si dentro de dos semanas estaréis en quiebra». Para Lukin fue especialmente duro ver lo mal que trataba Sub Pop a sus amigos de Nirvana. «Veía el tiempo que llevaba Bruce prometiendo que les sacarían otro disco, y no hacía más que darles largas -explicaría Lukin-. Siempre los dejaban para más adelante.»

El dinero que Kurt había ganado yendo de gira no tardó en acabarse. Aquella primavera comenzó a buscar trabajo de nuevo, señalando en la sección de clasificados del *Daily Olympia*, ocupaciones tales como limpiar viviendas particulares y regar con pulguera criaderos de perros en la consulta de un veterinario, oferta de empleo a la que se presentó pero fue rechazado. Kurt y Krist decidieron crear su propio negocio de limpieza que darían en llamar «Pine Tree Janitorial» (Servicio de Limpieza El pino). Se trataba de uno más de los muchos planes para hacer una rápida fortuna que tenía

Kurt, quien llegó incluso a diseñar un folleto publicitario con ilustraciones de Krist y él escoba en mano. La propaganda anunciaba lo siguiente: «Limitamos voluntariamente el número de oficinas comerciales para encargarnos personalmente de su limpieza, empleando todo el tiempo necesario para ello». Pese a que repartieron folletos por toda Olympia, ningún cliente llegó nunca a requerir sus servicios.

Cuando no ejercía de director general de la empresa que había montado, Kurt se dedicaba a componer y a ir de gira. El grupo se reseñó la primera semana de febrero para recorrer la Costa Oeste con Tad en la que fue su gira de mayor éxito, si bien el público más nutrido y entusiasta lo reunieron en Portland y San Francisco (en un concierto celebrado con motivo del día de San Valentín en el que ambos grupos fueron presentados como unos «cachas cachondos»). Incluso en el cínico Hollywood, la gente clamó para entrar a verlos en Raji's. «Esa fue la noche que se metieron a Los Ángeles en el bolsillo -recordaba Pleasant Gehman, encargado de reservar la sala-. A la gente les imponían respeto. El club tenía un aforo de solo doscientas personas, pero juraría que había cuatrocientas.» En Los Ángeles la banda se alojó en casa de Jennifer Finch de las L7, quien calificó la apariencia que tenían entonces como «si se tratara del número circense del gran danés y el caniche: Chad era diminuto, con el pelo hasta el culo y una mirada fiera; Kurt era un poco más alto que Chad, pero tenía una melena larga y fibrosa; y luego estaba Krist, tan alto que te dolía el cuello de mirar para arriba».

La gira propició además el reencuentro de Kurt con su viejo amigo Jesse Reed, quien por entonces vivía a las afueras de San Diego. Se reunieron en el McDonald's de San Ysidro, un estacionamiento tristemente famoso por haber sido el escenario de un sangriento tiroteo, un lugar que Kurt se empeñaba en visitar en todos sus viajes. Jesse acompañó a la banda a un concierto en Tijuana, y aquella misma noche, un par de días antes del vigésimo tercer cumpleaños de Kurt, los dos amigos lo celebraron bebiéndose dos litros de alcohol y esnifando speed. Pese a los constantes problemas estomacales, Kurt

empezó a beber de nuevo a principios de 1990, y si bien no consumía alcohol con asiduidad, cuando bebía lo hacía en exceso.

Cuando Kurt regresó a Olympia solo tenía tres semanas por delante antes de partir de nuevo para otra larga gira, que incluía una parada en Wisconsin para grabar la continuación de *Bleach*. Kurt y Tracy trataron de reanimar su relación, pero la tensión que les rodeaba se hacía patente en todo momento. «Ya no se relacionaban en público», recordaba Slim Moon. Kurt se quejó a Slim de que Tracy quería mantener relaciones sexuales con más frecuencia que él. Para ella, el sexo formaba parte de los lazos que los unían; para él, en cambio, suponía un compromiso emocional que ya no podía dar.

En marzo de aquel año Damon Romero se dejó caer una noche por casa de Kurt, y alquilaron varios vídeos, una práctica habitual para un hogareño como Kurt. Kurt eligió el último largometraje de Alex Cox, titulado *Directos al infierno* y protagonizado por Joe Strummer y Elvis Costello. En un momento dado de la película, Romero señaló a una actriz y dijo: «Eh, esa es la chica del grupo de Portland». Romero estaba señalando a Courtney Love. Pese a las despiadadas críticas que había cosechado el filme entre los medios, a Kurt le gustó. «Era lo suficientemente kitsch como para que a Kurt le gustase», recordaba Romero.

El 20 de marzo el grupo se metió a hurtadillas en un aula de Evergreen con unos cuantos amigos para rodar lo que Kurt imaginaba que sería un videoclip oficial de cosecha propia. El plan de Kurt consistía en que el grupo actuara mientras se proyectaban de fondo unas escenas grabadas de la tele. «Tenía horas y horas de esa mierda absurda -recordaba el director Jon Snyder-. Había grabado secuencias del concurso televisivo *Star Search* con el típico rollo de Donny y Marie, trozos de la serie *Fanta-Island* y todos los infames anuncios de *Lee Press-On Sail* que salían en los programas de noche.» Para la primera canción, «School», la banda tocaba mientras Donny y Marie bailaban claque a sus espaldas. Para «Big Cheese» las imágenes de fondo procedían de una película muda sobre brujas que Kurt había

pedido por correo, junto con algunas tomas de las filmaciones en Súper 8 de Kurt de su infancia. «Tenía muñecas rotas, muñecas en llamas o cosas así como en *Toy Story*, donde están todos los muñecos revueltos», recordaba Alex Kostelnik, uno de los cámaras. Kurt planteó la posibilidad de ampliar el metraje y de acudir a Aberdeen para añadir más secuencias de los lugares predilectos de su infancia, una idea que, como otras muchas suyas, nunca se llevó a cabo.

Una semana más tarde cargaron la furgoneta de nuevo y volvieron a salir de gira. Tracy estaba durmiendo cuando se marchó Kurt, pero le había escrito una nota en su diario: «Adiós, Kurdt. Que vaya bien la gira y mejor aún la grabación. Resiste. Nos vemos dentro de siete semanas. Te echo de menos. Besos, Tracy». Un texto entrañable, pero incluso en el tono afectuoso en el que está escrito se percibe la derrota. Hasta Tracy había pasado ya a escribir el nombre de su novio con el de su álter ego, «Kurdt». Había perdido a su Kurt.

El 2 de abril, en Chicago, el grupo estrenó «In Bloom». Después del concierto condujeron toda la noche para ir a Madison, Wisconsin, donde se encontraba Smart Studios y el productor Butch Vig. Solo tenían una semana para grabar el álbum, pero Kurt recordó a todo el mundo la cantidad de temas que habían conseguido grabar en cinco horas para la primera maqueta. La mayoría de las canciones nuevas aún estaban en fase embrionaria, un hecho al que Kurt trató de restar importancia. Sin embargo, tenía plena confianza en que Vig, quien había trabajado con cientos de bandas de rock alternativo, pudiera transformar sus ideas. Vig les dejó impresionados; al ser él mismo batería, logró captar el sonido de batería que a Kurt le parecía que faltaba en todos los intentos anteriores de la banda.

Trabajando a un ritmo frenético, consiguieron grabar ocho temas,[3] incluyendo una versión de «Here She Comes Now» de los Velvet Underground, grabada para un álbum recopilatorio. En solo unos días hicieron cinco canciones nuevas y regrabaron dos de las antiguas. A Kurt, naturalmente, le desilusionó que no pudieran grabar más. Cinco de los temas que grabaron en los estudios Smart acabarían formando parte del álbum *Nevermind*.

Para componer las nuevas canciones, Kurt penetró en las profundidades de su vida en busca de material, y escribió acerca de los personajes que le rodeaban. «In Bloom» (En flor) era un retrato apenas velado de Dylan Carlson, mientras que «Pay to Play» (Pagar para tocar) se mofaba de la práctica de los clubs que cobraban dinero a las bandas por tocar. «Breed» (Procrear) resultó ser el tema más complejo de la sesión: empezó titulándose «Imodium» y hablaba sobre la medicación que tomaba Tad contra la diarrea, si bien poco queda en la versión grabada en Smart que pueda relacionarse con Tad; en su lugar, Kurt empleó el título para aludir a una vomitona. Más elaborada que las largas parrafadas que solía escribir Kurt en su primera época, la letra acababa con la frase «she said» (dijo ella), dando a entender que la canción reflejaba un diálogo, y añadiendo con ello otra capa narrativa más para ser descifrada.

A Kurt se le había ocurrido un título para el álbum: *Sheep* (Borregos). El nombre era una broma referida a las masas que Kurt tenía el convencimiento de que comprarían su siguiente trabajo. «Porque quieres no; porque los demás son», escribió en un anuncio falso para *Sheep*. El anuncio rezaba así: «Pueden las mujeres gobernar el mundo. Aborta a Cristo. Asesina el mayor y el menor de los dos males. Roba *Sheep*. En tu tienda más cercana. Nirvana. Flores. Perfume. Golosinas. Cachorros. Amor. Solidaridad generacional. Y matar a tus padres. *Sheep*». Más o menos por aquel entonces Kurt escribió otra biografía inventada del grupo, la cual resultaría ser extrañamente profética, en la que describía la banda como: «Ganadores de los premios Granny en tres ocasiones, n.° 1 en la *Billbored* de los 100 principales durante 36 sedadas consecutivas. Dos veces portada de *Bowling Stoned*, aclamados como la banda más original, provocadora e importante de nuestra década por *Thyme* y *Newsweak*».*

*** Párrafo sembrado de irónicos juegos de palabras de difícil traducción: *(.Granny* («abuela», con referencia a los premios Grammy); *Billbored (bored,* «aburrido», en lugar *Billboard,* famosa lista de éxitos en Estados Unidos); *sedadas* (por *weaks,* «débiles», en vez de *week,* «semanas»); *Bowling Stoned* (algo así como «Colocón de bolos», en referencia a la revista musical *Rolling Stone): Thyme* («tomillo») y *Newsweak (weak,* «débil»), nombres deformados de las famosas publicaciones *Time y Newsweek. (N. de la T.)***

Unas horas después de finalizar la mezcla final en los estudios Smart, el grupo volvió a ponerse en marcha para continuar la gira y Vig envió los originales a Sub Pop, a pesar de que la banda tenía serias dudas sobre si poner en manos del sello la sesión, dos semanas más tarde, en Massachusetts, Kurt telefoneó a Tracy y mantuvieron una larga conversación, una conversación que ambos sabían que estaba al caer pero que ella había confiado en aplazar o eludir. Kurt le dijo que las cosas entre ellos no marchaban bien, y que tal vez debían dejar de vivir juntos. No se trataba de una ruptura definitiva; la sinceridad no era la vía de Kurt para enfrentarse a los conflictos. «Kurt pensaba que quizá podíamos vivir separados durante un tiempo porque necesitábamos más espacio», recordaba Tracy. La sugerencia de Kurt se veía salpicada de «quizás» y atenuada con la promesa de que «aunque no vivamos juntos, seguiremos siendo pareja». Pero ambos sabían que se había acabado.

En el mes siguiente Kurt durmió con una joven estando de gira. Se trató del único caso de infidelidad que sus compañeros presenciaron en toda su vida. En realidad, a Kurt el sexo se le daba fatal y se odiaba a sí mismo por ser tan débil. Cuando regresó a casa se lo contó a Tracy; a Kurt se le habían presentado multitud de oportunidades de ser infiel a lo largo de los años, y el hecho de elegir justo aquel momento para serlo parece indicar que buscaba la forma de apartarse emocionalniente, de brindar a Tracy una razón para que le odiara, lo que facilitaría la ruptura.

Como en todas las giras de Nirvana, tras un mes en la carretera, el grupo -y Kurt- parecían venirse abajo. En un concierto celebrado en el Pyramid Club hacia finales de abril sufrieron otra tanda de problemas de sonido. A Kurt se le levantó el ánimo cuando vio a una persona entre el público de modernos de Nueva York botando sin cesar, incluso durante las largas pausas que empleaban para afinar; no podía dar crédito a sus ojos cuando se dio cuenta de que se trataba de Iggy Pop. Pero su júbilo duró tan solo un instante antes de tornarse

vergüenza, ya que Kurt llevaba puesta una camiseta de Iggy Pop. Otra persona habría tenido la capacidad de reírse ante dicha coincidencia, pero para Kurt aquel hecho no hacía sino corroborar la idolatría hacia las estrellas de rock que se afanaba en ocultar. Kurt puso fin al concierto derribando la batería de Chad.

Chad tenía que estar muy atento a los cambios de humor de Kurt para discernir cuándo se le podía ocurrir arrojarse en plan torpedo contra la batería, en lo que constituía tanto un acto de autoflagelación como de violencia, y es que Kurt estaba cada vez más descontento con el sonido de Chad. En Boston, Kurt le lanzó un jarro lleno de agua y no le dio en la oreja de milagro.

Cuando Nirvana regresó al noroeste del país a finales de mayo, casi no hacía falta decir que Chad estaba fuera del grupo. Por supuesto, no se había dicho nada al respecto. Pero unas dos semanas después de que la gira finalizara, Channing se asomó por la ventana de su casa de Bainbridge Island, vio la furgoneta subiendo poco a poco por la entrada y, como un personaje condenado de un cuento de Ernest Hemingway, supo que el final estaba cerca. De hecho, le sorprendió que Kurt se dignara presentarse allí también: un testimonio de la simpatía que Kurt le tenía, pese a lo poco que tardó en asegurar que Chad «no encajaba en el grupo». En muchas ocasiones habían dormido los tres juntos en la misma cama, flanqueando Kurt y Chad a Krist para poder compartir una sola manta. Fue Krist quien habló: Kurt apenas dijo nada y se pasó casi toda la conversación mirando al suelo. Pero aquello supuso en cierto modo un alivio incluso para Chad. «Llevaba tres años viviendo muy cerca de aquellos tipos -recordaba Chad-. Habíamos bajado a los infiernos juntos. Las habíamos pasado canutas juntos, en pequeñas furgos, tocando por nada de dinero. No teníamos a ningún padrino podrido de pasta que pudiera venir a sacarnos del atolladero.» Kurt dio a Chad un fuerte abrazo de despedida. Chad sabía que habían compartido una amistad,

pero también veía que esta llegaba a su fin- «Me constaba que cuando nos dijéramos adiós, tardaríamos mucho tiempo en volver a vernos.»

12

TE QUIERO TANTO

OLYMPIA, WASHINGTON
MAYO DE 1990 - DICIEMBRE DE 1990

Te quiero ramo que me pone enfermo.
- De «Aneurysm», 1990.

La misma semana que echó a Chad, Kurt rompió además con Tracy. Aquella separación fue también una especie de expulsión, y no había nada que se le diera peor que las despedidas. Kurt decretó ante Tracy que no debían seguir viviendo juntos; sin embargo, por mucho que dijera aquello, Kurt no tenía ni el dinero ni la capacidad de mudarse a otro sitio dado su estado de letargo. Y Tracy, por su parte, se gastaba todo el sueldo en pagar las facturas, así que tampoco podía permitirse el lujo de marcharse de casa. Siguieron compartiendo el piso hasta julio, cuando Tracy encontró un sitio nuevo en Tacoma. Durante aquellos tres meses vivieron en universos alternos, en el mismo espacio físico pero, emocionalmente, a kilómetros de distancia.

El de Kurt era un mundo de traición, porque si bien le había confesado a Tracy lo de su infidelidad en Texas, se había descuidado de contarle una traición mayor, que estaba enamorado de otra mujer. Su nuevo objeto de deseo era Tobi Vail, una música de Olympia de veinte años. Kurt la había conocido hacía dos años, pero no fue hasta principios de 1990 cuando tuvo la ocasión de pasar una noche entera con ella. Al día siguiente le contó a Dylan que había conocido a la primera mujer que le había puesto tan nervioso que llegó a vomitar, una experiencia que transladó a la canción «Aneurysm», con la letra «Love you so much it makes me sick». Aunque Tobi era tres años menor que Kurt tenía más formación que él, y Kurt solía pasarse horas escuchando a Tobi y su amiga Kathleen Hanna parlotear sobre

sexismo y sobre sus planes de crear un grupo llamado Bikini Kill. Tobi tenía su propio fanzine, y en sus páginas había acuñado la frase «riot grrrl» para denominar el modelo de feminismo punk de 1990. Tobi era ante todo batería, pero también tocaba la guitarra, poseía una extensa colección de discos de punk rock y, por lo que imaginaba Kurt, era su homologa femenina. «No había una chica que supiera tanto de música», afirmó Slim Moon.

Sin embargo, pese a los intereses musicales que compartían, Kurt se había enamorado de alguien que nunca podría quererle como Tracy y, lo más importante, que nunca lo necesitaría. Tobi adoptaba una postura más despreocupada ante las relaciones que Kurt; ella no buscaba a un marido, ni estaba dispuesta a cuidarle como una madre. «Para Tobi los chicos eran como complementos de moda», declaró Alice Wheeler. Lo que Kurt buscaba en una relación era la clase de vínculos familiares de los que había carecido desde su más tierna infancia; pero Tobi rechazaba la relación tradicional, que tachaba de sexista.

Incluso el término «novia» significaba algo distinto en la comunidad punk rock de Olympia, donde pocos reconocían estar en pareja. Era como si actuar como si uno tuviera una relación formal supusiera adoptar los hábitos tradicionales de una sociedad de la que todos habían huido al acudir a Olympia. «Nadie salía con nadie en Olympia», recordaba Dylan. Desde este punto de vista, la relación de Kurt con Tracy se veía totalmente anticuada; su unión con Tobi no se ajustaba a dichos papeles estereotipados.

Habían iniciado su relación en secreto, pues él aún vivía con Tracy la primera vez que se acostó con Tobi. Pero incluso después de que Tracy se marchara de casa, su unión no parecía pasar de las tertulias de café y algún que otro revolcón de noche. Kurt pensaba en ella todo el tiempo, de forma obsesiva, y rara vez salía de casa ante el temor de que ella telefoneara, lo que no ocurría casi nunca. Su relación consistía básicamente en ir juntos a conciertos, trabajar en el fanzine y hablar de política. Kurt comenzó a interpretar la visión de Tobi sobre el punk rock desde su propia óptica, lo que le movía a escribir listas de cosas en las que creía, o de cosas que odiaba, o listas de discos que

debía escuchar. Un lema que no dejaba de repetir era: «El punk rock es libertad», una consigna que empezó a exponer categóricamente en todas las entrevistas que le hacían, aunque nunca explicaba de qué buscaba liberarse. Aquella frase se convirtió en un mantra con el que resolver todas las contradicciones de su vida. A Tobi le parecía que sonaba genial.

No obstante, a pesar de su unión intelectual, mucha gente de Olympia nunca llegó a enterarse de que eran pareja. «Durante todo el tiempo que estuvieron saliendo -recordaba Slim-, no me quedó claro si eran pareja oficial o no. Tal vez a ella no le vino bien que Kurt rompiera con Tracy, pues en cierto modo aquello la ponía en un aprieto. No creo que ella tuviera intención de estar con él mucho tiempo.» Tobi, según descubrió Kurt, era alérgica a los gatos, de modo que su granja de animales era un espacio prohibido, además de mugriento a aquellas alturas, pues con la marcha de Tracy la casa entera adoptó el aspecto de un vertedero, con pilas de platos sin fregar, el suelo sembrado de ropa sucia y las muñecas mutiladas de Kurt observando el panorama con ojos destrozados y dementes.

Un año antes Kurt se quejaba de que las feministas lo amenazaban. Pero desde el momento en que empezó a acostarse con Tobi, el feminismo de las riot grrrl le resultaba más fácil de digerir, y no tardó en abrazarlo como si se tratara de una religión que acabara de descubrir. El mismo hombre que leía en su día pornografía sobre Cicciolina pasó a emplear términos del tipo «misoginia» y a hablar sobre la política de la opresión. En su cuaderno Kurt anotó dos normas del rock derivadas de dos citas de Tobi: «1: aprender a "no" tocar tu instrumento; 2: no hacer daño a las chicas al bailar (ni en ningún otro momento) ». Lo de «aprender a no tocar» era una de las muchas enseñanzas de Calvin Johnson, quien sostenía que la maestría musical siempre iba después de la emoción.

Kurt coincidió por primera vez con Tobi cuando esta tocaba con Go Team, un grupo de Olympia que giraba en torno a Calvin, aunque por aquel entonces casi toda la escena musical de Olympia giraba en torno a Calvin. Con su corte de pelo de chico y su tendencia a llevar camisetas blancas, Johnson parecía un recluta rebelde de los marines.

Pero en lo que se refería al punk rock, tenía la pose, cuando no el aspecto, de un dictador, y creó escuela de la misma forma que un déspota recién coronado daba origen a la aparición de una constitución surgida de la nada. Calvin era líder de Beat Happening, copropietario de K Records, DJ en KAOS y promotor de actuaciones de rock locales. Calvin predicaba una ética del indie rock de baja fidelidad, y reinaba en Olympia como Buzz Osborne había mandado en Grays Harbor. «Calvin era muy anti rock -recordaba John Goodmanson-. Lo gracioso era que si tenías un bajista en el grupo, no podías estar en K.» Los seguidores de Calvin tenían incluso su propio nombre: «calvinistas». Tobi no solo era una calvinista, sino que en tiempos había sido novia de Johnson.

Cada paso de la relación de Kurt con Tobi planteaba retos para su autoestima. Ya le costaba bastante encajar en la cosmopolita escena de Seattle, pero hasta en la reducida Olympia tenía la sensación de ser un concursante en una versión punk rock de *50 por 15: ¿Quiere ser millonario?* y de que si fallaba una pregunta lo mandarían de vuelta a Aberdeen. Para un muchacho que había crecido llevando camisetas de Sammy Hagar, se imponía la necesidad de servirse en todo momento de su álter ego «Kurdt» como disfraz para ocultar su verdadero pasado. En un momento poco frecuente de autorrevelación, Kurt reconoció en su diario: «Todo lo que hago es un intento demasiado deliberado y neurótico de tratar de demostrar a los demás que soy por lo menos más inteligente y guai de lo que piensan». Cuando en las entrevistas de prensa que realizó durante 1990 le pedían que citara sus influencias, Kurt enumeraba una lista de grupos totalmente distinta de la del año anterior, pues había llegado a entender que en el mundo elitista del punk rock, cuanto más oscura e impopular era una banda, más moderno quedaba dejar caer su nombre. Sus amigos empezaron a percatarse cada vez más de su yo dividido, y es que, en presencia de Tobi, Kurt no tenía reparo en criticar a un grupo que tal vez unas horas antes había defendido.

Aquel verano Krist y Kurt se dedicaron a la meticulosa tarea de grabar copias en cinta de las maquetas de Smart Studios, pero esta vez no malgastaron dinero enviándolas a Touch and Go sino que las

remitieron a Columbia Records y Warner Brothers. Después de todos los problemas con Sub Pop, Kurt y Krist se habían propuesto fichar por una multinacional, aunque solo fuera para contar con una distribución decente. Tobi abominaba de aquella pretensión, y aseguraba que su grupo nunca estaría en una multinacional. Influido por la posición de ella, Kurt atemperaba dichas aspiraciones manifestando ante quienes le entrevistaban que Nirvana ficharía por una multinacional, cobraría el anticipo, rescindiría el contrato y sacaría un disco con K. Se trataba de una espléndida fantasía, y al igual que le ocurría con muchas de las grandes ideas que flotaban en su cabeza, no tenía intención alguna de obrar con tal insensatez como para poner en peligro la oportunidad de alcanzar fama y fortuna.

Tras la breve experiencia con Tam Ohrmund, los Nirvana se las arreglaron por su cuenta, con Michelle Vlasimsky de programadora y Krist a cargo de la mayor parte de los asuntos financieros. «Yo era el único miembro de Nirvana que había acabado el instituto», declaró Krist. En mayo de 1991, Sub Pop remitió al grupo una nueva propuesta de contrato, un documento de treinta folios de extensión que concedía numerosos derechos de enunciado inequívoco al sello. Kurt tenía claro que no quería firmarlo. Krist y él pidieron consejo a Susan Silver, la respetada manager de Soundgarden, quien tras echar un vistazo al contrato les dijo que necesitaban un abogado.

A Silver le sorprendió la obstinación de ambos en su decisión de no seguir con Sub Pop, esgrimiendo la queja de que *Bleach* no había recibido promoción alguna y de que el sello nunca les había proporcionado un recuento de las copias vendidas. Kurt manifestó que deseaba un contrato millonario con una multinacional que le guardara las espaldas con la fuerza corporativa de una gran sociedad anónima, aunque el grupo aún no tuviera batería. Dicha declaración era motivo de ejecución pública en la corte de Calvin, pero iba en contra incluso de la filosofía de la mayoría de los grupos de Seattle, además de contradecir lo que Kurt había expresado en los medios no hacía ni tres semanas. El 27 de abril, cuando la emisora de radio WOZQ le

preguntó si el grupo consideraba la posibilidad de fichar por una multinacional, Kurt contestó: «No tenemos ningún interés en las multinacionales. Estaría bien contar con una distribución mejor, pero el resto de lo que implica una multinacional no es más que un montón de mierda».

Pero, en el tiempo transcurrido desde dicha entrevista, su ruptura con Tracy le había privado de su benefactora. Y ahora declaraba que quería un «contrato millonario», aunque, sometido quizá a la influencia de Tobi, sostenía que incluso cuando Nirvana consiguiera el sustancioso acuerdo que buscaba seguirían «yendo de gira en furgoneta». Kurt había oído hablar de Peter Paterno, uno de los abogados de más peso dentro de la industria, y le pidió a Susan si podía interceder por ellos. «Mañana me voy a Los Angeles -le respondió ella-. Si venís en algún momento mientras yo esté allí, os llevaré a verle. » A lo que Krist contestó: «Esta misma noche nos pondremos en camino y en un par de días nos tienes allí».

Al cabo de dos días volvieron a reunirse con Silver en Los Angeles. Silver les presentó a Don Muller, un conocido agente, y al ver que Paterno no podía hacer un hueco en su agenda para recibirles. Silver les puso en contacto con el abogado Alan Mintz. Este los encontró «ingenuos y ambiciosos». Mintz estaba especializado en grupos nuevos, pero pudo comprobar que aun tratándose de nuevos artistas, «se contaban sin duda entre los más desaliñados que habían llamado a mi puerta». Sub Pop también andaba consultando a abogados, con la intención de valerse de la creciente reputación de Nirvana para que una multinacional invirtiera en ellos. Mintz comentó aquello a la banda. Sugiriéndoles que tal vez podrían obtener la distribución que buscaban por medio de Sub Pop. Kurt se inclinó hacia delante y repuso con firmeza: «¡Sácame de ese sello!». Kurt declaró que quería vender montones de discos. Impresionado al oír la cinta Mintz se puso manos a la obra para buscarles un trato aquel mismo día.

No le resultó muy difícil. Ya a mediados de 1990 la reputación de Nirvana como grupo con un potente directo y el éxito en ciernes de *Bleach* en las emisoras universitarias habían acabado atrayendo a representantes de A&R (artista y repertorio), agentes contratados por

las compañías discográficas para fichar a nuevos grupos. El primer A&R interesado en ellos fue Bret Hartman de MCA, quien a principios de 1990 había intentado negociar un contrato con Poneman y Pavitt para hacerse con ellos. Al ver que su interés no llegó a trascender al grupo, Hartman consiguió el número de teléfono del domicilio de Kurt y empezó a dejar mensajes en su contestador.

Cuando Krist y Kurt regresaron a Seattle procedentes de Los Angeles, volvieron directamente al estudio el 11 de julio para grabar el single «Sliver» como tema promocional de otra gira por el Reino Unido. Para aquella sesión contrataron a Dan Peters, el batería de Mudhoney, aunque seguían probando por su cuenta a otros baterías. Aquella sí que sería una sesión de estudio grabada deprisa y corriendo, realizada en medio de la grabación de un álbum de Tad aprovechando una pausa del grupo para cenar. El título se correspondía con otra de las composiciones de Cobain sin relación alguna con la letra, pero en este caso el nombre era lo único obtuso que tenía la canción, pues esta suponía un importante avance cargado de sinceridad y creatividad. Al igual que Richard Pryor, quien se afanó en forjarse una carrera como humorista hasta que empezó a contar chistes sobre su infancia en un burdel, Kurt había descubierto por fin su voz única, la cual evolucionaba cuando escribía sobre su familia. Había encontrado su don como escritor, casi por casualidad.

«Sliver» (Astilla) narra la historia de un muchacho confiado a la tutela de sus abuelos que no quiere que sus padres se marchen. El chico suplica a su abuela que lo lleve a casa, pero no sirve de nada. Para cenar le dan puré de patatas. Tiene problemas para digerir la carne. Monta en bici y acaba dándose un golpe en el dedo del pie. Se pone a ver la tele y se queda dormido. «Grandma take me home / I wanna be alone» (Abuela llévame a casa / quiero estar solo), decía el estribillo exento de adornos. La canción termina cuando el chico despierta en brazos de su madre. «Tal vez sea el tema más sencillo y directo que hayamos grabado jamás», explicó Kurt a *Melody Maker*.[1] Asimismo, fue uno de los primeros temas en los que Nirvana empleó una dinámica de contrastes, un rasgo que se convertiría en el sello de la banda, con unas estrofas tranquilas y lentas y unos estribillos que se

precipitaban con un estruendoso muro de sonido. Tras la publicación del single Kurt fue interrogado sobre el significado del mismo, y tuvo la osadía de afirmar que no era autobiográfico. Pero nadie, y desde luego nadie que lo conociera, podía dar crédito a aquella afirmación: «Iba de un niño pequeño que quería estar en su casa con su madre, y no que lo cuidaran sus abuelos», recordaba su hermana Kim.

En agosto Nirvana volvió a la carretera para realizar una breve gira por la Costa Oeste como teloneros de Sonic Youth, con Dale Crover como batería provisional. Dicha gira brindó la oportunidad a Kurt de conocer a Thurston Moore y Kim Gordon de Sonic Youth, a los que tenía en un pedestal. Ver que lo trataban como a un igual le subió la autoestima. Las dos bandas entablaron amistad enseguida y, lo mejor de todo, Moore y Gordon les ofrecieron consejo a nivel profesional, sugiriendo a los Nirvana que tuvieran en cuenta la empresa de gestión con la que trabajaban ellos, Gold Mountain.

Sin duda, necesitaban ayuda. A pesar del prestigio que les reportaba la gira, les pagaban una miseria por ir todo el día a la zaga del enorme autocar de Sonic Youth con su ridícula furgoneta Dodge, asemejándose más a unos fans incondicionales que a unas estrellas de verdad. En el concierto de Los Angeles, Bret Hartman de MCA y su jefe Paul Atkinson acudieron al camerino para charlar con el grupo al término de la actuación, y se encontraron a Kurt y Krist recogiendo ellos mismos todo el equipo, en vista de que no se podían permitir el lujo de contratar a unos roadies. Atkinson les invitó a visitar las oficinas de MCA, pero Krist repuso que tenían que volver por su trabajo. La conversación llegó a su fin cuando Krist explicó que tenía que vender camisetas, ya que necesitaban reunir algo de dinero para gasolina si querían salir de la ciudad.

Cuando la gira llegó al noroeste, la banda oriunda de la zona suscitó una expectación mayor que Sonic Youth. En Portland y Seattle los trataron como estrellas emergentes; después de cada concierto un número cada vez mayor de fans se deshacían en elogios de ellos. No obstante, la personalidad de Kurt no parecía cambiar con dichas muestras de atención, según pudo observar Sally Barry, componente de uno de los grupos teloneros de aquella gira. «Era la primera

persona que veía lanzarse encima del público con la guitarra sin que le importara una mierda -recordaba Sally-. Con otras personas veías que se trataba de un acto consciente. Pero en el caso de Kurt era espontáneo y lo sentía de verdad.» En casi todos los conciertos Kurt acababa tirándose encima del público, o viceversa. En aquella gira Kurt respetó al batería, pues Crover le había advertido a Kurt que lo machacaría hasta dejarlo medio muerto si se atrevía a tocar la batería.

Crover tenía que regresar con los Melvins, así que los Nirvana contrataron a Dan Peters como nuevo batería, y comenzaron a preparar una gira por Gran Bretaña. Pero, si bien Peters no dejó de aporrear la batería ya en un concierto que tuvo la banda el 22 de septiembre, entre el público había otro candidato al que Kurt y Krist se habían apresurado a hacer una prueba. Aquel concierto, en el que Peters tocó bien, sería su primera y única actuación con Nirvana.

El batería recién llegado era Dave Grohl, de veintiún años. Originario de Virginia, Grohl había tocado con Scream y Dain Bramage. La transposición de letras en el nombre de este último grupo («Dain Bramage» por «Brain Damage», «lesión cerebral» literalmente) bastó seguramente para granjearse la simpatía de Kurt, pues mostraba cuando menos que Grohl tenía el mismo sentido del humor que él. Fue Buzz quien los puso en contacto, retomando de nuevo su papel de mentor, en lo que supuso tal vez el mayor regalo que podía ofrecer. En el instante en que Kurt y Krist ensayaron con Grohl, supieron que habían dado con el batería definitivo.

Tan solo veinte días después Dave Grohl tocaba en su primer concierto con Nirvana, apenas familiarizado con los nombres de las canciones, y mucho menos con la parte de batería. Pero eso con Grohl apenas importaba, pues, como habían descubierto Krist y Kurt, delante de su instrumento era un animal. Kurt había bregado con otros baterías en el pasado y su perfeccionismo era resultado de las horas que se había pasado practicando con la batería. En la mayoría de las pruebas de sonido Kurt acostumbraba a sentarse a la batería y tocaba unas cuantas canciones dándole al bombo. Pero Grohl era la clase de batería ante el cual Kurt se alegraba de haber elegido la guitarra.

El primer concierto con Grohl tuvo lugar en el North Shore Surf Club de Olympia. Aquella noche supuso uno de los mayores fiascos técnicos de la historia entera de Nirvana: un tallo eléctrico provocó repetidos cortocircuitos, y el grupo tuvo que apagar la mitad de los amplificadores para evitar más apagones. La única iluminación disponible procedía de las linternas que sostenían varias personas del público, lo que creaba un efecto sobrecogedor que parecía sacado de una película de cine independiente de bajo presupuesto. Pese a tocar con una batería mínima, Grohl demostró su potente directo, golpeando su instrumento con tal tuerza que destrozó la caja.

Una semana más tarde la banda inició una gira por Inglaterra para promocionar el single «Sliver», el cual, como ya era habitual, no salió al mercado hasta que no finalizó la gira. No obstante, tocaron ante un público exaltado, y llegaron a alcanzar por aquel entonces una fama mucho mayor en Inglaterra que en Estados Unidos. Durante su estancia en Londres Kurt fue a ver a los Pixies, uno de sus grupos favoritos. Al día siguiente telefoneó al mnanager de los Pixies, Ken Goes, y le preguntó si podría llevar a Nirvana. Goes no conocía a Kurt pero accedió a quedar con él.

Cuando se reunieron en el vestíbulo de un hotel, Goes vio que a Kurt le interesaba más hablar de los Pixies que promocionar su propia banda. «No era el típico fan, ese que siempre vemos esperando a la entrada de artistas -recordaba Goes-, de hecho, no se trataba tanto de un fan como de un "estudiante" de la banda. Era evidente que sentía un profundo respeto por lo que hacían. No paró de hablar de ellos.» Durante la conversación que mantuvieron, de repente sobrevino la confusión cuando Charles Thompson, vocalista y líder de los Pixies, entró en el hotel. Goes se ofreció a presentarle a Kurt a su ídolo, pero Kurt se quedó paralizado ante dicha sugerencia. «No creo que sea buena idea -repuso Kurt, retrocediendo unos pasos-. Eh.. no puedo.» Y, dicho esto, Kurt se apresuró a batirse en retirada, comportándose como si no fuera digno siquiera de hallarse en presencia de semejante talento.

Cuando los Nirvana regresaron de Inglaterra, Dave Grohl decidió mudarse a la casa de la calle Pear; hasta entonces había estado alojado

con Krist y Shelli. Aquella misma semana MCA remitió unos billetes de avión a Kurt y Krist para que volaran a Los Angeles y visitaran sus oficinas. Dicha discográfica no constaba como la primera elección del grupo -MCA llevaba tanto tiempo sin publicar un éxito que la gente bromeaba con su nombre interpretando las siglas como Music Cemetery of America (Cementerio de Música de América)-, pero no se veían con ánimo de rechazar un billete de avión gratis. El sello los hospedó en el hotel Sheraton Universal, y a su llegada Bret Hartman acudió a verles para preguntarles si el alojamiento era de su agrado. Al entrar en la habitación, Hartman encontró la mininevera entreabierta y a Kurt y Krist sentados en el suelo rodeados de botellas de alcohol en miniatura. «¿Quién ha metido todo esto en nuestra habitación?», inquirió Kurt. Pese al hecho de que la banda había estado de gira cinco veces por Estados Unidos y dos por Europa, Kurt nunca había visto un minibar. Cuando Hartman le explicó que podía pedir lo que quisiera para tenerlo en la nevera y que MCA correría con los gastos, Kurt lo miró incrédulo. «Me di cuenta -recordaba Hartman-, que quizá aquellos chicos no tenían tanta experiencia como yo pensaba.»

Kurt y Krist nunca habían visto un minibar, pero supieron ver que los ninguneaban cuando visitaron las oficinas de MCA al día siguiente. Hartman y Atkinson habían hecho circular varias copias de *Bleach*, junto con un memorándum instando a los empleados a mostrarse afables y gentiles. Sin embargo, cuando los acompañaron en su visita por el edificio, parecía que todos los gerifaltes habían salido a almorzar. Angee Jenkins, quien llevaba el departamento de publicidad, cruzó unas palabras con ellos y les dio ánimos, al igual que los de la sección de correo, quienes se contaban entre los pocos empleados de MCA que habían escuchado *Bleach*. Lo más fuerte fue cuando los hicieron pasar al despacho de Richard Palmese, quien les dio un rápido apretón de manos antes de mascullar: «Encantado de conoceros, chicos. Me gusta mucho vuestra música pero he quedado para comer dentro de cinco minutos. Os ruego que me disculpéis». Kurt no tenía claro siquiera a quién acababa de conocer, así que se volvió hacia Atkinson y le preguntó: «¿Quién es este?». «El presidente de MCA», repuso Atkinson haciendo una mueca. Después

de aquella visita, MCA quedó descartada de la lista de posibilidades. Kurt y Krist aprovecharon su breve estancia en Los Angeles para quedar con Sonic Youth, quienes les hablaron de nuevo de Gold Mountain Management y les aconsejaron que ficharan por su sello, DGC, filial de Geffen Records, una de las pocas discográficas que hasta entonces no había expresado interés alguno en ellos.

Cuando Kurt regresó a Olympia, Grohl ya se había mudado a su casa, y su presencia sirvió para levantarle la moral durante un tiempo. Vivir solo nunca le fue bien a Kurt para su salud mental, y su aislamiento alcanzó su momento crítico durante el verano de 1990. Mostraba todos los síntomas de un niño que hubiera sufrido un grave trauma: dejó de hablar salvo cuando se dirigían a él, y todos los días se pasaba horas sin hacer nada más que acariciarse el mechón que le salía de barba, mirando a las musarañas. Ya no se veía tanto con Tobi, y cuando quedaban Kurt parecía incapaz de propiciar que la relación prosperara. En aquella época anotó resentido en su diario: «La única diferencia entre "amigos que follan de vez en cuando" y "novio/novia" estriba en los títulos oficiales dados».

Cuando Grohl se mudó a la calle Pear las cosas mejoraron durante un tiempo. Grohl era tan acomodadizo como introvertido era Kurt. «La casa -según Nikki McClure-, pasó a ser territorio masculino. Kurt tenía por fin a alguien con quien salir todo el tiempo. Daba la sensación de tratarse de una especie de matrimonio.» En vista de que Kurt era prácticamente incapaz de recoger nada, Grohl hacía cosas por él como lavarle la ropa. Pocos podrían haber llevado bien el estado en el que se encontraba aquella casa, pero Grohl había vivido los últimos años en la carretera. «Dave se crió en una furgoneta rodeado de lobos», recordaba Jennifer Finch. Dave le enseñó a Kurt a crear tatuajes de forma casera empleando una aguja y tinta india. Kurt decidió tatuarse el brazo con el logo de K Records, una «K» dentro de un escudo. Dada su falta de práctica, Kurt tuvo que pincharse en varias ocasiones antes de poder introducir la tinta en la herida.

El tatuaje fue otro intento de tratar de impresionar a Tobi... y a Calvin. Kurt explicaba el tatuaje como una muestra de amor hacia los Vaselines. Curiosamente, los Vaselines no estaban en K, si bien dicho

sello se encargaba de su distribución. «A saber en qué estaría pensando cuando se hizo ese tatuaje -diría Dylan Carlson-. Creo que le gustaban más los discos que K distribuía que los que sacaba. Tendría que haberse puesto un tatuaje que dijera "K Distribución".»

Mejor habría sido que se hubiera grabado «los Vaselines» en el brazo. Desde que Kurt incorporara el tema «Molly's Lips» de los Vaselines al repertorio de Nirvana, se dedicó a cantar las alabanzas de dicho grupo. Eran la banda perfecta para Kurt: infantiles, inexpertos y desconocidos fuera de su reducido círculo de culto de Estados Unidos y el Reino Unido. Poco después de oír a los Vaselines, Kurt emprendió uno de sus muchos intentos de escribir una carta, redactando para ello múltiples borradores en su diario, con la intención de entablar amistad con Eugene Kelly, de la banda. Dichas cartas, escritas en un tono afectuoso y familiar, siempre se veían llenas de noticias (en una de ellas Kurt comentaba su «absurdo horario de sueño según el cual me acuesto a altas horas de la madrugada y logró evitar cualquier rayo de luz») y concluían inevitablemente con varias observaciones laudatorias sobre lo buenos que eran los Vaselines: «Sin ánimo de parecer un sentimentaloide penoso, debo decir que las canciones que tú y Frances habéis compuesto son de las más bellas que existen».

Grohl compartía los gustos musicales de Kurt, pero no su obsesión por codearse con las leyendas del rock. Le interesaban mucho más las chicas, interés que se veía correspondido. Dave empezó a salir con Kathleen Hanna de Bikini Kill, lo que dio pie a que Dave y Kurt se aficionaran a la versión de Olympia de salir en parejas con Kathleen y Tobi, ocasiones en las que se dedicaban a beber cerveza y elaborar listas con los discos más importantes del punk rock. La mayoría de los entretenimientos de Dave y Kurt eran adolescentes, pero cuando quedaban con Tobi y Kathleen todo el mundo se mostraba más sociable. Aquella situación hizo aumentar el atractivo de Kurt a ojos de Tobi, pues la perspectiva de salir en grupo le parecía menos seria que la de quedar solo los dos. «Tobi y Kathleen decían literalmente: "Vamos a salir con Nirvana"», recordaba un vecino llamado Ian Dickson. En una de las desmadradas noches de fiesta en casa de Kurt,

Hanna escribió con espray la frase «Kurt huele a esencia de adolescencia» en la pared del dormitorio. Kathleen se refería a un desodorante para chicas, de modo que aquella pintada tenía sus implicaciones, pues Tobi utilizaba Teen Spirit y, al escribir aquello en la pared, Kathleen estaba mofándose de Kurt por acostarse con ella, insinuando que él olía a la fragancia de ella.

Sin embargo, a pesar de aquellas noches esporádicas de juerga, Kurt se hallaba solo y desencantado, y más de una noche acabó observando en secreto la ventana de Tobi desde la calle cual tímido Cirano. Por primera vez en años no albergaba tantas esperanzas con respecto a su carrera, aunque las discográficas no hubieran dejado de llamarle. Curiosamente, después de años de espera con gran ilusión, se sentía asediado por las dudas cuanto más cercano veía el momento real de firmar un contrato. Echaba de menos el compañerismo que tenía con Tracy, y su amistad. Varias semanas después de que Tracy se marchara de casa, Kurt le confesó finalmente que llevaba tiempo acostándose con Tobi, y Tracy se puso furiosa. «Si res capaz de mentir sobre eso, puedes mentir sobre cualquier cosa», le recriminó Tracy a gritos, y parte de él la creyó.

Por un instante se planteó la posibilidad de comprar una casa, en Olympia. No tenía forma de adquirir ningún tipo de bien hasta no recibir un anticipo, pero confiaba en obtener un sustancioso contrato que le permitiera pagar una entrada para hacerse con una lista de propiedades a su alcance. Kurt fue a dar una vuelta en coche con su amigo Mikey Nelson de Fitz of Depression, en busca de edificios comerciales ruinosos con la idea de construir un estudio de grabación delante y una vivienda en la parte de atrás. «Parecía interesado únicamente en las fincas con aspecto de negocio -recordaba Nelson-. No quería vivir en una casa normal.»

Pero aquella idea, y el resto de las fantasías que tenía para el futuro, se fue por la borda durante la primera semana de noviembre, cuando Tobi cortó con él. Kurt se quedó destrozado; cuando Tobi le comunicó su decisión, Kurt apenas pudo mantenerse en pie. Nunca le habían dejado y se lo tomó mal. El y Tobi llevaban saliendo hacía menos de seis meses. El vínculo que les unía se había basado en encuentros esporádicos, relaciones sexuales esporádicas y un idilio

esporádico, pero con todo Kurt confiaba en poder profundizar en la relación más pronto que tarde. Kurt recurrió de nuevo a su vieja costumbre de interiorizar su estado de desamparo y sumirse en el odio que sentía hacia sí mismo. Ella no le dejó por ser joven; lo dejó, suponía él, porque él no la merecía. Estaba tan asqueado que, mientras ayudaba a Slim a mudarse de casa una semana más tarde, tuvo que parar el coche para vomitar.

Después de la separación, Kurt se volvió más hosco que nunca. Llenó una libreta entera con monólogos interiores a modo de diatribas, en la mayoría de los casos violentas y angustiadas. Se valía de la escritura, la música y el arte para expresar su desesperación, y con su dolor componía canciones. Algunas de ellas parecían fruto de la locura y la ira, pero aun así representaban otro grado de su habilidad, pues la ira no respondía ya a un mero cliché sino que tenía una autenticidad carente en su trabajo anterior. Aquellos temas nuevos se veían cargados de furia, remordimiento, súplicas y pura desesperación. En los cuatro meses siguientes a la ruptura. Kurt coimpondría varias de sus canciones más memorables, todas ellas sobre Tobi Vail.

La primera fue «Aneurysm» (Aneurisma), que escribió con la intención de recuperarla. Pero no tardó en desistir de su empeño inicial para pasar a utilizar sus canciones, como tantos compositores habían hecho antes que él, con el fin de expresar su dolor más profundo. Un tema se titulaba en un principio «Formula» pero acabó llamándose «Drain You» (Agotarte). «One baby to another said I’m lucky to have met you"» (Un bebé le dijo a otro: «Qué suerte haberte conocido») decía la letra, citando textualmente unas palabras que Tobi le había dicho a él. «It is now my duty to completely drain you» (Ahora tengo el deber de agotarte por completo) seguía el estribillo; se trataba tanto de un reconocimiento por su parte del poder que tenía ella sobre él como de una acusación.

Había otras canciones inspiradas en Tobi, pues aunque no siempre se viera con claridad la asociación de ideas, en todas ellas estaba presente su espíritu. «"Lounge Act" trata sobre Tobi», afirmaría Krist. Una frase de la canción hace referencia al tatuaje de Kurt: «Til arrest

myself, I'll wear a shield» (Me arrestaré, llevaré un escudo). Otra canción resume la esencia de la relación que mantenían, una relación basada más en el aprendizaje que en el amor: «We've made a pact to learn from whoever we want without new rules» (Hemos hecho un pacto para aprender de quienquiera que queramos sin nuevas reglas). En una letra anterior inédita de «Lounge Act», Kurt se dirige de forma más directa a su antigua amante: «I hate you because you are so much like me» (Te odio porque te pareces tanto a mí), «Lithium» (Litio) fue escrita antes de la etapa con Tobi, pero la letra fue cambiando con el tiempo y al final acabó reflejando dicha época. Kurt le contó posteriormente a Chris Morris de *Musician* que el tema incluía «algunas de mis vivencias personales, como la separación de una novia y las malas relaciones, lo que me ha llevado a sentir ese vacío mortal que siente el protagonista de la canción, tan solo y harto».[2]

Aunque Kurt nunca lo especificara abiertamente, su canción mas famosa, «Smells Like Teen Spirit», no podría haber aludido a nadie más, con una letra que decía «She's over-bored and self assured» (Ella está más que aburrida y segura de sí misrna) «Smells like Teen Spirit» era un tema influido por muchas cuestiones (la ira que sentía Kurt contra sus padres, su aburrimiento, su eterno cinismo), pero aun así en varias frases sueltas resuena la presencia de Tobi. Kurt compuso dicha canción poco después de la ruptura, y el primer borrador incluía una frase eliminada en la versión final: «Who will be the king and queen of the outeast teens?» (¿Quiénes serán el rey y la reina de los adolescentes marginados?). La respuesta, en aquel punto de su imaginación, habría sido Kurt Cobain y Tobi Vail.

Sus canciones fueron el aspecto más fructífero de su ruptura; en sus escritos y obras de arte dio rienda suelta a una respuesta más enfurecida y patológica. En un dibujo se ve un extraterrestre al que le están despellejando poco a poco; en otro sale una mujer con un capirote del Ku Klux Klan levantándose la falda para enseñar brevemente la vagina; otro muestra a un hombre apuñalando a una mujer con su pene, y en otro más se ve a un hombre y una mujer en pleno coito bajo la leyenda «Viola, viola». Kurt dibujó multitud de representaciones como éstas, y escribió páginas y páginas de relatos

con trágicos finales y una imaginería perturbadora. Parrafadas como la siguiente no eran inusuales:

> De mayor quiero ser maricón, negro, canalla, puta, judío, hispano, alemán, italiano, afeminado, hippy, codicioso, lucrativo, sano, sudoroso, peludo, masculino, raro de la new wave, facha, rojo, gallina, cagada de gallina, matón, tonto del culo, físico nuclear, asesor de Alcohólicos Anónimos, psiquiatra, periodista, de puño apestoso, escritor de novelas románticas, gay, sin papeles, lisiado, yonqui, seropositivo, hermafrodita, bebé aleta, obeso, anoréxico, rey, reina, prestamista, corredor de Bolsa, porrero (todo es de puta madre, menos es más, Dios es gay, ensarta a la presa), periodista, periodista de rock, trolero, amargado, de mediana edad, amargo, canijo, flaco, testarudo, viejo, programador y editor de un fanzine que destina un porcentaje reducido a un porcentaje aún más reducido. Mantengámoslos separados, guetizados, mantengámonos unidos, no respetemos otras sensibilidades. Suicídate suicídate mata mata mata mata mata mata viola viola viola viola viola violar está bien, viola mata viola codicia codicia bien codicia bien viola sí mata.

Sin embargo, casi toda su ira se volvía hacia sí mismo. Si hubo un tema central sobre el que versaron sus escritos aquel otoño, fue el odio a sí mismo. Kurt se imaginaba como un ser «malo», «defectuoso», «enfermo». Uno de los textos narraba un relato descabellado -totalmente increíble- sobre su afición a dar patadas a las piernas de las mujeres mayores porque «en esos tobillos tienen atada una botella de plástico llena de orina y un tubo que sube hasta el viejo y gastado músculo de la vagina; la mancha amarilla sale volando por todas partes». Acto seguido, buscaba a «maricas cincuentones que presentan la misma disfunción muscular pero en una cavidad distinta. [...] Les doy patadas en la ropa interior de goma y el líquido marrón les empapa los pantalones beige». Pero al final la violencia que entrañaba tan perturbador relato se volvía contra su autor: «Entonces la gente sin un fetiche en particular me da patadas por todo el cuerpo y la cabeza y observa cómo la mierda roja cae y corre y me empapa los tejanos azules y la camisa blanca». La historia acababa con la frase «Soy malo» escrita una veintena de veces en caracteres grandes, del tamaño

que tenían las letras del graffiti que pintó en los muros de Aberdeen «YO, YO, YO», hasta que al final se quedó sin espacio, después de haber llenado hasta el último milímetro de la página. Kurt escribió dicho texto imprimiendo tal presión que atravesó el papel con el boli. Lejos de molestarse en ocultar dichos relatos, Kurt dejaba su diario abierto en cualquier rincón de la casa. Jennifer Finch empezó a salir con Grohl y tuvo ocasión de leer algunos de los escritos olvidados encima de la mesa de la cocina y de advertir su tormento «Estaba preocupada por Kurt -recordaba Jennifer-. Estaba fuera de control.»

El odio que sentía contra los demás era moderado en comparación con la violencia que describía contra sí misino. El suicidio surgía en sus escritos como un tema recurrente. En una de sus diatribas detallaba que tal vez un día se convertiría en «Hellen Keller, y me pincharía los oídos con un cuchillo y me cortaría las cuerdas vocales». Kurt fantaseaba reiteradamente con el cielo y el infierno, abrazando en ambos casos la idea de la espiritualidad como forma de evasión después de la muerte, pero la mayoría de las veces acababa descartando dicha idea de manera incondicional. «Si quieres saber cómo es el más allá -conjeturaba-, ponte un paracaídas, súbete a un avión, métete un buen pico de heroína en vena, seguido inmediatamente de un chute de óxido nitroso, y luego salta o bien préndete fuego.»

Hacia la segunda semana de noviembre de 1990, un nuevo personaje comenzó a despuntar en los escritos del diario de Kurt, y dicha figura no tardaría en estar presente prácticamente en toda imagen, canción e historia producto de su imaginación. Kurt escribía mal su nombre a propósito, y al hacerlo la dotaba de vida propia. Por extraño que resulte, le confirió un carácter femenino, pero dado que dicha figura se convertiría aquel otoño en su gran amor -e incluso le haría vomitar, como Tobi-, la elección del género tenía su parte de razón. La llamó «heroína».

13

LA BIBLIOTECA RICHARD NIXON

OLYMPIA, WASHINGTON

NOVIEMBRE DE 1990 - MAYO DE 1991

Tal vez vaya siendo hora de que la clínica Betty Ford o la biblioteca Richard Nixon me impidan seguir maltratando mi anémico cuerpo de roedor.

- De una carta dirigida a Tobi Vail, mayo de 1991

El término «heroína», escrita en inglés con la marca de género femenino que le confería Kurt, apareció por primera vez en los cómics obscenos que Kurt dibujaba ya en octavo. Al haber crecido fascinado por el rock and roll, le constaba que muchos de los músicos a los que idolatraba habían sucumbido a las drogas. Y aunque había sido adicto a los porros, abusaba de la bebida con frecuencia y hasta había llegado a inhalar los gases de los botes de gel de afeitar, prometió que nunca sufriría un destino similar. En 1987, durante uno de los períodos de purga en los que practicaba la abstinencia, Kurt reprendió a su amigo Jesse Reed cuando este le sugirió que probaran la heroína. «Después de aquello Kurt dejó de salir conmigo -recordaba Jesse-. Me empeñé en conseguir heroína, una droga que yo no había probado en mi vida, ni Kurt tampoco, y él siempre me echaba la bronca, diciéndome "Pero ¿por qué quieres suicidarte? ¿Por qué quieres morir tan mal?".» En una biografía personal sobre su relación con las drogas elaborada en una etapa posterior de su vida, Kurt escribió que probó la heroína por primera vez en Aberdeen a finales de los años ochenta, una afirmación que rebaten sus amigos dado su miedo a las agujas en aquella época y la imposibilidad de encontrar heroína en el circulo en el que se movía entonces. Lo que Kurt tomaba de vez en cuando en Aberdeen era Percodan, un narcótico que se

conseguía con receta médica; puede que Kurt fantaseara y exagerara sobre los efectos de dicho opiáceo al recordarlo posteriormente.

En otoño de 1990, con el corazón destrozado por Tobi, las mismas preguntas que Kurt le formulara en su día a Jesse podrían haberse aplicado en su caso. A principios de noviembre superó su miedo a las agujas y se inyectó heroína por primera vez con un amigo en Olympia. A Kurt le pareció que los efectos eufóricos de la droga le servían para evadirse momentáneamente de su pena y de su dolencia estomacal.

Al día siguiente Kurt telefoneó a Krist. «Eh, Krist, he probado la heroína», le contó Kurt a su amigo. «¡Vaya! ¿Y qué tal?», le preguntó Krist. «Pues muy bien», respondió Kurt. Krist le dijo entonces: «No deberías hacerlo. Mira Andy Wood». Wood era el vocalista y líder de Mother Love Bone, una prometedora banda de Seattle, que murió de una sobredosis de heroína en marzo de 1990. Novoselic mencionó a otros amigos de Olympia que habían fallecido por su adicción a la heroína. «Sí, ya lo sé», fue la respuesta de Kurt. Novoselic, en su papel de hermano mayor, le advirtió que la heroína no era como las otras drogas que había tomado: «Recuerdo que le dije literalmente que estaba jugando con dinamita».

Pero la advertencia cayó en saco roto. Si bien Kurt prometió a Krist que no volvería a probar la heroína nunca más, rompió la promesa. Para evitar que Krist o Grohl lo descubrieran, Kurt se drogaba en casa de sus amigos. Dio con un traficante llamado José, que tenía como clientes a muchos de los universitarios de Olympia. Casualmente Dylan Carlson también había tenido su primera experiencia con la heroína aquel otoño, aunque no con Kurt. Pero los lazos que los unían no tardarían en incluir asimismo la heroína, que por lo general consumían una sola vez a la semana por varias razones, entre ellas por su precaria situación económica y por su deseo de no convertirse en adictos. Pero de vez en cuando se montaban sus fiestas, como la vez que alquilaron una habitación barata de hotel en Seattle para montar una juerga privada sin molestar a sus amigos ni compañeros de casa.

Sin embargo, los amigos de Kurt estaban alarmados a más no poder por su drogadicción. Tracy había acabado por perdonarle, de vez en

cuando quedaban para verse. Cuando Shelli le contó que Kurt tomaba heroína, Tracy no daba crédito a sus oídos. Aquella semana Kurt telefoneó a Tracy de noche ya tarde; se le notaba colocado, y Tracy cuestionó su proceder sin rodeos: «Me contó que se había metido unas cuantas veces. Me dijo que le gustaba mucho, y que le hacía ser más sociable. Pero aseguró que no iba a consumir habitualmente. Intenté medir mis palabras y le dije que no debería hacerlo, procurando que no se sintiera mal por haberlo hecho». Una semana más tarde quedaron una noche para ir juntos a varias fiestas. Entre una y otra, Kurt insistió en pasar por su casa para utilizar el baño. Al ver que no regresaba, Tracy fue a buscarlo y lo encontró en el suelo, con una botella de lejía a su lado y una jeringuilla en el brazo. Tracy se puso furiosa: Kurt se había convertido en algo que no hubiera imaginado ni en sus peores pesadillas. La broma implícita en el título del primer álbum de Nirvana ya no le parecía graciosa a nadie. Pero la heroína representó solo una pequeña parte de 1990 para Kurt, y en gran medida cumplió la promesa de tomarla solo de forma esporádica. Su alejamiento de todo lo demás se debió principalmente al hecho de que su carrera comenzaba a prosperar como nunca. Kurt firmó un contrato en aquel otoño con Virgin Publishing, lo que le reportó su primer cheque sustancioso. Kaz Utsunomiya, presidente de Virgin, voló a Olympia para cerrar el trato. A pesar de que Kaz tenía una dilatada experiencia en la industria de la música y había trabajado con todo el mundo, desde los Clash hasta Queen, se quedó estupefacto al ver la miseria en la que vivía Kurt. Estuvieron hablando de las influencias de Kurt, en particular de los Clash; Kurt opinó que *Sandinista!* era uno de los primeros discos de su colección que sonaba remotamente punk.

La acción inicial del acuerdo firmado por Kurt se materializó en forma de un cheque de tres mil dólares, con los que después de pagar el alquiler se dirigió al centro comercial South Sound Mall con Mikey Nelson y Joe Preston. Kurt se gastó casi mil dólares en Toys «R» Us en un equipo de Nintendo, dos cámaras de vídeo Pixelvision, dos pistolas BU automáticas que parecían fusiles M 16 y varios modelos de plástico de Evel Knievel. También compró cacas de perro de broma, vómitos de mentira y manos cercenadas de goma. «Lo metió

todo en una cesta -recordaba Preston-. No era más que un montón de cachivaches que podía destruir.» Era como si hubieran dejado suelto a un niño de ocho años en medio de la tienda y le hubieran dicho que podía quedarse lo que quisiera. Kurt empleó de inmediato la pistola BB para arremeter a tiros contra las ventanas del edificio de Loterías del Estado de Washington situado al otro lado de la calle. También compró, por veinte dólares, una bicicleta infantil Swinger de segunda mano, un modelo que por entonces no estaba nada de moda, y que era tan minúscula que al pedalear las rodillas le llegaban casi a los hombros. A Kurt le gustaba montar en bicicleta hasta que se hacía de noche.

Kurt seguía montando en bicicleta cuando unos días después se vio en mitad de lo que en aquel momento supuso la reunión de negocios más importante que había tenido en su vida. Por recomendación de Thurston Moore, la banda se había puesto en contacto con Gold Mountain Management, una firma dirigida por Danny Goldberg y John Silva. Silva, por su condición de manager más joven, recibió el cometido de negociar con Nirvana. Se trató de una tarea fácil, ya que por su relación con Sonic Youth, contaba ya con la aprobación de Kurt. Silva y su novia, Lisa Fancher, se trasladaron a Seattle para reunirse en persona con el grupo y cenar con ellos. A Kurt le encantaba que los jefes de la industria de la música le llevaran a cenar, porque era la única manera de asegurarse una comida en condiciones. Pero en aquella ocasión, Silva y el resto de la banda estuvieron esperando durante horas mientras Kurt daba vueltas en su bicicleta Swinger en el aparcamiento del edificio de loterías. «Estábamos todos convencidos de que acabaría rompiéndose algo», recordaba Fancher. Si bien el largo retraso provocado por Kurt podía parecer otra chiquillada de las suyas, un observador mas cínico habría sugerido quizá que se trataba del primer paso de Kurt en lo que se convertiría en un duelo de voluntades con su futuro manager.

Kurt dejó la bicicleta para ir a cenar, pero cuando acabaron de comer anunció que Beat Happening tocaban en la otra punta de la ciudad. Con aquella propuesta Kurt pretendía poner a prueba el interés de Silva, y, como buen hombre de negocios, Silva se mostró

entusiasmado y acudió al concierto con Kurt. Silva protestó luego ante Fancher diciéndole que detestaba el grupo de Calvin (su novia recordaba que Silva al principio también odiaba a Sonic Youth, y que se quejaba del «gran ego» que tenían). Sin embargo, logró pasar la prueba de fuego de Kurt, y al cabo de una semana Nirvana ya había firmado un contrato con Gold Mountain.

El 25 de noviembre Nirvana ofreció una actuación en Off Ramp de Seattle que atrajo a más agentes de A&R que ningún otro concierto en la historia del noroeste del país. Representantes de Columbia, Capitol, Slash, RCA y varias discográficas más se vieron bailando a golpes los unos contra los otros. «Los tipos de A&R estaban bajo una enorme presión», afirmaría Damon Stewart de Sony. Ya solo la cantidad de agentes de A&R presentes en aquella sala alteró la visión que se tenía del grupo en Seattle. «Ya por entonces -recordaba Susan Silver-, se vieron convertidos en el centro de una actividad febril.»

El concierto en sí fue extraordinario; Kurt le comentaría posteriormente a un amigo que se trató de la actuación de Nirvana que más le había gustado. De las dieciocho canciones que tocaron, doce eran inéditas. Comenzaron el repertorio con la potente «Aneurysm», un tema que hasta entonces nunca habían tocado en directo, y el público comenzó a bailar en plan slam y a hacer surf sobre las cabezas de la gente hasta romper los focos del techo. «Para mi gusto, fue un concierto alucinante -comentó Kim Thayil dc Soundgarden-. Hicieron una versión de "Here She Comes Now" de Velvet Undcrground que me pareció cojonuda. Y luego, cuando oí "Lithium", se me quedó grabada. Ben, nuestro bajista, se me acercó y me dijo: "Este tema es un hit. Ahí tienes un Top 40".»

Los representantes de A&R se quedaron igual de impresionados. Al término del concierto, después de una interrupción provocada por una alarma contra incendios, Jetf Fenster logró convencer a la banda de que su sello era la mejor opción. Dos días después el abogado de Nirvana, Alan Mintz, llamó para informar de que el grupo iba a fichar por Charisma. El acuerdo estipulaba un anticipo de doscientos mil dólares, una cantidad sustanciosa aunque no exorbitante. Pero antes de que Fenster tuviera preparado un contrato, la banda cambió de idea en

el último momento y decidió fichar por DGC, una filial de Geffen Records. Aunque el representante de A&R de DGC Gary Gersh no fue uno de los primeros postores, el respaldo de Sonic Youth resultó ser finalmente un factor decisivo. Geffen contaba asimismo con un potente departamento de promoción, dirigido por Mark Kates, y Gold Mountain sabía que la promoción constituía la clave para catapultar al grupo. El acuerdo con Geffen establecía una suma de 287.000 dólares para Nirvana, uno de los anticipos más cuantiosos destinados a una banda del noroeste del país por aquel entonces. Mintz liberó a Nirvana de los vestigios del contrato que tenían con Sub Pop; en virtud del trato con Geffen. Sub Pop cobraría setenta y cinco mil dólares y obtendría el dos por ciento de las ventas de los dos siguientes álbumes.

A pesar de que Kurt había leído varios libros sobre la industria de la música, ni siquiera supo prever el tiempo que se tardaría en cerrar el acuerdo -el contrato no se firmó hasta abril- ni los beneficios mínimos que le reportaría al principio. Una vez descontados los honorarios de abogados y managers, deducidos los impuestos y restada la deuda, Gold Mountain le aplicó una cuota de mil dólares al mes. Kurt se retrasó enseguida en el pago de las facturas, quejándose de que no le quedaba dinero más que para *corn dogs*, una especie de salchichas de frankfurt empanadas y ensartadas en un palito; de hecho, el suelo de su casa se veía sembrado de dichos palitos.

Grohl regresó al este para pasar allí casi todo el mes de diciembre, y a falta de compañero de piso, Kurt buscó la forma de aliviar su aburrimiento como fuera preciso. Empezó a salir a menudo con Dylan, y no tardó en franquear otra barrera que había jurado no traspasar jamás. A Dylan le chiflaban las armas, y Kurt no dejaba de predicar que las armas eran un invento propio de bárbaros. Kurt accedió en varias ocasiones a ir al bosque con Dylan, pero nunca tocaba un arma, y una vez se negó incluso a salir del coche. Pero al final Kurt dejó que Dylan le enseñara a apuntar y a disparar. Se trataba siempre de un acto inofensivo, que consistía simplemente en acribillar latas con una escopeta o en destrozar a balazos proyectos de arte que Kurt había decidido sacrificar.

Kurt empezó a salir también mucho con Mikey Nelson para ir a comprar a tiendas de segunda mano. «Siempre había algún disco que confiaba en encontrar -recordaba Nelson-. En uno de sus favoritos se veía a un puñado de camioneros hablando por la radio CB. También tenía el álbum de Charles Manson *Lie.* Y era un fan incondicional de *H. R. Pufnstuf.»* Incluso a finales de 1990 Kurt defendía los méritos de *Get the Knack* de Knack. «Me comentó que los grandes temas que salían en ese disco eran los que la gente no había oído.»

John Purkey se pasó por casa de Kurt aquel mes y le ayudó a comprar los regalos de Navidad. La mayor adquisición de Kurt aquel año fue un enorme acuario a medida para sus tortugas. Antes de ir de compras fumaron marihuana, pero Purkey se sorprendió cuando Kurt le preguntó: «¿Sabes dónde puedo conseguir heroína?». «¿No te estarás chutando?», replicó Purkey. «Qué va -mintió Kurt-. En todo caso, me la fumaré.» En muchos sentidos, su escasez pecuniaria le ayudaba a poner freno a sus deseos adictivos, ya que simplemente no podía permitirse el lujo de convertirse en un drogadicto.

El 11 de diciembre Kurt buscó de nuevo ayuda médica para su afección estomacal en un doctor de Tacoma. En aquella ocasión el diagnóstico fue síndrome intestinal irritable, y le recetaron Lidox, un fármaco a base de clidinio. Dicho medicamento no pareció servir para aplacar su dolor, y Kurt dejó de tomarlo cuando al cabo de dos semanas contrajo una bronquitis.

El año acabó con un bolo de Nochevieja en el Satyricon de Portland. Slim acompañó a la banda en dicho viaje y presenció lo que recordaba como una pasada de concierto, a pesar del hecho de que Kurt se emborrachó a base de combinados de whisky con Coca-Cola, contra prescripción médica. A aquellas alturas era evidente que Kurt atraía a las grupis. Slim vio a una joven con la mirada clavada en él durante todo el concierto «Por su conducta decía: "Soy la chica del público que quiere follar contigo esta noche"». Sin embargo, Kurt no se percató y como casi todas las noches, volvió a casa solo.

Comenzaron 1991 con el trayecto de vuelta de tres horas desde Portland en plena noche, pues tenían una sesión de estudio programada para el día siguiente, en la que finalizaron dos temas. «Aneurysm» y una regrabación de «Even in His Youth». Asimismo,

trabajaron en varias canciones que Kurt acababa de componer, entre ellas una versión inicial de «All Apologies». «Había unas cuantas ideas que querían desechar -recordaba Craig Montgomery, encargado de producir los temas-. Pero tenían un equipo en pésimas condiciones y ellos llevaban un pedo brutal.»

El amigo de Kurt, Jesse Reed, regresó al noroeste del país por vacaciones, y el día después de la sesión de grabación fueron juntos a Aberdeen para visitar a los padres de Jesse. Durante el trayecto Kurt se vio hablando sobre el futuro con su amigo de toda la vida, y a medida que se adentraban en coche en el condado de Grays Harbor, reconoció el amor que sentía por aquel paisaje y por su gente, contradiciendo todo lo que decía en las entrevistas. Al pasar por delante de algunas de las granjas situadas a las afueras de Satsop -un idílico valle, a pesar de la presencia de una central nuclear abandonada-, Kurt le comentó a Jesse que su sueño era comprarse una granja con el dinero del anticipo de la discográfica. Kurt vio un rancho de grandes dimensiones y señaló hacia él: «¿Qué te parece esa casa de ahí? Si me la compro, podremos tocar tan alto como queramos, montar fiestorros, invitar a gente y a nadie le importará». La casa no estaba en venta, y Kurt aún no había cobrado nada, pero le juro a Jesse que si alguna vez daba el gran pelotazo, regresaría a su tierra natal y compraría un rancho, «como tiene Neil Young en California».

A principios de 1991 Kurt realizó una llamada telefónica que llevaba posponiendo desde hacía años: telefoneó a su padre. Desde que se había trasladado a vivir a Olympia, el contacto que mantenía con Don se producía en gran medida a través de sus abuelos.

La conversación fue corta, como acostumbraba a ser toda comunicación entre dos Cobain estoicos. Kurt habló principalmente del grupo, informando a su padre de que había firmado un contrato con una discográfica multinacional; Don no tenía claro qué significaba aquello, pero cuando le preguntó a Kurt si tenía dinero suficiente, su hijo le respondió que sí. Kurt se interesó por los otros hijos de Don, y conversaron brevemente sobre el último trabajo de Don, un empleo como investigador de la Washington State Patrol. Kurt le comentó a su padre que había tenido un montón de conciertos, a lo que Don respondió que le gustaría ir a verle en alguna ocasión. La conversación

duró tan solo unos minutos y su singularidad radicó más en lo que omitieron que en lo que dijeron. Don fue incapaz de hablar de la pena que sentía por el alejamiento de su primogénito, y Kurt fue incapaz de hablar de ninguna de las penas que sentía, por el divorcio, por su segundo matrimonio y por tantos otros conflictos.

Kurt había mantenido mejores relaciones con su madre; el interés de Wendy por su carrera, así como su aceptación de Kurt como músico, parecían aumentar a medida que lo hacía la fama su hijo. Kurt y Wendy se vieron más unidos aquel año con el suceso de otra tragedia familiar el 2 de enero de 1991, cuando Patrick, el hermano de Wendy, murió de sida en California a los cuarenta y seis años de edad. La homosexualidad de Patrick siempre se había mantenido en el más absoluto secreto en el seno de la familia Fradenburg; se trataba de un joven tan apuesto y popular entre las chicas que sus padres parecieron incapaces de creerlo cuando Patrick les anunció que era gay. Antes incluso de que le diagnosticaran el sida, Patrick sufrió una depresión clínica, pero cuando desarrolló la enfermedad en su estado más avanzado se vio sumido en una espiral emocional depresiva. Sentía una ira tan grande hacia sus padres que se planteó escribir un tratado sobre la historia sexual de su vida -que incluía el hecho de haber sido víctima de abusos sexuales por parte de su tío Delbert- y remitirlo al *Aberdeen Daily World* para escarnio de su familia. Cuando llegó el momento, la familia decidió omitir la causa de la muerte en la necrológica de Patrick y citar a la persona con la que había convivido bajo el apelativo de «un amigo especial». Kurt fue invitado al funeral, pero no asistió, alegando que tenía que trabajar en el álbum que sacaría en breve.

Por una vez, Kurt no mentía para librarse de un compromiso familiar. Era cierto que estaba preparando un nuevo disco, y los primeros días de 1991 le pillaron enfrascado en dicho proyecto. Nirvana había alquilado un nuevo local de ensayo en Tacoma, y ensayaban todos los días durante horas. Parte de los ensayos la dedicaban a enseñar a Grohl las canciones que formaban parte del repertorio del grupo, pero principalmente servían para sacar punta al nuevo material que Kurt estaba componiendo. En enero Sub Pop

publicó su último single oficial de Nirvana, una grabación en directo de la versión de «Molly's Lips» de los Vaselines. En la galleta del vinilo el sello había grabado la siguiente expresión a modo de despedida: «Más adelante».

En febrero Kurt cumplió veinticuatro años, y con motivo de aquella fecha se propuso empezar a escribir la historia de su vida, uno de los varios intentos fugaces que emprendería a lo largo de los años. En aquella ocasión logró rellenar tres páginas antes de desistir en su empeño. «Hola, tengo veinticuatro años -escribió-. Soy varón, blanco, de clase media baja, nacido en la costa del estado de Washington. Mis padres tenían un equipo estéreo compacto encajonado en un mueble de madera artificial y una recopilación de cuatro discos titulada *Good Vibrations*, con una colección de éxitos radiofónicos de la AM de principios de los años setenta producida por Ronco. Incluía clásicos como "Tic a Yellow Ribbon" de Tony Orlando and Dawn y "Time in a Bottle" de Jim Croce. Tras años de súplicas al final me compraron una batería de hojalata con membranas de papel, sacada del dorso de un catálogo de Sears. A la semana de tenerla mi hermana había agujereado ya las membranas con un destornillador."

La historia de Kurt proseguía con una mención a la costumbre que tenía su madre de tocar canciones de Chicago al piano y a la eterna gratitud que sentía hacia su tía Mari por regalarle tres discos de los Beatles. Escribió que una de sus primeras decepciones se produjo cuando se enteró, en 1976, de que los Beattles se habían disuelto seis años atrás. El divorcio de sus padres no parecía haberle afectado tanto: «Mis padres se divorciaron así que me mudé con mi padre a un aparcamiento de caravanas situado en una comunidad maderera aún más pequeña. Los amigos de mi padre le sugirieron que se hiciera socio del Columbia Record Club y al poco tiempo empezaron a aparecer discos en la caravana una vez por semana, con lo que llegamos a reunir una colección bastante grande». Y así concluía aquel intento de Kurt de contar la historia de su vida. Acto seguido retomó el tema favorito por aquel entonces de sus diarios, la redacción de textos para las carátulas del nuevo álbum. Kurt escribió numerosas versiones -al final el álbum no incluyó ninguna de ellas-, pero el

borrador de una dedicatoria pensada para el disco decía más de su infancia que su intento de biografía: «Gracias a los padres desalentadores de todas partes -escribió Kurt-, por inspirar en sus hijos la voluntad de ponerlos en evidencia».

En marzo Nirvana realizó una minigira de cuatro bolos por Canadá y, acto seguido, reanudó de inmediato los ensayos. Tras mucho debate con sus managers y jefes de la discográfica, el grupo escogió de nuevo a Butch Vig como productor para grabar en Sound City, un estudio situado a las afueras de Los Angeles. El sello se comprometía a cubrir los gastos, aunque estos se deducirían del anticipo de Nirvana.

Antes de partir rumbo a California, la banda tuvo un concierto más en Seattle, el 17 de abril en el hotel O.K. Kurt lo organizó tras enterarse de que su amigo Mikey Nelson tenía tantas multas de tráfico sin pagar que corría el peligro de ir a la cárcel. El cartel incluía a Bikini Kill y Fitz of Depression, y Kurt insistió en que toda la recaudación se destinara a Nelson. Las entradas no llegaron a agotarse debido a una fiesta celebrada con motivo del estreno de la película *Solteros* aquella misma noche, Nirvana versionó «Turnaround» de Devo, «Wild Thing» de los Troggs y «D7» de los Wipers, pero la sorpresa se produjo cuando la banda tocó una composición nueva. Kurt canturreó la parte vocal, tal vez sin saber siquiera toda la letra, pero la parte de guitarra sonaba ya en su sitio, al igual que el apabullante ritmo de batería. «No tenía ni idea de lo que estaban tocando -recordaba Susie Tennant, representante de promoción de DGC-, pero sabía que era alucinante. Me recuerdo saltando sin parar y preguntándole a alguien que tenía al lado: "¿Qué canción es esta?".»

Las palabras de Tennant reprodujeron textualmente las pronunciadas por Novoselic y Grohl tres semanas antes, cuando Kurt les enseñó un nuevo riff durante un ensayo. «Se llama "Smelk Like Teen Spirit"», anunció Kurt a sus compañeros, plagiando la pintada de Kathleen Hanna. Por aquel entonces nadie del grupo conocía el desodorante en cuestión, y hasta que el tema no estuvo grabado y masterizado nadie observó que el título incluía el nombre de un producto. Cuando Kurt tocó por primera vez la canción en el estudio,

esta tenía un ritmo más rápido y no se centraba tanto en el puente. «Kurt solo tocaba el estribillo», recordaba Krist. Fue idea de Krist reducir la velocidad de la melodía y Grohl añadió por instinto un ritmo potente.

En el hotel O.K., Kurt tarareó tan solo un par de estrofas. En aquella época se dedicó a modificar las letras de todas sus canciones, y para «Smells Like Teen Spirit» tenía varias versiones. En uno de los primeros borradores el estribillo decía así: «A denial and from strangers / A revival and from favors / Here we are now, we're so famous / We're stupid and from Vegas» (Una negación y de extraños / Un renacimiento y de favores / Aquí estamos ahora, somos tan famosos / Somos tontos y de Las Vegas). Otro comenzaba de la siguiente forma: «Come out and play, make up the rules / Have lots of fun, we know we'll lose» (Sal y juega, inventa las reglas / Pásatelo en grande, sabemos que perderemos). Más adelante en esta misma versión había una frase que formaba un pareado sin rima: «The fínest day I ever had was when tomorrow never came» (El mejor día de mi vida fue cuando el mañana no llegaba nunca).

Una semana después la banda partió rumbo a Los Angeles. En el trayecto de ida Kurt se detuvo en Universal Studios, y acudió a las mismas atracciones que había visitado con sus abuelos quince años atrás. El grupo se hospedaría las seis semanas siguientes en el complejo de apartamentos Oakwood, no muy lejos de Sound City Studios. Vig fue a verlos durante la fase de preproducción y se encontró con un panorama caótico. «Había pintadas en las paredes -recordaba-, y los sofás estaban volcados. Se quedaban levantados todas las noches y bajaban a Venice geach hasta las seis de la mañana.»[1] El nerviosismo que les provocaba la idea de la grabación lo mitigaban bebiendo, una actividad que los tres miembros del grupo practicaban en exceso. Una noche Krist fue arrestado por conducir en estado de embriaguez; John Silva tuvo que ingeniárselas para lograr que lo pusieran en libertad bajo fianza y llevárselo de nuevo al estudio.

Casi todas las sesiones comenzaban a las tres de la tarde y se prolongaban hasta medianoche. Durante las pausas Kurt deambulaba

por los pasillos del estudio y contemplaba los discos de oro de álbumes como *Rumours* de Fleetwood Mac y *Damn the Torpedoes* de Tom Petty, aunque el que más le impresionó fue el disco de Evel Knievel grabado en aquel estudio. La banda de lite metal Warrant había alquilado el estudio antes que Nirvana; cuando el grupo regresó a recoger su equipo durante la sesión de Nirvana, Kurt agarró el comunicador interno del estudio y empezó a gritar «Que me traigan una "Cherry Pie" (tarta de cerezas)», título de un éxito de Warrant. Una noche Kurt robó los másters en cinta del álbum de Evel Knievel y se los llevó a Olympia.

Aquella primera semana la dedicaron a tratar de trabajar las pistas básicas, concentrándose principalmente en el sonido de la batería, en el que Vig era un especialista. Al cabo de dos semanas tenían grabadas diez canciones, si bien de la mayoría de ellas no contaban con más de tres tomas, pues la voz de Kurt acababa desgastada después de tantos gritos. Muchas de las canciones las habían grabado ya antes en las sesiones de Smart Studios, por lo que se trató más de una labor técnica que creativa.

En comparación con las otras sesiones vividas por el grupo, en aquella ocasión se produjeron pocos problemas. Durante la grabación de «Lithium», Kurt se afanó en clavar las partes de guitarra y se fue frustrando cada vez más, hasta que acabó estrellando la guitarra contra el suelo del estudio. Al final Vig decidió utilizar la toma grabada durante el fundido de Kurt; se tituló «Endless, Nameless» (Sin fin, sin nombre) y se incluyó en el disco compacto como una canción oculta.

El mayor problema de la sesión se debió a la propia indecisión de Kurt, ya que para entonces aún no se había decidido por la letra definitiva de muchas de las canciones, aunque la banda llevaba años tocando algunas de ellas, como «Polly» y «Breed». Cuando por fin daba por zanjada la letra de un tema, en la mayoría de los casos resultaba tan paradójica como reveladora. En muchas de las frases no se percibía con claridad si cantaba sobre circunstancias externas o internas, y aunque el mensaje resultaba inexplicable lograba transmitir un tono emotivo. Kurt escribió una carta en su diario acerca del difunto crítico Lester Bangs, quejándose del estado del periodismo de

rock -una profesión que le provocaba tanta admiración como repulsa- a través de la siguiente pregunta: «¿Por qué cojones se empeñarán los periodistas en sacarse de la manga una interpretación freudiana del tres al cuarto sobre mis letras cuando el noventa por ciento de las veces no las transcriben correctamente?». A pesar del acierto de su pregunta, Kurt se pasaba horas tratando de descifrar el significado de las canciones de sus ídolos. Asimismo, trabajaba con ahínco en sus propias composiciones, introduciendo mensajes u autocensurándose cuando pensaba que sus letras eran demasiado reveladoras.

Ese fue el caso de «Something in the Way», el último tema grabado durante las sesiones de Sound City. La letra relataba el período imaginario en el que Kurt vivió bajo un puente. Kurt había compuesto aquella canción hacía un año, pero la había mantenido oculta de sus compañeros de grupo. En la idea inicial que tenía del álbum, Kurt había concebido una parte femenina (compuesta por todas las canciones sobre Tobi) y una parte masculina (que incluyera «Sliver», «Sappy» y «Polly» entre otras, todos los temas relacionados con su familia o su mundo interior). Siempre pensó en concluir el álbum con «Something in the Way», aunque nunca se lo comentó al productor. En lugar de ello presentó la canción durante las sesiones de Sound City como una sorpresa de última hora y escribió la letra en el estudio, como para fingir ante todos que la estaba sacando en aquel momento, cuando en realidad llevaba años trabajando en ella. A pesar de su carta dirigida a Lester Bangs, ni una sola persona se paraba a analizar las implicaciones freudianas de sus letras salvo el propio Kurt, y era plenamente consciente de que publicar una canción en la que daba a entender que había vivido bajo un puente sería causa de gran pesar para su familia.

Cuando finalizaron las sesiones recibieron la visita de un amigo de Grohl que se apostó con Kurt que en menos de seis meses saldría en la portada de *Rolling Stone*. «Venga, olvídalo», contestó Kurt. Mikey Nelson y sus compañeros de Fitz of Depression también aparecieron por allí y se hospedaron con Nirvana en el complejo de Oakwood, al igual que los Melvins; durante una semana hubo veintidós personas durmiendo en el apartamento de dos dormitorios que ocupaban. Los

Fitz habían corrido peor fortuna, pues un club les había prometido un concierto que les hacía mucha falta pero en el último momento lo canceló. «Llama al tipo otra vez -insistió Kurt-, y dile que también tocaremos nosotros.» Dos días después de terminar el disco, Nirvana tocó en un diminuto club de Los Angeles llamado Jabberjaw y presentaron «On a Plain» y «Come As You Are» frente a un público estupefacto. El grupo insistió en que todo el dinero de las entradas fuera a parar a Nelson. Kurt describió el concierto en una carta dirigida a Tobi como una actuación en la que «íbamos hasta el culo de alcohol y drogas, desafinamos la hostia y estábamos más bien pasotas. Tardé más de quince minutos en cambiar la cuerda de la guitarra mientras la gente hacía comentarios molestos y me llamaba borracho. Después del concierto salí corriendo afuera y vomité». Dentro del club Kurt advirtió la presencia de Iggy Pop entre el público, y esta vez Kurt no llevaba una camiseta que le diera vergüenza. «Probablemente fue el momento más halagador de toda mi vida», observó.

No obstante, la parte más reveladora de la carta de Kurt era el hecho de que reconociera su toxicomanía, incluyendo el consumo de Quaaludes, que ingería como si se tratara de caramelos. «Últimamente he tomado un montón de drogas -le escribió a Tobi-. Tal vez vaya siendo hora de que la clínica Betty Ford o la biblioteca Richard Nixon me impidan seguir maltratando mi anémico cuerpo de roedor. Me muero de ganas de estar de vuelta en casa (dondequiera que esté) metido en la cama neurótico y desnutrido, quejándome de "la mierda de tiempo que hace" y de que esa sea toda la razón de mi sufrimiento. Os echo de menos, Bikini Kill. Os quiero de todo corazón.» firmó con el sobrenombre de «Kurdt».

Esta carta -al igual que muchas otras que escribió- no fue enviada, tal vez a causa de la mujer que se cruzó en el camino de Kurt dos semanas antes del concierto en el Jabberjaw. Aquella mujer jugaría un papel en su vida mucho más importante que Betty Ford, Richard Nixon o Tobi Vail. Kurt la recordaba de su breve intervención en *Directos al infierno.*

14

QUEMAR BANDERAS AMERICANAS

OLYMPIA, WASHINGTON
MAYO DE 1991 - SEPTIEMBRE DE 1991

Tal vez podríamos ir juntos de gira por Estados Unidos y quemar banderas americanas en el escenario.
- De una carta dirigida a Eugene Kelly, septiembre de 1991.

Kurt Cobain y Courtney Love cruzaron sus miradas por primera vez a las once de la noche del viernes 12 de enero de 1990, y en menos de treinta segundos estaban peleándose en el suelo. La escena se desarrolló en el Satyricon, un pequeño club nocturno poco iluminado de Portland, Oregon. Kurt estaba allí por un concierto de Nirvana; Courtney había ido con una amiga que salía con un miembro del grupo telonero, llamado con el maravilloso nombre de Oily Bloodmen. Love, un personaje de mala reputación ya en Portland, estaba rodeada de su séquito en un reservado cuando vio pasar a Kurt minutos antes de que su banda apareciera en el escenario. Courtney llevaba un vestido de punto rojo. «Te pareces a Dave Pirner», le dijo a Kurt, dando a aquel comentario un leve tono ofensivo, aunque coqueto a la vez. Kurt tenía ciertamente un ligero parecido a Pirner, vocalista y líder de Soul Asylum, por su melena larga y enmarañada, que Kurt solo se lavaba una vez por semana, y únicamente con jabón de pastilla. Kurt respondió con una de sus peculiares técnicas de aproximación: derribó a Courtney y empezó a forcejear con ella en el suelo. «Fue justo enfrente de una máquina de discos -recordaba Courtney-, en la que sonaba mi canción favorita de Living Color. Había cerveza en el suelo» A Courtney le alegró ver que su comentario no pasaba de sapercibido, pero no esperaba que aquel crío enclenque y desamparado la tirara al suelo. Por su parte, Kurt no contaba con que su contrincante opusiera tanta resistencia: la chica le

sacaba casi ocho centímetros y tenía más fuerza que él. De no haber sido por la experiencia adquirida en el instituto en sus años de lucha libre, su adversaria podría haberle ganado la pelea. Pero el revolcón del suelo fue en broma, y Kurt la ayudó a ponerse en pie con los brazos y le ofreció, en son de paz, una pegatina de Chim Chim, el mono de la serie *Speed Racer* que había adoptado como mascota.

Según el relato que Kurt le contó posteriormente a Michael Azerrad, él sintió una atracción inmediata hacia Courtney: «Pensé que se parecía a Nancy Spungen. A una de esas típicas tías punkrockeras. Me sentí como atraído por ella. Seguramente habría querido follar con ella aquella misma noche, pero se largó».[1] Las insinuaciones de Kurt eran sin lugar a dudas falsas; Tracy se encontraba con él en Portland y, pese a su embelesamiento, no habría sido propio de él engañarla. Pero entre Kurt y Courtney se estableció una relación sexual, pues la lucha era una de las obsesiones de Kurt, y un contrincante tan respetable como Courtney era todo un partidazo.

Aquella noche se despidieron, pero Courtney siguió la carrera de Nirvana como un pitcher de la liga de béisbol estadounidense seguiría las hazañas de un jugador de la liga nacional. Leía los artículos de prensa sobre Nirvana en las publicaciones de rock y se puso la pegatina de Chim Chim de Kurt en la funda de la guitarra, aunque la música de la banda seguía sin convencerle, pues su anterior trabajo le parecía demasiado metal para su gusto. Como la mayor parte de los críticos de rock de la época, Courtney prefería a Mudhoney, y tras escuchar «Love Buzz» en una tienda de discos pasó a comprar el single. Al ver al grupo en directo posteriormente, lo que más le impresionó fue su extraña apariencia física en conjunto: «Krist era realmente enorme -según Courtney-, y empequeñecía a Kurt hasta tal punto que no se veía lo mono que era porque parecía un niño pequeño».

Su opinión acerca de Nirvana, y del niño pequeño, cambió por completo cuando compró el single de «Sliver» en octubre de 1990. «Cuando lo puse -recordaba Courtney-, me dije: "pero ¿cómo me he podido perder esto?".» En la cara B estaba «Dive» que se convirtió en su canción de Nirvana favorita. «Es tan sexy, tan sexual, tan extraña, tan evocadora... -diría Courtney-. Me pareció buenísima.»

Cuando la amiga de Courtney, Jennifer Finch, se enrolló con Grohl a finales de 1990, Nirvana y Kurt se convirtieron en un tema de conversación frecuente entre ellas. Lo apodaban Kurt «Pixie Meat», tanto por su diminuto tamaño como por la adoración que sentía Kurt por los Pixies. Courtney confesó a Grohl que estaba colada por Kurt, y cuando Dave le contó que Kurt estaba sin pareja, Courtney le envió a Kurt un regalo con la intención de trasladar el combate de lucha libre a otro ruedo distinto. Se trataba de una caja en forma de corazón que contenía una pequeña muñeca de porcelana, tres rosas secas, una taza de té en miniatura y conchas marinas cubiertas de goma laca naranja. Courtney había comprado la caja de seda y encaje en la tienda de antigüedades Gerald Katz de Nueva Orleans, y antes de enviarla la frotó con su perfume como si se tratara de un hechizo mágico. Cuando la aromática caja llegó a Olympia, era el objeto que mejor olía de toda la casa de la calle Pear, aunque no resultaba difícil alcanzar dicha distinción. Kurt se quedó impresionado con la muñeca; en 1990 las muñecas eran uno de los numerosos medios que empleaba Kurt para sus proyectos artísticos. Solía pintarles la cara y pegarles cabellos humanos en la cabeza, de lo que resultaban unas criaturas tan hermosas como grotescas que más que muñecas parecían cadáveres de niños.

Kurt y Courtney coincidieron por segunda vez en mayo de 1991 durante un concierto de L7 en el Palladium de Los Ángeles. Kurt estaba entre bastidores bebiendo jarabe para la tos directamente de la botella. Por una de esas casualidades del destino que recordaba a su primer encuentro con Tracy y la afición que compartían por las ratas, Courtney abrió su bolso y mostró un frasco de jarabe para la tos, de una marca más potente. Una vez más rodaron por el suelo forcejeando, pero en esta ocasión la acción implicó más toqueteo que desafío físico.

Según los que presenciaron la escena, había algo sumamente sexual entre ambos. Cuando Kurt dejó que se levantara, la tensión disminuyó y se pusieron a hablar de trabajo. Courtney se apresuró a jactarse de que su banda, Hole, acababa de grbar *Pretty on the Inside*, con Kim Gordon de Sonic Youth en la producción; Kurt habló de su nuevo

álbum, aún en fase de producción. Kurt solía mostrarse sumiso cuando conocía a alguien por primera vez, pero en su empeño por impresionar a Courtney sacó a colación todos los nombres y referencias que se le ocurrieron, en un claro intento de aventajarla. Como Kurt no tardaría en descubrir, pocos podían superar a Love en elocuencia. Courtney sabía mucho más que él del negocio de la música, y la carrera de Hole iba tan lanzada en aquella época como la de Nirvana. Courtney era una igual, cuando no una mentora para Kurt, en muchos más sentidos de los que lo había sido Tobi.

En el transcurso de la conversación, Kurt reveló que estaba alojado en los apartamentos Oakwood; Courtney le comentó que vivía a solo unas manzanas de allí. Le apuntó su número de teléfono en una servilleta de bar y le dijo que la llamara en algún momento. Courtney estaba flirteando en serio, y Kurt le correspondió.

Quebrantando todas las reglas habidas y por haber para ligar, Kurt la llamó aquella misma noche a las tres de la madrugada, con una voz de desesperación como la del pobre desgraciado con el corazón roto de *Swingers*. «Se oía mucho ruido de fondo», recordaba Courtney. Kurt fingió haber llamado con la única intención de averiguar dónde conseguía ella el jarabe para la tos, pues aquella primavera le había dado por ese brebaje más que por cualquier bebida alcohólica. Pero lo que en el fondo quería era seguir hablando con ella. Y como Kurt pudo comprobar, Courtney tenía cuerda para rato. Aquella noche su voz normalmente resonante no era más que un susurro, ya que su novio y compañero de grupo, Eric Erlandson, estaba durmiendo en la habitación contigua. Por aquel entonces Courtney mantenía asimismo una relación a larga distancia con Billy Corgan de los Smashing Pumpkins.

Estuvieron hablando casi una hora, y fue una conversación que Kurt recordaría durante semanas y semanas. Aunque Kurt solía mostrarse franco e irritante por teléfono, había ciertas personas que tenían la capacidad de sacarle conversación, y Courtney era una de ellas. Kurt llegó a decir cosas por teléfono que no se habría visto capaz de decir en persona unas horas antes. Kurt hizo referencia a la caja en forma de corazón y le dio las gracias a Courtney por el regalo. A ella le

emocionó que Kurt le hubiera prestado atención, pero enseguida cambió de tema, y pasó a vomitar un monólogo interior a ritmo de rap sobre asuntos diversos como productores, críticos, Sonic Youth, el arte de tocar la guitarra, marcas de jarabe para la tos y la composición de canciones salpicado de breves pausas. Saltaba de un tema a otro como el que cambia de canal con el mando a distancia. Cuando Kurt describió la conversación a su amigo Ian Dickson, empezó diciendo: «He conocido a la chica más guai del mundo». Tanto Dickson como otros amigos suyos acabarían quejándose aquel mes de mayo de que «Kurt no paraba de hablar de ella. Que si "Courtney dijo esto", que si "Courtney dijo aquello"». Pasarían cinco meses antes de que volvieran a verse, pero durante aquel tiempo Kurt recordaría a menudo aquella conversación, preguntándose si sería real o la habría soñado inducido por una sobredosis de jarabe para la tos.

A principios de junio Vig terminó el álbum de Nirvana, y la banda inició el laborioso proceso de supervisar la mezcla, la masterización y la creación de la portada y el vadeo. La grabación contaba con un presupuesto inicial de sesenta y cinco mil dólares, pero dos meses después los gastos superaban los ciento veinte mil dólares. Vig había hecho un admirable trabajo captando el poder del directo de Nirvana en un álbum de estudio, sin embargo sus mezclas no eran del gusto de los managers del grupo.

La carrera de Nirvana había pasado a verse dirigida por tres hombres: los comanagers John Silva y Danny Goldberg de Gold Mountain y Gary Gersh de DGC. El trío se enfrentó a la difícil tarea de convencer a Kurt de que el álbum necesitaba remezclarse. Para ello recurrieron a los servicios de Andy Wallace, un profesional que había trabajado con artistas tan variados como Slayer y Madonna. «La mezcla de Wallace fue un factor fundamental para conseguir que el disco quedara como quedó», opinaba Goldberg. Wallace mezcló las pistas básicas de un modo que hizo que sonaran potentes por la radio; al separar las partes de guitarra y de batería, logró que el sonido tuviera esa garra que faltaba en las anteriores grabaciones de Nirvana.

En aquel momento Kurt se mostró conforme con dicha orientación, si bien posteriormente afirmaría que el álbum sonaba «demasiado facilón». «En general -recordaba Wallace-, todos queríamos que la grabación sonara lo más grande y potente posible.»[2]

No fue hasta principios de junio cuando Kurt escogió un título definitivo para el disco. Al final decidió descartar la idea de *Sheep* por considerarla pueril. Un día sugirió a Krist que lo llamaran *Nevermind* (Noimporta). A su modo de ver, dicho título funcionaba a varios niveles, pues servía como metáfora de su actitud ante la vida, era gramaticalmente incorrecto, al combinar dos palabras en una, lo que siempre suponía un valor añadido para Kurt, y procedía de «Smells Like Teen Spirit», la canción que más había dado que hablar en las sesiones. Aunque la banda había entrado en el estudio convencida de que «Lithium» sería el hit, una vez producido el álbum, «Smells Like Teen Spirit» fue la apuesta como primer single.

Kurt se había pasado dos años pensando en los textos de las carátulas y en varios conceptos para la portada del disco, pero a principios de 1991 desestimó todas las ideas y partió de cero. Aquella primavera había visto un programa de televisión acerca del parto acuático y a través de la discográfica trató sin éxito de conseguir la filmación del programa. Kurt acabó plasmando una idea ligeramente distinta en una hoja de papel de libreta; se trataba de un bebé nadando bajo el agua tras un billete de dólar. La imagen resultaba impactante, y en un principio se produjo cierta controversia por lo prominente que se veía el pene del bebé. Para la contraportada, Kurt insistió en poner una fotografía de Chim Chim sobre un collage de vagina/carne.

Para las fotos de la banda, Kurt había contratado al fotógrafo fincado en Nueva York, Michael Lavine, quien voló a Los Ángeles a principios de junio. Kurt le recibió con un abrazo y, acto seguido, procedió a enseñarle una llaga enorme que tenía en la boca. Además presentaba una grave infección en las encías como resultado de un cepillado de dientes infrecuente. Kurt, nada amigo de que lo fotografiaran, tomó fuerzas para la sesión fotográfica bebiéndose una botella entera de bourbon Jim Beam. Pero a pesar de la infección, Kurt estaba de buen humor y muy sonriente. «Se mostró muy gracioso y simpático -recordaba Lavine-. Comimos tacos, dimos una vuelta e

hicimos las fotos.» A la hora de seleccionar las imágenes definitivas para la portada interior, Kurt eligió una fotografía en la que aparece mostrando el dedo corazón.

Hacia la segunda semana de junio Nirvana volvió a salir de gira, la única fuente de ingresos real del grupo. Realizaron una ruta por la Costa Oeste de dos semanas con Dinosaur Jr. y los Jesus Lizard. Ya entonces empezaron a tocar las canciones de *Nevermind*, aunque todavía faltaban meses para su lanzamiento, **y** en cada concierto crecía la respuesta del público ante «Smells Like Teen Spirit». Kurt regresó a Olympia con dinero suficiente para comprarse un coche; su viejo Datsun fue directo a la chatarrería. El 24 de junio Kurt le compró a un amigo un Plymouth Valiant del 63 de color beige por quinientos cincuenta dólares. Pese a tener más de doscientos veinticinco mil kilómetros en su haber, el vehículo se hallaba en buen estado y los amigos de Kurt comentaron que parecía propio de una abuela. Cuando circulaba con él por Olympia avanzaba a paso de tortuga, pues pensaba que si conducía 16 kilómetros por debajo del límite de velocidad disminuiría el desgaste natural del motor.

Kurt y Tobi mantenían una relación de amistad, y seguían hablando del disco que querían hacer juntos. La única otra mujer que había en la vida de Kurt en aquel momento era Carrie Montgomery, la ex novia de Mark Arm, a la que había acabado muy unido. Se trataba de una relación platónica, aunque todos los que frecuentaban los mismos ambientes que ellos, incluido Mark Arm, no la entendían así. Sin novia, Kurt se veía más pesimista que de costumbre, un rastro ya de por sí bastante marcado de su carácter. Todos sus amigos estaban entusiasmados con su éxito, pero Kurt no compartía su entusiasmo. Era como si el mundo organizara un desfile en su honor, y todos sus conciudadanos acudieran a celebrarlo salvo el homenajeado en cuestión. Cuando aquel verano apareció en Olympia una joven procedente de Inglaterra, con la única intención de localizar a Kurt y llevárselo a la cama. Kurt acabó acostándose con ella, algo inusitado en él. Al cabo de un par de días se dio cuenta de su error, pero dada su tendencia a evitar los conflictos, le costó casi una semana darle puerta. Cuando por fin lo hizo, la joven se quedó a la salida de su casa

gritando y echando pestes de él. Fue uno de aquellos incidentes que enseguida se convertiría en la comidilla de toda Olympia. Aquel desliz, sumado a su decisión de fichar por una multinacional, dañó su relación con los calvinistas; los crecientes rumores sobre su adicción a la heroína solo sirvieron para añadir más leña al fuego.

En julio Grohl se trasladó a la zona oeste de Seattle; Kurt se quedó solo de nuevo y se retiró más aún del mundo. Dejó de limitar sus colocones de heroína a una noche a la semana: si tenía dinero y podía conseguirla, se pasaba el fin de semana entero drogándose y durmiendo solo en su casa. Cada vez escribía menos en su diario, tocaba menos la guitarra y se evadía más del mundo.

Incluso estando sobrio, Kurt se mostraba cada vez más excéntrico, o eso les parecía a sus amigos. Kurt tenía un gatito blanco llamado Quisp, y le dio por teñir el pelaje del animal (así como su propio cabello) de rojo, blanco y azul con Kool Aid. Permitía que Quisp, un macho, copulara con su conejo Stew, una hembra. Esta tenía una vagina fuera de lo normal que a Kurt le fascinaba; la coneja poseía un útero invertido, por lo que a menudo le sobresalía. «Kurt solía coger un lápiz y metérselo para dentro», recordaba Ian Dickson. Kurt tenía la teoría de que el hecho de que el gato copulara con la coneja había producido un desarreglo en el aparato reproductivo de la coneja, aunque, lejos de hacer el menor intento de poner fin a las travesuras de sus mascotas, acabó por tener la observación del apareamiento entre distintas especies como uno de sus entretenimientos favoritos.

Aquel mes Kurt y Dickson fueron a nadar a una cantera situada a las afueras de Olympia y Kurt regresó a casa con un montón de renacuajos que había capturado. Los soltó en el acuario y observó con fruición cómo se los comían las tortugas. «Fíjate -le dijo Kurt a Dickson-, mira cómo se ven sus pequeñas extremidades y apéndices flotando en la pecera.» Un joven que solía salvar aves con alas rotas se deleitaba ahora viendo cómo unas tortugas devoraban unos renacuajos.

La segunda semana de julio Kurt hizo algo tan impropio de él que, al enterarse Tracy de la noticia, tuvieron que repetírsela, pues no podía creer lo que estaba oyendo acerca del hombre que amó una vez, y era

que Kurt había vendido sus tortugas. Kurt justificó aquel acto asegurando que necesitaba el dinero; por cuestiones de tiempo no debió de ser, ya que siempre lograba contar con un amigo u otro para que cuidaran de sus animales mientras él estaba de viaje. A todo aquel que se prestaba a escucharlo le contaba que estaba más pelado que nunca, a pesar de haber fichado por una multinacional. Por las tortugas había pedido cien dólares, pero cuando el comprador apareció tan solo con cincuenta, Kurt los aceptó. Tracy visitó la casa de la calle Pear y encontró el acuario de diseño volcado de lado en el jardín. Curiosamente, algunos de los renacuajos empleados como alimento para las tortugas habían sobrevivido y la hierba se veía cubierta de ranas diminutas.

El 15 de julio Kurt voló a Los Angeles para atender más cuestiones relacionadas con la portada del álbum y las fotos promocionales. Cuando regresó a Olympia el 29 de julio, encontró sus posesiones personales apiladas en cajas junto al bordillo de la calle; lo habían desahuciado. A pesar de haber grabado su primer disco con una multinacional aquella primavera y de haber firmado un contrato discográfico, se había retrasado en el pago del alquiler. Por suerte, sus vecinos se habían puesto en contacto con Tracy para que fuera a buscar los animales, pero el material artístico de Kurt, sus diarios y gran parte de sus instrumentos y aparatos musicales se hallaban metidos en cajas de cartón junto a la casa. Aquella noche, y las que habrían de venir duran te varias semanas, durmió en su coche.

Mientras Kurt dormía en el asiento trasero de su Valiant en Olympia, sus managers y jefes de la multinacional se hallaban en Los Angeles discutiendo sobre el número de copias que iba a vender *Nevermind*. Al principio, las expectativas al respecto en el seno de Geffen eran muy reducidas, pero estas fueron aumentando a medida que circulaba una cinta de adelanto del álbum. A decir verdad, las expectativas eran mucho mayores fuera de la discográfica de Kurt que dentro de la compañía. Durante 1990 y principios de 1991 Nirvana se había convertido en la banda de moda, y la cinta de adelanto se extendió

como un virus entre los empleados de la industria de la música que estaban al corriente. John Troutman fue uno de ellos: aunque trabajaba para RCA, realizó numerosas copias de la cinta y las repartió entre programadores de radio y amigos por el mero hecho de que el grupo le entusiasmaba. Nirvana había sabido granjearse un público a la antigua usanza, yendo de gira sin parar. La víspera del lanzamiento del nuevo álbum tenían una base de fans leales aguardando el momento.

Nirvana había fichado por DGC, una pequeña filial del sello Geffen que solo contaba con un puñado de empleados y un par de artistas de primera fila. Por el contrario, Geffen tenía a Guns N Roses, el grupo de rock de mayor éxito de la época. Los empleados de Geffen interpretaban las siglas de DGC como «Dumping Ground Company» (Compañía Vertedero) en lugar del verdadero significado de las iniciales, David Geffen Company, bromeando con el hecho de que los grupos malos se metían en DGC para no manchar el nombre de Geffen. Pocos de los que trabajaban en el sello esperaban que Nirvana consiguiera un hit con su debut discográfico. «En las reuniones de marketing celebradas en aquel momento -recordaba John Rosenfelder, del departamento de promoción radiofónica de DGC-, se preveían unas ventas de cincuenta mil copias, en vista de que Sonic Youth había vendido ciento dieciocho mil de *Goo*. Pensamos que si llegaban a vender la mitad de aquello, ya podíamos darnos por satisfechos.» El enigmático presidente del sello, David Geffen, dejaba que sus representantes de A&R se encargaran de llevar la empresa, pero Rosenfelder le pasó un cásete de *Nevermind* al chófer de Geffen, con la esperanza de que el mandamás de la discográfica se interesara por el grupo.

Kurt y el resto de la banda volaron de nuevo a Los Angeles a mediados de agosto para emprender las campañas promocionales del nuevo álbum y prepararse para una gira por Europa. DGC corría con los gastos de alojamiento, que en aquella ocasión consistió en una sola habitación en la pensión Holiday Inn. Al haber solo dos camas, Kurt y Dave echaban una moneda al aire cada noche para ver a quién le tocaba dormir con Krist. Pero para Kurt cualquier cama, aunque fuera

compartida con el bajista grandulón, era mejor que el asiento trasero de su coche.

El 15 de agosto Nirvana tocó para la gente de la industria en el Roxy. Aunque el evento se organizó principalmente para que los ejecutivos de Geffen tuvieran ocasión de ver su nueva adquisición, el concierto atrajo a un público de figuras influyentes de todos los niveles de la industria. «Fue extraño -recordaba Mark Kates, director de promoción de DGC-, porque "todo el mundo" tenía que verlos, "todo el mundo" tenía que entrar.» La actuación del grupo dejó impresionados hasta a los serios ejecutivos de Geffen. Después del concierto un vicepresidente de Geffen anunció: «Vamos a vender cien mil discos», el doble de lo que había pronosticado dos semanas antes.

El mismo día del concierto en el Roxy el grupo había realizado su primera entrevista radiofónica para promocionar *Nevermind* en la emisora universitaria KXLU. John Rosenfelder les llevó en coche hasta allí mientras los componentes de la banda arrojaban Reese's Peanut Butter Cups a los vehículos que pasaban. Cuando Rosenfelder le comentó a Kurt que *Nevermind* «era buena música para colocarse». Kurt contestó: «Quiero una camiseta teñida a mano con la sangre de Jerry García». Al igual que su lema «El punk rock es libertad», aquel comentario, referido al cantante y líder de los Grateful Dead, estaba tantas veces en boca de Kurt que bien podría haberlo puesto en pegatinas para parachoques. Una vez en la emisora, Rosenfelder sacó un *test-pressing* o prueba en vinilo de lo que ya por entonces habían decidido que fuera el primer single, en lo que representó la primera emisión por antena de «Smells Like Teen Spirit». En el trayecto de regreso a la pensión, Kurt comentó con entusiasmo lo bien que sonaba.

La banda comenzó el videoclip para «Smells Like Teen Spirit» dos días después del concierto en el Roxy. El concepto inicial del vídeo, una asamblea de instituto que acaba fatal, se le había ocurrido a Kurt, quien tenía escrito un guión básico, detallando la idea de utilizar a prostitutas en el papel de animadoras, con símbolos anárquicos en las sudaderas. Kurt le dijo a John Gannon, un cámara presente en el rodaje, que quería que una «cámara-pogo» lo filmara, «algo contra lo

que pueda estampar la cabeza". Pero Kurt tuvo que bregar desde el principio con el director Sam Bayer, a quien llamaba «un pequeño Napoleón». Lo cierto era que Kurt quería dirigir el vídeo. Bayer y Cobain se enzarzaron en un duelo dialéctico cada vez más subido de tono, pero el director supo valerse de aquel hecho en beneficio propio, pues vio que la ira manifiesta de Kurt podía contribuir a vender la canción. Además de enfadado, Kurt estaba borracho, pues se había bebido media botella de Jim Beam entre toma y toma. Kurt ayudó a editar la versión final y añadió el plano en el que salía con la cara pegada casi a la cámara; era el único momento del vídeo en el que su atractivo resulta aparente. La escena en la que el público se desmadra y se abalanza sobre la banda recrea con exactitud algunos de los primeros conciertos sin escenario del grupo.

En el videoclip había incluso una broma oculta, una broma que escapó a casi todo aquel que lo vio salvo a Kurt, Krist y un puñado de «klingon» de Aberdeen. En el vídeo salía un conserje con una fregona y un cubo, una representación de Kurt ejerciendo su antiguo trabajo en el instituto de Aberdeen. El peor empleado de la limpieza de Weatherwax High había pasado a convertirse en la nueva estrella de rock de Estados Unidos.

Dos días después de la filmación del vídeo, la banda abandonó el país para anunciar una gira de diez conciertos por Europa con Sonic Youth. Kurt había convencido a Ian Dickson para que los acompañara en el viaje, (como andaban justos de dinero, Kurt le prometió a sus managers que él compartiría su habitación con Dickson. «Me consta que John Silva pensaba que éramos amantes», recordaba Dickson. Por aquel entonces Silva no era el único que sospechaba que Kurt era homosexual; muchos empleados de Geffen y Gold Mountain daban por sentado equivocadamente que era gay.

La gira europea, que en gran parte quedó plasmada en la película *1991: The Year Punk Broke* de Dave Markey, supuso en cierto modo un hito en la carrera de Nirvana, pues tocaron ante masas enfervorizadas y Kurt se vio embargado de una inusitada alegría. En aquel momento circulaban ya adelantos de *Nevermind*, y el éxito

futuro del disco pendía en el aire como si estuviera predestinado. Aquella breve gira de dos semanas fue el momento más feliz de Kurt como músico. «Incluso en el vuelo de ida -recordaba Markey-, Kurt no dejaba de dar saltos de alegría.» Cuando Nirvana tocó en el Festival de Reading, el acontecimiento de rock más prestigioso de Inglaterra, Eugene Kelly de los Vaselines accedió a subir al escenario para tocar a dúo «Molly's Lips». Como Kurt diría posteriormente, fue el momento más grande de su vida.

Hole también tocó en Reading, pues al igual que ellos estaban de gira por Inglaterra. Kurt se había encontrado con Courtney la noche anterior, cuando Hole teloneó a Mudhoney. Para herir a Courtney, Kurt se marchó del club con dos grupis, aunque posteriormente aseguró que no tuvo relaciones sexuales con ninguna de ellas. En Reading, Courtney se mostró más generosa. Cuando Markey le plantó la cámara delante y le preguntó si tenía algo que decir, Courtney contestó: «Kurt Cobain me ha parado el corazón. Pero es un mierda».

El de Reading fue el primer concierto en el que Kurt comprobó que Nirvana acaparaba una atención comparable a la que atraía Mudhoney. Hacía tan solo cuatro años Kurt había tocado por primera vez en público en una taberna, donde tuvo que dejarse la piel para que se le oyera entre el barullo de la gente; ahora se veía tocando en un festival delante de setenta mil personas, y en el instante en que se acercó al micrófono el público entero se quedó en silencio, como si un príncipe se dispusiera a hablar. «Ese día, los Nirvana parecían envueltos en un halo de vanidad -recordaba el road manager Alex MacLeod-. Tenían confianza en sí mismos.»

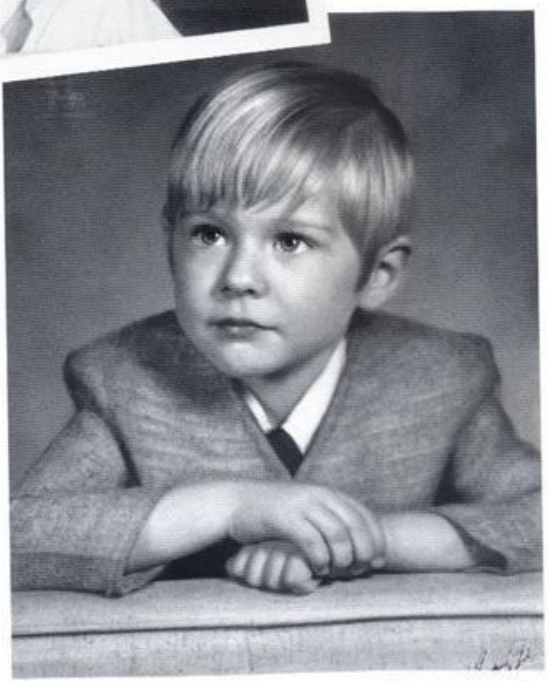
Y por una vez dicha confianza se extendió a los sentimientos de Kurt sobre sí mismo. Kurt se lo pasó en grande durante aquella gira, y aprovechó al máximo su creciente popularidad. La mayoría eran festivales donde actuaban cinco o seis bandas, por lo que se respiraba un ambiente de fiesta continua. «Se juntaron en lo que parecía un circo ambulante -recordaba Markey-, y lejos de resultarles una carga, les parecía más bien unas vacaciones.» Pero eran unas vacaciones sacadas de una película de Chevy Chase, pues cada parada de la gira implicaba una batalla campal con comida o una orgía etílica de algún

tipo. El concierto de Nirvana solía ser de los primeros de la jornada, y después de tocar se pasaban la tarde emborrachándose con el alcohol que ponían a su disposición los promotores. Cuando Nirvana llegó al Pukkelpop Festival de Bélgica el 25 de agosto, se comportaron como unos universitarios en unas vacaciones estudiantiles, destrozando los camerinos y tirando las bandejas de comida. Durante un concierto de Charles Thompson de los Pixies, Kurt agarró un extintor contra incendios que había entre bastidores y lo lanzó. Un año antes le había dado demasiada vergüenza incluso conocer a Thompson; ahora trataba de echar del escenario a manguerazos al que fuera su ídolo.

Durante la gira Kurt rara vez pasó por delante de un extintor que no acabara disparando. En giras anteriores sus tendencias destructivas se veían estimuladas por la frustración que sentía por cómo había tocado, por los problemas con el sonido o por las peleas con sus compañeros. Pero durante aquel breve período de su vida la destrucción venía dada por un sentimiento de euforia y felicidad. «El momento más emocionante para un grupo es justo antes de que se hagan realmente populares», manifestaría posteriormente Kurt a Michael Azerrad.[3] En el caso de Nirvana, dicho momento se produjo sin lugar a dudas en agosto de 1991.

Kurt Cobain, con dos meses de edad, en brazos de su padre, Don, quien lleva puesto el uniforme de la gasolinera con su nombre en la pechera.

FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE LELAND COBAIN.



Ya de niño, Kurt destacaba por sus extraordinarios ojos azules.
FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE LELAND COBAIN.

Wendy, Kim, Don y Kurt Cobain, en las navidades de 1974.

FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE LELAND COBAIN.

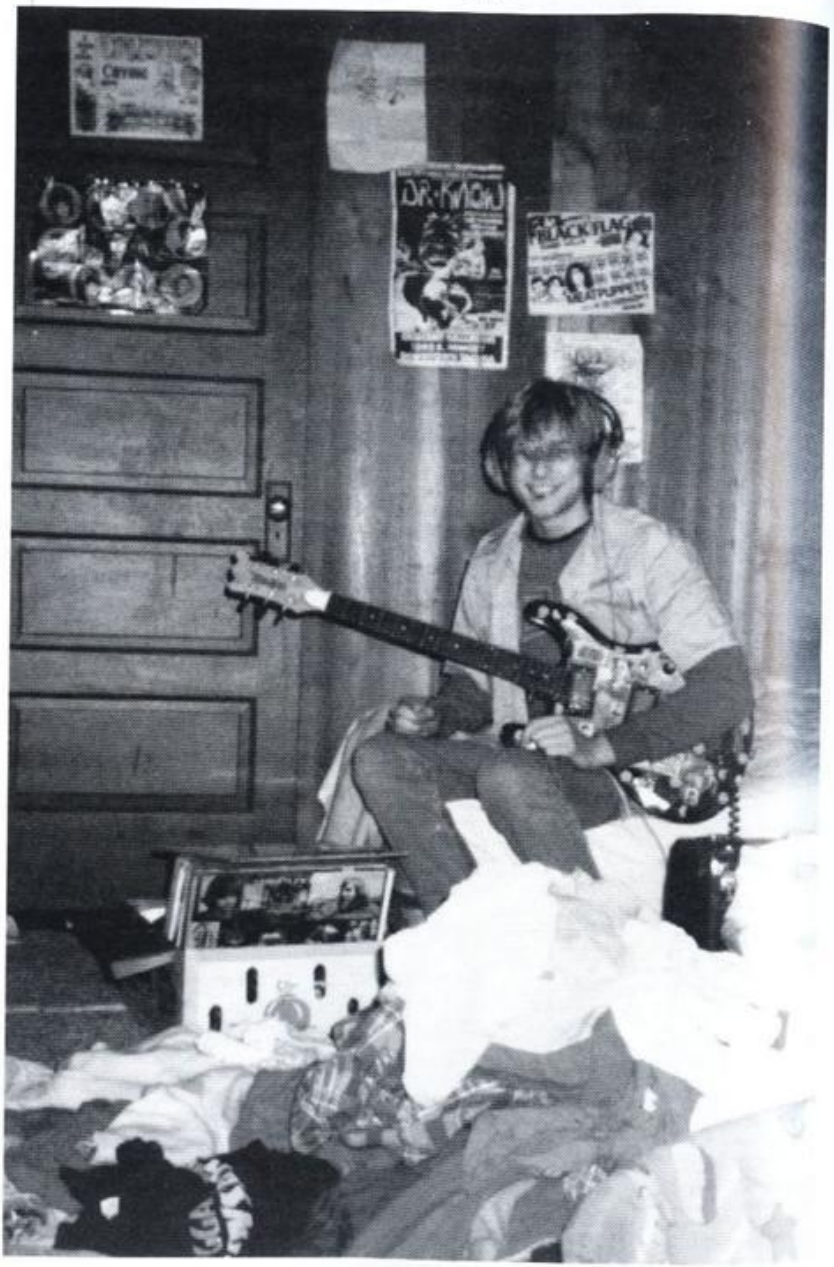
Fotografía de Kurt en primero.

FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE LELAND COBAIN.

Fotografía de Kurt en quinto, 1979.

FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE LELAND COBAIN.

Kurt en su habitación de la casa del 1.210 de la calle Primera Este, en Aberdeen, 1982.
FOTOGRAFÍA POR CORTESÍA DE COURTNEY LOVE.



Dave Foster, Kurt y Krist Novoselic a la salida del Vogue tras su primer concierto en Seattle en 1988.

FOTOGRAFÍA © RICH HANSEN.

Tracy Marander y Kurt en un fotomatón de Woolworth en 1988. En aquella época Kurt tenía la costumbre de llevar pañuelos en la cabeza.

FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.

Kurt en la cocina de su piso en Olympia. Tenía los armarios cubiertos con recortes de revistas.

FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.

Kurt en pijama en 1988.

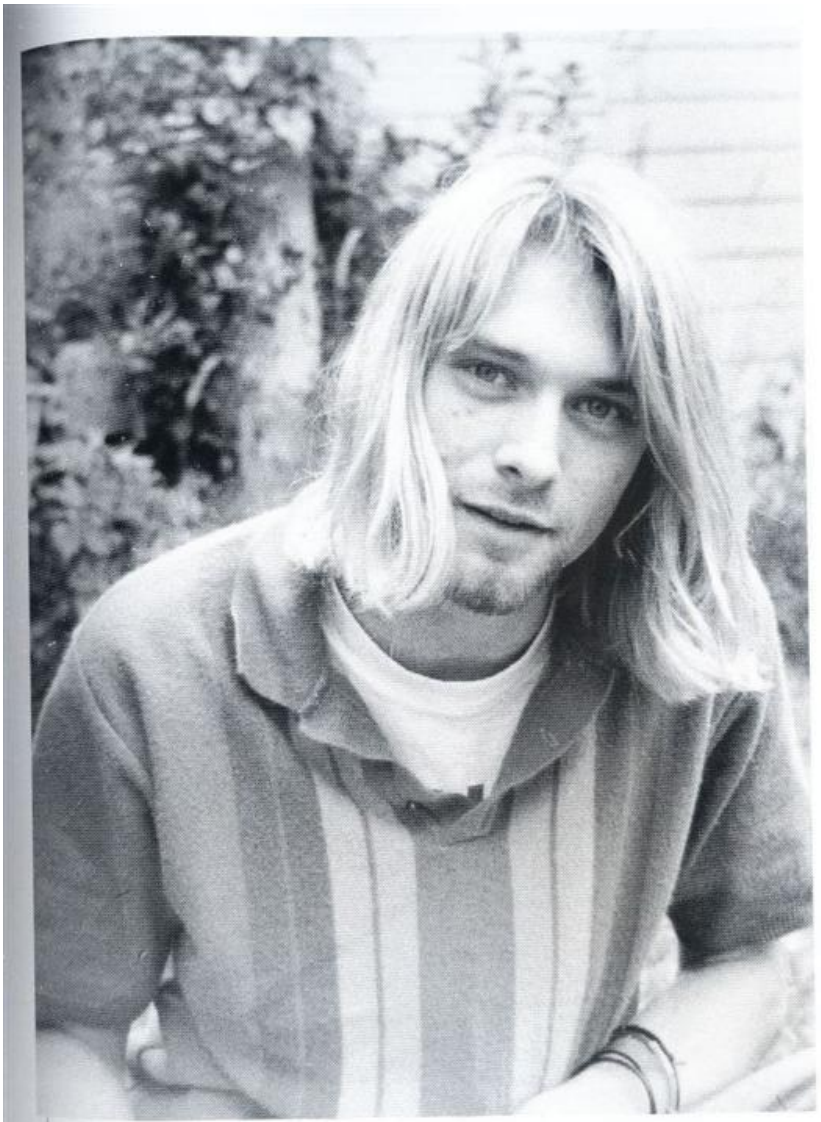
FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.

Kurt, Chad Channing, Jason Everman y Krist Novoselic en marzo de 1989 en los muelles de Seattle.

FOTOGRAFÍA © ALICE WHEELER.

Chad Channing, Krist Novoselic, Kurt y su hermanastra Brianne en la furgoneta de Nirvana.

FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.



Kurt en el jardín de su casa en Olympia, en el verano de 1989.

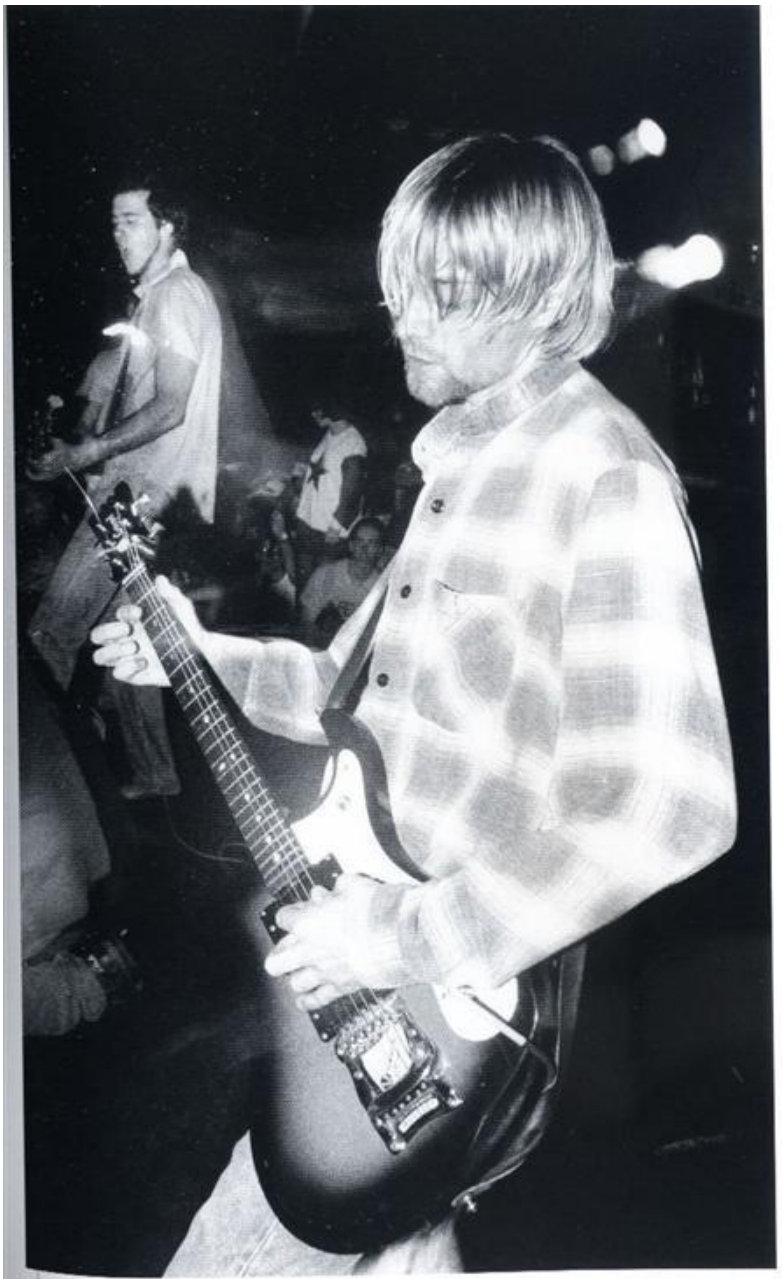
FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.

Kurt, su hermana Kim y su tía Mari, en las navidades de 1989.

FOTOGRAFÍA © MARI EARL.

Kurt posando frente a un letrero en Olympia.

FOTOGRAFÍA © TRACY MARANDER.



Nirvana en directo en el Motorsports Speedway de Seattle, septiembre de 1990.

FOTOGRAFÍA © ALICE WHEELER.

Courtney Love, Dave Grohl y Kurt en la playa de Waikiki el 24 de febrero de 1992 *(arriba)*, momentos después de que Kurt y Courtney contrajeran matrimonio.

FOTOGRAFÍAS POR CORTESÍA DE COURTNEY LOVE.

Frances, Kurt y Courtney, en las navidades de 1992.

FOTOGRAFÍA © JACKIE FARRY/ POR CORTESÍA DE COURTNEY LOVE.

Kurt llegando al aeropuerto de Sea-Tac tras su intento de suicidio en Roma (una de sus últimas fotografías).

FOTOGRAFÍA © DUANE DEWITT.

Frances, Kurt y el niñero Michael «Cali» DeWitt en el aeropuerto de Sea-Tac, en marzo de 1994.

FOTOGRAFÍA © DUANE DEWITT.

El invernadero de la casa de Lake Washington, abril de 1994.

FOTOGRAFÍA © ALICE WHEELER.

Kurt y Frances en 1992.

FOTOGRAFÍA © LELAND COBAIN.

Cuando la gira llegó a Rotterdam el primer día de septiembre, Kurt encaró el último concierto casi con una melancolía nostálgica. Llevaba puesta la misma camiseta que hacía dos semanas, una camiseta pirata de Sonic Youth que no había lavado una sola vez en todo aquel tiempo, al igual que los tejanos, los únicos pantalones que poseía. Su equipaje constaba de una bolsa diminuta que contenía únicamente un ejemplar de H *El almuerzo desnudo* de William S. Burroughs, una obra que había encontrado en un puesto de libros de Londres. Inspirado quizá por su lectura de cabecera, el concierto de Rotterdam se convirtió en un pasaje sacado de una novela de Burroughs después de que Kurt descubriera unos disfraces entre bastidores. «Kurt e Ian Dickson bebían vodka en cantidades ingentes -recordaba MacLeod-. Robaron unas batas de médico y unas caretas y se dedicaron a andar por ahí armando escándalo, molestando al personal. La gente que entraba en el camerino acababa mojada con zumo de naranja y vino. En un momento dado, Ian se puso a pasear a Kurt en una camilla. Estaban dos pisos por encima en aquel atrio vertiendo zumo de naranja encima de los guardias de seguridad para luego echarse a correr.» MacLeod era el responsable de poner freno a aquellas trastadas, pero en la práctica se lavaba las manos: «Teníamos veintidós o veintitrés años y nos veíamos en una situación que a ninguno de nosotros nos cabía en la cabeza».

En Rotterdam Kurt volvió a coincidir con Courtney en un club. Ella se apresuró a preguntar si podía regresar a Inglaterra en la furgoneta de Nirvana. Su ritual de coqueteo con Kurt prosiguió, y en el trayecto de ferry, mientras el grupo veía *Terminator,* Courtney flirteó con Dave en un intento de picar a Kurt. Al ver que aquella táctica no daba resultado, se dejó el bolso con el pasaporte en la furgoneta de Nirvana, de modo que tuvo que llamarles al día siguiente para recuperarlo. Courtney se llevó una desilusión cuando aparecieron Dickson y MacLeod para devolverle el bolso, en lugar de Kurt. Él también estaba practicando su particular ritual de coqueteo.

El 3 de septiembre Nirvana grabó otra actuación radiofónica para el programa de John Peel antes de salir de marcha para celebrar su última noche en Inglaterra. Kurt se empeñó en conseguir éxtasis, una

droga que no había probado nunca. Al día siguiente regresó en avión a Olympia, poniendo fin así a una de las giras más festivas que realizaría en su vida. A falta aún de un sitio donde vivir, Kurt se quedó dormido aquella noche acurrucado en el asiento trasero de su Valiant.

Regresó a una Olympia que se veía cambiadísima en las tres semanas que se había ausentado, al menos desde su punto de vista. Mientras Nirvana andaba tocando en festivales multitudinarios por Europa, Olympia estaba organizando su propio festival, el International Pop Underground, con la participación de una cincuentena de artistas y grupos de la escena independiente del momento. Nirvana se incluyó en un principio en el cartel del IPU, pero a raíz de su fichaje por una multinacional dejó de considerarse una banda indie, y la ausencia de Kurt en el acontecimiento musical más importante jamás celebrado en Olympia se hizo notar. Aquel hecho supuso el fin de su relación con los calvinistas, así como el final de su etapa de residencia en una ciudad que amaba más que cualquier otra, y en la que aun así nunca llegó a sentirse acogido.

Pero en cierto modo estaba preparado para abandonarla. Al igual que había necesitado liberarse de la órbita de Buzz, Kurt había alcanzado una fase de desarrollo en la que debía dejar atrás Olympia, a Calvin y a Tobi. No fue una transición fácil, pues Kurt había creído en los ideales indies de los calvinistas que tan bien le habían venido cuando necesitó una ideología para escapar de Aberdeen. «El punk rock es libertad», había aprendido, un lema que seguiría repitiendo ante cualquier periodista que se prestara a escucharle. Pero Kurt siempre supo que el punk rock era una libertad distinta para los chavales que habían crecido en un entorno privilegiado. Para él, el punk rock representaba una lucha de clases, aunque esta no dejaba de ser una lucha menor comparada con la que libraba a diario para pagar el alquiler o encontrar un lugar para dormir que no fuera el asiento trasero de un coche. La música era algo más que una moda pasajera para Kurt; se había convertido en su única opción profesional.

Antes de abandonar Olympia, Kurt se sentó a escribir una última carta dirigida a Eugene Kelly de los Vaselines, dándole las gracias por haber tocado con Nirvana en Reading. En la carta manifestaba que

había empezado a alejarse ya emocionalmente de Olympia. Sorprendentemente, criticaba a KAOS, la queridísima emisora de radio que se convirtió en uno de sus primeros foros públicos: «Me he dado cuenta de que [...] los DJ tienen un gusto musical pésimo. En serio, y como muestra un botón, ahora mismo están poniendo una canción de NIRVANA de una maqueta antigua».

En dicha carta Kurt hacía referencia asimismo al reciente conflicto con Irak: «Hemos ganado la guerra. La hipocresía patriótica está en pleno apogeo. Tenemos el privilegio de poder comprar cromos, banderas y pegatinas de la Tormenta del Desierto, además de un montón de vídeos sobre nuestra aplastante victoria. Cuando voy por la calle me da la sensación de estar en un mitin de Nuremberg. Tal vez podríamos ir juntos de gira por Estados Unidos y quemar banderas americanas en el escenario».

Kurt concluía la carta con otra descripción más de sus circunstancias, la cual, de haber enviado Kurt la carta a su destinatario -como de costumbre, nunca llegó a echarla al buzón-, seguramente habría sorprendido a Kelly y a cualquiera que hubiera visto a Kurt encima de un escenario en Reading, tocando ante un público de setenta mil fans que lo adoraban. «Me han echado de casa. Estoy viviendo en el coche, así que no tengo dirección, pero aquí tienes el número de teléfono de Krist por si quieres dejar algún mensaje. Tu colega, Kurdt.» Aquella misma semana el single de «Smells Like Teen Spirit» se puso a la venta en las tiendas de discos.

15

CADA VEZ QUE TRAGABA

SEATTLE, WASHINGTON
SEPTIEMBRE DE 1991 - OCTUBRE DE 1991

Cada vez que tragaba un bocado de comida sentía un dolor atroz que me daba náuseas y ardores en la boca del estómago
- Un inventario de los problemas estomacales y de drogadicción de Kurt extraído de su diario.

El segundo viernes de septiembre, un viernes 13, fue uno de los días más extraordinarios de la vida de Kurt. Aquel día protagonizaría dos batallas con comida, un duelo de extintores y la destrucción de un disco de oro en un horno microondas, un maravilloso caos originado para celebrar el lanzamiento de *Nevermind* en Seattle.

El día comenzó con una serie de entrevistas radiofónicas en las principales emisoras de rock de Seattle. Kurt mantuvo la calma durante la primera de ellas en KXRX, aunque apenas dijo nada y en un momento dado comenzó a lanzar trozos de pizza por la sala de control. Aquella misma semana, días antes, había mostrado su disposición a hablar con todo periodista interesado en su música. «Aunque al grupo no le cayera bien -recordaba la publicista Lisa Glatfelter-Bell-, Kurt decía: "Ese tío es un gilipollas, pero le encanta el disco, así que le daremos diez minutos".» Su actitud cambió después de unas cuantas entrevistas por teléfono. Kurt se cansó de tratar de explicarse, y cada entrevista que concedía pasó a convertirse en un juego para ver qué nueva ficción podía inventar. Cuando conversó con Patrick MacDonald del *Seattle Times,* Kurt declaró haber comprado una muñeca hinchable con la intención de llevarla puesta en el escenario después de cortarle los pies y las manos. Sin

embargo, hacia el final de la semana, hasta el periodista más engañoso le aburría. A diferencia de lo feliz que se había sentido dos semanas antes en Europa, verse de nuevo en Estados Unidos -y en plena promoción del álbum- parecía aburrirle. La euforia de Rotterdam no había tardado en dar paso a la reticencia y la resignación. Kurt se quedó en el coche durante las dos entrevistas siguientes, dejando que Krist y Dave se las apañaran con los presentadores de radio.

A las seis de la tarde tuvo lugar en el Re-bar el esperadísimo lanzamiento del disco solo para invitados, un acto que Kurt llevaba aguardando toda su vida (para *Bleach* no hubo tal celebración). En las invitaciones ponía: «Noimporta la triscadecaifobia, aquí está Nirvana». La fobia en cuestión aludía al miedo al viernes 13, pero lo que de verdad daba miedo era lo atestado que se veía el club de músicos y periodistas musicales, además de los agentes comerciales de la escena discográfica del momento.

Era la oportunidad de Kurt de alzarse con la gloria, tras haber conquistado finalmente Seattle, sin embargo parecía incómodo con la atención que le dedicaban. Aquel día, y muchos que quedaban por venir, daba la impresión de que habría preferido estar en cualquier otra parte que promocionando su disco allí. Al crecer durante su infancia siendo el centro de atención de su familia, para perder después dicha distinción en la adolescencia, reaccionó con suspicacia ante aquel cambio de su suerte. Durante la fiesta Kurt se quedó sentado en un fotomatón, físicamente presente aunque oculto a la vista por una cortina de tela.

La banda metió de contrabando casi dos litros de Jim Beam, una violación de la ley de prevención del consumo de alcohol del estado de Washington. Pero antes de que un inspector tuviera tiempo de echarles el guante, Kurt sembró el caos cuando se le ocurrió lanzar cucharadas de aderezo ranchero a Krist, dando pie a que se iniciara una batalla campal con comida. Un gorila agarró a los instigadores del alboroto y los echó del local, sin saber que acababa de expulsar a las tres personas que daban sentido a la celebración de aquella fiesta. Antes de que Susie Tennant de DGC pudiera resolver el entuerto, tuvieron que frenar a Krist para evitar que se peleara con el gorila.

«Nos partíamos de risa -recordaba Krist-, diciendo: "¡Joder, nos acaban de echar de la fiesta celebrada por el lanzamiento de nuestro propio disco!".» La banda permaneció un rato en el callejón de la parte trasera del club y se dedicó a hablar con sus amigos a través de una ventana. Dentro la fiesta seguía en pleno auge, y la mayoría de los presentes ni siquiera se dieron cuenta de que habían expulsado del lugar a los invitados de honor.

La celebración se reanudó en el loft de un amigo, hasta que Kurt disparó un extintor contra incendios y la vivienda hubo de ser evacuada. Entonces se trasladaron a casa de Susie Tennant donde la destrucción prosiguió hasta el amanecer. Susie tenía un disco de oro del grupo Nelson colgado en la pared; Kurt descolgó la placa y, calificándola de «afrenta contra la humanidad», la pintarrajeó con lápiz de labios y la metió a descongelar en un microondas. La noche acabó con Kurt probándose uno de los vestidos de Susie y maquillándose para pasearse después en plan travestí. «Kurt estaba despampanante vestido de mujer -recordaba Susie-. Se puso aquel vestido mío como de muñeca que le quedaba mejor a él que a mí; de hecho, no había visto a nadie a quien le quedara mejor.»

Kurt pasó aquella noche en casa de Susie, como muchos de los que siguieron la fiesta con ellos. Kurt se quedó dormido debajo de un póster de Patti Smith con el vestido puesto. Al día siguiente amaneció anunciando que Dylan y él pensaban pasar el día acribillando un asado de carne. «Y cuando lo hayamos frito a balazos, nos lo comeremos», concluyó. Dicho esto, se marchó no sin antes informarse de la dirección del supermercado más cercano.

Dos días después Nirvana presentó su nuevo álbum en un acto celebrado en la tienda de discos Beehive Records. DGC preveía la afluencia de una cincuentena de personas, pero cuando vieron a más de doscientos jóvenes haciendo cola ya a las dos de la tarde -cuando el evento estaba programado para las siete- empezaron a caer en la cuenta de que la popularidad de la banda tal vez fuera mayor de lo que habían supuesto en un princio. Kurt había decidido que en lugar de

limitarse a firmar discos estrechar la mano de la gente, es decir, lo típico que se hacía en un acto de aquella naturaleza, Nirvana tocaría para la concurrencia. Cuando Kurt vio la cola formada a las puertas de la tienda aquella tarde, fue la primera vez que se le oyó pronunciar las palabras «hostia puta» en respuesta a su popularidad. El grupo se refugió en la taberna Blue Moon y comenzó a beber, pero cuando se asomaron a la ventana y vieron a una multitud de fans mirando adentro, tuvieron la sensación de estar en la película *¡Qué noche la de aquel día!* Cuando dio comienzo el concierto, Beehive estaba tan abarrotado que había jóvenes encima de las rejillas de los discos y tuvieron que colocar vallas frente a los escaparates de la tienda para protegerlos. Nirvana tocó durante cuarenta y cinco minutos en un rincón de la tienda sin escenario ni tarima alguna, hasta que la concurrencia empezó a abalanzarse contra el grupo como en la asamblea del instituto del videoclip de «Smells Like Teen Spirit».

Kurt se quedó perplejo por las dimensiones que había llegado a alcanzar todo aquello. Al pasear la mirada por el público reconoció entre la muchedumbre a la mitad de la escena musical de Seattle y a un montón de amigos suyos. Lo que le resultó especialmente desconcertante fue ver a dos de sus ex novias, Tobi y Tracy, dando botes al ritmo de la música. Incluso aquellas amistades de confianza habían pasado a formar parte de un público hacia el que sentía la presión de tener que entregarse. La tienda estaba vendiendo las primeras copias de *Nevermind* puestas al alcance del público, las cuales no tardaron en agotarse. «La gente arrancaba los pósters de la pared -recordaba el manager de la tienda, Jamie Brown-, solo para tener un trozo de papel donde Kurt pudiera estampar su autógrafo.» Kurt no dejaba de menear la cabeza en un gesto de asombro.

Kurt fue a refugiarse al aparcamiento para fumar un cigarrillo y tomarse un respiro. Pero allí le esperaría una situación más anormal si cabe cuando vio a dos antiguos compañeros suyos de Montesano, Scott Cokely y Rick Miller, con una copia de «Sliver» en la mano. Aunque aquel día Kurt firmó cientos de autógrafos, nada le pareció

más surrealista que estampar su firma en un single que hablaba de sus abuelos para dos tipos del pueblo donde vivían precisamente sus abuelos. Los tres jóvenes charlaron sobre sus amigos comunes de Grays Harbor, pero la conversación le puso melancólico; Cokely y Miller le recordaban un pasado que Kurt pensaba que había dejado atrás. «¿Vuelves a menudo al puerto?», le preguntó Cokely. «No mucho», contestó Kurt. Cokely y Miller no supieron qué pensar cuando miraron los singles y vieron que Kurt había firmado con el nombre de «Kurdt».

Kurt citaría posteriormente aquella escena como uno de los primeros momentos en que tomó conciencia de su condición de famoso, descubrimiento que lejos de consolarle le sumió casi en un estado de pánico. Aunque siempre había querido ser famoso -de hecho, ya en la escuela secundaria de Monte les prometió a sus compañeros que un día lo sería-, la culminación real de sus sueños le desconcertaba profundamente. Krist recordaría aquel concierto en particular, una actuación gratuita en una tienda de discos celebrada una semana antes de la fecha oficial prevista para el lanzamiento del álbum, como un punto de inflexión en el devenir de Kurt. «Después de aquello empezaron a ocurrir cosas -recordaba Krist-. Dejamos de ser la misma banda de siempre. Kurt se recluyó en sí mismo. Cada vez había más rollo personal por medio. La historia se complicó. Resultó peor de lo que esperábamos.»

No es que el público de Beehive fuera más indiscreto que otros: de hecho, como el grupo tuvo oportunidad de comprobar al emprender la gira, el público de Seattle fue comedido en comparación con los que se encontraron en otros destinos. La programación de la gira se realizó antes del éxito del disco, por lo que la mayoría de las salas eran diminutas, lo cual llevó a cientos, cuando no miles, de fans a codiciar entradas que no podían conseguir. Cada concierto era un circo. Cuando llegaron a Boston el 22 de septiembre, Kurt quiso aprovechar la noche que tenían libre, algo insólito en aquella gira, para ver a los Melvins. Sin embargo, cuando trató de entrar en el club sin pagar, el

portero le negó el acceso aduciendo que no había oído hablar de Nirvana. Mary Lou Lord, una cantautora de Boston que estaba cerca de la puerta, decidió terciar para decir que ella sí que había oído hablar de Nirvana y que tocaban al día siguiente. Sus palabras no lograron convencer al portero, y al final Kurt tuvo que pagar entrada.

Una vez dentro, Kurt prestó más atención a Lord que a sus viejos amigos. Cuando Lord le comentó que se dedicaba a tocar en los andenes del metro. Kurt se interesó por sus grupos favoritos, y Lord citó a los Pastels, los Vaselines, Daniel Johnston **y** Teenage Fanclub. «¡No jodas! -exclamó Kurt-. ¡Pero si esos son mis grupos favoritos, en ese orden además!» Kurt le obligó a mencionar canciones de cada artista para demostrar que no estaba quedándose con él. Conversaron durante horas, y Lord le dio una vuelta en el manillar de su bicicleta. Acabaron hablando toda la noche, y al día siguiente Kurt fue a casa de ella, donde vio una foto de Lester Bangs colgada en la pared. Kurt le pidió a Lord que tocara una canción, y cuando esta interpretó dos temas del álbum aún inédito de *Nevermind***,** Kurt se sintió cautivado por aquella chica de mejillas sonrosadas de Salem, Massachusetts.

Mientras se dedicaban a recorrer Boston, las historias de su vida brotaban de su interior con la fuerza de un torrente. Kurt le habló a Lord de cuando su padre le vio una vez dándole una patada a un perro, de lo triste que había sido crecer en el seno de su familia, y también de Tobi. Si una de las reglas primordiales cuando uno trata de ligar con alguien consiste en no hablar nunca de tu ex novia con la que puede ser la siguiente, Kurt quebrantó dicha regla al comentar a Lord que Tobi era «abrumadora», pero también «de esas mujeres que te parten el corazón». Confesó que seguía colgado de ella.

Kurt también le comentó a Lord lo fascinado que había llegado a estar por una religión oriental llamada jainismo. Una noche vio un documental en la tele que le dejó alucinado porque la bandera oficial jain lucía una versión antigua de la esvástica. A partir de entonces Kurt se había dedicado a leer todo lo que encontraba acerca del jainismo, una religión que rinde culto a los animales. «Me contó -diría Lord-, que los jains tenían hospitales para las palomas. Me dijo que quería unirse a ellos. Kurt pensaba tener mucho éxito en su carrera, y

cuando ya hubiera tocado techo, irse con los jaines y abrazar su religión.» Una de las ideas que más le atraían del jainismo radicaba en la visión que predicaba del más allá, una visión basada en un universo ordenado en una serie de cielos e infiernos superpuestos. «Cada día -le contó Kurt a Lord-, todos nosotros atravesamos el cielo, y también el infierno.»

Al llegar a la elegante zona de Back Bay, Kurt se vio incapaz de seguir el ritmo de Lord. «Era como un anciano -explicaría Lord-. Solo tenía veinticuatro años, pero acusaba un cansancio que iba mucho más allá de la edad que tuviera.» Kurt le comentó que ciertas drogas le ayudaban a aliviar sus dolencias estomacales. Lord no tomaba drogas, y no quiso insistir más en la cuestión, pero media hora más tarde Kurt volvió a sacar a colación el tema y le preguntó si había probado la heroína alguna vez. «No quiero oírte hablar de esa mierda», respondió tajante, dando por zanjada la conversación.

Aquella noche fueron al Axis, el local donde Nirvana compartiría cartel con los Smashing Pumpkins. Ya cerca del club, Kurt agarró la guitarra de Lord y le cogió la mano. «Estoy segura de que la gente de la cola pensaba: "Ahí va Kurt con la tía rara del metro" -recordaba Lord-. Yo llevaba allí años y todo el mundo me conocía, y lo más seguro es que me vieran con muy malos ojos. Pero allí estaba yo, paseando por la calle cogida de la mano de Kurt.»

Al día siguiente, 24 de septiembre, *Nevermind* se puso oficialmente a la venta. Un equipo de la MTV cubrió una breve información grabando a Krist mientras tocaba Twister en ropa interior, con los calzoncillos embadurnados de manteca vegetal. Kurt se escaqueó de la mayoría de las entrevistas y promociones programadas por DGC para pasar el día con Lord. Cuando Mark Kates, de DGC, llevó a Novoselic y Grohl a Newbury Comics, la tienda de discos más moderna de Boston, se encontraron con una larga cola en la puerta. «Era alucinante -recordaba Kates-. Había como un millar de críos tratando de comprar el disco.»

Nevermind tardó dos semanas en colocarse entre los doscientos discos más vendidos del país, pero cuando por fin accedió a la lista de éxitos

Billboard, el álbum entró en el número 144, para ascender la segunda semana al puesto 109, la tercera semana al número 65 y al cabo de cuatro semanas -la segunda de noviembre- al puesto 35, en lo que supuso una ascensión meteórica, pocas veces vista en el Top 40 tratándose de un disco de debut. Más arriba podría haber llegado *Nevermind* si el sello hubiera actuado con mayor previsión, pues debido a sus modestas expectativas DGC solo publicó en un principio 46.251 copias, por lo que el álbum permaneció agotado durante varias semanas.

Por lo general, una rápida ascensión en las listas de éxitos suele atribuirse a una campaña de promoción bien organizada, respaldada por una sólida maquinaria de marketing; sin embargo, *Nevermind* alcanzó su éxito prematuro sin contar con dicho impulso. Durante sus primeras semanas en el mercado, el disco apenas recibió apoyo por parte de la radio salvo en una minoría de ciudades escogidas. Cuando el personal de promoción de DGC trató de persuadir a los programadores para que radiaran «Smells Like Teen Spirit», en un principio toparon con su resistencia. «La gente de la radio dedicada al rock, incluso en Seattle, me decían: "No podemos poner eso. No entiendo lo que dice el tío"**»,** recordaba Susie Tennant de DGC. La mayoría de las emisoras que accedieron a radiar el single limitaron su emisión a la franja nocturna, por considerarlo «demasiado violento» para ponerlo de día.

Pero a los programadores de radio no se les pasó inadvertido el número de oyentes que telefoneaban para pedirlo. Cuando la KNDD de Seattle realizó un sondeo sobre «Smells Like Teen Spirit», la canción recibió la puntuación más alta que la empresa encuestadora había registrado jamás. «Cuando se realiza un sondeo sobre una canción como esta -dijo Marco Collins de la KNDD-, significa que ponemos este tema por teléfono, y la gente solo escucha un breve fragmento de quince segundos. ¿Te imaginas cómo debía ser oír "Smells Like Teen Spirit" por primera vez por teléfono?»

El videoclip causó una conmoción en el seno de la MTV cuando se planteó su emisión a principios de septiembre. Amy Finnerty, una programador de veintidós años, creía con tal firmeza en el vídeo que anunció que, si la cadena no lo ponía, la MTV no era la clase de lugar donde deseaba trabajar. Tras un acalorado debate, el videoclip fue incorporado al programa monográfico *120 Minutes,* para pasar en noviembre a emitirse con regularidad como uno de los primeros videoclips de *Buzz Bin* de la cadena.

La primera vez que Kurt se vio por televisión fue en la ciudad de Nueva York unos días después de los conciertos de Boston. Kurt estaba alojado en el hotel Roger Smith, y Mary Lou Lord se hallaba en su habitación. Cuando el videoclip salió en *120 Minutes* Kurt telefoneó a su madre. «Ese soy yo -anunció con regocijo-. Ese soy yo otra vez -repitió cuando al cabo de diez segundos volvió a aparecer en pantalla-. Y otra vez», siguió diciendo en tono alegre cada vez que se veía por televisión, como si su aparición resultara una sorpresa.

Aquella tarde Nirvana ofreció una insólita actuación acústica en una tienda de Tower Records. Durante la breve actuación, Kurt sacó unas galletas Oreo de una bolsa de supermercado que llevaba un fan, y las acompañó con leche que también rateó de la bolsa. Aquella misma noche tocaron en el Marquee Club en un concierto para el que se agotaron las entradas y tras el cual se celebraría una fiesta en casa de Amy Finnerty de la MTV. La noticia de la fiesta se filtró entre los presentes en la sala, muchos de los cuales se presentaron sin invitación. Kurt se escabulló de la fiesta y acudió con Finnerty y Lord a un bar situado al otro lado de la calle. «Este lugar tiene la mejor máquina de discos que he visto en mi vida», declaró Kurt, a pesar de que en la gramola solo había temas de baile. Aquella fue una de las pocas veces en su vida, quizá en honor del lanzamiento oficial de *Nevermind,* que Kurt se puso en pie para bailar.

Después de Nueva York, la gira se aceleró, y lo mismo ocurrió con la fama de Nirvana. A medida que el single y el videoclip de «Smells Like Teen Spirit» escalaban puestos en las listas de ventas, las entradas para los conciertos del grupo se veían agotadas y se daban

indicios de una popularidad cada vez mayor. Kurt permanecía en contacto con Lord por vía telefónica y ante el técnico de sonido Craig Montgomery la describió como su «novia». Dos semanas después de Nueva York, Lord acudió a Ohio para descubrir a Kurt en plena depresión. Lo encontró sentado en una mesa de jardín, dando puntapiés con las piernas y soltando palabrotas. «¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?», le preguntó Lord. «Todo -repuso Kurt-. No hay nadie capaz de conseguir que el puto sonido de los huevos suene bien. Es una puta mierda. Llevo demasiado aguantando esto. Y el concierto ha salido de puta pena. No me oía para nada.» Acostumbrada a tocar en el metro para pagarse el alquiler, Lord le comentó que disfrutara del éxito, pero fue incapaz de animarle. «Estoy harto de esta puta mierda, de estos putos tugurios», manifestó Kurt. Lo que no sabía Lord era que Kurt sufría el síndrome de abstinencia. Era un turbio secreto que Kurt había ocultado a Lord o a sus compañeros de grupo. Lord les acompañó durante dos conciertos más de la gira, pero una vez en Detroit, el 12 de octubre por la mañana, regresó a Boston para cumplir con su trabajo en una tienda de discos. Kurt y la banda se dirigieron a Chicago para ofrecer un concierto en la sala Metro.

La misma mañana del 12 de octubre Courtney Love subió a bordo de un avión en Los Angeles rumbo a Chicago para visitar a Billy Corgan. Love y Corgan mantenían una tempestuosa relación; a ella le seducían más las cartas de amor que él escribía que su presencia real. Cuando Love llegó a casa de Corgan descubrió que había vuelto inesperadamente con otra novia suya. La escena provocó una bronca y Courtney huyó en medio de una lluvia de zapatos.

Courtney empleó los últimos diez dólares que le quedaban para pagar un taxi a la Metro, donde se sorprendió de ver a Nirvana en cartel. Tras convencer al portero para que la dejara pasar, llamó a Corgan desde un teléfono público; posteriormente afirmaría que realizó aquella llamada con la intención de asegurarse de que había roto definitivamente con Billy antes de implicarse en una relación sentimental con Kurt. Corgan le dijo que no podía verla, a lo que ella respondió colgando el teléfono de golpe.

En los anteriores encuentros de Courtney y Kurt, se habían dado todos los indicios de la atracción sexual que existía entre ellos, sin que se presentara la oportunidad de darle rienda suelta. Courtney vio los últimos quince minutos del concierto de Nirvana, que consistieron básicamente en un solo de Kurt aporreando la batería, por lo que no dejó de preguntarse sobre el motivo que tendría aquel chico para estar tan furioso. Kurt le parecía un misterio, y Courtney se sentía atraída por lo que no tenía explicación. No fue la única mujer que se quedó hechizada por él. Según la observación de Carrie Montgomery: «Kurt inspiraba en las mujeres un instinto de protección. En ese sentido era un ser paradójico, pues también podía actuar con una fuerza intensa y brutal, y al mismo tiempo parecer frágil y delicado».

Al acabar el concierto Courtney logró acceder a una fiesta celebrada entre bastidores, donde fue directa hacia Kurt: «La vi cruzar la sala para sentarse en el regazo de él», recordaba el manager Danny Goldberg. Kurt se alegró de verla, y más aún cuando ella le preguntó si podía quedarse en el hotel con él. Si Kurt era dado a cometer la imprudencia de confesar sus aventuras amorosas pasadas, a Courtney no se le daba mucho mejor dicho apartado, así que le relató de principio a fin el lamentable episodio de la pelea con Corgan. Mientras charlaban, Kurt rememoró la descripción de la «chica más guay del mundo» con la que la calificó tras la larga conversación que habían mantenido en Los Angeles cinco meses atrás. Courtney y Kurt abandonaron el club juntos y pasearon por el lago Michigan antes de acabar en el Days Inn.

El sexo, como Kurt lo describiría posteriormente a sus amigos, fue extraordinario. Kurt le confesó a Courtney que podía contar con los dedos de una mano las amantes que había tenido hasta entonces. Aquel hecho fue lo que más sorprendió a Courtney de todo lo dicho por Kurt; ella provenía de un mundo de celebridades hollywoodienses donde el sexo se practicaba con la misma despreocupación que quien cogía un taxi para volver a casa tras un concierto. A Courtney le sorprendió asimismo ver que Kurt llevaba unos slips con rayas de cebra. «Tienes que llevar boxers», le comentó.

Pero el vínculo que los unía, incluso en aquella languidez poscoital, iba más allá de lo meramente sexual; se trataba de una relación emocional, una relación que ninguno de sus amigos ni compañeros de grupo entendía. Paradójicamente, los confidentes de Kurt consideraban que estaba rebajándose al liarse con ella, mientras que los amigos de Courtney pensaban lo mismo en su caso. Sus historias individuales coincidían en muchos sentidos, y cuando Courtney describió su infancia como una etapa marcada por la desatención, el ir y venir entre unos padres divorciados y los conflictos en la escuela, a Kurt le resultó familiar. Courtney era la primera mujer que había conocido que, cuando él contaba historias sobre su juventud -mitificadas a aquellas alturas más allá de la mera exageración-, respondía diciendo: «Yo supero eso». Se convirtió casi en el juego del «¿Quién ha tenido la peor infancia?», pero aquella unión transmitía a Kurt un sentimiento de normalidad en su vida.

Al igual que cualquiera, lo que Kurt buscaba básicamente en una pareja era el amor incondicional: pero aquella noche en el Days Inn descubrió algo más en Courtney que no había tenido en otras relaciones: comprensión. Tenía la sensación de que Courtney conocía intrínsecamente el olor del reguero de mierda que él había dejado a su paso. A Mary Lou Lord le gustaban los Vaselines, pero nunca había vivido en una caja de cartón. Tracy, pese al amor inquebrantable que sentía por Kurt, siempre había contado con la aceptación de su familia, incluso cuando cometió la locura de salir con un rockero punk de Aberdeen. Kurt se había desvivido por conseguir que Tobi lo amara, pero sus vidas habían discurrido por caminos tan distintos que Kurt no podía hacerle entender siquiera sus pesadillas, y menos aún la razón por la que tomaba drogas. Pero Courtney conocía ese gusto gelatinoso del queso que ofrecía el gobierno a los más necesitados a cambio de cupones de comida, sabía lo que significaba ir de gira en una furgoneta y tener que ingeniárselas para poder pagar la gasolina y, durante el tiempo que pasó trabajando de stripper en Jumbos Clown Room, había llegado a sufrir en sus propias carnes un tipo de degradación que no experimentan muchos. Ambos bromearían posteriormente con la idea de que su unión se cimentaba en las drogas

-y en parte así fue-, pero la atracción inicial se debió a algo más profundo que a un deseo común de evadirse; se debió al hecho de que tanto Courtney Love como Kurt Cobain tenían algo de que evadirse.

A la mañana siguiente se separaron; Kurt prosiguió la gira y Courtney regresó a Los Angeles. Pero en la semana que seguiría intercambiaron faxes y llamadas telefónicas, y no tardaron en acostumbrarse a hablar a diario. A pesar del éxito de Nirvana, Kurt no era feliz en la carretera, y no dejaba de quejarse sobre el estado de la furgoneta, los «tugurios» donde tocaban y un hecho que se erigió en nuevo motivo de queja: que hasta los típicos universitarios de los clubs estudiantiles acudieran a sus conciertos después de ver el videoclip del grupo en la MTV. Dentro del círculo de Nirvana hubo varios que en un principio acogieron con entusiasmo la relación de Courtney con Kurt; así al menos tenía a alguien con quien hablar, en vista de que cada vez se comunicaba menos con Novoselic y Grohl.

El 19 de octubre en Dallas, Kurt sufrió de nuevo otro bajón anímico, esta vez en el escenario. Aquel concierto estaba llamado a ser un fracaso desde el principio, pues había recibido más publicidad de la cuenta y el abarrotado público comenzó a subirse al escenario. Presa de la frustración. Kurt destrozó una consola de monitor golpeándola con la guitarra. Cuando unos minutos más tarde se tiró encima del público, un gorila llamado Turner Van Blarcum trató de ayudarle a subir de nuevo al escenario, gesto que Kurt confundió con un acto violento, lo que le llevó a hacer añicos el clavijero de su guitarra en la cabeza de Van Blarcum, quien comenzó a sangrar de inmediato. Aquel golpe podría haber matado a cualquier persona de complexión menos robusta que Van Blarcum, pero este solo se quedó aturdido por un instante, tras el cual propinó un puñetazo a Kurt en la cabeza y llegó a darle una patada mientras el cantante huía de él. El público empezó a amotinarse. Kurt se ocultó en un lavabo del piso de arriba hasta que el promotor Jeff Liles le convenció finalmente de que Van Blarcum se había ido al hospital y no podía hacerle daño. «Me consta que Kurt había bebido aquella noche jarabe para la tos por un tubo», afirmó Liles. Al final Kurt reapareció y terminó el concierto.

Pero la acción no acabaría ahí, ni mucho menos. Tras la actuación. Liles consiguió meter al grupo en un taxi que les aguardaba a la salida del local, el cual salió disparado para regresar a su punto de partida al cabo de unos segundos, pues ninguno de los componentes del grupo sabía en qué hotel estaban alojados. El taxi volvió a su lugar de origen al mismo tiempo que Van Blarcum, quien apareció con una venda ensangrentada en la cabeza. El gorila rompió en añicos las ventanillas del taxi de un puñetazo al tiempo que el conductor exaltado trataba por todos los medios de arrancar. El vehículo consiguió escapar y alejarse a toda velocidad -sin rumbo fijo- con los miembros de Nirvana en el asiento trasero cubiertos de cristales rotos. Aquel no sería un hecho aislado: el road manager del grupo se vería en poco tiempo pagando miles de dólares todas las semanas para cubrir los daños materiales causados por la banda.

Una semana más tarde Kurt volvió a coincidir con Courtney en un acto benéfico en favor del aborto en Los Angeles. Entre bastidores parecían estar muy unidos, y muchos observaron que representaban la pareja ideal del mundo del rock and roll. Sin embargo, aquella misma noche, ya a puerta cerrada, la relación entre ambos tomaría un cariz más destructivo. Por primera vez Kurt sugirió la idea de tomar heroína. Courtney vaciló un instante, pero al final accedió. Fueron a comprar droga, se dirigieron al hotel de Kurt, el Beverly Garland, prepararon las dosis y Kurt se la inyectó a Courtney, pues ella se veía incapaz de clavarse una jeringa, así que Kurt, quien en otro tiempo había tenido fobia a las agujas, se encargó de realizar todo el proceso tanto para él como para ella. Después de colocarse salieron a pasear y se toparon con un pájaro muerto, Kurt le arrancó tres plumas y le entregó una a Courtney, quedándose él con dos en la mano. «Esta para ti, esta para mí -dijo, y sosteniendo la tercera pluma en la mano, añadió-, y esta es por el hijo que vamos a tener.» Courtney se echó a reír y posteriormente recordaría aquella escena como el momento en que se enamoró de él.

Pero Kurt tenía ya otra amante. Hacia el otoño de 1991 la heroína había dejado de ser para él un mero pasatiempo evasivo de fin de semana para convertirse en parte de una adicción diaria en curso. Varios meses antes de conocer a Courtney había «decidido» convertirse en un «yonqui», tal y como escribió en su diario. Más tarde Kurt se vería describiendo en detalle su relación con las drogas a lo largo de toda su vida como parte del tratamiento de un programa de desintoxicación. El relato comienza así:

> Cuando volví de nuestra segunda gira europea con Sonic Youth decidí consumir heroína a diario debido a una dolencia estomacal que llevaba sufriendo desde hacía cinco años y que me había llevado literalmente a pensar en el suicidio. Cada día de mi vida durante cinco años, cada vez que tragaba un bocado de comida sentía un dolor atroz que me daba náuseas y ardores en la boca del estómago. El dolor se volvía aún más fuerte cuando iba de gira debido a la falta de unos hábitos alimenticios correctos y regulados y de una dieta indicada. Desde el comienzo de dicha afección me he sometido a diez intervenciones distintas en las zonas gastrointestinales superiores e inferiores que han revelado una inflamación brutal en el mismo punto. He consultado a quince médicos distintos y probado una cincuentena de medicamentos diferentes para la úlcera. Lo único que he visto que funcionaba eran los opiáceos fuertes. Había muchas veces que me veía literalmente incapacitado en la cama durante semanas, vomitando y muñéndome de hambre. Así que decidí que bien podría ser un yonqui si ya me sentía como tal.

Lo extraordinario del relato de Kurt sobre el camino que le llevó a la adicción es la conciencia que demostraba tener acerca de las posibles opciones a su alcance. Kurt describió su adicción como una «decisión», tomada a raíz de los pensamientos suicidas que le habían asaltado tras sufrir una dolencia estomacal crónica. Kurt marcaría el inicio de su adicción propiamente dicha en los primeros días de septiembre de 1991, el mes del lanzamiento de *Nevermind*.

Courtney, por su parte, se había enfrentado a su adicción a las drogas durante el verano de 1989, cuando la heroína causó furor en la escena rock de Los Angeles; había probado con programas de desintoxicación en doce pasos y cantos budistas para tratar de desengancharse. Pero su abstinencia se vio peligrar en octubre de 1991, razón principal por la cual amigos suyos como Jennifer Finch le aconsejaron que se mantuviera alejada de Kurt. Courtney tenía una relación con las drogas distinta a la de Kurt; para ella la heroína era una droga social, y el mero hecho de no soportar la idea de inyectarse una jeringa le suponía una barrera para no caer en un consumo diario. Pero en vista de que Courtney había tenido problemas con la heroína en el pasado, entre la comunidad rock empezó a correr el rumor de que ella había sido la causa de que Kurt acabara enganchado, cuando en muchos sentidos ocurrió al contrario. «La gente culpa a Courtney, diciendo que Kurt se metió en la heroína por ella, pero no es cierto -aseguraba Krist-. Kurt ya se pinchaba antes de conocer a Courtney. Courtney no metió a Kurt en las drogas.»

La noche siguiente a la que se drogaron juntos por primera vez, Kurt manifestó su deseo de colocarse de nuevo. «Yo tenía la norma de no drogarme dos noches seguidas -recordaba Courtney-, por considerarlo perjudicial. Así que le dije "No, no cuentes conmigo", y él se marchó.»

La tercera noche Kurt le telefoneó para pedirle entre sollozos que fuera a verle. Cuando Courtney llegó al hotel lo encontró temblando sin control, en plena crisis nerviosa. «Tuve que llevarlo al baño -recordaba Courtney-. Estaba a punto de hacerse famoso, y la situación se le iba de las manos. Además estaba superflaco. Tuve que cogerlo en brazos porque se desplomaba. No iba drogado. Pero se volvió y me miró enfurruñado porque no había querido meterme un chute con él.» Courtney volvió a drogarse con él aquella noche. «No digo que fuera culpa suya, lo que digo es que aquella noche tomé una elección. Pensé: "Supongo que volveré a caer".»

Mientras Nirvana proseguía con su gira de promoción de *Nevermind*, las ventas del disco no dejaban de aumentar exponencialmente. Cada mañana, a medida que la ruta de la gira remontaba la Costa Oeste, el grupo se ponía al corriente de las últimas cifras. El álbum llevaba vendidas cien mil copias cuando iban por San Diego, doscientas mil a la llegada del grupo a Los Angeles y la mañana que regresaron a Seattle, coincidiendo con un concierto para Halloween, ya se había convertido en disco de oro, con medio millón de copias vendidas. Un mes atrás Kurt había estado destrozando un disco de oro de Nelson en un microondas, cuando él mismo no tardaría en poseer uno propio.
Pero a pesar de la atención recibida y la fama que estaba cobrando a un ritmo vertiginoso, Kurt tenía otras preocupaciones más acuciantes aquella tarde, pues se había quedado sin calcetines. Kurt y Carrie Montgomery fueron del teatro a Bou Marché. Una vez en los grandes almacenes, Kurt escogió varios calzoncillos (esta vez compró boxers) y unos cuantos pares de calcetines (blancos). En el momento de pagar, tuvo lugar una escena digna de una obra de Samuel Beckett: «Kurt empezó a quitarse los zapatos y los calcetines para sacar el resto del dinero que le quedaba -recordaba Carrie-. En un zapato llevaba unos cuantos billetes arrugados. En esto que Kurt comienza a volcar literalmente el zapato sobre el mostrador de ventas del Bou, y el vendedor que se le queda mirando como si estuviera loco. Entonces va el hombre y se pone a desdoblar los billetes todo arisco, y luego tarda una eternidad en contarlos uno a uno. Total, que al final Kurt tuvo que echarse mano al otro bolsillo para ver si llevaba más dinero. Encima del mostrador, junto al dinero, había un montón de borra. Y el vendedor, todo trajeado, que mira a Kurt como si fuera un indigente.»
A pesar de su disco de oro, Kurt seguía siendo un indigente que se veía obligado a alojarse en modestas pensiones o en casa de amigos como Carrie cuando el grupo iba de gira.

El concierto de aquella noche fue como una nebulosa para Kurt; con un equipo de filmación rodando un documental in situ, la atención mediática, la gente de promoción de la radio y sus familiares y amigos entre bastidores, tenía la sensación de que, mirara donde mirase, habría alguien pidiéndole algo. Para colmo, había acabado de

complicar las cosas con dos decisiones suyas**.** Por un lado, había invitado a Bikini Kill a que los telonearan aquella noche, por lo que Tobi andaría cerca; por otro lado**,** había convencido a Ian Dickson y Nikki McClure a hacer de gogós vestidos de arriba abajo para la ocasión, él de «chica » y ella de «chico». Al ver que los cámaras se empeñaban en mantener fuera de plano a los bailarines, Kurt se frustró y su frustración se puso de manifiesto en la actuación. La crítica de *The Rocket* señaló lo siguiente: «Estos tíos ya son ricos y famosos, pero no dejan de representar una pura destilación de lo que supone sentirse insatisfecho en esta vida».

Después del concierto Kurt parecía aquejado de una neurosis de guerra. «Me recordaba a un gato enjaulado», observaría el fotógrafo Darrell Westmoreland. Cuando Westmoreland retrató a Kurt con su hermana Kim, Kurt le tiró del pelo justo en el momento en que se accionó el obturador. «Estaba jodido y se comportaba como un cabrón», recordaba Kim.

Pero los momentos más extraños del día se vieron reservados, como en la sesión en la tienda de Beehive, para un par de fantasmas de los que Kurt no podía escapar. Aquella noche Kurt se fue de marcha con Tobi, y esta acabó durmiendo en el suelo de la habitación de hotel de él. Tobi no era la única persona presente en aquella habitación -como siempre, había un grupo de amigos que necesitaban un sitio donde caerse muertos-, pero lo carecía de ironía el hecho de que Tobi estuviera durmiendo en el suelo de su habitación el día que Kurt llevaba vendidas medio millón de copias de un álbum que aparentemente trataba del desamor de Tobi por él.

Tras el concierto Kurt se cruzó asimismo con otro rostro familiar de Grays Harbor plantado junto a la entrada de artistas, fumando un porro con Matt Lukin, estaba Steve Shillinger, en su día uno de los mejores amigos de Kurt y miembro de una familia que le había dado cobijo cuando estaba durmiendo en una caja de cartón. Shillinger pronunció las palabras que resultaban de una evidencia meridiana por mucho que Kurt se empeñara en negarlas: «Ahora sí que eres famoso de verdad, Cobain. Si sales en la tele cada tres horas».

«Pues no me he dado cuenta, la verdad -respondió Kurt, haciendo una breve pausa para buscar la típica réplica de "klingon" que desarmaría aquella condición de fama que pesaba sobre él, como si las palabras bastaran para detener algo que no tenía freno-. No sé nada de eso -repuso Kurt, con un tono casi pueril-. No tengo tele en el coche donde vivo.»

16

CEPILLARTE LOS DIENTES

SEATTLE, WASHINGTON
OCTUBRE DE 1991-ENERO DE 1992

Por favor, no olvides comer verdura ni cepillarle los dientes.
- De una carta que la madre de Kurt escribió en el diario *Aberdeen Daily World.*

El noviazgo propiamente dicho de Courtney y Kurt comenzó en noviembre de 1991, cuando Nirvana inició otra gira por Europa, y Hole le siguió dos semanas después, tocando en muchos casos en los mismos escenarios. Los dos amantes hablaban por teléfono todas las noches, se enviaban faxes o se dejaban mensajes crípticos escritos en las paredes de los camerinos. Tenían una broma privada consistente en que cuando llamaba Kurt se hacía pasar por el rockero funk Lenny Kravitz, y cuando llamaba Courtney se presentaba como la ex mujer de Kravitz, la actriz Lisa Bonet, que se hizo famosa en *El show de Bill Cosby.* Aquel juego sembraba la confusión entre los gerentes de noche del hotel, a quienes les ordenaban que metieran de inmediato un fax por debajo de la puerta de una habitación que sabían perfectamente que no ocupaba Lenny Kravitz. «Fue entonces cuando empezamos a enamorarnos de verdad, por teléfono -comentó en una ocasión Kurt a Michael Azerrad-. Nos llamábamos casi todas las noches y nos mandábamos faxes cada dos días. Tenía una factura de teléfono como de tres mil dólares.»[1]

Sin embargo, a medida que su historia de amor evolucionaba por fax, Kurt tenía asuntos pendientes que atender, algo que siempre se le daba fatal. Al término del primer concierto de Nirvana en el Reino Unido, en Bristol concretamente, Kurt se quedó pasmado al encontrarse a Mary Lou Lord entre bastidores. Había volado hasta allí

para darle una sorpresa, algo que hizo con premeditación. Pero desde el instante en que lo vio supo que algo iba mal; Kurt era distinto, y no era solo por el grado de fama que había alcanzado, aunque eso marcaba también una diferencia significativa con respecto a la persona que había conocido hacía un mes. Un mes atrás, en Boston, Kurt podía caminar por la calle sin que nadie le molestara; ahora tenía a alguien tirándole de la manga a cada minuto. En un momento dado, un representante de la compañía discográfica agarró a Kurt y le anunció: «Solo esta semana hemos vendido cincuenta mil unidades». Para el Reino Unido se trataba de una cifra extraordinaria, pero Kurt reaccionó con una muestra de perplejidad: «¿Acaso se suponía que debía hacer algo al respecto?».

Al día siguiente Lord le preguntó: «¿Has conocido a otra persona?». «Estoy cansado, nada más», mintió Kurt. Se apuntó al estómago, del que no dejaba de quejarse, asegurando que le dolía más que nunca. Aquella noche el teléfono de su habitación sonó a las tres de la madrugada: se trataba de Courtney, pero Kurt no lo anunció en ningún momento. Un DJ le había comentado a Courtney que la «novia» de Kurt era Mary Lou lord. «¿La novia de Kurt?» Las primeras palabras que salieron de la boca de Courtney al descolgar Kurt el teléfono fueron: «¿Quién coño es Mary Lou Lord, y por qué dice la gente que es tu novia?». La voz de Courtney se crispó al pronunciar el nombre de Lord como si se tratara de un tipo especialmente dañino de parásitos. Kurt se las arregló para negar que tuviera una relación con Mary Lou sin mencionar su nombre directamente, pues tenía a Lord a solo un metro de distancia. Love le advirtió, sin dejar lugar a dudas, que si volvía a oír hablar de Mary Lou Lord lo suyo con Kurt pasaría a la historia. A la mañana siguiente Kurt le preguntó fríamente a Lord cómo pensaba ir a Londres; de aquella pregunta Lord dedujo que Kurt estaba anunciando poco menos que el fin de la relación entre ambos.

Un día después Lord estaba viendo un programa de televisión llamado *The World*, donde Nirvana debía realizar una aparición publicitada a bombo y platillo. Antes de tocar una versión abreviada de noventa segundos de «Smells Like Teen Spirit», Kurt agarró el

micrófono y, con una voz seca y monótona como si estuviera encargando el almuerzo, declaró: «Solo quiero que todos los presentes en esta sala sepan que Courtney Love, del grupo de pop Hole, tiene el mejor polvo del mundo». Sus palabras, como Kurt muy bien sabía, llegaron más allá de la sala. Millones de espectadores de la televisión británica soltaron un grito ahogado, aunque los gritos más altos los proferiría Mary Lou Lord, quien al oír aquel comentario se puso fuera de sí.

Kurt ya recibía una atención considerable por parte de los medios en el Reino Unido, pero con aquella declaración alcanzó más cotas de difusión que con cualquier otro comentario realizado en toda su carrera: desde que John Lennon afirmara que los Beatles eran más grandes que Jesucristo, ninguna estrella de rock había escandalizado tanto a la opinión pública británica. Kurt no pretendió aumentar su mala fama, sino que decidió valerse de aquella aparición en televisión para decirle a Lord que se había terminado, y al mismo tiempo jurar amor a Courtney. Con su análisis sobre las dotes sexuales de Love logró algo que seguramente no estaba dentro de sus intenciones, pues pasó de la portada de los semanarios musicales a la primera página de los periódicos sensacionalistas. Habida cuenta del fenómeno de ventas de *Nevermind*, aquellas palabras suyas no podían sino convertirse en noticia. Desde entonces Kurt jugó a aceptar o a maldecir aquel giro de los acontecimientos, en función de si le resultaba ventajoso o no.

Tres semanas más tarde, el 28 de noviembre, el día que *Nevermind* alcanzó el millón de copias vendidas en Estados Unidos, la banda apareció en otro programa televisivo británico de gran audiencia, *Top of the Tops*. Los productores habían insistido en que Nirvana tocara «Smells Like Teen Spirit», y el programa exigía que los intérpretes pusieran las voces en directo con una base musical de acompañamiento, lo que suponía un grado más que que la sincronización labial. Kurt tramó un plan con Novoselic y Grohl para poner en ridículo aquella actuación. Cuando sonó la base musical de fondo. Kurt cantó las voces en una versión ralentizada, casi al estilo lounge de Las Vegas; según afirmaría Kurt posteriormente, trató de imitar la forma de cantar de Morrisey. Los productores se pusieron

furiosos, pero los Nirvana se libraron de su cólera marchándose a toda prisa a un concierto que tenían en Sheffield. De camino, Kurt sonrió por primera vez aquel día. «Se lo pasó en grande -diría Alex MacLeod-. No había duda de que eran lo más grande del panorama musical del momento. Y Kurt se aprovechó de ello. Sabía que tenía el poder.»

Si Kurt tenía el descaro como un vicio esporádico, en compañía de Courtney se convertía en un hábito diario, lo que dejaba entrever en parte la adoración que sentía por ella. Courtney entraba en casi todos los círculos sociales con la gracia de una glotona abalanzándose sobre un gallinero, aunque al mismo tiempo podía ser aguda y graciosa. Incluso aquellos del equipo y el personal de organización a cargo de Nirvana que le tenían antipatía, y había muchos dentro de dicha categoría, la encontraban divertida.

Kurt era voyeur por naturaleza y nada le gustaba más que armar jaleo y quedarse después cruzado de brazos viendo cómo se desarrollaba la situación. Pero cuando Courtney se hallaba en un espacio cerrado, en especial un camerino, la gente no podía apartar la mirada de ella, y menos aún Kurt. Pocos se atrevían a cometer la insensatez de retar a Courtney a un pulso dialéctico, y los que lo hacían comprobaban que con su sarcasmo era capaz de aventajar al rival más perspicaz. A Kurt le encantaba ir de chico malo por la vida, y para eso necesitaba una chica mala a su lado. Aunque le constaba que Courtney sería un héroe oscuro en el mejor de los casos, la amaba tanto más por ello. «Parte de su agresividad la canalizó a través de ella -explicaría Carolyn Rue, batería de Hole-. Indirectamente se aprovechaba de ello, porque no tenía el valor de hacerlo por sí solo. La necesitaba a ella como portavoz. Kurt era un agresivo-pasivo.» Love, por su parte, era agresiva sin más, una característica que le valdría muchas críticas cargadas de crueldad en un mundo como el del punk rock que, a pesar de las declaraciones de igualdad, seguía dominado por el hombre y tenía modelos de conducta muy definidos incluso para las mujeres liberadas. Cuando Courtney se emparejó con

Kurt, la prensa la acusó de liarse con una estrella emergente. Y si bien dicha acusación no dejaba de ser cierta en lo esencial, lo que olvidaban señalar los que la criticaban era que Hole había cosechado en sus inicios críticas tan entusiastas como las de Nirvana. En noviembre de 1991, Kurt era más famoso que ella, y los amigos de Courtney le aconsejaron que lo olvidara ante el riesgo de que la carrera de él eclipsara la suya. Pero dado el dominio que tenía sobre sí misma, Courtney no contemplaba aquella posibilidad, y el mero hecho de que le hicieran tales insinuaciones la ofendía. Cierto era que a ambos les movía la ambición, un rasgo que formaba parte de la atracción que sentían el uno por el otro.

Aunque la suya era una historia de amor poco frecuente, había momentos en que rozaba el sentimentalismo más tradicional. Si bien algunos de los faxes que se enviaban no eran aptos para menores de dieciocho años, otros en cambio parecían sacados directamente de un folletín romántico pues, como los escritores, trataban de ganarse el corazón del otro. Un fax de Courtney de principios de noviembre decía lo siguiente: «Quiero estar encima de ti con todos los caramelos en mis manos. Hueles a gofre y a leche. [...] Te quiero y echo de menos tu cuerpo, y tus besos de veinte minutos».

Ambas partes de dicha unión alcanzaban asimismo un grado de modestia que rayaba en la comedia. En la intimidad se contaban historias fruto de su depravado sentido del humor, algo que el público rara vez presenciaba. Aquel otoño Courtney escribió una lista de los «rasgos más irritantes» de Kurt y sus perspicaces observaciones destilaban una mezcla de crueldad y coquetería: «1. Juega a hacerse el chico mono con los periodistas y todos caen rendidos a sus pies. 2. Juega a hacerse el héroe punk mono e indefenso para los fans quinceañeros que de todos modos ya lo tienen como a un Dios, y no necesitan nada más para convencerse. 3. Tiene al mundo entero convencido de que es un ser humilde, tímido y modesto cuando, de hecho, a escondidas es un narcisista bocazas, razón por la cual lo amo aunque solo yo lo sepa. 4. Es Piscis, y el objeto de mis más intensos deseos y repulsiones a la vez». En otro de sus faxes Courtney acababa prometiendo a Kurt comprarle flores cada día cuando se hiciera rica.

Muchos de sus faxes contenían frases que años más tarde terminarían formando parte de la letra de sus temas más conocidos. «Soy partes de muñeca, tez cuarteada, corazones de muñeca, representa un cuchillo, el resto de mi vida, pela mi pequeño corazón, ponlo en remojo en tu mano izquierda y llámame esta noche», le escribió por fax el 8 de noviembre. Otros mensajes se definían, en cambio, por su sencillez y dulzura: «Por favor, peínate esta noche y recuerda que te quiero», le escribió una noche.

Kurt le enviaba ejemplares de *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde y *Cumbres borrascosas* de Emily Brome, y faxes igual de románticos que los de ella, aunque dada la excentricidad que lo caracterizaba, gran parte de sus escritos resultaban extraños sin más. A menudo mostraba su obsesión por los temas subidos de tono que más le atraían: los desechos humanos, la sodomía, el nacimiento, los bebés y las drogas. Se deleitaba con la posibilidad de que sus indiscreciones pudieran convertirse en carne de la prensa amarilla. En un fax que envió a mediados de noviembre exponía una verdad mayor. Empezaba con el nombre de Courtney dentro de un corazón y decía así:

> Maldito semen asqueroso. Alucino más de la cuenta. Necesito oxígeno. Gracias a Satán, hemos dado con un médico pro narcóticos que no tiene problemas en expedir recetas por teléfono cuando el camello no puede pillar en la calle. Creo que voy a contraer una especie de enfermedad de la piel con hongos pegajosos porque tengo la costumbre de caer desmayado a altas horas de la madrugada cubierto de sangre de niño y con la misma ropa sudada que he llevado para el concierto de la noche anterior. El pequeño Oliver, el chico indio que compré la semana pasada, se está convirtiendo en toda una enfermera profesional salvo por el hecho de que las jeringas que emplea son tan grandes que los brazos se me hinchan como pelotas de golf, o, mejor dicho, como bolas de billar. Se le da mucho mejor chuparme el rabo ahora que le he reventado los piños de un porrazo. Guido le enviará mañana un pez a la recepcionista esa del hotel. Espero que sepa nadar bien. Te quiero. Te echo de menos. P.D.: He convencido a Lenny Kravitz de que el bebé es suyo y está dispuesto a pagar el aborto. Quiéreme.

Kurt firmó la carta con un pez. Naturalmente, Kurt no tenía a ningún chico indio de esclavo-amante ni se dio ningún embarazo en noviembre. Sin embargo, la adicción a la que se refería era real y cierto era que había dado con un médico británico que le recetaba morfina farmacéutica.

Courtney se encaprichó tanto con Kurt que a finales de noviembre, cuando llevaba dos semanas sin verle, canceló un concierto de Hole -algo extraño en ella- y cogió un avión con destino a Amsterdam. Una vez allí, compraron heroína y se pasaron el día en la cama, dormitando entre un coito relajado y otro. Courtney no tomaba drogas por el mero hecho de querer a Kurt -ella tenía sus propios demonios de los que buscaba escapar-, pero rara vez se drogaba si él no andaba cerca. Cuando estaba con él traspasaba todos los límites, pues sabía perfectamente que mantener una relación íntima con él suponía vivir en un mundo de evasión cargado de opiáceos. Courtney había elegido a Kurt, y con ello, las drogas.

Tras su estancia en Amsterdam y una breve parada en Londres, Courtney se reincorporó a la gira de Hole, y Nirvana prosiguió con sus citas musicales programadas en el Reino Unido. Desde los Sex Pistols, ninguna banda en plena gira había suscitado tanta atención. Cada actuación contenía algo de ínteres periodístico, o al menos algo susceptible de convertirse en noticia. En Edimburgo ofrecieron un concierto acústico a fin de recaudar fondos para un hospital infantil. En Newcastle Kurt anunció desde el escenario: «Soy homosexual, soy drogadicto y me tiro a cerdos barrigudos», otro clásico del cobainismo, si bien solo una de dichas afirmaciones era cierta. Cuando la gira llegó de nuevo a Londres Kurt se encontraba incapacitado por la dolencia estomacal que sufría y decidió cancelar seis conciertos que tenían en Escandinavia. En vista del estado de su salud y de su adicción en aumento, fue una decisión acertada.

Durante la estancia de Kurt en Europa su madre había escrito una carta al *Aberdeen Daily World.* Se trataba de la primera mención de Kurt en el periódico de su ciudad natal desde que su equipo de béisbol

ganara el campeonato de liga infantil el año que sus padres se divorciaron. La carta llevaba como titular «El triunfo de un "guitarrero" local, según su madre»:

> Esta carta va dirigida más o menos a todos esos padres cuyos hijos se dedican todo el día a hacer ruido o a aporrear una batería o una guitarra en el garaje de casa o en su habitación. Ojo con lo que dicen, porque es posible que tengan que comerse hasta la última palabra de sus sermones cargados de preocupación del estilo «Haz algo de provecho», «Tu música es buena pero las probabilidades de que consigas algo son prácticamente nulas», «Lo primero son los estudios, luego si sigues queriendo tocar en un grupo, tú verás, pero si no funciona siempre tendrás algo a lo que recurrir». ¿Les resultan familiares dichos comentarios?
>
> Pues bien, acabo de recibir una llamada telefónica de mi hijo, Kurt Cobain, que canta y toca la guitarra con el grupo Nirvana. En estos momentos se encuentran de gira por Europa. Su primer álbum con la compañía discográfica Geffen consiguió el disco de platino (más de un millón de copias vendidas). Ocupan el cuarto puesto en la lista de éxitos *Billboard* de los doscientos álbumes más vendidos en todo el país. Me consta que las probabilidades de éxito siguen siendo prácticamente nulas para muchos, pero dos chicos que nunca perdieron de vista su meta. Kurt y [Krist| Novoselic, tienen un motivo para sonreír en estos momentos. Todas esas horas de ensayo han valido la pena.
>
> Kurt, si por casualidad lees esta carta, quiero que sepas que nos sentimos muy orgullosos de ti y que eres realmente el mejor hijo que una madre podría tener. Por favor, no olvides comer verdura ni cepillarte los dientes, y ahora que tienes señora de la limpieza hazte la cama.
>
> WENDY O'CONNOR, Aberdeen

Kurt no leyó el *Aberdeen Daily World*, rara vez comió verdura en toda su sida y su drogadicción había llegado a tal límite en Diciembre de 1991 que solía pegar una nota en la puerta de su habitación de hotel advirtiendo a las camareras que no entraran: si lo hacían, a menudo se lo encontraban desmayado. Por extraño que parezca, tampoco se

cepillaba los dientes, una de las razones por las que se le infectaron las encías durante las sesiones dedicadas a la portada del álbum de *Nevermind.* «Kurt odiaba cepillarse los dientes -recordaba Carrie Montgomery-. Aun así, nunca se le veían los dientes sucios ni tenía mal aliento.» Carrie recordaba que Kurt le había dicho que comer manzanas iba tan bien como lavarse los dientes.

El 21 de diciembre Kurt, Carrie y un grupo de amigos planearon un viaje a Portland para ver a los Pixies. Kurt había alquilado un Pontiac Grand Am en previsión del largo trayecto, pues temía no poder llegar a cubrir la distancia con su Valiant, que rara vez conducía y con el que tan solo realizó tres mil kilómetros el primer año que lo tuvo. Kurt lo empleaba más bien como alojamiento móvil, durmiendo de vez en cuando en el asiento trasero y guardando sus pertenencias en el maletero. Sus amigos quedaron con él en Aberdeen, donde Kurt hizo un alto para degustar un asado de carne a la cazuela en casa de su madre.

La dinámica en la casa de la calle Primera había experimentado un cambio descomunal desde la última visita de Kurt a Aberdeen. En aquella ocasión se vio tratado, por primera vez desde su infancia, como la persona más importante en la vida de Wendy. Incluso a Kurt le chocó la hipocresía de la situación, en especial cuando vio que su padrastro, Pat O'Connor, le daba un beso. Fue como un episodio malo de la comedia televisiva *All in the Family,* donde Archie le regala su preciada butaca La-Z-Boy a Meathead. Cuando llegaron sus amigos, se quedaron el tiempo justo para que Kurt le regalara a su hermanastra de seis anos Brianne, por la que sentía adoración, unos materiales para pintar antes de marcharse a toda prisa.

Al día siguiente Courtney llegó a Seattle, y Carrie fue reclutada para actuar de parachoques cuando Courtney fue a visitar a la familia de Kurt. Antes del encuentro quedaron en Maximilien's, un elegante restaurante Frances situado en el Pike Place Market para planear la estrategia que requería aquel importante acto de presentación. Cuando Courtney se levantó de la mesa para ir al baño, Kurt preguntó la opinión de Carrie sobre su nuevo amor. «Los tíos sois como una catástrofe natural», contestó ella. Carrie era una de las pocas amigas

de Kurt, así que tenía una extraña perspectiva de su unión. «Me lo pasaba bien estando con ellos, de la misma forma que me resultaba interesante presenciar un accidente de tráfico», observaría Carrie.

Cuando Courtney regresó a la mesa, otro comensal inquirió: «Eh, vosotros dos sois Sid y Nancy?». Kurt y Carrie se miraron, conscientes de que Courtney explotaría en cualquier momento. Love se puso en pie y gritó: «¡El disco de mi marido es el número uno en todo el país, y tiene más dinero del que jamás llegaréis a tener cualquiera de vosotros!». Naturalmente, Kurt no era su marido, ni su disco había alcanzado el número uno -aquella semana estaba en el número 6-, pero Courtney se hizo entender. El camarero acudió a todo correr, y el sarcástico cliente se puso a cubierto. A pesar de aquel arrebato, y en parte por él, Carrie encontraba a Courtney inteligente y divertida, y a su modo de ver formaban una pareja encantadora. El viaje a Aberdeen fue bien; a Wendy le gustó Courtney y le dijo a Kurt que le iba bien. «Eran como clones, pegados el uno al otro -comentaría Wendy posteriormente a Tim Appelo-. Seguramente él era la única persona que profesaba a Courtney un amor total e incondicional.»[3]

Una semana más tarde Kurt y los demás miembros de Nirvana volvieron de nuevo a la carretera, con Courtney a remolque para iniciar una nueva gira. Tenían previsto tocar en las plazas más grandes hasta la fecha -en recintos con un aforo de veinte mil personas-, pero en vista de que la gira se había programado antes del boom del álbum, el grupo ocuparía un lugar intermedio en un cartel de tres bandas. Los Pearl Jam actuaban como teloneros -por entonces también ellos empezaban a adquirir fama-, mientras que los Red Hot Chili Peppers eran el plato fuerte del cartel.

Antes del concierto del 27 de diciembre en el estadio Sports Arena de Los Ángeles, Kurt realizó una entrevista con Jerry McCully de la revista *BAM*. El artículo de McCully causó sensación, cuando menos porque la descripción que ofrecía de Kurt concordaba con los rumores que habían empezado a circular sobre su adicción a las drogas.

McCully escribió que Kurt «se quedaba dormido de vez en cuando en mitad de una frase». El artículo no mencionaba en ningún momento el término heroína, pero la idea se dejaba entrever en la descripción que ofrecía el periodista de Kurt con sus «pupilas tijas, mejillas hundidas y piel cetrina y llena de costras». Según McCully, a juzgar por su aspecto Kurt parecía tener «más bien cuarenta que veinticuatro».[4]

Cuando no cabeceaba, Kurt hablaba de su carrera con una lucidez sorprendente. «Yo quería vender los discos suficientes como para poder comer macarrones con queso, y así no tener que trabajar», declaró. En referencia a Aberdeen -rara vez se abstenía de aludir a su ciudad natal en una entrevista, como si se tratara de una amante a la que hubiera dejado atrás-, dijo lo siguiente: «El noventa y nueve por ciento de la población no tenía ni idea de lo que era la música, ni el arte». Según afirmó, la razón por la que no acabó convirtiéndose en un maderero fue porque «era muy pequeño para mi edad». Aunque no logró ver impresa su célebre frase «el punk rock es libertad», lo que sí publicaron fue su siguiente aseveración: «En mi opinión, madurar […] es como achicarse [...] Espero morir antes de convertirme en Pete Townshend». Kurt estaba jugando con la frase «I hope I die before I get old» (Espero morir antes de hacerme viejo) de «My Generation», y quizá por ello abriera el concierto a modo de guiño con «Baba O'Riley» de los Who.

Por desconcertante que resultara la apariencia de Kurt, lo que verdaderamente supuso una sorpresa fue el anuncio de sus planes futuros: «Voy a casarme, y esto es una revelación total, en el plano sentimental, me refiero. Nunca me he sentido tan seguro en toda mi vida, y tan feliz. Es como si ya no tuviera inhibiciones, como si ya nada pudiera hacerme sentir inseguro. Supongo que casarse tiene mucho que ver con la seguridad y con mantener la mente clara. Mi futura esposa y yo tenemos personalidades tan volátiles que creo que si nos peleáramos, nos separaríamos a la primera de cambio. Casarse te da un punto más de seguridad» Kurt concluyó la entrevista con otra predicción: «Hay un montón de cosas que me gustaría hacer cuando sea más mayor. Al menos, tener una familia, con eso me contentaría».[5]

Kurt y Courtney se habían prometido en diciembre mientras yacían en una cama de un hotel de Londres. Antes de la entrevista con McCully, Kurt no había realizado ningún anuncio formal, pero todos los de la banda ya lo sabían. No se fijó fecha alguna, pues con desposorios por medio o no, el negocio de Nirvana no podía suspenderse por nada.

Nirvana puso fin a 1991 con un concierto de Nochevieja en el Cow Palace de San Francisco. Pearl Jam abrió la noche con un fragmento de «Smells Like Teen Spirit», y Eddie Vedder les dijo en broma «Recordad que nosotros la hemos tocado primero». Aquel comentario burlón suponía un reconocimiento del hecho de que todos los presentes en el recinto sabían que, con el principio del nuevo año, Nirvana se erigía en el grupo más importante del mundo, y «Smells Like Teen Spirit» en su canción más emblemática. Keanu Reeves presenció el concierto y trató de conocer a Kurt, quien rechazó todos sus intentos. Aquella misma noche, ya en el hotel, Kurt y Courtney se vieron tan acosados por los demás huéspedes que pusieron el siguiente cartel en la puerta: «Nada de famosos, por favor. Estamos follando».

Cuando la banda llegó a Salem, Oregon, para ofrecer el último concierto de la gira, *Nevermind* ya llevaba vendidos dos millones de copias según las cifras oficiales y las ventas seguían incrementándose a un ritmo cada vez más acelerado. Fuera donde fuera, Kurt se topaba con alguien que le pedía algo, un contrato de colaboración, una entrevista, un autógrafo. Entre bastidores, Kurt alcanzó a ver por un instante a Jeremy Wilson, cantante y líder de los Dharma Bums, un grupo de Portland al que Kurt admiraba. Wilson saludó con la mano a Kurt, sin querer interrumpir su conversación con una mujer que trataba de convencerle para que apareciera en un anuncio de cuerdas de guitarra. Al ver que Wilson se alejaba, Kurt gritó «¡Jeremy!» y se lanzó en sus brazos. Kurt no dijo una palabra; se limitó a entregarse al fuerte abrazo de Wilson mientras este le repetía: «Todo va a ir bien». Kurt no sollozaba, pero no parecía faltarle mucho. «No fue un abrazo corto -recordaba Wilson-. Se quedó entre mis brazos treinta segundos

largos.» Al final un comerciante agarró a Kurt y lo arrastró a otra reunión.

Tras un par de días libres en Seattle, Kurt pareció recobrar un tanto el ánimo. El lunes 6 de enero de 1992 el superfan Rob Kader iba por la calle Pine con su bicicleta cuando de repente oyó que alguien gritaba su nombre. Se trataba de Kurt, en compañía de Courtney. Kader felicitó a Kurt por el éxito del álbum y por el anuncio de que Nirvana aparecería en *Saturday Night Live*. Pero en cuanto acabó de pronunciar aquellas palabras, Kader tuvo la certeza de que había cometido un error, pues la cordialidad de Kurt se agrió en el acto. Dos años antes, cuando Kader felicitó a Kurt por el hecho de que una veintena de personas hubieran asistido a un concierto suyo en el Community World Theater -dos más que en su anterior concierto-, Kurt recibió sus palabras con una sonrisa radiante. A principios de 1992 lo último que quería oír era una referencia a su popularidad.

A la semana siguiente la fama de Kurt se vería amplificada de forma considerable cuando el grupo voló a Nueva York para actuar como artistas invitados en uno de los programas de mayor audiencia de todo el país, *Saturday Night Live*. Kurt pareció recuperar el optimismo en el ensayo del jueves, durante el cual tocaron algunas de las canciones de la primera época del grupo. Sin embargo, todo el mundo sabía que en la actuación tendrían que tocar «Smells Like Teen Spirit», por mucho que Kurt hubiera acabado harto del hit.

Kurt le pagó el billete de avión a su madre y a Carrie Montgomery para que volaran a Nueva York con él. Cuando el resto del equipo de Nirvana conoció a Wendy por primera vez, Kurt se sintió molesto una vez más. «Todo el mundo decía siempre: "¡Uau!, Kurt, tu madre es despampanante"», recordaba Carrie. Aquel comentario era lo último que Kurt quería oír; le resultaba incluso más exasperante que cuando le recordaban lo famoso que era.

Mientras Kurt se dedicaba a ensayar, Courtney, Carrie y Wendy se fueron de tiendas. Más tarde, Kurt fue a comprar drogas, algo tan fácil de conseguir en Nueva York como ropa en rebajas. En Alphabet City, Kurt se quedó perplejo al ver colas de clientes aguardando al traficante, como en la canción de los Velvet Underground. A Kurt le

había acabado fascinando el rito del heroinómano, y se dejó seducir por el sórdido inframundo que comportaba. La heroína de Nueva York, blanca como la porcelana (la de la Costa Oeste siempre era goma negra como el alquitrán), le hacía sentirse sofisticado, además de resultar más económica y potente, por lo que no tardó en cogerle el gusto.

Aquel viernes, cuando Wendy llamó a la puerta de la habitación de su hijo al mediodía, Kurt fue a abrirle en ropa interior, con una pinta desastrosa. Courtney seguía aún bajo las mantas. Había bandejas con exquisiteces por todas partes y, después de solo dos días en la suite, el suelo se veía cubierto de basura. «Pero, Kurt, ¿por qué no haces que vengan a limpiar?», preguntó Wendy. «No puede -repuso Courtney-. Le roban la ropa interior.»

Aquella semana supuso un punto de inflexión en la relación de Kurt con la banda y el resto del equipo. Hasta aquel momento, todo el mundo era consciente de que Kurt no andaba bien, y Courtney servía normalmente como chivo expiatorio de su actitud cada vez más avinagrada. Pero ya en Nueva York quedo claro que era Kurt quien había entrado en una dinámica auto-destructiva, y que presentaba todos los indicios de ser un drogadicto activo. Aunque a todo el mundo le constaba que Kurt consumía drogas -suponían que heroína-, nadie sabía cómo actuar al respecto. Ya costaba suficiente esfuerzo convencerlo para que realizara una prueba de sonido o para que se peinara, y más aún conseguir que se dejara aconsejar sobre sus asuntos personales. Kurt y Courtney se trasladaron a un hotel distinto del del resto del equipo; se hallaban a solo unas manzanas de distancia pero aquel gesto serviría como metáfora de la creciente división que se vivía en el seno de la banda. «A aquellas alturas -recordaba Carrie-, Nirvana ya se había separado en dos bandos, los "buenos" y los "malos". Kurt, Courtney y yo éramos los malos. Teníamos aquella sensación de no ser bien recibidos, una sensación que fue haciéndose cada vez más negativa.»

Los managers de Nirvana tampoco sabían qué medidas tomar ante aquella situación. «Fue una época muy oscura -diría Danny Goldberg-. Fue la primera vez que me di cuenta de que Kurt tenía problemas con

las drogas.» Al mismo tiempo que Gold Mountain se afanaba en atraer la atención sobre la aparición del grupo en *Saturday Night Live,* sus managers rezaban en privado para que la drogadicción de Kurt no les pusiera en evidencia o hiciera descarrilar su próspero éxito económico. «Yo solo confiaba en que las cosas no se desmadraran en público», recordaba Goldberg.

Y entonces, como si las cosas no estuvieran ya lo suficientemente turbulentas, surgió la noticia de que en el siguiente número de la revista *Billboard,* el álbum *Nevermind* alcanzaría el puesto número uno, desbancando así a *Dangerous* de Michael Jackson. Aunque *Nevermind* llevaba rondando el sexto lugar durante todo el mes de diciembre, de repente se vio catapultado al primer puesto de la lista con unas ventas de 373.520 copias durante la semana posterior a las navidades. Muchas de dichas ventas se debieron a un inusitado comportamiento en el hábito de los compradores, afirmó Bob Zimmerman de Tower Records: «Vimos que un número increíble de chavales devolvían el cede que les habían regalado sus padres por Navidad para comprar a cambio el de *Nevermind,* o se gastaban el dinero que les habían dado como regalo para comprarse el cede».

Aquel viernes Kurt y Courtney concedieron una entrevista para un artículo de portada de *Sassy,* una revista para adolescentes. Kurt había rechazado peticiones procedentes de *New York Times* y *Rolling Stone,* en cambio accedió a aquel encuentro por lo absurda que le parecía la revista. Tras la entrevista la pareja salió disparada para acudir a una filmación de la MTV. Pero Kurt se encontraba indispuesto y lo que en un principio debía ser un concierto de una hora finalizó al cabo de treinta y cinco minutos. «¿Puedes sacarme de aquí?», le preguntó Kurt a Amy Finnerty. Kurt deseaba visitar el Museo de Arte Moderno.

Una vez dentro del MOMA se le levantó bastante el ánimo; era la primera vez que visitaba un museo importante. A Finnerty no le fue fácil seguirle el paso mientras Kurt recorría el recinto de punta a punta a toda prisa. Kurt se detuvo cuando un fan afroamericano se le acercó para pedirle un autógrafo. «Eh, colega, me encanta tu disco», le dijo el hombre. A Kurt le pedían autógrafos un centenar de veces al día, pero aquella fue la única ocasión en la que respondió con una sonrisa. «Es

la primera vez que un negro me dice que le gusta mi disco», le aclaró a Finnerty.

Después de visitar el museo, Kurt regresó a la NBC para otro ensayo más de *Saturday Night Live*. Esta vez los productores del programa pidieron al grupo que tocaran únicamente las canciones que pensaban interpretar en directo, así que Nirvana tocó «Smells Like Teen Spirit» y «Territorial Pissings». Esta última elección no fue del agrado de la cadena, por lo que se originó un debate. Kurt dio su jornada laboral por terminada y se marchó.

El sábado por la tarde, el día que se emitía el programa televisivo donde iban a actuar, el grupo tenía programada una sesión fotográfica en el estudio de Michael Lavine. Kurt acudió a la cita pero llegó tan colocado que no hacía más que quedarse dormido estando de pie. Durante la sesión se quejó de no encontrarse bien. «Iba tan pasado de vueltas -recordaba Lavine- que no podía ni mantener los ojos abiertos.»

A principios de enero Kurt sufría una adicción tan grave a la heroína que una dosis normal no le bastaba ya para sentirse eufórico; como todo adicto, necesitaba una dosis diaria cada vez mayor ya solo para frenar los síntomas de la abstinencia. Pero la heroína de Nueva York era muy potente, y Kurt estaba rebasando los límites prudenciales respecto a su consumo con el fin de alcanzar un estado de euforia. Aquel sábado había decidido chutarse temprano para estar en óptimas condiciones cuando empezara *Saturday Night Live*. En su intento de regularse correctamente la dosis -una labor imposible al pasar de una bolsa de heroína a otra-, se administró más de la cuenta y llegó a la tarde en estado de estupor. En el momento en que el grupo acudió a la cadena NBC, Kurt se hallaba fuera del estudio vomitando. Las horas anteriores al inicio del programa las pasó tumbado en un sofá, haciendo caso omiso del presentador Rob Morrow, y negándose a firmar un autógrafo para la hija del presidente de la cadena. La única alegría del día se la llevó cuando habló por teléfono con el famoso imitador «Weird Al» Yankovic y le dio su consentimiento para que

realizara una parodia de «Smells Like Teen Spirit». A la hora de inicio del programa volvía a estar sobrio, y abatido.

Antes del primer número del grupo se hizo un silencio perceptible en el estudio cuando Morrow los presentó. Kurt tenía un aspecto horrible, con una tez pálida, un cabello mal teñido del color de una mermelada de frambuesa y una expresión como de estar a punto de vomitar, y así era. Pero como le ocurrió muchas veces a lo largo de su vida cuando se veía entre la espada y la pared, Kurt reaccionó con una actuación admirable. Cuando se lanzó con su primer solo de guitarra de «Smells Like Teen Spirit», el líder de la banda de *Saturday Night Live* G. E. Smith se volvió al técnico de sonido de Nirvana Craig Montgomery y le comentó: «Joder, ese tío sabe tocar».

Pese a no ser la mejor versión de «Smells Like Teen Spirit» que interpretó Nirvana en toda su carrera, la canción contenía la suficiente energía en estado puro para sobrevivir a una actuación mediocre sin perder su sonido revolucionario. El logro de que funcionara en un programa de televisión en directo se debía a que el aspecto del grupo explicaba la mitad de la historia de la canción: Krist no dejaba de botar en el escenario con su barba y su pelo largo, parecido a un Jim Morrison loco y larguirucho; Grohl, sin camiseta, aporreaba la batería con el espíritu de John Bonham y Kurt parecía poseído. Puede que no se hallara al cien por cien, pero cualquiera que estuviera viendo el programa en aquellos instantes habría deducido que estaba cabreado por «algo». El chico que se había pasado su juventud jugando con películas grabadas en Súper 8 sabía cómo venderse a la cámara, y tanto su actitud distante como su intensidad conseguían atraer al espectador.

Cuando el grupo volvió a aparecer para actuar por segunda vez, se produjo una auténtica catarsis. En contra de los deseos del productor tocaron «Territorial Pissings», canción que remataron con la destrucción de los instrumentos. Kurt inició el ataque incrustando la guitarra en un altavoz, Grohl tiró la batería de la tarima a patadas y Krist lanzó los tambores al aire. No había duda de que todo estaba calculado, pero la ira y la frustración no eran fingidas. En un «idos a la mierda» final dirigido a todo Estados Unidos, mientras pasaban los

créditos del programa, Kurt y Krist se dieron un beso con lengua (la NBC suprimió aquella toma final en todas las repeticiones del programa por temor a que resultara ofensiva). Kurt afirmaría posteriormente que el beso fue idea suya, y que lo hizo para joder a «los paletos y los homófobos» de Aberdeen, pero lo cierto es que se negó a salir para la despedida final hasta que Krist lo arrastró al escenario. «Me fui directo a él -recordaba Krist-, lo cogí y le metí la lengua en la boca para darle un beso. Solo quería que se sintiera mejor. Cuando acabó todo, le dije: "No pasa nada. No es tan grave, ¿vale?".» Aunque Kurt Cobain se había metido en el bolsillo a los pocos jóvenes del país que aún no se habían enamorado de él, no se sentía como un conquistador. Se sentía más bien, al igual que casi todos los días, como una mierda.

Kurt logró escapar de una fiesta privada de SNL y se apresuró a marcharse del estudio. Tenía programada una entrevista, pero como de costumbre llegaba horas tarde. Amy Finnerty se hallaba en casa de Janet Billig a altas horas de la madrugada cuando Kurt la llamó para pedirle dinero prestado. Su disco era número uno y acababa de tocar en *Saturday Night Live*, pero decía que no tenía dinero. Fueron a un cajero automático y Billig le dio cuarenta dólares.

Una hora después Kurt se presentó en el estudio de radio del DJ Kurt St. Thomas con ganas de hablar, lo que resultó en una de las entrevistas más largas de su vida. Aquella conversación tenía como objetivo crear un cede promocional para su difusión en emisoras de radio. Kurt narró el relato de «las armas en el río», historias de la época en la que vivía con Dave y comía *corn dogs* y se refirió a Aberdeen como a una ciudad de paletos. Cuando Kurt se marchó del estudio dos horas más tarde, Mark Kates de DGC se volvió a St. Thomas y le dijo: «Vaya, no puedo creer lo que le has llegado a sacar. Nunca habla tanto. Aunque no sé si será todo verdad».

Varias horas más tarde, con los primeros rayos de sol de la mañana del domingo, Courtney descubrió que Kurt se había metido una sobredosis al drogarse después de la entrevista. No hay manera de

saber si se trató de un acto deliberado o no; pero Kurt tenía fama de ser un adicto temerario. Courtney le salvó la vida reanimándolo, después de lo cual parecía como si no le hubiera ocurrido nada. Aquella tarde la pareja realizó otra sesión de fotos con Lavine para la portada de *Sassy*, una de las instantáneas captó a Kurt besando a Courtney en la mejilla y la revista la eligió para la portada. Menos de ocho horas antes, Kurt se encontraba en estado comatoso.

En la entrevista con Christina Kelly, de *Sassy*, Kurt abordó el tema de su compromiso con Courtney: «Mi actitud ha cambiado de forma drástica, y no puedo creer lo feliz que soy ahora y lo mucho que he dejado de pensar en mi carrera. A veces olvido incluso que estoy en un grupo de lo ciego de amor que estoy. Sé que dicho así da vergüenza, pero es cierto. Sería capaz de renunciar a la banda ahora mismo. No me importa. Pero estoy sujeto a un contrato». Cuando Kelly le preguntó si su relación había modificado de algún modo su forma de escribir, Kurt aún se expresó con más entusiasmo: «Estoy tan abrumado por el amor que siento, que desconozco hasta qué punto va a cambiar mi música».[6]

Pero el comentario más irónico de todos se dio cuando Kelly preguntó si la pareja se planteaba la posibilidad de tener un hijo, a lo que Kurt respondió: «Yo solo quiero una buena situación y seguridad. Quiero asegurarme de que tengamos una casa y dinero ahorrado en el banco».[7] Entonces aún ignoraba que Courtney ya estaba embarazada de él.

17

UN PEQUEÑO MONSTRUO DENTRO

LOS ANGELES, CALIFORNIA

ENERO DE 1992 -AGOSTO DE 1992

Hay un pequeño monstruo dentro tu cabeza que dice «sabes que te sentirás mejor».
- Términos expresados por Kurt para describir a su hermana su adicción, abril de 1992.

Fueron todos aquellos dibujos de «bebés aleta» que llevaba haciendo durante años lo que infundió pánico a Kurt cuando se enteró de lo del embarazo; eso y saber que habían consumido heroína durante el período de la concepción a principios de diciembre. La crítica más dura de Kurt provenía siempre de su voz interior, y aquel embarazo contaminado supuso para él uno de los trances más bochornosos de su vida, según observaron sus amigos. A pesar de la gran podredumbre que envolvía su existencia, tanto en el plano interior como exterior, había dos cosas que consideraba sagradas: la promesa de que nunca acabaría como sus padres y el compromiso consigo mismo de que si llegaba a tener hijos les ofrecería un mundo mejor que el que había conocido él en su niñez. Sin embargo, a principios de enero de 1992 Kurt no podía evitar pensar en todos los dibujos de «bebés aleta» que había hecho y preguntarse si le habrían adjudicado uno propio como castigo divino.

Al mismo tiempo, pese a su desesperación, la idea del embarazo le inspiraba un sentimiento de esperanza. Kurt amaba de verdad a Courtney y pensaba que tendrían un niño dotado de muchos dones, entre ellos una inteligencia superior a la media. Kurt creía que el cariño que sentía por Courtney era mucho más profundo que el amor que había presenciado entre sus padres. Y a pesar de lo desbordado

que se veía Kurt por la noticia, Courtney parecía tomárselo con una calma sorprendente, al menos desde su punto de vista. Courtney le dijo a Kurt que el niño era una señal divina, y que estaba convencida de que no nacería con aletas, por muchos dibujos de fetos deformes que Kurt hubiera esbozado en su juventud. Le dijo que las pesadillas de él no eran más que temores, y que los sueños de ella mostraban que tendrían un bebé sano y hermoso, suposiciones que Courtney sostenía con firmeza por mucho que los que tuviera a su alrededor le sugirieran lo contrario. Un médico especialista en drogodependencia que Courtney consultó le ofreció «administrarle morfina» si ella accedía a abortar. A Courtney no le convenció aquella propuesta, y buscó otra opinión.

Visitó a un especialista en defectos congénitos de Beverly Hills que le informó de que la heroína consumida en el primer trimestre de la gestación suponía un riesgo mínimo de contraer defectos congénitos. «Le dijo que si seguía un tratamiento para ir disminuyendo gradualmente el consumo, no había razón alguna para que no tuviera un niño sano», recordaba la abogada de Courtney, Rosemary Carroll. Con las imágenes de «bebés aleta» desvaneciéndose ya en su cabeza, Kurt se sumó a Courtney en la convicción de que aquel embarazo era una bendición. Las actitudes de desaprobación de los demás solo servían para que Kurt se reafirmara en su posición, como cuando decidió emparejarse con Courtney. «Sabíamos que no era el mejor momento ni mucho menos para tener un hijo -confesó Kurt a Michael Azerrad-, pero estábamos decididos a tenerlo.»[1]

La pareja alquiló un piso de dos habitaciones en Los Angeles por mil cien dólares al mes en el número 448 de Spaulding Norte, entre Melrose y Fairfax. Se trataba de un vecindario tranquilo y se hallaban relativamente aislados, pues ninguno de los dos podía conducir, ya que a Kurt le habían retirado temporalmente el permiso por no pagar varias multas de tráfico y Courtney no sabía conducir. Era la primera vez que Kurt vivía fuera del estado de Washington, y se encontró echando de menos la lluvia.

Pero, poco después de que se mudaran a aquella casa, tuvieron que abandonarla para confinarse en un Holiday Inn. La pareja había contratado los servicios de un médico especializado en rápidas terapias de desintoxicación, el cual les recomendó que se hospedaran en un motel, pues les advirtió que sería complicado. Y así fue. Aunque Kurt trataría posteriormente de quitarle importancia a aquel episodio, afirmando que «durmió tres días seguidos», otros describían una imagen mucho más oscura de la desintoxicación, la cual implicaba pasarse horas entre vómitos, fiebre, diarrea, escalofríos y todos los síntomas que cabría relacionar con una gripe de las más virulentas. Sobrevivieron gracias a una copiosa ingesta de somníferos y metadona.

Aunque ambos se habían sometido a aquel tratamiento de desintoxicación por el bien del bebé, Kurt tuvo que abandonarlo al cabo de dos semanas para iniciar una gira por Extremo Oriente. «Caí en la cuenta de que no podríamos conseguir drogas cuando fuéramos a Japón y Australia», escribió Kurt en su diario. En plena terapia de desintoxicación Kurt tuvo que rodar el videoclip de «Come As You Are». Durante la filmación Kurt insistió en que todas las tomas de su rostro aparecieran borrosas o distorsionadas.

Antes de partir para emprender la nueva gira, Kurt llamó a su madre para darle la noticia del embarazo. Su hermana Kim contestó al teléfono. «Vamos a tener un hijo», le comunicó. «Mejor te paso a mamá», respondió Kim. Cuando Wendy oyó la noticia, anunció: «Viniendo de ti ya nada me sorprende».

Los primeros conciertos por Australia fueron bien, pero en menos de una semana Kurt comenzó a sufrir dolores de estómago, viéndose obligado a cancelar algunas fechas. Una noche acudió al servicio de urgencias pero salió de inmediato al oír que una enfermera decía: «No es más que un yonqui». Según escribió Kurt en su diario, «el dolor me dejaba inmóvil, doblado en dos en el suelo del baño vomitando agua y sangre. Me estaba muriendo literalmente de hambre. Bajé de peso hasta los cincuenta kilos casi». Desesperado por dar con una solución, recurrió a un médico australiano especializado en grupos de rock. En la pared de su consulta se veía, expuesta con orgullo una fotografía del

facultativo con Keith Richards. «Siguiendo el consejo de mi manager, me llevaron a un médico que me dio fiseptona -proseguía el relato de su diario-. Las pastillas parecieron funcionar mejor que cualquier otra cosa que hubiera probado antes.» Pero al cabo de unas semanas, cuando se reanudó la gira ya en Japón, Kurt vio que en la etiqueta del frasco ponía: «"Fiseptona: contiene metadona." Otra vez enganchado. Sobrevivimos a Japón, pero para entonces los narcóticos y la gira habían empezado a hacer mella en mi cuerpo, y no me encontraba mucho mejor de salud que cuando no me drogaba».

A pesar de sus problemas físicos y emocionales, a Kurt le encantó Japón, pues compartía la obsesión de aquella nación por lo kitsch. «Se hallaba en un país totalmente ajeno a él, y se veía fascinado por su cultura -recordaba Kaz Utsunomiya de Virgin Publishing, quien formaba parte de la organización de la gira-. Le encantaban los cómics de *Hello Kitty*.» Kurt no entendía por qué motivo sus fans japoneses le hacían regalos, pero anunció que solo aceptaría obsequios relacionados con *Hello Kitty*. Al día siguiente se vio inundado de baratijas. Antes de un concierto celebrado a las afueras de Tokio, Utsunomiya tuvo que ayudar a Kurt a comprarse un pijama nuevo. Cuando Kurt comentó al comprador que lo quería para salir al escenario con él puesto, el dependiente de rostro adusto miró al cantante como si estuviera loco de remate.

En Osaka los Nirvana aprovecharon que tenían una noche libre, algo extraño durante su estancia en Japón, para reunirse con uno de sus grupos favoritos con los que coincidieron de gira, Shonen Knife, una banda de pop compuesta por tres japonesas. Las componentes del grupo le regalaron a Kurt varias espadas de juguete y un mono Chim-Chim motorizado, y le llevaron a un restaurante de bratwurst que él había elegido. Kurt se llevó una desilusión cuando se enteró de que las Shonen Knife tenían concierto al día siguiente, igual que Nirvana. En un gesto impropio de él, Kurt puso fin a la actuación de Nirvana más pronto de lo habitual y anunció desde el escenario su intención de ir a ver a Shonen Knife. A la salida de la sala, una multitud de fans japonesas se agolpó en torno al taxi que ocupó Kurt con el único deseo de tocar el auto. En el concierto de Shonen Knife se dio una

situación igual de surrealista, pues en vista de que era el único chico rubio y de ojos azules allí presente, resultaba fácil localizarlo. «Seguía llevando el pijama», recordaba Naoko Yamano de Shonen Knife.

Courtney se reincorporó a la gira en Japón, y pasaron el vigésimo quinto cumpleaños de Kurt volando a Honolulú, donde el grupo tenía dos fechas programadas. En el avión la pareja decidió casarse en Hawai. Habían fantaseado con la idea de contraer matrimonio el día de los enamorados, pero no llegaron a firmar el acuerdo prenupcial a tiempo. Kurt propuso lo del acuerdo prenupcial ante la férrea insistencia del manager John Silva, a quien nunca le gustó Courtney. Aquel acuerdo se realizó principalmente con vista a dejar cubiertas futuras ganancias, pues en el momento del enlace la pareja seguía estando «en la puta ruina», según la descripción de Courtney. Cuando presentó la renta de 1991, Kurt vio que tenía unos ingresos brutos de solo 29.541 dólares, debido a lo arcano de la industria musical en su excesiva demora a la hora de pagar royalties y el elevadísimo porcentaje que se llevan managers y abogados. Una vez aplicadas las deducciones pertinentes con un valor de 2.541 dólares, le quedó un rendimiento neto de 27.000 dólares durante un año en el que había tocado delante de cientos de miles de fans y vendido casi dos millones de discos.

Courtney se hallaba en proceso de negociación de su propio acuerdo discográfico con DGC, sello que ofreció a Hole un anticipo de un millón de dólares y un porcentaje de royalties superior al de Nirvana, motivo de gran orgullo para ella. Aun así, Courtney albergaba dudas sobre la posibilidad de que no la tomaran como a una artista por derecho propio al estar casada con alguien tan famoso como Kurt. Durante su estancia en Japón, Courtney plasmó su melancolía en su diario: «Mi fama. Ja ja. Es un arma, no te jode, como las náuseas del embarazo. [...] Podría tratarse simplemente del efecto comercial de demasiadas ventas y un accidente medio raro, medio buscado, pero empiezo a pensar que no puedo cantar, que no puedo componer, que tengo la autoestima por los suelos, y no es culpa suya. Pero cómo iba a serlo. [...] No te atrevas a descartarme solo porque estoy casada con una FSTRELLA DE ROCK».[2]

Kurt y Courtney se casaron en la playa de Waikiki durante la puesta de sol de un lunes, el 24 de febrero de 1992. La ceremonia la ofició un pastor aconfesional que encontraron en la agencia matrimonial. Kurt se había inyectado una dosis de heroína antes de la boda, aunque según le dijo a Azerrad «nada fuerte. Solo me metí una pizca de nada para no ponerme malo». Courtney lucía un vestido de seda antiguo que había pertenecido en su día a la actriz Frances Farmer. Kurt llevaba un pijama de cuadros azules y un bolso artesanal guatemalteco. Entre su aspecto demacrado y su excéntrico atuendo, Kurt parecía más bien un paciente de quimioterapia que un novio tradicional. Sin embargo, el enlace no estuvo exento de significado para él, y durante la breve ceremonia llegó a llorar.

En vista de la premura con la que se organizó la boda, de los ocho asistentes al enlace la mayoría pertenecían al equipo de la banda. Kurt convenció a Dylan Carlson para que volara a Hawai y fuera su padrino de boda, y su llegada se vio precipitada por el deseo de Kurt de que le trajera heroína. Dylan no conocía todavía a Courtney, y su primer encuentro con ella se produjo el día antes de la boda. Pese a caerse bien desde el primer momento, ninguno de los dos podía superar la sensación de que el otro ejercía una mala influencia sobre Kurt. «En ciertos aspectos, ella le venía muy bien -recordaba Dylan-; en otros, en cambio, Courtney era terrible.» Dylan y su novia, con la que acudió a la isla, fueron los únicos asistentes al enlace que no pertenecían a la plantilla de Nirvana.

Pero más significativas fueron las ausencias: Kurt no invitó a su familia (Courtney tampoco), y el hecho de que Krist y Shelli no estuvieran presentes se hizo notar. La mañana de la boda Kurt prohibió la asistencia a Shelli y a unos cuantos miembros del equipo de la banda por creer que criticaban a Courtney a sus espaldas; con aquella decisión también se vio anulada de rebote la invitación de Krist. «Kurt estaba cambiando», recordaba Shelli. Aquel mes Kurt anunció a Krist: «No quiero ver siquiera a Shelli, porque cuando la miro, me siento mal por lo que hago». Shelli interpretaba aquella reacción de la siguiente forma: «Creo que mirarme a mí era como mirar a su conciencia».

Shelli y Krist abandonaron Hawai al día siguiente, dando el grupo por disuelto. «Creíamos que se había acabado todo», recordaba Shelli. Krist estaba apesadumbrado y se sentía rechazado por su amigo de toda la vida: «A aquellas alturas Kurt estaba en su propio mundo. Después de aquello, yo me sentía muy distanciado de él. Ya nunca volvió a ser lo mismo. Hablamos de la dirección que debía tomar la banda, pero lo cierto es que después de aquello la banda no tomó dirección alguna». Transcurrieron cuatro meses antes de que Nirvana actuara de nuevo en público, y casi dos meses antes de que Krist y Kurt volvieran a verse.

Kurt y Courtney pasaron la luna de miel en Hawai, pero la soleada isla no se correspondía con la idea que Kurt tenía del paraíso. La pareja regresó a Los Angeles, donde la drogadicción de Kurt resultaba más fácil de satisfacer. Kurt restaría importancia posteriormente a su creciente toxicomanía calificándola de «mucho menos turbulenta de lo que la gente cree». Le comentó a Azerrad que había decidido seguir drogándose porque pensaba que «si lo hubiera dejado entonces, habría acabado pinchándome otra vez durante un par de años más como mínimo. Me imaginaba que acabaría quemándome sin más porque aún no había llegado a sentirme como un yonqui integral. Aún estaba sano».[4] Su dependencia química y psicológica había alcanzado tal extremo a aquellas alturas que sus comentarios eran un intento de minimizar lo que se había convertido en una adicción que lo debilitaba cada vez más. En una descripción que hacía de sí mismo en su diario se calificaba de todo menos de sano, al menos como él imaginaba que le veían los demás: «Me ven como una especie de zombi demacrado e ictérico, un yonqui vicioso y desahuciado a las puertas de la muerte, un cerdo egoísta y autodestructivo, un desgraciado que se chuta en el backstage segundos antes de un concierto». Así era como pensaba él que le veía la gente; su propia visión resultaba más oscura si cabe, y podía resumirse en una frase que se repetía una y otra vez en sus escritos: «Me odio a mí mismo y quiero morir».

A principios de 1992 ya tenía decidido que aquel sería el título de su siguiente álbum.

La heroína se convirtió, en muchos sentidos, en la afición que nunca había tenido de niño. Tenía costumbre de organizar metódicamente la caja de sus «labores» como un crío barajaría su colección de cartas de béisbol. En aquella caja sagrada guardaba una jeringa y un hornillo para derretir la droga (la heroína de la Costa Oeste tenía la consistencia del alquitrán para techado, por lo que había que calentarla a conciencia), además de cucharas y bolas de algodón empleadas para preparar la droga antes de inyectarla. Un sórdido submundo de traficantes y entregas a diario se convirtió en un entorno habitual para él.

En la primavera de 1992 Kurt no hizo prácticamente nada relacionado con el grupo, y se negó a programar más conciertos. Les ofrecieron sumas exorbitantes por encabezar una gira por estadios -*Nevermind* seguía ocupando los primeros puestos de las listas de éxitos-, pero Kurt rechazó todas las propuestas. Aunque Courtney se había desenganchado durante el tratamiento de desintoxicación al que se había sometido en enero, con Kurt comprando heroína a diario e impregnando la casa con el olor que desprendía la droga al calentarse, se vio cayendo de nuevo por una pendiente resbaladiza. La suma de sus debilidades contribuyó a empujarles a una espiral de drogadicción, y dada la dependencia emocional que tenían el uno por el otro resultaba casi imposible romper aquel círculo vicioso. «Kurt y Courtney eran como dos personajes de una obra que se limitaban a cambiarse los papeles -observaría Jennifer Finch-. Cuando uno dejaba de drogarse y se encontraba mejor, el otro caía. Pero Courtney se controlaba más que Kurt. En el caso de este último era como ver un tren descarrilado cuesta abajo; todo el mundo lo sabía, y lo único que querían era quitarse de en medio.»

A principios de marzo Carolyn Rue de Hole acudió a casa de la pareja para colocarse. Cuando Rue les pidió una jeringa para ella, Kurt contestó: «Las hemos roto todas». En un esfuerzo por controlar sus adicciones, Courtney tenía la costumbre de destruir toda jeringa que encontraba en el piso, gesto que solo servía para que Kurt se viera obligado a comprar otra remesa cuando compraba su dosis diaria. Incluso a ojos de Rue, que mantenía su propio pulso con las drogas, la

adicción de Kurt parecía un proceso imparable. «Kurt hablaba de chutarse como si fuera la cosa más natural del mundo -recordaba Rue-. Pero no era así.» Incluso dentro de los límites de la cultura de las drogas, el grado de toxicomanía de Kurt resultaba detestable.

La perspectiva del bebé brindaba a Kurt un rayo de esperanza en lo que había llegado a ser una existencia cada vez más sombría. Para asegurarse de que el feto se desarrollaba debidamente, asistieron a varias sesiones de ecografía, imágenes basadas en ultrasonidos del bebé alojado en el útero. La visión de dichas imágenes impactó mucho a Kurt, que lloró de alivio al comprobar que el feto evolucionaba con normalidad. Kurt utilizó uno de los sonogramas como pieza central de un cuadro en el que comenzó a trabajar. Cuando en una segunda prueba se grabó un vídeo de ultrasonidos del feto, Kurt pidió una copia y se dedicó a verla de forma obsesiva en el aparato de vídeo. «Kurt no paraba de decir "Mira esa alubia diminuta" -recordaba Jennifer Finch-. Así es como la llamaba, "alubia". Señalaba su mano. Se sabía de memoria hasta el último detalle de aquella imagen gráfica.» Ya en la primera fase del embarazo, una vez determinado el sexo del bebé, eligieron un nombre: Frances Bean Cobain. El segundo nombre de pila, Bean («alubia» en inglés), era un apodo, mientras que el primero se lo pusieron por Frances McKee de los Vaselines, o al menos eso fue lo que Kurt explicaría posteriormente a los periodistas. La foto de la ecografía de la niña se vería reproducida más tarde en la portada del single de «Lithium».

Al llegar el mes de marzo, la preocupación que suscitaba la creciente drogodependencia de Kurt y su efecto negativo sobre Courtney incitó a sus managers a emprender su primera intervención formal. Contrataron los servicios de Bob Timmins, un especialista en toxicomanía que se había forjado una reputación tratando a estrellas de rock. Courtney recordaba que Timmins estaba tan centrado en Kurt que apenas le prestaba atención a ella. «Timmins pasaba de mí literalmente, y perdía el culo por Kurt», afirmaría Courtney. Timmins sugirió a Kurt que se planteara la posibilidad de ingresar en un

programa de rehabilitación para drogadictos. «Kurt siguió mi consejo -explicó Timmins-. La razón por la que le recomendé aquel programa en concreto fue porque se llevaba a cabo en el hospital Cedars-Sinai, y yo consideraba que en mi evaluación hablaban por sí solas ciertas cuestiones médicas. No se trataba simplemente de decir "haz el tratamiento, límpiate y ve a las reuniones". Había un montón de cuestiones médicas por medio.»

En un principio la estancia de Kurt en el Cedars-Sinai constituyó una ayuda considerable, pues no tardó en desengancharse y mejorar de salud. Pero aunque accedió a continuar con la metadona -un fármaco que evita los síntomas de abstinencia sin provocar que el paciente se coloque-, Kurt acabó el tratamiento antes de lo previsto y se abstuvo de asistir a las reuniones del programa. «Estaba claro que no le iban nada los grupos -observó Timmins-. Seguramente, esa parte de su personalidad se interpuso en el proceso de recuperación.»

En abril Kurt y Courtney viajaron a Seattle con el objetivo de comprar una casa. Una tarde se presentaron en Orpheum Records y montaron un número al hacerse con todas las copias pirata de Nirvana que había en la tienda. Courtney alegó con razón que los cedes eran ilegales, pero el dependiente replicó que lo despedirían si el dueño veía que habían desaparecido. Paradójicamente, Kurt había entrado en la tienda en busca de un cede del grupo Negativland que a su vez había sido declarado ilegal a raíz de una demanda judicial. El dependiente les pidió que dejaran escrita una nota para su jefe, así que Courtney anotó en un papel: «Le ruego se abstenga de ganar dinero a costa de mi marido para que yo pueda alimentar a mis hijos. Un abrazo, la señora Cobain». Kurt añadió: «Macarrones con queso para todos». Se trataba de una nota tan extraña que el dependiente preocupado preguntó a Kurt: «Si me quedo sin trabajo, ¿podré trabajar para ustedes?». Al día siguiente se recibió una llamada en la tienda de un hombre que formuló la siguiente pregunta:
«¿Sigue trabajando aquí el tipo de pelo largo que estaba atendiendo al público ayer por la tarde?».

Durante la estancia de Kurt y Courtney en Seattle los Fradenburg organizaron una fiesta en su honor para celebrar el reciente enlace y el

futuro nacimiento de la primogénita de la pareja. El evento brindaría por primera vez la oportunidad a muchos tíos y tías de Kurt de conocer a Courtney, pero varios de ellos se marcharon antes de su llegada, ya que la fiesta estaba programada para las dos de la tarde, pero los invitados de honor no aparecieron hasta las siete. Courtney comentó a los parientes de Kurt que tal vez compraran una mansión victoriana en Grays Harbor. «Entonces podremos ser el rey y la reina de Aberdeen», bromeó.

El matrimonio pareció suavizar en un principio el carácter de Kurt y Courtney. Cuando dejaban de ser el centro de atención y se mantenían alejados de las drogas, su relación tenía muchos momentos de ternura. Despojados de la fama, ambos volvían a ser los niños perdidos y asustados que habían sido antes de ser descubiertos. Cada noche, antes de acostarse, rezaban juntos. Una vez en la cama, se dedicaban a leer los libros del otro. Kurt decía que le encantaba ir a dormir con el arrullo de la voz de Courtney, un consuelo que había echado en falta gran parte de su vida.

Aquel mes Courtney regresó a Los Angeles para atender los negocios de Hole; Kurt se quedó en Seattle y llegó incluso a realizar una breve sesión de grabación de un día con Nirvana en el estudio de casa de Barrett Jones. En aquella ocasión grabaron «Oh, the Guilt», «Curmudgeon» y «Return of the Rat», el último tema destinado a un álbum de homenaje al grupo de Portland los Wipers. El día después de la sesión Kurt cogió su Valiant para dirigirse a Aberdeen en la que supondría su primera visita a Grays Harbor en meses.

Dos días más tarde Kurt regresó a Seattle en coche para recoger a su hermana y llevarla a Aberdeen. Detrás de aquella larga jomada de viaje, con un trayecto de ida y vuelta de seis horas en total, Kurt ocultaba segundas intenciones que no desveló a Kim hasta que el coche no dejó atrás «la colina de Piensa en Mí», situada a solo unos minutos de casa de Wendy. «Pues, ¿sabes tu mejor amiga Cindy? -empezó Kurt-. Le ha contado a mamá que tú y Jennifer tenéis una aventura.»

«No es una aventura -respondió Kim-. Somos novias. Soy gay.» Kurt ya lo sabía, o al menos lo sospechaba, pero su madre no. «Mamá está flipando», le comentó Kurt a su hermana. Acto seguido, le recomendó que actuara como si su madre no lo supiera. Kurt, al igual que Wendy prefería el no enfrentamiento; Kim, sin embargo, le dijo a su hermano que no haría tal cosa.

Entrando ya en Aberdeen, Kurt pensó que tenían que hablar antes de meterse en casa de su madre, así que puso rumbo al parque Sam Benn, donde se sentaron en un columpio, y Kurt aprovechó aquel momento de intimidad para dejar caer su propia bomba. «Sé que has probado la maría, y que seguramente te habrás metido ácido y cocaína», le dijo. «Nunca he tomado cocaína», replicó Kim. «Ya lo harás», repuso su hermano. La conversación derivó en un debate sobre si Kim, a quien le quedaban solo dos semanas para cumplir los veintidós, acabaría probando la cocaína o no. «Bueno, algún día la probarás -insistió Kurt-. Pero como se te ocurra tocar la heroína, te juro que cogeré un arma, iré por ti y te mataré», sentenció. No parecía que hablara en broma. «No tienes por qué preocuparte -le contestó Kim-. Nunca me metería una aguja en el brazo. Jamás haría eso.» Kim reparó en que, de la forma en que estaba formulada aquella advertencia, Kurt acababa de transmitir un mensaje sobre sí mismo.

Tras un largo silencio que solo podía darse entre hermanos, Kurt anunció finalmente: «Llevo limpio ocho meses». Kurt no especificó de qué sustancia se había limpiado, pero Kim, al igual que cualquiera, había oído los rumores que corrían sobre su hermano. Asimismo, sospechaba que Kurt mentía con respecto al período de ocho meses de abstinencia; en realidad, llevaba menos de un mes, y seguía administrándose una dosis diaria de metadona.

«No sé mucho de la heroína», dijo Kim a su hermano. Kurt suspiró y fue como si se hubiera abierto una puerta, y el hermano al que Kim siempre había adorado cruzó el umbral y se sinceró con ella una vez más. Kurt no se ocultó tras su yo inventado ni recurrió a mentiras ni al pretexto de la fama al hablarle del dolor que sentía cuando trataba de dejar la heroína. Lo describió como un vicio similar al tabaquismo, en

el que cada intento de dejar de fumar resultaba cada vez más duro. «Cuanto más te metes -le explicó-, y más intentas dejarla, más te cuesta dejarla la tercera vez, la cuarta y la quinta y la sexta. Hay un pequeño monstruo dentro de tu cabeza que dice "sabes que te sentirás mejor, y sabes también que yo me sentiré mejor". Es como sí tuviera otra persona en mi cabeza diciéndome todo el rato que todo irá bien si voy y me meto un poco.»

Kim se quedó sin habla. Por los comentarios de su hermano sobre lo que costaba dejarla la «quinta» o la «sexta» vez, deducía que estaba mucho más enganchado de lo que había imaginado. «No te preocupes por mí, Kurt, no pienso tocar esa mierda en mi vida -le aseguró-. Jamás me acercaré a ella. Así que llevas limpio ocho meses... eso es genial. Sigue, por favor.» Kim no tenía palabras y trataba de recuperarse del golpe que suponía «descubrir que tu hermano es un yonqui», según afirmó más tarde. A pesar de los rumores, no le resultó fácil aceptar que su hermano, la persona que había crecido con ella y sufrido en muchos casos las mismas humillaciones, era un drogadicto.

Kurt retomó el tema de la sexualidad de Kim y de los prejuicios con los que le constaba que toparía en la zona. Trató de disuadirla de sus tendencias lésbicas. «No renuncies del todo a los hombres -le instó-. Sé que son gilipollas. Nunca saldría con un tío. Son unos capullos.» A Kim aquellas palabras le parecieron de lo más divertidas, pues aunque se había afanado en mantener en secreto sus inclinaciones sexuales ante su familia, siempre había sabido que era gay, y no se sentía en absoluto avergonzada. Pese a todos los grafitis con proclamas homosexuales que había pintado por toda Aberdeen, a Kurt le costaba aceptar que su hermana fuera gay. Cuando la conversación toco a su fin y decidieron partir hacia casa, Kurt dio un intenso abrazo fraternal a su hermana y le prometió que la querría siempre.

El 16 de abril de 1992 Nirvana apareció por primera vez en la portada de *Rolling Stone.* Aunque el reportaje hablaba en apariencia sobre el grupo, hasta el titular -«En el corazón y la mente de Kurt Cobain»-

ponía de manifiesto que todo lo que hacía Nirvana se centraba en la figura de Kurt. Para la foto de portada Kurt se puso una camiseta en la que ponía «Corporate Magazines Still Suck» (Las revistas corporativas siguen siendo una mierda). El hecho de que ambas partes acabaran reconciliándose atestiguaba el gran esfuerzo que habían realizado los managers de Kurt para convencerle de que las revistas corporativas no eran una mierda. Kurt había rechazado las peticiones de entrevista recibidas por parte de *Rolling Stone* en 1991, y en 1992 escribió una carta dirigida a la revista en los siguientes términos: «A estas alturas de nuestra, eh, carrera, antes del tratamiento contra la caída del cabello y la cuenta bancaria en números rojos, he decidido que no me apetece en absoluto conceder una entrevista. [...] No sacaríamos ningún provecho de ello porque el lector medio de *Rolling Stone* es un ex hippy de mediana celad convertido en hippiócrita, que considera el pasado como un "tiempo de gloria" y tiene una visión más moderada, condescendiente y adulta del conservadurismo liberal. El lector medio de *Rolling Stone* siempre ha criado moho». Kurt no llegó a enviar la carta, y al cabo de un par de semanas de escribirla se encontraba sentado frente al periodista de la revista Michael Azerrad, expresando una vez más su deseo de tener una camiseta teñida a mano con la sangre Jerry García.

Al principio, recibió a Azerrad con bastante frialdad, pero cuando Kurt comenzó a contar historias de las palizas que había recibido en el instituto, el periodista se puso en pie y, mostrando su escaso metro sesenta y siete de estatura, dijo con ironía: «No sé de qué hablas». A partir de aquel momento se estableció un vínculo entre ambos, y Kurt accedió a contestar las preguntas de Azerrad, por lo que acabó viendo publicado un repaso de los principales episodios de su vida, entre ellos el hecho de que «Something in the Way» pertenecía a la época en la que vivió bajo un puente. Cuando se le preguntó acerca de su relación con la heroína, Kurt contestó: «Si hasta he dejado de beber porque me destroza el estómago. Mi cuerpo no podría tolerar las drogas ni aunque quisiera, porque soy de naturaleza superfrágil. Las drogas son una pérdida de tiempo. Te destruyen la memoria y el amor propio y todo lo que ello conlleva. No son nada buenas».[5] Mientras Kurt

pronunciaba aquellas palabras, sentado en el salón de la casa de Spaulding, su querida «caja de las labores» reposaba cual reliquia de familia enjoyada dentro del armario.

Aunque el artículo de *Rolling Stone* restaba importancia a las tensiones existentes en el seno de la banda, entre el momento de la entrevista y su publicación Nirvana dejó de existir temporalmente. Cuando el grupo firmó su primer contrato discográfico, Kurt accedió a repartir equitativamente los royalties que debía cobrar como compositor con Novoselic y Grohl, un gesto muy generoso por su parte, aunque por aquel entonces nadie imaginaba que el disco llegaría a vender millones de copias. Ante el éxito extraordinario de *Nevermind,* Kurt insistió en la modificación de dichos porcentajes para que el grueso de las ganancias revirtieran en él; su propuesta establecía una proporción de 75/25 por la música, y el ciento por ciento de la letra para él, con la condición de que el acuerdo fuera retroactivo. «Creo que cuando *Nevermind* empezó a funcionar de verdad, Kurt comenzó a darse cuenta de que [los contratos discográficos] no eran meros documentos teóricos, sino dinero de verdad -observó el abogado Alan Mintz-. Los porcentajes estipulados podían determinar el estilo de vida.»

Krist y Dave se sintieron traicionados ante el deseo de Kurt de que el nuevo contrato fuera retroactivo, pero al final se plegaron a su voluntad, al pensar que de lo contrario no les quedaría más alternativa que separarse. Kurt le había comunicado a Rosemary Carroll -quien había pasado a convertirse en abogada de Kurt, Courtney y Nirvana- su firme intención de disolver el grupo si no se aceptaban sus condiciones. Aunque Grohl y Novoselic culpaban a Courtney, Carroll recordaba la postura inflexible de Kurt con respecto a dicha cuestión. «Su fijación tenía la precisión del láser -afirmó Carroll-. Se mostraba claro y muy persistente, y sabía a la perfección de lo que hablaba. Le constaba que él valía, y que merecía todo el dinero, [ya que] por algo era el autor de todas las letras y la música.» Al final los porcentajes no causaron tanto daño como la forma en que Kurt manejó la situación, pues como le ocurría con la mayoría de los conflictos, eludió la cuestión hasta que la ira le pudo. Varios de los miembros del equipo al

servicio de la banda se quedaron sorprendidos al enterarse de que Kurt hablaba mal de Krist, cuando este había representado uno de los grandes pilares de su vida.

En mayo Kurt volvió a engancharse a la heroína, después de menos de seis semanas de abstinencia. Todo el mundo estaba al corriente de su adicción entre los círculos rockeros, y con el tiempo los rumores se extendieron hasta *Los Angeles Times.* El 17 de mayo, en un artículo titulado «¿Por qué se está perdiendo Nirvana una temporada de giras caída del cielo?», Steve Hochman escribió: «El bajo rendimiento [de Nirvana] ha reavivado las especulaciones existentes entre la opinión pública de que el vocalista y guitarrista Kurt Cobain tiene problemas con la heroína».[6] Gold Mountain desmintió dichos rumores, alegando lo que se convertiría en el pretexto habitual, según el cual la ausencia de la banda se achacaba a los «problemas estomacales» de Kurt.

Aquel mes lo visitó Jesse Reed, su amigo de toda la vida, y el día que este estuvo en su casa Kurt tuvo que pincharse dos veces. En ambas ocasiones se tomó la molestia de ir al baño para no drogarse delante de su amigo o de Courtney, que en aquel momento sufría náuseas del embarazo y no quería ver cómo se colocaba Kurt. Pero este no tuvo ningún reparo a la hora de hablar de su adicción con Jesse, y la mayor parte del día la pasaron aguardando la entrega de una nueva provisión de heroína. Kurt había superado a todas luces el miedo a las agujas que Jesse recordaba de cuando eran más jóvenes; Kurt llegó incluso a suplicar a su amigo de toda la vida que le consiguiera unos esteroides inyectables ilegales.

Jesse no apreció grandes diferencias entre el aspecto del interior de aquella vivienda y el de la casa rosa de Aberdeen, caracterizadas ambas por los grafitis de las paredes, los muebles baratos y, en general, una apariencia de «agujero infecto». Pero hubo un aspecto del domicilio que impresionó de verdad a Jesse, y es que Kurt había empezado a pintar de nuevo y el salón se veía repleto de sus obras. «Tenía casi diez metros cuadrados de lienzo -recordaba Jesse-. Me comentó que estaba pensando en dejar la música y abrir una galería propia.» El arte que Kurt pintaba en 1992 mostraba una evolución espectacular. Una de las telas de 60 x 90 cm estaba pintada de un

naranja vivo con una caseta de perro marrón pendiendo de una cuerda en el centro. En otro de los cuadros aparecían manchas carmesí con flores prensadas en el centro de los manchones de pintura. Sin embargo, otro lienzo mostraba cruces de color rojo sangre tras las cuales se veían imágenes de extraterrestres blancos fantasmales. En un cuadro gigante aparecía un extraterrestre colgando cual marioneta con una protuberancia diminuta de un pene al descubierto; en un rincón había un gato pequeño mirando al espectador, y en otro Kurt había escrito; «abscesos rectales, conjuntivitis, espina bífida».

Kurt había empezado a recibir por fin los cheques de los royalties, y la adquisición de lienzos y pintura ya no le suponía un problema. Le comentó a Jesse que se metía cuatrocientos dólares de heroína al día, una suma desorbitada que habría acabado con cualquier cliente normal; la razón para tan elevada cifra se debía en parte a que la mayoría de los traficantes cobraban a Kurt más de la cuenta, sabiendo que se lo podía permitir. Jesse observó que cuando Kurt se pinchaba, sus funciones motrices apenas se veían afectadas: «Ni siquiera se quedaba dormido. No se le notaba cambio alguno».

Jesse y Kurt se pasaron casi toda la tarde viendo un vídeo de un hombre pegándose un tiro en la cabeza. «Kurt tenía una grabación sacada de la tele de un senador volándose la tapa de los sesos -recordaba Jesse-. En ella se ve cómo el tipo coge una Magnum del calibre 357 de un sobre manila y se vuela la tapa de los sesos. Era supergráfico. La cinta la había conseguido en una tienda de snuff movies.» El vídeo correspondía de hecho al suicidio de R. Budd Dwyer, un funcionario del estado de Pensilvania que, tras ser condenado por soborno en enero de 1987, convocó una rueda de prensa, dio las gracias a su mujer y a sus hijos, entregó un sobre con una nota de suicidio a su personal de confianza y declaró ante los periodistas: «Algunos de los aquí convocados han dicho que soy un Job de los tiempos modernos». Con las cámaras filmando, Dwyer se introdujo una pistola en la boca y apretó el gatillo; la bala salió por la parte posterior de la cabeza, provocándole la muerte instantánea. Tras el suicidio de Dwyer comenzaron a circular copias pirata de la filmación en directo de la televisión, y Kurt compró una, que se

dedicó a ver de forma obsesiva durante 1992 y 1993, casi con la misma frecuencia con la que veía la grabación de la ecografía de su hija en el útero.

Una vez efectuada la entrega a domicilio de la heroína que Kurt había encargado, Jesse acompañó a su amigo a hacer algunos recados. Una de las paradas fue Circuit City, donde Kurt desembolsó casi diez mil dólares para hacerse con un equipo de vídeo de última generación. Jesse se marchó aquella misma noche de regreso a San Diego, y antes de partir dio al frágil Kurt un abrazo. Tras aquel encuentro siguieron manteniendo contacto por teléfono, pero aunque en aquel momento ninguno de los dos lo sabía, sería la última vez que los dos amigos se verían.

En junio Nirvana emprendió una gira de diez conciertos por Europa para compensar las fechas canceladas en 1991. Ya coincidiendo con la primera actuación del grupo en Belfast, Kurt empezó a quejarse de dolores de estómago y tuvieron que llevarlo a toda prisa al hospital, donde aseguró que el dolor se debía al hecho de haber dejado de tomar las pastillas de metadona; en otras ocasiones achacaría en parte su dolencia estomacal a la metadona. Al tratarse del primer concierto de la gira, el evento había congregado a un gran número de periodistas que tenían entrevistas concertadas con Kurt y que, al ser informados de la «indisposición» del cantante, se olieron la historia. El publicista británico de la banda, Anton Brookes, se vio en la situación casi cómica de tratar de desalojar a los medios del vestíbulo sin que nadie viera a Kurt saliendo del hotel en camilla. Cuando un periodista declaró: «Acabo de ver a Kurt en una ambulancia», los problemas de salud de Cobain resultaron ya difíciles de negar. «Recuerdo que al volver al despacho tenía a la CNN al teléfono -recordaba Brookes-. Les dije: "Tiene problemas de estómago. Si fuera por heroína, lo diría. Está medicándose".» Para burlar a los periodistas más persistentes, Brookes exhibió los frascos de los fármacos recetados a Kurt. Al cabo de una hora de haber ingresado en el hospital, Kurt se encontró mejor y pudo tocar en el concierto del día siguiente sin incidentes. Pero la

dirección de la gira había contratado a dos guardias para que siguieran a Kurt, guardias a los que este no tardó en dar esquinazo.

Antes de un concierto en España, la banda realizó una entrevista con Keith Cameron para la revista musical británica *NME*. El artículo de Cameron se hacía eco de los rumores sobre los problemas de Kurt con las drogas y planteaba la posibilidad de que Nirvana pudiera pasar «de ser unos don nadie a superestrellas y de ahí a estar jodidos en solo seis meses». Aquella fue, sin embargo, la crítica más irrefutable de las recibidas por el grupo hasta la fecha, la cual pareció animar a otros periodistas británicos a incluir en sus reportajes alegatos sobre la supuesta adicción de Kurt a la heroína, un tema considerado tabú hasta entonces. Pero a pesar de que Cameron empleó el término «macabro» para describir la apariencia de Kurt, en las fotos que acompañaban al artículo se le veía aniñado, con el pelo corto decolorado y unas gafas de pasta gruesa a lo Buddy Holly, unas gafas que no necesitaba pero que creía que le conferían un aire de inteligencia; en el videoclip de «In Bloom» también lucía unas lentes similares. Cuando su tía le comentó que con aquellas gafas se parecía a su padre, Kurt no volvió a ponérselas nunca más.

El 3 de julio, aún en España, Courtney empezó a tener contracciones, aunque en principio no salía de cuentas hasta la primera semana de septiembre. La llevaron a toda prisa a un hospital, donde Kurt no pudo dar con un médico que hablara inglés lo suficientemente bien como para que lo entendiera. Al final, lograron contactar por teléfono con el obstetra de Courtney, quien les recomendó que cogieran el siguiente vuelo de vuelta a Estados Unidos. Así lo hicieron, y Nirvana canceló por segunda vez dos conciertos en España.

Cuando la pareja llegó a California los médicos les aseguraron que todo iba bien con el embarazo; sin embargo, el infortunio les aguardaba en casa, pues durante su ausencia se les había inundado el baño. Kurt tenía guitarras y revistas guardadas en la bañera que acabaron estropeadas por el agua. Desalentados, Kurt y Courtney decidieron mudarse de allí de inmediato, aunque ella estaba ya de ocho meses; además había traficantes de heroína llamando a todas

horas a su puerta, una tentación a la que Kurt le costaba resistirse. Kurt se presentó en las oficinas de Gold Mountain para pedir a Silva que les encontrara un lugar donde vivir. A pesar de su fortuna creciente, Kurt aún no había podido abrir una cuenta bancaria, y de momento delegaba todos sus asuntos financieros a sus managers.

Silva les ayudó a encontrar una nueva casa, a la que se trasladaron a finales de julio, dejando todo lo que consideraron inservible en el piso de Spaulding y la palabra «patriada» escrita en la pared situada sobre la chimenea. El nuevo hogar de la pareja, en el 6.881 de Alta Loma Terrace, parecía sacado de una película: había servido como escenario para varías películas, entre ellas *Morir todavía* y la versión de *El largo adiós* de Roben Alunan. La construcción se hallaba enclavada en lo alto de un pequeño risco de las montañas del norte de Hollywood, con vistas al anfiteatro conocido como el Hollywood Bowl. La única vía de acceso a aquel peñasco, donde había diez apartamentos y cuatro casas, era a través de un ascensor de estilo gótico. Los Cobain alquilaron la casa por mil quinientos dólares al mes. «En muchos aspectos daba repelús -recordaba Courtney-, pero estaba bien. De todos modos, no era un apartamento al uso.»

Afligido por sus crecientes dolores de estómago, Kurt se planteó suicidarse. «Me entraron de nuevo los mismos ardores y náuseas de siempre y decidí suicidarme o acabar con el dolor -escribió en su diario-. Me compré una pistola, pero me decanté por las drogas.» Dejó la metadona y volvió a engancharse a la heroína. Cuando vio que ni siquiera las drogas parecían aliviar su dolor, Kurt decidió finalmente probar suerte una vez más con un tratamiento de desintoxicación, ante la insistencia de Courtney y sus managers. El 4 de agosto ingresó en la unidad de drogodependencia del hospital Cedars-Sinai para iniciar su tercera terapia de rehabilitación. En aquella ocasión le trató un médico nuevo -durante 1992 llegó a consultar hasta una docena de especialistas en drogodependencia- y siguiendo su consejo accedió a someterse a un programa de desintoxicación intensivo de sesenta días. Fueron dos meses de «hambre y vómitos. Enganchado a una intravenosa y soltando alaridos, con los peores dolores de estómago que jamás había tenido». Tres días después del ingreso de Kurt,

Courtney fue internada en un ala distinta del mismo hospital bajo un nombre falso. Según su historial médico, el cual fue filtrado a *Los Angeles Times*, le administraron vitaminas prenatales y metadona. Courtney padecía tanto un embarazo complicado como agotamiento emocional, pues aquella misma semana había recibido por fax una crítica sobre ella destinada a aparecer publicada en el número del mes siguiente de *Vanity Fair*.

18

AGUA DE ROSAS, OLOR A PAÑALES

LOS ANGELES, CALIFORNIA
AGOSTO DE 1992 - SEPTIEMBRE DE 1992

Agua de rosas, olor a pañales. [...] Eh, amiga, desintoxicación. Estoy en mi caja alemana, retenido en mi penitenciaria de tinta.
- De una carta de 1992 dirigida a Courtney.

Frances Bean Cobain nació a las 7.48 de la mañana del 18 de agosto de 1992 en el centro médico Cedars-Sinai en Los Angeles. Cuando el médico anunció que la recién nacida gozaba de un excelente estado de salud con sus tres kilos y medio de peso, tanto su madre como su padre dejaron escapar un sonoro suspiro de alivio. Frances no solo era una criatura sana, sino preciosa, pues había nacido con los ojos azules de su padre. Lloró al nacer y reaccionó como un bebé normal.

Pero la historia del nacimiento de Frances y los hechos que se revelaron aquella semana no tuvieron nada de normal. Courtney llevaba diez días guardando reposo en el hospital, pero su fama había atraído a los periodistas de la prensa amarilla, a los que tuvieron que desalojar del centro. Aunque le habían ordenado que permaneciera en la cama, cuando empezaron las contracciones, a las cuatro de la madrugada. Courtney consiguió levantarse sola, agarró el portasuero al que iba conectada y recorrió los pasillos del enorme recinto hasta dar con Kurt en el ala de drogodependencia. Su proceso de rehabilitación no marchaba bien; Kurt se veía incapaz de retener la comida y pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo o vomitando. Cuando Courtney llegó a su habitación, tiró de las mantas para

destaparle la cara y le gritó: «¡Ya puedes levantarte de la cama y bajar ahora mismo! No pienso enfrentarme a esto yo sola. ¡Que te jodan!».[1]

Kurt la siguió avergonzado hasta el ala de maternidad, pero no fue de gran ayuda. Se encontraba en un estado de salud tan frágil, con apenas cuarenta y ocho kilos de peso y enganchado aún al suero, que era incapaz de inspirar lo suficientemente hondo como para guiar la respiración. Courtney se vio desviando la atención de las contracciones que sufría para cuidar de su marido enfermo: «Ya me ves a mi a punto de tener el bebé, que ya estaba saliendo, y él vomitando y desmayándose, y yo cogiéndole de la mano y dándole friegas en el estómago mientras el bebé salía de mi», le explicó en su día Courtney a Azerrad.[1] Kurt perdió el conocimiento momentos antes de que asomara la coronilla de Frances, y se perdió el paso de la criatura por el canal del parto. Pero una vez que la criatura estuvo fuera, ya lavada y limpia, Kurt la sostuvo en brazos. Fue un momento que describió como uno de los más felices de su vida y al mismo tiempo el más terrible. «Estaba cagado de miedo», le explicó a Azerrad.[1] Después de inspeccionarla con más detenimiento y comprobar que tenía todos los dedos y que no era un «bebé aleta», parte del miedo que sentía se disipó.

Sin embargo, ni siquiera la alegría incontenible de tener en brazos a su primogénita sirvió para refrenar la creciente histeria que le provocó el artículo de *Vanity Fair*. Al día siguiente, en una escena que podría haberse escrito para una obra de Sam Shepard, Kurt escapó de la unidad de desintoxicación del hospital, compró heroína, se colocó y luego regresó con una pistola del calibre 38 cargada. Se fue directo a la habitación de Courtney, donde le trajo a la memoria una promesa que los dos habían hecho, según la cual, si por alguna razón acababan perdiendo al bebé, se quitarían la vida en un doble suicidio. Ambos temían que les arrebataran a Frances, y Kurt temía además que sería incapaz de dejar la heroína, por lo que había prometido suicidarse antes que vivir con semejante destino. Courtney se sentía afligida por el artículo de la revista, pero no hasta el punto de querer suicidarse. Trató de razonar con Kurt, pero el miedo se había apoderado de él. «Lo haré yo primero», le dijo Courtney al final a modo de estratagema

para que Kurt le entregara el arma. «Cuando me vi con aquella cosa en la mano -recordaba Courtney en una entrevista realizada en 1994 con David Fricke-, sentí eso que decían en *La Lista de Schindler:* "No sabré nunca qué pasa conmigo". ¿Y qué hay de Frances? Qué poca consideración, ¿no? "Verás, resulta que tus padres murieron el día después de que tú nacieras."»[4] Courtney pasó la pistola a Eric Erlandson de Hole, el único amigo con el que podían contar por muy sórdida que llegara a ser la situación, quien se encargó de deshacerse de ella.

Pero el sentimiento de desesperación de Kurt, lejos de desvanecerse, se acrecentó. Al día siguiente coló a una camello en el centro médico, y en una sala libre del ala de maternidad se administró una sobredosis. «Casi se muere[5] -contesó Love a Fricke-. La camello dijo que nunca había visto a nadie tan muerto. "Pero ¿por qué no vas a buscar a una enfermera?", le recriminé. "Este sitio está lleno de enfermeras."» Al final dieron con una enfermera y Kurt fue reanimado, ganando una vez más el pulso a la muerte.

Pero aun así no consiguió huir del número de septiembre de *Vanity Fai,*. que llegó a los quioscos aquella semana. El artículo, escrito por Lynn Hirschberg, llevaba por título «Extraño amor: ¿Serán Courtney Love, la diva líder de la banda de postpunk Hole, y su marido, el ídolo de Nirvana Kurt Cobain, los John y Yoko del grunge? ¿O los nuevos Sid y Nancy?». En aquel retrato irrefutable, la autora del reportaje tildaba a Love de tener una «personalidad arrolladora», y pintaba su matrimonio con Kurt como un escalón más en su carrera artística. Pero las heridas más profundas se debían a varias citas anónimas, procedentes sin duda de una persona cercana a la pareja, que suscitaba la alarma sobre la salud de Frances y los problemas de la pareja con las drogas durante el embarazo. En vista de la gravedad de dichas acusaciones, Kurt y Courtney se sintieron traicionados por partida doble por el hecho de que alguien de su propia organización los hubiera difamado en un foro público.

Lo peor de todo fue que el artículo recibió tratamiento de noticia por parte de otros medios, entre ellos la MTV. Kurt comentó a Courtney que se sentía engañado al ver cómo la cadena lo había

encumbrado a la fama para acabar destruyéndolo. Aquella semana se sentó a escribir una carta dirigida a la MTV atacando a Hirschberg y la cadena:

> Querida MTVirria, la entidad de todos los dioses corporativistas: cómo coño osáis aceptar semejante periodismo basura de una bruja obesa, odiada en el instituto y que necesita seriamente que le rompan el karma. En estos momentos mi dedicación en la vida no es otra que poner a parir a la MTV y a Lynn Hirschberg, quien por cierto está compinchada con su amante Kurt Loder (el Borrachuzo). Sobreviviremos sin vosotros. Sin problemas. La vieja escuela está cayendo en picado.
>
> KURDT KOBAIN, músico de rock profesional.
> Caraculo.

Por su parte, Courtney seguía haciéndose cruces de lo mal que había interpretado a Hirschberg. Gran parte de las cuestiones que ponía de manifiesto el artículo ya habían salido a la luz en otros reportajes, pero era el tono del escrito lo que sonaba a una lucha de clases. En 1998 Courtney lanzaría la siguiente reflexión en America Online:

> NO tenía ni puñetera idea de la impresión que se llevaría una «mentalidad de la generación del baby boom» como la de *Vanity Fair/* Hirschberg de mí y mi familia. Yo me veía protegida de los cánones marcados por la tendencia dominante en todos los aspectos de mi vida, pues el feminismo, el punk rock y el estilo de vida subcultural no me permitían tener un sistema de valores que comulgara con el pensamiento convencional ni con la idea de que los «sucios punkis» no teníamos derecho al sueño americano; eso, sumado al hecho de que a mí me parecía genial hacerme famosa. Total, que no tenía NI IDEA del arquetipo con el que me iba a topar. [...] No es menos cierto que el artículo no reflejaba todo lo dicho y que gran parte de lo publicado era falso.

La atención que recibían Kurt y Courtney saltó de las revistas de rock a los periódicos de todo el país, donde el tribunal formado por la opinión pública no tardaría en condenar a todo progenitor considerado indigno de su condición. El sensacionalista *The Globe* publicó una noticia titulada «El bebé de una estrella de rock nace con síndrome de abstinencia», acompañada de la fotografía de un neonato deforme que inducía a pensar que se trataba de Frances. Courtney no era la primera madre con problemas de drogas que tenía un bebé, pero pronto se convirtió en la más conocida, y «la hija de los Cobain» pasó a ser la comidilla en cafeterías y colas de supermercado mucho más de lo que fuera el hijo de Lindbergh décadas atrás. Axl Rose, de Guns N' Roses, llegó incluso a emitir su juicio al respecto encima de un escenario: «Kurt Cobain es un puto yonqui y su mujer también. Y si el bebé les ha salido deforme, creo que deberían meterlos en la cárcel a los dos».

Dos días después del nacimiento de Frances, los peores temores de la pareja se hicieron realidad, cuando una asistenta social del Departamento de Servicios del Menor del condado de Los Angeles se presentó en el hospital, con una copia de *Vanity Fair* en la mano. Courtney se quedó cabizbaja y se sintió juzgada, más que en ningún otro momento de su vida. Kurt llevaba casi toda su vida sintiéndose juzgado, pero en aquella ocasión eran sus aptitudes como padre y su drogadicción las que se veían evaluadas. La conversación entre la asistente social y Love enseguida adquirió un tono de crispación. «Cuando llevaban menos de cinco minutos hablando con aquella mujer -recordaba Rosemary Carroll-, Courtney creó un clima tal que a la asistenta le entraron ganas de atacarle por donde más le doliera. Y por desgracia tenía los argumentos en bandeja.» El condado reclamó la custodia de Frances y solicitó que se declarara a Kurt y Courtney padres no aptos, sin más base apenas que el artículo de *Vanity Fair*. Como resultado de las acciones emprendidas por las autoridades municipales, Courtney ni siquiera pudo llevarse a casa a Frances cuando abandonó el hospital tres días después del parto. Su hija tuvo que quedarse en observación, a pesar de no presentar problemas de salud, para salir unos días después al cuidado de una niñera, pues la

justicia no estaba dispuesta a dejar a la niña en manos de sus padres biológicos.

El 24 de agosto de 1992, seis días después del nacimiento de Frances, se celebró la primera vista judicial. Aunque Kurt y Courtney confiaban en recuperar la custodia de Frances como pareja, se prepararon para la posibilidad de que el tribunal impusiera restricciones sobre uno solo de los progenitores, por lo que cada uno se presentó con su propio abogado. «Se trata de una medida estratégica -recordaba Neal Hersh, abogado de Kurt- de este modo, si se da una divergencia de intereses o cuestiones los padres pueden separarse y asegurarse así de que el menor se queda con la familia.» El juez dictaminó, en efecto, que Kurt y Courtney no podrían ver a su propia hija sin la supervisión de un tutor asignado por el tribunal. Kurt recibió orden de someterse a un tratamiento de desintoxicación de treinta días, y se exigió a ambos progenitores la entrega de controles de orina aleatorios. Kurt llevaba limpio varios días; sin embargo, le comentó a Courtney que la resolución le había partido el corazón en dos. «Fue horrible -recordaba Carroll-. Frances fue un bebé muy deseado. Courtney había pasado lo indecible para tenerla. Casi todo el mundo que conocía y en quien confiaba le había aconsejado en mayor o menor medida que no la tuviera, a excepción de Kurt, claro está. Courtney hubo de soportar un gran sufrimiento físico, mucho más intenso que el que se da en un embarazo normal, por el esfuerzo que le suponía aguantar el mono y mantenerse sana, en un momento en que nada de lo que la rodeaba lo era. Soportar aquello y tener el bebé, para que después te lo quiten...» En cuanto a la actitud de Kurt hacia Frances, Hersh recordaba: «Tendría que haberlo visto con aquella criatura. Se podía pasar horas sentado contemplándola. Era tan cariñoso con su hija como cualquier padre que se precie».

La pareja había pensado ya en contar con una niñera, así que no tardaron en idear un complejo plan para poner a Frances al cuidado de niñeras y familiares de forma provisional, tal y como había dictaminado el juez. Dicho requerimiento, sin embargo, planteaba un problema: ¿a qué familiar podrían recurrir? Tanto Kurt como Courtney tenían tantos frentes abiertos con sus respectivas familias

que no estaban dispuestos a confiar a Frances a ninguno de sus progenitores. Al final surgió la idea de la hermanastra de Courtney, Jamie Rodríguez. «No se cuestionaba que no fueran a cuidar bien de aquella niña -observaría Carroll-. Esa no era la cuestión. El único inconveniente eran las drogas. Y todo por culpa de esa mentalidad puritana e insensata de la sociedad americana de "lucha contra las drogas", según la cual se supone que un adicto no puede ser un buen padre.»

Después de reiteradas evasivas, Jamie acabó accediendo a satisfacer lo que establecía la sentencia del tribunal. «Apenas conocía a Courtney -recordaba Danny Goldberg-, y no la soportaba. Así que tuvimos que sobornarla por así decirlo para fingir que le importaba una mierda. Le alquilamos una casa justo al lado de la de Kurt y Courtney, y oficialmente asumió la custodia durante unos meses, el tiempo necesario para que el sistema legal les diera el visto bueno para cuidar de su hija. Yo solía ser la persona a la que Jamie acudía para que le extendieran otro cheque.»

Jackie Farry, una amiga de Janet Billig de Gold Mountain, fue contratada como niñera y sobre ella recayó en gran medida la responsabilidad de cuidar de Frances durante los ocho meses siguientes. Pese a no tener experiencia alguna como niñera, pues hasta entonces ni siquiera había sostenido a un bebé en sus brazos, Farry se tomó su trabajo en serio y trató por todos los medios de brindar a Frances una atención coherente en una situación cargada de dramatismo. «En vista de lo que estaban atravesando [Kurt y Courtney] en sus vidas, era esencial que siempre hubiera alguien allí para hacerse cargo de Frances», recordaba Farry. Jackie, Jamie y Frances se mudaron a Oakwood -el mismo complejo de apartamentos donde Kurt se había hospedado durante la grabación de *Nevermind*-, mientras que Kurt prosiguió la terapia de rehabilitación y Courtney regresó a la casa de Alta Loma sin su hija.

Dos días después del juicio, Kurt voló a Inglaterra. Dejando a un lado a su hija recién nacida, la rehabilitación, el artículo de *Vanity Fair* y las vistas judiciales, debía cumplir con su cita con los escenarios.

Nirvana no solo encabezó el cartel del Festival de Reading de 1992, sino que el propio Kurt se encargó en gran medida de elaborar la programación, incluyendo en ella a los Melvins, Screaming Trees, L7, Mudhoney, Eugenius y Bjorn Again, un grupo que hacía versiones de Abba y que a Kurt le encantaba. Pero la mayor parte de los sesenta mil asistentes acudieron por Nirvana, y Kurt se erigió en rey de aquel evento señalado del punk rock.

Aquel acto suscitó más revuelo que ningún otro concierto de Nirvana, debido en gran parte a la prensa inglesa, la cual se había dedicado a publicar artículos sobre la vida personal de Kurt como si se tratara de noticias internacionales de última hora. Varios periódicos aseguraban que Nirvana se había disuelto y que Kurt se veía aquejado de mala salud. «Todos los días circulaban nuevos rumores de que Nirvana no iba a tocar -recordaba Anton Brookes-. La gente venía y me preguntaba cada cinco minutos: "¿Van a tocar?". "Sí", contestaba yo. Y entonces venía otro y decía que había oído que Kurt estaba muerto.»

Kurt seguía vivo y coleando tras su llegada a Londres aquella semana. J. J. Gonson iba caminando por Piccadilly Circus dos días antes del festival cuando tropezó con él. Tras conversar un rato, Kurt le mostró fotos de su hija y luego anunció que tenía que ir al baño. En vista de que se hallaban justo enfrente del Museo de Cera del Rock and Roll, Kurt subió las escaleras que conducían a la entrada y muy cortésmente preguntó si podía hacer uso de los servicios. «No -le contestó el vigilante-, los aseos son de uso exclusivo para nuestros clientes.» Kurt salió del museo hecho una furia. Tras la ventana del edificio que daba a la calle se veía una réplica de cera de Kurt sosteniendo una guitarra.

Ya en el concierto la expectación fue en aumento durante los actos de inauguración y siguieron circulando rumores de que Nirvana no llegaría a tocar. El público, agolpado bajo la lluvia, recibió a Mudhoney arrojándole barro. «El calor de los cuerpos era tan intenso -recordaba Gonson-, que la concurrencia emanaba nubes de vapor

mientras seguía lloviendo ya entrada la noche.» La gente estaba ansiosa por ver si Nirvana aparecía de verdad y si Kurt seguía respirando. «Había un nivel de energía increíblemente alto -recordaba Gordon-. Cada vez que se veía salir una silueta al escenario, se propagaba una ola de conmoción por todo el público.»

Kurt había decidido dar juego a los rumores y se dispuso a aparecer ante sus fans en silla de ruedas disfrazado con una bata de médico y una peluca blanca. Una vez en el escenario avanzó unos metros con la silla antes de caerse de ella y desplomarse en el suelo. Krist, en su papel siempre impecable del actor serio que da pie al cómico, dijo acercándose al micrófono: «Vas a lograrlo, tío. Con el apoyo de amigos y familiares... Sí, tío, vas a lograrlo». Kurt se quitó el disfraz a tirones, dio un salto en el aire y comenzó a tocar las primeras notas de «Breed». «Fue un momento de lo más eléctrico -recordaba Brookes-, como para que te saltaran las lágrimas».

El concierto en sí fue revelador. Pese a llevar dos meses sin tocar juntos, ni ensayar siquiera. Nirvana ofreció una actuación de veinticinco canciones que incluyó el repertorio entero del grupo. Incluso tocaron un fragmento del éxito de 1976 de Boston «More Than a Feeling» como preludio de «Smells Like Teen Spirit», un tema muy apropiado habida cuenta de que Kurt aseguraba cuando le entrevistaban que había robado el riff de Boston. La banda pareció estar al borde del colapso en varias ocasiones, pero en todas ellas consiguió alejarse del precipicio. Kurt dedicó «All Apologies» a Frances y pidió a la concurrencia que le acompañara coreando «Courtney, te queremos». Durante una pausa entre canción y canción, el grupo bromeó sobre su propia desaparición de un modo que no sonaba jocoso.

- No sé lo que habréis oído por ahí, pero desde luego este no es nuestro último concierto ni nada de eso -dijo Krist, dirigiéndose al público.

- Sí, sí que lo es -aseveró Kurt-. Quiero anunciar oficial y públicamente que este es nuestro último concierto... hasta que toquemos... -le interrumpió Krist otra vez... -añadió Grohl. -... en

nuestra gira de noviembre -concluyó Kurt-. ¿Vamos de gira en noviembre? ¿O vamos a grabar un disco?

-Hagamos un disco -respondió Krist.

No fue de extrañar que cerraran el concierto con «Territorial Pissings» y como colofón destrozaran los instrumentos, tras lo cual se retiraron del escenario cual invasores conquistadores mientras el road manager Alex MacLeod se llevaba la silla de ruedas abandonada. «Tenían algo que demostrar y querían demostrarlo -observaría MacLeod-. Querían plantarse delante de toda esa gente que decía: "Se acabó, está jodido, es un inútil" y soltarles: "Idos a la mierda. No se ha acabado".»

Kurt regresó a Los Ángeles el 2 de septiembre, pero pese a haber seducido al Reino Unido por tercera vez no se sentía ni mucho menos victorioso. Seguía tomando metadona y en proceso de rehabilitación, aunque había cambiado de centro médico para ingresar en Exodus, situado en Marina Del Rey. Krist fue a visitarlo allí y lo vio con mal aspecto: «Estaba allí tumbado en la cama, hecho polvo. Después de aquello se repuso, porque llegó a estar enganchadísimo. Era todo tan fuerte: de repente era padre, estaba casado y se había convertido en una estrella de rock, todo de golpe. Para cualquiera que pasara por aquello supondría mucha presión, pero aguantar algo así siendo adicto a la heroína es otra historia».

Durante su estancia en Exodus, Kurt se dedicó a asistir a terapias individuales, terapias de grupo e incluso reuniones que formaban parte de programas de desintoxicación en doce pasos. Casi todas las noches escribía en su diario, redactando largos tratados de todos los temas habidos y por haber, desde la ética del punk rock hasta el precio personal de la adicción a la heroína. «Ojalá hubiera alguien a quien pudiera pedirle consejo -escribió una noche-. Alguien que no me hiciera sentir un bicho raro por vomitar lo que llevo dentro y tratar de explicar todas las inseguridades que me vienen atormentando desde hace, eh, unos veinticinco años ya. Ojalá pudiera explicarme alguien la razón exacta por la que ya no siento el deseo de aprender.»

Aunque Kurt tenía permiso para concertar breves visitas de día con Frances y Courtney, las noches se le hacían interminables. Su matrimonio seguía la dinámica no poco frecuente según la cual, cuando Kurt se veía débil y necesitado, más soñaba con Courtney. Las letras que le escribió desde el centro discurrían entre la poesía y la diatriba fruto del monólogo interior. Kurt solía cubrirlas con cera de vela, sangre y alguna que otra vez con su semen. Una de las que escribió en aquella época dice así:

> Agua de rosas, olor a pañales. Utiliza tu ilusión. Habla en tono irónico. Eh, nena, desintoxicación. Aquí estoy en mi caja de Kraut, detenido en mi presidio de tinta. Como muerto de hambre y como hinchado. He roto aguas. Vendiendo cada noche mi cuerpo de agua en una sala llena. Agotado a oscuras en cama, echándote de menos más que una canción de Air Supply. Bistec de muñeca. Bien hecho. [...] Qué caliente está tu leche. Tu leche es mi mierda. Mi mierda es tu leche. Tengo cutis de canijo. Estoy sin habla. Estoy sin dientes. Me quitas el juicio de las muelas. Mi madre es el ratoncito Pérez. Me das a luz y me das dientes y colmillos. Te quiero más que al ratoncito Pérez.

Pero gran parte de lo que escribía Kurt versaba sobre sus esfuerzos para librarse de la heroína. Los textos escritos justo antes de su ingreso en el centro de rehabilitación reflejaban un estado de negación creciente, especialmente en respuesta a la atención mediática que suscitó su problema con las drogas. «¡No soy un adicto a la heroína!», anotó un día, como si tratara de convencerse a sí mismo. Otro escrito rezaba: «No soy gay, aunque ojalá lo fuera ya solo para cabrear a los homófobos. Para todos aquellos interesados en mi estado físico y mental, no soy un yonqui. Hace tres años que sufro una afección estomacal no concluyente y bastante molesta que, por cierto, no está relacionada con nada. Puedo estar sin estrés ni agobios y, de repente, ¡paf! Escopetazo al canto en el estómago».

Sin embargo, en cuanto Kurt dejaba la heroína el tiempo suficiente para superar la adicción física, se pasaba al otro extremo, mostrando odio y repulsión hacia sí mismo por haberse enganchado en un primer

momento. «Casi todo el mundo que prueba las drogas duras, es decir, la heroína y la cocaína, acaba volviéndose un esclavo literalmente de dichas sustancias -manifestó en uno de aquellos exámenes de conciencia-. Recuerdo que alguien me dijo en cierta ocasión: "Si pruebas la heroína una sola vez acabas enganchándote". Naturalmente, me tomé a risa aquella idea, pero ahora creo que es muy cierta.» Y si bien cuando estaba colocado Kurt ponía su estómago como excusa de su drogadicción, cuando estaba limpio se cuestionaba lo siguiente: «Me compadezco de veras de quien piense que puede utilizar la heroína como medicamento porque, la verdad, no funciona. El mono es todo lo que uno ha oído: vomitas, te dan convulsiones y sudores, te cagas en la cama como en la película esa de *Yo, Cristina R*». Kurt se refería a un film alemán de 1981 que abordaba el tema de las drogas.

Kurt vio que obtenía resultados más satisfactorios cuando empezó a tratarse con el doctor Robert Fremont, un facultativo de Los Angeles especializado en drogodependencia que también atendía a Courtney. Fremont no podría haber sido un profesional más controvertido, pues en una ocasión le desautorizaron para seguir ejerciendo la medicina por haberse recetado narcóticos. Al final logró recuperar su licencia médica y puso una consulta para tratar los problemas de drogadicción de grandes estrellas de Hollywood. Su éxito se extendió entre una profesión con unos índices de recaída extraordinariamente elevados, tal vez porque había vivido la drogadicción en primera persona. Creía en la prescripción sin restricciones de drogas legales para clientes en proceso de desintoxicación de la heroína, metodología que empleó en el caso de Kurt.

En septiembre de 1992 Fremont comenzó a aplicar un plan de tratamiento experimental -y por entonces ilegal- con Kurt, consistente en administrarle dosis diarias de buprenorfina. Este narcótico relativamente benigno estimula los receptores opiáceos del cerebro, lo que inhibe el deseo por la heroína, o eso pensaba Fremont. En el caso de Kurt funcionó, al menos por un tiempo. Tal como expuso Kurt en su diario: «Empezaron a administrarme buprenorfina, y vi que me aliviaba el dolor [de estómago] en cuestión de minutos. Dicha sustancia se ha utilizado de forma experimental en varios centros de

desintoxicación para la abstinencia de opiáceos y cocaína. Lo mejor de este fármaco es que no se le conocen efectos secundarios. Actúa como un opiáceo, pero no llega a colocarte. El grado de potencia de la buprenorfina es el de un barbitúrico suave. En una escala del 1 al 10, la buprenorfina es el 1 y la heroína el 10».

El 8 de septiembre Kurt obtuvo un pase de un día para ausentarse de Exodus a fin de ensayar con Nirvana; aunque él se hallaba en proceso de rehabilitación, el negocio de la banda seguía en marcha, y tenían una cita programada para tocar al día siguiente en la entrega de los Video Music Awards de la MTV. Dichos premios, equivalentes a los Oscar del grunge, constituían el mayor reconocimiento otorgado en el mundo de la música y por entonces gozaban de mayor prestigio que los Grammy, por lo que la ceremonia de entrega atraía a los agentes de poder de la industria. Nirvana había obtenido la candidatura para tres premios, y ya en julio se anunció que tocarían en el evento.

No obstante, existían dudas sobre si sería posible, o conveniente, que Kurt actuara en una gala de premios en su estado. Ante la presión de managers y directivos, Kurt optó por tocar. «Odiaba ir a galas de premios -explicaría el manager Danny Goldberg-, y no siempre le gustaban los reconocimientos a su labor, pero trabajaba muy duro para aspirar a dichos premios, así como para gozar de reconocimiento.» Cuando le entrevistaban, Kurt se quejaba de que la MTV ponía demasiado sus vídeos; en privado llamaba a sus managers para protestar cuando consideraba que no los ponían lo suficiente.

Los elevados índices de audiencia daban por garantizado el incremento de la venta de álbumes, pero lo más importante para Kurt tal vez fuera que los premios le brindaban por primera vez la oportunidad de subirse a un podio y verse reconocido como la mayor estrella de rock del mundo. Si bien Kurt siempre restaba importancia a su éxito y en las entrevistas daba a entender que se sentía atrapado por su popularidad, a cada paso de su carrera tomaba decisiones cruciales que lo encaminaban hacia la fama y el éxito; era una de las grandes contradicciones de su carácter. Lo que había de absurdo en el hecho

de que un individuo apareciera en la MTV manifestando lo mucho que odiaba la publicidad escapaba a muchos de los fans de Nirvana, que preferían ver a Kurt bajo la óptica que tan bien proyectaba él de sí mismo, la de una víctima involuntaria de la fama más que la de alguien que la había perseguido con destreza. Sin embargo, incluso en ese deseo suyo de reconocimiento, Kurt quería hacer valer su criterio, como pondrían de manifiesto los acontecimientos de aquella semana.

La controversia estalló ya en el primer ensayo. A su entrada en el Pauley Pavilion de UCLA, Kurt se acercó a Amy Finnerty de la MTV y le anunció: «Voy a tocar un tema nuevo». «Estaba emocionadísimo con aquello, y se comportaba como si fuera un regalo», recordaba Finnerty. Para gran sorpresa de los ejecutivos de la cadena, que esperaban oír «Smells Like Teen Spirit», el grupo se arrancó con «Rape Me». En realidad, no se trataba de un tema nuevo, pues Nirvana llevaba dos años tocándolo en directo, pero para el personal de la MTV sí que lo era. La letra se componía solamente de once frases, con un estribillo que decía: «Rape me, my friend, rape me again» (Viólame, amigo mío, viólame otra vez). Tenía la misma melodía pegadiza que «Smells Like Teen Spirit», con aquella dinámica entre suave y fuerte, y aquel extraño estribillo la dotaba de la estética ideal de la música de Cobain, hermosa, evocadora y perturbadora.

A Finnerty la metieron de inmediato a empujones en un remolque de producción, donde sus jefes la reprendieron por el tema que había elegido el grupo, pues pensaban que «Rape Me» hablaba de la MTV. «Venga ya -protestó Finnerty-. Os aseguro que esa canción no habla de nosotros ni va dirigida a nosotros.» Kurt la había compuesto a finales de 1990, pero en 1992 decidió modificar la letra para incluir una pulla en «our favorite inside source» (nuestra fuente interna favorita), en alusión al artículo de *Vanity Fair.* Aunque cuando le entrevistaban Kurt definía la canción como una alegoría de los abusos de la sociedad, en septiembre de 1992 vino a representar asimismo una metáfora más personal de cómo se sentía tratado por los medios, sus managers, sus compañeros de grupo, su adicción y la MTV (como los ejecutivos de la cadena habían tenido la astucia de captar).

El personal de la MTV y un Kurt aún en proceso de rehabilitación se enzarzaron en una batalla de «a ver quién puede más», con Finnerty y Gold Mountain actuando como mediadores. La cadena amenazó con expulsar a Nirvana de la gala, a lo que Kurt contestó que le parecía bien. La cadena amenazó con dejar de poner los vídeos de Nirvana, a lo que Kurt contestó que le parecía bien, aunque seguramente en su fuero interno temiera dicha medida. La cadena aumentó entonces el nivel de sus exigencias y amenazó con dejar de poner los vídeos de cualquier otro artista que llevara Gold Mountain. Finnerty fue requerida para negociar entre los dos bandos, y acudió a Exodus con Courtney, Frances y la niñera Jackie para hablar con Kurt, quien había regresado volando al centro médico en cuanto terminó el ensayo. Se sentaron todos juntos en el césped para debatir las diversas opciones, pero no llegaron a ningún acuerdo y Kurt tuvo que acudir a toda prisa a terapia. Con cada nuevo intento de desintoxicación la terapia había pasado a ser una parte cada vez mayor de su tratamiento contra la drogadicción, aunque seguía sin asistir a la consulta cuando no se hallaba en rehabilitación.

Kurt reconsideró la elección del tema para la actuación, pero solo después de enterarse de que Finnerty sería despedida si Nirvana tocaba «Rape Me». Los ejecutivos de la MTV se quedaron visiblemente sorprendidos cuando la banda se presentó en el ensayo final el mismo día del evento. Todas las miradas se volvieron hacia Kurt al entrar este en el recinto: una vez dentro, se acercó a Finnerty, la agarró de la mano y se echó a andar con pose desafiante por el pasillo central, balanceando de forma exagerada sus brazos con los de Amy, como dos niños pequeños en plena excursión. Se trataba de un gesto dirigido por completo a los mandamases de la MTV, con el que Kurt deseaba darles a entender que si despedían a Finnerty él no tocaría en su gala.

Aquel ensayo en concreto discurrió sin incidentes. El grupo tocó «Lithium», que sonó genial, y el personal de la cadena aplaudió, quizá con un poco más de entusiasmo de la cuenta.

Sin embargo, poco antes de que empezara la ceremonia comenzó a circular el rumor de que, una vez encima del escenario. Kurt pensaba

tocar «Rape Me», lo que generó la clase de tensión que envolvía las actuaciones más importantes de Nirvana, un clima en el que Kurt se crecía.

Mientras tanto, entre bastidores se desarrolló toda una escena. Kurt, Courtney, la niñera Jackie y Finnerty estaban sentados con Frances cuando Axl Rose pasó por delante cogido de la mano con su novia, la modelo Stephanie Seymour. «Eh, Axl -le llamó Courtney, con una voz un tanto parecida a la de Blanche Dubois-, ¿serás el padrino de nuestra hija?» Rose no le hizo caso pero se volvió a Kurt, que estaba haciendo rebotar a Frances en su rodilla, y se acercó a su cara. Las venas del cuello de Axl se abultaron hasta adquirir el tamaño de una manguera al tiempo que le espetó: «¡Haz callar a la zorra de tu mujer o te verás de bruces en el suelo!».

La idea de que alguien pudiera controlar a Courtney resultaba tan ridícula que una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Kurt. Si no hubiera sido por el fuerte instinto de supervivencia que le dominaba, en aquel mismo instante se habría echado a reír sin parar. Lo que hizo, en cambio, fue volverse hacia Courtney y ordenarle con voz de robot: «Vale, zorra. ¡Cállate!», lo que provocó las risas disimuladas de todo aquel que alcanzó a oírlo, a excepción de Rose y Seymour. Tal vez para quedar bien, Seymour buscó por sí misma el enfrentamiento, preguntando a Courtney, con todo el sarcasmo que pudo poner en su voz: «¿Eres modelo?». A Love, que acababa de ciar a luz hacía tres semanas, no había quien le hiciera sombra en aquel tipo de duelos dialécticos, y menos Stephanie Seymour, a quien se apresuró a lanzar la siguiente réplica: «No. ¿Y tú, eres neurocirujana?». Con aquellas últimas palabras flotando aún en el ambiente. Rose y Seymour se alejaron hechos una furia.

Entonces le tocó el turno de salir al escenario a Nirvana. Los jefes de la MTV habían contemplado ya ciertas medidas de emergencia para evitar que Kurt se saliera con la suya si al final decidía engañarles. Los ingenieros recibieron órdenes de ir a publicidad de inmediato en caso de que el grupo tocara «Rape Me».

El único problema era que nadie en cabina sabía cómo sonaba dicha canción aún inédita. La actuación dio comienzo y Nirvana apareció en

el escenario. De repente, se produjo una tensa pausa durante la cual se vio a Kurt, Krist y Dave cerrando los ojos. Kurt vivía para instantes como aquel: todas aquellas horas durante su adolescencia garabateando logos de grupos en libretas y aquella infinidad de horas delante de la MTV le habían servido de entrenamiento. Sabía cómo no defraudar nunca a un público, ya fueran dieciocho crios en el Community World Theater o un puñado de encorbatados de la MTV sentados en una sala de vips. Kurt inició un lento rasgueo de guitarra. Al principio no quedaba claro de qué canción se trataba, pero cuando Krist se sumó a él con el bajo, todos los presentes en el recinto y quienes estuvieran pendientes de la transmisión en directo del evento tuvieron ocasión de oír las primeras notas de «Rape Me». Lo que no llegaron a oír ni ver los telespectadores fue a un ejecutivo de la cadena dirigiéndose a toda prisa al interior del camión de control. Pero antes de que pudieran interrumpir la emisión, Nirvana pasó a tocar los primeros acordes de «Lithium». «Lo hicimos para joderles», recordaba Krist. No fueron más de veinte segundos, y la MTV suprimió aquel comienzo en las sucesivas retransmisiones de la gala, pero supuso uno de los momentos más destacados de Nirvana. Cuando acabaron de tocar la canción, Krist lanzó al aire el bajo, el cual le fue a caer justo en la frente. Al recibir el impacto, Krist se tambaleó en el escenario y cayó redondo, por lo que muchos creyeron que estaba muerto. Cuando Finnerty tropezó con él entre bastidores, lo encontró riendo entre sacudidas.

Cuando les concedieron el premio al Mejor Vídeo Musical Alternativo, enviaron a un imitador de Michael Jackson a que lo recogiera. Pero los tres miembros del grupo hicieron acto de presencia cuando ganaron el galardón al Mejor Artista Revelación, momento que Kurt aprovechó para decir: «La verdad es que cuesta mucho creer en todo lo que se escribe». Rebatir el contenido del artículo de *Vanity Fair* se había convertido en una obsesión para él. Después de dos semanas de abstinencia, tenía una tez clara y una limpieza de predicador en la mirada. Más tarde, mientras Eric Clapton tocaba «Tears in Heaven», Finnerty y Courtney se conchabaron para que Kurt y Eddie Vedder bailaran juntos una balada. Cuando ambas

mujeres los juntaron a la fuerza, Kurt agarró a su rival y bailó con él cual torpe quinceañero en el baile de graduación.

Mientras tanto. Novoselic se vio ante Duff McKagan, de Guns N' Roses, y dos guardaespaldas que buscaban pelea. Krist, Courtney y la pequeña Frances se encontraban en el interior del remolque del grupo cuando la hostil comitiva trató sin éxito de volcar el vehículo. Kurt no estaba presente ya que había tenido que regresar a Exodus antes del toque de queda. «Ha sido divertido, eso que habéis hecho», le dijo Finnerty cuando Kurt se disponía a subir a la furgoneta para marcharse. «Sí», respondió Kurt, luciendo la sonrisa de un niño pequeño que había puesto en ridículo a sus maestros y aun así lograba escapar para importunarlos de nuevo en otra ocasión.

Una semana después de la entrega de premios de la MTV, Kurt se vio sentado en su casa de Alta Loma ante Robert Hilbum de *Los Angeles Times* para realizar la primera entrevista importante que había concedido en seis meses. Aquella fue la primera vez que se mostró remotamente sincero con alguien de la prensa en relación con su adicción a la heroína; más de la mitad de la entrevista publicada se centraba en sus problemas de salud y su drogodependencia. Kurt confesó tener un tira y afloja con la heroína, pero minimizó su alcance. Según declaró, siendo fiel a la verdad, su experiencia con los narcóticos antes de la grabación de *Nevermind* se limitaba a meros «devaneos», pero al hablar de su relación con las drogas a partir de entonces minimizó el asunto, calificándolo de «pequeño vicio» y describiéndola como una etapa de adicción de «tres semanas». Manifestó que «optó por drogarse», parafraseando la expresión empleada en su diario.

Muchos de sus comentarios, acerca de su salud y de su vida, quedaban eclipsados por la presencia de Frances, a quien Kurt tuvo entre sus brazos durante toda la entrevista. «No quiero que mi hija crezca y llegue un día en que los críos del cole la molesten. […] No quiero que la gente vaya por ahí diciéndole que sus padres eran unos yonquis –declaró-. Yo sabía que cuando tuviera un hijo me sentiría

abrumado, y es cierto. [...] No puedo expresar con palabras lo mucho que he cambiado de actitud desde que hemos tenido a Frances. Tener a mi hija en brazos es la mejor droga del mundo.»[6]

Kurt habló también de lo cerca que había estado de abandonar Nirvana, pero aseguró que el grupo reposaba ya en tierra firme. Anunció que pensaban grabar «un álbum en bruto de verdad» y sugirió la posibilidad de una nueva gira. Pero descartó la idea de una larga gira, adviniendo que su frágil salud se lo impedía. «Puede que no nos embarquemos en más giras largas -reveló a Hilbum-. Prefiero estar sano y vivo. No quiero sacrificarme, ni a mí ni a mi familia.»[7]

Dicha entrevista representó un adelanto muy importante para Kurt a nivel emocional, pues, al hablar con franqueza de su adicción, había ahuyentado parte de la vergüenza que le provocaba. Cuando Kurt vio que su sinceridad suscitaba más aplausos que gestos de rechazo, se sintió como un individuo al que hubieran condenado a una ejecución pública para ser indultado en el último instante. Poco después de que se publicara el reportaje de Hilbum, Kurt reflexionó en su diario sobre el estado de su vida en aquel momento:

> A veces me pregunto si no seré el chico más afortunado del mundo. Por alguna razón este último año me han agasajado con cantidad de maravillas y la verdad es que no creo que haya recibido todos estos regalos y chucherías por el hecho de ser un ídolo de adolescentes aclamado por la crítica y adorado en todo el mundo, una especie de semidiós líder de un grupo, un rubiales de una sinceridad enigmática, tartamudo y franco que tiene un defecto del habla y articula elaborados discursos de aceptación de un premio, un niño mimado, una estrella de rock que por fin, finalmente, ha confesado su depravada adicción a las drogas durante dos meses, abrumando al mundo con el típico «Ya no puedo mantener esto en secreto porque me duele ocultar cualquier parte de mi vida privada a mis fans que tanto me adoran y se preocupan por mí, quienes a pesar de verme como un personaje de cómic de su dominio público me siguen queriendo». Pues sí, hijos míos, como diría un puto pirado hablando en nombre de todo el mundo: ..Te agradecemos de veras que por fin admitas eso de lo que llevábamos tiempo acusándote, necesitábamos oírlo porque

estábamos preocupados ya que los chismes triviales, las bromas y las conjeturas que circulaban en nuestros centros de trabajo, escuelas y fiestas habían llegado a... eh... agotarse».

19

ESE LEGENDARIO DIVORCIO

SEATTLE, WASHINGTON
SEPTIEMBRE DE 1992 - ENERO DE 1993

Ese legendario divorcio es un codazo.
- De «Serve the Servants».

Dos días después de la entrega de los premios de la MTV, Kurt, Courtney y Frances, junto con Jamie y Jackie, llegaron a Seattle, donde Nirvana encabezaba un concierto con fines benéficos en contra de la censura musical que propugnaba un proyecto de ley presentado en la Asamblea Legislativa del estado de Washington. La noche anterior habían ofrecido una actuación en Portland en apoyo a los derechos de los homosexuales. La participación del grupo en actos benéficos, en la mayoría de los casos en defensa de organizaciones que están a favor del aborto y la homosexualidad, les había comportado una carga con la que Kurt no había contado: la de recibir amenazas de muerte. «Casi siempre se trataba de antiabortistas -recordaba Alex MacLeod-. Se impuso el uso de detectores de metales.» En una delas llamadas que recibió le advirtieron de que le dispararían en cuanto pisara un escenario. Aquella perspectiva ya era lo bastante espeluznante, pero igualmente aterradora le resultaba la idea de volver a verse en Seattle, donde se reencontraría con sus familiares por primera vez tras el nacimiento de su hija.

Al llegar al Center Coliseum de Seattle, un recinto con un aforo de dieciséis mil personas en el que ya no cabía un alfiler, Kurt se encontró con Wendy, Kim y su medio hermana Brianne en los camerinos. Era la primera vez que su familia lo veía con Frances. «Estaba emocionadísimo, y se le veía hecho un padrazo -recordaba

Kim-. Kurt adoraba a Frances y la quería con locura. Era capaz de hacer lo que fuera para arrancarle una sonrisa o una carcajada.»

Mientras su familia babeaba con Frances, Kurt fue informado por parte de su road manager de varias cuestiones que debía saber. Se habían producido más amenazas de muerte. Fitz of Depresion había tenido problemas en la prueba de sonido (Kurt había insistido en que salieran de teloneros, como era lógico) y una multitud de periodistas esperaba entrevistarle. Al oír todo aquello, Kurt alzó las manos en un gesto de resignación. Sin embargo, cuando pensaba que había despachado todos los problemas, Kim se le acercó corriendo presa del pánico con un contratiempo que Kurt no había previsto. «¡Papá está aquí!», exclamó Kim. «¿Qué coño hace aquí?», soltó Kurt. Don había conseguido acceder a la zona de bastidores mostrando el carnet de conducir y la acreditación de la State Patrol a un guardia de seguridad. «Pero no te preocupes -le tranquilizó Kim-. Le he dicho que no dejaban entrar a nadie en los camerinos.» Ni que decir tiene que se trataba de una mentira, pues hasta los grupos segundones de Sub Pop vagaban por allí bebiendo cerveza gratis. Kim advirtió al jefe de seguridad que no permitiera a Don acercarse a su hijo. Kurt llevaba ocho años sin ver a su padre, y no había hablado con él desde febrero de 1991. Don había intentado ponerse en contacto con Kurt pero su relación se había enrarecido tanto que ni siquiera tenía el número de teléfono de su hijo, lo que no le impidió dejarle mensajes en casa de vecinos suyos y en la recepción de las discográficas con las que trabajaba.

Don entró en los camerinos con Chad, el hermano de padre de Kurt. «Hola, papá», dijo Kurt, cambiando el tono de voz para ocultar la ira que había expresado momentos antes. Por primera vez en una década, los cuatro miembros de la familia original Cobain -Don. Wendy, Kurt y Kim- se encontraban juntos en una misma estancia. Al grupo había que sumar dos hermanastros más, a Courtney y a un par de empleados de Kurt. La pequeña Frances Bean Cobain de tres semanas, que entre gorgoritos y gruñidos pasaba de mano en mano entre sus familiares, era la única ajena a la tensión reinante en la sala;

para el resto de los presentes, se respiraba un clima tan pesado como el que imperaba en un reñidísimo combate de boxeo.

El culebrón de los Cobain no defraudó a los espectadores. Cuando Don vio a Wendy con Frances en brazos, le dijo: «Vaya, hola, abuelita -y acentuó la última palabra de tal modo que sonó ofensiva-. ¿Cómo te sientes al ser abuela?». «Genial, abuelito -contestó Wendy con el mismo tono sarcástico-. Me encanta, abuelito.» Lo que en muchas familias se habría considerado un cruce de palabras cómico o emotivo se convirtió en un desagradable enfrentamiento. Habían pasado más de dieciocho años desde el divorcio de Don y Wendy, pero de repente la familia original Cobain se vio transportada emocionalmente al número 1.210 de la calle Primera Este de Aberdeen, y se hizo patente que la relación entre mamá y papá no había cambiado. Para Kurt suponía el encuentro de su nueva familia con las heridas de su familia original. «Yo pensaba para mis adentros: "No, por Dios, otra vez no"», recordaba Kim. Lo único que imprimía una dinámica distinta a la situación era el papel de Kurt, que había dejado de ser el niño indefenso de toda la vida para convertirse -con dieciséis mil fans entregados aguardando al otro lado de la pared- en el patriarca.

Courtney no había visto nunca a Don, y se quedó sin habla al observar lo mucho que se parecía a su hijo; Don tenía el rudo atractivo de un Steve McQueen de mediana edad. Pero a Kurt no le faltaron palabras, en especial para su doble cincuentón: «Cállate de una puta vez -espetó a su padre con una contundencia con la que no había hablado en su vida, empleando una palabrota que en su niñez le habría valido un toque en la sien-. No hables así a mamá. Deja de machacarla».

Wendy, Kim, Courtney y Brianne se apresuraron a abandonar la sala. «Joder, qué mayor se te ve», dijo Kurt a su padre cuando se tranquilizó. Kurt supuso enseguida que Don había ido a verle para pedirle dinero. «No quería nada -afirmaría Don posteriormente-. Solo retomar el contacto con él. Le dije: "Si eres feliz y te lo pasas bien, genial. Solo te pido que llames o escribas de vez en cuando".»

Kurt le firmó un póster a su medio hermano Chad -a quien presentó a todo el mundo como «su hermanastro», para consternación

de Don- y anunció a su padre que debía irse, pues llegaba tarde al concierto de Nirvana. Mientras el manager de producción Jeff Mason lo acompañaba al escenario, Kurt solo tuvo unos segundos para dejar atrás a su familia y convertirse en «Kurdt Kobain», la estrella de rock, su otro yo. Estaba a punto de subirse al escenario del mismo estadio donde había presenciado su primer concierto de rock, Sammy Hagar con Quarterflash, celebrado tan solo diez años atrás, aunque diera la sensación de que hubiera pasado una eternidad. Mason y Kurt aprovechaban siempre aquellos cortos paseos para comentar ciertos detalles de la actuación o ponerse en situación; sin embargo, aquella fue una de las pocas veces que Kurt recorrió el largo camino hacia los focos en silencio total.

El concierto en sí fue espectacular, el mejor de los que Nirvana ofreció nunca en Seattle. Atrás había quedado el anquilosamiento de Reading, y Kurt parecía un hombre dominado por un ardiente deseo de convertir a los infieles. Cientos de adolescentes surcaron la superficie de la marea humana, cayendo en cascada cual lemmings por un risco. Durante una pausa entre canción y canción, Krist contó la historia de cuando le declararon «proscrito de por vida» del Coliseum por emborracharse en un concierto de Neil Young; entre bastidores se había tropezado con una fotografía suya colgada en un tablón de anuncios de individuos que tenían prohibida la entrada al recinto.

Tras el concierto, Kurt desestimó todas las solicitudes de entrevista a excepción de una: la de *Monk*, una revista de viajes de publicación irregular. Cuando los periodistas de *Monk* Jim Crotty y Michael Lane entraron en los camerinos, lo encontraron desierto salvo por la presencia de Kurt y Frances. «Se respiraba una sensación parecida a la que flotaba en el ambiente cuando entrevisté al Dalai Lama -recordaba Crotty-. Cuando hay alguien del que se analiza cada uno de sus movimientos hasta el mínimo detalle, en tu mente tiene un peso increíble. Fuera había un revuelo tremendo, y de repente abres la puerta y aparece Kurt Cobain con un bebé en los brazos en medio de un camerino vacío. Con aquella criatura en brazos se le veía muy sensible, desprotegido, vulnerable y lleno de ternura.»

La entrevista de Hilbum lo había cogido en un momento de introspección, y aquella sería la conversación, de todas las que concedió en su vida, que más contribuyó a construir el mito que encarnaría Kurt. Cuando le preguntaron acerca de Aberdeen, contó que lo habían desterrado de su ciudad: «Me persiguieron hasta el castillo de Aberdeen con antorchas, como al monstruo de Frankenstein. Y conseguí huir en un globo de aire caliente». Cuando Crotty le preguntó si tenía un lugar en su memoria que resumiera la quintaesencia de Aberdeen, Kurt respondió «bajo el puente». Describió el «agua con arroz» como su comida favorita. Cuando le preguntaron si creía en la reencarnación, contestó: «Las personas malas de verdad vuelven convertidas en moscas y comen caca». Y cuando Crotty le preguntó cómo titularía su autobiografía, Kurt respondió: «"Lo hice sin pensar", de Kurt Cobain».[1]

Aquel otoño Kurt y Courtney -con Frances, Jamie y Jackie a remolque- pasaron la mayor parte del tiempo en Seattle, hospedados en el Sorrento, el Inn at the Market y un par más de hoteles de cuatro estrellas, donde solían registrarse como «Simon Ritchie», el verdadero nombre de Sid Vicious. Acababan de adquirir una casa de trescientos mil dólares y cuatro hectáreas y media cerca de Camation, a ochenta kilómetros de Seattle. La vivienda en sí, dentro de la cual crecía un árbol, se encontraba en un estado tan ruinoso que decidieron iniciar la construcción de una casa nueva en los terrenos de la finca.

Fue durante su estancia en Seattle cuando Kurt se enteró de que dos mujeres procedentes de Inglaterra estaban escribiendo una biografía suya no autorizada. Al tener muy reciente la repercusión del artículo de *Vanity fair,* Kurt montó en cólera ante aquella noticia cuando se enteró de que su tía Judy ya había sido entrevistada para el libro. El 22 de octubre Kurt, Courtney, su tía Judy y Dave Grohl telefonearon a la coautora Victoria Clarke y le dejaron una serie de mensajes en un tono cada vez más intimidatorio. «Si en ese libro sale a la luz algo que suponga un perjuicio para mi mujer, la despedazaré viva», le advirtió Kurt. En otro mensaje declaró furioso: «Me importa

un bledo que graben mis llamadas amenazadoras. Seguro que me bastaría con lanzar un puñado de cientos de dólares para librarme de usted pero antes a lo mejor recurro a la vía legal». Los mensajes llenaron la cinta del contestador automático de Clarke, que esta entregó a la policía. Preguntado por el *New York Times* sobre dichas amenazas, Danny Goldberg respondió: «Kurt niega rotundamente la idea de que él o cualquier miembro del grupo haya realizado semejantes llamadas». Pero Kurt reconoció posteriormente haberlas realizado. Asimismo, escribió a Clarke una carta (que nunca llegó a enviar) envenenada con frases como las siguientes: «Ustedes son un par de celosas y feas a más no poder. El libro que escriben no va sobre mi grupo, sino sobre lo celosas que están de mi inteligente, hermosa, sexy y talentosa esposa, cualidades de las que carecen ambas. Si en ese libro sale un solo comentario o afirmación negativa o sensacionalista con relación a mi mujer, dedicaré con mucho gusto (y más entusiasmo que nunca) cada puta hora de mi vida a hacer la de ustedes dos invivible. Y si eso no funciona, no hay que olvidar que trabajo para la mafia».

Al comentar la cuestión meses más tarde, Kurt seguía mostrándose impenitente: «Si algún día pierdo a mi familia y me veo en la miseria, no dudaré un instante en vengarme de la gente que me ha jodido -aseguró Kurt a Michael Azerrad-. Siempre he sido capaz de ello. He intentado matar a gente antes en un arrebato de rabia cuando me he enzarzado en una pelea. [...] Cuando la gente me jode sin necesidad, de lo único que tengo ganas es de matarla a golpes».[2] Un mes antes Kurt había recibido amenazas de muerte, ahora era autor de ellas.

Las llamadas telefónicas de Kurt a altas horas de la noche se convirtieron en algo frecuente, si bien en la mayoría de los casos no dejaban de ser llamadas de socorro apenas disimuladas. Todo el mundo, desde su abogado hasta el personal que tenía a su cargo, acabó recibiendo llamadas suyas a las cuatro de la madrugada. En una ocasión telefoneó a su tía Mari a las dos y media de la madrugada con una proposición de negocio: quería sacar un álbum dedicado a ella. «Supongo que mientras esté en mi sitio podré imponer mi voluntad», explicó.

Kurt llamaba a menudo a Jesse Reed en mitad de la noche, pues sabía que en Jesse siempre encontraría un oído comprensivo. Se había producido un cambio gradual en las amistades de Kurt a medida que tanto su fama como su drogadicción iban en aumento. Kurt y Dylan se hallaban más unidos que nunca, pero muchos de sus amigos de toda la vida se habían quedado por el camino; la mayoría se veían incapaces de contactar con él debido a los muros levantados por su fama y su calendario de viajes. Los viejos amigos de Kurt se quejaban de que Courtney se hubiera convertido en una cortapisa, pues a veces cuando llamaban ella les colgaba, pues pensaba que se trataba de amigotes drogadictos y deseaba proteger a Kurt de sus propios vicios.

Kurt desarrolló una dependencia cada vez mayor de sus empleados en busca de consejo y amistad. El comanager Danny Goldberg asumió un papel cada vez más relevante, al igual que los miembros de su equipo Alex MacLeod y Jeff Masón. Pero sus confidencias rara vez llegaban ya por entonces a oídos de los otros componentes de Nirvana. La relación entre Krist y Kurt había cambiado tras la boda, y si bien hablaban de los asuntos concernientes al grupo, los días de amistad entre ambos habían quedado atrás. «Recuerdo que me enzarzaba en serias peleas con Kurt por teléfono -recordaba Krist-, y al final de la conversación él decía: "Bueno, las cosas van a ir mejor". Y yo decía: "Sí, van a ir mejor". En eso quedábamos, solo para sentirnos mejor.» Y si Dave y Kurt habían sido como hermanos durante el tiempo que habían vivido juntos, a finales de 1992 Kurt hablaba abiertamente de echar del grupo a Dave cuando estaba disgustado con algo que el batería había hecho dentro o fuera del escenario.

Una de las amistades más insólitas que Kurt forjó durante 1992 fue con Buddy Arnold, un sujeto que se definía a sí mismo como un «ex yonqui batería de jazz judío». Arnold dirigía el Programa de Ayuda a los Músicos, que ofrecía asistencia médica a los profesionales de la música. Durante la primera conversación que mantuvieron en 1992, Kurt se quedó mirando a aquel jubilado calvo y enjuto y le preguntó: «¿Ha probado las drogas alguna vez?». «Solo la heroína -respondió Arnold-, y solo durante treinta y un años.» Bastó con aquellas palabras para cimentar la confianza de Kurt. Cuando visitaba Los Angeles,

Kurt se alojaba en casa de Arnold, pero rara vez deseaba hablar de posibles tratamientos: le interesaba más oír hablar de Charlie Parker, Billie Holiday y otras leyendas del jazz que Arnold había conocido. Arnold trataba de introducir relatos aleccionadores sobre el efecto devastador que habían tenido las drogas sobre ellos. Kurt le escuchaba por educación, pero siempre derivaba de nuevo la conversación hacia aquellas grandes glorias del pasado.

El 24 de octubre Kurt se reunió con Krist y Dave para empezar a trabajar en un nuevo álbum. El grupo había decidido volver a grabar maquetas con Jack Endino empleando la misma mesa de mezclas utilizada en *Bleach.* Aunque contaban con una base de trabajo de seis canciones, solo «Rape Me» llegó a progresar lo suficiente. Courtney y Frances acudieron a la sesión de la segunda noche: Kurt realizó la toma vocal final de «Rape Me» con Frances sentada en su regazo. La sesión finalizó cuando un enfermo terminal de diecisiete años de la Fundación Make-A-Wish (Pide un deseo) accedió al estudio y el grupo le compró una pizza.

Nirvana terminó octubre con una actuación en Buenos Aires ante una concurrencia de cincuenta mil fans. En aquella época les ofrecían cifras astronómicas por tocar en megaconciertos de semejante magnitud, ofertas que Kurt aceptaba de vez en cuando. Pero al final resultó un concierto lamentable tanto para el grupo como para el público; cuando Nirvana tocó los primeros acordes de «Smells Like Teen Spirit» pero no siguió con la canción, la multitud estuvo a punto de amotinarse fruto de la decepción. Kurt, además, echaba en falta a Frances, pues era uno de los primeros conciertos que pasaba sin ella.

A principios de noviembre Kurt y Courtney se trasladaron al hotel Four Seasons Olympic de Seattle, donde se registraron como Bill Bailey, el verdadero nombre de Axl Rose. Durante los casi dos meses que permanecieron allí, generaron unos gastos de treinta y seis mil dólares antes de que los expulsaran del establecimiento. Al final acabaron echándoles de todos los hoteles lujosos de Seattle, por lo que se vieron obligados a trasladarle a alojamientos más modestos. No era

por culpa de la droga por lo que solían meterse en líos, sino por la costumbre que tenían de dejar quemaduras de cigarrillos en las alfombras y destrozar las habitaciones hasta que estas quedaban inservibles. «Siempre les daba propina a las camareras -recordaba la niñera Jackie Farry-, pero llegaba un punto en que el hotel decía: "No queremos saber nada de ustedes".»

En el restaurante Carden Court del Four Season, Courtney realizó una entrevista con Gillian Gaar de *The Rocket* una semana antes del día de Acción de Gracias. Courtney habló principalmente del nuevo álbum de Hole que estaba a punto de publicarse, pero hizo un comentario acerca de su marido: «Y toda esa imagen del hombre débil, que no toma ninguna decisión. ¿Es que nadie ha escuchado sus discos? ¿Es que nadie ha escuchado los míos? ¡Estamos hablando de dos personas que no tienen un pelo de tontos!». Courtney atacó el sexismo que se daba en el mundo del rock, donde «una mujer, cómo no, solo puede llegar a alguna parte utilizando su coño, mientras que los hombres lo consiguen tocando buenas canciones».[3]

La entrevista de *The Rocket* fue la primera en la que se evidenció un esfuerzo mayor por protegerse contra posibles perjuicios; la pareja se sentía tan escarmentada por el artículo de *Vanity Fair* que comenzó a alentar solicitudes de entrevista por parte de periodistas solidarizados con su causa. Jonathan Poneman de Sub Pop recibió el encargo de *Spin* de escribir un reportaje sobre ellos; el texto, que tituló «Valores de familia», retrataba a la pareja como unos padres cariñosos y excesivamente protectores. «Sabíamos que podíamos darle [a Frances] lo que nosotros no habíamos tenido -explicó Courtney a Poneman-, lealtad, compasión y apoyo. Sabíamos que podíamos darle un hogar de verdad y mimarla a más no poder.»[4] Pero más efectivas que el artículo resultaron las fotografías que lo acompañaban de Kurt y Courtney jugando con la niña. Las imágenes ponían de manifiesto que formaban una familia de un atractivo extraordinario, y que Frances era una criatura hermosa a la que se veía sana y bien cuidada.

Durante el mes de octubre Kurt se pasó horas obsesionado con la redacción de los textos para las carátulas de *Incesticide*, un álbum de rarezas cuyo lanzamiento se anunció para antes de Navidad;

asimismo, diseñó la portada del disco con un bebé aferrado a un padre extraterrestre que contemplaba un campo de amapolas. Escribió como mínimo una veintena de borradores para los textos de las carátulas, y se valió de aquel foro para cerrar la puerta de golpe a la que percibía como una lista creciente de enemigos. En uno de aquellos borradores Kurt ponía en duda la imagen que se tenía de él como un ser controlado por los demás: «Un gran "que os jodan" para todos aquellos que tienen el descaro de afirmar que soy tan ingenuo y tonto que permitiría que se aprovecharan de mí y que me manipularan».

Aquel mes de octubre los managers de Kurt le sugirieron que contemplara la idea de publicar una biografía autorizada, con la que podría acallar los irrefutables supuestos de la prensa. Kurt aceptó la propuesta, convencido de que si contaba la historia de su vida -por mucho que resultara polémica- retomaría el control de la situación. Gold Mountain habló con Michael Azerrad, quien en octubre comenzó a trabajar en un libro realizado en colaboración con Kurt. Kurt llegó a crear un óleo para la portada, que al final no se utilizó. Aquel otoño se entrevistó en varias ocasiones con Azerrad, y aunque casi siempre contaba la verdad, como en su entrevista con Hilburn, en muchos casos dirigía al escritor a un punto de luz menor para pasar por alto un oscuro paisaje de mayores dimensiones. De hecho, el libro de Azerrad recogía el reconocimiento sincero por parte de Kurt de sus problemas con las drogas, si bien el alcance de su drogadicción se veía minimizado. Cuando Kurt leyó el manuscrito final, solo corrigió dos datos, pero dejó como estaban muchas de las leyendas que había inventado en torno a su figura, desde la historia de las armas que fueron a parar al río hasta el relato de sus días debajo de un puente.

La segunda semana de noviembre Kurt realizó una sesión fotográfica para la portada del siguiente número de *Monk* en su edición de Seattle. Acudió solo al estudio de Charlie Hoselton y, a diferencia de la mayoría de las sesiones fotográficas a las que había asistido, se mostró completamente servicial. «Este es el trato -anunció Kurt a Hoselton-, me quedaré el tiempo que haga falta, haré lo que quieras, pero a cambio solo te pido dos cosas: que apagues el teléfono y que no abras la puerta si alguien llama.» Courtney ya había llamado cinco veces al

estudio preguntando por él. Los editores de *Monk* convencieron a Kurt para que se vistiera de leñador y posara con una sierra mecánica. En un momento dado de la sesión. Kurt se aventuró a salir al exterior, y cuando Hoselton le pidió que posara frente a la máquina de café, Kurt tuvo una idea mejor: apartó al camarero y se preparó un exprés.

Un mes después, cuando Kurt realizó una entrevista con *The Advocate*, una revista homosexual de publicación mensual, el periodista Kevin Allman halló a la pareja envuelta en un clima sorprendentemente hogareño, pues Courtney se disponía a sacar a Frances a la calle en cochecito para dar una vuelta. Cuando Allman comentó que no tenían nada que ver con Sid y Nancy, Kurt contestó: «Me sorprende que a estas alturas de la historia del rock and roll la gente siga esperando que sus ídolos vivan según esos arquetipos clásicos del rock, como Sid y Nancy. Suponer que somos iguales porque durante un tiempo nos metimos heroína... Resulta ofensivo que esperen de nosotros que seamos así».[5] Se trató de una entrevista de gran alcance en la que Kurt quiso seguir el juego a los lectores gays de la revista. Tergiversó ligeramente la verdad al afirmar que había sido arrestado por realizar pintadas con proclamas homosexuales en Aberdeen, y manifestó su apoyo a los derechos de este grupo. Rememoró el altercado con Axl Rose en la entrega de premios de la MTV, aunque la exageró un tanto asegurando que Rose iba acompañado de un séquito de «cincuenta guardaespaldas enormes, un hatajo de zoquetes gigantescos preparados para matar». Cuando salió a colación el tema de la heroína, Kurt reconoció haber tenido problemas en su día con dicha droga, pero explicó que los rumores sobre él persistían debido a «mi extrema delgadez. Todo el mundo piensa que hemos vuelto a caer en las drogas incluso los que trabajan con nosotros. Supongo que tendré que acostumbrarme a ello el resto de mi vida».

Kurt reconoció que el año anterior había sido su etapa menos prolífica. Al menos se dedicó a la lectura, según alegó, releyendo libros como *El perfume* de Patrick Suskind; asimismo, declaró ser un admirador de la obra de Camille Paglia, una de las muchas influencias que debía a Courtney. Kurt habló de pintura, y afirmó que su principal

forma de expresión artística en los últimos tiempos se basaba en la creación de muñecas. «Las copio de coleccionables de muñecas -explicó-. Las hago de barro. Una vez horneadas, les doy un aspecto envejecido y luego las visto con atuendos de época.» Cuando se le pidió que dijera unas palabras finales, respondió con una frase que no parecía propia de una persona de veinticinco años: «No tengo derecho a juzgar nada».

A mediados de noviembre el tribunal de Los Ángeles relajó las restricciones impuestas a la familia Cobain, y Jamie, la hermana de Courtney, se marchó. Durante los tres meses que veló por la tutela de Frances, Jamie se reveló como una tutora estricta, pues rara vez permitió a Kurt y Courtney acercarse a su hija sin la supervisión de otro adulto. Tras la marcha de Jamie, Jackie siguió imponiendo sus reglas, protegiendo a la niña de sus padres cuando estos se drogaban. Jackie se encargaba en gran medida de la higiene y alimentación de la pequeña, si bien a menudo la dejaba con sus padres, y un biberón entero, cuando había que acostarla. «Había veces que Kurt decía "Me muero por verla" -recordaba Farry-. Y yo se la llevaba, pero al ver que Kurt no podía con ella se la quitaba porque no hacía más que quedarse dormido.» Sin embargo, cuando Kurt y Courtney no tomaban nada se desvivían por su hija.

Durante los últimos meses de 1992 Kurt terminó muchos de los temas concebidos para su nuevo disco -al que seguía titulando *I Hate Myself and I Want to Die* (Me odio y quiero morir)- el cual versaba en gran parte sobre su familia, la vieja y la nueva. El recuerdo de la última vez que había visto a su padre le obsesionaba, y Don se convirtió en un personaje central de su período compositivo más reciente. En «Serve the Servants» (Servir a los sirvientes) Kurt escribió su letra más autobiográfica, la cual comenzaba con una alusión directa al tema central de *Nevermind:* «Teenage angst has paid of well / Now I'm bored and old» (La angustia adolescente ha merecido la pena / Ahora estoy aburrido y viejo). La letra incluía, asimismo, pullas dirigidas a sus críticos -«self-appointed judges judge» (jueces autodesignados

juzgan)- y al trato que había recibido Courtney por parte de la prensa -«if she floats, then she is not a witch» (si flota, no es una bruja)-. Pero la canción giraba en gran parte en torno a la figura de Don, con la infame frase: «I tried hard to have a father / But instead I had a dad» (Me esforcé en tener un padre / Pero en su lugar tuve un papá). En el estribillo, Kurt restaba importancia al hecho más relevante de su vida: «That legendary divorce is such a bore» (Ese legendario divorcio es un coñazo). Cuando Kurt tocaba la canción en directo, entonaba aquella frase como si sobrara, pero en el primer borrador de la letra la escribió el doble de grande y la subrayó tres veces.

Aunque sobraban las explicaciones, Kurt redactó un extenso texto para la carátula de dicho tema. «Supongo que esta canción está dedicada a mi padre -escribió-, que es incapaz de comunicarse en el plano de afecto que yo siempre he esperado. A mi modo, decidí hacer saber a mi padre que no le odio. Simplemente no tengo nada que decirle, y no necesito una relación paternofilial con una persona con la que no deseo pasar unas navidades aburridas. En otras palabras: te quiero. No te odio. No quiero hablar contigo.» Tras escribir esto, Kurt lo pensó mejor y tachó el párrafo entero.

En la primavera del año siguiente Kurt escribiría también una carta a Don, que nunca le envió, en la que reflexionaba sobre cómo Frances le había cambiado la vida:

> Hace siete meses decidí meterme en una situación que exige el máximo grado de responsabilidad que puede tener una persona. Una responsabilidad que no debería asumirse por imposición. Cada vez que veo un programa de televisión con imágenes de niños moribundos o el testimonio de un padre que ha perdido recientemente a un hijo suyo no consigo contener las lágrimas. La idea de perder a mi hija me persigue día tras día. Hasta me pone un poco nervioso llevarla en el coche por miedo a tener un accidente. Juro que si alguna vez me veo en una situación similar a la tuya (con lo del divorcio), lucharé hasta la muerte por conservar el derecho a mantener a mi hija Haré lo indecible por recordarle que la quiero más que a mí mismo. No porque sea mi deber como padre, sino porque así lo deseo por el amor que siento por ella. Y si Courtney y yo acabamos odiándonos a muerte, seremos lo

bastante adultos y responsables como para tratarnos con amabilidad en presencia de nuestra hija. Sé que durante años has pensado que mi madre nos ha lavado el cerebro a Kim y a mí para que te odiemos. No sé qué hacer para recalcar que eso es totalmente falso, y creo que es una excusa muy pobre para justificar tu falta de empeño en intentar ejercer tus deberes como padre. No recuerdo a mi madre hablando mal de ti ni una sola vez hasta al cabo de mucho tiempo, coincidiendo con mis dos últimos años de instituto. Una época en la que yo ya me daba cuenta de lo que había sin necesidad de que mi madre me dijera nada. Aun así ella percibía mi desprecio por ti y tu familia, y agitaba mis sentimientos en ese sentido aprovechando la oportunidad para descargar sus frustraciones contra ti. Las veces que me ha hablado mal de ti yo le he dado a entender que no me gusta y que me parece del todo innecesario. Nunca me he puesto de tu parte ni de parte de mi madre, porque a medida que me hacía mayor sentía el mismo desprecio por ambos.

Más revelador incluso era un collage que Kurt creó en su diario, pegando una foto de Don sacada de un anuario junto a otra de su A&R, Gary Gersh. Encima de la foto de Don escribió «Mi antiguo papá», con la siguiente leyenda: «Me obligó a empeñar mi primera guitarra. Se empeñó en que practicara deportes». Sobre la de Gersh puso «Mi nuevo papá», sin incluir descripción alguna. Debajo del collage pegó varias fotos sacadas de viejos libros de texto de medicina de cuerpos deformes, un apartado que tituló: «Los numerosos estados de ánimo de Kurdt Kobain». Bajo la etiqueta «infantil» puso la imagen de un retrasado mental, el título de «borracho» lo ilustró con un individuo que se orinaba encima, en la imagen de un hombre escuálido escribió «chulo» y en el caso del único sujeto normal alteró la camiseta que llevaba poniendo «Bratmobile» y dibujando una jeringuilla, y a pie de foto escribió «descarado».

Kurt y Courtney acabaron 1992 en Seattle viendo a los Supersuckers en un concierto de Nochevieja celebrado en la sala RKCNDY. Más

tarde, en una fiesta, Kurt se encontró con Jeff Holmes, un promotor local. Se pusieron a hablar de música y, cuando salió a colación el nombre de Meat Puppets, Holmes le comentó que conocía al grupo. Holmes telefoneó a Curt Kirkwood y le pasó el auricular a Kurt. Aquel gesto marcaría el comienzo de una amistad entre los Meat Puppets y Nirvana que acabaría desembocando en un proyecto conjunto.

Con la llegada del fin de año, Kurt y Courtney confeccionaron una lista de personas a las que por una razón u otra deseaban enviar una tarjeta de Navidad. Entre ellas se hallaban los sospechosos habituales y unos cuantos destinatarios insospechados, a saber, Eddie Vedder, Axl Rose y Joe Strummer. Courtney sugirió que junto al nombre de Strummer escribieran «Gracias por incitar a tu amiga Lynn Hirschberg en contra nuestra, es un puto encanto y sincera como ella sola. Salúdala de nuestra parte, ¿quieres?». La tarjeta que remitieron a Susan Silver, manager de Soundgarden, iba dirigida a «nuestra fuente interna favorita», dado que creían –erróneamente- que era Silver quien había dado origen a las citas de *Vanity Fair*.

En aquella lista navideña incluyeron asimismo a dos personas que la pareja tenía en muy alta estima: el doctor Paul Crane, que había asistido en el parto de Frances, y el doctor Robert Fremont. De hecho, según la contabilidad que llevaba Gold Mountain por encargo de Kurt, los gastos médicos de los Cobain ascendían a 75.932,08 dólares para el período comprendido entre el 1 de enero y el 31 de agosto de 1992. Casi la mitad de aquel monto fue a parar a los médicos que trataban los problemas de drogodependencia de la pareja, con una suma de veinticuatro mil dólares destinada únicamente al doctor Michael Horowitz, a quien Courtney demandaría posteriormente culpándole de poner su historial médico a disposición de la prensa. El doctor Fremont cobró ocho mil dólares por los tratamientos y la buprenorfina que les administró. Unas cuantas facturas pertenecían a un período anterior a la fase de rehabilitación y correspondían a los honorarios de los médicos tipo «doctor Feelgood» que les habían recetado

narcóticos. Aunque al final Kurt estuviera ganando una fortuna con *Nevermind* (las ventas totales habían alcanzado los ocho millones de copias), aquellos gastos médicos ponían de manifiesto lo mucho que habían invertido durante 1992 en sus problemas de salud.

Kurt reveló más detalles de su economía doméstica en la entrevista concedida a *The Advocate;* según sus declaraciones, en 1992 ganó más de un millón de dólares, «de los cuales trescientos ochenta mil dólares fueron recaudados por Hacienda, trescientos mil dólares se destinaron a la compra de la casa de Carnation y el resto fue a parar a médicos y abogados. Solo nos quedaron ochenta mil dólares para gastos personales, incluyendo alquiler de vehículos, comida y todo lo demás, lo cual no es mucho; desde luego no es lo que gasta Axl al año».[6] Los costes judiciales que los Cobain acumularon aquel año ascendían a doscientos mil dólares. Aunque los ingresos de Kurt habían experimentado un aumento espectacular con respecto a los del año anterior, el dinero se le iba de las manos tan pronto como lo ganaba.

Dos semanas antes de Navidad salió a la venta *Incesticide,* una colección de rarezas y caras B de Nirvana. El disco entró en el número 51 de la lista de éxitos *Billboard,* un logro considerable teniendo en cuenta que no se trataba de material nuevo. En menos de dos meses consiguió vender medio millón de copias sin campañas ni giras promocionales a gran escala.

Las únicas citas que Nirvana tuvo con los escenarios durante el mes de enero fueron dos conciertos multitudinarios celebrados en Brasil, que reportaron al grupo pingües ingresos. El concierto del 16 de enero en Sao Paulo reunió a la mayor concurrencia ante la que se había visto Nirvana en toda su carrera, ciento diez mil personas, y tanto el personal a su servicio como la propia banda lo recordaban como la peor actuación de toda su historia. El grupo llevaba tiempo sin ensayar y Kurt estaba nervioso; para acabar de empeorar las cosas,

había mezclado pastillas con alcohol, por lo que le costó dar un acorde a derechas.

El repertorio incluyó más versiones que canciones propias. Tocaron «Seasons in the Sun» de Terryjacks, «Kids in America» de Kim Wilde y «Should I Stay or Should I Go» de los Clash, además de «Rio» de Duran Duran. En el caso de una versión de «We Will Rock You» de Queen, Kurt cambió la letra por «We Will Fuck You» (Te joderemos). A los treinta minutos de concierto, Krist le lanzó el bajo a Kurt y se fue del escenario hecho una furia. «Era como una comedia de errores -recordaba el técnico de guitarra Earnie Bailey-. La gente empezó a tirarles fruta, en ese gesto típico de vodevil. Nos preguntamos si lograríamos salir de allí sin que volcaran la furgoneta.» Al final el equipo dio con Krist y le obligó a subir de nuevo al escenario a empujones; si el grupo no tocaba los cuarenta y cinco minutos de rigor, no cumplirían con el contrato, lo que significaba que no les pagarían. Pero tal como se desarrollaron los acontecimientos, ni siquiera la astronómica cifra que tenían estipulado cobrar serviría para cubrir los costes del equipo que destruyó el grupo. Krist calificaría posteriormente aquel concierto de «colapso mental», mientras que una revista brasileña no se mostró tan indulgente: «No tenían nada que ver con los verdaderos Nirvana; en su lugar, solo había un Cobain deprimente haciendo ruido con la guitarra».

Kurt estaba deprimido y había estado al borde del suicidio aquella semana. El grupo tenía una semana por delante antes del siguiente concierto en Río, tiempo que según el plan original dedicarían a trabajar en el inminente álbum. Pero cuando llegaron al hotel donde se hospedaban en Río, un elevado edificio de numerosas plantas, Kurt amenazó con tirarse al vacío tras mantener una discusión con Courtney. «Pensé que iba a tirarse por la ventana», recordaba Jeff Mason. Al final Masón y Alex MacLeod se lo llevaron de allí para alojarlo en otro hotel. «Fuimos registrándolo de hotel en hotel, pero no pudimos dejarlo en ninguno de ellos porque en cuanto entrábamos en una habitación, veíamos que había balcón y que Kurt lo tendría fácil

para saltar», explicaría Mason. Al final MacLeod dio con una habitación situada en un primer piso, una tarea nada fácil en Río. Mientras el resto del grupo durmió en un lujoso hotel de gran altura, Kurt permaneció en una pensión de mala muerte de una sola planta.

El abatimiento de Kurt se debía en gran parte al síndrome de abstinencia. Cuando iban de gira, la atenta mirada del grupo y de todo el equipo se posaba sobre él, lo que le impedía escapar para conseguir droga, al menos sin sentirse avergonzado. Incluso cuando conseguía eludir tan estricta vigilancia, uno de sus mayores temores era que le arrestaran comprando drogas y que acabara saliendo en los periódicos. Una comidilla habitual entre los críticos de rock se fundamentaba en sus problemas con las drogas, algo que siempre podía negar cuando no optaba por reconocer -como venía haciendo en las entrevistas que concedía en los últimos tiempos- que las había consumido por puro entretenimiento en el pasado. Pero, si lo detenían, no podría inventar ningún desmentido capaz de reducir los efectos de un arresto. Para aliviar el mono de heroína recurría a cualquier tipo de estupefaciente que pudiera encontrar, ya fueran pastillas o alcohol, aunque esta era una fórmula mucho menos fiable que cualquier otra.

La noche que pasó en el hotel de una sola planta pareció surtir efecto, y Kurt se presentó en el estudio al día siguiente con energías renovadas y ganas de trabajar. Kurt tocó la primera versión existente de «Heart-Shaped Box», un tema fruto de una colaboración con Courtney. Pese al estado anímico en el que se encontraba Kurt al principio del viaje, en cuanto comenzó a grabar salió de su melancolía. «Hubo momentos muy positivos desde el punto de vista musical», observaría Mason. Durante las pausas que Nirvana realizaba entre canción y canción, Courtney y la nueva batería de Hole, Patti Schemel, se dedicaban a trabajar en algunos de los temas de Love.

Su viaje por Brasil finalizó con otro concierto multitudinario celebrado el 23 de enero en el estadio Apoetose de Río. El grupo se mostró en aquella ocasión mucho más profesional que en Sao Paulo, y

tocó en primicia «Heart-Shaped Box» y «Scentless Apprentice», que dado el formato que tenía entonces se prolongó durante diecisiete minutos. En el avión de regreso a Seattle en el que viajaron al día siguiente, Kurt y el resto de la banda recuperaron ya el optimismo con vistas a las sesiones de grabación para el álbum que tenían previsto sacar en breve.

20

ATAÚD EN FORMA DE CORAZÓN

SEATTLE, WASHINGTON
ENERO DE 1993 - AGOSTO DE 1993

Llevo semanas enterrado en un ataúd en forma de corazón.
- Una versión inicial de «Heart-Shaped Box».

La frase «Me odio y quiero morir» llevaba un tiempo danzando por el repertorio verbal y escrito de Kurt Cobain. Al igual que muchas de sus letras, o de las ocurrencias que lanzaba cuando le entrevistaban, antes de hacerla pública la había vertido multitud de veces en su diario a modo de prueba. La frase apareció por primera vez en sus escritos a mediados de 1992, en una lista de pareados con rima, y aunque no se le ocurrió ningún otro verso que rimara con ella la rodeó con un círculo cual científico que hubiera dado con una fórmula revolucionaria. Por aquel entonces la tenía en la cabeza a todas horas, y ante entrevistadores y amigos anunció que sería el título de su nuevo disco, reflejando un humor negro en el mejor de los casos.

Lo que no tenía nada de divertido eran las expresiones de odio a sí mismo que surgían sin cesar en sus diarios, incluyendo un poema que tenía reminiscencias de las pintadas de su niñez: «Te odio. Les odio. Pero por encima de todo me odio a mí mismo». En otra frase del estilo de Jack Kerouac propia de aquel período, Kurt describió sus dolores de estómago como si de una maldición se tratara: «He vomitado sin parar hasta que el estómago se me ha vuelto literalmente del revés para mostrarte los nervios finos como cabellos que he mantenido y criado como si fueran hijos míos, decorándolos y macerándolos uno a uno como si Dios me hubiera follado e inseminado estos pequeños y preciados huevos. Y los exhibo por doquier pavoneándome como si

fuese una victoria y un motivo de orgullo maternal, como una puta liberada de los deberes de la tortura y la violación reiteradas y ascendida a un trabajo más digno, el de la prostitución simple y llana de toda la vida». El comentario de «como si Dios me hubiera follado» aparecía con frecuencia, y lejos de evocarla con fines jocosos, Kurt se servía de dicha imagen para explicar su padecimiento físico y emocional.

Solo después de que Krist le hiciera ver que Nirvana corría el riesgo de tener que enfrentarse a una demanda judicial por emplear «I Hate Myself and I Want to Die» como título, Kurt contempló otras posibilidades. Al principio decidió cambiar el título por «Verse, Chorus, Verse» (Verso, estribillo, verso) para decantarse filialmente por «In Utero» (En útero), una expresión sacada de un poema de Courtney.

Muchos de los temas que Kurt había compuesto en 1992 se vieron influidos por su matrimonio. «We feed off each other» (Nos nutrimos el uno del otro), escribió en «Milk It» (Ordéñalo)**,** una frase que resumía la unión creativa y emocional entre ambos. Como suele ocurrir cuando dos artistas contraen matrimonio, empezaron a pensar igual, a compartir ideas y a hacer de editor del otro. Asimismo, compartían un diario, en el que Kurt escribía una sola frase, a la que Courtney añadía un pareado. El leía los escritos de ella, y ella los de él, y cada uno se veía influido por las reflexiones del otro. Courtney era una letrista más tradicional, dada a un estilo más encorsetado y menos tenebroso, y su sensibilidad moldeó en gran medida la letra final de «Heart-Shaped Box» y «Pennyroyal Tea» entre otras canciones. Courtney hizo de Kurt un compositor más esmerado, y no es casualidad que estos se revelen como dos de los temas más logrados de Nirvana, pues Kurt puso más atención en su creación que en el álbum entero de *Nevermind.*

Pero el papel más importante que desarrollaría Courtney en las nuevas canciones de Kurt fue el de personaje; al igual que *Nevermind* giraba principalmente en torno a la figura de Tobi.

In Útero se inspiró en Don, Courtney y Frances. «Heart-Shaped Box» aludía naturalmente a la caja de seda y encaje que Courtney le regaló

cuando se conocieron, pero el verso «forever in debt to your priceless advice» (eternamente en deuda con tu inestimable consejo) procedía de una nota que Kurt remitió a Courtney. «Te estoy eternamente agradecido por tus inestimables opiniones y consejos», escribió textualmente Kurt, sonando más sincero en la nota que al cantar la letra. El álbum fue su regalo para Courtney, con el que le devolvía una «caja en forma de corazón», aunque en un formato musical. No obstante, no se trataba del típico regalo de San Valentín; la canción de «Heart-Shaped Box» pasó por varios borradores antes de llegar a su versión final, y Kurt la tituló en un principio «Heart-Shaped Coffin» (Ataúd en forma de corazón), incluyendo la frase «I am buried in a heart-shaped coffin for weeks» (Llevo semanas enterrado en un ataúd en forma de corazón). Courtney le advirtió que se trataba de una imagen un tanto siniestra. Sin embargo, tanto Kurt como Courtney alimentaban una relación donde incitaban al otro a rebasar los límites, y el riesgo artístico de aquellos temas nuevos fue motivo de orgullo tanto para ella como para él.

Antes de entrar en el estudio, Kurt contaba con una lista de dieciocho canciones, de las cuales doce acabaron integrando el álbum final, aunque con cambios sustanciales en los títulos. El tema conocido como «Radio Friendly Unit Shifter» (Conmutador de unidades de radio amistosas) cobró vida bajo el título de «Nine Month Media Blackout» (Nueve meses de bloqueo mediático), en respuesta apenas velada al artículo de *Vanity Fair*. «All Apologies» (Todo disculpas) se llamó en un principio «La, La, La... La», mientras que «Moist Vigina» (Vigina húmeda), una cara B, se creó con un nombre mucho más largo y descriptivo: «Moist vagina, and then she blew him like he's neven been blown, brains stuck all over the wall» (Vagina húmeda, y entonces ella le hizo volar como él nunca había volado antes, con los sesos esparcidos por toda la pared).

El grupo viajó en avión a Minnesota el día de San Valentín para iniciar la grabación del nuevo álbum. Con la mira puesta en un sonido puro y despojado de artificio, decidieron contratar a Steve Albini como productor; Kurt deseaba que el producto final se alejara lo más posible de *Nevermind*. Albini había formado parte de la influyente

banda de punk Big Black, y ya en 1987 Kurt se había desplazado hasta la planta de vapor de Seattle para presenciar la última actuación de Big Black. Siendo un adolescente, Kurt idolatraba a Albini, aunque ya de adulto mantendría con él a lo sumo una relación laboral. Albini se llevaba bien con el resto del grupo, pero posteriormente calificó a Courtney de «golfa psicópata». A lo que ella contestó que la única forma de conseguir que él la viera atractiva sería «si fuera de la Costa Este, tocara el violonchelo, luciera unas tetas grandes y unos pendientes de aro pequeños, llevara jerséis negros de cuello alto, tuviera un juego de maletas completo y no dijera ni una palabra».

Gold Mountain había optado por Pachyderm Studios, situados en Cannon Falls, Minnesota, pensando que el entorno rural reduciría las distracciones. Y así fue: después de seis días de sesiones, el 20 de febrero -el vigésimo sexto cumpleaños de Kurt-, el grupo acabó de grabar la base de todos los temas. Cuando no trabajaban, aprovechaban para hacer bromas pesadas por teléfono a Eddie Vedder y visitar Minneapolis, a una hora de distancia. Allí Kurt se dirigió a Mall of America, el centro comercial más grande del país, en busca de réplicas anatómicas en plástico de «el hombre transparente», su última obsesión de coleccionista. Cuando la grabación del disco llegó a su fin, al cabo tan solo de doce días de trabajo, el grupo lo celebró prendiéndose fuego a los pantalones. «Estábamos escuchando las mezclas finales -explicaría Pat Whalen, un amigo que se dejó caer por el estudio-. Y de repente todo el mundo se echó disolvente en los pantalones y los encendieron, pasándose la llama de pernera en pernera y de unos a otros.» Esto lo hicieron con los pantalones puestos, de modo que, para no quemarse, tuvieron que remojarse los unos a los otros con cerveza en cuanto notaron el contacto del fuego con las piernas.

El nuevo álbum se grabó en la mitad de tiempo que *Nevermind*. «Las cosas iban a mejor -recordaba Krist-. Dejamos fuera todas las rencillas personales. Y fue un triunfo; es mi disco preferido de Nirvana.» La opinión de Novoselic era compartida por muchos críticos, así como por Kurt, quien lo consideraba mejor trabajo. En un primer momento, Kurt veía «Pennyroval Tea» como el primer single,

dado que conjugaba un riff beatleliano con el ritmo lento / rápido que Nirvana lograba clavar. El título hacía referencia a unas hierbas empleadas como remedio abortivo. Si bien la letra de Courtney había dado forma a la melodía, la canción terminaba con una descripción real fruto de las dolencias estomacales de Kurt: «I'm on warm milk and laxatives, cherry-flavored antacids» (Estoy a leche caliente y laxantes, antiácidos sabor cereza).

In Utero incluía asimismo temas rockeros de ritmo más acelerado, pero incluso estos estaban dotados de profundidad lírica. «Very Ape» (Muy simio) y «Radio Friendly Unit Shifter» presentaban la clase de riffs contundentes que sonaban en las pausas de tres segundos de un partido de baloncesto, pero tenían unas letras lo bastante enrevesadas como para inspirar trabajos de fin de curso y debates por Internet. «Milk It» era un trallazo punk-rockero que el grupo se sacó de encima en una sola toma, si bien Kurt tardó días en ajustar la letra. Los versos «Her milk is my shit / My shit is her milk» (Su leche es mi mierda / Mi mierda es su leche) expresaban su intrincada forma de relacionar su persona con la de su esposa. En dicho tema insinuaba también su terapia de rehabilitación -«your scent is still here in my place of recovery» (tu aroma sigue aún aquí en mi lugar de recuperación)-, además de retomar una frase que rondaba en su cabeza para varias canciones desde el instituto: «Look, on the bright side is suicide» (Mira, por el lado bueno está el suicidio). En el texto que escribió para la carátula de «Dumb» (Tonto) y que al final no se empleó, Kurt describió su caída en la drogadicción: «Toda aquella maría. Todos aquellos porros teóricamente inocuos y seguros, incapaces de crear adicción, que me destrozaron los nervios, me echaron a perder la memoria y me provocaron el deseo de hacer volar el instituto por los aires el día del baile de fin de curso. Nunca me parecía lo bastante fuerte, por eso fui subiendo peldaños hasta llegar al jaco».

Pero ninguna canción del álbum podía compararse con «Heart-Shaped Box». «I wish I could eat your cancer when you turn black» (Ojalá pudiera comerme tu cáncer cuando te ennegrezcas) se convertiría en el modo más retorcido jamás empleado por un cantautor en la historia del pop para decir «Te quiero». Con la frase «Throw

down your umbilical noose, so I can climb right back» (Arroja tu soga umbilical para que pueda volver a ascender), Kurt concluía su tema más transcendente con una súplica dirigida quizá a Courtney o a su madre, partiendo de su hija o de sí mismo, o lo que es más probable, dirigida a su Dios. La explicación que ofrecía en sus textos inéditos concebidos para las carátulas del nuevo álbum no tenía consistencia alguna (la tachó casi toda), pero mencionaba de pasada *El mago de Oz, Yo, Claudio,* a Leonardo da Vinci, los caballitos de mar (que llevan a sus crías), el racismo en el Viejo Oeste y a Camille Paglia. Como toda obra de arte en mayúsculas, «Heart-Shaped Box» escapaba a cualquier categorización simplista y ofrecía numerosas interpretaciones al oyente, tantas cuando menos como al parecer brindaba a su autor.

El significado que entrañaba «Heart-Shaped Box» para Kurt se deduce mejor a partir del planteamiento que escribió para el videoclip de la canción. Kurt imaginó de protagonista del mismo a William S. Burroughs, a quien escribió para rogarle que apareciera en el vídeo. «Soy consciente de que los rumores publicados en la prensa con respecto a mi presunta drogadicción podrían hacerle pensar que dicha petición responde a un deseo de establecer un paralelismo entre nuestras vidas -escribió-. Sin embargo, le aseguro que no es este el caso.» Aun así, nunca quedaron del todo claras las intenciones exactas de Kurt al solicitar la participación del escritor; en su intento de persuadir a Burroughs para lograr su colaboración, Kurt propuso ensombrecer el rostro del escritor, para que nadie salvo él se percatara del carneo. Burroughs declinó la invitación.

Tanto el álbum de *In Utero* como el vídeo de «Heart-Shaped Box» se caracterizaban por un imaginario obsesionado con el nacimiento, la muerte, la sexualidad, la enfermedad y la adicción. Se realizaron varias versiones del vídeo, lo que desencadenó una batalla por determinar al autor de las ideas originales a raíz de la cual se produjo la división entre Kurt y el director del vídeo Kevin Kerslake, quien se apresuró a demandar a Kurt y Nirvana; Anton Corbijn se encargó de llevar a cabo la edición final, la cual incluyó tomas de la colección de muñecas cada vez más nutrida de Kurt. El vídeo publicado se centraba

en la figura de un Jesús ya mayor, con aspecto de yonqui y ataviado de Papa, luciendo un gorro de Santa Claus mientras lo crucifican en un campo de amapolas. Un feto cuelga de un árbol, y reaparece metido en una bolsa de suero que sirve de alimento a Jesús, que ha sido trasladado a una habitación de hospital. Krist, Dave y Kurt salen también en una habitación de hospital a la espera de que Jesús se recupere. Aparece un corazón gigantesco con un crucigrama en su interior, así como una niña aria, cuyo capirote blanco del Ku Klux Klan se vuelve negro. Y a lo largo de la sucesión de imágenes, el rostro de Kurt no deja de irrumpir esporádicamente en primer plano. Se trata de un vídeo absolutamente llamativo, y tanto más sorprendente cuanto que Kurt comentó en privado a sus amigos que muchas de aquellas imágenes las había sacado de sus sueños.

La primera semana de marzo Kurt y Courtney se trasladaron a una casa de dos mil dólares al mes situada en el 11.301 de la avenida Lakeside Nordeste de Seattle. Era una vivienda moderna de tres plantas que dominaba el lago Washington, con vistas al monte Rainier y las montañas Cascade. Se trataba además de una construcción de proporciones descomunales y, con sus más de quinientos cincuenta metros cuadrados útiles, ocupaba más espacio que todas las casas juntas que había tenido Kurt. Sin embargo, los Cobain no tardaron en llenar su nuevo hogar: una sala entera se convirtió en el taller de pintura de Kurt, varios cuartos se destinaron para invitados y niñeras y los galardones de la MTV concedidos a Kurt pasaron a decorar el baño del segundo piso. En el garaje con cabida para dos vehículos, junto al Valiant de Kurt, tenían además un Volvo 240DK gris del 86, que Kurt calificaba con orgullo ante sus amigos como el coche familiar más seguro de la historia del automóvil.

Poco después de la mudanza se llegó finalmente a una resolución con respecto a la causa que Kurt y Courtney tenían pendiente con el Departamento de Servicios del Menor. Aunque los Cobain habían cumplido en un principio con lo decretado por el tribunal, seguían temiendo que les pudieran arrebatar a Frances. El traslado a Seattle

fue un movimiento estratégico dentro de la partida de ajedrez que libraban con la justicia; Courtney sabía que la ley uniforme dictada por el Convenio Interestatal impedía a un juez de Los Angeles ejercer su control sobre ellos en Seattle. Una asistente social de Los Angeles llamada Mary Broun se trasladó a Seattle a principios de marzo para analizar la situación de Frances en su nuevo hogar. Cuando Brown recomendó que se diera carpetazo al caso, las autoridades competentes acabaron por aceptar su decisión. «Kurt estaba eufórico», recordaba el abogado Neal Hersh. El 25 de marzo, justo una semana después de que se cumpliera el séptimo mes de vida de Frances, la pequeña fue devuelta legalmente a la custodia sin vigilancia de sus padres. La devolución de la menor tuvo un precio durante todo el proceso, sus padres se gastaron más de doscientos cuarenta mil dólares en concepto de costas judiciales.

Frances había permanecido con sus padres a lo largo de toda la investigación, si bien nunca había faltado la presencia de Jamie o Jackie según lo estipulado por el tribunal. Jackie les había servido de salvavidas en su condición de niñera, pero a principios de 1993 se hallaba agotada. Durante el desempeño de su cometido solo había librado unos cuantos días, aunque en la nueva casa había logrado imponer unos criterios más estrictos en lo concerniente a sus obligaciones. Farry insistió en que cuando Frances se despertara en mitad de la noche sus padres se hicieran cargo de ella hasta las siete de la mañana. No obstante, Farry había pasado a atender numerosas llamadas de la discográfica que Kurt deseaba eludir: «La gente telefoneaba diciendo "¿Puedes decirle a Kurt que me llame?". Y yo respondía "Ya se lo diré", a sabiendas de que él no les llamaría. Kurt no quería enfrentarse a lo que le imponía la vida que llevaba. Lo único que quería era estar con Courtney y no saber nada del mundo.» Farry anunció que se marcharía en abril.

Jackie entrevistó a numerosas niñeras profesionales como posibles sustitutas, pero era evidente que la mayoría no estaban preparadas para adaptarse a los altibajos reinantes en el hogar de los Cobain. «Me preguntaban, por ejemplo, "¿A qué hora come la niña?" -recordaba Farry-, y yo tenía que decirles que las cosas no funcionaban

exactamente como en sus casas.» Al final Courtney decidió contratar de niñera a Michael «Cali» DeWitt, un roadie de Hole de veinte años. A pesar de su juventud, Cali se reveló como un excelente cuidador para Frances, que enseguida estableció lazos afectivos con él. Los Cobain contrataron además a tiempo parcial a Ingrid Bernstein, la madre de Nils Bernstein, un amigo de la pareja.

Abril de 1993 fue un mes ajetreado tanto para Hole como para Nirvana. Hole sacó a la venta «Beautiful Son», un tema de Courtney inspirado en Kurt, de quien utilizó una fotografía de su niñez como imagen de portada. Nirvana, por su parte, se trasladó al Cow Palace de San Francisco para ofrecer un concierto benéfico en apoyo a las víctimas de actos de violación en Bosnia, una cuestión con la que Novoselic estaba especialmente sensibilizado dado su origen étnico. Se trataba de la primera actuación de Nirvana en Estados Unidos en seis meses, ocasión que aprovecharon para mostrar su inminente álbum, tocando ocho de las doce canciones incluidas en *In Utero,* la mayoría de ellas en primicia. Kurt decidió variar su posición habitual encima del escenario, colocándose a la derecha en vez de a la izquierda, en un gesto con el que parecía querer rediseñar el espectáculo que ofrecía el grupo. El cambio surtió efecto, y los fans del hardcore congregados en aquel estadio la calificaron como una de las mejores actuaciones en vivo de la banda.

Aunque la grabación de *In Ulero* ya se había realizado, el álbum todavía no se había publicado, y la disputa que se originó en abril en torno a su producción empañó todas las actividades que el grupo llevó a cabo durante aquella primavera. La banda había recurrido a los servicios de Albini porque deseaban un sonido más puro, pero una vez concluido el proceso de producción vieron que las mezclas finales quedaban demasiado austeras. La noticia llegó a oídos del productor, quien en abril declaró a Greg Kot del *Chicago Tribuner*. «Geffen y los managers de Nirvana odian el disco. […] No confío en que llegue a publicarse».[1] Kurt respondió también a través de la prensa: «No hemos recibido presión alguna por parte de la discográfica para que modifiquemos los temas grabados». Pero la polémica prosiguió, y Kurt solicitó a DGC que publicara un anuncio a toda plana en

Billboard negando públicamente que el sello hubiera rechazado el álbum. Pese a los desmentidos, en el seno de la discográfica primaba la opinión de que la producción carecía en exceso de tratamiento, y en mayo Scott Litt fue contratado para darle un toque más audible a «Heart-Shaped Box» y «All Apologies» con vistas a su emisión por radio. Una vez más, al verse entre las cuerdas ante un problema que podía comprometer el éxito de su disco, Kurt se resignaba a optar por oponer menos resistencia en pro de mayores ventas.

Aquella decisión, sin embargo, no impidió que algo se removiera en su fuero interno. Aunque Kurt siguió manifestando ante los periodistas su apoyo a las mezclas de Litt, si bien pensaba que Albini había realizado un gran trabajo -dos visiones contradictorias-, en su diario se dedicó a perfilar distintos planes para publicar el álbum exactamente como él quería. Primero sacaría a la venta la versión de Albini bajo el título de *I Hate Myself and I Want to Die,* pero solo en vinilo, casete y cinta de ocho pistas. Su nueva fase de operaciones se daría un mes más tarde. «Tras numerosas críticas y artículos pésimos sobre la exclusividad intransigente del nuevo disco editado únicamente en vinilo, casete y ocho pistas, nos disponemos a sacar la versión remezclada bajo el título de *Verse Chorus Verse.*» Kurt quería que este segundo lanzamiento se comercializara con una pegatina en la que pusiera: «Este álbum es la versión de compromiso de conmutaciones de unidades de radio amistosas». Como era de esperar, DGC rehusó seguir los planes de Kurt. La publicación de la versión remezclada de *In Utero* se anunció para septiembre.

E1 primer domingo de mayo, a las nueve de la mañana, el teléfono del servicio de urgencias del King County recibió un aviso de sobredosis por drogas en casa de los Cobain. Cuando llegó la policía y la ambulancia, se encontraron a Kurt sentado en el sota del salón farfullando algo sobre *Hamlet.* Según observaron los agentes, Kurt sufría «síntomas relacionados con la sobredosis de un narcótico. [...] La víctima estaba consciente y era capaz de responder a las preguntas, pero tenía las facultades claramente mermadas».[2]

Minutos antes de la llegada de la policía, Kurt se veía amoratado y, una vez más, parecía estar muerto. Courtney le contó a los agentes que

Kurt había estado en casa de un amigo donde se había «inyectado treinta o cuarenta dólares de heroína». Kurt regresó a casa en coche y, cuando Courtney le echó en cara que estaba colocado, Kurt se encerró en un dormitorio del piso de arriba. Courtney le amenazó con llamar a la policía o a su familia y, ante la ausencia de respuesta por parte de Kurt, se dispuso a cumplir la segunda amenaza. Wendy no dejó sonar el teléfono dos veces, y ella y la hermana de Kurt cogieron el coche enseguida y salieron «a toda prisa para allí», según recordaba Kim.

En las dos horas y media que Kim y Wendy tardaron en trasladarse a toda velocidad de Aberdeen a Seattle, el estado de Kurt empeoró de forma considerable. Cuando su madre y su hermana llegaron, Kurt estaba vomitando y sufría un shock. Entre balbuceos les indicó que no llamaran a urgencias, alegando que «prefería morir» antes que salir en los periódicos por un caso de sobredosis o que acabar arrestado. Courtney le echó agua fría por encima, lo paseó por la casa, le administró Valium y, finalmente, le inyectó Narcan, un fármaco indicado para contrarrestar los efectos de la heroína, pero ninguno de sus esfuerzos sirvió para reanimarlo del todo (en casa siempre guardaban una dosis de Narcan, un narcótico que también se obtenía de manera ilegal, en previsión de dicha eventualidad). Wendy trató de darle friegas en la espalda -su forma de consolar a su hijo-, pero la heroína le había agarrotado tanto los músculos que parecía un maniquí de yeso. «Fue horrible -recordaba Kim-. Al final tuvimos que llamar a urgencias porque empezó a amoratarse». Cuando llegó la policía, vieron que «su estado se había deteriorado gradualmente hasta el punto de que sufría temblores, estaba colorado, deliraba y decía incoherencias».

Una vez en la ambulancia, la crisis de Kurt pareció controlada. Kim siguió el vehículo hasta el hospital Harborview, donde los acontecimientos dieron un vuelco absurdo. «De repente, todo se le antojó divertidísimo -recordaba Kim-. Estaba allí tumbado en medio del pasillo de aquel hospital atestado, con el suero puesto y todo lo necesario para anular los efectos de las drogas, y va y se pone a hablar de Shakespeare. Luego se queda dormido y se despierta a los cinco minutos, y sigue la conversación conmigo.»

La razón por la que se envió a Kim tras la ambulancia se debió en parte a que Courtney quería aprovechar para tirar el resto de la heroína de Kurt en su ausencia, pero no pudo localizarla. Cuando Kurt recobró el conocimiento, Kim le preguntó dónde la había puesto. «Está en el bolsillo del albornoz que está colgado en la escalera», confesó, justo antes de desmayarse de nuevo. Kim corrió a telefonear a la casa, pero para entonces Courtney ya la había encontrado. Cuando Kim volvió junto a su hermano, este se había despertado otra vez y le insistió en que no revelara el paradero de la droga.

Tras tres horas de Narcan en vena, Kurt se había recuperado lo suficiente como para regresar a casa. «Cuando vi que ya podía dejar el hospital, me faltó tiempo para encenderle un cigarrillo», recordaba Kim. Una enorme tristeza la invadió al presenciar lo que en ocasiones había parecido un roce casi cómico con la muerte, y es que las sobredosis se habían convertido en algo habitual en la vida de Kurt, en parte del juego, y aquella locura se veía envuelta en un halo de normalidad. De hecho, tal como hacía constar el informe policial, Courtney le contó a los agentes lo que suponía la verdad más triste de todo aquel episodio: «No era la primera vez que la víctima Cobain sufría un incidente similar».

La dama blanca había pasado a formar parte de la existencia diaria de Kurt y, en ocasiones, sobre todo cuando no tenía compromisos con el grupo y Courtney y Frances se ausentaban, constituía el eje central. En verano de 1993 Kurt se drogaba casi todos los días, y cuando no podía le entraba el mono y despotricaba a los cuatro vientos. Fue un período de una dependencia más funcional que en el pasado, pero su drogadicción superaba aun así la de la mayoría de los heroinómanos. «Se drogaba por un tubo -recordaba Dylan-. A mí me gustaba colocarme lo justo para después seguir funcionando, pero él siempre quería hacer tantas cosas que al final no hacía nada. Siempre quería hacer más de lo que necesitaba.» Kurt perseguía la evasión, y cuanto más rápido lo consiguiera y más incapacitado se viera, tanto mejor. Como consecuencia de ello, fue víctima de numerosas sobredosis y situaciones en las que rozó la muerte, tantas como doce solo en 1993.

El aumento de la drogadicción de Kurt discurría en sentido contrario al esfuerzo por parte de Courtney de mantenerse alejada de las drogas. A finales de la primavera Courtney contrató a una psicóloga para que le ayudara a dejarlas. Kurt se resistía a pagar las facturas de la terapeuta y se reía ante su consejo de que la pareja debía librarse de «todas las toxinas». Courtney, sin embargo, se lo tomó en serio; trató de dejar de fumar y comenzó a tomar zumo recién exprimido cada día y a acudir a Narcóticos Anónimos. Kurt al principio su mofaba de su esposa, pero luego pasó a animarla a que asistiera a las reuniones de N.A., aunque solo fuera por tener más tiempo para colocarse.

El primer día de junio Courtney organizó una sesión en la casa de Lakeside, a la que asistieron Krist, el amigo de la pareja Nils Bernstein, Janet Billig de Gold Mountain, Wendy y el padrastro de Kurt, Pat O'Connor. En un principio Kurt se negó a salir de su habitación para no tener que enfrentarse al grupo. Cuando por fin accedió a salir del cuarto, Kurt y Courtney comenzaron a gritarse entre sí. En un arrebato de ira, Kurt agarró un rotulador Sanford de color rojo y garabateó «Ninguno de vosotros conoceréis nunca mis verdaderas intenciones» en la pared del pasillo. «Era evidente que no había manera de hacerle entrar en razón», recordaba Bernstein. Los presentes expusieron una letanía de razones por las que Kurt debía abandonar las drogas, siendo las necesidades de su hija una de las más repetidas.

Su madre le dijo que ponía su salud en peligro. Krist se lo suplicó, explicando el modo en que él mismo había conseguido beber menos. Cuando Pat O'Connor relató episodios de su propia lucha contra el alcohol, Kurt permaneció en silencio con la vista clavada en sus zapatillas de deporte. «Por la cara que ponía se veía que pensaba: "Vuestra vida no tiene nada que ver con la mía" -diría Bernstein-. Y yo pensé para mis adentros: "Esto es totalmente inútil".» Cuando Kurt regresó a su dormitorio muy enfadado, los allí reunidos comenzaron a discutir entre ellos sobre quién tenía la culpa de la drogadicción de Kurt. Para los más allegados a él, resultaba más fácil culparse los unos a los otros que cargarle a él con la responsabilidad.

Aquel verano Kurt comenzó a aislarse cada vez más; los amigos lo llamaban en broma Rapunzel porque rara vez salía de su habitación. Su madre era una de las pocas personas a quien accedía a escuchar, y Courtney optó por recurrir cada vez más a Wendy como mediadora. Kurt necesitaba desesperadamente los cuidados de una madre, y en su aislamiento del mundo experimentó una regresión a un estado casi fetal. Wendy le tranquilizaba acariciándole el cabello y diciéndole que todo iba a ir bien. «Había veces que se quedaba dormido arriba, y no dejaba que nadie se le acercara, ni siquiera Courtney -recordaba Bernstein-. Pero a su madre nunca le cerraba la puerta. Creo que tenía una depresión química.» La depresión era un mal habitual en la familia de Wendy, y aunque varios de los amigos de Kurt sugirieron que se sometiera a tratamiento, Kurt optó por hacer caso omiso de sus ruegos y automedicarse con drogas. A decir verdad, resultaba difícil que alguien le convenciera para que hiciera algo: si el mundo de Nirvana podía considerarse una pequeña nación en sí misma, Kurt era el rey. Y pocos osaban poner en duda la salud mental del rey por temor a ser desterrados del reino.

El 4 de junio, tras otro horrible día cargado de dramatismo, Courtney llamó a la policía a causa de Kurt. Cuando los agentes se personaron en el domicilio de los Cobain, Courtney les contó que a raíz de una «discusión que tuvieron por el hecho de que hubiera armas en casa», ella le había tirado un vaso de zumo a la cara y él la había empujado. «Momento en el cual -hace constar el informe policial-, Cobain tiró al suelo a Love de un empujón y empezó a estrangularla, haciéndole un rasguño.» La legislación vigente en Seattle estipulaba que en caso de disputas domésticas la policía debía arrestar como mínimo a una de las partes implicadas; Kurt y Courtney comenzaron a discutir sobre a quién debían arrestar, pues ambos querían para sí dicha distinción. Kurt se empeñó en ir a la cárcel, pues para un sujeto pasivo-agresivo como él aquella situación le brindaba una oportunidad única de recluirse emocionalmente y hacerse el mártir. Y lo consiguió. Kurt fue trasladado al distrito policial del norte para su posterior ingreso en la prisión de King County. La policía confiscó además una

gran provisión de munición y armas entre ellas dos pistolas del calibre 38 y un rifle de asalto semiautomático Colt AR-15.

Pero la verdadera historia de lo ocurrido aquel día ilustraba las tensiones crecientes en el seno de aquel matrimonio. Como dos personajes de un cuento de Raymond Carver, sus peleas se basaban cada vez más en atacar los puntos débiles del otro, y aquel día Kurt se jactó del hecho de consumir drogas delante de Courtney y su psicóloga. «Y claro, fue a dar con la única droga que me sacaba de quicio -recordaba Love-. Se le metió en la cabeza que quería probar el crack. Y entonces montó aquel rollo monumental diciendo que iba a conseguir "diez dólares" de crack y lo iba a probar.»

Para atormentar a su mujer, Kurt comenzó a actuar como «si tuviera entre manos el negocio del siglo», llamando una y otra vez a un camello. La visión de Kurt consumiendo cristales de cocaína en casa enfureció a Courtney, y en lugar de tirarle un vaso, como consta en el informe policial, lo que le tiró fue el exprimidor. No se trató de una pelea propiamente dicha; las batallas físicas entre ambos siempre acababan en tablas, como aquel primer combate de lucha libre que habían protagonizado en el suelo de la sala de Portland. Pero Courtney decidió igualmente llamar a la policía, imaginando que la opción de verlo metido en la cárcel sería mejor que verlo incendiando la casa en su intento por consumir crack. «Estoy segura de que al final se hizo con la droga, lo que nunca llegué a saber es cómo ni dónde», diría Courtney. Kurt solo pasó tres horas en la cárcel, y aquella misma noche lo pusieron en libertad bajo una fianza de novecientos cincuenta dólares. Posteriormente se retiraron los cargos contra él.

Tras el arresto Kurt y Courtney hicieron las paces, y como solía ocurrir en su relación, la crisis reforzó su unión. En la pared del dormitorio conyugal Courtney escribió la siguiente pintada: «Más vale que me ames, cabrón» dentro de un corazón. Un mes después de la pelea Kurt describió su relación de pareja a Gavin Edwards de *Details* como «un torbellino danzante de pasiones en el que pasamos de un extremo al otro, peleándonos y amándonos al mismo tiempo. Si me cabreo con ella, le grito y eso es sano».[3] Ambos eran expertos en forzar y tentar los límites, algo que Kurt había hecho durante toda su

niñez, y cuando hacía enfurecer a Courtney sabía que tenía que reconquistarla, por lo general con cartas de amor. Una de ellas empezaba así: «Courtney, cuando digo que te quiero no me avergüenzo, ni habrá nunca nadie que llegue a intimidarme ni a convencerme para que piense lo contrario. Te llevo como un tatuaje. Despliego mi amor por ti como un pavo real extiende su plumaje, si bien con demasiada frecuencia te dedico menos atención de lo que dura un tiro en la sien». Se trataba de un texto autorreprobatorio, en el que se calificaba de ser «denso como el cemento», pero en el que también recordaba a Courtney el compromiso matrimonial que había adquirido con ella: «Te exhibo con orgullo como el anillo que llevo en el dedo y que tampoco contiene ningún mineral».

Dos semanas después del arresto por violencia doméstica, Neal Karlen se presentó en casa de los Cobain para entrevistar a Courtney para el *New York Times.* Al llamar a la puerta le abrió Kurt, con Frances en los brazos, quien le anunció que su esposa estaba «en su reunión de N.A.». Le invitó a pasar y sentarse a ver la tele con él. «Era una casa inmensa -recordaba Karlen-, pero había platos con colillas apagadas por el medio, y aquellos muebles de mierda tan horrendos. Y aquel enorme televisor de cinco metros en mitad del salón. Parecía que hubieran ido a la tienda y hubieran dicho: "Quiero el televisor más grande que tengan".»

En aquel momento estaban dando el último episodio de *Beavis y ButtHead*, una popular serie de la MTV. «Yo conozco a Beavis y ButtHead -comentó Kurt a Karlen-. Me crié con gente así; los reconozco a la primera.» En una de esas grandes casualidades de la vida, el vídeo de «Smells Like Teen Spirit» salió en mitad del programa. «¡Muy bien! -exclamó Kurt-. Veamos lo que piensan de nosotros.» Cuando los dos personajes animados dieron su aprobación a Nirvana, Kurt pareció sentirse realmente halagado. «¡Les gustamos!»

Como si estuviera esperando el momento justo, Courtney llegó a casa en aquel preciso instante. Besó a Kurt, hizo saltar a Frances en su

regazo y solo con un ligero dejo de sarcasmo anunció: «Ay, la familia perfecta... como un cuadro de Norman Rockwell». Hasta Karlen estaba desconcertado ante semejante estampa doméstica. «No podía dejar de verlos como a Fred y Ethel Mertz -recordaba Karlen-. Kurt se parecía más a Fred, con las manos en los bolsillos, mientras Ethel iba y venía por toda la casa.» Karlen había pillado además a Kurt en un día que tenía la mirada clara. «Por los yonquis que había visto, sabía que no iba colocado.»

Dadas las circunstancias, a Love no le apetecía hablar con el *New York Times,* pero lo que sí deseaba era expresar sus opiniones acerca de un libro que Karlen estaba escribiendo sobre el grupo Babes in Toyland. La entrevista se prolongó durante horas, y Kurt aprovechaba para meter baza cada vez que Courtney le daba un codazo. «No se mostró tan pasivo como la gente decía», diría Karlen. Courtney se valía de Kurt como si tuviera un historiador del punk en casa; cuando explicaba algo, y necesitaba una fecha o un nombre, preguntaba a Kurt, que siempre sabía la respuesta. «Era como ver un concurso donde los participantes recurrían al catedrático para que confirmara los datos», observó Karlen.

Kurt, por su parte, tenía un dilema: si comprarse o no una guitarra que había pertenecido a Leadbelly. La vendían por cincuenta y cinco mil dólares, pero no tenía claro si el hecho de comprarla supondría un «acto punk» o un «acto antipunk». La única tensión que Karlen percibió entre la pareja se produjo cuando Courtney tropezó con un álbum de Mary Lou Lord entre la colección de discos de Kurt. Aquel hallazgo dio pie a que Love relatara la historia de cuando persiguió a Lord por las calles de Los Ángeles, amenazándola con darle una paliza. Kurt permaneció callado, y fue la única vez en la que Karlen lo vio en el papel de «sufrido marido».

La disertación de Courtney sobre la historia del punk rock se prolongó hasta horas después de que Kurt se fuera a dormir. Karlen acabó pasando la noche en una habitación libre. La mañana puso de manifiesto la única prueba de que aquel no era el típico hogar; cuando Kurt se dispuso a preparar el desayuno, vio que no había comida.

Después de varios minutos de búsqueda, Kurt puso unas galletas de azúcar en un plato y las sirvió como desayuno.

El primero de julio Hole dio su primer concierto en meses, en el Off-Ramp de Seattle. Courtney había reorganizado su banda, y en aquel momento tenían previsto ir de gira por Europa y grabar un nuevo disco. Kurt acudió al concierto, pero llegó hecho un desastre. «Estaba tan hecho polvo que apenas se tenía en pie -recordaba Michelle Underwood, de la sala-. Tuvimos que ayudarle a andar. Parecía nerviosísimo por ella.» Sus nervios se vieron exacerbados por el hecho de que aquel mismo día el *Seattle Times* publicó una noticia sobre el arresto que había sufrido el mes anterior a raíz del incidente de violencia doméstica. Courtney bromeó al respecto estando en el escenario: «Vamos a donar todo el dinero que hemos recaudado hoy aquí a la Fundación de Maltratadores de Esposas en Casos de Violencia Doméstica. ¡Y qué más!». Al cabo de un rato retomó de nuevo el tema: «La violencia doméstica no es algo que haya vivido en mis carnes. Solo quiero defender a mi marido. Esa historia no es cierta. Nunca lo son. Joder. ¿Es que cada vez que salimos a tomar una puta cerveza tiene que salir en los periódicos?». Pese a la carga emocional de las palabras de Love, su actuación fue fascinante, y por primera vez se ganó al público de Seattle.

El concierto de Hole finalizó a la una y cuarto de la madrugada, pero aquel no sería el final de la noche para los Cobain. Brian Willis de *NME* se presentó en los camerinos con intención de solicitar una entrevista con Courtney. Ella lo invitó a su casa, pero se pasó casi toda la entrevista promocionando el disco de Kurt. Love llegó incluso a poner *In Utero* para Willis, el primer periodista que escuchaba el álbum. Willis, abrumado, escribiría: «Si Freud pudiera escucharlo, se mearía en los pantalones de la emoción». Lo calificó como «un álbum cargado de ironía y perspicacia. *In Utero* es la venganza de Kurt».[4]

La audición del disco por parte de Willis se vio interrumpida cuando Kurt irrumpió en la estancia para anunciar: «Acabamos de salir en las noticias de la MTV. Han hablado de la historia aparecida en el *Seattle Times* y del comienzo de la gira mundial de Hole en el Off-Ramp de Seattle». Dicho esto, Kurt se preparó un tentempié a

base de magdalenas y chocolate caliente y se sentó en la encimera a contemplar el amanecer. Cuando Willis relató los sucesos de aquella noche para el *NME*, terminó su artículo con un breve análisis: «Para tratarse de alguien que ha pasado por tanta mierda en estos dos últimos años, cuyo nombre se ha visto vapuleado una vez más, que está a punto de sacar un disco que tiene a todo el mundo del rock en ascuas y sobre el que pesa una atención y presión asombrosas, Kurt Cobain está increíblemente satisfecho».

21

UNA RAZÓN PARA SONREÍR

SEATTLE, WASHINGTON
AGOSTO DE 1993 - NOVIEMBRE DE 1993

Me cago en Dios Todopoderoso, amadme, amadme, amadme, podríamos pasar por los tribunales, por favor no me importa que sea fuera de la peña, solo necesito una peña, un grupo, una razón para sonreír.
- De un pasaje de un diario de Kurt.

Como cualquier otra familia estadounidense con un bebé, Kurt y Courtney compraron una cámara de vídeo. Aunque Kurt era capaz de construir una guitarra con un bloque de madera y unos alambres sueltos, no consiguió averiguar cómo se instalaba la batería, de modo que solo utilizaban la cámara cuando se encontraban cerca de una tienda. Una sola cinta de vídeo les duró desde las primeras navidades que pasaron juntos en diciembre de 1992 hasta marzo de 1994, cuando Frances contaba casi con dos años.

La cinta contenía asimismo imágenes de varios conciertos de Nirvana, o escenas del grupo entre bastidores, pasando el rato. En una breve secuencia salían Kurt, Courtney, Dave, Krist y Frances sentados en Pachyderm Studios escuchando la primera grabación de «All Apologies», todos ellos con un aspecto que acusaba el cansancio de una semana en el estudio. Pero el contenido de la cinta documentaba el desarrollo de Frances Bean y sus muestras de interacción con el círculo de amistades de la familia; en ella se veía a la pequeña gateando alrededor de Mark Lanegan y hablando mientras Mark Arm le cantaba una nana. La cinta tenía escenas jocosas, como cuando Kurt levantó el trasero de la pequeña y se oyeron unos pedos, o aquella en la que Kurt sale cantándole una serenata con una versión a cápela de «Seasons in the Sun». Frances era una criatura beatífica, tan fotogénica como sus padres, con los ojos hipnotizadores de su padre y

los pómulos altos de su madre. Kurt la adoraba, y en el vídeo revela una vena sentimental que rara vez se le veía en público; la mirada que dedicaba a Frances y Courtney en aquellos momentos de ternura era fruto de un amor puro. Aunque aquella era la familia más famosa del rock and roll, gran parte de aquella filmación podría haberse atribuido a cualquier otra familia incluida en la lista de clientes de Toys «R» Us.

Pero hay un fragmento de la cinta que destaca entre el resto y que muestra lo poco convencional que llegaba a ser aquella familia. En una secuencia grabada por Courtney en el baño de la casa de Carnation, la escena comienza con Kurt bañando a Frances; ataviado con un batín corto de color granate, Kurt parece un apuesto terrateniente. Al elevar a Frances como un avión sobre la bañera, la pequeña suelta una risa espontánea de lo bien que lo está pasando. Kurt luce una sonrisa de oreja a oreja como la que nunca había llegado a captar una cámara fotográfica; lo más cerca que había estado un fotógrafo de plasmar aquella expresión fue cuando retrataron a Kurt, Wendy, Don y Kim en aquel estudio de Aberdeen. En el vídeo Kurt tiene exactamente el aspecto de lo que es: un padre cariñoso embelesado con su hermosa hija, que no quiere más en esta vida que hacerle creer que es un avión, ayudándole a remontar el vuelo para lanzarla en picado sobre los patos de goma amarillos. Kurt le habla poniendo voz de Pato Donald, como hacía su hermana Kim cuando él era niño, y Frances se desternilla de risa, rebosante de una dicha que solo un bebé de ocho meses puede emanar.

La cámara se vuelve entonces hacia el lavabo y en un abrir y cerrar de ojos cambia la escena. A la derecha del lavabo, a veinte centímetros en la pared, reposa un soporte para los cepillo de dientes, el mismo portavaso de cerámica blanco presente en el noventa por ciento de las casas de Estados Unidos. Sin embargo, lo que convierte aquel accesorio en algo tan peculiar es el hecho de que en él no hay depositados cepillos de dientes, sino una jeringuilla. La presencia de aquel objeto resulta tan chocante e inesperada en un baño que para la mayoría de los que vieran la cinta pasaría desapercibido. Pero ahí está, colgando majestuoso, con la aguja apuntando hacia arriba, como un triste y trágico recordatorio de que por muy normal que parezca

aquella familia por fuera, hay fantasmas que la acosan incluso en los momentos de ternura.

Hacia julio de 1993 la adicción de Kurt se había convertido en algo tan rutinario que formaba parte ya de la casa de los Cobain, sin alterar el curso de la dinámica familiar. La metáfora empleada con frecuencia para describir el alcoholismo en el seno de una familia -la de un elefante de cinco mil kilos plantado en medio de un salón- parecía tan evidente que pocos se molestaban en evocarla. Que Kurt se iba a pasar como mínimo parte de la jornada fuera de órbita era el statu quo, tan aceptado como la lluvia en Seattle. Ni siquiera el nacimiento de su hija ni el tratamiento ordenado por los tribunales habían conseguido alejarlo de su adicción más que por un tiempo. Pese a haberse pasado semanas con metadona y buprenorfina al mismo tiempo, llevaba casi un año sin dejar de tomar opiáceos el tiempo necesario como para desintoxicarse por completo.

En la descabellada lógica que asaltaba a las familias atrapadas en algún tipo de adicción, casi parecía mejor que Kurt se drogara, pues de lo contrario se ponía imposible cuando padecía el sufrimiento físico del mono. Solo unos cuantos se atrevían a expresar en alto aquella tesis, según la cual el sistema que orbitaba en torno a la figura de Kurt se mantenía más estable cuando se drogaba que cuando se abstenía de drogarse, pero Kurt la contemplaba en su fuero interno. En su diario alegaba que ya que iba a sentirse como un yonqui cada vez que pasara el mono, bien podía serlo en la práctica. Y tenía amigos que pensaban como él: «Toda esa teoría de "convencerle para que dejara las drogas" era absurda y en el fondo solo servía para hacerle daño -diría Dylan Carlson-. Las drogas son un problema cuando afectan las facultades de uno para, digamos, llevar una casa o conservar un trabajo. Hasta que no se convierten en un problema de esta naturaleza, nadie se mete con uno y la persona toca fondo ella sola. No hay que dejar que se hundan tanto. [...] Kurt no tenía ninguna razón para no drogarse».

Hacia el verano de 1993 la adicción era una lente a través de la cual todo aparecía distorsionado en la vida de Kurt. Sin embargo, aunque desde fuera se veía más feliz cuando se drogaba, en la disparatada contradicción que entraña la adicción, por dentro se sentía

lleno de remordimientos. En sus diarios se lamentaba con frecuencia de su incapacidad para mantenerse limpio. Se sentía juzgado por todos los que tenía a su alrededor, y no se equivocaba en su percepción; cada vez que sus compañeros de grupo, familiares, managers y empleados del equipo se cruzaban con él, realizaban un rápido reconocimiento para determinar si estaba colocado o no. Experimentaba aquella mirada escrutadora de diez segundos muchas veces al día, y se enfurecía cuando daban por sentado que estaba colocado cuando no lo estaba. Tenía la sensación de ser un adicto funcional, que podía tomar drogas y jugar con ellas cuando quisiera, por lo que odiaba ser objeto de aquella vigilancia constante y acabó pasando cada vez más tiempo con sus amigos yonquis, un círculo en el que se sentía menos examinado.

No obstante, ya en 1993 ni siquiera las drogas le funcionaban tan bien como antes. Kurt comprobó que la realidad de la drogadicción tenía poco que ver con el glamour que había imaginado en su día al leer las novelas de William S. Burroughs, e incluso dentro de la subcultura estrecha de miras de los adictos, se sentía fuera de lugar. Un pasaje de su diario perteneciente a aquella época refleja en tono de súplica su búsqueda desesperada de la amistad, y en última instancia de la salvación:

> Amigos con quienes poder charlar, pasar el rato y divertirme, como siempre he soñado, podríamos hablar de libros y de política y hacer el gamberro por la noche, ¿qué os parece? ¿Eh? ¡Me paso el día arrancándome el pelo! ¡Por favor! Me cago en Dios Todopoderoso, amadme, amadme, amadme, podríamos pasar por los tribunales, por favor no me importa que sea fuera de la peña, solo necesito una peña, un grupo, una razón para sonreír. No os agobiaré, va, mierda, mierda, por favor, ¿es que no hay nadie ahí fuera? Alguien, quien sea. Dios ayúdame, ayúdame por favor. Quiero que me acepten. Necesito que me acepten. ¡Vestiré como queráis! Estoy tan cansado de llorar y soñar, estoy tan solo, tanto. ¿Es que no hay nadie ahí fuera? Por favor ayudadme, ¡AYUDADME!

Aquel verano Robert Fremont, el médico de sesenta años que trataba la drogodependencia de Kurt, fue hallado muerto en su consulta de Beverly Hills, desplomado sobre su mesa de trabajo. La causa de la muerte se atribuyó a un ataque al corazón, pero el hijo de Fremont, Marc, afirmó que se debía a un suicidio por sobredosis, y que su padre había retomado su adicción a las drogas. En el momento de su muerte, Fremont estaba siendo investigado por el Consejo Médico de California, acusado de incompetencia absoluta y comportamiento contrario a la ética profesional por recetar en exceso buprenorfina a sus pacientes. Fremont proporcionaba sin duda grandes cantidades de buprenorfina a su cliente más famoso, Kurt, a quien administraba el fármaco por cartones.

El 17 de julio de 1993 *Nevermind* cayó finalmente de la lista de éxitos *Billboard* tras su permanencia ininterrumpida durante poco menos de dos años. Aquella semana el grupo se trasladó a Nueva York para hacerse ver en los medios y protagonizar una aparición por sorpresa dentro del Seminario de Nuevas Músicas. La noche anterior a la actuación. Kurt realizó una entrevista con Jon Savage, autor de *England's Dreaming* (El sueño de Inglaterra). Quizá debido a la admiración que le inspiraba el libro de Savage, Kurt se mostró especialmente comunicativo en lo referente a su familia, calificando el divorcio de sus padres como algo que le hacía sentir «vergüenza» y añoranza de lo que había perdido: «Quería tener la típica familia tradicional más que nada en el mundo. Ya sabes, madre, padre. Quería aquella seguridad». Y cuando Savage le preguntó si podía entender que una gran enajenación pudiera llevar a la violencia, la respuesta de Kurt fue afirmativa: «Sí, tengo clarísimo que el estado mental de una persona puede acabar deteriorándose hasta ese punto. Yo he llegado al punto en que me lo he planteado, pero estoy seguro de que antes optaría por quitarme la vida». Prácticamente todas las entrevistas que Kurt realizó en 1993 incluían alguna referencia al suicidio.

Cuando Kurt se vio ante la inevitable pregunta en torno a la heroína, recurrió a la inevitable mentira: habló en pasado, dijo que

había consumido heroína «durante un año, ahora sí, ahora no» y afirmó que solo la había tomado debido a sus problemas de estómago. Cuando Savage insistió en el tema de sus dolencias gástricas, Kurt declaró que habían desaparecido: «Creo que eran algo psicosomático». Aquella noche Savage encontró a Kurt especialmente jovial. «No me había sentido tan optimista desde justo antes del divorcio de mis padres», explicó Kurt.[2]

Doce horas más tarde Kurt se vería tumbado en el suelo del cuarto de baño de un hotel, sufriendo una nueva sobredosis. «Tenía los labios amoratados y los ojos vueltos totalmente hacia arriba -recordaba el publicista Anton Brookes, una de las personas que acudió a socorrerle a toda prisa-. Estaba sin vida. Aún tenía una jeringuilla clavada en el brazo.» Brookes se quedó asombrado al ver a Courtney y Cali entrar en acción como dos asistentes médicos experimentados, actuando de forma tan metódica que le dio la impresión de que debían de hacer aquello con frecuencia. Mientras Courtney comprobaba las constantes vitales de Kurt, Cali lo sostuvo en alto y le propinó un fuerte puñetazo en el plexo solar. «A la primera no obtuvo apenas reacción alguna, así que le golpeó de nuevo. Y entonces Kurt comenzó a volver en sí.» Tras administrarle aquellos primeros auxilios, y mojarle la cara con agua fría, Kurt consiguió recobrar la respiración. Cuando los agentes de seguridad del hotel se personaron en la habitación, alarmados por el ruido, Brookes tuvo que sobornarles para que no llamaran a la policía. Brookes, Courtney y Cali llevaron a rastras afuera a Kurt, aún medio inconsciente. «Empezamos a pasearle -recordaba Brookes-, pero al principio las piernas no le respondían.» Cuando por fin recuperó el habla, Kurt insistió en que no quería que lo llevaran al hospital.

Tras comer algo y tomar café, Kurt parecía totalmente reanimado, aunque todavía seguía muy colocado. Kurt regresó al hotel, donde tenía cita para que le dieran un masaje en su habitación. Mientras Kurt recibía su masaje, Brookes se dedicó a recocer las papelinas de heroína que había por el suelo para tirarlas después por el retrete. Paradójicamente, menos de tres horas después de acabar comatoso en el cuarto de baño. Kurt volvía a dejarse entrevistar, negando que consumiera drogas. En la prueba de sonido de aquella noche aún

seguía demasiado colocado, debido quizá a una bolsita que no habían encontrado sus cuidadores. «Casi se nos muere justo antes de la actuación», recordaba el técnico de sonido Craig Montgomery. Cuando David Yow, de los teloneros Jesus Lizard, fue a cruzar unas palabras con Kurt antes del concierto. «Kurt no podía hablar. Solo mascullaba. "¿Cómo estás?", le pregunté, y él me dijo "Colggcaddizzmo"». Siguiendo una pauta que se había convertido ya en algo más que habitual, pese al lamentable estado de salud de Kurt, en el escenario parecía encontrarse bien, y el concierto en sí fue un milagro. El grupo contó con la colaboración de Lori Goldston al violonchelo, y por primera vez incluyó un interludio acústico en su actuación.

Nirvana regresó a Seattle a la semana siguiente y participó en un acto benéfico el 6 de agosto para recaudar fondos a fin de investigar el asesinato de la cantante local Mia Zapata. Aquella semana Kurt, Courtney, Krist y Dave pasaron una extraña noche juntos yendo a ver a Aerosmith al Coliseum. Ya en los camerinos, Steven Tyler, el vocalista del grupo, llevó a un lado a Kurt y le habló de su experiencia con grupos de rehabilitación dentro de los conocidos programas de doce pasos. «No le estaba echando un sermón -aclaró Krist-, solo explicándole las vivencias similares por las que había pasado. Tyler intentaba darle ánimos.» Por una vez Kurt pareció receptivo, aunque por su parte apenas dijo nada.

Aquella misma semana, también en el Seattle Center, Kurt concedió una entrevista al *New York Times*, realizada en lo alto de la torre conocida como Space Needle. Kurt eligió aquel emplazamiento porque nunca había tenido ocasión de visitar la atracción más famosa de la ciudad. Por aquel entonces Kurt insistía en que un representante del departamento de publicidad de DGC grabara todas y cada una de las entrevistas que realizaba, pensando que sería una buena manera de evitar que tergiversaran sus palabras. La conversación con Jon Pareles, así como las que había mantenido con otros periodistas a lo largo de 1993 pareció una sesión de terapia en la que Kurt habló de

sus padres, de su esposa y de la importancia de sus letras. Kurt se abrió lo suficiente como para que Pareles advirtiera sus contradicciones: «Cobain se mueve entre extremos contrarios. Es cauteloso e imprudente, sincero y sarcástico, susceptible e insensible, consciente de su popularidad aunque trate de no prestarle atención».

La primera semana de septiembre Kurt y Courtney regresaron a Los Angeles para una estancia de dos semanas, en la que sería su primera visita larga desde que se trasladaran a Seattle. Asistieron a la entrega de los Video Music Awards de la MTV de 1993, donde Nirvana fue galardonado en la categoría de Mejor Vídeo Alternativo por «In Bloom». Aquella noche el grupo no tocó, y se dio poco al histrionismo que había mostrado en la ceremonia del año anterior. La industria de la música había cambiado mucho en un año, y Nirvana se había pasado gran parte de aquel período desaparecido en combate. Aunque el anuncio del lanzamiento de *In Utero* había provocado una gran expectación, habían dejado de ser la banda de rock más importante del mundo, al menos desde el punto de vista comercial: dicho honor lo ostentaba entonces Pearl Jam.

Aquella semana Kurt y Courtney participaron en el festival benéfico «El rock contra la violación» celebrado en el Club Lingerie de Hollywood. La de Courtney se programó como una actuación en solitario, pero después de tocar «Doll Parts» y «Miss World», pidió la presencia de «su marido Yoko» y Kurt salió al escenario. Juntos interpretaron a dúo «Pennyroyal Tea» y el tema de Leadbelly «Where Did You Sleep Last Night?». Fue la única ocasión en la que se les vería actuando juntos en público.

In Utero se puso a la venta finalmente el 14 de septiembre en el Reino Unido y el 21 del mismo mes en Estados Unidos, donde entró directamente en el número uno de las listas de exitos, con ciento ochenta mil copias vendidas solo en la primera semana. El álbum alcanzó dichas cifras de venta sin contar con la distribución de Wal-Mart ni Kmart; ambas cadenas habían puesto objeciones al título de la canción «Rape Me», así como al collage de la contraportada a base de fetos de muñecas obra de Kurt. Cuando su manager le comunicó dicho contratiempo por teléfono, Kurt accedió a que se realizaran las

revisiones pertinentes con tal de que el álbum llegara a las tiendas. «Yo, de crío, solo iba a Wal-Mart -explicó Kurt a Danny Goldberg-. Quiero que los chavales puedan comprar el disco. Haré lo que quieran.» Goldberg se quedó sorprendido, pero aceptó la palabra de Kurt: «A aquellas alturas a nadie se le pasaba por la cabeza decirle que no. Nadie se atrevía a convencerle de nada».

Sin embargo, Kurt sí tendría que vérselas con sus managers en relación con el calendario de conciertos. Kurt comenzó el año 1993 afirmando que no pensaba ir de gira. Pese a no poder tacharse de inaudita, aquella decisión habría disminuido sin duda las posibilidades de que el nuevo disco alcanzara los primeros puestos de las listas de éxitos. A este respecto, Kurt se enfrentaba a una oposición de peso, dado que todos los que trabajaban con él, desde sus managers hasta sus compañeros de grupo pasando por el equipo técnico, tenía su principal fuente de ingresos en las giras, por lo que le instaron a reconsiderar su decisión. Pero cuando Kurt trató la cuestión con su abogada, Rosemary Carroll, se mostró inflexible. «Dijo que no quería ir -afirmó Carroll-. Y, francamente, se sintió presionado a ello.»

Dicha presión procedió en gran parte de sus managers, pero también se debió en parte a su miedo a la escasez. Aunque por entonces Kurt era más rico de lo que jamás habría imaginado, con una gira lo sería más aún. En un memorándum remitido por Danny Goldberg a Kurt en febrero de 1993 donde se desglosaba una previsión pormenorizada de sus ingresos para los siguientes dieciocho meses, se estipulaba que «hasta la fecha Nirvana ha cobrado poco más de un millón y medio de dólares» en concepto de beneficios por autoría. «Creo que quedan otros tres millones por cobrar en los dos próximos años.» Goldberg calculaba que los ingresos de Kurt tras la recaudación de impuestos de 1993 incluiría un millón cuatrocientos mil dólares por derechos de autor, doscientos mil dólares por las ventas previstas de dos millones de copias del nuevo disco y, en caso de que el grupo fuera de gira, unas ganancias adicionales de seiscientos mil dólares generadas por la mercadotecnia y los ingresos por concierto. Dichas cifras, según Goldberg, no dejaban de ser prudentes: «Personalmente creo que tus ingresos para los próximos

dieciocho meses se incrementarán el doble o más aún pero con vistas a una planificación familiar racional es posible estimar unos ingresos fiables de dos millones de dólares, con lo que supongo tendrás margen suficiente para amueblar tu casa con todo lujo de detalles sabiendo que podrás contar con unos ahorros considerables». Pese a sus protestas iniciales, Kurt accedió finalmente a ir de gira.

El 25 de septiembre Nirvana regresó a Nueva York para aparecer de nuevo en *Saturday Night Live.* En aquella ocasión tocaron «Heart-Shaped Box» y «Rape Me», y, aunque floja, la actuación estuvo exenta de la tensión de la primera visita. Aparte de la chelista Goldston, la banda había incorporado a sus filas al guitarrista de Germs, Georg Ruthenberg, más conocido como Pat Smear, su nombre en el escenario. Smear era ocho años mayor que Kurt, y ya había vivido un largo drama como heroinómano con Darby Crash, su compañero de grupo en los Germs. Daba la impresión de que apenas había nada que pudiera desconcertarlo; su sentido del humor irónico daba alegría al grupo y su contundencia a la guitarra contribuía a que Kurt tuviera menos preocupaciones encima del escenario.

La semana anterior al inicio de la gira de *In Utero,* Kurt viajó a Atlanta para visitar a Courtney en plena grabación del álbum de Hole. Cuando Kurt se presentó en el estudio, los productores Sean Slade y Paul Kolderie le pusieron las canciones del disco que ya habían dado por terminadas. Kurt pareció orgulloso del esfuerzo de Courtney y elogió sus cualidades líricas.

Aquel mismo día Courtney pidió a Kurt que hiciera las voces de fondo en unos cuantos temas inacabados. Al principio Kurt se mostró reticente, pero luego se ablandó. A Slade y Kolderie les pareció que Kurt no conocía la mayor parte del material. «Courtney le decía cosas como "'Vamos, canta en esta" -recordaba Kolderie-. Y Kurt no paraba de decir: "Pero déjame escucharla. ¿Cómo voy a cantar sin escucharla primero?". Y ella respondía: "Tú canta sin pensar".» Los resultados fueron menos impresionantes de lo esperado, y las voces de Kurt solo se emplearon en la mezcla final de una canción. Pero Kurt llegó al

final de la sesión oficial bastante animado, dando pie a una sesión improvisada. Kurt se sentó a la batería, Eric Erlandson y Courtney cogieron las guitarras y Slade agarró el bajo. «Fue la hostia», recordaba Slade.

Kurt regresó a Seattle para partir una semana después rumbo a Phoenix, donde Nirvana tenía previsto preparar la inminente gira. En un vuelo de enlace a Los Angeles coincidieron en el avión con el grupo Truly, y Kurt tuvo un caluroso reencuentro con sus viejos amigos Robert Roth y Mark Pickerel. Pickerel acabó sentado junto a Kurt y Krist -Grohl se hallaba en la parte delantera de la cabina- y se sintió avergonzado por llevar un ejemplar de *Details* con Nirvana en portada. Kurt se lo arrebató y devoró el artículo. «Se fue alterando a medida que leía -recordaba Pickerel. Kurt estaba disgustado con las declaraciones de Grohl-. No paraba de darle vueltas al asunto.» Kurt llevaba varios minutos despotricando cuando anunció su deseo, con vistas a su siguiente álbum, de «meter a gente nueva para crear un disco distinto». Kurt sacaría a colación aquel tema en repetidas ocasiones durante aquel otoño, amenazando con despedir a sus compañeros de grupo.

La gira de *In Utero* dio comienzo en Phoenix en un recinto con cabida para quince mil personas donde había actuado Billy Ray Cyrus la noche anterior. Se trataba de la gira de mayor envergadura que emprendía Nirvana, e incluía un complicado montaje escénico. Cuando la MTV preguntó a Kurt el motivo por el que la banda había optado por tocar en grandes estadios, Kurt se mostró pragmático, citando los elevados costes de producción del espectáculo: «Si decidiéramos no tocar más que en salas, nos veríamos en apuros. No somos ni con mucho tan ricos como la gente piensa». Cuando *USA Today* publicó una crítica negativa del concierto de debut («La anarquía creativa se ha deteriorado hasta convertirse en un arte de la interpretación pésimo», escribió Edna Gunderson), Smear apaciguó los ánimos de Kurt comentando: «Qué jodido, nos han calado. Es lo más divertido que he leído en mi vida». Incluso Kurt tuvo que echarse a reír.

Courtney rogó a Kurt que no leyera las críticas, pero las buscaba de forma obsesiva, incluso en los periódicos de las afueras. Se había vuelto cada vez más paranoico con los medios, hasta el punto de exigir una revisión de los artículos publicados hasta la fecha por un periodista antes de concederle una entrevista. No obstante, en Davenport, Iowa, Kurt acabó volviendo de un concierto en un coche con el publicista Jim Merlis y un reportero de *Rolling Stone*. Kurt pasó por alto que había un periodista por medio cuando mandó a Merlis a un restaurante de comida rápida similar a los de la cadena Taco Bell. El establecimiento estaba plagado de chavales que habían asistido al concierto y que se quedaron con los ojos como platos cuando vieron a Kurt Cobain haciendo cola para pedir un burrito. «El día que tocaba tacos era mi favorito en el instituto», dijo dirigiéndose a todos los que tenía cerca. La anécdota, por supuesto, acabó apareciendo en la prensa.

Durante la primera semana de la gira Alex MacLeod llevó en coche a Kurt a Lawrence, Kansas, para que se reuniera con William S. Burroughs. El año anterior Kurt había producido un single con Burroughs titulado «The Priest They Called Him» (Le llamaban el cura) en T/K Records, pero tuvieron que terminar la grabación mandando cintas de aquí para allá. «Aquel encuentro con William significaba mucho para él -recordaba MacLeod-. Era algo que no pensaba que pudiera llegar a ocurrir.» Conversaron durante horas, pero Burroughs aseguró posteriormente que en ningún momento salió a colación el tema de las drogas. Cuando Kurt se marchó, Burroughs comentó a su ayudante: «A ese chico le pasa algo; enseguida se enfurruña por nada».

Tres días más tarde, en Chicago, el grupo terminó su actuación sin tocar «Smells Like Teen Spirit» y los abuchearon. Kurt se entrevistó aquella noche con David Fricke de *Rolling Stone* y lo primero que dijo fue: «Me alegro de que hayas podido venir al concierto más mierdoso de la gira». La conversación que mantuvo Kurt con Fricke se vio llena de referencias al trastorno emocional que sufría, de tal forma que podría haberse publicado perfectamente en *Psychology Today*. Kurt habló de su depresión, de su familia, de su fama y de sus problemas de

estómago. «Cuando una persona experimenta un dolor crónico durante cinco años -explicó a Fricke-, al final del quinto año acaba literalmente mal de la cabeza. [...] Yo estaba tan esquizofrénico como un gato empapado y recién apaleado.» Según afirmó, el estómago ya apenas le producía molestias y confesó haberse comido una pizza entera la noche anterior. Kurt manifestó que durante los picos de más dolor de su afección gástrica: «No había día que no pensara en quitarme la vida. Y muchas veces me faltó poco». Al hablar de las esperanzas que albergaba para su hija, Kurt declaró: «No creo que Courtney y yo la caguemos tanto. Siempre ha faltado amor en nuestras vidas, y lo necesitamos tanto que si hay un objetivo que tenemos claro es el de dar a Frances todo el amor, y todo el apoyo que podamos».[4]

Tras el concierto de Chicago el nivel de la gira mejoró, y la moral de Kurt también. «La cosa iba a mejor», recordaba Novoselic. Todo el mundo se lo pasaba bien tocando las canciones de *In Utero,* y añadieron al repertorio «Where Did You Sleep Last Night?» y un tema gospel llamado «Jesús Wants Me for a Sunbeam». Durante la gira llevaron en varias ocasiones a la pequeña Frances de catorce meses para que estuviera con su padre, y Kurt parecía más contento cuando la tenía cerca. A finales de octubre los Meat Puppets los telonearon en siete conciertos, una oportunidad única para Kurt de estar junto a sus ídolos Curt y Cris Kirkwood.

Nirvana llevaba un tiempo negociando con la MTV la posibilidad de tocar en el programa *Unplugged* de la cadena. Kurt aprovechó el momento en que estaban de gira con los Meat Puppets para acceder finalmente a actuar en dicho programa e invitó a los Kirkwood a tocar con ellos, pensando que su presencia serviría de apoyo a la banda. La idea de dar un concierto acústico le ponía nervioso, y no se le veía tan preocupado por una actuación desde el debut del grupo en la cervecería Raymond. «Kurt estaba nerviosísimo», recordaba Novoselic. Otros se mostraban más directos en su descripción: «Estaba muerto de miedo», observó el manager de producción Jeff Mason.

Nirvana llegaron a Nueva York la segunda semana de noviembre y comenzaron los ensayos en un escenario de Nueva Jersey. Pero, como

ocurría cada vez que el grupo tenía tratos con la MTV, dedicaron más tiempo a las negociaciones que a los ensayos. Los Kirkwood veían que pasaban los días sin hacer nada; además, los managers de Nirvana les advirtieron que se abstuvieran de fumar maría en presencia de Kurt, una advertencia que les pareció especialmente irritante, habida cuenta de que Kurt tenía por norma llegar tarde a los ensayos y siempre tan colocado que saltaba a la vista. «Se presentaba como si fuera la aparición de Jacob Marley -recordaba Curt Kirkwood-, todo envuelto en franela, con un gorro de cazador. Parecía un granjero de los de toda la vida. Pensaba que con aquel disfraz encajaría con la gente de Nueva York.»

Aunque Kurt había accedido a actuar en el programa, no quería que su *Unplugged* fuera como cualquier otro de la serie; la MTV tenía las pautas contrarias, y la diferencia de opinión generó un debate sumamente controvertido. El día antes de la grabación Kurt anunció su decisión de no tocar. Pero la MTV ya conocía aquel truco. «Lo hizo para alterarnos -explicaría Amy Finnerty-. Le gustaba ejercer ese poder.»

La tarde de la actuación Kurt se presentó en el plato**,** pese a las amenazas de que no iría, pero estaba nervioso y en pleno mono. «No se le veía con humor para bromear, para sonreír ni para pasárselo bien -recordaba Jeff Mason-. Así que todo el mundo estaba algo más que preocupado por cómo iría la actuación.» A Curt Kirkwood le inquietaba el hecho de que no hubieran ensayado el concierto entero ni una sola vez: «Habíamos tocado las canciones unas cuantas veces, pero no el concierto entero. En ningún momento se realizó un ensayo en toda regla». A Finnerty le preocupó ver a Kurt tumbado en un sofá quejándose de lo mal que se encontraba. Cuando Kurt dijo que quería pollo de Kentucky Fried Chicken, Finnerty envió enseguida a alguien a que localizara uno.

Pero Kurt quería algo más que un KFC. Un miembro del equipo de Nirvana avisó a Finnerty de que Kurt estaba vomitando, y le preguntó si podía «conseguir algo» para echarle una mano. «Me dijeron que

Kurt no podría hacer el concierto si no "le echábamos una mano" -recordaba Finnerty-. Y yo solté algo así como que nunca había probado la heroína y que no sabía dónde encontrarla.» Alguien sugirió que el Valium podía ayudarle a pasar el mono, y Finnerty pidió a otro empleado de la cadena que fuera en busca de un farmacéutico corrupto para comprarle una provisión. Cuando Finnerty le pasó los tranquilizantes a Alex MacLeod, este le replicó: «Estos son demasiado fuertes. Necesita Valium de cinco miligramos». Al final apareció un mensajero con un encargo que el propio Kurt había realizado.

Kurt consiguió finalmente tomar asiento para hacer una breve prueba de sonido y ensayar el *blocking* (ubicación del grupo sobre el escenario ante las cámaras). La idea del formato acústico le intimidaba y le daba pavor. Su mayor temor era dejarse llevar por el pánico durante la actuación y arruinar la grabación. «¿Puedes asegurarte de que todos mis incondicionales estén sentados delante?», pidió Kurt a Finnerty. Esta hizo moverse a parte del público para que Janet Billig y algunos allegados más de Kurt se sentaran en primera fila. Pero ni siquiera eso bastó para tranquilizarlo; Kurt interrumpió una vez más la prueba de sonido y confesó a Finnerty: «Estoy asustado». Le preguntó si la gente aplaudiría aunque él no tocara bien. «Pues claro que vamos a aplaudirte», le respondió Finnerty. Kurt insistió en que se sentara donde pudiera verla. Asimismo, pidió a un empleado de producción que le consiguiera un lubricante de trastes; nunca le había hecho falta, pero dijo que de niño había visto a su tía Mari utilizándolo para limpiar su acústica.

Mientras aguardaba en el camerino a que comenzara el concierto, Kurt seguía pareciendo angustiado. Para tratar de que se relajara un poco, Curt Kirkwood sacó a colación lo que había sido una broma continua entre ellos, basada en la costumbre de Kirkwood de despegar los chicles pegados bajo las mesas de los restaurantes para volver a mascarlos. «Joder, tío, mira que eres raro», declaró Kurt. Mientras se preparaban para salir al escenario, Kirkwood se sacó una bolita de chicle de la boca y le ofreció la mitad a Kurt; aquella broma consiguió arrancarle la primera sonrisa del día.

Cuando las cámaras comenzaron a moverse a su alrededor, aquella sonrisa había desaparecido de su rostro hacía rato, Kurt tenía aspecto de un empleado de funeraria, una expresión muy apropiada en vista de que el escenario se había ambientado como para una macabra misa negra. Kurt había sugerido que pusieran lirios orientales, velas negras y una araña de cristal. Cuando el productor de *Unplugged* Alex Coletti le preguntó si lo que quería era que el escenario pareciera un funeral, Kurt respondió que esa era exactamente su idea. Kurt había elegido un repertorio de catorce canciones, entre las que se incluían seis versiones, cinco de las cuales hacían referencia a la muerte.

Pese al carácter adusto de su expresión, y a la ligera rojez de sus ojos, Kurt estaba atractivo. Llevaba puesto su jersey de Míster Rogers y, aunque hacía una semana que no se lavaba el pelo, tenía una apariencia juvenil. Empezó a tocar «About a Girl» con unos arreglos muy distintos del tema original, quitándole el volumen para poner énfasis en la base melódica y la letra. No se trataba del todo de un *unplugged* («desenchufado»), ya que emplearon amplificadores y batería, aunque con almohadillas y escobillas. Jeff Masón sugirió un título más preciso para aquella actuación: «Tendrían que haberla llamado "Nirvana en tono bajo"».

Pero la intensidad emocional que Kurt imprimió a la actuación fue subiendo cada vez más de tono. A continuación, tocó «Come As You Are», seguida de una evocadora interpretación de «Jesús Want Me for a Sunbeam», con Novoselic al acordeón. Kurt esperó a la tercera canción para dirigirse por primera vez al público. «Seguro que esta canción la destrozo», anunció antes de una versión de «The Man Who Sold the World» de David Bowie. Pero no fue así, lo que le tranquilizó lo suficiente como para bromear en la pausa siguiente diciendo que si metía la pata, «Esta gente va a tener que quedarse aquí igualmente». Por primera vez en toda la noche parecía estar presente, aunque seguía dirigiéndose al público en tercera persona.

La tensión de Kurt se reflejaba en el público, que aguardaba con una actitud reservada y poco natural alguna señal por su parte para relajarse por completo. Dicha señal no llegó a darse, pero la tirantez reinante en el plató -similar a la que se respiraba en la final de un campeonato- sirvió para convertir aquel concierto en una ocasión más inolvidable. Cuando llegó la hora de tocar «Pennyroyal Tea», Kurt le preguntó al resto del grupo: «¿Me vais a dejar solo o qué?». Nirvana no había logrado ensayar una sola vez aquella canción entera de principio a fin. «Tócala tú solo», sugirió Grohl. Y así lo hizo, aunque a mitad de canción pareció atascarse. Tomó aliento brevemente y, al espirar, dejó que se le quebrara la voz al cantar el verso «warm milk and laxatives», decisión que le dio fuerza para seguir adelante. Aquel gesto tuvo un efecto sorprendente: fue como ver a un gran cantante de ópera aquejado de una grave enfermedad llegando al final de un aria gracias a la emoción que le embargaba, más que a la precisión de las notas. Hubo varios giros en los que dio la sensación de que podría sucumbir ante el peso del ala de un ángel, pero las canciones eran sus aliadas: aquellas letras y riffs formaban parte de él hasta tal punto que podría haberlas cantado medio muerto sin que por ello perdieran fuerza. Fue el mayor momento de gloria en solitario que Kurt saboreó en el escenario, y como todos los hitos destacados de su carrera, se dio justo cuando su protagonista parecía condenado al fracaso.

«Pennyroyal Tea» situó el listón a una altura difícil de igualar por el resto de las canciones que quedaban por venir, pero Kurt fue cobrando cada vez más seguridad en sí mismo. En un momento dado, llegó incluso a sonreír, cuando alguien del público pidió que tocaran «Rape Me», a lo que él respondió en tono de broma: «Vaya, no creo que los de la MTV nos dejaran tocarla». Cuando llevaban diez canciones, Kurt hizo salir al escenario a los Kirkwood, a quienes presentó como «los hermanos Meat», **y** tocaron tres temas con ellos de acompañamiento. Los Kirkwood eran unos inadaptados venerables, pero su excentricidad encajaba a la perfección con la estética Cobain.

Para el bis final Kurt eligió «Where Did You Sleep Last Night?» de Leadbelly. Antes de tocarla, Kurt contó la historia de que se había planteado comprar la guitarra de Leadbelly, aunque en aquella ocasión elevó el precio a quinientos mil dólares, una cifra diez veces superior a la que había mencionado tres meses antes. Aunque Kurt era dado a exagerar en sus relatos, dotó aquel tema de un tono contenido, refrenado, etéreo. Kurt la cantó con los ojos cerrados, y cuando se le quebró la voz transformó el gemido en un grito «primal» que pareció durar siglos. Fue fascinante.

Cuando abandonó el escenario, se entabló otra discusión más con los productores de la cadena, ante el deseo de estos de que tocaran un bis. Kurt sabía que no podría superar lo que acababa de hacer. «Se vio el suspiro de su rostro antes de la última nota -diría Finnerty-, casi como si fuera su último hálito de vida.» Ya en los camerinos, el grupo se mostró entusiasmado por la actuación, pero Kurt seguía sin verlo claro. «Tío, has hecho un gran trabajo ahí fuera», le dijo Krist, y Janet Billig rompió a llorar de la emoción. «Le dije que aquel concierto había sido como su *bar mitzvah*, un momento decisivo en su carrera que marcó el paso a su madurez profesional», recordaba Billig. A Kurt le gustó la metáfora, pero cuando Billig halagó su ejecución a la guitarra, le pareció que se pasaba de la raya: Kurt la fustigó, afirmando que era «un guitarrista de mierda» y advirtiéndole que nunca más se le ocurriera elogiarlo.

Kurt se marchó con Finnerty, y así eludió su presencia en una fiesta celebrada para la ocasión. Ni siquiera una actuación tan trascendental como aquella pareció servir para que se sintiera más seguro de sí mismo. «No le ha gustado a nadie», se quejó. Cuando Finnerty le aseguró que había sido increíble y que le había encantado a todo el mundo, Kurt protestó diciendo que en sus conciertos la gente normalmente brincaba y daba saltos. «Esta vez estaban sentados en silencio», se quejó. En aquel punto de la conversación Finnerty se plantó: «Kurt, te ven como a Jesucristo -anunció-. La mayoría de esa gente no ha tenido nunca la oportunidad de verte tan de cerca. Estaban totalmente embelesados contigo». Al oír aquellas palabras, Kurt se

calmó, y dijo que quería telefonear a Courtney. Cuando entraron en un ascensor del hotel donde se hospedaba, Kurt dio un codazo a Finnerty y soltó: «Esta noche he estado de puta madre, ¿eh?». Era la primera vez que Finnerty le oía admitir su valía.

Sin embargo, un suceso que había tenido lugar dos días antes de la grabación del acústico indicaba mejor el estado emocional de Kurt que nada de lo ocurrido en la MTV. La tarde del 17 de noviembre el grupo se dispuso a abandonar el hotel de Nueva York donde se alojaban para dirigirse a un ensayo del acústico. Cuando Kurt atravesó el vestíbulo, se le acercaron tres fans con cedes en la mano para pedirle un autógrafo. Kurt hizo caso omiso de sus ruegos y siguió caminando hacia la furgoneta que le esperaba cubriéndose el rostro con las manos, en un gesto que solían emplear los criminales para evitar ser fotografiados a la salida de un palacio de justicia. Los tres jóvenes parecieron sorprendidos ante su descortesía, pero, como recordaba la chelista Lori Goldston, «No parecían del todo disgustados. Pues aunque no habían conseguido un autógrafo suyo, habían tenido un contacto con Kurt, que en el fondo era lo que querían». Incluso un «idos a la mierda» de su enigmático héroe era motivo de celebración.

Cuando el resto del grupo llegó a la furgoneta, tuvieron que esperar a un miembro del equipo que se había retrasado. Estaba claro que si la furgoneta se hubiera quedado siglos allí parada, aquellos fans no se habrían movido de allí en todo el rato con tal de contemplar a Kurt, quien no se habría dignado devolverles la mirada. Mientras esperaban, Krist comentó a Kurt: «Eh, ese tío te ha llamado gilipollas». Lo más probable es que Novoselic dijera aquello en broma, pues ninguno de los presentes recordaba haber oído nada despectivo. Cuando por fin llegó el miembro del equipo que faltaba, el conductor procedió a arrancar.

Pero justo en el momento en que el vehículo se puso en marcha, Kurt gritó «¡Para!» con la misma contundencia con la que un hombre gritaría «¡Fuego!» al ver unas llamas. El conductor pisó el freno, y Kurt bajó la ventanilla del lado del copiloto.

Los fans apostados en la acera se quedaron pasmados al ver que su ídolo reconocía su presencia, lo que tal vez les llevara a pensar que al final les obsequiaría con un preciado autógrafo. Pero en lugar de asomar el brazo Kurt extendió su escuálido cuerpo cuan largo era en un gesto similar al de Leonardo DiCaprio en *Titanic***.** y una vez estirado por completo arqueó la espalda y lanzó un enorme gargajo de lo más profundo de sus pulmones. La flema pareció recorrer su trayectoria en el aire a cámara lenta antes de aterrizar justamente en la frente de un individuo que sostenía en la mano una de las ocho millones de copias vendidas de *Nevermind***.**

22

LA ENFERMEDAD DE COBAIN

SEATTLE, WASHINGTON
NOVIEMBRE DE 1993 - MARZO DE 1994

Y que sea el título de nuestro próximo álbum doble. «La enfermedad de Cobain». Una ópera de rock sobre un joven […] que vomita jugos gástricos.
- De un pasaje de un diario de Kurt.

El día de la grabación de *Unplugged*, Kurt tenía un secreto que influyó en su estado de ánimo: le había vuelto a doler el estómago, y estaba vomitando bilis y sangre. Kurt se había aventurado de nuevo a someterse a la ruleta de los médicos, visitando la consulta de numerosos especialistas en ambas costas, o donde estuvieran de gira. Pese a las múltiples y variadas opiniones que recibió sobre su afección -algunos la interpretaron como síndrome intestinal irritable pero el diagnóstico dejaba lugar para la duda, y Kurt dio negativo en la prueba de la enfermedad de Crohn-, ninguno de los tratamientos consiguió aliviarle. Seguía jurando y perjurando que la heroína le iba bien, pero era discutible saber si en ella radicaba el problema o la cura, ya que no había estado el tiempo suficiente sin probarla.

La mañana del concierto acústico Kurt se pasó una hora rellenando el cuestionario de un especialista sobre sus hábitos alimentarios. En él plasmó la historia de una vida al borde del hambre, tanto física como espiritualmente. Como su sabor favorito puso «frambuesa-chocolate», y como el que menos le gustaba «brócoli/espinacas/champiñones». A la pregunta de cuál era el plato preferido que le preparaba su madre contestó «asado, patatas, zanahorias, pizza». Y en el apartado «¿Qué le dabas de comer al perro por debajo la mesa?», escribió: «La comida de mi madrastra». Describió los Taco Bell y la pizza de pepperoni de masa fina como sus especialidades de comida rápida favoritas. La única cocina que afirmaba detestar era la hindú. Cuando llegó el punto

en el que el cuestionario se interesaba por su estado de salud en general, Kurt se abstuvo de mencionar su drogadicción y se limitó a poner «problemas de estómago». En cuanto al ejercicio, la única actividad física que hizo constar fue «actuar». Y a la pregunta «¿Le gusta la naturaleza?», respondió con dos palabras: «¡Venga, hombre!».

Kurt llevaba una relación de sus problemas gastrointestinales en su diario, dedicando páginas enteras a descripciones pormenorizadas, como una referente a una prueba con endoscopio (un procedimiento consistente en la exploración de los intestinos con una sonda provista de una cámara de vídeo diminuta en un extremo introducida a través de la garganta, una intervención a la que tuvo que someterse en tres ocasiones). Los problemas de estómago constituían para Kurt tanto un suplicio como, en cierto modo, un entretenimiento. «Por favor, Señor -rogaba en un pasaje de su diario-, a la mierda los discos de éxito. Hazme dueño de una enfermedad estomacal extraña e inexplicable que lleve mi nombre. Y que sea el título de nuestro próximo álbum doble. "La enfermedad de Cobain". Una ópera rock sobre un joven grunge tipo Auschwitz al borde de la anorexia que vomita jugos gástricos. ¡Y de regalo un vídeo casero sobre el endoscopio!»

Aunque el *Unpluggcd* de la MTV supuso para él un subidón emocional, diez días después en Atlanta sufrió un bajón físico que le dejó tumbado en el suelo del camerino agarrándose la barriga. Los proveedores de catering de la gira habían hecho caso omiso de su petición de macarrones Kraft con queso, y en su lugar elaboraron un plato a base de caracoles de pasta, queso y pimientos jalapeños. Courtney se plantó con el plato de pasta ante el manager John Silva y le preguntó: «¿Qué coño hacen los jalapeños y el queso jack con esta pasta?». Mientras sostenía el plato en alto como una camarera, mostró el *rider* de Kurt, donde ponía en negrita: «*solo* macarrones Kraft con queso». Para poner énfasis en su reivindicación, Courtney lanzó la comida a la basura. «No le importaba lo que Silva pensara de ella, solo quería asegurarse de que sirvieran a Kurt algo que pudiera comer -recordaba Jim Barber, presente en la sala-. "¿Por qué no dejas que Kurt sea quien es?", dijo Courtney a John.» Para ilustrar más si cabe su postura, Courtney obligó a Silva a examinar los vómitos de Kurt,

los cuales contenían sangre. Cuando Love abandonó la estancia, Silva se volvió a Barber y dijo: «¿Has visto con quién tengo que vérmelas?».

La relación entre Kurt y sus managers se había deteriorado hasta tal punto que la organización de Nirvana se asemejaba a una familia disfuncional; en realidad, guardaba cierto parecido con la propia familia de Kurt, con sus compañeros de grupo en el papel de hermanastros y sus managers en el de padres. «Kurt odiaba a John», recordaba un ex empleado de Gold Mountain, quizá porque Silva le recordaba un poco a su padre. Hacia finales de 1993 Kurt llegó a recelar tanto de Gold Mountain que recurrió a los servicios de Dylan Carlson para que revisara de vez en cuando su estado de cuentas porque tenía la sensación de que le estaban estafando, y con quien trataba Kurt la mayoría de las veces era con Michael Meisel, ayudante de Silva. Por su parte, Silva calificaba sin tapujos a su cliente más famoso de «yonqui», una descripción exacta donde las hubiera, si bien a quienes la oían les parecía desleal. Bien es verdad también que Silva, al igual que todos los que formaban parte de la vida de Kurt, incluida Courtney, simplemente no sabía qué hacer ante la adicción de Kurt. ¿Acaso el amor severo, el amor con mano dura, era mejor que la aceptación? ¿Qué era mejor, ponerle en evidencia o ser permisivo con él?

El otro manager de Kurt, Danny Goldberg, había trabajado como agente de prensa para Led Zeppelin durante la época de mayor libertinaje de la banda, por lo que solían recaer sobre él tareas tales como la de buscar médicos especializados en drogodependencia. Kurt acabó viendo en Danny a una figura paterna, aun cuando pensaba que Gold Mountain, la empresa de Danny, le estafaba. Su relación personal se vio complicada por la profesional: la esposa de Goldberg, Rosemary Carroll, era la abogada tanto de Kurt como de Courtney. Se trataba de una chocante situación incestuosa. «No creo que eso favoreciera los intereses generales de Kurt, y lo digo sin ánimo de juzgar las cualidades de Carroll como abogada», diría Alan Mintz, el anterior abogado de Cobain.

Sin embargo, no había duda de que Kurt confiaba tanto en Rosemary como en Danny. Poco después del nacimiento de Frances, Kurt escribió el borrador de una «declaración de últimas voluntades» (que nunca llegaría a firmarse) en el que hacía constar su deseo de que, en caso de fallecimiento de Courtney, Danny y Rosemary velaran por la custodia de su hija. Después de ellos, concedía la tutela a su hermana Kim, tras la cual citaba a una serie de sucesivos tutores: Janet Billig, Eric Erlandson de Hole, Jackie Farry (la anterior niñera de Frances) y Nikki McClure, la antigua vecina de Kurt, con quien no había hablado desde hacía un año. En la novena posición de la lista de posibles tutores de Frances, y solo en el supuesto de defunción de Courtney, Rosemary, Danny, Kim, Janet, Eric, Jackie y Nikki, se hallaba Wendy O'Connor, la madre de Kurt. Kurt explícito que bajo ningún concepto, ni siquiera en el caso de que no quedara vivo ningún otro miembro de su familia, se dejara la custodia de Frances en manos de su padre o de cualquier pariente de Courtney.

El tramo de la gira de *In Utero* por Estados Unidos siguió avanzando poco a poco un mes más tras el *Unplugged*, pasando por St. Paul, Minnesota, el 10 de diciembre. Nirvana tenía otra grabación para la MTV a finales de aquella semana, y Kurt decidió hacer las paces con la cadena, invitando a Finnerty y a Kurt Loder a entrevistarle. Durante la grabación el grupo se emborrachó y empezaron a lanzarse los unos contra los otros en plan pogo hasta que tiraron la cámara. «Aquella grabación nunca se emitió -recordaba Finnerty-, pues todo el mundo, incluido Kurt Loder, acabó tan perdido de vino rojo que no pudo utilizarse». Loder y Novoselic destrozaron una habitación de hotel haciendo añicos el televisor y sacando al pasillo varios muebles a rastras. El hotel posteriormente interpuso sin éxito una deinanda judicial a fin de cobrar los 11.799 dólares en que valoraron los daños y perjuicios.

Tres días después el grupo actuó en el programa de la MTV *Live and Loud* en Seattle. La cadena grabó a Nirvana tocando ante un reducido público, decorando el estudio para que pareciera un concierto de Nochevieja, fecha en la que se emitiría el programa. Tras la

actuación Kurt invitó a la fotógrafa Alice Wheeler al hotel Four Seasons para charlar con ella. Kurt pidió un bistec al servicio de habitaciones, aclarando que «pagaba la MTV». Kurt instó a Wheeler a que fuera a visitarle a la nueva casa que Courtney y él iban a comprar, aunque no pudo recordar la dirección exacta de la misma. Le dijo que contactara con él a través de Gold Mountain, una costumbre que había pasado a adoptar con la mayoría de sus amigos. La divulgación del número de teléfono de sus managers propició involuntariamente que se intensificara el aislamiento de Kurt, pues no volvió a saber nada más de muchos de sus amigos a quienes sugirió en su día que llamaran a Gold Mountain, y al final acabó perdiendo el contacto con ellos.

Una semana más tarde, cuando la gira llegó a Denver. Kurt se reunió con John Robinson de los Fluid. Cuando Robinson le reveló que los Fluid se habían disuelto, Kurt quiso saber hasta el último detalle, dando la impresión de buscar consejo. Robinson contó que había empezado a componer canciones al piano y que deseaba hacer un lujoso álbum con instrumentos de cuerda y viento. «¡Vaya! -contestó Kurt-. ¡Eso es precisamente lo que quiero hacer yo!» Kurt afirmó que había hablado con Mark Lanegan de llevar a cabo una idea similar, e invitó a Robinson a colaborar con ellos dos al término de aquella larga gira. Asimismo, le habían propuesto trabajar con Michael Stipe de R.E.M.

La gira se interrumpió por fin brevemente en Navidad, y Kurt y Courtney aprovecharon para trasladarse a Arizona con la intención de pasar cuatro días en el selecto balneario de Canyon Ranch, a las afueras de Tucson. Como regalo de Navidad, Courtney le entregó una copia en vídeo de la serie de Ken Burns *The Civil War* (La guerra civil), que a Kurt le fascinaba. Durante su estancia en el balneario, Kurt trató de someterse a una terapia de desintoxicación bajo sus propios criterios, visitando cada día al doctor Daniel Baker, médico interno del centro. El facultativo le ofreció un diagnóstico que Kurt tendría en mente hasta mucho después de aquella corta escapada: Baker le advirtió que su adicción había avanzado hasta el punto de que si no se desenganchaba, significaría su muerte. Muchos otros le habían

dado el mismo consejo, pero en aquella ocasión Kurt pareció prestar atención a la advertencia.

La diferencia entre la abstinencia y la falta de ella se evidenció más que nunca el 30 de diciembre, cuando Nirvana ofreció un concierto en el Great Western Forum, cerca de Los Angeles. El realizador Dave Markey los grabó en vídeo aquella noche **y** presenció una muestra tan extrema de pérdida de papeles por embriaguez que apartó la cámara en un gesto de compasión. Y no fue Kurt quien protagonizó la escena, sino Eddie Van Halen. El afamado guitarrista se hallaba entre bastidores borracho, suplicando de rodillas a Krist que le dejara tocar con ellos. Kurt solo tuvo tiempo de ver que su héroe de la adolescencia se abalanzaba a sus pies con los labios fruncidos, como un Dean Martin beodo en una pésima sátira del Kat Pack. «No, no puedes tocar con nosotros -anunció Kurt de manera inexpresiva-. Nunca recurrimos a otro guitarrista.»

Van Halen no captó el mensaje de aquella mentira evidente y señaló a Pat Smear, gritando: «Pues entonces dejadme tocar la guitarra mexicana. ¿Ese qué es, mexicano? ¿Negro?». Kurt no daba crédito a sus oídos. «Eddie se quiso hacer el gracioso con aquel comentario racista y homófobo propio de un paleto -observaría Dave Markey-. Fue surrealista.» Kurt se puso furioso, pero al final se le ocurrió una única réplica verbal encomiable: «De hecho, sí que puedes tocar -le prometió-. Puedes salir al escenario después de nuestros bises. ¡Sal ahí arriba y toca tú solo!», le espetó Kurt.

A finales de 1993 Kurt llevó al papel varias reflexiones sobre la importancia del año que llegaba a su fin. Escribió una carta dirigida a *The Advocate* en la que les agradecía la publicación de su entrevista y citaba sus logros: «Ha sido un año productivo, Nirvana ha sacado otro álbum (del que estamos bastante orgullosos, aunque tuvimos que soportar la mierda de algunos que antes de que saliera a la venta afirmaban que supondría nuestro "suicidio comercial"). Mi hija, Frances, un angelito encantador, me ha enseñado a ser la persona más tolerante del planeta».[1]

Kurt redactó también una carta que nunca llegó a enviar a su destinataria, Tobi Vail. Tobi confiaba aún en llevar a cabo el proyecto

de grabación del que tantas veces habían hablado, lo que solo sirvió para que Kurt -herido todavía por el desaire que le hiciera Tobi en su día- se convenciera de que a Tobi solo le interesaba él para promover su carrera. Kurt le escribió una amarga misiva: «Hazles pagar mientras conserves tu belleza, mientras te ven romperte, y te queman». En referencia a *In Utero* manifestó: «No creas que todas las canciones de este disco hablan de ti. No, no soy tu novio. No, no escribo canciones sobre ti, excepto "Lounge Act", que solo toco en ausencia de mi mujer». Tras la cólera de Kurt se ocultaba la dolorosa herida aún abierta que le había causado su rechazo. Aquellas no fueron las únicas palabras hirientes que destinó a Tobi. En otra invectiva que nunca envió, arremetía contra ella, contra Calvin y contra Olympia:

> El año pasado gané unos cinco millones de dólares y no pienso darle un solo centavo a ese mamón elitista de Calvin Johnson. ¡Ni hablar! He colaborado con uno de mis únicos idoIos, William Burroughs, y no podría sentirme mejor. Me mudé a Los Angeles un año y al volver me encontré con que tres de mis mejores amigos se habían vuelto unos verdaderos heroinómanos. He aprendido a odiar al riot grrrl, un movimiento del que yo mismo fui testigo desde sus orígenes porque me tiré a la tía que sacó el primer fanzine grrrl y ahora ella se aprovecha del hecho de que me jodió. No de forma escandalosa pero sí lo suficiente como para sentirme utilizado. Pero no pasa nada porque hace unos años opté por permitir que los blancos corporativistas me explotaran y me encanta. Me sienta bien. Y no pienso donar un solo dólar al puto régimen fascista indie. Siempre tan necesitado. Ya pueden morirse de hambre. Que coman vinilo. Para él todas las migas. Yo podré vender mi culo carente de talento durante años gracias a mi condición de figura de culto.

A principios de enero Kurt y Courtney se mudaron a su nueva casa en el 171 del bulevar Lake Washington, en el lujoso barrio residencial de Denny-Blaine, uno de los más antiguos y selectos de Seattle. La vivienda se hallaba en lo alto de una colina que dominaba el lago, en una zona de suntuosas mansiones junto al agua y majestuosas casas

solariegas de principios de siglo. En la propiedad situada enfrente había un letrero de «no aparcar» escrito en Frances, mientras que al lado tenían de vecino a Howard Schultz, director ejecutivo de Starbucks. Peter Buck de R.E.M. también se había comprado una casa a una manzana de distancia, pero él y los Cobain eran las únicas excepciones del barrio, ocupado en su mayor parte por vástagos acaudalados de rancio abolengo, matronas de la alta sociedad y gente que posee edificios públicos con su mismo nombre.

La casa de los Cobain había sido construida en 1902 por Elbert Blaine, de quien tomaba su nombre el barrio, y quien se reservó la parcela de tierra de mejores condiciones y mayores dimensiones, un terreno de casi tres mil metros cuadrados y un exuberante jardín con rododendros, arces japoneses, cornejos, cicutas y árboles de magnolia. Se trataba de una propiedad imponente, aunque tenía la extraña característica de lindar con un pequeño parque municipal, por lo que gozaba de menos intimidad que muchas fincas de la zona.

La vivienda en sí ocupaba 725 metros cuadrados y constituía un monolito con tres plantas, cinco chimeneas y cinco dormitorios. Cubierta de aguilones y tejas planas de color gris, parecía más propia de la costa de Maine, donde podría haber servido de residencia vacacional de un ex presidente. Como en la mayoría de las construcciones grandes y antiguas, había muchas corrientes de aire, pero la cocina era muy acogedora; la habían reformado de arriba abajo y contaba con un frigorífico de acero inoxidable Traulson, un horno Thermador y un suelo de roble. La planta principal constaba de salón, comedor, cocina y una biblioteca que se convirtió en la habitación de Cali, la niñera masculina de Frances. En el segundo piso había un dormitorio para Frances, dos habitaciones de invitados y una suite principal, con baño incluido y vistas al lago. El piso superior constituía un enorme desván sin calefacción, mientras que en el sótano había otro dormitorio y varias estancias lúgubres y poco iluminadas para el almacenamiento de todo tipo de productos y objetos. Los Cobain pagaron un millón ciento treinta mil dólares por la casa y contrataron una hipoteca con el Chase Manhattan por valor de un millón de dólares, con cuotas mensuales de siete mil dólares y unos

intereses anuales de diez mil dólares. En la parte trasera de la casa había una construcción independiente del resto que contenía un invernadero y un garaje, donde el Valiant de Kurt -que en tiempos había supuesto su única casa-, no tardó en encontrar su lugar.

Cada miembro de la familia se hizo con su pequeño rincón de dominio propio: el jardín situado al norte se convirtió en el espacio de juego de Frances, con una zona de columpios incluida; Courtney halló un lugar ideal en la cocina donde exhibir su colección de tazas de té, mientras su amplio surtido de lencería ocupaba un armario entero del dormitorio conyugal: el sótano se convirtió en el almacén de todos los discos de oro de Kurt, donde no acabaron expuestos, sino simplemente apilados. En un hueco del piso principal se apostó un maniquí completamente vestido, como un centinela con aspecto de cadáver. A Kurt no le gustaban los grandes espacios, y su rincón preferido de la casa era el armario de la suite principal, donde solía tocar la guitarra.

Kurt no tardaría en encontrar otros lugares donde esconderse. Disponía de un intervalo de un mes antes de que la gira de *In Utero* se reanudara por Europa, y pareció proponerse pasar la mayor parte de aquel paréntesis de tiempo drogándose con Dylan. Su relación se hizo más profunda que sus mutuas adiciones; Kurt quería de verdad a Dylan, y llegó a sentirse más unido a él que a cualquier otro amigo en toda su vida, a excepción de Jesse Reed. Dylan fue uno de los pocos amigos de Kurt que era bienvenido en la casa de Lake Washington; Courtney no podía prohibirle la entrada, pues cuando volvía a engancharse ocasionalmente tras un período de abstinencia Dylan era su principal proveedor de drogas. A veces se daban escenas casi cómicas cuando Dylan hacía de camello de marido y mujer; Kurt le llamaba para hacerle un encargo, y durante la espera Courtney buscaba la manera de conseguir drogas para ella, pidiéndole ambos a Dylan que no dijera nada al otro cónyuge.

En 1994 Cali acabó también enganchadísimo a la cocaína. E1 matrimonio siguió pagándole un sueldo, pues a aquellas alturas Cali formaba parte casi de la lamilla, pero pasaron la responsabilidad de vigilar a Frances a otros cuidadores y pidieron a Jackie Farry que volviera. Cali siguió encargándose en gran medida de las compras

domésticas, es decir, de comprar núnipizzas congeladas de Totino para Kurt y pasteles Marie Callender para Courtney, ya que las pocas veces que los Cobain acudían al supermercado apenas se aclaraban. Larry Reid tuvo ocasión de coincidir con Kurt y Courtney en el Rogers Thriftway aquel mes de enero: «Iban lanzando cosas al cesto sin orden ni concierto. Todo lo que cogían eran porquerías raras, como salsa, ketchup y cosas así. Era como si estuvieran ciegos y fueran por el supermercado metiendo cosas en el cesto».

Cuando Courtney trató de impedir la entrada a su casa de los traficantes de drogas, Kurt se sirvió de sus amigos para que dejaran los pedidos entre los arbustos. El consumo de drogas por parte de Kurt había traspasado el curso normal de su adicción: el día que no disponía de heroína se inyectaba cocaína o metanfetamina, o empleaba narcóticos con receta, como el Percudan, comprados en la calle. Cuando se le agotaban todas las alternativas, se administraba cantidades ingentes de benzodiazepina, en forma de Valium u otros tranquilizantes, lo que le servía para superar los síntomas de abstinencia de la heroína. Cualquier intento de impedir la entrada de drogas en la casa del lago Washington tenía tanto éxito como si un fontanero tratara de cortar una fuga en una cañería acribillada a balazos: en cuanto se conseguía tapar una fisura, el agua salía por otra.

La actividad de Nirvana proseguía en medio de aquellos traumas cotidianos, con un calendario de ensayos programados en previsión de la inminente gira por Europa, aunque Kurt rara vez se presentaba. El grupo había recibido el ofrecimiento de encabezar el cartel del Festival Lollapalooza de 1994. Todo el mundo del entorno de Kurt, desde sus managers hasta el resto de la banda, opinaba que Nirvana debía aprovechar la oportunidad, pero Kurt se resistía a la expectativa de más conciertos. Su reticencia enfureció a Courtney, quien pensaba que Kurt debía ir de gira para reforzar el futuro económico de la familia. La mayoría de las veces que la pareja discutió por esta y otras oportunidades similares acabaron peleándose a gritos.

La última semana de enero Wendy llamó a Kurt para anunciarle que sus diez años de peleas a gritos con Pat O'Connor habían terminado, pues finalmente se habían divorciado. Aunque lamentó el

dolor de su madre, en su fuero interno Kurt sintió regocijo al enterarse de que quien fuera su rival por la atención de su madre se había visto expulsado por fin de su vida. Pero su madre le comunicó otra noticia que le entristeció: su querida abuela Iris, aquejada de graves problemas cardíacos, iba a ser ingresada en el hospital de Seattle para que la sometieran a las pruebas y el tratamiento pertinentes.

Leland llamó a Kurt cuando hospitalizaron a Iris. Kurt compró cien dólares de orquídeas y se aventuró con temor a presentarse en el hospital sueco de Seattle. A Kurt no le resultó fácil ver a Iris tan frágil: ella había sido uno de los pocos pilares firmes con los que contó en su niñez, y la idea de su muerte le infundía más temor que la suya propia. Permaneció a su lado durante horas. Estando a los pies de su cama sonó el teléfono: era su padre. Al oír la voz de Don, Kurt hizo señas para dar a entender que no se encontraba presente. Pero Iris, a pesar de su delicado estado, le agarró del brazo y le pasó el auricular. Por mucho que quisiera evitar a su padre, no podía rehusar la petición de una mujer moribunda.

Kurt y Don hablaron por primera vez desde su infortunado encuentro en el concierto de Seattle. La conversación giró en gran parte en torno a Iris: los médicos pronosticaron que superaría aquella afección pero que sufría una enfermedad cardíaca irreversible. Sin embargo, la breve charla pareció servir para tirar abajo una barrera; tal vez se debiera a que Kurt notó en la voz de Don parte del miedo que él mismo sentía. Antes de colgar, Kurt facilitó a su padre el número de teléfono de su casa y le pidió que le llamara. «Tendremos que vernos pronto –dijo Kurt al colgar el auricular, y miró a su abuela, que estaba sonriendo-. Sé que el mal rollo que tengo con él se debe en gran parte a mi madre -admitió Kurt ante Iris y Leland-. Sé que un montón de cosas no eran más que chorradas.»

A principios de 1994 la personalidad de Leland experimentó un cambio radical y a Kurt le dolía ver a su abuelo tan abatido y asustado. Aunque Leland había sufrido muchas pérdidas, desde la prematura muerte de su padre hasta el suicidio de sus hermanos, la enfermedad de su esposa a los cuarenta y nueve años le resultó la más difícil de sobrellevar. Kurt invitó a su abuelo a pasar la noche en su casa, donde

al llegar los dos Cobain se encontraron a Courtney paseándose en calzoncillos. Aquel era un atuendo habitual en una artista que hacía de la ropa interior una declaración de principios estéticos, pero para la mentalidad chapada a la antigua de Leland resultaba inquietante: «Una mujer que no llevaba bragas no podía ser tratada como una dama». Una vez en el salón, Leland coincidió con Cali, y se quedó perplejo cuando Kurt le informó de que aquel joven de pelo largo con pinta de drogadicto era una de las niñeras de Frances.

Courtney se marchó a una reunión, así que Kurt invitó a su abuelo a su restaurante favorito: la Casa Internacional de las Tortitas. Kurt le recomendó el roast beef de I-Hop, y ambos se pidieron uno. Durante la cena Kurt repasó el itinerario de la gira por Europa. El grupo tenía previsto dar treinta y ocho conciertos en dieciséis naciones en menos de dos meses. Pese a no ser tan dura como la gira de «Heavier Than Heaven» con Tad, a Kurt se le antojaba más cansada. Por eso había pedido de antemano poder tomarse un respiro en mitad de la gira, tiempo que esperaba aprovechar para hacer turismo por Europa con Courtney y Frances. Kurt le comentó a Leland que a su regreso quería salir de pesca con él. Durante la velada Kurt fue interrumpido en tres ocasiones por otros clientes para que les firmara un autógrafo. «Kurt accedió a su petición y les preguntó qué querían que pusiera -recordaba Leland-. Pero me confesó que era algo que no le gustaba hacer.»

En el trayecto de vuelta a casa Kurt le pidió a su abuelo que le dejara conducir su camioneta Ford, y le comentó que quería comprarse un modelo similar. Aquel mes había estado mirando coches, y se había comprado un Lexus negro. Jennifer Adamson, una amiga de Cali, recordaba que Kurt se pasó por su casa para presumir de coche nuevo: «Courtney quería uno pero a Kurt le parecía demasiado lujoso y no le gustaba el color. Al final acabaron devolviéndolo». Courtney explicaría posteriormente en un e-mail: «Un día fuimos a comprar un coche negro de los caros de verdad, nos paseamos un rato con él para que nos vieran y nos sentimos como si hubiéramos traicionado nuestros principios, así que lo devolvimos a las dieciocho horas de haberlo comprado».

La última semana de enero Nirvana tenía programada una sesión de grabación en los estudios Robert Lang situados al norte de Seattle. El primer día, pese a telefonearlo en reiteradas ocasiones, Kurt no apareció. Courtney se había ido al extranjero con Hole, y nadie contestó al teléfono en casa de los Cobain. Novoselic y Grohl aprovecharon el tiempo para trabajar en las canciones que Dave había escrito. Kurt siguió sin aparecer el segundo día, pero al tercero, domingo, se presentó sin dar explicación alguna del motivo de su ausencia en las dos jornadas anteriores. Nadie se lo preguntó; el grupo había perdido su democracia hacía ya tiempo, y Krist y Dave se habían resignado a esperar, considerando un milagro cualquier gesto de participación por parte de Kurt.

El tercer día trabajaron diez horas seguidas y, pese a las bajas expectativas, grabaron las bases para once canciones. Durante la mañana un gatito negro entró en el estudio. La visita inesperada de aquel minino un tanto parecido a Puff, la mascota que Kurt tenía de niño, le subió el ánimo. El grupo grabó varias canciones compuestas por Grohl (que posteriormente acabarían formando parte del repertorio de los Foo Fighters), en las que Kurt tocó la batería. Uno de los temas que grabaron de Kurt se titulaba «Skid-marks» (Marcas de patinazos) y hacía referencia a las manchas que quedaban en la ropa interior; Kurt no había olvidado su obsesión por la materia fecal. Otra de sus canciones se llamaba «Buttertly» (Mariposa), pero, como la mayoría del material nuevo, aún no tenía letra y no estaba acabada del todo.

Una de las composiciones de Kurt que sí tenía voces se erigiría en una de las más emblemáticas de todo su repertorio. Kurt acabaría titulándola «You Know You're Right» (Sabes que tienes razón), pero la única vez que se tocó en directo -el 23 de octubre de 1993 en Chicago- la llamó «On the Mountain» (En la montaña). Desde el punto de vista musical, presentaba la misma melodía suave y dura de «Heart-Shaped Box», con un ritmo pausado en las estrofas seguido de un estribillo potente con los gritos de Kurt. «La sacamos enseguida -

recordaba Novoselic-, Kurt puso el riff y nosotros le sacamos punta. Le dimos el toque Nirvana.»

Desde el punto de vista lírico, la letra encajaba a la perfección, con un estribillo pegadizo que repetía insistentemente el título de la canción. El primer verso constituía una declaración de intenciones que empezaba de la siguiente forma: «1 would never bother you / I would never promise to / If I say that word again / I would move away from here» (Nunca te molestaría / Nunca lo prometería / Si digo esa palabra otra vez / Me iría de aquí). Un pareado, que solo podía ser de Kurt Cobain, decía así: «I am walking in the piss / Always knew it would come to this» (Camino entre orines / Siempre supe que acabaría así). La segunda estrofa se centra en la figura de una mujer -«She just wants to love herself» (Solo quiere amarse a sí misma)- y concluye con dos versos expresados por fuerza en tono sarcástico: «Things have never been so swell / And I have never been so well» (Las cosas nunca han ido tan fenomenal / Y yo nunca he estado tan bien). El lamento quejumbroso del estribillo no podía ser más claro: «Pain» (Dolor), gritaba Kurt, alargando la pronunciación de la palabra durante casi diez segundos en cuatro sílabas distintas, y transmitiendo con ello la sensación de un tormento ineludible.

Poco antes del término de la sesión, Kurt buscó el gato negro, pero este había desaparecido. Estaba anocheciendo cuando salieron del estudio, y el grupo decidió ir a cenar para celebrarlo. Kurt parecía eufórico y expresó a Robert Lang su deseo de seguir grabando con él a su regreso de Europa.

Al día siguiente Kurt llamó a su padre. Estuvieron al teléfono más de una hora, en la que supuso la conversación más larga que padre e hijo habían mantenido en más de una década. Hablaron de Iris y de su pronóstico -los médicos la habían enviado de vuelta a Montesano-, así como de sus respectivas familias. Don le manifestó su deseo de ver a Frances, y Kurt pasó a glosar con orgullo las cosas que sabía decir y hacer su hija. En cuanto a su tensa relación, evitaron sacar a relucir las decepciones causadas el uno al otro, pero Don fue capaz de pronunciar las palabras que tantas veces se había guardado para sí mismo. «Te quiero, Kurt», dijo a su hijo. «Yo también, papá», contestó Kurt. Al

final de la conversación Kurt invitó a su padre a pasarse por su nueva casa a su regreso de Europa. Cuando Don colgó. Jenny Cobain presenció una imagen del todo atípica: vio llorar a su estoico marido.

Dos días después Kurt voló a Francia. En su primera actuación Nirvana tenía programado tocar en un espectáculo de variedades. A Kurt se le ocurrió una solución para salir airosos del paso: comprar unos trajes de raya diplomática que Kurt bautizó con el nombre de «modelos Knack». Cuando dio comienzo su actuación, los Nirvana tocaron tres canciones de corrido, pero ataviados con aquella indumentaria parecieron escenificar un gag cómico. Durante su estancia en París el grupo realizó una sesión fotográfica con Youri Lenquette: en una de las imágenes se ve a Kurt apuntándose en broma con una pistola en la cabeza. Ya en los inicios de aquella gira los más allegados a él notaron un cambio en su proceder: «Ya entonces se le veía hecho un desastre -recordaba Shelli Novoselic-. Era muy triste. Estaba hecho polvo». Kurt no viajaba en el mismo autocar que Novoselic y Grohl, pero en opinión de Shelli la relación entre ellos parecía haber mejorado: «No era tan tensa como en la gira anterior, pero tal vez fuera porque aquella situación ya se había vuelto normal».

Las siguientes citas tuvieron lugar en Portugal y Madrid. Al llegar a España, cuando solo llevaban tres de los treinta y ocho conciertos de la gira, Kurt ya hablaba de cancelarla. Telefoneó a Courtney en un ataque de furia. «Odiaba todo y a todo el mundo -relató Love a David Fricke-. Odio, odio, odio. [...] Estando en Madrid, se paseó entre el público. Había críos fumando heroína en papel de plata, diciéndole "¡Kurt! ¡Jaco!" y dedicándole gestos de aprobación con el pulgar en alto. Me llamó llorando. [...] No quería ser un icono de los yonquis.»[:]

Tampoco quería dejarlo con Courtney, pero las peleas cada vez más frecuentes que mantenían por teléfono -principalmente por su drogadicción-, además de la separación física que vivían debido a la gira, le hacía temer aquel desenlace. A Kurt le habría gustado tenerla a su lado en aquel viaje, pero Courtney estaba acabando la posproducción de su álbum. Kurt se dirigió a Jeff Mason y le preguntó qué ocurriría si decidía cancelar la gira; Mason le informó de que, habida cuenta de las cancelaciones anteriores, deberían indemnizar a

los perjudicados por cada fecha anulada, salvo en caso de enfermedad. Kurt se centró en aquel último punto, y al día siguiente en el autocar se dedicó a bromear con la idea de que en vista de que el seguro solo cubría la cancelación de la gira por causa de enfermedad, si se moría aun así tendrían que pagar.

Aunque a Kurt le desconsolaba ver a los adolescentes europeos identificándose con él en su faceta de drogadicto, la ansiedad que se adueñaba de él provenía de hecho de su drogadicción. En Seattle sabía dónde y cómo conseguir heroína. En Europa, aunque lograra dar con un contacto, le aterrorizaba la idea de ser arrestado en un control aduanero. Kurt optó en cambio por contratar los servicios de un médico londinense conocido por su manga ancha en la prescripción de narcóticos legales pero potentes. Kurt tenía recetas para tranquilizantes y morfina, fármacos que empleaba para contrarrestar los dolores del mono. Cuando se hallaba en apuros en mitad de la gira, le bastaba con telefonear a dicho médico para que este le extendiera de inmediato las recetas que necesitaba sin preguntarle nada, y los servicios internacionales de mensajería urgente se encargaban de hacerle llegar el pedido a cualquier punto del continente.

El 20 de febrero, estando en ruta, Kurt cumplió veintisiete años. John Silva le regaló en broma un cartón de tabaco. Cuatro días después, durante su estancia en Milán, Kurt y Courtney celebraron su segundo aniversario, pero lo hicieron a distancia, ya que ella se encontraba aún en Londres promocionando su álbum. La pareja habló por teléfono y planeó celebrar el aniversario cuando se reunieran al cabo de una semana.

El 25 de febrero, la segunda noche que pasaban en Milán, algo cambió en Kurt. Su actitud pareció pasar del abatimiento al derrotismo. Aquel día se acercó a Krist y le anunció su deseo de cancelar la gira. «Me contó no sé qué historia absurda sobre la razón por la que quería mandarlo todo al garete», recordaba Novoselic. Kurt se quejaba del estómago, una protesta que Krist había oído ya cientos de veces. Krist le preguntó entonces por qué había accedido a ir de gira, y le recordó que una cancelación les costaría centenares de miles de dólares. «Algo había en su vida privada que le preocupaba -diría

Krist-. Alguna situación de algún tipo.» Pero Kurt no quiso entrar en detalles con Krist; hacía tiempo que había dejado de tener ese grado de confianza con su amigo de toda la vida.

Kurt no canceló la gira aquella noche, pero la única razón por la que no lo hizo, según la teoría de Novoselic, fue porque el siguiente concierto tenía lugar en Eslovenia, donde muchos de los familiares de Krist acudirían a verle. «Esperó por mí -recordaba Krist-. Pero creo que estaba decidido.» Durante los tres días que permanecieron en Eslovenia, el resto del grupo visitó las zonas rurales de alrededor, pero Kurt prefirió quedarse en su habitación. Novoselic estaba leyendo *Un día en la vida de Iván Denisóvich* de Alexandr Solzhenitsin, y le explicó el argumento a Kurt, pensando que le serviría de entretenimiento. «Cuenta la historia de un tipo deportado a un gulag que aún conserva la ilusión por vivir.» La única respuesta de Kurt fue: «Joder, ¿¡y cómo puede!? ¿Qué razón tendría uno para vivir?».

Cuando el grupo llegó a Munich para las dos citas programadas en Terminal Einz, la primera de ellas el primero de marzo, Kurt se quejó de que se encontraba mal. En un gesto del todo inusitado en él telefoneó a su primo Art Cobain, de cincuenta y dos años y residente en Aberdeen, despertándole en mitad de la noche. Art hacía casi dos décadas que no veía a Kurt, y no estaban muy unidos, pero se alegró de tener noticias suyas. «Estaba empezando a hartarse de su modo de vida», contó Art a *People*.[3] Art invitó a Kurt a reunirse con toda la familia Cobain a su regreso de Europa.

Todos los que vieron a Kurt aquel día notaron una sensación de desesperación y pánico en todas y cada una de sus acciones A su aflicción personal cabía sumar las condiciones del recinto donde debían tocar: la terminal de un aeropuerto abandonado reconvertida en club, con una acústica horrible. Durante la prueba de sonido, Kurt pidió a Jeff Mason un adelanto de sus dietas y anunció: «Estaré de vuelta para el concierto». A Mason le sorprendió que Kurt se marchara, en vista de lo mucho que se había quejado sobre lo mal que se encontraba, y le preguntó adonde pensaba ir. «Voy a la estación de tren», respondió Kurt. Todo el equipo de la gira sabía lo que

significaba eso; Kurt bien podría haber anunciado: «Voy a comprar droga».

Cuando regresó al cabo de unas horas, Kurt no había mejorado mucho de humor. Ya entre bastidores, telefoneó a Courtney y la conversación terminó en pelea, como había ocurrido en todas las ocasiones en las que habían hablado aquella última semana. Kurt llamó entonces a Rosemary Carroll y le comunicó que quería divorciarse. Cuando colgó el teléfono, se quedó a un lado del escenario para ver a los teloneros. Kurt elegía a todos los grupos que debían telonear a Nirvana, y para aquella etapa de la gira había escogido a los Melvins. «Eso era lo que buscaba», había escrito en su diario en 1983, cuando vio por primera vez a aquel grupo que había transformado su vida. En muchos sentidos, Kurt amaba a los Melvins más que a Nirvana, pues para él habían supuesto la salvación en una época en la que necesitaba ser salvado. Solo habían transcurrido once años desde aquel profético día en el aparcamiento del Thriftway de Montesano, pero desde entonces su vida había cambiado de forma radical. Sin embargo, el concierto de Munich solo sirvió para hacerle sentir nostalgia.

Cuando los Melvins acabaron de tocar, Kurt se presentó en el camerino del grupo y vomitó una larga lista de problemas a Buzz Osborne. Buzz no había visto nunca a Kurt tan alterado, ni siquiera cuando lo echaron de casa de Wendy en la época del instituto. Kurt anunció que iba a disolver la banda, a despedir a sus managers y a disorciarse de Courtney. Antes de salir al escenario, Kurt afirmó ante Buzz: «Esto debería estar haciéndolo yo solo». «Volviendo la vista atrás -observaría Buzz-, creo que se refería a su vida entera.»

Setenta minutos más tarde el concierto de Nirvana había finalizado, concluido antes de tiempo por Kurt. La actuación había discurrido con normalidad salvo por la extraña inclusión de dos versiones de los Cars -«My Best Friend's Girl» y «Moving in Stereo»-, tras las cuales Kurt abandonó el escenario. Ya entre bastidores, Kurt agarró a su agente, Don Muller, que daba la casualidad de estar presente en el concierto, y le anunció: «Se acabó. Cancela el próximo bolo». Solo quedaban dos

citas antes de la pausa programada y Muller lo arregló todo para aplazarlas.

Kurt acudió a un médico a la mañana siguiente para que le firmara una baja -documento que exigía el seguro- que certificara que Kurt se encontraba demasiado enfermo para actuar. El facultativo le recomendó que se tomara dos meses de reposo. Pese al diagnóstico, Novoselic pensó que era todo un montaje: «Simplemente estaba quemado». Krist regresó a Seattle junto con varios miembros del equipo, con la idea de volver para la siguiente etapa de la gira el 11 de marzo. Kurt se dirigió a Roma, donde tenía previsto reunirse con Courtney y Frances.

El 3 de marzo Kurt reservó la habitación 541 en el hotel de cinco estrellas Excelsior de la capital italiana. Courtney y Frances llegarían más tarde aquella misma noche. Durante el día Kurt exploró la ciudad con Pat Smear, dedicándose a visitar atracciones turísticas pero sobre todo a hacerse con un attrezzo apropiado para lo que imaginaba que sería un encuentro romántico: Kurt y Courtney llevaban veintiséis días sin verse, la separación más larga de toda su relación. «Fue al Vaticano y robó unos candelabros de los grandes -recordaba Courtney-. También se agenció un trozo de piedra del Coliseo para regalármelo.» Además, compró una docena de rosas rojas, un conjunto de lencería, un rosario de cuentas del Vaticano y unos pendientes de diamantes de tres quilates. Asimismo, envió a un botones a que le extendieran una receta de Rohypnol, un tranquilizante que ayudaba a contrarrestar los efectos del síndrome de abstinencia de la heroína.

Love llegó mucho más tarde de lo esperado; durante el día había estado en Londres promocionando su inminente disco. En el transcurso de una de las entrevistas que realizó, Courtney se tomó un Rohypnol delante del periodista. «Sé que es una sustancia controlada -declaró a *Select*-. Me las receta el médico; es como el Valium.»[4] Courtney acudía al mismo doctor londinense que Kurt. Cuando Courtney y Frances llegaron por fin a Roma, la familia, los cuidadores de Frances y Smear vivieron un caluroso encuentro, y pidieron

champán para celebrarlo, aunque Kurt no probó ni una gota. Al cabo de un rato Cali y una segunda niñera llevaron a Frances a su habitación y Smear se marchó. Una vez solos, Courtney y Kurt empezaron a enrollarse, pero ella estaba agotada del viaje y el Rohypnol le dio sueño. Kurt quería hacer el amor, según afirmó Courtney posteriormente, pero ella estaba demasiado cansada. «Aunque no me apeteciera -declararía Courtney a David Fricke-, tendría que haberlo hecho por él. Lo único que necesitaba Kurt era un polvo.»[5]

A las seis de la mañana Courtney se despertó y lo encontró en el suelo, blanco como un fantasma y sangrando por la nariz. Kurt estaba completamente vestido, llevaba puesto su abrigo de pana marrón y un fajo de mil dólares en metálico en la mano derecha. Courtney había visto una docena de veces a Kurt al borde de la muerte por una sobredosis de heroína, pero en aquella ocasión no se trataba de una sobredosis. Courtney descubrió una nota de tres páginas dentro del puño cerrado y gélido de su mano izquierda.

23

COMO HAMLET

SEATTLE, WASHINGTON
MARZO DE 1994

Como Hamlet, debo elegir entre la vida y la muerte.
- De la nota de suicidio de Roma.

Cuando Kurt se sentó a redactar su nota de suicidio en el hotel Excelsior de Roma, pensó en Shakespeare y en el príncipe de Dinamarca. Dos meses atrás, durante su intento de desintoxicación en el centro Canyon Ranch, su médico le advirtió que tendría que decidir si continuar con su adicción -lo que a la larga significaría la muerte- o desengancharse, y que dicha decisión determinaría su existencia. «Como Hamlet. ¿no?», respondió Kurt.

En la nota escrita en Roma Kurt citó al personaje más famoso de Shakespeare: «El doctor Baker dice que, como Hamlet, debo elegir entre la vida y la muerte. He elegido la muerte». El resto de la nota reflejaba lo cansado que estaba de ir de gira y su temor de que Courtney «ya no lo quisiera». Para reforzar su punto de vista acusaba a su esposa de acostarse con Billy Corgan, de quien siempre había tenido celos. En una de las conversaciones telefónicas que habían mantenido aquella semana, Courtney le mencionó que Corgan la había invitado a ir de vacaciones, invitación que ella declinó, pero que Kurt interpretó como una amenaza con la que su viva imaginación se volvió loca. «Prefiero morir antes que pasar por otro divorcio», escribió Kurt, refiriéndose a la separación de sus padres.

Al descubrir el cuerpo sin vida de Kurt, Courtney avisó a recepción y Kurt fue trasladado a la policlínica Umberto I. Love había recuperado dos tabletas de comprimidos vacías de Rohypnol que yacían junto a Kurt, quien se había tomado sesenta pastillas del

tamaño de una aspirina, sacándolas una a una de su contenedor de plástico y papel de aluminio. El Rohypnol resultaba diez veces más potente que el Valium, y el electo combinado de todos aquellos comprimidos bastaba para llevarlo a las puertas de la muerte. «Estaba muerto, legalmente muerto», declararía Love posteriormente.[1] Sin embargo, tras un lavado de estómago. Kurt recobró un pulso débil, pese a encontrarse en coma. Los médicos advirtieron a Courtney que era cuestión de suerte: Kurt podía salir del trance ileso, podía sufrir daños cerebrales o podía morir. Courtney hizo una pausa en su vigilia para dirigirse en taxi al Vaticano, donde compró más rosarios y se arrodilló a rezar. Luego llamó a la familia de Kurt en Grays Harbor, quienes también rezaron por él, aunque su medio hermana Brianne de ocho años no entendía que hacía Kurt «en Tacoma».

Aquel mismo día la CNN interrumpió su emisión para informar de la muerte de Kurt por sobredosis. Krist y Shelli respondieron al teléfono para oír la misma aciaga noticia en boca de un representante de Gold Mountain. La mayoría de los comunicados iniciales sobre la muerte de Kurt habían partido de la oficina de David Geffen; una voz de mujer que se identificó como Courney había dejado un mensaje en el contestador del presidente de la discográfica asegurando que Kurt estaba muerto. Tras una hora de pánico y dolor, se descubrió que se trataba de una impostora.

Mientras los amigos de Kurt en Estados Unidos recibían la noticia de su muerte, Kurt daba las primeras señales de vida en veinte horas. En vista de que tenía la boca llena de tubos, Courtney le pasó un lápiz y una libreta, donde Kurt escribió: «Que te den», seguido de «Sácame estos putos tubos de la nariz». Cuando por fui pudo hablar pidió un batido de fresa. Una vez estabilizado, Courtney ordenó su traslado al hospital norteamericano, donde pensaba que estaría mejor atendido.

Al día siguiente el doctor Osvaldo Galleta convocó una rueda de prensa para anunciar lo siguiente: «Kurt Cobain está experimentando una clara y espectacular mejoría. Ayer fue ingresado en el hospital norteamericano de Roma en estado de coma con deficiencia respiratoria. Hoy muestra signos de recuperación de un coma farmacológico, causado no por el uso de narcóticos, sino por el efecto

combinado de alcohol y tranquilizantes recetados por un facultativo». Courtney declaró ante los periodistas que Kurt no iba a «librarse» de ella tan fácilmente. «Lo seguiré al infierno», manifestó.

Cuando Kurt despertó, se vio de nuevo en su infierno particular. En su mente nada había cambiado; todos sus problemas seguían acompañándole, pero ahora se veían acentuados por la vergüenza de protagonizar una caída en desgracia divulgada a bombo y platillo. Siempre había temido que lo arrestaran, pero aquella sobredosis y el hecho de que la CNN lo hubiera dado por muerto era incluso peor.

Y pese a rozar la muerte y permanecer veinte horas en coma, seguía invadiéndole el deseo de consumir opiáceos. Posteriormente, se jactaría de que un traficante de drogas consiguió colarse en su habitación y meterle heroína por el suero: asimismo, llamó a Seattle y encargó que le dejaran un gramo de heroína oculto entre los arbustos de su casa.

La madre de Kurt, por su parte, sintió un enorme alivio al saber que su hijo estaba mejor. Wendy declaró al *Aberdeen Daily World* que su hijo se dedicaba a «una profesión para la que no tiene la resistencia necesaria».[2] Wendy llevó bien la noticia, según manifestó ella misma al periodista Claude Iosso, hasta que miró a la pared: «Cuando vi la foto de mi hijo y me fijé en sus ojos, perdí el control. No quería ver a mi hijo muerto». Wendy también atravesaba un momento delicado de salud aquel año, librando como estaba su particular batalla contra un cáncer de mama.

Kurt abandonó el hospital el 8 de marzo y cuatro días después regresó a Seattle. En el avión de vuelta pidió a Courtney que le pasara los Rohypnol, alzando tanto la voz que le oyeron varios pasajeros; Courtney le contestó que se habían acabado. Al llegar al aeropuerto de Seattle lo sacaron del avión en silla de ruedas, «con un aspecto horrible», según Travis Myers, un agente de aduanas. No obstante, cuando Myers le pidió un autógrafo, Kurt accedió a su petición, escribiéndole: «Eh, Travis, nada de cannabis». En Estados Unidos el escándalo que tanto temía apenas se dio, ya que, según la versión

oficial difundida por Gold Mountain, la de Roma había sido una sobredosis accidental: pocos sabían que Kurt había ingerido sesenta pastillas y dejado una nota. Kurt no se lo contó siquiera a su mejor amigo, Dylan. «Pensé que se habría tratado de una sobredosis accidental, algo que formaba parte del juego, y que era verosímil», recordaba Dylan. Incluso a Novoselic y Grohl les hicieron creer que había sido una sobredosis accidental. Todos los miembros de la organización habían presenciado a Kurt en una situación similar; muchos se resignaron a pensar que algún día la droga se cobraría su vida.

La gira europea había sido aplazada, pero el grupo y el equipo recibieron el aviso de que se prepararan para el Lollapalooza. Kurt siempre se había mostrado disconforme con la idea de tocar en aquel festival, y aún no había firmado el contrato, pero sus managers daban por sentado que al final daría su brazo a torcer. «Nirvana había confirmado su asistencia al Lollapalooza de 1994 -recordaba el promotor Marc Geiger-. En aquel momento aún no había nada por escrito, pero la confirmación ya estaba dada, y nosotros estábamos ultimando los detalles de los contratos.» Se preveía que Nirvana recaudara unos ingresos por taquilla en torno a los ocho millones de dólares.

A Kurt la oferta no le parecía justa; no quería tocar en un festival, ni tampoco quería ir de gira. Courtney opinaba que debía aceptar el dinero, aduciendo que Nirvana necesitaba un impulso en su carrera. «La amenaza de ser demandado por los conciertos que no había dado en Europa pesaba sobre él -recordaba Dylan-. Y creo que pensaba que iba a acabar arruinado.» Rosemary Carroll recordaba que Kurt le había asegurado categóricamente que no quería tocar en aquel festival. «Todos los que le rodeaban trataron de convencerle de que era su deber, tanto en su vida privada como profesional», diría Carroll. Kurt manejó la situación como solía hacer con la mayoría de los conflictos que se le presentaban: la esquivó, y de tanto dar largas acabó cargándose el acuerdo. «Estaba sumido en una fase de abstinencia, pero no de las drogas, sino de tratar con la gente -recordaba Carroll-. Fue una etapa tan difícil que creo que la gente exageraba y echaba las

culpas a su adicción a las drogas cuando no conseguían lo que querían de él.»

Sin embargo, las drogas estaban presentes en la vida de Kurt, y en cantidades mayores que nunca. Courtney albergaba la esperanza de que el susto de Roma le habría metido el miedo en el cuerpo -a ella la había aterrorizado-, por eso la inquietó la despreocupación de Kurt al ver que cada vez consumía más drogas. «Aquello me sacó de quicio», confesaría Courtney a David Fricke.[1] En consecuencia, decidió establecer una norma estricta con la que esperaba que Kurt, Cali y ella misma consiguieran mantenerse limpios: prohibió el consumo de drogas dentro de la casa. La respuesta de Kurt fue clara y muy propia de él: Kurt abandonó su mansión de un millón ciento treinta mil dólares y se hospedó en moteles de dieciocho dólares la noche situados en la sórdida avenida Aurora. Durante las peores fases de su drogadicción, Kurt había optado con frecuencia por recluirse en aquellos lúgubres rincones, en muchos casos sin molestarse siquiera en registrarse bajo un nombre falso. Solía frecuentar el Seattle Inn, el Crest, el Close-In, el A-1 y el Marco Polo, donde siempre pagaba en efectivo y, una vez en la intimidad de su habitación, se quedaba dormido durante horas. Kurt prefería los establecimientos del norte de Seattle, pues aunque no le cogían tan cerca de casa, sí lo estaban de su camello preferido. Las noches que no volvía a casa, a Courtney le entraba el pánico de que hubiera sufrido una sobredosis, por lo que no tardó en anular la prohibición que había impuesto. «Ojalá me lo hubiera tomado como siempre, con la misma tolerancia de siempre», declararía posteriormente Courtney a Fricke.[4]

Pero no solo era la decepción de Courtney lo que guiaba a Kurt; el episodio de Roma marcó un antes y un después en su comportamiento, Novoselic se preguntaba si el coma le habría producido realmente lesiones cerebrales. «No escuchaba a nadie -recordaba Krist-. Estaba jodido de verdad.» Dylan también notó un cambio: «Ya no parecía tan vivo. Antes de aquello tenía más garra; después, parecía monocromático».

Una semana después del suceso de Roma, el padre de Kurt le telefoneó y mantuvieron una grata aunque corta conversación. Kurt

invitó a su padre a visitarle, pero cuando Don se presentó en su casa nadie lo recibió. Kurt se disculpó al día siguiente por teléfono, asegurando que estaba ocupado. No obstante, cuando su padre volvió a intentarlo dos días más tarde, Cali le informó de que Kurt había tenido que ausentarse de nuevo. La verdad era que Kurt se hallaba en casa pero drogado, y no quería que su padre lo viera en aquel estado. Cuando volvieron a hablar, Kurt prometió llamarle en cuanto su carrera le permitiera encontrar un hueco en su apretada agenda.

Dicha carrera, por lo menos en lo concerniente a Nirvana, llegaría a su fin en la práctica hacia la segunda semana de marzo. La decisión de Kurt de cancelar la gira, de faltar al compromiso de Lollapalooza y de negarse a ensayar había acabado confirmando lo que Novoselic y Grohl venían sospechando hacía ya tiempo. «El grupo estaba disuelto», recordaba Krist. El único proyecto musical que Kurt tenía en mente era con Michael Stipe de R.E.M. Stipe había llegado incluso a enviarle unos billetes de avión a Atlanta para que acudiera a una sesión programada para mediados de marzo. Kurt la canceló a última hora.

El 12 de marzo se requirió la presencia de la policía de Seattle en la casa del lago Washington después de que el servicio de urgencias recibiera la llamada de una persona que colgó. Courtney les abrió la puerta, se disculpó por la llamada y les explicó que se había producido una pelea pero que la situación ya estaba bajo control. Kurt reconoció ante el agente que «había mucho estrés» en su matrimonio, y que debían «ir a terapia».

El 18 de marzo Kurt amenazó con suicidarse una vez más, y se encerró en el dormitorio. Courtney intentó derribar la puerta a patadas, pero no pudo. Cuando Kurt accedió finalmente a abrirla, Courtney vio varias armas en el suelo. Entonces agarró un revólver del calibre 38 y se lo llevó a la cabeza. «Voy a apretar el gatillo ahora mismo -amenazó a Kurt-. No soporto la idea de verte morir otra vez.» Se trataba del mismo juego de la ruleta rusa que habían protagonizado en el hospital Cedars-Sinai en 1992. «¡No lleva el seguro! -gritó Kurt-.

No lo entiendes, no lleva el seguro. ¡Se va a disparar!» Kurt consiguió arrebatarle el arma. Pero al cabo de unos minutos volvió a encerrarse en el cuarto, amenazando con suicidarse. Courtney llamó entonces a la policía y dos agentes se personaron en la casa en cuestión de minutos.

El agente Edwards hizo constar en su informe policial que Kurt aseguró «no tener intención de suicidarse ni de causarse daño alguno. [...] Según su declaración, se había encerrado en la habitación para mantenerse alejado de Courtney». Cuando la policía llegó a casa de los Cobain, Courtney trató de restar importancia al episodio para evitar que Kurt acabara arrestado. Para curarse en salud, Courtney señaló las armas y la policía procedió a confiscar tres pistolas y el rifle de asalto semiautomático Colt AR-15 del incidente ocurrido el verano anterior: dichas armas fueron devueltas a Kurt un mes después de su primer arresto por violencia doméstica. La policía también incautó veinticinco cajas de munición y un frasco de «pastillas blancas», que resultaron ser Klonopin, una benzodiazepina empleada principalmente como medida preventiva. Kurt ingería cantidades ingentes de dicho tranquilizante pensando que le ayudaría a contrarrestar los efectos del mono. El Klonopin le volvía paranoico y maníaco y le hacía delirar. No se lo habían recetado, sino que lo compraba en la calle. Los agentes lo llevaron a jefatura pero oficialmente no lo ficharon.

Ian Dickson iba caminando por la calle Pine aquella noche cuando se cruzó con Kurt al doblar una esquina. Dickson le preguntó a su viejo amigo qué tal le iba, a lo que Kurt respondió: «Courtney ha hecho que me arresten. Acabo de salir de la cárcel». Le contó la pelea que habían tenido, restando importancia a lo de las armas. «Me dijo que fue una discusión de pareja -recordaba Dickson-, y que lo habían detenido porque amaba de verdad a Courtney. Me pidió prestados cien dólares y me preguntó si podía quedarse en mi casa. Me comentó que hablaría con su madre para que le mandara un giro.» De repente, Kurt se marchó, anunciando que tenía que realizar una llamada.

Cuatro días más tarde Kurt y Courtney cogieron un taxi para ir al concesionario de American Dream en plena riña. Courtney instó a Kurt a que reconsiderara la posibilidad de comprar otro Lexus, pero Kurt tenía otras ideas: al final se decidió por un Dodge Dart de color

azul cielo del 65 por dos mil quinientos dólares. En su fiel Valiant puso un letrero de EN VENTA.

Kurt en el fondo no necesitaba aquel coche porque se pasó la mayor parte del mes de marzo demasiado descolocado para conducir. A medida que se adentraba en una espiral de drogadicción cada vez mayor, sus camellos habituales se negaban a venderle mercancía; nadie quería correr el riesgo de que un yonqui famoso acabara medio muerto en la escalera de su casa. Kurt dio con una nueva traficante llamada Caitlin Moore, que vivía en la intersección de la 11 y Denny Way y que le vendía *speedballs*, una mezcla de heroína y cocaína. No era la droga preferida de Kurt, pero Moore dejaba que las estrellas de rock que tenía como clientes se pincharan en su piso, requisito esencial para Kurt en vista de que ya no se sentía bien recibido en su propia casa.

Cuando no estaba en el piso de Moore o en el Taco Time de Madison -su lugar favorito para comprar un burrito-, se le podía encontrar en los Granada Apartments, donde vivía Jennifer Adamson, la novia de Cali. Jennifer no salía de su asombro cuando veía a la estrella de rock más famosa del mundo sentada en su sofá, la mayoría de las veces drogándose, aunque otras simplemente matando el tiempo. «Se sentaba en mi salón con aquel gorro suyo con orejeras y se dedicaba a leer revistas -recordaba Jennifer-. La gente entraba y salía de mi casa a todas horas; siempre había mucha actividad. Nadie sabía que estaba allí ni lo reconocía.» En el mundo de la cultura yonqui, Kurt halló en parte el anonimato que le faltaba fuera de allí. Sin embargo, a medida que Jennifer iba conociéndolo mejor, se quedó perpleja de ver lo solo que parecía. «Vosotros dos sois mis únicos amigos», confesó Kurt a Jenniter y Cali en una ocasión.

Courtney no sabía qué hacer para refrenarle, y la mayoría de sus discusiones acababan en pelea. «Empezaron a pelearse a todas horas -diría Jennifer-. Estaba claro que Kurt no buscó la ayuda de Courtney cuando más la necesitaba, ni de ella ni de nadie.» A medida que Kurt se distanciaba de Courtney, fue acercándose cada vez a Dylan, aunque solo fuera porque este nunca le sermoneaba para que se enmendara. Una noche de aquella primavera Kurt y Dylan cimentaron su relación

robando un coche para deshacerse de él en la propiedad de Kurt en Carnation. «Tengo un marido millonario que se dedica a ir por ahí robando coches», declararía posteriormente Courtney.

Después del episodio de Roma, incluso los amigos yonquis de Kurt notaron que se drogaba de forma cada vez más desesperada. «Cuando la gente se mete un chute de heroína, normalmente controla la cantidad -observó Jennifer-. Piensan: "Asegurémonos de que no nos pasamos". Kurt nunca tenía eso en cuenta; nunca se lo pensaba dos veces. Realmente le daba igual que le matara; de eso ya se encargaba la providencia.» Jennifer empezó a temer que Kurt sufriera una sobredosis en su casa: «Me asombraba lo mucho que aguantaba un tipo tan menudo y delgado como él. Nunca le bastaba con lo que le metías en la jeringuilla». La tercera semana de marzo Jennifer le reprendió por poner su vida en grave peligro, pero la contestación de Kurt le asustó aún más: «Me dijo que iba a pegarse un tiro en la cabeza. "Así es como voy a morir", aseguró medio en broma».

Hacia la tercera semana de marzo, como su querido Hamlet en el quinto acto, Kurt era un hombre distinto sumido en un frenesí que no daba muestras de moderación. Las drogas, junto con lo que muchos de su entorno calificaban como una depresión crónica sin diagnosticar, lo sumieron en la locura. Incluso la heroína le había traicionado: según él, ya no le servía para mitigar el dolor: el estómago seguía doliéndole. Courtney y sus managers decidieron obligarle a someterse a tratamiento.

Tratándose de Kurt, todo el mundo sabía que en el mejor de los casos era un último intento, sin muchas probabilidades de éxito: Kurt ya había pasado por varias terapias, y no era probable que los resultados le sorprendieran. Kurt había estado ingresado en media docena de centros de rehabilitación, y la terapia que le habían aplicado en ningún caso le había funcionado más de unas pocas semanas. Pero tal como lo veía Courtney, al menos una terapia era algo que podían hacer, una acción física. Como ocurre en muchas familias con un adicto activo

entre sus miembros, los que rodeaban a Kurt se sentían cada vez más impotentes.

Danny Goldberg se puso en contacto con Steven Chatoff, del centro de rehabilitación Steps. «Empecé a mantener conversaciones teletónicas con Kurt estando él colocadísimo -recordaba Chatoff-. Kurt consumía heroína sin control, o cualquier otra sustancia que le sirviera de analgésico. Pero en algunos momentos suyos de mayor lucidez en los que su capacidad de razonamiento no se veía gravemente mermada, también hablábamos de su infancia y de algunos de los problemas sin resolver que tenían como origen su familia, así como del dolor que sentía. Kurt sufría fuertes dolores de estómago, que trataba de mitigar con dichos opiáceos.» Chatoff tenía la impresión de que bajo la adicción de Kurt yacía un «trastorno de estrés postraumático, o un trastorno depresivo de algún tipo», y recomendó su hospitalización para someterlo a un programa de tratamiento. Chatoff calificó las anteriores terapias de rehabilitación de Kurt de «desintoxicación, brillo y esplendor», sugiriendo que estaban pensadas para tratar la adicción de Kurt, pero no para abordar la raíz del problema.

A Chatoff le sorprendió la disposición de Kurt a colaborar, por lo menos al principio: «Kurt reconoció que necesitaba ser hospitalizado, que necesitaba trabajar su "dolor psíquico", como él lo llamaba». Pero una cosa que Kurt no confesó, y que sus managers se abstuvieron en aquel momento de comentar a Chatoff, era que lo de Roma había sido un intento de suicidio. Chatoff creía lo que había leído en los periódicos, que se había tratado de una sobredosis accidental.

Kurt expresó a Dylan sus dudas sobre si la rehabilitación serviría de algo. Después de haberse visto en tratamiento media docena de veces, Kurt sabía que había pocas probabilidades de recuperación en pacientes reincidentes. Aunque había momentos en los que afirmaba estar dispuesto a soportar el dolor que implicaba la abstinencia, la mayor parte del tiempo no se mostraba interesado en poner freno a su adicción; Jackie Farry recordaba haber ido a recogerle a un centro de rehabilitación que costaba dos mil dólares al día para que le obligara a llevarle directamente a una casa que, según sus sospechas, debía de

ser la de un camello. Siempre que se había sometido a rehabilitación había sido como resultado de un ultimátum, ya fuera por parte de sus managers, de su esposa o de un tribunal, y en todos los casos el resultado final había sido el mismo: había vuelto a caer en las drogas.

Chatoff programó su sesión para el martes 21 de marzo, pero antes incluso de que pudiera darse cita a todos los participantes en la misma, Kurt recibió un soplo y la sesión fue cancelada. Novoselic reconoció haber sido el autor del chivatazo, pues tenía la sensación de que la jugada les saldría por la culata y de que Kurt acabaría huyendo. «Me sentía mal por él -recordaba Krist-. Lo veía tan jodido... Sabía que no escucharía nada de lo que le dijeran.» Krist vio a Kurt por primera vez desde lo de Roma aquella semana en el motel Marco Polo de la avenida Aurora. «Estaba allí tirado, delirando. Fue todo muy raro. De repente, me soltó: "Krist. ¿dónde puedo comprar una moto?". Y yo le dije: "Pero ¿de qué coño hablas? Tú no quieres comprarte una moto. Lo que tienes que hacer es largarte de aquí de una puta vez".» Krist le invitó a irse de vacaciones con él, los dos solos, para hablar de todo con calma, pero Kurt rehusó su invitación. «Apenas hablaba. Se había distanciado de todas sus amistades. No conectaba con nadie.»

Kurt anunció que tenía hambre, de modo que Krist se ofreció a comprarle la cena en un restaurante de lujo; Kurt insistió en que quería una hamburguesa de Jack in the Box. Cuando Novoselic le acercó en coche al establecimiento deseado del barrio de U-District. Kurt se quejó de que aquellas hamburguesas eran demasiado grasientas. «Vamos al de Capitol Hill, que allí la comida es mejor», sugirió. Cuando llegaron al de Capitol Hill, Novoselic se dio cuenta de que lo que quería Kurt no eran hamburguesas; simplemente estaba utilizando a su viejo amigo para que le diera una vuelta a fin de conseguir droga. «Su camello andaba por allí. Lo único que quería era acabar jodido en el olvido. No tenía sentido hablar con él, Solo quería evadirse. Quería morir, eso era lo que quería hacer.» Los dos hombres empezaron a gritarse y Kurt salió corriendo del coche.

Se contrató a un nuevo psicólogo llamado David Burr y se programó otra sesión para aquella misma semana. Danny Goldberg recordaba que Courtney le suplicó por teléfono: «Tienes que venir. Tengo miedo de que se mate o de que haga daño a alguien». La sesión de Burr tuvo lugar el viernes 25 de marzo. Para impedir que Kurt huyera, Courtney rajó los neumáticos del Volvo y el Dart; los neumáticos del Valiant estaban tan gastados que Courtney pensó que no se arriesgaría a cogerlo.

Aquella sesión cogió por sorpresa a Kurt, aunque al final no se produjo en el momento más oportuno, ya que Kurt y Dylan acababan de colocarse. «Kurt y yo habíamos pasado toda la noche de juerga -recordaba Dylan-. Y nos acabábamos de levantar y de meternos el primer chute de la mañana cuando de repente bajamos y vimos a ese mar de gente delante de nosotros.» Kurt se puso furioso, como un animal al que acabaran de enjaular. Su primera reacción fue agarrar una papelera de reciclaje y lanzársela a Dylan, pensando que este le había hecho caer en la trampa. Dylan le aseguró que no tenía nada que ver con aquello y le instó a irse de allí. Pero Kurt decidió quedarse y enfrentarse a una sala llena de managers, amigos y compañeros de grupo. Era como si le hubieran llevado a juicio, y al igual que un criminal arrepentido de un delito capital, permaneció con la mirada clavada en el suelo durante todo el proceso.

En la sala estaban presentes Courtney, Danny Goldberg, John Silva y Janet Billig de Gold Mountain, Mark Kates y Gary Gersh de su sello, Pat Smear de la banda, Cali y el psicólogo David Burr. La madre de Kurt no había podido acudir a la reunión porque estaba cuidando de Frances en Aberdeen. Muchos de los asistentes habían tenido que coger un vuelo nocturno a Seattle dada la poca antelación con la que les habían avisado. Uno a uno fueron exponiendo sus razones por las que Kurt debía someterse a tratamiento. Cada interlocutor acabó con una amenaza, la consecuencia de lo que Kurt podía esperar si no tomaba cartas en el asunto. Danny, John y Janet dijeron que dejarían de trabajar con él, Gary Gersh que Geffen echaría a Nirvana, Smear que la banda se disolvería y Courtney que se divorciaría de él. Kurt permaneció callado mientras le transmitieron

aquellas advertencias, desenlaces que él por su cuenta ya había previsto y que en cada uno de los casos ya se había planteado ser él quien cortara con la relación.

Aunque Burr sugirió a todos los presentes que «debían enfrentarse a Kurt», pocos de ellos se atrevían a hacerlo. «Todo el mundo le tenía miedo -afirmó Goldberg-. Kurt tenía un aura que te hacía sentir como si estuvieras pisando cascaras de huevo, y yo no quería meter la pata. Irradiaba una energía tan potente que los demás, con el debido respeto, literalmente no osaron dirigirle la palabra. Se quedaron allí sin más, pendientes de lo que ocurría, en segundo plano.» La voz cantante la llevó Burr, quien trató en todo momento de dirigir una sesión terapéutica, pero en aquel caso el paciente era Kurt Cobain, y este no estaba dispuesto a escuchar: su adicción era demasiado fuerte y estaba demasiado arraigada como para que unas sacudidas como aquellas pudieran derribarla.

El verdadero drama se desató cuando Courtney tomó la palabra. Ella fue con mucho la que habló con más franqueza entre todos los presentes en la sala, pero también era la que tenía más que perder. Rogó a Kurt que se pusiera en tratamiento, suplicándole: «¡Esto tiene que acabar! [...] ¡Tienes que ser un buen padre para tu hija!». Fue entonces cuando le lanzó la amenaza que sabía que más daño le haría: si se divorciaban, y él continuaba con su adicción, su acceso a Frances se vería limitado.

Después de que hablaran todos salvo Kurt, se produjo un breve instante de silencio, como el que sigue a una gran batalla en una película de John Wayne. Kurt fue alzando los ojos poco a poco y repasó con una mirada malévola a todos los presentes uno a uno, hasta hacer bajar la vista a todos. Cuando por fin se decidió a hablar, escupió palabras cargadas de ira. «¿Quién coño sois vosotros para decirme eso?», rugió. Kurt procedió a hacer su propio inventario de todos los allí presentes en cuanto a su relación con las drogas, describiendo con detalle escenas presenciadas por él que los delataban. Danny Goldberg le respondió diciendo que era su salud la

que les tenía preocupados, no la de nadie más. «Pero ¿cómo vamos a tener siquiera una conversación contigo si estás jodido? -replicó Goldberg-. Así que tú primero procura limpiarte un poco y luego al menos ya podrás hablar sobre ello.» El enfado de Kurt fue en aumento y como buen orador que era comenzó a analizar minuciosamente a todos los presentes en la sala, atacando en todo momento el punto débil que sabía que todos ellos tenían. A Janet Billig la llamó «vaca gorda» y a todos ellos los tachó de hipócritas. En un arrebato de furia, agarró las Páginas Amarillas y buscó el apartado de psiquiatras. «No me fio de ninguno de vosotros -anunció-. En las Páginas Amarillas seguro que encuentro a un psiquiatra que sea de fiar.»

Su diatriba más enérgica la reservaba para Courtney. «Su argumento de peso era que Courtney estaba más jodida que él», recordaba Goldberg. El ataque de Kurt contra Courtney perdió fuerza cuando le hicieron saber la intención de Courtney de trasladarse a Los Angeles para someterse a un programa de rehabilitación, ocasión que aprovecharon para instarle a acompañarla. Kurt rehusó la sugerencia y siguió llamando a los psiquiatras que encontró en el listín telefónico, aunque solo le salían contestadores automáticos. Courtney también andaba hecha un desastre; aquella sesión y las tres últimas semanas, durante las cuales no había vivido un día en el que no hubiera temido que la llamaran para decirle que Kurt había sufrido una sobredosis, le acabaron pasando factura. Al final tuvieron que ayudarla a subir a un coche, y a Kurt le sugirieron acompañarla una vez más. Kurt rechazó de nuevo el ofrecimiento, y mientras el coche que se llevaba a su esposa se marchaba, Kurt se dedicó a hojear las Páginas Amarillas como un loco. «Ni siquiera le di un beso ni pude despedirme de mi marido», declararía posteriormente Love a David Fricke.[5]

Kurt hizo hincapié en que ninguno de los presentes tenía derecho a juzgarle. Se retiró al sótano con Smear, anunciando que lo único que quería era tocar un rato la guitarra. Los asistentes a la reunión comenzaron a irse poco a poco; la mayoría de ellos tenían que coger un avión de vuelta a Los Angeles o Nueva York. Por la noche, cuando ya se hubieron marchado todos, incluidos Burr y Smear. Kurt se

quedó solo con la misma sensación de vacío que le invadía casi todos los días. Se pasó el resto de la noche en casa de su camello, despotricando contra la sesión. La camello declararía posteriormente a un periódico que Kurt le preguntó: «¿Dónde están mis amigos cuando los necesito? ¿Por qué están contra mí?».

Al día siguiente Jackie Farry volvió a ponerse al servicio de los Cobain y llevó a Frances a Los Angeles para que estuviera cerca de Courtney. La madre y la hermana de Kurt acudieron en coche a Seattle, instadas por Courtney, para tratar de hablar con él. Aquel encuentro no fue mejor que la sesión organizada por el psicólogo, y todas las partes implicadas acabaron con una sensación aún mayor de dolor y pérdida. Era evidente que Kurt estaba colocado, y a Wendy y Kim les angustió verle soportando semejante sufrimiento emocional. Kurt ya no escuchaba a nadie: había llegado a un punto en el que no servía de nada hablar con él. Cuando su madre y su hermana se dispusieron a marcharse, ambas llorando. Kim -la más directa de la familia- formuló a su hermano una última pregunta ya en la puerta: «¿De verdad nos odias tanto?». Kim pronunció aquellas palabras con lágrimas en los ojos, algo que a Kurt debió de parecerle insólito, pues tenía la imagen de que su hermana siempre era la dura, la que nunca lloraba. Y allí estaba ella en la puerta de su casa, deshaciéndose en lágrimas a causa de él. «Claro que sí -contestó Kurt, con el mismo tono sarcástico con el que Kim siempre le había oído hablar-. Claro que sí -repitió-. Os odio de verdad. Os odio a todos.» Kim no pudo decir nada más... tuvo que irse.

Courtney, por su parte, se registró en el hotel Península de Los Angeles para iniciar un controvertido plan de tratamiento denominado «desintoxicación en hotel», consistente en que un especialista en drogodependencia la visitara varias veces al día en una suite de hotel, para evitar las miradas de las que sería objeto en un centro de rehabilitación más abierto al público. Desde el hotel trató de contactar con la casa de Seattle, pero no obtuvo respuesta a sus llamadas.

Kurt, como Courtney sospechaba, se hallaba fuera drogándose. Ahora estaba solo en la casa con Cali. Kurt se presentó en el domicilio de un camello de la zona aquel mismo día, pero llegó con tal cantidad de heroína en el cuerpo que el camello se negó a venderle más, una decisión que respondía tanto a una fingida preocupación por su salud como al temor de que con aquel último chute sufriera una sobredosis y se les echara encima la policía. «Kurt estaba de juerga -diría Rob Morfitt, quien conocía a varias personas que coincidieron con Kurt aquel fin de semana-. Iba por ahí poniéndose cada vez peor.» La despreocupación habitual en Kurt se vio reemplazada por unas ganas de morir que atemorizaban hasta al yonqui más cínico y curtido. En los últimos meses se había dedicado a compartir jeringuillas con otros drogadictos sin ton ni son, desoyendo las advertencias del departamento de salud pública sobre el peligro de contagio del VIH y la hepatitis. El uso de la denominada «goma» solía causar abscesos por las impurezas empleadas para cortarla. En marzo Kurt acabó con los brazos llenos de costras y abscesos, lo que constituía en sí un riesgo potencial para su salud.

Aquel mismo día, más tarde, Kurt optó por sobornar a otros clientes para que le consiguieran heroína, prometiéndoles drogas a cambio. Cuando partieron la mercancía en el piso de los que le ayudaron y la quemaron, Kurt preparó una jeringuilla negra como el carbón; no le había puesto el agua suficiente para diluirla. Sus compañeros observaron horrorizados cómo empezó a sufrir los efectos de una sobredosis en cuanto se la inyectó. El pánico cundió cuando vieron que a Kurt le faltaba el aire: si moría allí, tendrían que vérselas con la policía. Los inquilinos de la casa le ordenaron que se marchara, y en vista de que no podía moverse lo sacaron a rastras. Kurt tenía el Valiant aparcado en la calle, y lo pusieron en el asiento de atrás. Un miembro del grupo se ofreció a llamar a urgencias, pero Kurt estaba lo bastante consciente como para oír la sugerencia y negó con la cabeza. Lo dejaron solo, imaginando que si deseaba morir, querría hacerlo a solas.

A tal extremo había llegado la situación que la estrella de rock más famosa de su generación se veía tendido en el asiento trasero de un coche, incapaz de hablar ni de moverse, rozando la muerte una vez más. Había pasado incontables noches en aquel coche, el hogar más fiable y acogedor que había tenido en su vida, por lo que bien podía ser un lugar tan bueno como cualquier otro para morir. En el letrero de EN VENTA colocado en la ventanilla trasera, escrito en un trozo de cartón, figuraba el teléfono de su casa.

Kurt no murió aquel fin de semana. En una proeza más que desafiaba a la ciencia, su constitución sobrevivió a otra dosis de heroína que habría matado a cualquiera. Cuando despertó en su coche al día siguiente, comprobó que ni el dolor físico ni el emocional habían desaparecido. Nada deseaba más que librarse de todo aquel dolor, pero ni siquiera la heroína le servía ya.

Cuando Kurt regresó a casa encontró numerosos mensajes de Courtney en el contestador, así como otros de un nuevo psiquiatra llamado Steven Scappa, que Buddy Arnold le había recomendado. Kurt llamó a Scappa y comenzó a mantener largas conversaciones con él. Con Scappa parecía relajarse y conectar como no lo había logrado con algunos de los médicos que le habían tratado. Aquel lunes también recibió una llamada de Rosemary Carroll, quien trató de convencerle de que se pusiera en tratamiento. «Se lo estás poniendo muy fácil -le dijo Carroll- a toda esa gente que te gustaría que dejaran de controlar tu vida para que pinten una imagen totalmente negativa de ti, y para que sigan controlándote con la excusa de tu drogadicción. Si te pones en tratamiento, les darás una razón menos para que te ataquen, por lo que la fuerza de sus armas contra ti se verá drásticamente reducida. Puede que no tenga mucho sentido, ni lógica alguna, pero así es. Así que hazlo y enfréntate a ello de una vez. Cuando salgas de ello te será más fácil resolver todos esos problemas. Te servirá de base para valerte por ti mismo». «Lo sé», fue la respuesta de Kurt, quien aseguró a Carroll que se pondría en tratamiento una vez más.

El martes de aquella semana se le reservó un vuelo a Los Angeles y se consiguió el apoyo de Krist para que lo llevara al aeropuerto. Kurt se presentó en casa de Krist con muestras evidentes de no querer ir. Kurt inició el trayecto de veinticinco minutos al aeropuerto entre sollozos, gritos e insultos. En la Interestatal 5, cerca de la salida de Tukwila, Kurt hizo amago de abrir la puerta para saltar del coche en marcha. Krist no daba crédito a la acción de Kurt, pero aun así, con sus largos brazos logró sujetar a Kurt sin dejar de conducir, aunque el coche viró bruscamente. Al cabo de unos minutos llegaron al aeropuerto, pero la actitud de Kurt no mejoró; Krist tuvo que arrastrarlo del cuello, como un maestro llevaría a un estudiante desaprensivo al despacho del director. Ya en la terminal principal Kurt le dio un puñetazo en la cara a Krist e intentó escapar. Krist le plantó cara y se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo. Los dos amigos de toda la vida forcejearon en el suelo del concurrido aeropuerto, maldiciéndose y pegándose puñetazos como dos borrachos en una reyerta de bar de Aberdeen. Kurt logró desasirse de su amigo y echó a correr por la terminal, gritando «¡Vete a la mierda!» ante la mirada atónita de los pasajeros. Lo último que Krist vio de Kurt fue su larga melena doblando la esquina.

Krist regresó solo a Seattle entre sollozos. «Krist sentía un inmenso amor por Kurt -recordaba Shelli-. Los dos lo sentíamos. Era parte de la familia. Yo lo conocía desde la mitad de su vida casi.» Siendo adolescente, Shelli había pasado a Kurt Big Macs gratis por debajo del mostrador cuando trabajaba en el McDonald's de Aberdeen. En 1989 Kurt, Tracy, Krist y Shelli habían compartido dos semanas la misma cama de matrimonio, durmiendo por turnos. Kurt acabó viviendo en una ocasión en una furgoneta detrás de la casa de ambos, y Shelli le llevaba mantas para asegurarse de que no muriera de frío. Krist y Kurt habían recorrido juntos miles y miles de kilómetros y se habían contado cosas que nunca habían compartido con otra persona. Pero aquel martes, ya de noche, Krist le dijo a Shelli que en lo más

íntimo de su corazón sabía que nunca más volvería a ver a Kurt con vida, y no se equivocaba.

Aquella misma noche Kurt habló varias veces con Scappa por teléfono, y también mantuvo lo que Courtney recordaba como una agradable conversación con ella. Kurt llegó a cabecear en algún momento mientras hablaba con Courtney, pero pese a las escenas que había protagonizado con Krist horas antes, accedió de nuevo a someterse a tratamiento. Así pues, se dispuso todo lo necesario para que Kurt cogiera un vuelo al día siguiente.

Tras acceder con resignación a intentar rehabilitarse, Kurt obró como cualquier otro adicto activo habría hecho ante la perspectiva de una terapia de desintoxicación: tratar de consumir la mayor cantidad de heroína posible para que le quedara algo en el organismo durante los primeros días terribles de la abstinencia. Al día siguiente por la tarde, Kurt se acercó en coche a casa de Dylan para pedirle un favor: quería comprar un arma «para protegerse y disuadir a los merodeadores», dado que la policía le había confiscado todas las armas, y se preguntaba si Dylan accedería a comprar una por él. Dylan dio por válido su planteamiento, a pesar de que en el estado de Washington no hacía faltar registrar los rifles. Se dirigieron a Stan Bakers Sports, en el 10.000 de Lake City Way. «Si Kurt tenía intenciones suicidas -recordaría Dylan posteriormente-, me las ocultó.» Ya en el interior de la tienda Kurt señaló una escopeta Remington M-11 del calibre 20. Dylan procedió a comprarla, junto con una caja de cartuchos, pagando en total 308,37 dólares en metálico, una suma que Kurt le pasó. Una vez comprada el arma, Kurt regresó a casa.

Aquella noche Harvey Ottinger, un conductor de un servicio de limusinas de Washington, se personó con su vehículo en la casa de Lake Washington. Tras una espera de una hora, Kurt apareció por fin con una pequeña mochila. De camino al aeropuerto Kurt se dio cuenta de que se había dejado la caja de cartuchos dentro de la bolsa, y le preguntó a Ottinger si podría deshacerse de ellos. El conductor le

respondió que sí, y en cuanto llegaron al aeropuerto de Seattle, Kurt salió del vehículo a toda prisa para coger el avión que le llevaría a Los Ángeles.

24

CABELLO DE ÁNGEL

LOS ANGELES, CALIFORNIA

SEATTLE, WASHINGTON

30 DE MARZO DE 1994 - 6 DE ABRIL DE 1994

Me he cortado con cabello de ángel y aliento de bebé.
- De «Heart-Shaped Box».

Pat Smear y Michael Meisel de Gold Mountain acudieron al Aeropuerto Internacional de Los Angeles el miércoles por la noche para recoger a Kurt y llevarlo directamente al centro de rehabilitación Exodus, una sección del Daniel Freeman Marina Hospital de Marina Del Rey. Se trataba del mismo centro donde Kurt había estado ingresado en septiembre de 1992, un lugar frecuentado por estrellas de rock; Joe Walsh de los Eagles acababa de irse el día anterior, y Gibby Haynes de los Butthole Surfers se encontraba allí cuando Kurt llegó. Kurt ingresó para someterse a un programa de veintiocho días.

Le asignaron la habitación 206 de unas instalaciones que contaban con veinte camas. Aquella primera noche realizó una entrevista de admisión de cuarenta minutos con una enfermera. Después bajó a una sala común, donde se sentó junto a Haynes, uno de los ídolos de su adolescencia. «Todo el mundo iba a ir a una reunión de Cocainómanos Anónimos, pero Kurt dijo que iba a quedarse en Exodus, porque acababa de llegar -recordaba Haynes-. Parecía más que harto de estar más que harto.»

El jueves por la mañana Kurt inició la primera jornada de tratamiento, la cual consistió en una terapia de grupo, reuniones y una terapia individual con el especialista en drogodependencia que le habían asignado, Nial Stimson. «Negaba de plano que tuviera un

problema con la heroína -diría Stimson-. Le pregunté si entendía la gravedad de la acción de Italia: "¡Estuviste a punto de morir! Tienes que tomarte esto en serio. Tu drogadicción te ha llevado casi a perder la vida. ¿Captas lo serio que es esto?".» «Sí, lo capto -respondió Kurt-. Solo quiero desintoxicarme y largarme de aquí.» A Stimson no le habían informado de que lo de Roma había sido un intento de suicidio. Por eso Kurt ocupaba una habitación normal en Exodus, aunque a pocos metros de allí se encontrara el recinto cerrado de la unidad de psiquiatría del hospital.

Courtney llamó a Exodus en varias ocasiones aquel día y discutió con el personal cuando le dijeron que Kurt no podía ponerse. En sus sesiones con Stimson, Kurt rara vez hizo mención de sus peleas con Courtney. En su lugar, expresó la preocupación que sentía ante la posibilidad de perder el juicio pendiente con el director del vídeo original de «Heart-Shaped Box», Kevin Kerslake, como su mayor temor. Kerslake había presentado una demanda el 9 de marzo alegando que muchas de las ideas del vídeo debían atribuirse a él, y no a Kurt. Kurt le contó a Stimson que desde entonces no había pensado casi en otra cosa, y que temía que el pleito supusiera su ruina económica. «Me contó que su mayor temor era que, si perdía el juicio, perdería también la casa», afirmó Stimson.

Durante la tarde del jueves Kurt recibió la visita de Jackie Farry y Frances; Courtney se abstuvo de ir a verlo porque su médico se lo desaconsejó durante la primera fase de la desintoxicación de Kurt. Frances tenía por entonces diecinueve meses: Kurt jugó con ella pero Farry lo notó ausente, y supuso que se debería a las drogas que le administraban en el centro para ayudarle a sobrellevar el síndrome de abstinencia. Cuando habló con Farry, Kurt no le mencionó lo de la demanda de Kerslake, pero sí sacó a colación la pelea con Courtney sobre lo de Lollapalooza. Jackie y Frances solo se quedaron un rato pero prometieron volver al día siguiente.

A su regreso el viernes a las once de la mañana, Jackie lo encontró sorprendentemente descansado. «Estaba de un buen humor increíble -recordaba Farry-. Yo no me lo explicaba. "Quizá esta vez vaya en serio", pensé por un instante. Se le veía demasiado efusivo,

poniéndome todo el rato por las nubes y mostrándose de lo más optimista. Y eso no iba con él... eso de estar parado e intentar que el mundo pareciera maravilloso. Lo suyo era estar malhumorado. Pero lo vi como un indicio positivo de un giro radical en veinticuatro horas.» Farry le contó los planes que tenía para un programa de televisión y Kurt la animó, algo impropio de él, diciéndole que llegaría a ser una «gran famosa» porque «no estaba jodida».

El cambio de humor de Kurt no bastó para alertar a Farry, quien supuso que se debería al efecto de las pastillas que le daban para pasar el mono. En comparación con la primera visita, se le veía más ágil con Frances y capaz incluso de lanzarla al aire para hacerla reír. Farry bajó al vestíbulo un momento con la idea de dejarles un rato solos. A su regreso encontró a Kurt sosteniendo a Frances sobre su hombro, dándole golpecitos en la espalda y hablándole dulcemente al oído. Farry cogió a la pequeña y le aseguró a Kurt que lo verían al día siguiente. Kurt las acompañó hasta la puerta, miró a su hija a los ojos y dijo «Adiós».

A primera hora de la tarde Kurt estaba sentado en la zona de fumadores situada detrás de Exodus, charlando con Gibby. La mayoría de los pacientes reincidentes en programas de rehabilitación, como era el caso de Kurt y Gibby, se tomaban el tratamiento con un humor negro, y ambos chismorreaban sobre otros que tenían problemas peores que los suyos. A un batería se le había agravado tanto el estado de los abscesos que habían tenido que amputarle un brazo. Gibby comentó que se alegraba de no ser más que cantante, una broma ante la cual Kurt estalló en una larga carcajada. Estuvieron riéndose con la historia de un conocido común que había escapado de Exodus saltando la tapia de atrás, un esfuerzo totalmente innecesario dado que la puerta principal permanecía siempre abierta. «Kurt y yo estuvimos riéndonos de lo burro que había sido por escapar saltando la tapia», recordaba Haynes.

Aquella tarde Kurt recibió la visita de Pat Smear y Joe «Mama» Nitzburg. Mama era un artista amigo de Courtney que había pasado por un tratamiento de desintoxicación antes que él. El año anterior, en un acto de altruismo del que nunca se hizo publicidad, Kurt le pagó la

matrícula de la escuela de Bellas Artes cuando a Mama le denegaron una ayuda económica. Courtney había enviado a Mama a Exodus con una carta para Kurt, junto con unas golosinas y un fanzine que pensó que le gustaría. A Mama le sorprendió ver a Kurt tan lúcido con solo un día de abstinencia. «Tienes buena pinta; ¿cómo te sientes?», le preguntó. «Podría ser peor», fue la respuesta inexpresiva de Kurt.

Los tres hombres se dirigieron al patio trasero para poder fumar. Gibby seguía allí fuera, y contó los mismos chistes sobre lo de saltar la tapia. Estuvieron casi una hora charlando, la mayor parte del tiempo sobre temas intrascendentes. Kurt siempre había querido ir a Bellas Artes y le comentó a Mama que le envidiaba. Mama se llevó la impresión de que Kurt estaba sereno: «Tuviera las preocupaciones que tuviera antes de entrar allí, parecía haber encontrado la paz». Pat y Joe se marcharon a las cinco de la tarde y, al partir, Mama le aseguró que volverían a visitarlo. «Te hacía pensar -diría Mama- en que uno espera ver a un drogadicto en rehabilitación con la actitud de "ya no puedo hacer esto, me rindo".»

Aquel viernes por la tarde Courtney trató en repetidas ocasiones de contactar con Kurt en el teléfono público de los pacientes. Al final llamó cuando Kurt andaba cerca, y mantuvieron una corta conversación. «Pase lo que pase -le dijo Kurt a Courtney-, quiero que sepas que has hecho un álbum buenísimo. » A Courtney le extrañó que le hiciera aquel comentario, dado que el disco tardaría otra semana en salir a la venta. «¿A qué viene eso?», preguntó, confundida por el tono melodramático de su voz. «Recuerda solo que te quiero, pase lo que pase», y dicho esto, Kurt colgó.

A las 7.23 de aquella tarde el compañero de piso de Michael Meisel contestó al teléfono. Era Kurt. «Michael ha salido a pasar la noche fuera -le anunció su compañero-, ¿le digo que te llame?» Kurt contestó que no tendría un teléfono cerca. Dos minutos más tarde Kurt salió por la puerta trasera de Exodus y trepó la tapia de un metro ochenta sobre la que Gibby y él habían estado bromeando unas horas antes.

Kurt se marchó de Exodus sin más ropa que la que llevaba encima. En su habitación dejó un par de camisetas y un diario que acababa de empezar y que contenía cuatro canciones en fase embrionaria. A lo largo de sus veintisiete años de vida había rellenado dos docenas de libretas que le servían como diarios, pero en 1994 rara vez se había parado a poner por escrito sus pensamientos. Sin embargo, durante su estancia en Exodus, había realizado un ejercicio tipo Rorschach en el que debía ilustrar una serie de palabras; los resultados podían interpretarse como parte de sus diarios. Era la clase de ejercicio en el que Kurt había destacado toda su vida, desde el día en que su abuelo lo retara a dibujar a Mickey Mouse.

Para ilustrar la palabra «resentimiento», dibujó dos ojos llenos de ira rodeados de llamas rojas. Para «celos», dibujó un símbolo nazi con patas. Para expresar «soledad», esbozó una calle estrecha con dos rascacielos gigantes empequeñeciendo los lados. Para «dolor», dibujó una médula espinal con un cerebro y un corazón unidos a ella, una ilustración semejante a la de la contraportada de *In Utero*. Para «seguro», representó a un círculo de amigos. Para «rendición», dibujó a un hombre del que emanaba una luz brillante. Para «deprimido», dibujó un paraguas rodeado de corbatas. Para «decidido», dibujó un pie pisando una jeringuilla. Y en la página final del ejercicio, para representar el término «abandono» dibujó una criatura diminuta en forma de palo del tamaño de una hormiga en medio de un paisaje inmenso.

Dos horas después de saltar la tapia, Kurt utilizó su tarjeta de crédito para comprar un billete de avión en primera clase para Seattle en el vuelo 788 de Delta. Antes de embarcar llamó al servicio de limusinas de Seattle para que fueran a recogerlo al aeropuerto; Kurt pidió explícitamente que no enviaran una limusina. Intentó hablar con Courtney por teléfono, pero no la encontró, así que le dejó un mensaje diciendo que la había llamado.

Courtney se había movilizado ya para buscarle por Los Ángeles, convencida en cuanto se enteró de que Kurt se había marchado de Exodus que iría a comprar drogas y podría acabar con una sobredosis. «Estaba histérica», recordaba Joe Mama. Courtney empezó a

telefonear a traficantes de drogas para preguntarles si Kurt estaba con ellos; como no confiaba en su palabra, decidió visitarles en persona. Asimismo, decidió hacer correr el rumor de que ella había sufrido una sobredosis, suponiendo que el engaño llegaría a oídos de Kurt y que este se pondría en contacto con ella. Al verse de nuevo en los lugares frecuentados por los camellos que conocía, la afligida Courtney -tras tres días de abstinencia- cayó de nuevo en la tentación.

Mientras tanto, Kurt se encontraba ya a bordo del avión, donde se vio sentado justo al lado de Duff McKagan de Guns N' Roses. McKagan había iniciado su carrera en varios grupos punk del noroeste del país, y a pesar de la hostilidad existente entre Nirvana y Guns, Kurt pareció alegrarse de ver a Duff. Kurt confesó que había dejado la rehabilitación; Duff le mostró su comprensión, pues él mismo se hallaba en proceso de desintoxicación de heroína. McKagan sospechó que algo pasaba. «El instinto me decía que algo no iba bien.» Estuvieron charlando sobre amigos comunes, pero la conversación se vio impregnada de un tono melancólico... ambos dejaban atrás Los Ángeles para regresar a Seattle. «Hablamos de lo que siente uno al volver a casa -recordaba McKagan-. Eso es lo que dijo que estaba haciendo, "volver a casa".» Kurt pronunció aquella frase como si llevara fuera años, no tres días. Cuando el avión llegó a Seattle. McKagan hizo amago de preguntar a Kurt si quería que lo llevara a alguna parte, pero cuando se volvió Kurt ya había desaparecido.

Kurt llegó a casa a la 1.45 de la madrugada del sábado 2 de abril. Si durmió, no fueron muchas horas; alrededor de las seis de la mañana, al despuntar el alba, Kurt se presentó en la habitación de Cali, en la primera planta de la casa. Cali estaba allí con su novia Jessica Hopper, que tras el primer trimestre del calendario lectivo tenía vacaciones en el internado de Minneapolis donde estudiaba. Cali estaba saliendo con Jessica y con Jennifer Adamson a la vez (anteriormente había tenido un lío con la actriz candidata a un Oscar Juliette Lewis). Aunque Jessica era más joven que Cali y nada dada al descontrol (no tomaba drogas ni alcohol), sentía adoración por él.

Cali había caído redondo el sábado por la mañana de la cocaína que llevaba en el cuerpo. La noche anterior, en un intento de calentar la gigantesca casa tras comprobar que se había terminado el aceite de la calefacción, un Cali en pleno colocón encendió un tronco de la marca Presto Log para chimeneas en el exterior antes de intentar llevarlo a la habitación; lo dejó tirado en medio del salón. Dado que sus problemas con las drogas iban en aumento y sus responsabilidades como cuidador de Frances se habían visto reducidas, Cali se había convertido en el Kato Kaelin de la casa de los Cobain. «A aquellas alturas Cali ya no se hacía cargo de nada -diría Jessica-, más que de ayudar a conseguir drogas y de asegurarse de que Kurt no muriera. »

Aquella mañana Kurt entró en la habitación de Cali y se sentó a los pies de la cama. Jessica se despertó, pero Cali no. «Qué hay, chica skinhead», cantó Kurt a Jessica, imitando la letra de una canción punk. «¡Llama a Courtney! -le rogó Jessica-. Tienes que llamar a Courtney: no te encuentra por ninguna parte y está fuera de sí.» Jessica le pasó un papel que había encima de la mesa con un número apuntado y vio cómo Kurt llamaba al Península. La telefonista del hotel le comunicó que Courtney no recibía llamadas. «Soy su marido. Pásemela», exigió Kurt. Kurt había olvidado el nombre en clave que necesitaba para que le pasaran con su esposa. «Soy su marido», repitió una y otra vez, pero la telefonista no accedió a pasar la llamada. Frustrado, colgó. Cali recuperó el conocimiento por un momento y, al ver a Kurt, le dijo que llamara a Courtney.

Cuando Cali volvió a quedarse dormido. Jessica y Kurt permanecieron sentados unos minutos, viendo la MTV en silencio. Kurt sonrió cuando pusieron un vídeo de los Meat Puppets. Al cabo de cinco minutos volvió a llamar al hotel, pero siguieron sin pasarle con Courtney. Jessica se quedó dormida con la imagen de Kurt hojeando un ejemplar de la revista *Puncture*.

Veinte minutos más tarde Kurt telefoneó a la compañía de taxis Graytop. Le dijo al conductor que «le habían entrado a robar en casa hacía poco y que necesitaba munición». Bajaron a la ciudad, pero como eran las 7.30 de la mañana de un sábado, se encontraron con que las armerías se hallaban cerradas. Kurt le pidió al conductor que lo

llevara a la calle 145 con Aurora, diciendo que tenía hambre. Lo más probable es que quisiera mirar en el Crest o en el motel Quest, lugares donde había estado alojado por hallarse cerca de la zona donde traficaba uno de sus camellos. Aquel día acudió también a Seattle Guns y compró una caja de cartuchos para una escopeta del calibre 20.

Mientras tanto, en casa de los Cobain el teléfono sonaba cada diez minutos, pero Cali temía cogerlo por si era Courtney. Cuando por fin se decidió a responder, le dijo que no había visto a Kurt. Aún bajo los efectos de las drogas. Cali pensó que la visión de Kurt a los pies de la cama había sido fruto de un sueño. Cali y Jessica se hallaban en plena riña por la adicción de él a las drogas, y en un arranque de ira Cali sugirió a Jessica que cogiera el primer vuelo de vuelta a casa. Trató de comprarle un billete de avión con una Mastercard con un crédito de cien mil dólares que Kurt le había dado, pero el pago fue denegado. Cali llamó a Courtney para quejarse y Courtney le informó de que había cancelado las tarjetas de Kurt, pensando que aquella medida le ayudaría a dar con su paradero. Jessica se encontraba mal y decidió meterse en la cama, donde se pasó durmiendo gran parte de los dos días siguientes, tratando de hacer caso omiso del teléfono, que no cesaba de sonar.

Durante los dos días siguientes Kurt fue visto en distintas ocasiones. El domingo por la tarde lo vieron en el restaurante Cactus cenando con una mujer delgada, posiblemente su camello Caitlin Moore, y un hombre sin identificar. Cuando Kurt acabó de comer, lamió el plato, lo que atrajo la atención de otros clientes. A la hora de pagar la cuenta, la máquina no aceptó la tarjeta de crédito de Kurt. «Pareció traumatizado al enterarse de que le habían denegado la tarjeta -recordaba Ginny Heller, presente en aquel momento en el restaurante-. Entonces trató de extender un cheque, de pie en el mostrador, pero la operación pareció costarle horrores.» Kurt inventó la historia de que le habían robado la tarjeta de crédito.

Aquel domingo Courtney llamó a varios investigadores privados que salían en las Páginas Amarillas de Los Ángeles hasta dar con uno que trabajaba en fin de semana. Tom Grant y su ayudante Ben Klugman la visitaron en el Península aquella tarde. Courtney les

informó de que su marido había abandonado el centro de rehabilitación, lo que le hacía temer por su salud; Courtney le pidió a Grant que vigilara el piso de la traficante Caitlin Moore, donde sospechaba que podía hallarse Kurt. Grant subcontrató a un investigador de Seattle, dándole instrucciones para que vigilara la casa de Dylan Carlson y el piso de Caitlin Moore. La operación de vigilancia se puso en marcha a última hora de la noche del domingo. Sin embargo, los detectives privados no se instalaron de inmediato en la casa de Lake Washington o en la propiedad que tenían los Cobain en Carnation, donde por entonces vivía Kim, la hermana de Kurt. Courtney daba por sentado que si Kurt aparecía por casa, Cali se lo haría saber.

A primera hora de la mañana del lunes Cali y Jessica se hallaban enzarzados en otra pelea cuando sonó el teléfono, y Cali gritó: «No contestes. Será Courtney y no sabemos nada de Kurt». Jessica le preguntó si había hablado con Kurt desde la última vez que lo vieron. «¿Cómo que "desde la última vez que lo vimos"?», inquirió Cali, abriendo los ojos. Cuando Jessica le relató los hechos del sábado. Cali llamó a Courtney para decirle que Kurt sí que había estado en casa el sábado.

Courtney, por su parte, estaba tratando de atender a sus compromisos con la prensa dentro de la campaña promocional de su nuevo disco en Los Ángeles, a pesar de haberse sometido de nuevo a una terapia de desintoxicación en hotel. El lunes se reunió con Robert Hilburn de *Los Angeles Times* para hablar del nuevo álbum de Hole, *Live Through This*. Courtney realizó la entrevista entre sollozos, con un manual de Narcóticos Anónimos encima de la mesita para servir el café. El artículo de Hilburn comenzaba con el siguiente subtítulo: «En un momento en que Courtney Love debería estar centrada en Hole y su carrera, no puede evitar sentirse preocupada por su marido». «Sé que este debería ser el momento más feliz de mi vida -declaró Love-, y ha habido instantes en los que he sentido dicha felicidad. Pero no ahora. Pensaba que había pasado por momentos duros a lo largo de los años, pero este ha sido el más duro de todos.»[1]

Aquel día se haría más duro aún. Tras la entrevista Courtney telefoneó a Dylan, quien le aseguró que no sabía nada de Kurt. Courtney creyó que Dylan mentía, y puso en duda su palabra; sin embargo, su actitud no pareció servir para cambiar la conducta de Dylan, quien al final añadió de manera inexpresiva: «La última vez que lo vi fue cuando compramos la escopeta, justo antes de que se fuera a Los Angeles». Fue la primera vez que Courtney oyó hablar de aquella escopeta, y se puso histérica. Telefoneó a la policía de Seattle y denunció la desaparición de Kurt, identificándose como su madre. Según la denuncia: «El señor Cobain ha huido de un centro médico de California y ha regresado en avión a Seattle. Asimismo, ha comprado una escopeta y podría pensar en suicidarse. El desaparecido podría hallarse [en el domicilio de Caitlin Moore] en busca de estupefacientes». Kurt fue descrito como un individuo «no peligroso» pero «armado con una escopeta». Courtney pidió a la policía que registrara la casa de Lake Washington, y varios oficiales se acercaron a la propiedad en diversas ocasiones, sin observar indicio alguno de actividad. Courtney se reunió de nuevo con Tom Grant el lunes, y le dijo que buscara en algunos de los moteles que Kurt frecuentaba. Los investigadores de Seattle visitaron dichos establecimientos, pero no encontraron a Kurt.

El lunes por la noche Cali salió de juerga, dejando a Jessica sola en su habitación. En torno a la medianoche Jessica oyó ruidos. «Oí pasos en el piso de arriba y en el vestíbulo -recordaba Jessica-. Quien fuera caminaba con determinación, no de puntillas, así que supuse que sería Kurt.» Gritó «hola» en la penumbra del pasillo, pero al no obtener respuesta volvió al dormitorio de Cali. Courtney había reprendido a Jessica y Cali, advirtiéndoles que dada su condición de «empleados» no debían moverse de la habitación de Cali. Este no regresó hasta pasadas las tres de la madrugada, y Jessica y él durmieron hasta bien entrada la mañana siguiente.

El martes por la tarde Courtney envió a Eric Erlandson de Hole a la casa de Lake Washington en busca de Kurt. «Entró en la casa de golpe, como un relámpago, y se puso furioso con Cali -recordaba Jessica-. "Vamos, tenéis que ayudarme a buscarlo", nos ordenó.»

Erlandson les mandó mirar hasta el último rincón, porque Kurt tenía escondida una escopeta; insistió expresamente en que buscaran en un compartimento secreto que había en el fondo del armario del dormitorio principal, un lugar que Kurt solía utilizar según le había contado Courtney. Hallaron el compartimento pero ni rastro de armas. También buscaron en un colchón que Kurt había ahuecado en parte para guardar drogas; lo encontraron vacío. A nadie se le ocurrió mirar en el garaje ni en el invernadero, y ante los resultados infructuosos de la búsqueda Erlandson se marchó a toda prisa con destino a la casa de Carnation.

Courtney tenía concertada una entrevista telefónica con *The Rocket* para la mañana del martes. Erlandson llamó a la revista y anunció que tendría que aplazarse, al igual que el resto de las entrevistas que Courtney tenían programadas para el resto de la semana. Lo cierto era que Courtney no tenía tiempo de atender a la prensa, pues estaba al teléfono a cada momento tratando de localizar a alguien que hubiera visto a Kurt después del sábado. Decidió acosar a Dylan, convencida aún de que ocultaba algo, pero lo encontró tan desconcertado por la desaparición de Kurt como ella.

El miércoles 6 de abril por la mañana Jessica Hopper llamó a un taxi para que la llevara al aeropuerto. Seguía encontrándose mal; durante su visita no había hallado más comida en casa de los Cobain que unos plátanos y refrescos, y hacía tanto frío que rara vez se había aventurado a salir de la habitación de Cali. En el camino de la casa al coche vomitó.

Courtney siguió telefoneando a su casa, pero sus llamadas seguían sin obtener respuesta. La mañana del miércoles comunicó a Grant sus sospechas de que Cali podía estar ocultando a Kurt. Grant voló a Seattle aquella misma noche, recogió a Dylan y juntos visitaron el domicilio de Caitlin Moore, el Marco Polo, el Seattle Inn y el Crest, sin encontrar rastro alguno de Kurt. A las 2.15 de la madrugada del jueves registraron la casa de Lake Washington, entrando por una ventana de la cocina. La temperatura exterior había descendido hasta los siete grados, pero parecía hacer más frío dentro que fuera. Inspeccionaron estancia por estancia y al llegar al dormitorio principal

vieron la cama deshecha, pero fría al tacto. En la televisión estaba sintonizada la MTV con el volumen quitado. Al no encontrar indicio alguno de Kurt, abandonaron la casa a las tres de la madrugada, sin mirar en los terrenos de la finca ni en el garaje.

El jueves por la tarde Courtney localizó a Cali en casa de Jennifer Adamson, donde se había refugiado por miedo a quedarse en casa de los Cobain. Courtney estaba furiosa y le exigió que regresara a buscar a Kurt. Cali y Jennifer se acercaron en coche juntos a la casa del lago, en compañía de una amiga, Bonnie Dillard, que tenía curiosidad por ver cómo vivía una estrella de rock famosa. Llegaron al atardecer, y Cali se quejó de que la visión de aquella lúgubre casa le ponía los pelos de punta. Le dijo a Jennifer que no quería volver a entrar en ella, pero sabía que, si no lo hacía, Courtney se pondría furiosa.

Entraron en la casa y comenzaron a buscar de nuevo por todos los rincones, encendiendo las luces a su paso. Cali y Jennifer se cogían de la mano cada vez que entraban en una habitación. «Francamente -recordaba Jennifer-, esperábamos encontrárnoslo muerto a cada paso.» Aunque aquella casa era en teoría el lugar de residencia de Cali en aquel momento, el joven se sobresaltaba cada vez que el suelo crujía, como lo haría un personaje de una película de Vincent Price ante el vuelo de un murciélago desde lo alto de un campanario. Buscaron en todas las plantas, incluido el ático.

Jennifer y Dillard instaron a Cali a marcharse de allí una vez hubieran inspeccionado todas las estancias de la casa. Estaba anocheciendo y la vieja mansión, que ya en un día soleado resultaba sobrecogedora, se llenó de largas sombras con la luz del crepúsculo. Cali dudó de si dejar una nota: «Kurt: no puedo creer que hayas estado en esta casa sin decírmelo. Eres un capullo integral por no llamar a Courtney ni decirle siquiera que estás bien. Lo está pasando fatal, Kurt, y esta mañana ha sufrido otro "accidente" y está otra vez en el hospital. Es tu mujer y te quiere y tenéis una hija. Ponte las pilas al menos para decirle que estás bien, si no se va a morir. No es justo, tío. ¡Haz algo ya!». Cali dejó el mensaje en la escalera principal.

Los tres regresaron al coche con un gran suspiro de alivio y enfilaron el largo camino de salida a la carretera. Cali y Jennifer

delante y Dillard detrás. Cuando tomaban el bulevar Lake Washington en dirección a la ciudad. Dillard anunció con voz suave: «Esto... odio tener que decir esto, pero al bajar me ha parecido ver algo en lo alto del garaje». Jennifer y Cali cruzaron una mirada de terror absoluto. «No sé -prosiguió Dillard-, no era más que una sombra.» «¿Por qué no has dicho nada antes?», le espetó Jennifer. «Bueno, no sé -explicó Dillard-. No he creído que fuera real.» Jennifer sabía lo supersticiosa que era Dillard, y siguió conduciendo en dirección a la ciudad. «Bueno, ya he tenido bastante -anunció Jennifer-. No pienso volver.»

Dos días antes, en las horas previas al amanecer del martes 5 de abril. Kurt Cobain despertó en su propia cama, con los almohadones impregnados aún del perfume de Courtney, una fragancia que había percibido por primera vez cuando ella le envió la caja de seda y encaje en forma de corazón hacía tan solo tres años. Kurt se había pasado horas oliendo aquella caja, imaginando que ella la habría tocado con las partes íntimas de su cuerpo. Aquel martes su aroma se mezclaba en el dormitorio conyugal con el olor ligeramente acre de la heroína calentada, un olor que también le excitaba.

Hacía frío en la casa, así que había dormido con la ropa puesta, incluido el abrigo de pana marrón. En comparación con las noches que había dormido a la intemperie en cajas de cartón, no era para tanto. Llevaba su cómoda camiseta de Half Japanese (un grupo de punk de Baltimore), sus tejanos Levi's favoritos y, al sentarse en el borde de la cama, se ató los cordones del único calzado que tenía, unas zapatillas de deporte Converse.

La televisión estaba encendida, con la MTV sintonizada, pero sin sonido. Se acercó al equipo de música y puso *Automatic for the People* de los R.E.M., con el volumen bajo para que la voz de Stipe sonara como un agradable susurro de fondo; Courtney encontraría posteriormente el equipo encendido aún y el cede puesto. Kurt se encendió un Camel Light y se recostó en la cama con una libreta tamaño oficio sobre el pecho y un bolígrafo rojo de punta fina. Por un momento se quedó embelesado ante la blanca hoja de papel, pero no

por culpa del llamado bloqueo del escritor, sino porque llevaba semanas, meses, años, décadas imaginando aquellas palabras. Se quedó parado solo porque hasta una hoja de papel tamaño oficio le parecía sumamente corta, finita a más no poder.

Ya había escrito una larga carta personal a su esposa y a su hija durante su breve estancia en Exodus, una carta que había traído consigo a Seattle y que había depositado bajo uno de aquellos almohadones impregnados de perfume. «Sabes que te quiero -había escrito en aquella carta-. Quiero a Frances. Lo siento. Por favor no me sigas. Lo siento, lo siento, lo siento.» Kurt había seguido escribiendo «lo siento» hasta llenar la página entera con dicha expresión de lamento. «Ahí estaré -proseguía la carta-. Os protegeré. No sé adonde voy. Simplemente no puedo seguir aquí.»

Escribir aquella nota le había supuesto un gran esfuerzo, pero sabía que aquella segunda misiva revestía la misma importancia, y debía ser cuidadoso con las palabras que iba a elegir. La remitió «A Buda», el nombre del amigo imaginario de su infancia. Con una letra deliberadamente diminuta, escribió un texto corrido sin atender a las normas de la gramática, extremando al máximo la redacción metódica de su contenido con el fin de garantizar la comprensión de todas y cada una de las palabras. Mientras escribía, la iluminación de la MTV le proporcionaba gran parte de la luz que necesitaba para ver, pues aún no había amanecido del todo.

> Hablando desde la voz de la experiencia de un simplón que sin duda preferiría ser un quejica infantil y castrado. Esta nota debería ser muy fácil de entender. Todas las advertencias que me hicieron en los 101 cursos de punk rock impartidos a lo largo de los años, desde mi primer contacto con la, digamos, ética de la independencia y la vinculación con la comunidad a la que uno pertenece, han resultado ser ciertas. Ya hace demasiado tiempo que no me emociono ni escuchando ni creando música, ni tampoco leyendo ni escribiendo. Me siento increíblemente culpable por ello. Por ejemplo, cuando se apagan las luces antes de un concierto y se oyen los gritos exaltados de la multitud, a mí no me afectan tal

como le afectaban a Freddy Mercury, a quien parecían encantarle, y se deleitaba con el amor y la veneración del público. Lo cual admiro y envidio muchísimo. El hecho es que no os puedo engañar. A ninguno de vosotros. Simplemente no sería justo ni para vosotros ni para mí. El peor delito que se me ocurre sería timar a la gente fingiendo que estoy disfrutando al cien por cien. A veces tengo la sensación de que tendría que fichar antes de subir al escenario. He hecho todo lo posible para valorarlo, y lo sigo haciendo, creedme, de verdad, pero no es suficiente. Soy consciente de que yo, y nosotros, hemos emocionado y entretenido a mucha gente. Debo de ser uno de esos narcisistas que solo valoran las cosas cuando ya han desaparecido. Soy demasiado sensible. Necesito estar un poco anestesiado para recuperar el entusiasmo que un día tuve de niño. En estas tres últimas giras he llegado a valorar mucho más a toda la gente que he conocido personalmente o como fans de nuestra música, pero a pesar de ello no puedo superar la frustración, el sentimiento de culpa y la empatía que siento por todo el mundo. El bien existe en cada uno de nosotros y creo que simplemente quiero a la gente demasiado. Tanto que me hace sentir triste a más no poder. El típico Piscis triste, sensible, ingrato, ¡Joder, tío! ¿Por qué no puedes disfrutar sin más? No lo sé. Tengo una diosa como mujer, llena de ambición y empatía, y una hija que me recuerda demasiado a como era yo. Rebosante de amor y alegría, que besa a todo el mundo porque para ella todo el mundo es bueno y cree que no le harán ningún daño. Y eso me asusta tanto que casi me paraliza. No puedo soportar la idea de que Frances se convierta en una rockera siniestra, miserable y autodestructiva como yo. Me va bien, muy bien, y estoy agradecido, pero desde los siete años he sentido un odio creciente hacia todos los seres humanos en general. Solo porque parece que a la gente le resulta fácil llevarse bien y sentir empatía. ¡Empatía! Solo porque amo y me compadezco demasiado de la gente, supongo. Gracias a todos desde lo más profundo de mi estómago ardiente y nauseabundo por vuestras cartas e interés durante los últimos años. ¡Soy una criatura voluble y lunática! Se me ha acabado la pasión así que recordad, es mejor arder que apagarse lentamente.

Cuando dejó de escribir, le faltaban cinco centímetros para rellenar la hoja por completo. La redacción de la nota le había costado tres cigarrillos. Las palabras no le habían salido con facilidad, y había faltas de ortografía y frases incompletas. No tuvo tiempo de reescribir aquella carta veinte veces como había hecho en muchas ocasiones en sus diarios; se hacía de día y necesitaba actuar antes de que el resto del mundo despertara. Para concluir la misiva puso «Paz, amor, empatía. Kurt Cobain», prefiriendo escribir su nombre completo a estampar su firma. Subrayó la palabra «empatía» dos veces, un término que había empleado en cinco ocasiones a lo largo del escrito. Añadió una línea final -«Frances y Courtney, estaré en vuestro altar»- y se metió el papel y el bolígrafo en el bolsillo izquierdo del abrigo. En el equipo de música sonaba la voz de Stipe cantando «Man on the Moon». A Kurt siempre le había encantado Andy Kaufman; sus amigos del colegio de Montesano solían mondarse de risa cuando Kurt imitaba el personaje de Latka en *Taxi.*

Kurt se levantó de la cama y entró en el armario, donde retiró de su sitio un tablón de la pared. Dentro de aquel cubículo secreto había una funda de escopeta de nailon de color beige, una caja de cartuchos y una caja de puros Tom Moore. Volvió a colocar el tablón en su sitio, se metió los cartuchos en el bolsillo, cogió la caja de puros y se cargó la pesada escopeta sobre el antebrazo izquierdo. De un armario situado en el pasillo sacó dos toallas; él no las necesitaba, pero harían falta después. Empatía. Bajó despacio los diecinueve escalones de la amplia escalera. Estaba a solo unos metros de la habitación de Cali y no quería que nadie lo viera. Había pensado en todo, lo había planeado todo con la misma previsión con la que concebía las portadas y los vídeos de sus discos. Habría sangre, mucha sangre, sería un asco, y no quería que su casa acabara así. Sobre todo no quería convertirla en una casa embrujada, capaz de inspirar a su hija la clase de pesadillas que él había sufrido.

Al entrar en la cocina pasó por delante de la jamba de la puerta donde Courtney y él habían empezado a marcar la altura de Frances a medida que crecía. De momento solo había una señal, una rayita en lápiz con el nombre de su pequeña a 79 centímetros del suelo. Kurt no

vería nunca marcas más altas en la pared, pero estaba convencido de que la vida de su hija sería mejor sin él.

Una vez en la cocina abrió la puerta de la nevera de acero inoxidable Traulson de diez mil dólares y cogió una lata de cerveza de raíces Barq, sin soltar en ningún momento la escopeta. Con tan inconcebible carga encima -una lata de cerveza, un par de toallas, una caja de heroína y una escopeta, objetos que posteriormente se encontrarían formando una extraña asociación-, abrió la puerta que daba al jardín trasero y atravesó el pequeño patio. Despuntaba el amanecer y la bruma del alba se cernía sobre la tierra. Así eran la mayoría de las mañanas en Aberdeen, húmedas y frías. Nunca más volvería a ver Aberdeen, nunca treparía a lo alto del depósito de agua en la «colina de Piensa en Mí», nunca compraría la granja con la que había soñado en Grays Harbor, nunca más amanecería en la sala de espera de un hospital fingiendo ser un afligido visitante para poder dormir al abrigo del frío, nunca más vería a su madre, a su hermana, a su padre, a su mujer ni a su hija. Recorrió los veinte pasos que le separaban del invernadero, subió los peldaños de madera y abrió las puertaventanas traseras. El suelo era de linóleo. No costaría limpiarlo. Empatía.

Se sentó en el suelo de la construcción de una sola planta, mirando a la puerta principal. Nadie podía verlo allí, a menos que treparan a los árboles situados detrás de la propiedad, algo poco probable. Lo último que quería era acabar hecho un vegetal, lo que aún intensificaría más su sufrimiento. Sus dos tíos y su bisabuelo habían optado por aquella horrible salida, y si ellos lo habían logrado sabía que él también podría. Tenía el «gen suicida», como solía bromear con sus amigos en Grays Harbor. No quería volver a ver un hospital nunca más, no quería volver a ver a un médico con una bata blanca llevándole a empujones, no quería volver a ver un endoscopio dentro de su dolorido estómago. Había acabado con todo aquello, con su estómago; no podía estar más acabado. Como un gran director de cine, había planeado aquel momento hasta el mínimo detalle, ensayando la escena tanto en el papel de director como de actor. A lo largo de los años habían tenido lugar muchos ensayos generales, aproximaciones muy

cercanas a la idea prevista, ya fuera por accidente o de forma intencionada, como en el caso de Roma. Siempre había albergado aquella idea en lo más profundo de su mente, como un preciado bálsamo, como la única cura a un dolor que nunca desaparecería. No le importaba verse libre de la necesidad, lo que quería era verse libre del dolor.

Permaneció allí sentado un largo rato, con aquellos pensamientos rondándole la cabeza. Se fumó cinco Camel Lights y bebió varios sorbos de cerveza.

Sacó la nota que tenía en el bolsillo. Aún quedaba un poco de espacio en blanco. La extendió sobre el suelo de linóleo. Debido a la superficie sobre la que se apoyaba, tuvo que emplear una letra más grande, y no tan recta. En aquellas condiciones logró escribir unas cuantas palabras más: «Por favor, Courtney, sigue adelante, por Frances, por su vida, que será mucho más feliz sin mí. Os quiero. Os quiero». Aquellas últimas palabras, escritas en un cuerpo mayor que el resto, acabaron de llenar la hoja. Kurt depositó la nota encima de una pila de tierra para maceteros, y clavó el bolígrafo en medio, para que sostuviera cual poste el papel colocado hacia arriba sobre el montón de tierra.

Sacó la escopeta de la funda de nailon blanda. Dobló con cuidado la funda, como un niño guardaría su mejor traje de domingo después de la iglesia. Se quitó el abrigo, con el que tapó la funda, y colocó las dos toallas encima. Ay, empatía, qué agradable don. Se acercó al fregadero, se hizo con una pequeña cantidad de agua para prepararse la jeringuilla y volvió a tomar asiento. Cogió la caja que contenía veinticinco cartuchos de escopeta y sacó tres para meterlos después en la recámara del arma. Accionó la Remington para que quedara uno de los cartuchos en la cámara y le quitó el seguro.

Se fumó el último Camel Light y bebió otro sorbo de la Barq. Fuera amanecía ya un día nublado, un día como aquel en el que había venido al mundo, hacía veintisiete años, un mes y dieciséis días. En una ocasión había tratado de describir aquel primer instante de su vida en su diario: «Mi primer recuerdo fue el de un suelo de azulejos de color verde agua claro y una mano muy fuerte cogiéndome por los

tobillos. Aquella fuerza me dejó claro que ya no estaba en el agua y que no podía volver. Traté de patalear y de retorcerme para regresar al agujero, pero me tenían bien agarrado, suspendido en la vagina de mi madre. Era como si me estuvieran tomando el pelo, y sentía cómo el líquido y la sangre se evaporaban y me tensaban la piel. La realidad era el oxígeno que me consumía, y el olor esterilizado que me anunciaba que nunca más volvería al agujero, una sensación de terror que nunca más podría volver a repetirse. Sabiendo que aquello me consolaba, me dispuse a iniciar mi primer ritual de relación con el nuevo entorno. No lloré».

Alcanzó la caja de puros y sacó una bolsita de plástico que contenía cien dólares de goma, una cantidad de heroína considerable. Cogió la mitad, un trozo del tamaño de una goma de borrar, y la colocó en una cuchara. Con un proceder metódico y habilidoso, preparó la heroína y la jeringuilla y se la inyectó por encima del codo, cerca del tatuaje de «K». Volvió a guardar el material en la caja y se sintió flotar mientras se alejaba rápidamente de aquel lugar. El jainismo predicaba que había treinta cielos y siete infiernos, todos ellos dispuestos en distintas capas a lo largo de nuestras vidas; si tenía suerte, aquel sería su séptimo y último infierno. Apartó la caja de puros, flotando cada vez más rápido y sintiendo al mismo tiempo que la respiración se le ralentizaba. Tenía que darse prisa: se estaba volviendo todo borroso, y un tono verde agua envolvía todos los objetos. Cogió la pesada escopeta y se la apoyó en el paladar. Haría ruido; de eso estaba seguro. Y, acto seguido, desapareció.

EPÍLOGO

UN MÁS ALLÁ A LO LEONARD COHEN

SEATTLE, WASHINGTON
ABRIL DE 1994 - MAYO DE 1999

Dame un más allá a lo Leonord Cohén, para que puedas pirar eternamente.
-De «Pennyroyal Tea».

A primera hora de la mañana del viernes 8 de abril el electricista Gary Smith llegó al 171 del bulevar Lake Washington. Smith y varios trabajadores más llevaban desde el jueves en la casa, instalando un nuevo sistema de seguridad. La policía se dejó caer por allí en dos ocasiones y dijeron a los trabajadores que les avisaran si aparecía Kurt. A las 8.40 del viernes Smith se hallaba cerca del invernadero y decidió echar un vistazo en el interior. «Vi aquel cuerpo tendido en el suelo -relataría posteriormente a un periódico-. Pensé que se trataría de un maniquí. Pero entonces vi que tenía sangre en la oreja derecha. Vi una escopeta cruzada sobre su pecho, apuntándole a la barbilla.»[1] Smith llamó a la policía y después a su empresa. Un amigo transportista de su compañía se aventuró a dar el soplo a la emisora de radio KXRX. «Eh, muchachos, me debéis unas cuantas entradas de las buenas para los Pink Floyd por esto», advirtió al locutor Marty Riemer. La policía confirmó el rumor de que un varón joven había sido encontrado en casa de los Cobain y KXRX se encargó de difundir la noticia. Aunque la policía no había identificado aún el cadáver, las informaciones iniciales especulaban ya con la idea de que se trataba de Kurt. Al cabo de veinte minutos KXRX recibió una llamada de Kim Cobain, que entre sollozos se identificó como la hermana de Kurt antes de preguntar enfurecida por qué estaban divulgando una historia tan falaz. Desde la emisora le sugirieron que llamara a la policía.

Así lo hizo Kim, y tras confirmar la noticia telefoneó a su madre. Poco después un periodista de *Aberdeen Daily World* apareció en la puerta de casa de Wendy. Sus declaraciones dieron la vuelta al mundo a través de la información difundida por American Press: «Se ha ido para unirse con ese estúpido club. Le advertí que no se uniera a ese estúpido club». Wendy se refería a la coincidencia de que Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison y Kurt habían muerto a la edad de veintisiete años. Pero Wendy añadió otro comentario que no recogería ningún otro periódico, aunque cualquier padre o madre que oyera la noticia de la muerte de Kurt no necesitaba leer aquellas palabras para imaginar lo que sentía. Al final de la entrevista Wendy se refirió a la pérdida de su único hijo varón en los siguientes términos: «Nunca más volveré a abrazarle. No sé qué hacer. No sé adonde ir».

Don se enteró de la muerte de su hijo por la radio, y la noticia le dejó demasiado abatido para hablar con la prensa. Leland e Iris lo supieron por la televisión. Al enterarse de lo sucedido, Iris tuvo que tumbarse, temiendo que su débil corazón no pudiera soportarlo.

Mientras tanto, en Los Angeles, Courtney se había convertido en paciente de Exodus, tras ingresar en dicho centro el jueves por la tarde. Aquel día había sido arrestada en el Península después de que la policía se personara en su «habitación salpicada de sangre y vómitos» y encontrara una jeringuilla, un recetario médico en blanco y un pequeño paquete que a primera vista identificaron como heroína (la sustancia resultó ser cenizas de la buena suerte hindúes). Tras ser puesta en libertad bajo una fianza de diez mil dólares, abandonó la terapia de desintoxicación en hotel y decidió que la hospitalizaran para recibir tratamiento médico.

El viernes por la mañana Rosemary Carroll se presentó en Exodus. Cuando Courtney vio la expresión del rostro de Rosemary, supo la noticia sin necesidad de oírla. Las dos mujeres se miraron durante varios segundos en completo silencio hasta que Courtney formuló finalmente una pregunta de una sola palabra: «¿Cómo?».

Courtney abandonó Los Angeles en un Learjet con Frances, Rosemary, Eric Erlandson y la niñera Jackie Farry. Cuando llegaron a la casa del lago Washington, la encontraron rodeada de equipos de

televisión. Love se apresuró a contratar a varios guardias de seguridad privados, quienes se encargaron de cubrir el invernadero con lona alquitranada para que la prensa no pudiera mirar en su interior. Antes de que procedieran a tapar la construcción, el fotógrafo de *Seattle Times* Tom Reese tomó unas cuantas instantáneas del interior a través de un agujero de la valla. «Pensé que tal vez no fuera él -recordaba Reese-, que podría tratarse de cualquier otra persona. Pero cuando vi aquella zapatilla de deporte, no me cupo duda.» La fotografía de Reese, que salió publicada en la portada del *Seattle Times* del sábado, mostraba la imagen vista a través de las puertaventanas del invernadero, e incluía la mitad del cuerpo de Kurt, su pierna derecha, su zapatilla de deporte y su puño cerrado junto a una caja de puros.

Por la tarde la oficina del forense de King County emitió un comunicado confirmando lo que todo el mundo sabía ya: «La autopsia ha revelado que Cobain murió de una herida de escopeta en la cabeza; de momento todo índica que se trata de una lesión autoinfligida». El doctor Nikolas Hartshorne realizó la autopsia, una labor que entrañó una carga emocional sobreañadida dado que Hartshorne había organizado en su día un concierto de Nirvana en la facultad. «En aquel momento pusimos herida de escopeta en la cabeza "aparentemente" autoinfligida en el informe para curarnos en salud hasta terminar de aclarar lo sucedido -recordaba Hartshorne-. No había absolutamente nada que apuntara hacia otra hipótesis que no fuera el suicidio.» Sin embargo, debido a la atención mediática y a la fama de Kurt, la policía de Seattle no finalizó su investigación hasta al cabo de cuarenta días, de los cuales invirtió doscientas horas en interrogar a los amigos y la familia de Kurt.

Aunque hay rumores que sugieren lo contrario, el cadáver se identificó como el de Kurt, pese a lo dantesco de la escena: los centenares de perdigones que contenía el cartucho de escopeta le destrozaron la cabeza y lo desfiguraron. La policía tomó las huellas digitales del cuerpo, huellas que concordaron con las que se tenían de él cuando lo arrestaron por violencia doméstica. Aunque un análisis posterior de la escopeta concluía que «cuatro tomas de huellas latentes no han revelado huellas legibles», Hartshorne manifestó que las

huellas del arma no eran legibles porque la escopeta debió de ser retirada de la mano de Kurt y manipulada tras el rigor mortis. «Me consta que sus huellas están en la escopeta, porque la tenía en la mano», declararía Hartshorne. Se determinó el 5 de abril como fecha de la muerte, aunque podría haberse producido veinticuatro horas antes o después. Lo más probable es que Kurt estuviera muerto en el invernadero cuando se llevaron a cabo los diversos registros de la casa principal.

En la autopsia se encontraron restos de benzodiazepinas (tranquilizantes) y heroína en la sangre de Kurt. Se halló un nivel de heroína tan elevado que ni siquiera Kurt -conocido por las enormes dosis que se inyectaba- podría haber sobrevivido mucho más de lo que tardó el arma en dispararse. Kurt había logrado una proeza extraordinaria, aunque guardaba similitudes con el desenlace de su tío Burle (quien se había disparado con una escopeta en la cabeza y en el abdomen) y el de su bisabuelo James Irving (quien tras clavarse un cuchillo en el abdomen se desgarró la herida): había conseguido quitarse la vida dos veces, empleando dos métodos igualmente mortales.

Courtney no encontraba consuelo. Insistió en que la policía le entregara el abrigo de pana de Kurt salpicado de sangre, y una vez en su poder se lo puso. Cuando la policía abandonó finalmente la propiedad, y solo ante la presencia de un guardia de seguridad como testigo, Courtney volvió sobre los últimos pasos de Kurt, entró en el invernadero -que aún no había sido limpiado- y se manchó las manos con su sangre. Hincada de rodillas en el suelo, rezó, aulló, gimió, alzó las manos ensangrentadas hacia el cielo y gritó: «¿Por qué?». Encontró un pequeño resto de cráneo cubierto de cabello, un macabro recuerdo que procedió a lavar con champú. Y, hecho esto, recurrió a las drogas para aliviar su dolor.

Aquella noche se vistió con capas y capas de ropa de Kurt que aún conservaban su olor. Cuando Wendy llegó a la casa, madre y nuera durmieron en la misma cama, abrazadas la una a la otra durante la noche.

El sábado 9 de abril Jeff Mason recibió el encargo de llevar a Courtney a la funeraria para que pudiera ver el cuerpo de Kurt antes de que lo incineraran: la viuda había pedido que se realizara un vaciado en yeso de las manos de su difunto marido. Grohl fue invitado a ver a Kurt por última vez, invitación que declinó, no así Krist, quien llegó antes que Courtney. Krist estuvo unos momentos a solas con su viejo amigo y rompió a llorar. Al salir de la sala hicieron pasar a Courtney y Mason. Kurt se encontraba encima de una mesa, vestido con sus mejores galas, pero con los ojos cosidos. Era la primera vez que Courtney estaba con su marido después de diez días, y sería la última vez que sus cuerpos estarían en contacto físico. Courtney le acarició el cabello, le habló y le cortó un mechón de pelo. Luego le bajó los pantalones y le cortó una pequeña mecha de vello púbico, de su amado pubis cubierto con el vello que tanto había esperado ver crecer de adolescente y que por ello de algún modo merecía ser preservado. Finalmente, se encaramó encima de su cuerpo, lo montó a horcajadas, apoyó la cabeza sobre su pecho y gimió: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Aquel día empezaron a llegar amigos para tratar de consolarla, muchos de ellos provistos de drogas, que Courtney ingirió de forma indiscriminada. Entre los estupefacientes y el dolor, estaba hecha una calamidad. Los periodistas la telefoneaban cada cinco minutos, y aunque no se encontraba en condiciones de hablar, accedió a coger alguna que otra llamada, pero no para responder preguntas, sino para formularlas: ¿Por qué había hecho aquello Kurt? ¿Dónde había estado la última semana de su vida? Como muchos amantes apesadumbrados, Courtney se centró en los pequeños detalles para evitar la idea de su pérdida. Se pasó dos horas al teléfono con Gene Stout del *Post-Intelligencer* meditando sobre aquellas cuestiones y manifestando: «Soy fuerte y puedo soportarlo todo. Pero esto no». La muerte de Kurt ocupó la portada del *New York Times*, y un aluvión de periodistas de prensa y televisión inundaron Seattle, tratando de cubrir una historia donde apenas encontraron fuentes dispuestas a hablar con los medios. La mayoría de ellos tuvieron que limitarse a publicar artículos de

reflexión sobre lo que había significado la figura de Kurt para una generación. ¿Qué más se podía decir?

Se imponía la necesidad de organizar un funeral. Susan Silver de Soundgarden se ofreció a ello y programó un sepelio privado en una iglesia y una vigilia pública a la misma hora en Seattle Center. Aquel fin de semana una lenta procesión de amigos desfilaron por la casa del lago Washington, todos ellos con rostros compungidos, tratando de hallar alguna explicación a lo inexplicable. A su dolor se sumaba la incomodidad física; cuando Jeff Mason llegó el viernes a la casa, encontró el depósito de combustible totalmente agotado. Para calentar la enorme vivienda empezó a enviar limusinas a comprar leña a Safeway. «Tuve que ponerme a romper sillas porque no había otra forma de calentar la casa que no fuera encendiendo la chimenea», recordaba Mason. Courtney estaba en el piso de arriba en su dormitorio, envuelta con capas y capas de ropa de Kurt, grabando un mensaje que se emitiría en la vigilia pública organizada en su memoria.

El domingo por la tarde se celebró dicha vigilia en el Flag Pavilion del Seattle Center, un acto al que asistieron siete mil personas con velas, flores y carteles hechos en casa y donde se quemó alguna que otra camisa de franela. Un psicólogo especializado en casos de suicidio tomó la palabra e instó a los adolescentes con problemas a que pidieran ayuda, mientras que los locutores de radio de la ciudad compartieron sus recuerdos sobre el músico fallecido. Durante el acto, se difundió un breve mensaje de Krist:

> Recordamos a Kurt por lo que ha sido: una persona afectuosa, generosa y amable. De él siempre nos quedará su música. Kurt tenía una ética hacia sus fans arraigada en el pensamiento propio del punk rock: ningún grupo es especial, ningún músico es el rey. Si tienes una guitarra y mucha alma, mete ruido y tómatelo en serio, porque tú eres la superestrella. Toca los tonos y los ritmos que son universales para toda la humanidad. La música. Vamos, utiliza la guitarra de tambor. Descubre un ritmo y déjalo fluir de tu corazón. A ese nivel nos hablaba Kurt: al nivel de nuestro corazón. Y ahí es donde residirá siempre la música, por siempre jamás.

A continuación se emitió el mensaje de Courtney, el que había grabado la noche anterior en su cama. El mensaje decía lo siguiente:

> No sé qué decir. Me siento igual que todos vosotros. Si no pensarais eso al veros sentados en su habitación, donde tocaba la guitarra y cantaba, y no os sintierais honrados de tenerlo cerca, es que estáis locos. Sea como sea, dejó una nota. Parece más bien una puta carta al director. No sé qué pasó. Que esto ocurriría tarde o temprano estaba claro, pero podría haber sido cuando tuviera cuarenta años. Siempre decía que iba a sobrevivir a todo el mundo y a llegar a los ciento veinte. No os voy a leer toda la nota, porque no toda es de vuestra puta incumbencia. Pero hay una parte que va dirigida a vosotros. No creo que leerla reste dignidad a su persona, teniendo en cuenta que va destinada a la mayoría de vosotros. Hay que ser gilipollas. Quiero que todos vosotros gritéis «gilipollas» bien alto.

La multitud gritó «gilipollas». Acto seguido, Courtney leyó la nota de suicidio. En el transcurso de los diez minutos que duró su lectura, Courtney mezcló las palabras finales de Kurt con sus propios comentarios al respecto. Cuando leyó el fragmento donde Kurt mencionaba a Freddy Mercury, exclamó: «¡Y qué, joder! Pues no seas una estrella de rock, gilipollas». Cuando se quejaba de tener «demasiado amor», Courtney preguntó: «Y entonces, ¿por qué coño no te quedaste?». Y al citar textualmente la frase en la que Kurt decía ser un «Piscis, sensible, ingrato, ¡joder, tío!» Courtney soltó entre gemidos: «¡Cállate, cabrón! ¿Y por qué no disfrutaste sin más?». Aunque estaba leyendo la nota para la multitud y los medios, hablaba como si Kurt fuera su único público. Hacia el final, antes de leer la cita de Neil Young que había escrito Kurt, advirtió: «Y no recordéis esto porque es una puta mentira: "Es mejor arder que apagarse lentamente". Pero ¡qué gilipollas!». Cuando acabó de leer la carta añadió:

> Recordad, ¡todo esto no son más que chorradas! Pero quiero que sepáis una cosa: ese rollo del «amor severo» de los ochenta no funciona. No es real. No funciona para nada. Debería haber dejado, todos nosotros deberíamos haber dejado que se anestesiara.

> Deberíamos haber dejado que consiguiera eso que le hacía sentirse mejor, que le calmaba sus dolores de estómago, deberíamos haber dejado que lo consiguiera en lugar de tratar de despellejarle vivo. Y ahora id a casa y decid a vuestros padres: «No me vengáis nunca con ese puto rollo del amor severo porque no funciona». Eso es lo que pienso. Estoy tumbada en nuestra cama, y lo lamento de veras, y me siento igual que vosotros. No sabéis cuánto lo siento. No sé qué podría haber hecho yo. Ojalá hubiera estado aquí. Ojalá no hubiera escuchado a otros. Pero lo hice. Todas estas noches que vengo durmiendo con su madre, me despierto por la mañana y pienso que es él por lo mucho que se parecen sus cuerpos. Tengo que irme ya. Simplemente decidle que es un capullo, ¿vale? Decidle: «Capullo, eres un capullo". Decidle eso y que lo amáis.

Mientras la extraordinaria grabación de Courtney se emitía en el Seattle Center, alrededor de setenta personas se daban cita en la Unity Church of Truth para asistir al sepelio privado. «No hubo tiempo para programa ni invitaciones», recordaba el reverendo Stephen Towles, encargado de oficiar el servicio. La mayoría de los asistentes habían sido avisados por teléfono la noche anterior. Varios de los amigos íntimos de Kurt, entre ellos Jesse Reed, fueron pasados por alto o no pudieron trasladarse a Seattle con tan poca antelación. Entre los que acudieron al acto había una representación de Gold Mountain y varios coches con amigos de Olympia. Bob Hunter, el antiguo profesor de arte de Kurt, se contaba entre los pocos de Aberdeen. Incluso la ex novia de Kurt Mary Lou Lord presenció la ceremonia, sentada en las últimas filas. Courtney y Frances se encontraban delante flanqueadas por Wendy y Kim; las mujeres de la familia Cobain parecían las únicas personas capaces de impedir que Courtney se desmayara. Don, Jenny y Leland asistieron al funeral; Iris estaba demasiado enferma. Tracy Marander también se hallaba presente, tan afligida como la familia; había estado tan unida a Kurt que lo sentía como si fuera de su propia sangre.

Dentro de la iglesia los asistentes encontraron los bancos cubiertos de fotos de Kurt a los seis años de edad. Towles comenzó con el salmo 23, y luego añadió: «Como un viento que grita a través del

universo, el tiempo se lleva consigo los nombres y acciones de conquistadores y plebeyos. Y todo lo que fuimos, y todo lo que queda, reside en el recuerdo de aquellos que apreciaron nuestro fugaz paso por este mundo. Estamos aquí reunidos para honrar la memoria de Kurt Cobain, que vivió una corta vida plagada de logros». Towles narró la historia del Buda dorado que permaneció oculto durante años bajo una capa de arcilla antes de conocerse su verdadero valor, y a continuación recitó un poema titulado «El viajero». El reverendo se dirigió entonces a los asistentes para pedirles que se plantearan una serie de cuestiones, pensadas para hacerles reflexionar sobre el difunto. «¿Tenían asuntos pendientes entre ustedes?», preguntó. Si Towles hubiera pedido que levantaran la mano, la sala se habría llenado de brazos en alto.

Towles instó entonces a otros a tomar la palabra y compartir con los demás sus recuerdos. Bruce Pavitt de Sub Pop se animó a hablar en primer lugar: «Te quiero y te respeto. Aunque sé que llego un poco tarde para decírtelo». Dylan Carlson leyó un texto budista y Krist una nota que traía preparada similar a la del mensaje grabado.

Danny Goldberg habló de las contradicciones de Kurt, de lo mucho que decía odiar la fama mientras que, por otro lado, no dejaba de quejarse cuando veía que no ponían sus vídeos. Goldberg dijo que el amor que sentía Kurt por Courtney «era una de las cosas que le hacía seguir adelante», a pesar de la depresión en la que había caído. Goldberg también se refirió a Aberdeen, aunque desde la perspectiva de un neoyorquino: «Kurt provenía de una ciudad de la que nunca nadie había oído hablar, y acabó cambiando el mundo».

Entonces Courtney se puso en pie, sujetando entre sus manos la nota de suicidio escrita por Kurt de su puño y letra, y la leyó en público. Durante su lectura entre gritos, gemidos y lágrimas, Courtney mezcló las palabras de Kurt con pasajes del libro de Job de la Biblia. Al final de su intervención acabó hablando de Buda, y de lo mucho que había significado aquel amigo imaginario para Kurt. Casi ninguno de los presentes sabía de qué estaba hablando, pero la sola mención al amigo imaginario de la infancia de Kurt bastó para que Wendy, Don,

Kim, Jenny y Leland rompieran a sollozar en silencio. El reverendo Towles puso fin a la ceremonia con una lectura de Mateo 5:43.

Al término de la misa se impusieron de nuevo las viejas rencillas. Mary Lou Lord se apresuró a marcharse, temiendo por su vida. Don y Wendy apenas se dirigieron la palabra. Y uno de los amigos de Kurt de Olympia se sintió tan ofendido por los comentarios de Danny Goldberg que al día siguiente hizo circular una parodia de él por fax. Pero en ningún caso resultó tan patente el enfrentamiento como en los dos velatorios rivales programados para después del sepelio, el que organizaron Krist y Shelli y el de Courtney, y solo unos cuantos presentes acudieron a ambos. Courtney llegó tarde al velatorio organizado en su casa, ya que tras la ceremonia religiosa se aventuró a ir al acto público de vigilia, donde repartió varias prendas de vestir de Kurt entre los fans, quienes se quedaron asombrados al ver en su mano la nota de suicidio real. «Fue increíble -recordaba el guardia de seguridad James Kirk-. No la llevaba en una bolsa de plástico ni nada de eso. Se la enseñó a los chavales allí reunidos y dijo: "Lo siento muchísimo".» De camino a casa Courtney se pasó por la emisora de radio KNDD y pidió que la dejaran hablar por antena. «Quiero salir en antena y pedirles que dejen de poner a Billy Corgan y que solo pongan a Kurt», anunció. Los responsables de la emisora rechazaron cortésmente su petición.

Una semana más tarde Courtney recibió la urna con las cenizas de Kurt. Cogió un puñado y lo enterró bajo un sauce situado frente a la casa. En mayo metió el resto en una mochila en forma de osito de peluche y visitó el monasterio budista de Namgval en Ithaca, Nueva York, con la intención de conseguir la consagración de las cenizas y la absolución para ella. Los monjes bendijeron las cenizas y emplearon un puñado para construir una escultura conmemorativa llamada *tsatsa.*

La mayoría de los restos de Kurt reposaron en una urna en el 171 del bulevar de Lake Washington hasta 1997, cuando Courtney vendió la casa. Courtney se mudó entonces a Beverly Hills con Frances y la urna de Kurt. Antes de vender la casa, insistió en negociar un pacto que le permitiera regresar un día y retirar el sauce.

Cinco años después del suicidio de Kurt, el 31 de mayo de 1999, día dedicado a la memoria de los caídos en guerra (Memorial Day). Wendy organizó una ceremonia Final para su hijo. El plan consistía en que Frances esparciera las cenizas de Kurt en un riachuelo situado detrás de la casa de Wendy mientras un monje budista recitaba una oración. Courtney y Frances se encontraban aquella semana en el noroeste del país de vacaciones. Desde la muerte de Kurt, Courtney se había unido más estrechamente a Wendy, y le había comprado una casa de cuatrocientos mil dólares con hectáreas de tierra a las afueras de Olympia. Fue detrás de dicha vivienda donde se pensó celebrar la ceremonia, a la que se invitó a un grupo reducido de familiares y amigos. Aunque Wendy no llamó personalmente a Don, los managers de Courtney lo invitaron, y Don acudió a la cita. Pero aún perduraban algunas de las rencillas familiares: Leland, que vivía a treinta minutos de allí, y se pasaba la mayor parte de los días solo en su caravana desde la muerte de Iris en 1997, no fue invitado. Courtney, por su parte, invitó a Tracy Marander, que también quiso dar un adiós final a Kurt. Cuando Tracy llegó y vio a Frances se quedó desconcertada ante la belleza de la pequeña, la cual iba descalza, con un vestido morado y unos ojos de un parecido extraordinario a los de aquel muchacho que Tracy había amado en su día. Aquel era un pensamiento presente todos los días en la vida de Courtney.

En los años transcurridos desde la muerte de Kurt muchos habían sugerido que se erigiera un monumento conmemorativo en Aberdeen, y que su ciudad natal podría haber servido asimismo como escenario indicado para esparcir sus cenizas. Esparcir los restos mortales de Kurt bajo el puente que convirtió en mítico habría constituido una especie de castigo duro aunque apropiado, además de un acto de ironía literal, pues por primera vez dormiría allí.

Pero en lugar de ello, como el monje recitó, la pequeña Frances Bean Cobain de seis años esparció las cenizas de su padre en el riachuelo McLane, donde se disolvieron y fluyeron río abajo. En muchos sentidos, aquel también era un destino apropiado para sus restos. Kurt había hallado su verdadera musa artística en Olympia, y a

menos de ocho kilómetros de allí había vivió en un tugurio infecto que olía a orines de conejo y donde no había día que no compusiera una canción. Dichas canciones sobrevivirían a Kurt e incluso a sus demonios más siniestros. Y, como comentara en una ocasión Dave Reed, quien fuera un día su padre adoptivo, ofreciendo la observación que mejor resumía la vida de Kurt: «Tenía la necesidad imperiosa, no el valor, de ser él mismo. Cuando llegas a ese punto, no puedes equivocarte, porque no puedes cometer errores cuando la gente te quiere por ser tú mismo. Pero a Kurt tanto le daba que los demás le quisieran, porque él simplemente no se quería lo suficiente».

Había otra dosis mayor de destino y una perlita de historia antigua unía aquel paraje concreto de agua, tierra y aire con aquellos restos mortales; justo en lo alto de la colina, a menos de quince kilómetros de allí, se hallaba la fuente del riachuelo McLane y de todos los demás arroyos de la zona, la pequeña cordillera montañosa del estado de Washington conocida como Black Hills. Fue allí donde años atrás una joven familia acudía a montar en trineo tras la primera ola de frío. A bordo de su Camaro recorrían la carretera de doble carril hasta pasar la pequeña población maderera de Porter para subir a una colina conocida como Fuzzy Top Mountain que hacía las delicias de grandes y pequeños. En el coche iba una madre, un padre, un bebé y un niño de seis años con los mismos ojos etéreos que Frances Cobain. Al pequeño no había nada que le gustara más en el mundo que montar en trineo con su familia, y durante el trayecto desde Aberdeen rogaba a su padre que pisara el acelerador porque no veía la hora de llegar a su destino. Cuando el Camaro se detenía cerca de la cima de Fuzzy Top, el pequeño salía disparado del coche, agarraba su deslizador Flexible Flyer, cogía carrerilla montaña abajo y se lanzaba a toda velocidad como si con su carrera pudiera detener el tiempo. Al pie de la colina saludaba a su familia con la mano enfundada en un mitón al tiempo que se dibujaba una amplia y afable sonrisa en su rostro y sus ojos azules se iluminaban con el sol del invierno.

NOTAS DOCUMENTALES

La redacción de este libro ha supuesto la realización de más de cuatrocientas entrevistas a lo largo de más de cuatro años. La mayoría de ellas se llevaron a cabo en persona y fueron grabadas en cinta, si bien un porcentaje reducido se mantuvo por teléfono o por correo electrónico, y algunas llegaron a realizarse a través de un cristal de protección de un centro penitenciario. Para evitar la inclusión de cincuenta páginas de notas documentales en las que figure como fuente «una entrevista con el autor», cada capítulo comienza con una lista de las personas entrevistadas por orden de mención en el texto. La mayoría de las fuentes consultadas se citan a lo largo del texto; muchas otras no aparecen en el manuscrito, pero su colaboración y su memoria se reveló no obstante fundamental en la labor de dar coherencia y unidad a la historia narrada. La primera vez que aparece citada una fuente se indica entre paréntesis el año correspondiente a la entrevista. Además de las numerosas personas aquí mencionadas, son muchos los compañeros de la profesión que me han ofrecido información y apoyo. Espero haber incluido a todos ellos en el apartado de agradecimientos.

Prólogo: Más duro que el cielo

1. Correo electrónico de Courtney Love a Charles R. Cross, 1999.
2. Ibíd.

1. Al principio grita alto

Entrevistas del autor con Don Cobain (1999), Mari (Fradenburg) Earl (1998, 1999, 2000), Rod y Dres Herling (1999), Brandon Ford (2000), Tony Hirschman (1999), Leland Cobain (1998, 1999, 2000), Shirley DeRenzo (1999), Colleen Vekich (1999), Dorothy Vekich (1999), Michael Vilt (1999), James Ubican (1999), Norma Ubican (1999), Kendall Williams (1999) y Kim Cobain (2000). Hilary Richrod de la biblioteca Timberland de Aberdeen y Leland Cobain proporcionaron una información esencial sobre la historia del condado de Grays Harbor y les debo mi agradecimiento a ambos por su inestimable ayuda.

2. Odio a mamá, odio a papá

Entrevistas del autor con Don Cobain, Leland Cobain, Kim Cobain, Gary Cobain (1999), Mari Earl, Stan Targus (1999), Steve Shillinger (1999), Jenny Cobain (1999), Lisa Rock (1999), Darrin Neathery (1999), Courtney Love (1998, 1999, 2000, 2001), John Fields (1999), Ron Toyra (1998), John Briskow (1999), Lois Stopsen (2000), Rod Marsh (2001), Miro Jungum (1998) y James Westby (2000).

1. «Family Values» (Valores de familia), Jonathan Poneman, *Spin*, diciembre de 1992.
2. Christopher Sandford, *Kurt Cobain*, Carroll & Graf, 1996, página 30.

3. El albóndiga del mes

Entrevistas del autor con Don Cobain, Tim Nelson (1999), Bill Burghardt (1999), Leland Cobain, Rod Marsh, Ron Toyra, Jenny Cobain, Kim Cobain, John Fields, James Westby, Mike Bartlett (1999), Scott Cokely (1999), Teri Zillyett (1999), Beverly Cobain (1999), Trevor Briggs (1999), Mari Earl y Jim Cobain (1998).

1. *Puppy Press* por gentileza de Scott Cokely.
2. Entrevista realizada por Hilary Richrod a Nikki Clark, 1998.

3. Bill Burghardt, Mike Bartlett, Rod Marsh, Trevor Briggs y Darrin Neathery entre otros recuerdan historias similares,
4. Michael Azerrad, *Come As You Are: The Story of Nirvana* (Ven como eres: la historia de Nirvana), Doubleday, 1993, página 21.

4. El chico embutido de Prairie Belt

Entrevistas del autor con Don Cobain, Leland Cobain, Jim Cobain, Warren Mason (1999), Dan McKinstry (1999), Rick Gates (1999), Bob Hunter (1999), Theresa Van Camp (1999), Mike Medak (1999), John Fields, Kathy Utter (2000), Shayne Lester (2000), Mike Bartlett, Trevor Briggs, Mari Earl, Darrin Neathery, Brendan McCarroll (1999), Kevin Hottinger (1999), Evan Archie (2000), Buzz Osborne (1999), Bill Burghardt, Steve Shillinger, Andrea Vanee (1999), Jackie Hagara (1999), Jesse Reed (1999, 2000), Kurt Vanderhoof (1998). Greg Hokanson (1999) y Kim Cobain.

5. La voluntad del instinto

Entrevistas del autor con Jackie Hagara, Buzz Osborne, Krist Novoselic (1997, 1998, 1999), Kim Cobain, Greg Hokanson, Paul White (1999), Justine Howland (1999), Jenny Cobain, James Westby, Beverly Cobain, Don Cobain, Jesse Reed, Dave Reed (1999), Ethel Reed (1999), detective John Green (2000), detective Mike Haymon (2000), Sheela Wieland (2000), Bob Hunter, Theresa Ziniewicz (1999), Mike Poitras (1999), Stan Forman (1999), Kevin Shillinger (1999), detective Michael Bens (2000), Trevor Briggs, Lamont Shillinger (1999), Steve Shillinger, Mari Earl, Shelli Novoselic (2000) y Hilary Richrod (1998, 1999, 2000).

6. No la quería lo suficiente

Entrevistas del autor con Kim Cobain, Matt Lukin (1998), Jesse Reed, Shelli Novoselic, Tracy Marander (1998, 1999, 2000), Steve Shillinger, Kurt Flansburg (1999), Mark Eckert (1999), Krist Novoselic, Ryan Aigner (1999), Aaron Burckhard (1999) y Dylan Carlson (1996, 1998, 1999, 2000).

7. Soupy Sales en mi mosca

Entrevistas del autor con Kim Cobain, Krist Novoselic, Shelli Novoselic, Aaron Burckhard, Tracy Marander, Jeff Franks (1999), Michelle Franks (1999), Vail Stephens (1999), Kim Maden (1999) y Tony Poukkula (1999). Mi especial agradecimiento a Jeff Franks por su labor de investigación.

8. De vuelta en el instituto

Entrevistas del autor con Tracy Marander, Steve Lemons (2000), Slim Moon (1998, 1999), Jim May (1999), John Purkey (1999), Krist Novoselic, Ryan Aigner, Krissy Proctor (1999), Buzz Osborne, Jack Endino (1997, 1999), Chris Hanszek (1998), Dave Foster (2001), Kim Cobain, Bob Whittaker (1999), Bradley Sweek (1999), Argon Steel (1999), Win Vidor (1998), Costos Delyanis (1999), Dawn Anderson (1999), Shirley Carlson (1998), Veronika Kalmar (1999), Greg Ginn (1998), Jason Finn (1998), Scott Giampino (1998), Kurt Danielson (1999) y Rich Hansen (1999).

1. *The Rocket*, octubre de 1987.

9. Demasiados humanos

Entrevistas del autor con Tracy Marander, Steve Shillinger, Krist Novoselic, Dave Foster, Chad Channing (1997), Gilly Hanner (1998), Ryan Aigner, Jan Gregor (2000), Debbie Letterman (1997), Chris Knab (1998), Jack Endino, Alice Wheeler (1997, 1999, 2000), Dawn Anderson, King Coffey (2000), Slim Moon, John Purkey, Daniel House (1997), Tam Orhmund (1999), Damon Romero (1998), Hilary Richrod y Kim Cobain.

1. «It May Be the Devil» (Podría ser el demonio), Dawn Anderson, *Backlash*, septiembre de 1988.
2. Grant Alden, *The Rocket*, diciembre de 1988.

10. Hacer rock and roll es ilegal

Entrevistas del autor con Tracy Marander, Amy Moon (1999), Krist Novoselic, Dylan Carlson, Joe Preston (1999), Jason Everman (1999), Rob Kader (1998), Chad Channing, John Robinson (1998), J. J. Gonson (1998), Sluggo (1999), Michelle Vlasimsky (1999), Slim Moon, Steve Fisk (1999), Mark Pickerel (1999) y Kelly Canary (1997).

1. «Hair Swinging Neanderthals» (Neandertales meneando las melenas), Phil West, The Daily, 5 de mayo de 1989.
2. «Sub Pop», Everett Truc, Mclody Maker, 18 de marzo de 1989.
3. Gillian Gaar, 77/c Rocket, julio de 1989.
4. «Nirvana», Al the Big Cheese, Flipside, junio de 1989.
5. Chuck Crisafulli. Teen Spirit, Fireside, 1996, página 45.

11. Golosinas, cachorros, amor

Entrevistas del autor con Tracy Marander, Kurt Danielson, Chad Channing, Alex MacLeod (1999), Nikki McClure (1999), Garth Reeves (1998), Mark Arm (1998), Carrie Montgomery (2000), Steve Turner (1998), Matt Lukin, Krist Novoselic, Pleasant Gehman (1997), Jennifer Finch (1999), Jesse Reed, Slim Moon, Damon Romero, Stuart Hallerman (2000), Jon Zinder (1998), Alex Kostelnik (1998), María Braganza (1998), Greg Babior (1998), Sluggo y J.J. Gonson.

1. «Berlin Is Just a State of Mind» (Berlín no es más que un estado mental), Nils Bernstein, *The Rocket*, diciembre de 1989.
2. Mark Arm, *Desperate Times.*
3. Charles R. Cross y Jim Berkenstadt, *Nevermind: Nirvana*, Schirmer Books, 1998, página 32.

12. Te quiero tanto

Entrevistas del autor con Tracy Marander, Dylan Carlson, Slim Moon, Alice Wheeler, John Goodmanson (1998), Tam Orhmund, George Smith (1999), Krist Novoselic, Susan Silver (2000), Don Muller (1998), Alan Mintz (2000), Brett Hartman (1998), Kim Cobain, Sally Barry (1999), Paul Atkinson (1998), Kevin Kennedy (2000), Bettina

Richards (1999), Alex Kostelnik, Gordon Raphael (1999), Ken Goes (1998), Angee Jenkins (1999), Nikki McClure, Jennifer Finch, Ian Dickson (1999) y Mikey Nelson (1998).

1. «Heaven Can't Wait» (El cielo no puede esperar), Everett True. *Melody Maker*, 15 de diciembre de 1990.
2. «The Year's Hottest New Band Can’t Stand Still» (La banda más famosa del año no puede parar), Chris Morris. *Musician*, enero de 1992.

13. La biblioteca Richard Nixon

Entrevistas del autor con Jesse Reed, Krist Novoselic, Dylan Carlson, Tracy Marander, Kaz Utsunomiya (1999), Mikey Nelson, Joe Preston, Nikki McClure, Lisa Fancher (1997), Damon Stewart (1997), Susan Silver, Kim Thayil (1997), Jeff Fenster (1997), Alan Mintz, Dave Downey (1999), John Purkey, Kathy Hughes (1999), Craig Montgomery (1999), Don Cobain, Michael Vilt, Lou Ziniewicz-Fisher (2000), Susie Tennant (1997), Bob Whittaker, Shivaun O'Brien (1996) y Barrett Jones (2000).

1. Cross y Berkenstadt, *Nevermind: Nirvana*, página 58.

14. Quemar banderas americanas

Entrevistas del autor con Krist Novoselic, Ian Dickson, Danny Goldberg (2000), Michael Lavine (1997), Carrie Montgomery, Courtney Love, Dylan Carlson, Slim Moon, John Troutman (1997), John Rosenfelder (2000), Mark Kates (1999), John Gannon (1999), Dave Markey (1999) y Alex MacLeod.

1. Azerrad, *Come As You Are*, página 169.
2. Cross y Berkenstadt. *Nevermind: Nirvana*, página 97.
3. Azerrad, *Come As You Are*, página 187.

15. Cada vez que tragaba

Entrevistas del autor con Krist Novoselic, Lisa Glatfelter-Bell (1997), Patrick MacDonald (1997), Susie Tennant, Jeff Ross (1997), Bill Reid (1997), Robert Roth (1998), Jeff Gilbert (1998), Kim Warnick (1998), Jamie Brown (1997), Scott Cokely, Mary Lou Lord (1998), Mark Kates, Courtney Love, Marco Collins (1997), Amy Finnerty (1999), Peter Davis (1999), Lori Weinstein (1998), Rai Sandow (1998), Tim Devon (1998). Ashleigh Rafflower (1999), Craig Montgomery, Carrie Montgomery, Danny Goldberg, Alison Hamamura (1999), Jim Fouratt (2000), Jeff Liles (1999), Gigi Lee (2000), Darrell Westmoreland (1997), Kim Cobain y Steve Shillinger.

1. Charles R. Cross, *The Rocket*, noviembre de 1991.

16. Cepillarte los dientes

Entrevistas del autor con Courtney Love, Krist Novoselic, Mary Lou Lord, Alex MacLeod, Carolyn Rue (1998), Carrie Montgomery, Ian Dickson, Nikki McClure, Jerry McCully (1997), Bill Holdship (1997), Jeremy Wilson (1998), Rob Kader, Amy Finnerty, Danny Goldberg, Bob Zimmerman (1998), Michael Lavine, Mark Kates y Kurt St. Thomas (1999).

1. Azerrad, *Come As You Are*, página 205.
2. *Aberdeen Daily World*, 11 de noviembre de 1991,
3. «The Power of Love» (El poder del amor), Dana Kennedy. *Entertainment Weekly*, 12 de agosto de 1994.
4. «Spontaneous Combustion» (Combustión espontánea), Jerry McCully, *BAM*, 10 de enero de 1992.
5. Ibíd.
6. «Ain't Love Grand» (No soy Love Grand), Christina Kelly, *Sassy*, abril de 1992.
7. Ibíd.

17. Un pequeño monstruo dentro

Entrevistas del autor con Rosemary Carroll (2000), Courtney Love, Danny Goldberg, John Gannon, Kim Cobain, Kaz Utsunomiya, Naoko Yamano (1998), Michie Nakatani (1998), Atsuko Yamano (1998), Dylan Carlson, Krist Novoselic, Shelli Novoselic, Iiarrett Jones, Craig Montgomery, Jennifer Finch, Carolyn Rué. Bob Tinunins (2000), Buddy Arnold (2000), Sean Tessier (1998), Tim Appelo (1998), Man Earl, Michael Azerrad (2000), Jackie Farry (2001), Roben Cruger (2000), Alan Mintz, Jesse Reed. Alex MacLeod y Anton Brookes (2000).

1. Azerrad, *Come As You Are*, página 245.
2. Poppy Z. Brite, *Courtney Love, the Real Story* (Courtney Love, la verdadera historia), Simón & Schuster, 1997, página 131.
3. Azerrad. *Come As You Are*, página 251.
4. Ibíd., página 255.

5. «Inside de Heart and Mind of Kurt Cobain» (En el corazón y la mente de Kurt Cobain), Michael Azerrad, *Rolling Stone*, 16 de abril de 1992.
6. Steve Hochman, *Los Angeles Times*, 17 de mayo de 1992.
7. «Love Will Tear Us Apart» (El amor nos separará), Keith Cameron, *NME*, 29 de agosto de 1992.

18. Agua de rosas, olor a pañales

Entrevistas del autor con Rosemary Carroll, Courtney Love, Danny Goldberg, Kim Cobain, Neal Hersh (2000), Antón Brookes, J.J. Gonson, Jackie Farry, Krist Novoselic, Alex MacLeod, Craig Montgomery, Buddy Arnold, Marc Fremont, Amy Finnerty y Duff McKagan (2000).

1. Azerrad. *Come As You Are.* página 269.
2. Ibíd.
3. Ibíd.
4. «Life After Death» (La vida después de la muerte). David Fricke. *Rolling Stone.* 15 de diciembre de 1994.
5. Ibíd.

6. «Kurt Cobain de Nirvana», Robert Hilbum, *Los Angeles Times,* 21 de septiembre de 1992.
7. Ibíd.

19. Ese legendario divorcio

Entrevistas del autor con Alex MacLeod, Kim Cobain, Anthony Rhodes (1999), Mikey Nelson, Don Cobain. Courtney Love, Jeff Mason (2000), Krist Novoselic, Jim Crotry (1998), Michael Lane (1998), Victoria Clarke (1998), Jackie Farry, Danny Goldberg, Mari Earl, Neal Hersh, Rosemary Carroll, Jesse Reed, Karen Mason-Blair (1998), Inger Lorre (1999), Buddy Arnold, Jack Endino. Michael Azerrad, Charlie Hoselton (1998), Greg Sage (1999), Jeff Holmes (1997), Tira Silbaugh (1998), Jamie Crunchbird (1999), Earnie Bailey (1998), Danny Mangold y Barrett Jones.

1. Jim Crotty, *Monk # 14,* enero de 1993.
2. Azerrad, *Come As You Are,* página 287.
3. «Love in the Afternoon» (Amor de tarde), Gillian Gaar, *The Rocket,* noviembre de 1992.
4. Poneman, *Spin,* diciembre de 1992.
5. «The Dark Side of Kurt Cobain» (El lado oscuro dc Kurt Cobain), Kevin Allman, *The Advocate,* 9 de febrero de 1993.
6. Ibíd.

20. Ataúd en forma de corazón

Entrevistas del autor con Krist Novoselic, Alex MacLeod, Courtney Love, Pat Whalen (1999), Neal Hersh, Jackie Farry, Rosemary Carroll, Ingrid Bernstein (1998), Kim Cobain, Dylan Carlson, Jessica Hopper (1998, 1999), Nils Bernstein (1999), Pare Bernstein (1999), Neal Karlen (1998) y Michelle Underwood (1997).

1. Greg Kot, *Chicago Tribune,* abril de 1993.
2. Esta y todas las notas policiales que aparecen a continuación corresponden a los informes oficiales del Departamento de policía de Seattle.
3. «Heaven Can Wait» (El cielo puede esperar), Gavin Edwards, *Details,* noviembre de 1993.

4. «Domicile on Cobain St.» (Domicilio en la calle Cobain), Brian Willis, *NME,* 24 de julio de 1993.

21. Una razón para sonreír

Entrevistas del autor con Courtney Love, Krist Novoselic, Alex MacLeod, Dylan Carlson, Antón Brookes, Craig Montgomery, Jackie Farry, David Yow (1998), Lori Goldston (1998), Bob Timmins, Mark Kates, Danny Goldberg, Rosemary Carroll, Sean Slade (1999), Paul Kolderie (1999), Robert Roth, Mark Pickerel, Kristie Gamer (1999). Jim Merlis (2000), Kim Neely (1998), Thor Lindsey (1998), Curt Kirkwood (1999), Derrick Bostrom (1999), Amy Finnerty, Jeff Mason y Janet Billig (2000).

1. Marc Fremont, *The Doctor Is Out* **(**El doctor no está), manuscrito inédito.
2. «Howl» **(**Aulla**),** Jon Savage, *The Guardian, 22* de julio de 1993.
3. «The Band That Hates to Be Loved» (El grupo que odia ser amado), Jon Pareles, *New York Times,* 14 de noviembre de 1993.
4. «Kurt Cobain», David Fricke, *Rolling Stone,* 17 de enero de 1994.

22. La enfermedad de Cobain

Entrevistas del autor con Courtney Love, Krist Novoselic, Jackie Farry, Alex MacLeod, Jim Barber (2000). Dylan Carlson, Alan Mintz, Danny Goldberg, Amy Finnerty, Alice Wheeler, John Robinson. Dave Markey, Larry Reíd (1998), Rosemary Carroll, Leland Cobain, Don Cobain, Jennifer Adamson (1999), Jenny Cobain, Shelli Novoselic, Danny Sugerman (2000), Lexi Robbins (1999), Bill Baillargeon (1998), Don Muller y Buzz Osborne.

1. Carta dirigida a *The Advocate,* 25 de enero de 1994.
2. Fricke, *Rolling Stone,* 15 de diciembre de 1994.
3. «Kurt Cobain», Steve Dougherty. *People,* 25 de abril de 1994.
4. «Love and Death» (Amor y muerte), Andrew Harrison, *Selea,* abril de 1994.
5. Fricke, *Rolling Stone,* 15 de diciembre de 1994.

23. Como Hamlet

Entrevistas del autor con Courtney Love, Jackie Farry, Krist Novoselic, Alex MacLeod, Kim Cobain, Shelli Novoselic, Leland Cobain, Travis Myers (2000), Dylan Carlson, Rosemary Carroll, Marc Geiger (1998), Ian Dickson, Jennifer Adainson, Danny Goldberg, Steven Chatoff (2000), el doctor Louis Cox (2000), Rob Morfitt (1999), Karen Mason-Blair, Buddy Arnold, Mark Kates y Anton Brookes.

1. «The Trials of Love» (Las pruebas del amor), Robert Hilbum, *Los Angeles Times,* 10 de abril de 1994.
2. Claude losso, *Aberdeen Daily World,* 11 de abril dc 1994.
3. Fricke, *Rolling Stone,* 15 de diciembre de 1994.
4. Ibíd.
5. Ibíd.

24. Cabello de ángel

Entrevistas del autor con Courtney Love, Krist Novoselic, Dylan Carlson, Jackie Farry, Alex MacLeod, Michael Meisel (1999), Gibby Haynes (2000), Bob Timmins, Harold Owens (2000), Buddy Arnold, Nial Stimson (2000), Harold Owens (1999), Joe «Mama» Nitzburg (2000), Duff McKagan, Jessica Hopper, Ginny Heller (1999), Bret Chatalas (1999), Jennifer Adanison, Rosemary Carroll y Danny Goldberg. Los hechos referidos a las horas finales de Kurt se han reconstruido a partir de informes policiales y forenses, así como de fotografías del lugar del suceso.

1. Hilbum. *Los Angeles Times,* 10 de abril de 1994.

Epílogo: Un más allá a lo Leonard Cohen

Entrevistas del autor con Courtney Love, Mam Riemer (1998), Mike West (1998), Kim Cobain, Don Cobain, Leland Cobain, Jenny Cobain, Jackie Farry, Rosemary Carroll, Tom Reese (1998), Nikolas Hartshorne (1999), Dave Sterling (1998), Sharon Seldon (1999), James Kirk (1994), Jeff Mason, Alan Mitchel (1999), Gene Stout (1998). Dan Raley (1998). Cynthia Land (1998). Krist Novoselic.

Susan Silver, reverendo Stephen Towles (2000), Bob Hunter, Alice Wheeler, Tracy Marander, Dylan Carlson, Danny Goldberg y Janet Billig.

1. *The Seattle Post-Intelligencer*, 9 de abril de 1994.

AGRADECIMIENTOS

La elaboración de un libro dc esta extensión constituye una labor concebida por su naturaleza como una empresa individual, si bien no puede llevarse a cabo sin el apoyo y la colaboración de entrevistados, amigos y familiares. Mi mayor agradecimiento va dirigido a los amigos y familiares de Kurt Cobain, quienes han accedido a prestarme su tiempo para realizar multitud de entrevistas que en muchas ocasiones se han prolongado durante días enteros. Una obra de semejante alcance no habría sido posible sin la confianza y el compromiso que han depositado en este relato y en su autor. Asimismo, ha habido numerosas personas que me han facilitado documentos, grabaciones, fotografías y permisos, además de ofrecerme ayuda en la investigación y consejo, y cuyos nombres no aparecen en el texto. A continuación, cito a algunas de las numerosas personas que me han ofrecido su colaboración en dicho proceso y sin cuya ayuda este libro no habría sido posible: Joe Adkins, Shannon Aldrich, Joel Ainsterdam, Joris Baas, Stephanie Ballasiotes, Paula Balzer, Jim Barber, Jennifer Barth, Ryan Teague Beckwith, Jenny Bendel, Kim Berkenstadt, Peter Blecha, Janet Billig, Jeff Burbngane, Rose Burnett, Tom Butterworth, Blaine Cartwright, John Chandler, Maura Cronin, Bettie Cross, Cathy Cross, Herb Cross, Nick Cua, Dcnnee Dekay, Adam DcLoach, David Desantis, Don Desantis, Dvvayne DeWitt, Gail Fine, Rick Friel, Deborah Frost, Gillian Gaar, Cam Garrett, Kennedy Grey, Fred Goodman. Nancy Guppy, Joe

Hadlock, Manny Hadlock, Fleather Hansen, Daniel Harris, Teresa Heacock, Louisc Helton. Angela Herlihy, Bill Holdslnp, Rasmus Holmen. Pete Howard. Josh Jacobson, Larry Jacobson, Miro Jungum, Jobn Keister, Sbaron Knolle, Jobn Kohl, Mary Kohl, Ed Kosinski, Thirza Krohn, Robin Laanancn, Michael Lavine, Lauren Lazin, Blandon Lieberman, James Lindley, Amy Lombardi, Ben London, Courtney Love, Alison Lovvenstein, Cathy Maesk, Tracy Marander, Benoit Martingy, Cindy May, Jeannie McGuire, Carmen Medal, Michael Meisel, Lauren Mills, Richard Milne, Sandy Milne, Curtis Minato, Teresa Parks, Nina Pearlman, Peter Philbin, Marietta Phillips, Rebecca Polinsky, Jonathan Pont, Holly Cara Price, Bernie Ranellone. Rozz Rezabek-Wright, Patrick Robinson, el personal de la revista *The Rocket* (1979-2000), Phil Rose, Mclissa Rossi, Rex Rystedt, Gihan Salem, Robert Santelli, Kristin Schroter, Mary Schuh, Arlen Schumer, Jill Seipel, Deborah Semer, Clint Shinkle, Eric Shinkle, Martha Shinkle, Neal Shinkle, Neal Skok, Matt Smith, Kurt St. Thomas, Denise Sullivan, Sharrin Summers, Carrie Svingen, Susie Tennant, Alison Thorne, Brad Tolinski, Mitch Tuefel, Jaan Uhelszki, Andrew Uhlemann, Josh Van Camp, Alice Wheeler, Drew Whittemore, David Wilkins, Kendall Williams, Mike Ziegler y Bob Zimmerman.

Asimismo, ha habido multitud de fans de Nirvana que han tenido la generosidad de prestarme material y grabaciones con los que no contaba en mi colección. Mi correo electrónico de contacto para cualquier fuente de información adicional es charlesrcross@aol.com y cualquier adenda del presente manuscrito será remitida a www.charlesrcross.com.

Quiero dar las gracias a Pam Wilson-Ehrbar por haberme ayudado a transcribir muchas de las entrevistas realizadas para la elaboración de este libro. La labor de Sarah Lazin en el proceso de revisión del mismo a lo largo de los años, desde su concepción hasta su finalización, ha sido crucial. Peternelle van Arsdale ha ido más allá de su deber con su implicación en este proyecto y su apoyo como defensora de mi causa. Vaya mi gratitud asimismo a todos aquellos compañeros de profesión que se han tomado la molestia de leer o escuchar el contenido del manuscrito durante su proceso de

elaboración, con una mención especial a Carla Desantis. Joe Ehrbar, Erik Flannigan, Joe Guppy, John Keister, Cari Miller, Chris Phillips, Christina Shinkle, Adem Tapedelen y a mi hijo Ashland.

Por último, deseo expresar un especial agradecimiento a los músicos que crearon los discos que escuché de adolescente, en especial a aquellos que autorizaron a Columbia Record y Tape Club a distribuir sus álbumes, y a quienes dieron vida a la música que aún hoy en día sigue haciéndome revivir la esencia de adolescencia.

CHARLES R. CROSS *abril de 2001*

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1991: The Year Punk Broke, película, 255

«A la mierda el Papa», grito punk rockero de Italia, 195
Abba, 326
Aberdeen, en Washington, 23, 289
  cuchitril de Kurt en, 107-110, 111, 118
  familia Cobain en, 20-21, 26, 148
  instituto de enseñanza secundaria alternativa en, 93
  local de ensayo en, 166
  montar en trineo en, 31, 467
  nacimiento de Kurt en, 20, 21
  organización de rescate de aves en, 106
  población de, 77, 87, 343
  vídeo en Radio Shack, 136
  Weatherwax High School en, 65-67, 75, 93, 96, 148, 254
Aberdeen Daily World, 23, 42, 106, 286, 419, 457
«About a Girl», primera canción de amor, 163, 178, 188, 392
AC/DC, 65, 165
Adamson, Jennifer, 409, 424, 448
Advocate, The, revista homosexual, 349, 354, 402
«Aero Zeppelin», 121, 134
Aerosmith, 383
Aigner, Ryan, 111, 113, 118-120, 157
«Ain't It a Shame», 189
Air Supply, 88
Al final de la escapada, película, 103
Albini, Steve, 361, 366-367
Alden, Grant, 160
«All Apologies», 234, 327, 360, 367, 377
Allman, Kevin, 349
Altman, Robert, 317
America Online, 322
Anderson, Dwan, 138-139, 154
«Aneurysm», 208-209, 223, 234
Apoetose, estadio, en Río, 357
Appelo, Tim, 288
Argentina, gira por, 346
Arm, Mark, 140, 199-200, 249, 377
Arnold, Buddy, 345-346, 433
Atkinson, Paul, 215, 219
Australia, gira por, 300
Automatic for the People (R.E.M.), 450
Azerrad, Michael, 59, 244, 257, 279, 299, 303, 304, 311, 320, 344, 348

«Baba O'Riley» (Who), 289
Babes in Toyland, 374
«Back in Black» (AC/DC), 65
Backlash, fanzine, 139, 143, 153-154

Bailey, Earnie, 355
Baker, Daniel, 402, 417
BAM, revista, 289
«Bambi Slaughter», 102
Bangs, Lester, 241, 265
Barber, Jim, 399
Barry, Sally, 216
Bartlett, Mike, 69
Bay City Rollers, 164
Bayer, Sam, 254
Beachcombers, 25
Beastie Boys, 120
Beat Happening, 198, 211, 231
Beatles
  canciones de los, 25, 30, 64, 163, 236-237
  influencia de los, 163, 164, 281
  películas de los, 263
  póster de los, 127
  Yesterday and Today, 30
«Beautiful Son», 366
Beavis y Butt-Head, serie de la MTV, 374
Beckett, Samuel, 276
Beehive Records, en Seattle, 262-263, 277
«Been a Son», 187, 188
«Beeswax», 134
Belmondo, Jean-Paul, 103
Bens, Michael, 98
Bernstein, Ingrid, 366
Bernstein, Nils, 194, 366, 371
Bernstein, Steven Jesse, 169
Big Black, 361
«Big Cheese», 152, 203
Bikini Kill, 209, 221, 237, 277
Billboard, anuncios en, 367
Billboard, lista de éxitos, 16, 267, 286, 293, 354, 381
Billig, Janet, 184, 296, 325, 370, 391, 394, 400, 428, 430
Bjorn Again, 326
Black Flag, 71, 73, 92, 139
Black Sabbath, 122
Blaine, Elbert, 404
«Blandest», 152
Bleach, 169, 176, 178, 190, 194, 202, 212, 219, 261, 346
Bleeder, 131
«Blew», 168, 179
Blondie, 164
Bonet, Lisa, 279
Bonham, John, 295
Bonzo Dog Band, 70
Boston, 57, 327
Bowie, David, 392
Brady, La tribu de los, telecomedia, 73
Brasil, conciertos multitudinarios en, 355-356
«Breaking the Law», 122
«Breed», 204, 240, 327
Briggs, Trevor, 57, 59, 69, 74, 77, 101
Brönte, Emily: *Cumbres borrascosas*, 284
Brookes, Anton, 315, 326, 327, 382
Brown, Jamie, 263
Brown, Mary, 365
Brown Cow, 110, 114, 137
Buck, Peter, 404
Buda, amigo imaginario, 26, 450, 465
Buda dorado, 464
«Buffy's Pregnant», 102
Burns, Ken, 401
Burckhard, Aaron, 112-113
  y el primer concierto, 118, 121, 124
  y Nirvana, 132, 147, 173
Burghardt, Bill, 51, 56
Burr, David, 428-431
Burroughs, William S., 257, 363, 380, 388, 403
  El almuerzo desnudo, 257
«Butterfly», 410
Butthole Surfers, 156, 437

Cable News Network (CNN), 418, 419
Caddyshack, Olympia, 137
calvinistas, 211, 250, 258
Cameron, Keith, 316
Capitol Records, 94, 231
Capote, Truman, 188
  A sangre fría, 188
Carlson, Dylan, 194, 204, 220, 447
  amistad de, 114, 228, 262, 303, 345, 405-406
  consumo de alcohol, 135
  consumo de drogas, 228, 303, 370, 379, 405, 420, 422, 445

y armas, 232-233, 435, 446
y giras, 174
y la muerte de Kurt, 464
y managers, 399, 420
Carlson, Shirley, 139, 141
Carroll, Rosemary, 299, 312, 323, 324, 385, 399, 414, 420-421, 433-434, 457
Cars, 415
Cat Butt, 179
Cedars-Sinai, hospital, 307, 318, 319-321, 423
Central Tavern, 151
Centro de Rehabilitación Exodus, Marina del Rey, 328-331, 333, 336, 437-441, 457
Channing, Chad,
apariencia física, 201
como batería, 148-151, 152, 155, 173, 176, 206
de gira, 193, 195, 201
y las canciones de Kurt, 163
y Nirvana, 166, 173, 181, 184, 189, 206-207
Charisma Records, 232
Chatoff, Steven, 426-427
Cheap Trick, 141
Cher, 156
«Cherry Pie», 239
Cicciolina, 193, 210
Chim-Chim, 137, 244, 248, 301
Clapton, Eric, 336
Clark, Dick, 57
Clark, Nikki, 51
Clarke, Victoria, 343-344
Clash, 72, 229, 355
«Class of 85, The», 100
Club Lingerie de Hollywood, 384
Cobain, Art, primo, 413-414
Cobain, Burle, tío abuelo, 56, 459
Cobain, Chad, hermano del padre, 45, 54, 340, 342
Cobain, Donald, padre,
apariencia física, 32
canciones de Kurt sobre, 188, 351, 359
casas de, 23, 26, 45
empleos de, 23, 33, 178, 235
esposas de, *véase* Cobain, Jenny Westby; Cobain, Wendy
interés por los deportes, 27, 37, 39, 43, 60
Kurt en convivencia con, 42-48, 88-89
presiones económicas sobre, 30-31, 33-34, 45
y el nacimiento de Kurt, 20, 22
y Frances, 340, 400, 411
y Kurt en su adolescencia, 52-54, 57-58
y Kurt en su etapa adulta, 235, 339-342, 407, 411, 422
y la infancia de Kurt, 24-31, 33-48, 60
y la muerte de Kurt, 457, 464, 465, 466
y la paternidad, 39, 43, 51, 52, 53
Cobain, Frances Bean, hija, 333, 340, 403
cartas de Kurt dirigidas a, 450-452
cuidadores de, 320-325, 346, 349, 365-366, 373, 375, 389, 400, 404, 406, 408, 416, 429, 431
descripción física de, 377-378
ecografías de, 306, 315
infancia de, 404-405, 411, 438, 439, 466
nacimiento de, 319-320, 353
nombre de, 306
vídeos de, 378
y la muerte de Kurt, 458, 463, 466-467
y la música de Kurt, 327, 346, 360
Cobain, Gary, tío, 37
Cobain, Iris, abuela, 167
enfermedad de, 407, 411, 464
primeros años de, 37
y Kurt en su adolescencia, 62
y la infancia de Kurt, 29, 36, 41
y la muerte de Kurt, 457, 464
Cobain, Jenny Westby, madrastra
matrimonio de Don y, 44
y Kurt en su adolescencia, 53, 54, 57-58, 88
y Kurt en su etapa adulta, 411

y Kurt en su infancia, 44, 45, 46-47, 50
y la muerte de Kurt, 463-464, 465
Cobain, Jim, tío, 63
Cobain, Kenneth, tío abuelo, 89
Cobain, Kimberly, hermana
apariencia física, 31
como lesbiana, 309, 310
nacimiento e infancia de, 26, 31, 35, 46
recuerdos de Kurt, 30, 31, 37, 38, 81, 277
y Don, 340, 341
y el consumo de drogas, 309-310, 368-369, 431
y Frances, 340, 400
y la bebida, 135
y la muerte de Kurt, 456-457, 463, 465
y la música de Kurt, 167, 215
Cobain, Kurt Donald
adolescencia, 51-61, 62-83, 84-106, 107-108
afición a las muñecas, 172, 203, 230, 245, 350, 364, 385
altercados con la ley, 97-98, 103-104, 114-115, 350, 423, 459
amenazas de muerte dirigidas a, 339-340
apariencia física, 16, 22, 32, 49, 76, 129, 130, 137, 142, 148, 153, 201, 295, 316
autobiografía de, 236, 343, 351
autodestrucción, 110, 135, 274, 292
autoestima, 96, 102, 115, 130, 157, 196, 211, 218, 221, 311, 394
biografía de, 344, 348
cartas escritas y no enviadas, 142, 147, 155, 170, 189, 241, 259, 311, 351-352, 403
centros docentes, 28, 43-44, 50, 56-57, 58, 65, 75, 93
como antiestrella, 16-17, 118-119, 144, 161, 249, 260-264, 272, 278, 331, 464
como compositor, 94, 100, 102, 112, 119, 147, 163, 167-168, 176, 178, 183, 187-188, 198, 204, 214, 223, 236-237, 240, 297, 313, 351, 358-360, 384-385
como inadaptado, 65-66, 85-86, 125, 137, 257, 379
como indigente, 62-76, 85-106, 241, 276
como Kurdt, 144, 154, 155, 158, 161, 211, 259, 264, 342, 353
consumo de alcohol, 74-76, 95, 110, 114, 135, 202, 227, 233, 257, 261, 342, 355, 356, 419
consumo de drogas, 18-19, 56-57, 74, 77, 90, 97, 110-111, 180, 184, 226, 227-229, 233, 241, 250, 266, 269, 273-275, 285-294, 297, 298-318, 328-331, 336-337, 345, 348, 349-350, 356, 370, 379-383, 391, 397-406, 412, 417, 420, 424-436, 437-438, 455, 459
control sobre el grupo, 184, 254, 311, 385, 387, 410, 421, 422
costumbre a eludir el enfrentamiento, 148, 184, 206, 309
diarios de, 80, 128, 155, 162, 197, 210, 220, 222, 224-226, 236-237, 240, 274, 299, 300, 304, 328, 329, 337-338, 358, 380-381, 398, 441, 455
dormir en el coche, 101, 105, 162, 252, 253, 258, 259, 287, 405, 433
dotes artísticas de, 29, 51, 55, 66-67, 75, 93, 98, 128, 170-172, 217, 314, 350, 365
en el equipo de lucha libre, 51, 59-60, 243-244
en televisión, 16, 280-282, 295; *véase también* MTV
exageraciones, 59-60, 66, 79, 84, 86, 93, 99, 104, 143-144, 167, 195, 271, 297, 349, 394
éxito, 16, 17-19, 249-250, 255, 262, 272, 275, 276-282, 290-297, 301-302, 317, 326, 331-332, 337-338, 342, 345, 365
falta de dinero, 135, 174, 191, 208, 228, 233, 251, 259, 296

infancia de, 24-32, 33-48, 68-69, 194-195, 265, 271, 426, 467
influencias musicales, 164-165, 166, 194, 211, 229, 232
ingresos, 134, 190, 200, 229, 232, 302, 312, 314, 317, 354, 385-386
mascotas, 42, 46, 115, 186, 210, 250, 251, 409
matrimonio, 302-303; *véase también* Love, Courtney
mitología en sus entrevistas, 86, 175-176, 260-261, 310, 336, 343
muerte de, 454-455, 456-468
mujeres atraídas por él, 270
nacimiento y orígenes familiares de, 20-23, 38
odio hacia sí mismo, 17, 99-100, 123, 142, 222, 225, 304-305, 329, 358-359, 467
películas en Súper 8, 54-55, 103, 203, 295-296
pesadillas, 197, 299, 364
preadolescencia, 49-52
primer grupo, 102
primer single, 159-160, 161, 166, 167, 168
primera actuación en público, 110, 136-137, 256
primeras relaciones sexuales, 74, 81-83, 84
problemas de estómago, 41, 182, 186-187, 191, 192, 202, 228, 233, 266, 274, 300, 312, 313, 315, 317, 329, 330, 358-359, 362, 382, 389, 398, 425, 426
problemas de identidad, 43-47, 66, 136, 161, 178, 183, 341
residencias, 107-110, 111, 118-119, 172, 185-186, 208, 210, 229, 232, 251, 299, 314, 317, 343, 346-347, 364, 373, 404-405
rutina diaria de, 128, 162, 170
sesiones de desintoxicación, 300, 307, 318, 321, 324, 328-329, 330, 333, 379, 401-402, 417, 426-427, 437-440
sobredosis de drogas, 15-19, 274, 321, 368-372, 382, 416, 418-420, 426, 433
sueños con forjarse una carrera musical, 94, 101, 109-112, 136, 146-147, 161, 167, 212, 264
suicidio, 15-19, 55-57, 74, 111, 226, 274, 314-318, 321, 355-356, 362, 382, 389, 416, 417-420, 422-423, 425, 426, 428, 450-455, 458
sus guitarras y como guitarrista, 58-59, 64-65, 67, 70, 79, 85, 88-89, 92, 93, 110, 111-112, 128, 131, 158, 182-183, 216, 394
talento musical, 25, 29-30, 49, 112-113, 130-131
tatuaje, 220, 223, 455
tentativas de empleo, 89, 93, 96-97, 109, 127-128, 200-201
últimos días, 442-455
y Buda, 26, 450, 465
y Courtney, *véase* Love, Courtney
y el divorcio, 414, 417, 429
y el divorcio de sus padres, 39-48, 53, 85, 352, 381-382
y el incidente de las «armas del río», 79, 195, 297, 348
y el primer concierto al que asistió, 70-71, 92, 342
y la paternidad, 297, 298-300, 319-326, 339-343, 347, 350-353, 365, 373, 377-380, 389, 403, 429; *véase también* Cobain, Frances Bean
y la religión, 90, 127, 181, 265-266, 455
y las armas, 232, 317, 320-321, 372, 423, 436, 443, 452-455, 456, 459
y Nirvana, *véase* Nirvana
y su interés por la pornografía desviada, 193
y su persona sobre el escenario, 157-158, 194, 195, 216, 276, 285, 295, 327, 342, 366, 384, 393, 411
y Tobi, *véase* Vail, Tobi
y Tracy, *véase* Marander, Tracy
Cobain, Leland, abuelo, 21, 167
apoyo económico por parte de, 34
primeros años de, 36

suicidios en la familia de, 56, 89, 408
últimos años de, 408
visitas durante la infancia con, 36, 42
y Kurt en su adolescencia, 53, 60, 62-63
y la muerte de Kurt, 457, 464, 465, 466
y los proyectos de carpintería, 29, 62-63
Cobain, Michael, tío, 37, 89
Cobain, Wendy, madre, 23-27
apariencia física de, 31-32, 68-69
casas de, 23-24, 26, 40
divorcio de Don y, 39-48, 53, 85, 154, 341, 351-352, 381-382
embarazos de, 23, 26, 95
empleos desempeñados por, 47, 53
matrimonio de O'Connor y, 95, 407
problemas con el alcohol, 46, 68, 69, 77
problemas de salud de, 419
problemas económicos de, 39, 47, 68
y el nacimiento de Kurt, 20, 23
y Frances, 339-340, 429
y Kurt en su adolescencia, 51-54, 67-70, 76-82, 85, 95, 108
y Kurt en su etapa adulta, 168-169, 235, 286-288, 292, 300, 368-369, 370-371, 419, 431
y la infancia de Kurt, 24-32, 33-35, 37-42, 45-46
y la maternidad, 23-25, 28, 31
y la muerte de Kurt, 456-457, 459, 463-466
Coffin Break, 166
Cokely, Scott, 263-264
Coletti, Alex, 392
Collins, Marco, 267
Columbia Records, 212, 231, 237
«Come As You Are», 241, 300, 392
Community World Theater (CWT), Tacoma, 130, 131, 133-134, 140-141, 148, 291
Corbijn, Anton, 364
Corgan, Billy, 246, 269-270, 417, 465
Costello, Elvis, 202
Cow Palace, San Francisco, 290, 366
Cox, Alex, 202
Crane, Paul, 353
Crash, Darby, 386
Creedence Clearwater Revival, 112
Creem, 72, 176
Croce, Jim, 236
Crotty, Jim, 342-343
Crover, Dale, 87, 139, 154
improvisar con, 72-73, 102, 108, 132
y Nirvana, 134, 136, 142, 169, 173, 215, 216
«Curmudgeon», 308
«Cyanide Bath», 192
Cyclods, 157
Cyrus, Billy Ray, 387

«D7», 237
Dain Bramage, 216
Damn the Torpedoes, 239
Dangerous, 293
Danielson, Kurt, 192, 194-195
David Geffen Company, *véase* DGC
Def Leppard, 119
Denver, John, 77
Details, 373, 387
Devo, 237
DeWitt, Michael «Cali», 366, 382, 404, 406, 408-409, 416, 421, 425, 428, 432, 442-449
DGC, 219, 232, 238, 247, 252-253, 261, 262, 266-267, 302, 367, 384
Dharma Bums, 290
«Diamond Dave», 94
Dickson, Ian, 221, 247, 250-251, 255, 257, 277, 423-424
Dillard, Bonnie, 448-449
Dilly, Shelli, 105, 130, 131, 229, 303-304
y el primer concierto, 118-122
y Krist, 109, 156, 162, 179, 196
y la drogadicción de Kurt, 411, 434-435
y la muerte de Kurt, 465
Dinosaur Jr., 249
Directos al infierno, película, 202, 242
«Dive», 245
«Do You Love Me?», 179

«Doll Parts», 384
«Don't Bring Me Down», 50
«Downer», 103, 119, 133, 192
Doyle, Tad, 191-193, 204
«Drain You», 223
«Dumb», 362
Duran Duran, 355
Dwyer, R. Budd, 314-315
Dylan, Bob, 188

Eagles, 437
Earth, 189
Edge, gel de afeitar, 97, 180, 227
Edwards, Gavin, 373
E.L.O., 50
Encuentros en la tercera fase, película, 54
Endino, Jack, 132-133, 138, 139, 147, 152, 155, 161, 169, 189, 346
«Endless, Nameless», 240
Erlandson, Eric, 246, 321, 387, 400, 447, 458
Eslovenia, gira por, 413
Eugenius, 326
Europa
  consumo de drogas en, 412, 414
  giras por, 191-196, 255-258, 261, 274, 279-281, 315-316, 405, 411-416, 420
  punk rockeros en, 195, 326
«Even in His Youth», 187, 188, 234
Evergreen State College, 125
Everman, Jason, 167, 176, 183-185, 187
Evolution, 57
éxtasis, 258

Fancher, Lisa, 230-231
Farmer, Frances, 48, 303
Farry, Jackie
  como niñera, 325, 333, 334, 339, 347, 350, 365, 400, 406, 431, 438-439, 458
  otros deberes, 365-366, 427
Fecal Matter, 103, 105
Fenster, Jeff, 231-232
Festival de Reading (Inglaterra), 255, 259, 326, 342
Festival Lollapalooza, 406, 420, 438
Fields, John, 43, 55, 69, 74
Finch, Jennifer, 201, 220, 225, 245, 275, 305
Finnerty, Amy, 268, 294, 296, 332-333, 335-336, 390-391, 394-395, 400
Fisk, Steve, 187, 189
Fitz of Depression, 222, 237, 241, 340
Fleetwood Mac, 239
Flipside, fanzine, 180
«Floyd the Barber», 133, 139, 162, 179
Fluid, 175, 181, 401
Foo Fighters, 409
«Formula», 223
Foster, Dave, 134, 157
  apariencia física, 136, 137-138, 142
  como batería, 137-138, 140-141, 173
  expulsión de Nirvana, 147, 184
Fradenburg, Charles, abuelo, 34, 48
Fradenburg, Chuck, tío, 25, 30, 46, 58-59, 64, 92, 94
Fradenburg, Delbert, tío abuelo, 25, 235
Fradenburg, familia, 23, 25, 30-31, 37, 39, 48, 63, 68, 235, 308
Fradenburg, Janis, tía, 40
Fradenburg, Mari, tía
  dotes musicales, 25, 30, 94, 391
  recuerdos de Kurt, 24-25, 38, 41
  y Kurt en su adolescencia, 70, 90, 95
  y la música de Kurt, 102, 236, 344
Fradenburg, Patrick, 235
Fradenburg, Peggy Irving, abuela, 48
Franich, Frank, 40, 46-47, 53, 68, 79
Franks, Jeff, 124
Fremont, Robert, doctor, 330, 353, 381
Fricke, David, 321, 389, 411, 416, 421, 431
Fuzzy Top Mountain, 31, 467-468

Gaar, Gillian, 178, 347
Galletta, Osvaldo, 419
Gannon, John, 254
García, Jerry, 253, 311
Gates, Rick, 65
Geffen, David, 253, 418
Geffen Records, 219, 232, 252-253, 367, 429
Gehman, Pleasant, 201

Geiger, Marc, 420
Gerald Katz, tienda de antigüedades, Nueva Orleans, 245
Germs, 386
Gersh, Gary, 232, 247, 352, 429
Gesseo, Olympia, 110, 137
Get the Knack, 164, 233
Ginn, Greg, 139
Girl Trouble, 175
Glatfelter-Bell, Lisa, 260
Globe, The, periódico, 323
«Gloria», 155
Go Team, 211
Goes, Ken, 217
Gold Mountain, funciones de representación (managers), 215, 219, 230, 232, 247, 255, 293, 313, 317, 325, 333, 348, 353, 361, 370, 399, 401, 418, 420, 428, 463
Goldberg, Danny, 331, 344
  al cuidado de Frances, 325, 399
  como manager de Nirvana, 230, 247-248, 345, 385-386, 399
  sobre el consumo de drogas de Kurt, 293, 426, 427, 428-429, 430
  sobre Kurt y Courtney, 270, 464
Goldston, Lori, 383, 386, 395
Gonson, J. J., 182, 326
Goo, 252
Good Vibrations, 236
Goodmanson, John, 211
Gordo y Bobby, el, 76-77, 108, 194
Gordon, Kim, 215, 246
Grand Funk Railroad, 57
Grant, Tom, 445, 446, 448
Grateful Dead, 64, 253
«Gray Goose», 189
Grays Harbor, hospital comunitario de, 87
Grays Harbor, Washington, 62, 92, 101, 166, 211
Great Western Forum, en Los Ángeles, 402
«Greatest Gift, The», 151
Greatest Hits (Lynyrd Skynyrd), 108
Green, John, 103
Green River, 145, 199
Gregor, Jan, 151
Grohl, Dave, 250, 383, 420, 460
  campañas promocionales, 261, 266, 364
  como batería, 216-221, 295-296
  como compañero de piso, 218, 220, 221, 228, 345
  como compositor, 409
  de gira, 253, 272, 281, 327
  Finch y, 225, 245
  y Nirvana, 236, 238, 281, 312, 335, 345, 387, 393, 409, 422
grunge, grupos
  acuñación del término, 199
  críticas de, 178
  en televisión, 16, 295
  márqueting de, 177, 199
  Video Music Awards para, 331-336
guerra de los mundos, La, película, 54
Gunderson, Edna, 388
Guns N' Roses, 252, 323, 336
Guthrie, Arlo, 25

H. R. Pufnstuf, programa de televisión, 70, 233
Hagar, Sammy, 70, 211, 342
Hagara, Jackie, 75, 81-83
«Hairspray Queen», 122, 123, 133-134
Hanna, Kathleen, 209, 221, 238
Hanner, Gilly, 150-151
Hansen, Rich, 141-142, 144
Hanszek, Chris, 133
«Harden My Heart», 70
Hartman, Bret, 214-215, 218
Hartshorne, Nikolas, 458
Haynes, Gibby, 156, 437, 439, 441
Heart, 136
«Heartbreaker», 122
«Heart-Shaped Box», 356-357, 359-360, 363, 367, 386, 410, 438
«Heavier Than Heaven», gira, 191, 408
Heavy Metal, película, 54
Heller, Ginny, 444-445
Hello Kitty, cómic, 301
Helltrout, 157
Hendrix, Jimi, 55, 457
«Here She Comes Now», 204, 231
Herling, Dres, 27
Herling, Rod, 27

Hersh, Neal, 324, 365
«Hey Jude», 25
Hi Infidelity, 70
Hilburn, Robert, 336, 343, 348, 445
Hirschberg, Lynn, 321, 353
Hirschman, Tony, 28
«Hitchhiker», 187
Hochman, Steve, 313
Hokanson, Greg, 73, 77, 101, 102, 130
Hole, 246, 255, 279, 281, 283, 285, 302, 305, 308, 321, 347, 356, 366, 375, 386, 409, 445, 447
Holiday, Billie, 346
Holmes, Jeff, 353
Hopper, Jessica, 442-447
Hoquiam Eagles, sala, en Grays Harbor, 166
Horowitz, Michael, 354
Hoselton, Charlie, 349
hospital Cedars-Sinai, *véase* Cedars-Sinai, hospital
House, Daniel, 158
«How Many More Times», 122
Hullabaloo, 182
Hunter, Bob, 66, 67, 93, 463
«Hunting Tigers Out in Indiah», 70

I Hate Myself and I Want to Die, 350, 358, 359, 367
«If You Must», 133
Iggy Pop, 127, 206, 241
«Immigrant Song», 166
«Imodium», 193, 204
«In Bloom», 203, 204, 316
Incesticide, 348, 354
In Utero, 359, 363, 367, 376, 384, 387, 389, 400-402, 405
Inglaterra
  drogas en, 258, 315-317
  Festival de Reading en, 255, 259, 326-328, 342
  giras de Nirvana por, 190, 191-197, 215, 216, 217-218, 257, 280-281, 325-328
  Museo de Cera del Rock and Roll en, 326
  publicidad en, 194, 257, 315-316, 326
  ventas de discos en, 190, 194, 280, 281
International Pop Underground, Olympia, 258
Iommi, Tony, 122
Iosso, Claude, 419
Iron Butterfly, 172
Irving, James, 48, 459

Jabberjaw, en Los Ángeles, 241
Jacks, Terry, 30, 355
Jackson, Michael, 16, 66, 293, 335
jainismo, 265-266, 455
Jefferson Airplane, 165
Jenkins, Angee, 219
Jesus Lizard, 249, 383
«Jesus Wants Me for a Sunbeam», 389, 392
Jimmy, el chico embutido de Prairie Belt, cómic, 67
John, Elton, 57
Johnson, Calvin, 210-211, 220, 231, 258, 403
Johnston, Daniel, 265
Jones, Barrett, 308
Joplin, Janis, 457
José, traficante de drogas, 228
Journey, 57
Judas Priest, 72
Jury, The, 189

K Records, 211, 212, 220
Kader, Rob, 179, 291
Kanno, Kinichi, 51, 66
KAOS, 130, 137, 198, 211, 259
Karate, Scotty, 101
Karlen, Neal, 373-374
Kates, Mark, 232, 253, 266, 297, 428
Kaufman, Andy, 51, 452
KCMU, 139, 143, 151, 159
K-Dorm, concierto de, 157-158, 160, 165
Keller, Helen, 225-226
Kelly, Christina, 297
Kelly, Eugene, 220, 255, 259
Kerouac, Jack, 358
Kerslake, Kevin, 364, 438
«Kids in America», 355
Kincaid, Reuben, 145

King, Stephen, 127
El resplandor, 127
Kirk, James, 465
Kirkwood, Cris, 389, 390, 393
Kirkwood, Curt, 353, 389
Kiss, 122, 179
KISW, emisora de radio, 70
Kitty, rata mascota, 115
«klingon», 72
Klugman, Ben, 445
Knab, Chris, 151
Knack, 164, 233
KNDD, 267, 465
Knievel, Evel, 172, 230, 239
Kolderie, Paul, 386
Kostelnik, Alex, 203
Kot, Greg, 367
Kravitz, Lenny, 279
KXLU, emisora universitaria, 253
KXRX, emisora de radio, 260, 456

L7, 201, 245, 326
«La, La, La ... La», 360
«Laminated Effect», 103
Lamplighter, restaurante en Grayland, 93
Lane, Michael, 342
Lanegan, Mark, 156, 189, 377, 401
Lang, Robert, 409, 410
Lavine, Michael, 249, 294
Leadbelly, 189, 374, 384, 394
Led Zeppelin, 64, 95, 118, 122, 127, 156, 166, 399
Lee, Harper, 57
Matar a un ruiseñor, 57
Legends, sala en Tacoma, 199
Lemons Janitorial Service, 127
Lennon, John, 281
Lenquette, Youri, 411
Leonardo da Vinci, 363
Lethal Dose, 131
Lewis, Juliette, 443
Lie (Charles Manson), 233
Liles, Jeff, 273
lista de Schindler, La, película, 321
«Lithium», 223, 231, 239, 248, 306
Litt, Scott, 367
Live and Loud, programa de la MTV, 401
Live Through This (Hole), 445
Living Color, 174, 243
Loder, Kurt, 322, 400
Lord, Mary Lou, 265-266, 268-269, 271, 280-281, 375, 463, 465
Los Angeles Times, 313, 336, 445
«Louie, Louie», 49, 65, 155
«Lounge Act», 223, 403
«Love Buzz», 131, 141, 147, 151, 152, 153, 155, 158, 159, 161, 164
Love, Courtney, 243-247, 336
colaboración de Kurt y, 356, 359-360, 362
como compositora, 359, 362, 366, 386-387
compromiso y matrimonio con Kurt, 289-290, 297, 303, 307-308
consumo de drogas, 18, 271-275, 285, 298-299, 305, 322-324, 350, 406, 416, 421, 430, 442, 457
de gira, 255, 257, 270, 285, 288, 290, 302, 339, 409, 412
diarios de, 302, 359
discusiones de Kurt con, 355, 372-373, 375, 407, 412, 422-425
divorcio y, 414-415, 417, 429
dueto de Kurt, 385, 386
embarazo, 297, 298-300, 306, 313, 316, 321, 324
en solitario, 384
luchas con, 243-244, 245-246, 372
películas, 202
rasgos personales, 282, 334
regalos a Kurt, 245, 360, 401
relación de Kurt y, 269-272, 279-285, 288, 290-291, 292, 297, 303, 304, 308, 334, 359, 373, 378, 406-407, 412-416, 417, 422-432
sesiones de desintoxación, 300, 305, 324, 330, 445, 446, 457
y el artículo de *Vanity Fair*, 318, 320, 322, 347, 353
y Hole, *véase* Hole
y la drogadicción de Kurt, 16, 18-19, 297, 313, 318, 321, 333, 345, 350, 368-373, 382, 399, 411, 416-418, 421, 425-426, 428-430

y la maternidad, 319-325, 348, 349, 366, 374, 389; *véase también* Cobain, Frances Bean
y la muerte de Kurt, 457-466
y los últimos días de Kurt, 442-454
Lukin, Matt, 73, 92, 108, 113-114, 199, 200, 278

MacDonald, Patrick, 260
MacLeod, Alex, 194, 195, 256, 257, 282, 328, 339, 345, 355-356, 388-391
Maden, Kim, 119
Madonna, 248
mago de Oz, El, película, 363
Make-A-Wish, Fundación, 346
«Man on the Moon», 452
«Man Who Sold the World, The», 392
Manson, Charles, 233
Marander, Tracy, 110, 114-115, 159, 466
amistad de, 229, 244, 251, 252
apoyo económico, 126, 131, 161, 170, 176, 185, 190, 196, 208
atención prestada por, 129, 197, 209
Kurt en convivencia con, 125-132, 161-162, 169, 185-187, 196, 209
ruptura de Kurt con, 196-197, 202, 203, 205, 208, 210, 213, 221
separaciones de, 180, 182, 190
y el primer concierto, 118, 122
y Nirvana, 130, 141, 174
y Sub Pop, 151
Markey, Dave, 255, 402
Marquee Club, en Nueva York, 268
Marsh, Rod, 50, 56
martillo de los dioses, El, 95
Martin, Dean, 156, 402
Martin, Steve, 50
«Más seguro que el cielo», 155
Mason, Jeff, 342, 345, 355-356, 390, 392, 414, 460, 461
Mason, Warren, 64
Massachusetts Institute of Technology, fiesta de un club de estudiantes, bolo, 183
May, Jim, 130-131
Mayberry R. F. D., serie televisiva, 162
Mayr Brothers, 33
MCA, 214-216, 218-219
McCartney, Paul, 127
McClure, Nikki, 198, 220, 277, 400
McCully, Jerry, 289
McFadden, Bob, 112
McKagan, Duff, 336, 442
McKee, Frances, 306
McLaughlin, Mark, *véase* Arm, Mark
McQueen, Steve, 341
Meatloaf, 50
Meat Puppets, 353, 389, 443
Medak, Mike, 68
Meet the Beatles, 163
Meisel, Michael, 399, 437, 440
Mellencamp, John Cougar, 88
Melody Maker, 177, 215
Melvins, 105, 165
apuros económicos, 174
concierto en el aparcamiento, 71, 92, 414
conciertos, 112, 134, 326
en California, 113, 136, 174
entrevista de *Backlash*, 153-154
inicios y primeros años, 72
«klingon» de, 72, 99, 108, 166, 254
y Nirvana, 136, 174, 198-199, 241, 414
Mercury, Freddie, 451, 462
Merlis, Jim, 388
Metallica, 119, 165
«Mexican Seafood», 122, 134
«Milk It», 359, 362
Mintz, Alan, 213, 232, 312, 400
«Miss World», 384
«Míster Sunshine se suicida», 173
«Moist Vagina», 360
«Molly's Lips», 220
MOMA (Museo de Arte Moderno de Nueva York), 294
Monk, 342, 349
Monkees, The, 25
Montesano, en Washington,
Asociación de Jóvenes Cristianos, 96, 98
desempleo en, 89

familia Cobain en, 45, 49, 62, 88
Montgomery, Carrie, 200, 249, 270, 276, 287-288, 292-293
Montgomery, Craig, 234, 269, 295, 383
Moon, Amy, 171, 174
Moon, Matthew «Slim», 135, 157, 161, 186, 202, 209, 222, 233
Moore, Caitlin, 424, 444, 446, 448
Moore, Thurston, 215, 230
Moore Theater, en Seattle, 176
«More Than a Feeling», 327
Morfitt, Rob, 432
Morris, Chris, 223
Morrison, Jim, 56, 295, 457
Morrow, Rob, 295
Mother Love Bone, 133, 228
«Motorcycle Song», 25
Motown, 145
«Moving in Stereo», 415
MTV
conciertos multitudinarios y, 387
historias negativas sobre, 322
sueños con, 136
Unplugged, 389-393, 398
Video Music Awards, 331-335, 349, 384
vídeos de Nirvana en, 17, 266, 268, 272, 293, 331-332, 400-401
Mudhoney, 133, 140, 166, 176, 177, 199-200, 214, 244, 255, 256, 326
Muller, Don, 213, 415
muro, El, película, 69
Museo de Cera del Rock and Roll, en Londres, 326
Music Source Studio, 187
Musician, 223
Muzak Corporation, 139
«My Best Friend's Girl», 415
«My Generation», 289
«My Sharona», 164
Myers, Travis, 420

Namgyal, monasterio budista, en Ithaca, 466
Narcóticos Anónimos, 370
Neathery, Darrin, 43, 70, 73
Negativland, 307
Nelson, Mikey, 222, 229, 233, 237, 241
Nelson, Tim, 49
Nevermind, 16, 204, 248, 249, 252-255, 260-263, 265, 266-268, 275, 276, 281, 287, 290, 293, 305, 312, 325, 336, 351, 354, 359, 361, 362, 381, 396
New York Dolls, 164
New York Times, The, 344, 373-374, 383, 460
Newbury Comics, en Boston, 266
Newman, Steve «Instant», 112
«Nine Month Media Blackout», 360
Nirvana
actuaciones benéficas, 237, 339, 366, 383
atención mediática, 177, 194, 277, 311-312, 316, 381, 388
campañas promocionales, 253, 260-261, 267-268, 277
cancelaciones, 411-415, 420, 422
cintas de, 212, 346
conciertos, 117-124, 148, 150-151, 156-157, 166, 169, 173-179, 198-199, 217, 231, 233-234, 255, 272-273, 339-343
conciertos multitudinarios, 347, 356, 387
contratos discográficos, 143, 232
desaparición de, 327, 422, 429
división en el seno de, 292, 303-304, 312, 337, 346, 411
ensayos, 331, 346
escasez de dinero, 182, 215-216, 255
evolución de, 112, 130-131, 136-137, 176, 180-181, 252, 256
giras de, 173-174, 179-185, 187, 190, 191-196, 202-207, 215, 217-219, 237, 249, 253, 255-259, 260, 274, 277, 282, 285, 288-291, 300-302, 315-316, 326-328, 355-356, 385-396, 400-402, 406-407, 411-416, 420
ingresos, 190, 197, 229, 232, 312, 346, 385-386, 420
instrumentos destruidos por, 158, 182, 186, 194, 206, 273, 296, 355

lanzamientos discográficos, 176, 262, 367
managers de, 165, 179, 195, 200, 212-215, 219, 230-232, 247-248, 253, 255, 311, 315, 332, 333, 385, 399, 420; *véase también* DGC; Gold Mountain; Sub Pop
nombre, 138, 142
por la radio, 139, 259, 280, 295, 331
prendiéndose fuego a los pantalones, 361
primer elepé, *véase Bleach*
primer single, *véase* «Love Buzz»
primera maqueta, 133-134, 139, 141, 143, 203
problemas con los baterías, 132, 136, 147, 174, 215
público creciente, 198-201, 213-214, 216, 217, 252-253, 255, 256, 262-263
sesiones de grabación, 150-156, 160, 166, 168, 169, 188, 198, 203-204, 214, 233-236, 239-242, 247-248, 356, 361-363, 409-410
sesiones fotográficas, 142, 152-153, 249, 297, 411
tocar por nada, 131, 134, 159
Unplugged, 389-394, 398
venta de camisetas, 179, 182, 190, 216
vídeos caseros, 377
vídeos musicales, 254, 316, 363-364
y la drogadicción de Kurt, 292-293, 371
y la MTV, *véase* MTV
y los Melvins, 136, 174, 198-199, 241, 414
y los Video Music Awards, 331-336, 384
y Sub Pop, *véase* Sub Pop
Nisquany Delta Podunk Nightmare, 157
Nitzburg, Joe «Mama», 439-440, 442
NME, revista musical británica, 316, 376
North Shore Surf Club, en Olympia, 217
Nothing to Fear, 69
Novoselic, Krist, 86, 92-93
apariencia física, 92, 142, 152, 166, 201, 295
campañas promocionales, 261, 266, 364
conocimientos musicales, 163-164
consumo de alcohol y, 135, 370
de gira, 195, 215-216, 281, 327, 355, 390, 400, 413-414
distanciamiento entre Kurt y, 264, 272, 303-304, 345, 411, 434
en la formación de un grupo, 105, 112
MCA y, 218
sobre la música, 238, 359, 362, 409
y el grupo inicial, 189
y el primer concierto, 117-123
y la drogadicción de Kurt, 111, 185, 228, 275, 328, 370, 383, 415, 418, 420, 422, 427, 434
y la muerte de Kurt, 460, 461, 464, 465
y los managers, 180, 212
y Nirvana, 131-132, 133, 152, 155, 157, 158, 162, 165-166, 167, 183, 189, 212, 264, 281, 286, 303, 311-312, 335, 345, 362, 366, 390, 409, 413-414, 422
y Shelli, 109, 156, 162, 180, 196
y Sub Pop, 146, 151
Novoselic, Shelli, *véase* Dilly, Shelli

O'Connor, Brianne, 102, 287, 339, 341, 418
O'Connor, Pat, 78-80, 95, 287, 370-371, 407
O'Connor, Wendy, *véase* Cobain, Wendy
«Ode to Beau», 94
Off-Ramp, en Seattle, 231, 375
«Oh, the Guilt», 308
Ohrmund, Tam, 164, 212
Oily Bloodmen, 243
Oingo Boingo, 69
O.K., hotel, en Seattle, 238
Olympia, en Washington,
conciertos en, 109, 136, 198, 217
escena musical en, 211, 221
International Pop Underground en, 258
Kurt y Tracy en, 125-131
«On a Plain», 241

«On the Mountain», 410
Orpheum Records, en Seattle, 307
Osborne, Roger «Buzz», 114, 178, 200
  improvisar con, 108, 131
  influencia de, 164, 211, 258
  y Kurt en su adolescencia, 72, 85, 92, 100, 164
  y los Melvins, 72, 73, 110, 113, 414-415
Osbourne, Ozzy, 164
Osmond, Donnie y Marie, 203
Ottinger, Harvey, 435

Pachyderm Studios, 361, 377
Page, Jimmy, 93, 122
Paglia, Camille, 350, 363
Palladium, en Los Ángeles, 245
Palmese, Richard, 219
Panic, 131
«Paper Cuts», 133
Pareles, Jon, 384
Parker, Charlie, 346
Partridge, Family (*Mama y sus increíbles hijos*), serie televisiva, 145, 156
Passman, Donald: *All You Need to Know About the Music Business*, 165
Pastels, 265
Paterno, Peter, 213
Paul Revere and the Raiders, 144
Pavitt, Bruce,
  conciertos de Nirvana y, 140, 143
  contratos de Nirvana y, 165, 200, 214
  giras de Nirvana y, 195
  grabaciones de Nirvana y, 143, 160
  muerte de Kurt y, 464
  primera maqueta, 139
  problemas económicos y, 151
  Sub Pop y, 146, 177, 200
«Pay to Play», 204
Pearl Jam, 288, 290, 384
Peel, John, 194, 258
«Pen Cap Chew», 122, 133
«Pennyroyal Tea», 359, 362, 384, 393
Peters, Dan, 214, 216
Peterson, Charles, 141
Petty, Tom, 239
Pickerel, Mark, 189, 387
Pine Tree Janitorial, 201
Pink Floyd, 69
Pirner, Dave, 243
Pitt, Brad, 49
Pixies, 166, 194, 217, 245, 287
Poitras, Mike, 93
«Polly», 187-188, 240
Polynesian Condominium Resort, 108
Poneman, Jonathan
  artículo escrito por, 347
  como manager de Nirvana, 143
  y la primera maqueta, 139-140
  y las giras de Nirvana, 196
  y las grabaciones, 142, 160-161
  y los conciertos de Nirvana, 142, 143, 152
  y los contratos de Nirvana, 142, 143, 214
  y Sub Pop, 145-146, 153, 156, 176-177, 200
Portland, conciertos en, 216, 233, 243
Post-Intelligencer, 460
Poukkula, Tony, 120
Preston, Joe, 174, 229
Pretty on the Inside, 246
«Priest They Called Him, The», 388
Programa de Ayuda a los Músicos, 345
Pryor, Richard, 214
Psychedelic Furs, 164-165
Puff, gato, 42, 46, 409
Pukkelpop Festival, en Bélgica, 256
punk rock, 71-72, 92
  alcance cinematográfico, 254
  cobertura mediática por parte de los fanzines, 180
  como influencia de Kurt, 151, 164, 200
  Courtney y, 374-375
  criterios, 101, 138, 163-164, 210-211, 282-283, 347, 461
  en el noroeste del país, 146, 209-210, 211, 221
  en Europa, 195, 326
  entendido como libertad, 210, 253, 258, 289
  feminismo y, 209-210
  Sub Pop y, 146

Purkey, John, 130, 158, 161, 233
«Purple Peanuts», 94
Pyramid Club, en Nueva York, 184, 206

Quarterflash, 70, 342
Queen, 164, 229, 355
¡Qué noche la de aquel día!, película, 263
Quisp, gato, 250

R.E.M., 100, 401, 404, 422, 450
«Radio Friendly Unit Shifter», 360, 362
Raji's, en Hollywood, 201
«Rape Me», 332-335, 346, 385, 386, 393
Raymond, en Washington, primer concierto en, 117-124, 390
Rayonier, fábrica de pasta de papel, 36
RCA Records, 231, 252
Reading, *véase* Festival de Reading
Reagan, Ronald, 67
Re-bar, en Seattle, 261-262
Reciprocal, estudio de grabación, 133, 152
Red Hot Chili Peppers, 289
Redd Kross, 164
Reed, Dave, 90-92, 93-95
Reed, Ethel, 90-92, 94-95
Reed, Jesse, 90-101, 405
  adolescencia de, 73, 76, 77, 90-97
  cartas de Kurt dirigidas a, 156, 185
  llamadas de Kurt a, 345
  reuniones de, 201-202, 234
  y el consumo de drogas, 227, 313-314
Reefer Madness, programa de televisión, 90
Reese, Tom, 458
Reeves, Garth, 198
Reeves, Keanu, 290
Reid, Larry, 406
Reilly, Ignatius J., 76
REO Speedwagon, 70
«Return of the Rat», 308
Rhino Records, en Los Ángeles, 180
Richards, Keith, 300
Richrod, Hilary, 105-106
Riemer, Marty, 456
«Rio», 355
riot grrrl, 209, 210, 403
Ritalin, 38-39
Robert Lang, estudios en Seattle, 409, 410
Robinson, John, 181, 401
rock and roll, en televisión, 16
«El rock contra la violación», acto benéfico, 384
Rock, Lisa, 42
Rocket, The, 92, 132, 139, 140, 146, 148, 160, 178, 194, 277, 347, 447
«Rockin' in the Free World», 199
Rockwell, Norman, 29, 95, 374
Rodriguez, Jamie, 325, 339, 350, 365
Rolling Stone, revista, 241, 293, 312, 388, 389
Roma
  familia Cobain en, 415-416
  sobredosis de Kurt en, 416, 417-421, 425-427, 437-438
Romero, Damon, 164, 186, 202
Ronco, 236
Rose, Axl, 323, 334, 347, 349, 354
Rosenfelder, John, 252-253, 254
Roth, Robert, 387
Rotterdam, gira por, 257, 261
Roxy, en Los Ángeles, 253
Rue, Carolyn, 282, 305-306
Rumours (Fleetwood Mac), 239
Ruthenberg, George, 386

Saccharine Trust, 164
«Samurai Sabotage», 94
Sandinista!, 229
«Sappy», 198, 240
Sassy, 293, 297
Satsop, central nuclear de, 89
Saturday Evening Post, 29
Saturday Night Live, programa de televisión, 16-18, 50, 291-297, 386
Satyricon, en Portland, 233, 243
Savage, Jon: *England's Dreaming*, 381
Scappa, Steven, 433, 435
«Scentless Apprentice», 357
Schemel, Patti, 356
«School», 179, 203
Schultz, Howard, 404

Scratch Acid, 151, 164
Scream, 216
Screaming Trees, 156, 189, 326
«Seasons in the Sun», 30, 355, 378
Seattle
  acto en tiendas de discos en, 262-264, 277
  actos en memoria de Kurt en, 461-465
  escena de clubes en, 140, 175
  escena musical del noroeste del país en, 176-177
  lanzamiento de *Nevermind* en, 260-263
  Nirvana en, 138-144, 169, 175, 176-177, 216, 231, 339-342, 384
  punk rock en, 199
  Universidad de Washington en, 175
Seattle Center, 461, 463
Seattle Guns, 444
Seattle Times, 260, 376, 458
Select, 416
Sellouts, The, 112
Seminario de Nuevas Músicas, 184, 381
«Serve the Servants», 61, 351
Sex Pistols, 72, 285
Seymour, Stephanie, 334
Sheep, 204, 248
Shepard, Sam, 320
Shillinger, Eric, 76, 104-105
Shillinger, Kevin, 96, 104-105
Shillinger, Lamont, 102, 104
Shillinger, Steve, 76, 99, 100-101, 111, 163, 278
Shocking Blue, 131
Shonen Knife, 194
«Should I Stay or Should I Go», 355
Silva, John, 230, 239, 247, 255, 302, 398-399, 412, 428
Silver, Susan, 212, 231, 353, 461
Skid Row, 130
«Skid-marks», 409
Skin Yard, 140, 175
Skynyrd, Lynyrd, 108, 199
Slade, Sean, 386-387
Slash Records, 231
Slayer, 248
«Sliver», 214, 217, 240, 244, 263
Sluggo, 182-183
Smart Studios, 203-204, 212, 239
Smashing Pumpkins, 246, 266
Smear, Pat, 386, 388, 402, 415-416, 428, 430, 437, 439, 440
«Smells Like Teen Spirit», 16, 17, 221, 223-224, 238, 248, 249, 254, 259, 263, 267-268, 281, 290, 295, 327, 332, 346, 374, 388
Smith, G. E., 295
Smith, Gary, 456
Smith, Patti, 164, 262
Smithereens, 100
Snonen Knife, 301-302
Snyder, Jon, 202-203
Solzhenitsin, Alexandr: *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, 413
«Something in the Way», 86, 88, 240, 311
Sonic Youth, 184, 215, 219, 230, 231, 232, 246, 247, 252, 255, 256, 274
Sony, 231
Soul Asylum, 243
Sound City Studios, 237, 239, 240
«Sound of Dentage», 103
Soundgarden, 133, 145, 164, 212, 231, 353
«Spam», 100
«Spank Thru», 103, 105, 122, 133, 152, 160
Spin, revista, 33
Spungen, Nancy, 244
SST, 139
St. Thomas, Kurt, 296-297
«Stain», 187, 188
«Stairway to Heaven», 65
Stan Baker's Sports, 435
Stax, 145
Stephens, Vail, 118, 122-123
Steps, centro de rehabilitación, 426
Stew, conejo, 126, 186, 250
Stewart, Damon, 231
Stiff Woodies, 112
Stimson, Nial, 437-438
Stipe, Michael, 401, 422, 450, 452
Stout, Gene, 460
Strummer, Joe, 202, 353

Sub Pop 200, 160, 169
Sub Pop Records,
Club de Singles de, 153, 160
creación de, 146-147
decepción con, 196, 212
en representación de Nirvana, 165, 200, 204, 213
maqueta en cinta para, 139
problemas económicos de, 151, 156, 160, 169, 177, 200
singles indies producidos por, 146, 160
y conciertos de Nirvana, 143, 174, 176
y contratos de Nirvana, 144, 165, 212-214, 232
y las giras de Nirvana, 190, 191-192, 195
y las grabaciones de Nirvana, 146, 156, 158, 160, 198, 205, 236
y marketing, 177
Subterranean Pop/Sub Pop, fanzine, 145
Sugarcubes, 166
«Suicide Samurai», 102
Supersuckers, 353
Suskind, Patrick: *El perfume*, 350
Sweet, 164
«Sweet Home Alabama», 199
Swingers, 246

Tad, 166, 176, 191-192, 195, 201, 214, 408
Tadpoles (Bonzo Dog Band), 70
Targus, Stan, 40
Taxi, serie de televisión, 51, 452
«Tears in Heaven», 336
«Teen Spirit», *véase* «Smells Like Teen Spirit»
Teenage Fanclub, 265
Tennant, Susie, 238, 262, 267
«Tequila», 49
Terminal Einz, en Munich, 413
«Territorial Pissings», 294, 296, 328
Thayil, Kim, 231
This Is Spinal Tap, película, 89
Thompson, Charles, 218
«Tie a Yellow Ribbon», 236
«Time in a Bottle», 236
Timmins, Bob, 306-307
T/K Records, 388
«Token Eastern Song», 187, 188
Tony Orland and Dawn, 236
Too Many Humans, 169
Toole, John Kennedy: *La conjura de los necios*, 76-77
Touch and Go, 139, 155, 165, 212
Tower Records, en Nueva York, 268, 293
Towles, reverendo Stephen, 463-464, 465
Townshend, Pete, 289
Toy Story, película, 203
Toyra, Roni, 44, 52
Troggs: «Wild Thing», 237
Troutman, John, 252
True, Everett, 178
Truly, 387
«Turnaround», 237
Turner, Steve, 200
Tyler, Steven, 383

U2, 100
Underground, en Seattle, 169
Underwood, Michelle, 375
Union Station, en Seattle, 156
Unity Church of Truth, en Seattle, 463
USA Today, 388
Utsunomiya, Kaz, 229, 301

Vail, Tobi, 241, 242, 359, 403
amistad de Kurt y, 249, 263, 277
relación de Kurt y, 208-212, 219, 221, 246, 265, 271
ruptura de Kurt y, 223-224, 227-228, 258, 403
y la frase *riot grrrl*, 209, 210, 403
Van Blarcum, Turner, 272
Van Camp, Theresa, 66
Van Halen, Eddie, 402
Vance, Andrea, 73, 75-76
Vanity Fair, 318, 320, 321-322, 325, 332, 335, 343, 347, 353, 360
Vaselines, 194, 220, 236, 255, 259, 265, 271, 306
Vedder, Eddie, 290, 336, 353, 361
Velvet Underground, 164, 181, 204, 231, 292
Venom, 164

«Verse, Chorus, Verse», 359
«Very Ape», 362
«viajero, El», poema, 464
Vicious, Sid, 343, 349
Video Music Awards, premios de la MTV, 331-336, 349, 384,
Vig, Butch, 203, 205, 237, 239, 247
Virgin Publishing, 229, 301
Vlasimsky, Michelle, 186, 212
Vogue, en Seattle, 140-141, 143, 147, 150, 153

Wallace, Andy, 248
Walsh, Joe, 437
Warrant, 239
«Wattage in the Cottage», 94
«We Will Rock You», 355
West, Phil, 176
Westby, James, 44, 53, 54-55, 89
Westby, Jenny, *véase* Cobain, Jenny Westby
Westby, Mindy, 44-45, 53-54
Westmoreland, Darrell, 277
Whalen, Pat, 361
Wheeler, Alice, 152-153, 209, 401
«Wheelie, The», 94
«Where Did You Sleep Last Night?», 189, 384, 389, 394
White, Paul, 87-88
Who, 289
«Wild Thing», 237
Wilde, Kim, 355
Wilde, Oscar, 284
Willis, Brian, 376
Wilson, Jeremy, 290-291
Wipers, 237, 308
Wood, Andy, 228
Wood, Ed, 198
WOZQ, 213

Yamano, Naoko, 302
Yankovic, «Weird Al», 17, 295
Yo, Claudio, 363
«You Know You're Right», 410
Young, Neil, 199, 234, 342, 462
Yow, David, 383

Zander, Robin, 141
Zapata, Mia, 383
Zappa, Frank, 156
Zimmerman, Bob, 293

OCR por **iscariote**

http://www.taringa.net/perfil/116206

http://lejaniascenizografas.blogspot.com/